



Javier García Sánchez
La casa de mi padre



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores



*Contra los lobos,
contra la sequía,
contra la usura,
contra la justicia,
defenderé
la casa
de mi padre.*

GABRIEL ARESTI

HI

*Me quitarán las armas
y con las manos defenderé
la casa de mi padre;
me cortarán las manos
y con los brazos defenderé
la casa de mi padre;
me dejarán
sin hombros
y sin pechos,
y con el alma defenderé
la casa de mi padre.*

GABRIEL ARESTI

Cuentan los *Anales Hisedianos* que en el pueblo las cosas nunca habían dejado de ser como fueron siempre. Que se tenga constancia de ello, la única ocasión en que alguien intentó modificar de modo levísimo ese curso aparentemente natural de los hechos fue cuando un paisano del Concejo local, que sin duda en aquel malhadado día iba de listo o cogorza perdido, propuso tan rica y alegremente, para escarnio de los escandalizados presentes, que a los escasos habitantes del entonces villorrio de Hiseda se les llamara hisedienses en vez de hisedianos, como desde los evos habían sido. Aquello supuso un hito hisédico en toda regla. Tan insolente lenguaraz fue lanzado desde considerable altura a una poza conocida como el peñasco de *Saltamorito*, con pavorosos remolinos y corrientes voraginosas que provocan enorme estruendo. Al menos así lo dice la leyenda, y así se lo cuentan padres

a hijos, y éstos a los suyos. Se desconoce si el desafortunado pereció o no, aunque eso es una simple anécdota que hace reír a mandíbula batiente, aún hoy en día, a los habitantes de Hiseda, sucesores directos de aquella turba que al parecer sintió en sus carnes la cruda hiel del despecho. Diríase que sus descendientes parecen hallar en tales pormenores, todavía en la actualidad, una suerte de indecible deleite intelectual cuando relatan dichas hazañas, demostrativas de su honda convicción existencial, su vigor ciudadano y una firmeza de ideas de la que nunca dejaron de hacer gala.

Otras versiones, éstas pertenecientes a un facsímil de dudosa tachadura y no menos incierta época, titulado de modo escueto *Crónicas Hiseditas* – fuente apócrifa de la que no queda prueba documental alguna, pues al transmitírsela oralmente por generaciones acabó perdiéndose, como era de esperar–, insinúan que al susodicho espabilado del Concejo lo que en realidad hicieron, luego de invitarle a «un memorable remojón no se sabe con certeza dónde», pues de las abismáticas fauces de piedra de *Saltamorito* no habría salido vivo ni ayudándole toda una cohorte de bravíos arcángeles, fue literalmente tundido a varazos de tejo entre crueles chanzas e hirientes rechiflas. Lo cual se antojaría cosa harto lógica, ya que los habitantes de esa zona de Hiseda situada junto a la torrentera de *Saltamorito*, autores materiales del escarmiento, estaban en su mayor parte sordos como una tapia debido al ruido constante del agua, y por tal razón solían mostrarse especialmente hoscos. Cabe decir, más hoscos que el resto de los hisedianos, lo que ya sería decir.

Pero antes de seguir acaso conviniera aclarar que *Saltamorito* tiene un significado muy especial en el valle de Rantroño, marco geográfico en el que se encuadra la población de Hiseda, y con ella este relato. Dicho significado se remonta a cuando, habiendo algún que otro musulmán por estos verdes parajes, que haberlos húbolos –aunque despistados y seguro que confiando en que sus valijas y arcones repletos de especias, telas, joyas o, puestos a ser ingenuos, supreciado bagaje cultural, iban a servirles de algo, lo que no fue así–, al parecer era cogido y llevado de inmediato a ese peñasco, como lo llamó alguien, «de los suplicios por disuasión o por pasiva», pues en Hiseda nunca fueron muy perifrásticos. Por ejemplo, ellos suelen mentar el refrán

«Aunque la mona se vista de seda, mona se queda», a su especial manera: «¡Seda aunque la mona, vestir pueda jamás!», así, a voces, para que quede claro. Y vaya si queda. Ahora sigamos imaginando la historia. Aquella exigua aunque ruda cristiandad exigía su compensación en forma de improvisado y expeditivo sacrificio: «Anda, salta morito», le decían. Si titubeaba, bastonazo, empujón y al agua despanzurrado. Más de uno tuvo que acabar de tal guisa para que tanto al peñasco como a la temible poza que está a sus pies terminaran conociéndose los comúnmente de ese modo. En épocas posteriores allí fueron llevados enojosos recaudadores de impuestos, perseverantes esposas adúlteras o simples ladronzuelos de gallinas y conejos, aunque tan sólo para darles otros tratamientos especiales a modo de lección: *Saltamorito* era el sitio donde, en pelota picada y haciéndoles descender entre claustrofóbicas paredes de piedra mediante una especie de jaula hecha de cañas, cuerdas y troncos, se les daba un baño de impresión. El susto les duraría de por vida, a buen seguro. Marca de la casa.

Y aún medra una tercera versión respecto al nombre de Hiseda y su iconología secreta, ésta perteneciente asimismo a manos anónimas, de cuando se redactaba con pluma de ánsar untando la punta a modo de bisturí en gruesos tinteros de mármol o hierro. Fueron aquéllas unas manos desalmadas, vive Dios, pues sólo así podía tildarse a quienes insistían en denominar como Dios no lo manda a los lugareños, con lo poco que costaba hacerlo como el Creador designó. Manos sibilinas que serían las causantes del infame libelo *Mitología Hisedetana del último siglo*, donde además se aclaraba que no eran de tejo sino de roble las varas con las que zurraron a aquel desgraciado por su ocurrencia lingüística. Él fue el promotor de la leyenda. Pero ¿qué leyenda exactamente? La que forja el espíritu incólume de estas tierras.

Centrémonos en detalles de cierto interés antropológico para el desarrollo coherente de nuestra crónica, máxime teniendo en cuenta que las diversiones predilectas de los hisedianos a lo largo del tiempo fueron, en orden ascendente de favor popular: 1.– Mozos tirando de una cuerda para tumbar una enorme haya, 2.– mozos y no tan mozos engullendo sin tregua un sinfín de chuletones de novilla, a ver quién resistía más tiempo sin vomitar o desmayarse con claros síntomas de intoxicación, pues el alcohol acompañó

siempre de forma silente y generosa tan festiva y gastronómica especialidad, y 3.– el así llamado *vuelacán*, actividad ésta de solaz que suele enardecer a los hisedianos y que consiste en poco más que lanzar, con espíritu lúdico y por los aires, sucesivas hornadas de perros. Un par o tres de generaciones atrás el *vuelacán* estaba en su apogeo. Incluso otros pueblos limítrofes llegaron a poner en práctica la modalidad de lanzamiento de perro, a ver quién llega más lejos, pero la abandonarían al poco, quizá sabedores de que era imposible superar la perseverancia de los hisedianos en la depurada técnica del *vuelacán*, tanto en calidad como en cantidad. No era de extrañar tampoco, pues, que en época de fiestas los perros desapareciesen del pueblo como por arte de magia. Deben haber aprendido a transmitirse genéticamente y por gruñidos las señales de alarma. A los despistados o recién llegados los trincan, sin más. En su presuntamente romo discernimiento se dirán unos a otros: «Llegan Fiestas, colega, y esta panda de animales va a liarla con nosotros. ¿Tú quieres sentirte pelota? ¿No? Pues entonces, por patas...». La verdad es que solían tirarlos desde muros o ventanas, poniéndoles debajo algo para amortiguar el impacto, lo que no siempre funcionaba del todo. Y cuando alguien recriminaba a los hisedianos por su juego, tildándolo de brutal, inútil o vejatorio para el gremio canino, respondían ocurrentes que no era para tanto, pues quizá a veces «algún que otro chucho se les ha descrismado por no saber caer». Lo cual implica no sólo una cuestión de pura ciencia cinética, sino ahondar en el tema de las entrañas del lenguaje, tan importante y caro por estos lares. En el peculiar magín colectivo de los habitantes del pueblo debió haberse hecho fuerte la idea de que aquí los auténticos gilipollas son los perros, que no improvisan portentosas piruetas en el aire, esmorrándose que es una pena, es decir, una delicia para los más brutos de entre ellos. Realmente, les chifla ese entretenimiento. Claro es que como todo va por épocas, se dan largas fases de años en los que el *vuelancán* desaparece por completo, como esta última. Pero mientras quede no sólo el recuerdo, sino la misma esencia de la noción de ese recuerdo, si se quiere llámesela la tradición, los perros no estarán nunca seguros en Hiseda. Al menos por Fiestas.

Volviendo al mentado cambio de denominación... ¡ellos, tan hisedianos

desde remotas épocas, pasar a llamarse de pronto hisedienses...! O, como se comentó por aquí... ¡esa mariconada de *hiseditas*! ¡Faltaría más! Y todo por esos inmundos legajos rebosantes de arpías intenciones. Ahí el tema les duele como herida purulenta cuya infección no se atajó cuando debía. Respecto a los autores –todos anónimos– de otros escritos que les llamaban impunemente «hisédicos» e «hisedetanos», qué decir si llegan a cogerlos. ¡La Virgen de Apañapalucos!, como se exclama en la zona cada vez que se fragua algo malo, a fuego lento pero sin pausa, como un buen cocidito montañés. Su propio nombre, Apañapalucos, indica el carácter emblemático de la susodicha Virgen: «apañar» y «palos». Que la lingüística y la semántica juntas no mienten. Cuando alguien decide currar a otro en nombre de algo relativo a la fe, malo. Pero si afecta a ciertas tradiciones, peor. Entonces hasta las becasas de aves cantoras parecen buscar cobijo allende los montes, y los rebaños, que estaban holgándose en la tupida hierba mientras le dan gloria a sus panzas, se muestran inquietos como ante la inminencia de una tormenta. De noche, en los hogares, la luz parece menguar más de lo normal.

Aclaremos que desde época inmemorial la imaginación de estas gentes se canaliza, de manera no exclusiva pero sí cíclica y hasta fértil, en disertar acerca de las lindezas o truculencias –*verbigratia*, insultos y torturas– que habrían proferido, de poder capturarlos, a esa gavilla de réprobos malhechores empecinados, durante el transcurso de los años, en vilipendiar el buen nombre del pueblo y la próspera terquedad hisediana de sus habitantes. «¡Si empezáramos con el nombre, se acabará en no se sabe qué!», arguyen ellos, iracundos, hinchado de venas el gáznate y vagamente estrábica la mirada. Pero se les pasa, porque, aunque no lo saben con conciencia plena, son lo único que se tienen. Esos entrañables vecinos, sí. Esos vecinos de los cojones, y sin embargo seres, rostros que son tú, porque son toda tu vida.

Es el momento de recordar tres dichos a la manera de refrán infraleve que constituyen el epítome del ser hisediano, diríase que un tanto aristotélico para algunas cuestiones pero indeciblemente rocoso para otras, contrarreformistas de hecho, y valga como indicación mentar que estas gentes todavía a veces cuentan por onzas y fanegas, midiendo, en ocasiones, por tantos o cuantos carros de tierra y tiros de honda. En efecto, son tres dichos que constituyen

un siempre valioso y fresco manantial de donde beben cuando, sobre todo con la llegada de las heladas y el natural recogimiento en el caparazón de sus propias vivencias, les da por ponerse filósofos, amén de nostálgicos, y, para variar, parcos de palabra, a saber:

*La vaca, tudanca.
El vino, tinto.
La mujer, callada.*

A todo ello, y en concreto al tercer punto, habría que añadir que la población femenina de Hiseda nunca dio muestras de especial animadversión por la frase aludiendo a su condición de mujeres, aunque parece probado que por lo general, al oírla, esgrimen una mueca así como de retintín, una especie de súbito torcimiento labial que confiere a sus rostros la oscura luminosidad que delata ciertos pensamientos de índole marcadamente taimada, o cuando menos anticipadores de funestos presagios y larvadas amenazas. Tampoco pareció importarles que les situasen justo detrás de las vacas y del vino tinto. Al menos eran medalla de bronce, llegó a comentarse con el tiempo. Pero protestar, que se sepa, jamás lo han hecho. ¿Añagaza, instinto de supervivencia? Quién sabe. Hay los chistosos que en el bar dicen que se están preparando «para la insurrección de las tías». También se comenta que éstos acostumbran a recibir sopapos reales en sus propias cocinas. Muy posible. Pero lo cierto es que sería justo y necesario añadir un cuarto dicho que los hisedianos emplean con frecuencia, y quizá sea lo que más les define:

Ojito ojito.

Tan precisa alusión referida al elemento ocular, pronunciada en diminutivo y por duplicado, nunca aislada o repetida tres veces, lo que sonaría casi a sacrilegio, suele aplicarse fundamentalmente a los recién llegados al pueblo que preguntan más de lo prudencial o conveniente y a aquellos que, aun de manera simbólica, desconociendo la escasa temperancia hormonal de los hisedianos ante determinadas tesituras sociales que ellos consideran fatigosos interrogatorios, parecen opositar con tenaz y candoroso

encono a llevarse un soberano garrotazo en el momento menos pensado. Ya se sabe, por épocas el garrotazo podía ser tan real como la sangre misma, y en otras se traducía en un pétreo monosílabo. Donde hay, queda. Y claro, los desventurados sólo logran prevenir instintivamente el peligro en el momento en que el garrotazo sintáctico en cuestión o la somanta de palos real les cayó encima de súbito. Así son las cosas en Hiseda, como siempre fueron, aún maquillándolas, o aparentemente desaparecidas. Donde hubo, habrá.

También posee considerable enjundia el secular «¡Ahí va la hostia!», que no es genuino de Hiseda, y que pudiendo derivar, como en otros enclaves, hacia el descriptivo «¡Hay va la hostia!», o el más quejumbroso «¡Ay va la hostia!», aquí –y no por arte de birbibirloque sino porque tenía que ser así– se convirtió en un escueto «¡Va la hostia!». O sea, para cuando te dabas cuenta ya la tenías encima.

Mas ahora las aguas, tras las tormentas otoñales, bajan revueltas por el sinuoso cauce del Pábenes, que riega de norte a sur el valle de Rantrño. También es la hora en la que grandes e inesperados acontecimientos se disponen a convulsionar el alma y los días de Serafín, el protagonista de nuestra historia. Conocemos, porque lo hemos visto, el marco físico en el que se moverá. Si se lo permiten, claro. Por un instante en nuestro relato cesa el trino de los mirlos y el cuclillo, ya no zumban las abejas entre el espliego o en las zarzamoras, todo queda impregnado de una espesa niebla, y los brezales, que otrora lucían su atractiva mezcla de tonos verde y rojo carmesí, lo mismo que el amarillo de la ginesta silvestre o esas flores imposibles que brotan entre las gándaras, se vuelven una mancha gris acerada y ondulante. Todo permanece en suspensión, incluso acústica. Únicamente, en los escasos ratos en los que sobre el valle se filtra algún tibio rayo de sol como una equivocación del cielo, Hiseda se ve flanqueada, o más bien cubierta, por una inmensa sábana de tono pajizo. Visto el paisaje desde lo alto acaso parezca un enorme y polícromo lienzo de tonalidades verdes y oscuras, todo él imbuido de una triste serenidad. Ahí, y en ese concreto momento, es donde va a aparecer nuestro héroe, o si se prefiere va a hacer su irrupción nuestro semihéroe, cuyo periplo nos atañe. Y va a hacerlo, nunca mejor dicho, como caído del cielo.

Último vástago de una familia a la que secularmente se conoció como los *Burros*, pues su apellido real era Burón y siempre se dijo que tenían el carácter peleón, así como apostura guerrera. Serafín, por lo menos en términos anatómicos, nunca estuvo a la altura de los miembros más celeberrimos de dicha estirpe. Veedor impenitente y tranquilo de cuantos sucesos la vida le depare, es más bien menudo y de débil complexión, aunque, que recuerde, jamás estuvo enfermo de verdad. Lo que, como ocurre con «ojito ojito», quiere expresar «enfermo enfermo». Bueno, sí, de niño padeció un ataque de apendicitis y casi se muere, pero por lo demás, nada. En otra ocasión, en el colegio, cayó desde un muro al vacío. Cuatro o cinco metros. Perdió el sentido durante varios minutos, pero por lo demás, tampoco nada. Se pasa los inviernos tosiendo y los veranos con mareos y síntomas de deshidratación. Va tirando con su botiquín de medicamentos, o más concretamente, con su división acorazada de fármacos. Es especialmente hipocondríaco para lo de virus y bacterias, como se verá.

Estrecho de hombros, enjuto el tronco y brazos quizá demasiado largos, así como de estructura simiesca. Carece de vello, a diferencia de sus antecesores, quienes según dicen más que burros parecían osos. Con la piel exageradamente blanca, casi lechosa, de vivir en otra época de él hubiesen afirmado que tenía un aspecto linfático y que por allí, entre sus pulmones y su sangre, sin duda, medraba no sólo la dispepsia sino la tisis o el vicio, o quién sabe si ambas cosas juntas, pues a medio camino de los alvéolos y los leucocitos con frecuencia retoza el pecado. Serafín Burón tiene el cabello ralo aunque muy escaso, disperso sobre el cráneo en desiguales mechones laterales que antaño fueron un coquetón y oblicuo flequillo, y acostumbra a mesarse con ademán parsimonioso las puntas de un bigote ya con bastantes canas que una vez por semana recorta con diligencia de cirujano. Es su ritual. También él, sin saberlo, cree ciegamente en algunas tradiciones. Ese bigote, siempre proyecto de mostacho, se espesa o recorta según su estado de ánimo. Sería mentir, no obstante, que lleva más de un lustro con el bigote y está lejos de parecerse a Emiliano Zapata o a Friedrich Nietzsche, de lo que se extrae que en su ánimo está algo nublo, o por lo menos muy alicaído. Vamos, que no se siente filósofo. Y eso es malo. Dijéramos que su espíritu es como esas

bombillas que por algún defecto alumbran intermitentemente sin fundirse nunca del todo, y cuyo destino no parece ser otro que el de atacarnos los nervios.

Aunque él no quisiera reconocerlo, Serafín era culto y lo que se dice muy leído, de lo cual se ufanaba sin rebozo, pero sólo para sus adentros. Pese a haber estudiado Ciencias, con todo lo que ello implica, desde muy joven fue un impenitente devorador de textos que concernían a lo otro, las Humanidades. Sin ir más lejos, reconozcamos que su pasión por la obra toda de Galdós rozaba lo febril. Sumándole a eso su carácter reservado y hasta tímido, así como su aspecto vagamente desaliñado para lo que sugiere la etiqueta del pueblo, malamente podía lograr aquello a lo que en verdad aspiraba: pasar desapercibido. En efecto, para estas gentes, y pese a sus repetidos intentos de ir casi de incógnito por ahí, Serafín era un personaje estafalario, como en el fondo consideraron en el pueblo a la mayor parte de los *Burros*, desde sus remotos ancestros hasta el propio *Burro* padre. Hubo un momento preciso en el que lo que pensaba Serafín de estas gentes era, ni más ni menos, lo mismo que ellos pensaban de él, teniéndole por uno de esos especímenes humanos en trance de extinción. Todos tenían su parte de razón, y lo que en verdad se extinguía era el siglo, pues aun sin saberlo estaban asistiendo a la demolición no lenta o repentina sino gradual hasta lo inconsútil de todo un Tiempo y un Lugar, siendo su destino último el país del Olvido.

Brotan estas páginas testimoniales para retrasar en lo posible tal momento.

El caso es que por diversos detalles, para ellos *suficientes*, a Serafín le consideraban un rarito integral pero inofensivo, y aun pizca pintoresco. O sea, como a todos los que llegaban de fuera. De tal modo, ojito por aquí, saludito por allá, se tenían mutuamente en observación. Ciertamente que la aritmética de las cosas invitaba a creer que no habían de cruzarse sus caminos más allá de lo estrictamente imprescindible teniendo en cuenta que él era un hombre solitario, pero a veces el destino juega a hacernos trastadas, y eso es lo que iba a ocurrir: o de cómo pasó de agnóstico racionalista y críticón empedernido a un ser espiritual capaz de generar un temblor sísmico de

sentimientos en torno suyo, ésa es otra historia. De hecho, ésa es la historia que cuenta este libro, y a su debido tiempo podremos desentrañarla, no sin antes haber tenido ocasión de conocer sus curiosos prolegómenos. Éstos son de capital importancia para evaluar la singularidad de los acontecimientos que vendrán después, y que pasaron sobre Hiseda y sus habitantes como un ciclón, transformando las vidas de todos y cada uno de ellos. Ésa va a ser nuestra historia y ése, lector, va a ser nuestro reto, bastante osado por cierto: comprobar cómo Serafín Burón Villegas pasó de pusilánime a héroe.

¡Ahí es nada! Que la suerte nos acompañe...

En principio, y teniendo en cuenta que héroe, según la acepción común, es prácticamente lo opuesto a pusilánime, habremos de superar ese antagonismo inicial para entender tan insólita transformación. Que Serafín de héroe no tenía un pelo queda lejos de toda duda razonable, aunque también seguro que, como la mayoría de los humanos podrían afirmar, no tuvo ni la menor oportunidad de probarlo, por suerte. Pero no, no tenía pinta.

En lo concerniente a pusilánime, ahí Serafín sí contaba con sobradas posibilidades de llevarse un premio gordo, de los de nivel de obesidad mórbida. De entre el sinfín de datos que lo concluyen, que llenarían un espacioso archivo, y por extraer uno al azar, baste con decir que era una de esas personas que tardan lo indecible en ser atendidas, por ejemplo, por los camareros de un bar, entre otras cosas porque durante un lapso de tiempo en sumo grado agobiante, parecen no verle ni oírle pese a que él saluda con cortesía y una media sonrisa como pegada a los labios. A veces, mientras el tiempo pasa agónico, puede vérselo erguido con varonil tiesura haciendo equilibrios en la silla móvil frente a la barra y no sin dejar de decir esporádicos «Por favor...» al paso de tan evasivos camareros. Pues ni con el enésimo «¡Oiga..!» consigue que le vean u oigan, como si fuesen sordiciegos. En cambio, y a modo de afrenta, a otros clientes los atienden sin demora. Inexplicable, pero cierto. Algo similar le ocurrió desde siempre y en todos lados. Él lo achaca a su voz de tono grave, diríase de bronceado tirando a neutro. Convengamos que en el fondo algo de eso es cierto, pero hay más: lo que Serafín considera su impecable aura de invisibilidad. Le pasaba en el colegio, en los guateques, en la universidad, en sus trabajos. ¿Y en qué

consistía esa aura? Pues en lo que hace que unas personas brillen, aun sin pretenderlo, y otras no. Él no estaba entre los primeros. En rigor de dicha escala lumínica, Serafín se sentía minero en lo más profundo de una mole de roca oscura, allí en la Patagonia. Además, para agravar el asunto de la pusilanimidad, se creía un tanto gafe, siempre temeroso de turbulentos presagios. Sí, mejor encerradito en casa, como le aconsejaba a menudo *Burro* padre. Y como el *Burrito* niño o joven le mirase con sus atónitos ojillos de miope, sin duda escasamente seducido ante la eventualidad de vivir encerrado a cal y canto, su ínclito procer remachaba, no menos contundente: «Que es donde se está mejor». Y *Burrito* asentía, mitad aburrido, mitad con un apoque de impresión, pero a la vez empezando a creer que su padre tenía algo de razón.

Lo cierto es que desde su llegada a Hiseda está quedándose muy delgado a base de comer casi únicamente bocadillos de mortadela o de sardina en lata, y el asunto empieza a preocuparle. Aunque va a rachas. La única y para él sabrosísima variación que existe es: mortadela o choped, sardinas en aceite o en escabeche. Hace una verdadera y solitaria fiesta si pasa de una modalidad a otra. Cuando Serafín se mira en el espejo recuerda un retrato que hace tiempo vio de Stevenson, el escritor. No, en absoluto salió Burón en el aspecto. Porque en él casi todo es óseo, bigote y ojos. Debe estar quedándosele el estómago seco. Día a día puede ver cómo se arruga la piel de su cuello, bajo la garganta. En pocos años, y lo prevee sin excesivo dramatismo, tendrá esa papada como una acequia almeriense en agosto, aparte de alopécico definitivo. Pero no va a empezar ahora con transplantes capilares, liposucciones u otros desaguisados que algunas personas le infringen al cuerpo, medita con sorna, casi con suficiencia, palpándose el bigote. Antes, de poder, se haría un trasplante de cerebro. Lo tiene claro como el agua: de seguir pudiendo se pediría nacer obrero especializado, de esos que, por lo común, a.– vienen a tus demandas de auxilio, si es que vienen, cuando les viene en gana, b.– te miran con ademán perruno rabioso ante cualquier sugerencia o queja, incluso ante cualquier pregunta, y c.– te pegan tal clavada de dinero que acabas como san Sebastián atado a su poste, con la faz de pasmo y la cuenta corriente hecha un acerico.

Ciertamente, a Serafín apenas nada parece perturbarle en exceso. Por mantenerse, hasta se mantiene incólume ante las mozucas cimbreándose coquetas en el advenimiento de la primavera, y lleva ya un tiempo solo aquí. Ahora lo que llama su atención son esas vaharadas de perfume provenientes de algunas casas del pueblo donde tienen macetas con geranios, aspidistras o clemátides, y sobre todo con hortensias. Intenta discernir el misterio de ese fragor entre colores contrapuestos, verde y negro, rojo y azul, violeta y amarillo, relacionándolos con su aroma inconfundible: el lenguaje secreto de las flores. Acto seguido piensa: «Estoy como un cencerro. Yo aquí, en plan san Francisco de Asís, cuando debería ponerme con mi trabajo». Pero es feliz así, entre pajarillos y flores. Incluso se podría decir que empieza a sentirse demasiado y sospechosamente feliz. El sol suele asomarse cuando él se asoma a Hiseda para algún recado o simplemente pasear. Por supuesto, de esto nadie se da cuenta. Más bien sucede que cuando deja de llover él aprovecha para hacer recados.

Serafín tiene la tez algo macilenta y la nariz picuda, que deja ver un poco la abertura de las fosas nasales en sus flancos. Éstas, cuando se altera, se mueven como aletas de pez, un movimiento apenas perceptible, cosa que ocurre muy de tanto en tanto porque él parece deambular por ahí como exangüe, y realmente nada le saca de quicio. De hecho, aunque algo enjuto de hombros, camina nimbado de bonhomía y hasta de un inconcreto aire de misterio, lo cual le hace destacar sobremanera, e involuntariamente, entre estas gentes obstinadas, poco suaviorias y cuyo mayor placer consiste en pleitear con saña por cualquier fruslería, tal que si has dejado parte de tus aperos de labranza en el zaguán de mi casa o si he visto una de tus vacas en una braña que no le toca. Y ojito, por supuesto.

Posee unos labios finos y los pómulos ligeramente hundidos, de esos que siempre preocupan a abuelas y madres por ser síntoma de desnutrición, lo que aunado a las bolsas de tono violáceo que penden de sus párpados le hace parecer avejentado antes de tiempo, pero esto viene sucediéndole ya desde que era chico. «Cómo se nota que es un chaval estudioso», decían de él con una curiosa simbiosis de pena y admiración. Sí, ser el clásico empollón le reportó dosis enormes de lástima, por un lado, aunque también de envidia y

respeto, por otro. Asimismo puntuales palizas de los elementos más indóciles de las clases en las que estuvo, pues Serafín ha tenido siempre la rara cualidad de situarse junto a gente con la mano larga, aparte de la lengua sucia y el espíritu fogoso. Pero, a la chita callando, fue sobreviviendo a esas tundas que le caían sistemática y gratuitamente a un promedio de varias al trimestre. Cuando su padre le veía llegar de la escuela hecho un cromo y surcado a moratones le recriminaba con cierta resignación: «¡Qué poco burro eres!». Oírlo le dolía, sin duda, pero pronto intelectualizaba su congoja pensando: «¡Pues no veas ellos, que se han destrozado los nudillos de las manos!». O bien, cuando se sentía especialmente mordaz, y siempre recapacitando sobre sus agresores: «Sí, pero yo saco buenas notas y ellos van a repetir... Chusma, eso es lo que serán». Quién iba a decirle cómo se desarrollarían más tarde sus reflexiones al respecto.

Desde hace años le echan más edad de la que en realidad tiene, aunque eso se la trae al paio. Siempre pensó que cualquier día iban a confundirle con su padre, pese a que él era más alto. Ha sobrepasado el ecuador de la vida pero en realidad sigue sintiéndose un niño. Como si no hubiera nacido del todo. Como si sólo fuese posible hacerlo más allá de la vida. Usa gafas de montura gruesa y cuadrada, de carey. Como son de una cosecha bastante antigua, exactamente desde que entró en la universidad, han adquirido un color pardusco a roales que resulta indicador de suciedad, lo que no es así. Les tiene tanto apego que incluso ha llegado a llevarlas rotas y pegadas con papel celofán o esparadrapo. Por fin consiguió implantarles varillas nuevas. En efecto, no puede decirse que nunca cuidara especialmente su aliño, por otra parte signo característico innato en muchos hombres de ciencia que van por ahí como cerditos. Quién sabe, igual es un tópico. Aunque para cuestiones de higiene básica Serafín se considera en extremo meticuloso. Diríase que es un calvinista del vestir. Lleva ropa anticuada, o más bien pasada de moda una y hasta dos décadas, pero nunca sucia ni arrugada. En tal sentido se muestra estricto hasta acercarse a lo maniático. Él dice que se siente sencillo y proclive a la discreción, pero en realidad es lo otro, un jansenista de las prendas con cierto toque de dejadez no buscada. Aun así es coqueto a su manera: no soporta un remiendo o un botón caído, ni un hilo

colgando, que se zurce él. Visto de lejos juzgaríasele mugriento. De cerca se nota que va descuidado, pero limpio. Y eso es muy importante, porque de hecho no afecta tan sólo a su atuendo, sino a su corazón. Aunque, sobre todo, fue, es y será un hombre de prontos.

De modo que se dijo a sí mismo un buen día: «En este valle, aunque alejado casi medio centenar de kilómetros de la costa, late toda la violencia de los mares». Y luego, pasmado: «¿Cómo es posible que nadie se dé cuenta?». Da igual que la vega de Rantroño, partida en su mitad por el curso del Pábenes y sus numerosos afluentes, sea un remanso de paz y armonía excepto cuando azota la tormenta. Si lo observas fijamente es como un inmenso fondo marino, con sus roquedales de color coral, con sus vastas praderías como inacabables parterres o barrancos de algas, con sus anfractuosidades calcáreas como anémonas, con sus vaguadas y peñascos como madreporas, con sus bosques como penachos erizados que palpitan en silencio, explorando a través de sí todos los tonos del verde, con esa quincena de pueblos y aldeas que alcanzan a verse en un día sin niebla desde la loma más elevada del *Barrio*, diminutas aglomeraciones de casas y de almas titilando como pábilos en el atardecer. Mas bajo esa aparente quietud fluye siempre con viveza el aire de la sierra, y también el perpetuo murmullo de los árboles al ser tibiamente acuchillados por el viento. Otro lenguaje a descifrar.

Amaba este mundo sumergido de apariencia a veces tétrica y otras de una belleza sobrenatural. Pero lo único cierto es que desde muy niño ya supo que algún día viviría aquí. Porque, mientras no se demostrara lo contrario, esto era el Paraíso.

Sigámosle, pues, un rato: siempre acompañado de un capacho a modo de tahalí, donde lleva su pipa, tabaco y un libro que sólo algunas veces llega a leer, camina entre frondosas camberas ligeramente encorvado, no cabizbajo, más bien indagando a saber qué en los caprichosos y constantemente mutables arabescos conceptuales del suelo en busca de un objeto o amuleto que se le extraviara hace tiempo y que, fiel a su apodo familiar, él no desiste de encontrar. Lo cual no evita que sumido en tan hondas cavilaciones se pegue unos resbalones de impresión que, no obstante su andar liviano y reconcentrado, medio a saltitos y algo así como goriláceo, disimula en buena

medida. Parece despistado, cuando en realidad está ausente. Parece ausente, cuando ni siquiera está. De hecho, ha empezado a no estar.

Las manos huesudas, surcadas de venas protuberantes y azules, por lo general buscan un instintivo resguardo en los bolsillos. Va por ahí, filántropo a su pesar, sin dar muestras de renuncia ante nada ni ante nadie –por ejemplo su pipa, que llama poderosamente la atención, lo que detesta, o verle leyendo en mitad de un prado–, algo que al entender de los hisedianos quizá le hace aparentar bobo perdido. Aunque ésa es sólo una sospecha. Acostumbra a silbar canturreando por lo bajo mientras camina, y sólo quita las manos de sus bolsillos para con gesto maquinal atusarse el entrecano bigote con delicadeza, palpándolo con idéntico mimo que se pondría al coger un jilguero herido, aunque ello contando que no se trata de un crío de Hiseda, pues éstos, ante el eventual hallazgo ornitológico, estirarían de él intentando convertirlo en águila. También usa sus manos cada pocos minutos para situar correctamente las gafas sobre el tabique nasal, que posee la típica marca de quienes las han usado desde muy jóvenes, y por tanto constituyen un apéndice más de su rostro. Porque ahí, en ese leve y frecuente gesto, va inscrito que vive sumido en una perpetua distracción. No olvidemos que Serafín es de esas personas que saben o recuerdan la contestación adecuada de algo que se dijo en una discusión acaecida veinticuatro horas antes, por lo menos, o sea cuando ya es tarde. O de los que al abrir las puertas, sean dobles o no, de cristal, hierro, aluminio o madera, lo hace siempre en el sentido equivocado, y esmorrándose en más de una.

Pero son otras las señales que Serafín lleva inscritas a ardiente cincel dentro suyo: cosas que le preocupan sobremanera y no puede compartir con nadie, al menos desde que lo dejó plantado *Pitita*, su novia de siempre: la amenaza de esa autovía Norte-Centro cuyo trazado, según todo indica, pasará cerca o incluso justo sobre la Casona que heredó de su padre y que es lo único que tiene. O la siempre precaria situación económica. O los problemas debidos a los pájaros que viven instalados comfortable e insolentemente en el techo de la casa, formando un verdadero pandemónium. O la carcoma, de la que aunque Serafín pretenda convencerse no le preocupa en demasía, está convirtiéndose por derecho propio en una auténtica y silenciosa pesadilla.

Nadie como él, experto en Parasitología Molecular, sabe con quién se enfrenta: las familias en cuestión se llaman *Lyctus brunneus*, *Hylotrupe bajulus* y *Anobium punctatum*, como si dijéramos los Orsini, los Borgia o los Corleone, siendo los terceros los que más cabreaban a *Pitita*, llegando incluso a espantarla en la última época que vivió aquí, pues el sonido que producen dentro de la madera infestada llega a ser audible en la oscura quietud de la noche. Serafín intentó consolarla diciéndole que se trataba de una entrañable llamada para aparearse, aunque no coló. Es decir, como lo de esas parejas de mariposillas copulando mientras vuelan que te vuelan, o intentando hacerlo: al principio coló, y después dejó de hacerlo. Progresivamente ella le miraba con torva faz, bien cierto. Sus diminutos vecinos constituyeron siempre un quebradero de cabeza: que si gases inyectados, líquidos brochados, espumas pulverizadas o el uso de complicados paneles o válvulas, que si fosforo de aluminio, dióxido de carbono, carbonato amónico o parafina al por mayor. Escarabajos, termitas, ácaros: todos ellos parecen dispuestos a merendarse la Casona con patatas fritas, como se dice comúnmente. Admitamos que se evidencia tan extendida esa invasión –pese a que en el caso concreto de la carcoma preferible sería hablar en términos de «asentamiento militar», o «colonización multitudinaria», o la famosa «expansión hacia el Este» nazi, dejando lo de «simple invasión» para los pájaros– que ni él mismo imagina cómo afrontar el problema. Sólo sabe que a diario se dan un opíparo festín a costa de la mampostería, o mejor habría que decir ebanistería de su Casona.

Cuando alguien le hace comentarios acerca de determinados «tratamientos» eficaces para combatir la carcoma, Serafín esboza una mueca que le encoge siniestramente la comisura de los labios, aunque en realidad se le crispa toda la cara. Entonces le aplasta la certidumbre de que con los insectos xilófagos barrenadores hay poco que hacer. Para la gente son chinches, pulgas, polillas, etcétera, una molestia, un engorro, sí, pero él conoce como pocos con qué artefactos devoradores hay que lidiar, sobre todo cuando han alcanzado ese cierto nivel de desarrollo y hasta de recochineo en el que hacen su economato-resistencia de tu techo, suelo y paredes. Es el momento en que, vibrantes las aletas de la nariz, piensa enervado: «Fuego, habría que pegarle fuego a la casa. Sólo así se irían los pájaros y terminaría el

mal sueño de la carcoma y sus amigos». Si le siguen hablando de la utilidad de novísimas maneras de tratarla, acentúa su mueca, ahora ya con una brizna hermética y definitivamente criminal a flor de piel, aunque no lo noten. Ahí deja de pensar en la carcoma y todas esas pamemas del método MIP, o Manejo Integrado de Plagas, pues a ciertas plagas no hay quien las maneje. Son peor que algunos humanos, lo que ya es reseñable. Tal vez Serafín se ha vuelto un tanto pesimista y no cree en fungicidas válidos si con lo que uno se enfrenta es con lo más selecto de las columnas de choque de esos sus viejos conocidos, los basidiomicetos y ascomicetos. ¡Vaya equipazo forman en conjunto y sincronizados! En dicho punto sus disquisiciones, ya abiertamente destructivas, van directamente a la casa: «Y cómo ardería, la jodida, toda de madera». Pero resulta que esta Casona no sólo es lo único que tiene, sino lo que más quiere. De ahí su dilema. Por lo que usualmente puede vérselo con los hombros tal como si allí llevase charreteras, e incluso gruesas virutas, que le dejan sus microscópicos vecinos alojados de camping en la madera. Sabe que contra ellos no valen adminículos o soluciones químicas. Únicamente acabaría con esa incontable legión de degustadores de madera un incendio brutal o el lento paso del tiempo. Y él, en lo más hondo, no les tiene especial ojeriza a esos animalillos casi microscópicos que están echándole la casa abajo. Hacen su labor y él, bueno, hace la suya, que es meditar sobre ellos mientras mira las montañas, entendiendo que pertenecen todos a lo mismo. ¿Al mismo y evolutivo Juego del Azar? Sí, pero quizá también a la partitura de una sinfonía vital prodigiosamente diseñada. Así lo creyó siempre *Burro* padre y, en cuanto a él mismo, empezaba a tener sus dudas.

Aunque hay un pensamiento que lo mortifica: imaginar que muy pocos hisedianos miran alguna vez hacia la Montaña, pese a estar literalmente incrustados en ella, o para ser precisos en mitad de un buen número de montañas que rodean el pueblo por sus cuatro latitudes, aunque sin dar la impresión de ahogarlo. De hecho parecen arrullarlo maternalmente entre las esquilas del ganado, el arrullo de cigarras y pájaros, o el tañido del cercano campanario. En cuanto a él, tal vez por haber crecido en una gran ciudad, no deja de mirar en dirección a las montañas, esté donde esté. Cree que los hisedianos, a su manera, la sienten, pues muy dentro la llevan. Pero cierto

también que nunca ha visto a nadie mirando a la lejanía. De cualquier forma, y de ser como él supone, no saben lo que se pierden, pues ahí, especialmente ahí, en la serena y absorta contemplación de determinados entornos, yacen plausibles respuestas a preguntas eternas.

Cuando Serafín, siendo un crío, solía venir a Hiseda durante las vacaciones estivales o en Navidad y Semana Santa, acabó formándose una imagen del pueblo completamente mítica. Entonces la Casona se hallaba en fase de construcción y vivían con unos familiares, en la Puertuca, junto a la estación del ferrocarril, no lejos de *Saltamorito*. Se pasaba las horas observándolo todo como en una perenne ensoñación, dada su visceral ineptitud para las manualidades, excepción hecha del cosido de botones, y su timidez ante la eventualidad de relacionarse con la gente. Siendo muy pequeño, y cuando en alguna ocasión le llevaban a la iglesia, solía colocarse en un banco esquinado, y allí miraba por el redondel biselado de un fragmento de la vidriera policroma, a través de la cual se deformaban los prados y la silueta de alguna montaña. Años después, y desde una ventana de su Casona cuyo vidrio tenía una fisura en forma de espiral, Serafín se dedicaba a lucubrar durante interminables ratos, acaso de modo caótico pero placentero, como si contemplase las cosas y su secreto significado a través de un caleidoscopio que el alma, en pequeñas dosis, concede a algunas personas. Lo hacía igual que casi medio siglo atrás. También en aquella época, y ascendiendo por una poterna desvencijada, subía hasta el tabuco que a modo de amplio trastero había en el hastial de la casa, y en ese ábside era el rey de un mundo inanimado y a la vez tangible. Como un beso soñado en la oscuridad. En la amplia buhardilla le volaban los minutos y las horas, fija la vista en una clepsidra por la que el agua, yendo de conducto a conducto, indicaba el paso del tiempo. Y lo mismo hacía con un antiguo reloj de arena cuyo polvillo blancuzco caía ordenada y silenciosamente, de arriba abajo, en una hemorragia de segundos que él nunca se cansaba de presenciar. Cualquier cosa era preferible a salir al exterior, donde la realidad solía mostrarse intratable. Los niños le asustaban y los mayores le amedrentaban otro tanto, no sabiendo discernir qué era peor. Sí, sí que lo sabía: los niños eran mucho peor. Sobre todo los de Hiseda.

Antaño veía a las mujeres lavar la colada en un recodo rocoso del río, donde el Puente de la Reina, cubo, jabón y lejía en ristre, mientras cantaban o reían, o hablaban de preñeces y futuros casorios. Ya entonces, recuerda, le preguntó a su padre si todo ese jabón y lejía no haría daño a las truchas y los cangrejos del Pábenes a su paso por el Puente de la Reina, con el tobogán de roca y su pátina resbaladiza. «Qué va. Hay muchos», le respondió aquél encogiéndose de hombros. A su manera, *Burro* padre empezaba a darle lecciones acerca de la vida, pero en lo referente a truchas y los cangrejos se equivocaba, como bien pudo comprobar él cuando se vino a vivir aquí con *Pitita*, quien además de montar en cólera casi se puso de luto por las escasas truchas que ya quedaban en el río.

Serafín se sentía especialmente embrujado por la luz homérica que se cernía sobre el valle algunas tardes de verano. Era una luz azulada y transparente, como si se tratase de los restos del decorado de una película en la que hubiese habido una épica batalla, con todo envuelto en el silencio. Eso sí, no muy lejos manadas de chavales hacían tropelías y se cruzaban puyas de modo incesante. Aquello, de tal forma lo entendería poco después, era un verdadero paraninfo, un seminario de seres algo asilvestrados pero noblotes. Tras la huerta de la casa donde veraneaban entonces había sendos matorrales de juníperos, arbustos de boj mal recortados y varios sauces, esbeltos y aún jóvenes. Su tío, quien padecía una enfermedad de la piel llamada vitílico, que decolora la pigmentación, le hacía rabiarse constantemente, aunque sin malicia. Tenían pollos, conejos, gallinas, tres vacas y un verraco enorme con sus lechones siempre detrás, incordiando. A ese descomunal cerdo le llamaban el *Gran Chon*. Era su ídolo, sobre todo desde que le aconsejaron, más por prudencia que por otra cosa, pues el animal aparentaba sumamente pacífico, que procurase mantenerse lo más alejado posible de él. Para Serafín aquel cerdo era como Dios en versión porcuna. «Ese cerdo cabreado podría hacer mucho daño si se lo propusiera, como un jabalí», oyó decir con frecuencia. Le ocurrió como a tantos niños: a los ojos incrédulos de Serafín aquella especie de mascota era como el rey de la selva. Ni leones ni gaitas. Su gigantesco cerdo del pueblo era el súmmum. Y anda que no chuleaba ni nada con sus compañeros del colegio, ya de regreso a la ciudad, contándoles

mentiras increíbles, como que el bicho le obedecía o se ponía tieso sobre sus patas traseras, haciendo cuanto a él se le antojase. Incluso le había hecho bailar el *twist*, contó, y el asunto parecía interesar, a tenor del énfasis y el detalle que Serafín puso al relatarlo.

Una Navidad llegaron justo a tiempo de celebrar la Nochebuena en casa de otros familiares que vivían en un pueblo cercano. Serafín, que aún no había podido acercarse por el corral a supervisar lo que él consideraba sus dominios, preguntó a la mañana siguiente: «¿Y el *Gran Chon*?». Su padre le miró fijamente y acto seguido repuso: «Te lo comiste ayer. Así es la vida». Fue quizá otra lección inolvidable. Una de las más grandes, después de la muerte de su madre, o más exactamente de su ausencia. Con lo del *Chon* Serafín se pasó un día entero llorando, encerrado en su habitación. Pero pronto se olvidó del tema de la única manera que sabía hacer: mirando. Entonces, nada escapaba a su atención. La badana colgada de una pared de la entrada. O las ramas de bejuco entrelazándose en improvisadas jarcias que algunos utilizan para pescar lo que fuese en el río. El odre de vino con su piezgo húmedo. Aquella piel curtida de carnero que acabaría siendo una alfombra en su casona. La vida de nuevo, a cada objeto, en cada instante. Sí, todo aquello era lo leve maravilloso. O miraba los zurrones y cayados que para el pastoreo aún conservaba su tío, por si iba al monte, cosa cada vez más rara, pues el hombre se hacía mayor. Asimismo observaba con atención de entomólogo la podredumbre subiendo por las fachadas de algunas casas a modo de gangrena verde y amarilla. O el toñil de paja del que súbitamente salían varios petirrojos aleteando en el suave céfiro de la tarde. O escuchaba las gotas de la lluvia golpeando contra el postigo de su ventana y que a veces parecían notas de laúd. Él las contaba una tras otra hasta que perdía la cuenta, adormilándose. O se acercaba hasta un par de pacas de mies que había junto al corral y, aproximando mucho el rostro, veía trajinar a los gorgojos, esos insectos que se nutren de grano o de lo que cojan. Se volvía casi loco de alegría cuando le llevaban en el tractor de su tío, ya que la carretera estaba en pésimas condiciones para ir en el auto de su padre, hasta el pantano de Lasa, a la vera del pico Najos. Era aquélla una presa artificial, pero con todo el aspecto de ser un lago natural. En su cabeza, ya entonces incipientemente

científica, no cabía que pudiese haber lagos en lo más alto de las montañas. Era ése un milagro, pese a la lógica, que nunca se cansaba de mirar. Y coligió para sí: «Lo bello está en todas partes, incluso en lo más alto, apartado de las gentes. Sobre todo ahí».

Por aquella época, incluso en la ciudad, sus sueños eran lacustres y se poblaban de criaturas fabulosas, propias de la mitología de Hiseda y su comarca: el temible Cuegle, especie de oso gigantesco, unicornio y antropófago empedernido que daba cuenta del ganado en los apriscos. La no menos temible Guajona, bruja oficial de los montes, que chupaba la sangre de los niños por las noches, introduciéndose subrepticamente en sus lechos, acaso versión primigenia y femenina del famoso y extendido Sacamantecas, pues hasta que no se supo de la existencia de los estafilococos y de la penicilina, la tuberculosis complicó lo suyo la crédula mentalidad de estas gentes. El Ojácano, heredero o incluso símbolo mismo del dios *Tyr* de la guerra, con su único ojo como Polifemo, capaz de lanzar peñascos y montañas enteras cuando se enfurecía. El Trenti, gnomo libidinoso que acechaba entre la maleza en pos de aplacar su insaciable lujuria, y que debió ser el terror de mozuelas prehistóricas, y aun de las recientes, ya que más de una había subido al monte intacta y regresó embarazada sin saber de quién, al parecer. O los Trasgos, diablillos de textura élfica, escurridizos y malos hasta la desesperación, que perturbaban el orden de las casas, especialmente las cocinas, enredándolo todo con sus artimañas destructoras para reconcomio del personal. Ante ese despliegue de iniquidad en estado puro, poco o nada podía hacer el buen y anciano Arquetu, el mago Merlín de esta región, o la Anjana, divinidad etérea y hermosísima que equivaldría al más convencional Ángel de la Guarda. En el Norte las Fuerzas del Mal ganaban por goleada.

Lo cierto es que todavía hoy sigue ensimismándose cuando sube hasta la presa o embalse de Lasa. Pero se trata de un placer de los sentidos que reserva para cada cierto tiempo. Piensa que fue luego, siendo ya adulto, cuando comprendió ese carácter complejo de las relaciones que se dan entre las gentes, convergiendo siempre hacia el egoísmo, y dicho momento fue el de su mayor decepción. Cierta vez su padre, que en ocasiones se ponía de un socrático subido capaz de acomplejar a cualquiera, refiriéndose a los

hisedianos y sus cosas, en tanto Serafín le insistiese en comprender por qué actuaban como lo hacían, *Burro* padre deprecó solemne: «Hozan y hozan sin dar con las trufas». Él, que era todavía muy joven, osó preguntarle qué dónde podían estar esas anheladas trufas. «En toos laos», dijo su progenitor, que a veces hablaba a lo cerrado y otras no. Ésta lo hizo. Serafín siempre tuvo presente aquella frase. Y así estaba él, supuestamente buscando alegóricas trufas espirituales, y más solo que la una. Aunque por el momento, de trufas, nada de nada. Pero igual es cuestión de echarle paciencia y perseverar, se consoló. Igual.

Obviamente, era forzoso desconocedor de aquello que el destino le deparaba.

No obstante, cosas había en Hiseda que le llegaron pronto a la médula, y otras que, pese a sus esfuerzos, tocaban hueso en él. Entre las primeras sobresalía la consigna implícita de no mirar excesivamente a los ojos a nadie. El saludo sí, eso que no faltase. Pero con lo otro, cuidadín. Asimismo era primordial salir siempre de casa con una cachava en la mano, por si acaso. De ese modo le legó tal idea *Burro* padre. Por contra, entre lo que Serafín no acababa de entender, y mucho menos interesarle, estaban los bolos. ¡Anatema total! A su juicio los bolos cautivaban en esta tierra no tanto como deporte sino como religión. Sin duda algo de litúrgico subyacía en el mutismo y circunspección con que se desarrollaban las interminables partidas, para él un auténtico manantial de aburrimiento. Y a pesar de ello, muchísimo respeto con los bolos. A veces le tocó disimular en la Bolera, donde no se podía hacer el menor ruido o eras rápidamente encarado por una batería de miradas fieras. Así la primera vez. La segunda, te recriminaban ahí mismo, en público. Que a nueve palitos y eso que le denominan *emboque*, su Santo Grial, se le sacase tanto jugo, para Serafín era ciencia infusa. Un arcano puro y duro, de los que existen para no ser resueltos nunca, de modo que preferible resistir con donosa apatía aquel tormento de los bolos, sin moverse, sin hablar, diríase que casi sin respirar, deseando tan sólo que concluya la anestésica partida. Serafín ha acabado por creer que a muchos de ellos también les aburren soberanamente, aunque no lo manifiestan, y prudentes son, para evitar futuras asperezas con los a menudo pardaños convecinos.

Ahora nuestro contrito aprendiz de semihéroe está como el Pábenes, confuso pero pletórico aún no sabe por qué. Algo en su interior fluye diluyéndose igual que ese río con sus torrenteras de tumultuoso rugido, sus remansos a modo de culebras transparentes correteando entre rocas como estatuas centenarias y sus pozas escalonadas, que sugieren cristalinas bañeras para ninfas insomnes. Allí el muérdago se enseñorea de los troncos desplomados, pero aún no vencidos, y garapitos, zancarrones u otros insectos pululan a sus anchas sobre el agua entre lianas y piedras tapizadas de musgo. Saltan en ese agua de tanto en tanto escurridizos gobios y truchas, acaso imaginarias, dado las pocas que hay, trazando en su fuga o estela un arco de gotas tan fugitivas como primorosamente ordenadas. Aquí y allá la brisa mece las azules vincas, la milenrama y las matas de frambuesa que crecen a los pies de unos álamos o del gran castañar que separa del río la hilera de henares en un prado en el que tiempo atrás –antes de que todo el mundo viese sin tregua la televisión, embruteciendo sus sentidos hasta la atrofia– se jugaba al fútbol o se encendían fogatas durante las frescas noches de estío. En los vados se elevaba la alta hierba y el espejismo de un lago de espigas de centeno balanceándose al son imperturbable del viento. Todo perfecto, sí, mas aunque el marco pueda parecernos por momentos idílico, nos llevaríamos a engaño juzgarlo de tal, ya que algo está cociéndose en el ambiente, como se ha apuntado con anterioridad.

Sí, parece que también en Hiseda están revueltas las aguas, y mucho. El motivo o núcleo del conflicto invita a pensar en una discusión surgida entre algunos miembros aún por identificar de las *Furias* y de los *Corvatos*, o quién sabe si de cualquiera de las facciones surgidas de entre sus intrigantes adláteres. Y es que *Furias* y *Corvatos* conforman los dos grupos de opinión con mayor peso específico en el pueblo, por encima incluso de los llamados y así reconocidos poderes fácticos. De ese modo gusta de llamarlos benignamente Serafín, «grupos de opinión», tan henchido de inocencia en ciertos aspectos. Actitud que si no fuese porque en realidad es un bendito, diríase que era más propia de una perversa gazmoñería que de una bobina credulidad. Todo apunta a que ambos grupos actúan como consumados periodistas investigadores, hurtándose la información con destreza y

utilizándola luego a su antojo y conveniencia.

La citada definición respecto a esos grupos no deja de resultar un grotesco eufemismo, como pronto se verá. Aunque no se trata de la banda de Frank Nitti contra la de Johnny Torrio, esta vez se ha complicado considerablemente la cosa, retorciéndose como raíz o tubérculo podrido bajo tierra, todo ello debido a la interferencia de determinados lazos de consanguinidad y otros parentescos familiares que, referidos a Hiseda, suelen cobrar un matiz tradicionalmente cainita. Ahora se huele la inminencia de la tempestad, que no necesariamente de la tragedia. Aún. Todo indica en el pueblo que ha habido algo más que un tenso cruce de palabras entre *Furias* y *Corvatos*, algunos de los cuales son marido y mujer. Esto se comenta a sovoz a causa de los carteles puestos al despuntar el alba en la plaza de la Bolera, que con sus castaños de frondosa copa fue testigo de tan ruin insidia, pues nadie sabe quién los puso ahí, bien altitos y encolados. En los carteles se lee, junto a la fecha del evento y la hora del mismo:

Chorizada Monumental, ha la que se invita a todo el pueblo.

Serafín, quien ya empieza a comprender de qué va la cosa, es consciente desde el primer momento de la gravedad del asunto. «Se liará una buena», barrunta para sí: «Estaba cantado», y acto seguido sufre un traspies al tropezar con una piedra del camino que circunda la Bolera, aunque piensa en ello firmemente decidido a no inmiscuirse para nada en la que se avecina, pues saldría escaldado, sin la menor duda. Ése es uno de los escasos privilegios de los que goza un *Burro* en Hiseda: poder pasar de todo sin que se le exija la menor participación en los avatares de la vida cotidiana como organismo activo del municipio, pues la familia Burón siempre fue un tanto peculiar, así como muy suya, y los vecinos aprendieron a aceptarlo. Incluso, se decía, llegaron a admirar sinceramente a esa colección de *Burros* con tan mala leche. Con que él vaya por ahí saludando lo justo con un espasmo de cejas y tropezando lo previsible sin hacer el ridículo, ya les vale para admitirlo, aun con desdén, como uno de los suyos. Que aquí son tan ubérrimos en fisgonerías como fértiles en envidias, pero lo *suyo* que no lo

toquen. Así son.

No, esa fiesta no va a tener el aire alegre que cabría esperar. Qué lejos quedan, piensa Serafín vagamente apesadumbrado, aquellos años en los que en Hiseda se llevaba a cabo una tradición consistente en que sus habitantes hacían sonar las albarcas en el suelo, así como sus cachavas, creando un ritmo obsesivo y peculiar. Aunque él nunca lo vio, ni tampoco su padre, sí lo hizo el abuelo, y aún siendo muy niño. Se cuenta que eso lo efectuaban a modo de despedida cuando los mozos más queridos se iban a las guerras, diseminándose por medio mundo a lo largo de los siglos, con frecuencia para no volver. Serafín recuerda de manera borrosa haber asistido una única vez a ese rito de los golpes de cachava en el suelo siendo muy pequeño, aunque la ceremonia fuese en miniatura, tal vez una decena de personas en una cuadra. Pese a todo, se emocionó considerablemente. Sin embargo, hoy los tiempos han cambiado y la gente ya no está para ciertas tradiciones.

Deductivo y siempre analítico, Serafín va ocupado en su distracción predilecta, elucidar sobre la marcha y entre pedruscos las deladoras particularidades sintácticas que emanan como turbio vapor de esos carteles colgados en los castaños de la Bolera, y que él se limitó a atisbar, pues no le tranquilizaba la idea de ser visto leyendo *aquello*.

En primer lugar, la mención al pueblo. ¿Qué pueblo? ¿Hiseda de Abajo o Hiseda de Arriba, pequeño y anárquico conglomerado de casas, y por lo tanto de habitantes, a quienes los de Abajo, que forman mayoría, consideran desdeñosamente un simple barrio? Porque ahí se produjo años ha, y no demasiados, un desencuentro de tintes secesionistas.

De tal guisa informan a quien pregunta por cualquier habitante de esa zona elevada del valle: «Tiene que ir usted *Arriba*, y allí le dirán». Y lo dicen con un evidente desprecio, aunque disimulado ya de cotidianidad, que el tiempo y las rencillas no pasan en balde. Y pese a que los de *Arriba* han colocado un flamante cartel en el que se lee «Hiseda de Arriba», los de abajo, los de siempre, como cristianos viejos y de sanguínea solera, siguen mencionando a secas el nombre del pueblo, que es suyo y únicamente suyo. Como Cristo. Como la sangre. Son muchas décadas con la misma historia, casi todos sumidos en una lid que, en el fondo, a unos y a otros les entretiene

cual chiquillos a la gresca. Por su parte, Serafín ha ido entendiendo que lo que generalmente no se ha sabido, no se ha podido o no se ha querido evitar es el hecho de que, desde el punto de vista de los de Hiseda de Abajo, la de siempre, cuando mentan a los de Arriba se les dibuje un cierto rictus de asco en la faz, sólo detectable si uno está al tanto de la situación o posee determinadas dotes psicológicas. Desde el punto de vista de los de Hiseda de Arriba, ese rictus de asco delata algo sutil, indefinido y, si cabe, aún más intangible, no por ello menos insultante. Quizá, piensa él, se trate de un mohín de tranquila, despiadada y obtusa suficiencia que viene a resumir el aislamiento absoluto de los hisedianos en general entre tupidos parajes y rincones de ensueño que, no obstante, los han vuelto más independientes, según ellos, pero sin duda también más trastornados, según la opinión general de las gentes del valle. Como si constituyeran un último foco de resistencia de guerrilleros de lo cotidiano contra la tiranía del exterior y su maldito progreso. Como si temiesen constantemente una plaga. Así fueron, así son.

A Serafín antes aún le divertía esa cuestión que en otro tiempo dio lugar, y por las causas más nimias, a enfrentamientos ora sangrientos en sentido estricto, ora patéticos en su misma estupidez, pero casi siempre genuinamente absurdos. Ahora, sin embargo, cree que ya no tiene ninguna gracia. Y es que él vive justo a mitad del camino entre Hiseda, la de toda la vida, la *Hiseta* con un montón de siglos de existencia registrada en polvorientos cartapacios parroquiales o en diversas crónicas románicas como villorrio de emblemático peso en la ruta que une Norte y Centro, y la de Arriba, el barrio de más allá de las lomas y el roquedal, situado ya casi en plena montaña, que queda no exactamente encima suyo sino a su izquierda, según mira el pueblo desde la puerta de entrada. Para los de Arriba, la Hiseda tradicional es un sitio de tránsito y compras esenciales, evitado a ser posible, la cual circunvalan por caminos secundarios y estrechos. Para los de Hiseda de Abajo, los «otros» forman una especie de geto del que apenas se habla y al que nunca se mira, pese a que se vea salir humo de sus veinte o treinta chimeneas. Se ignoran entre sí, pues, hasta que cada cierto tiempo se enzarzan con motivo de cualquier menudencia. Entonces, por breves momentos, parece que la inquina acumulada vaya a convertir aquello en una catástrofe, pero no. Y es que en

este lugar todos parecen ser muy bravíos, mientras que él es así como neutro y le cuesta ponerse en dichas tesituras.

Quizá precisamente por esa causa, piensa compungido Serafín, le aborrecen, o cuando menos le ignoran, tanto en Hiseda de Abajo como en Hiseda de Arriba, a la que él, por la fuerza de la costumbre, ha acabado por llamar también el *Barrio*, del que es casi parte. Sus problemas con los habitantes de la zona alta del pueblo empezaron, justamente, porque años atrás, en una de sus esporádicas estancias, se le escapó un par o tres de veces esa expresión: el *Barrio*.

Sacrilegio. Tardaron un suspiro en comentárselo unos a otros. Como si pudiera verlos: «¿Sabéis? El científico de los huevos nos llama así, los del *Barrio...*».

O quizá dijeron, en vez de científico, el inventor, porque a buen seguro esa frase fue mencionada con un sarcasmo escasamente sibilino, algo que podría ser lo mínimo a esperar de ellos, ya que Serafín vivía y vive más cerca de éstos que de los de Abajo. Es convecino suyo, por decirlo de alguna manera, aunque a menudo se sienta transparente, tanto arriba como abajo. Él está en medio, y ahí va a permanecer para afrontar lo que el futuro le reserva.

En cuanto a pensar en lo de «inventor», eso le escuece más. Entonces supura la llaga y se remueven todos sus fantasmas, incluso los recónditos. Es decir, se remueven en su tumba, porque esos fantasmas, pese a moverse de tanto en tanto igual que si padeciesen el mal de San Vito, están ya muertos desde hace mucho. Prácticamente embalsamados. Como la mayor parte de sus ilusiones, desde Lenin hasta el Amor.

A quién se le ocurre, ejerciendo de aspirante perenne –uno de tantos– a la perseguidísima cátedra de Parasitología Molecular por la universidad de la capital del Estado, a quién, con su hálito de prometedor figura en el ámbito de la investigación, liarse la manta a la cabeza y venir a este sitio apartado del mundo, de la vida académica, de los laboratorios, de los grupúsculos que medran y orbitan alrededor de las revistas especializadas, a su vez emisoras de sevicias mil y trapicheos indecentes pero útiles para progresar y no estancarse, dejando de lado, a qué negarlo, las incesantes redes de intrigas que se ciernen en haces adictivos en torno a los que aspiran a algo concreto

en dicho terreno. Pues todo ello se le ocurrió al redomado lerdo de Serafín, quien en eso no dejaba de ser lúcida, ferozmente autocrítico, ya que lo que él creía iba ser un reducto de paz necesario para su labor creativa, mitad hormiguil, mitad rebosante de sabiduría, pronto fue convirtiéndose en el sepulcro de su imaginación, la fosa común donde acabaron sus sueños y también los de la idílica convivencia con *Pitita*, quien fue su novia más o menos formal durante años. Sucedió lo que Serafín ya temiese: igual que había pasado con su propia capacidad de concentración y trabajo –que si unas oposiciones siempre demoradas, que si un extenso trabajo nunca concluido, de hecho jamás iniciado realmente– a *Pitita*, que además iba de artista e iluminada por la vida a su pesar, con fuertes ramalazados de *hippie* doblemente anacrónica y fuera del tiempo idóneo para concebir dicha actitud vital y del lugar óptimo para ejercerlo, todo terminó por fulminarla como el rayo.

Así trataba Hiseda y el valle de Rantroño a quienes, no siendo autóctonos de estos lares, especulaban con iniciar aquí un nuevo periplo, y además lo hacían fascinados con la imagen romántica de esta tierra, por lo menos para una buena parte de gente de la ciudad. Eso no le ocurriría a él, quien pensó que en estos lindes sin apenas casas y rodeado de entornos pastoriles, hallaría el equilibrio espiritual necesario para concluir su ambicioso trabajo de investigación. Cosa que aún no ha sucedido y que él achaca a una obvia falta de medios así como, justo sea reconocerlo en su descargo, por cierta pereza intelectual que se le ha afincado en el cerebro como si se tratase de uno de sus diminutísimos y variados parásitos huéspedes de la Casona: la cabeza de puente para la invasión. Aquí va sobreviviendo económicamente con cosillas, con apaños. Alguna traducción de textos académicos, correcciones de estilo en manuales o enciclopedias científicas y también, de vez en cuando, algún «ensayo de fondo» que le encargan. Eso y las rentas que le dejó su padre en herencia, además del alquiler de un local en la ciudad. Porque hace tiempo que ya no da clases particulares de Matemáticas a niños de la zona, nunca de Hiseda, especialmente cerriles y cabezones para los estudios. Aquella constituyó una experiencia traumática. Su vocación pedagógica siempre fue nula, y más cuando delante se tiene a una colección de enanos con distrofia

especulativa, de pigmeos del raciocinio, a una inquieta férula de recalcitrantes lechuguinos que de puro abstrusos no llegan ni a la categoría de zoquete crónico, y que no contentos con todo lo anterior, ¡encima!, de esa tosquedad mental hacen su insolente bandera. Panda de ágrafos y negados, como sus progenitores, ante los que cualquier batalla está perdida de antemano, como con los ácaros y demás. Enfermaba sólo de recordar esa época.

Sin embargo, y volviendo atrás en su pensamiento y plausibles actividades, se siente orgulloso al pensar en tales términos: «ensayo de fondo». En este ambiente garrulo de cenutrios por alfabetizar y lerdos de vocación, cómo no, eventualmente se siente toda una eminencia. Tampoco es que lo suyo tenga mayor mérito en tan limitado cuadro antropológico, pero a él le consuela. A veces. Cada vez menos. Lo cierto es que se ha convertido en un emperador de la molicie, de ahí que juzgue su entorno con tanta dureza. Quizá exagere, pero lo que es, es. Y es poco más, sí, que un sátrapa regodeándose en su propia inanición. Aunque le gusta. A nadie perjudica y, en cuanto a él, percibe que en su interior se están moviendo cosas, estructuras.

Época hubo en que Serafín se comportó como un ser bastante social. Amigos, viajes, reuniones, actos, fiestas. Pero se hartó de todo ello, pues ése nunca fue su sitio. Al decidir venirse a vivir al pueblo huía no sólo del síncope de la gran ciudad –genuino rostro de nuestra civilización–, sino de la feroz competitividad que en todos los órdenes se da en ella, de sus tentaciones, principalmente de las fútiles y prescindibles, del vértigo nocivo de ir siempre con el tiempo justo, y encima sin sitio para aparcar. Entonces, cuando más se relacionaba, más le pegaban el rollo, sus propios rollos. Sí, harto estaba de aguantar a gentes que en realidad no hacían sino comportarse como lo que eran: compulsivos reclutadores de orejas. Llegó a la conclusión de que para aproximadamente el noventa por ciento de los humanos, después de comer y dormir, lo más importante de la vida era ser escuchados por alguien, incluso por cualquiera. Como en otras tantas cosas, Serafín no pertenecía a ese noventa por ciento. En su caso concreto –aunque resultase extraño expuesto así– pensaba que primero habría de llegar a percibir no sólo la grata y delicada fragancia de las flores y la hierba, sino también la esencial e

impoluta del estiércol, intentando aplicar luego ese bagaje de sensaciones, convertidas en potencial intuitivo, a las personas y sus obras, todo ello a fin de conectar con ellas de alguna manera. En poco más que eso consistía uno de los secretos para sobrevivir aquí. Era consciente de dicha situación, y por tanto se afanaba con diligencia en la labor, no por lo pesada menos estimulante.

Los días de Serafín han ido pasando plácidos y diríase que hasta vaporosos en el último año. Normalmente intenta concentrarse en el trabajo de investigación por las mañanas, lo que casi nunca consigue, y por las tardes hace lo que él llama «ratoneo mental», que en realidad en poco más consiste que en dar largas caminatas por diversos recorridos que ya tiene previamente establecidos, y que son de su preferencia. Va hasta los sotos lindantes con los Prados de la Sierra, o se deja ir a donde le lleve esa continua sucesión de prados que se derraman como verdes torrenteras de agua inmóvil y levitando trémula sobre el musgo. Cuando no tiene ganas de caminar mucho, llega hasta el hayedo de un tal Vargas o, por el lado opuesto, hacia Vegamayor, sobrepasa los terrenos de la herrería de Luzón y Hermanos, se sienta en un banco de piedra que hay allí y al rato se vuelve. Tranquilo. Ha aprendido así una de las cosas más baratas, fáciles y, a la vez, complicadas pero desde luego de las más ricas que ofrece la vida: mirar. Sí, mirar y mirar siempre. Mirar penetrando cualquier cosa, por mayestática o insignificante que ésta sea, como se haría con un último enemigo y disponiendo de una última bala en la recámara, a través de un rifle con potente mira telescópica. Igual que cuando era niño.

En eso no ha cambiado. Observa, a veces en un estado cercano a la atonía, las bardas cubiertas de sarmiento, o a unos gorriones revoloteando sobre la grava, o las eras repletas de heno, o las espigas del tojo, o los carámbanos de hielo que en invierno se forman en lo alto de los tejados con sus gárgolas oxidadas emitiendo lúgubres sonidos, o el halcón vespertino, que aparece sólo de tanto en tanto, o el roquedal lejano de los Castrucos, donde se supone que lobos y alimañas expectantes anidan en recónditas cañadas que apenas nunca ha pisado el hombre. Ha visto las bayas de los abetos que se ponen rojas como brasas incandescentes, adquiriendo forma

cónica al arder, y también, en angostos caminos, moras aún tiernas que recuerdan a rubíes como dodecaedros, a su vez llenos de pequeñas protuberancias donde se incuba la dulzura del mañana. Ha aprendido a distinguir el sonido del viento colándose por las fallebas de los muros de cuantas casas va dejando atrás, y la particularidad diríase que táctil de las flores blancas de los cornejos en comparación a los ruipónticos, y a distinguir entre calandrias y alondras, entre gavanzos y rosas silvestres. Sus ojos van de sementeras a tierras en barbecho con la facilidad con la que se respira. Es como, pese a no haber nacido en este entorno y de hecho sólo visitarlo a temporadas, supiese desde siempre que su lugar estaba aquí.

Muy de tarde en tarde se atreve a intentar algo insólito, como hacer una compota de nísperos y membrillo, aunque suele quedarle un pudín de aspecto repulsivo pero rico. O, así le ocurrió hace poco, izarse a grupas de un potrillo bayo bastante crecido cuyo meneo le hizo segregarse no pocas cantidades de adrenalina, o limpiar la Casona a fondo, cosa de la que se agota hasta postrarse exhausto tras hacer dos habitaciones. Pero lo que sin duda más le complace es, una vez se ha ido lejos en su paseo, que procura coincida con la hora del crepúsculo, buscar con la mirada el perfil de la Casona entre los prados y la niebla. Vista desde lejos es como un barco encallado en la nada, o tal vez en una dársena acogedora. Sí, algo tiene de muelle al amparo del mar de injurias y entrañables ruindades que es Hiseda, como lo son casi todos los pequeños núcleos de población, con sus quise y no pude, o los soy pero no tengo.

Volviendo a nuestra historia, veamos que hay algo cierto: el hecho diferencial que le distingue de esta ralea de bustos parlantes de la que por momentos cree verse rodeado –no nos engañemos: una falsa realidad que creen a pie juntillas buena parte de los visitantes de ciudad, aunque no lo manifiesten– es, precisamente, no el bagaje cultural y de educación que se le presupone, sino que él y sólo él ha sabido desde el primer momento que ese cartel, anunciando a bombo y platillo la monumental chorizada en la plaza del pueblo, iba a traer cola, como esos cometas que traen un inesperado acompañamiento en su estela, y que hacen temblar a los de la NASA, aunque nosotros ni nos enteremos. Mejor. El cartel traería cola no por la ambigua

alusión al pueblo, como queda dicho –también los de *Arriba* tienen su plaza–, lo que implica dar por sentado una vez más que pueblo-pueblo es únicamente Hiseda de Abajo, aunque quede por aclarar *dónde* la organizan, ya que *quién* la organiza está claro: los de Arriba, sino también por otras cuestiones de matiz que conviene tener en cuenta, pues sus efectos son retroactivos, subyaciendo ahí como un vivero de reptiles. A saber:

Hace un año exactamente los de Hiseda de Arriba, el *Barrio*, organizaron por sorpresa y con motivo de las fiestas patronales del valle de Rantroño, marco geográfico en el que se encuentran ubicadas estas villas y una decena larga más, otra monumental degustación que, naturalmente, trajo polémica. Ésta fue de queso y morcilla, embutido que los del *Barrio* se precian de hacer con maestría gracias a la buena mano de *Tajahierro*, el hercúleo carnicero. Es decir, un renegado que emigró arriba. Un colaboracionista. En Hiseda de Abajo hay otra carnicería, la de *Tato*, por supuesto aparte de la del Súper, pero según parece *Tajahierro*, al que algunos llaman familiarmente Pedrín, posee una «mano especial» para el tema, aparte de que, no se sabe cómo, consigue productos de más calidad. Posee sus contactos, claro está. De joven tenía vacas y cabras. Después vinieron los cerdos. Luego montó la carnicería. Ahí, antes de optar por su autoexilio, debió convertirse en una especie de prestigeador en el tratamiento de todo ese bestiaro, pero a lo bestia. Y hablando de bestias, Serafín ha oído desde siempre que *Tajahierro* era ya célebre, en plena juventud, debido a los expeditivos métodos para liquidar animales. Antaño su lema favorito había sido: «Una ternera, una hostia». Así, como suena. Parece que lo de la «mano especial» le venía de entonces. De un puñetazo bien dado se cepillaba a una cría de vaca. Las dejaba tiesas. Zaca, sopapo en mitad de la cabeza, y la ternera traspuesta, según sus palabras. Todo un maestro en el arte de acelerar el óbito de esas mamíferas criaturas cuyo destino es convertirse en alimento para los humanos. Podría decirse que las despachaba, en cierto sentido, también a la manera de esta tierra. Por eso aquí, ni moros ni romanos ni nadie. En cuanto a él, y cuando su asmático pecunio se lo permite, acude como un feligrés a donde *Tato*, que es así como más pausado y señor.

Los contactos secretos de *Tajahierro* siguen funcionando, es obvio. En

Hiseda de Abajo hablan incluso de antiguas rutas de maquis y rojos por los bosques. Andan revueltos desde hace años por conseguir una carne, si no mejor, sí al menos equiparable a la que ofrece *Tajahierro*, y no hay manera. Ahí reside otro de los puntos en los que se cifra el rechazo que Serafín siente por parte de los del *Barrio*: compra la carne en Hiseda de Abajo, oficialmente «Hiseda» a secas en los carteles de las carreteras de acceso al pueblo. En realidad, como la compra la realiza sólo una vez por semana, y a veces quincenalmente, va al pueblo y allí adquiere todo, carne incluida. En Hiseda de Arriba no se lo han perdonado. Solía acudir a veces al tugurio de ultramarinos de *Nisia*, lleno de mugre y moscas, para cualquier compra de urgencia, y en el que encontrabas literalmente de todo: otro milagro hisediano. Pero ya ni eso. Cuando se dio cuenta y quiso rectificar su evidente error, que ellos debieron tomar como una provocación en toda regla, ya era tarde. Con premura y sudoroso fue a la tienducha de *Tajahierro* a comprar unos filetes para congelar, así como bastantes embutidos, sobre todo sus célebres morcillas. Eso era algo que por carecer de disponibilidad económica no podía permitirse casi nunca. Pero aquel día sí. El hieratismo de las clientas que allí había sólo fue comparable al mal humor rayano en la agresividad con el que fue atendido por el susodicho carnicero, por cierto de aspecto decididamente amenazador. «Son como niños...», salió pensando Serafín al irse del lugar.

El caso es que se marchó con unos bistecs hermosotes, sí, pero que debían tener varios días, de evidente pobre color y hasta con un olorcillo sospechoso, como agridulce. El embutido era de mediocre calidad, y encima el cabrito de *Tajahierro* se lo había vendido mal troceado. Tal vez las circunspectas pero significativas muecas de aquellas clientas indicaban que la venganza seguía su curso sinuoso, helicoidal, ahora detectable. En este caso la venganza no se servía sólo fría, sino casi podrida. Por comprar Abajo. Y como para ir a reclamar, con tanto cuchillo enorme por allí suelto. Así que antes de que lo intoxicaran sin remedio provocándole una descomposición gastrointestinal de impredecibles consecuencias, y tras sopesar riesgos en lo referente al ámbito de la convivencia, optó por comprar en Hiseda de Abajo de forma definitiva. Mejor comprar carne que comprar no se sabía qué, pues aquélla al menos era

una carne normal, gomosilla y fuerte pero seguro que nutritiva. Cosas de esta índole descascarillaron a *Pitita*, sin ir más lejos.

Vivir en el país de las vacas y verse obligada a comer un filete en aparienciaseudopasado, aunque de hecho –azul, más de aprensión que por su sabor– lo catase únicamente él, la abocó a una suerte de paroxismo interior sublimado en formas de deliquios artísticos del que nunca supo ni probablemente quiso salir. Así hasta que huyó, en el sentido literal del término.

Si hace un año, por lo tanto, en el *Barrio* hubo apoteosis de embutidos, siendo la morcillada más sonora que se recuerda en el valle según los ancianos del lugar, ¿qué podrían hacer ahora en la Hiseda secesionista? Era evidente: una chorizada. O sea, más de lo mismo, pero ligeramente distinto. Lo que fastidió de verdad a los hisedianos es que a la morcillada que organizaran los de Arriba allá en lo alto fue bastante gente de otros pueblos, pues ya se encargaron los del *Barrio* de poner publicidad en las villas limítrofes. No se sabe de nadie de Hiseda que se acercase por allí el día de la morcillada de autos. Al volver lo habrían linchado. Sin embargo, como ilustrados herejes en oscuras épocas filipinas, muchos admitieron haber saboreado tan traidoras delicias.

Luego está también, va mascullando Serafín para sus adentros, y nadie va a quitarle tan fácilmente esa idea de la cabeza, la «h» erróneamente escrita en la inscripción del cartel de marras. Sin embargo, la otra «a», cuando pone «a todo el pueblo», está correctamente escrita. Él lo sabe por experiencia tras leer bandos municipales, folletos de fiestas y pasquines varios: con el tiempo en Hiseda cambian los improvisados amanuenses, pero quienes los sustituyen no poseen precisamente un pulcro y sentido gongorino de la escritura. Más bien, latinajos aparte, se quedaron unos siglos atrás, en Don Pelayo y sus huestes campando por tierras no muy alejadas de éstas. Lo cual, piensa en un arrebato propio de *Pitita*, no significa en sí mismo nada forzosamente hostil hacia los hisedianos. Se enternece al reflexionar en ello, y por momentos se siente un Mahatma Gandhi, pero rápido vuelve a la realidad, casi asustado: *Pitita* empezó así y ya se ve cómo acabó, la pobre. Enferma, con crisis nerviosas y huyendo como alma en pena. Seguramente con secuelas psíquicas

de por vida. Habrá que ir con cautela. No, a él no le ocurrirá lo mismo, se anima.

Serafín cree que en realidad lo de esa «h» errónea, la peor de las pesadillas de un Menéndez Pelayo, un Rafael Lapesa o un Lázaro Carreter, incluso puede tratarse de un mensaje subliminal, una especie de ataque preventivo y a todas luces provocador. Acaso una soterrada declaración de guerra por parte de los otros hisedianos, sabedores de que a costa de la dichosa «h» hubo desde ya hace varias décadas controversias de lo más enrevesado y desagradable. Para empezar, y sin perder nunca de vista cierta inclinación a las intenciones más propectas, cuando eran unas pocas las familias que vivían en la parte alta, más allá de las lomas, formando un núcleo propio, los de Hiseda, en sus comunicados oficiales se referían a los otros en términos de «los habitantes de Iseda», sin «h». Esto, que sobre el papel bien podría parecer una soberana tontería, en verdad era motivo de delicadísimas discusiones en una y otra parte, siempre con chispas de por medio y habitualmente salpicado de puntuales altercados entre los vecinos, con los típicos conatos de agresiones que no pasaban a más, pero que ahí quedaban testimonialmente a modo de constatación de unos y otros cruzándose la consigna clave: «Ojito ojito». Como si la «h» confiriera mayor dignidad y prestigio, así los hisedianos se aferraban a la embotada teoría de que esas pocas familias que decidieron vivir en la parte alta no merecían usar la «h», ya que, si se iban lejos, que lo hicieran dejando algo como rehén, como peaje por su atrevimiento y afán separatista. Pues, ¡a qué hablar de vascones o catalanes...! *Saltamorito* tendría más concurrencia que las Cataratas del Niágara.

Si los de Arriba, por su parte, hubieran aceptado de buen talante la cuestión, e incluso en un alarde imaginativo, condescendiente y autogestionario hubiesen colocado entonces un cartel con el lema «Hiseda» a la entrada del villorrio y tras una escarpada carretera en la que los vehículos a veces patinaban en sus últimas curvas, quizá todo habría concluido en aquel instante, pese a la «h». Pero no. Alguien, dicen que *Tajahierro* el carnicero, secundado por otro grupo de los más irreductibles, mandó hacer un cartel de las mismas características que el colocado a la entrada y salida del pueblo de

Abajo. Allí se leía «Hiseda de Arriba», como si en verdad Hiseda de Arriba fuese un pueblo en su pleno sentido de municipalidad largamente asentada en la historia. Con concejo, cuartelillo de la Guardia Civil, iglesia y atribuciones jurídicas independientes. No era así, y ahora volvían a celebrar *lo suyo arriba*. ¿Querían contumacia?, pues toma. Aquello fue un golpe de Estado en toda regla. El frente de guerra se había abierto y las ofensivas, arguyendo las más insustanciales excusas, ya no iban a cesar. Las bases rupturistas quedaban firmemente cimentadas sobre un flujo de mutua acritud que el tiempo se limitaría a acrecentar con un deleite que bien pudiera tildarse de malvado.

La colocación de dicho cartel con su correspondiente «h» fue todo un mazazo para el amor propio de los hisedianos, que desde generaciones antes habían vivido abajo, por supuesto cerca de la carretera comarcal, al lado mismo del río Pábenes y creyéndose los únicos habitantes de la única Hiseda posible. Si en efecto la chorizada iba a hacerse, ¿no habría sido uno de los de Arriba quien de madrugada colocó el cartel aquí, en sus propias narices, para burlarse? Tal que ellos mismos dicen, «los hisedianos, como Dios manda». ¿Entonces a qué diantres se fueron allá lejos, al monte donde hasta hace apenas nada aún transitaban a su aire corzos, lobos, zorros y jabalíes? ¡Una provocación. ¡Sólo una abyecta provocación! Ésa es la bisagra que permite abrir la puerta de lo que en el fondo siempre fue un misterio para ellos. Y les excita, pues se sienten inclinados a percibir provocaciones aun cuando no las haya.

El caso, y ello resulta un secreto a voces, es que se menciona que el auténtico secreto de las morcillas de *Tajahierro* tiene mucho que ver con el jabalí, aunque de momento nadie ha podido probarlo. Aunque esté prohibida la caza, allí sigue *sabiendo* a monte.

De tanto en tanto tiros sí se oyen allende las lomas y provenientes del bosque profundo, donde los Castrucos, macizos de difícil acceso. Pero para cuando llegan los guardabosques no queda, como se dice entre dientes, ni la memoria del eco del tiro. Luego, al preguntar, la gente del *Barrio* no sabe nada. Son tan suyos que puede decirse que en Hiseda de Arriba, pese a todas esas fragantes detonaciones de armas de gran calibre, sus vecinos viven

instalados en otra dimensión.

Todos sordos.

La suya no es como la protosordera de los vecinos de *Saltamorito*, quienes jamás oyen el silencio, sino un muro invisible que han creado para protegerse, o quizá para sentirse distintos, quién sabe.

Ésa de la sordera anímica parece ser una de sus cualidades, así como la curiosa capacidad que poseen para vivir, sobrevivir más bien, en el más absoluto aislamiento. O casi. Porque tal y como están las cosas, pocos son los de Arriba que se atrevan a bajar a Hiseda y relacionarse con naturalidad. Muy justificada ha de estar tal presencia para que no se desate un inmediato reguero de rumores, comentarios denigratorios incluidos, lógicamente. El médico es la razón exclusiva por la que bajan, y aun así se mira mal al que lo hace.

Sin contar la murmuración pura y dura, entendida ésta en un sentido proverbialmente bíblico, con todo lo que supone de militancia y especialización, el rumor sin más, el rumor casi improvisado, el de contenido fútil y vacuo –en su corteza casi un chascarrillo, tóxico en su espina dorsal– es indudablemente el deporte favorito de los hisedianos. Y eso que tanto por tierra, por agua como por aire, siempre han dispuesto de un gran elenco de actividades para solazarse en sus ratos de ocio, que son casi todos. A la caza de diversas especies que tienen a mano se unen los salmones y las truchas que aún, con mucha suerte, pueden capturarse en el Pábenes o cualquiera de sus pequeños afluentes, pese a que a veces el río baja como si hubiesen vertido en su cauce bidones enteros con tintura de yodo. De liebres y ardillas no hablemos: todo a la olla. Y en cuanto a pájaros, la becada y la perdiz abundan en estos cielos que parecen andar constantemente cabreados. Pero lo que desde siempre encandiló de verdad a los hisedianos también está en el aire: cazar rumores al vuelo, propalándolos después al libre albedrío de quien los recoge, cosa que hacen un pelín impunemente pero con cierta donosura, con un gracejo que les brota, instintivo y saleroso, tal que si fuesen andaluces de juerga, ya bien empapados de finos y otros vinitos de esos que fomentan las relaciones sociales, modalidad comunicacional ésta bajo la que se agazapa desde hace siglos, o milenios, una querencia neta por el alcoholismo

imparable, creciente y generalizado. Así, los hisedianos saben a la perfección que esos dimes, diretes, dizques y rumorcillos que ellos recogen del aire y lanzan de nuevo cual palomas mensajeras, o con la alegría de niños tirando confetis o pasándose una pelota recién estrenada, no caerán en saco roto. Pues otra de las máximas que ha calado hondo en el pueblo es: «Todo lo que se tira a algún lado, llega a alguna parte». Ni siquiera sir Isaac Newton lo habría deducido así, en su roma pero luminosa inmediatez. A Serafín le intrigó sobremanera durante un tiempo la exquisita y concisa distinción gramatical entre «lado» y «parte», indicatoria tal vez de un hermetismo visionario. En tales ocasiones el fantasma de *Pitita* se le aparecería de nuevo, como a Lady Macbeth, advirtiéndole de que seguía un pésimo camino mental, y él abandonaba presto dichas disquisiciones. Sea el *vuelacán*, o pedradas, o rumores, o besos, era cierto: lo que se lanza, llega. Mejor dejarlo ahí, porque de ahí se incurría en el riesgo de caer en las entrañas de la Filosofía del ámbito rural o en los arcanos de la Física Cuántica aplicada al vil cotilleo.

¿Cómo hubiesen reaccionado los hisedianos, veinte o treinta años atrás, cuando sus vecinos colocaron aquel flamante letrero con la leyenda «Hiseda de Arriba», si en vez de eso hubieran puesto «Hiseda» a secas? Imposible saberlo, pero con bastante certeza las cosas habrían ido peor de lo que fueron. El caso es que algunas veces que Serafín oyó detonaciones en la lejanía, no pudo dejar de pensar: «¡Ay, que ya se ha montado...!». Y seguro que no era el único en albergar tales sospechas. Una guerra civil local. Según la versión de los de Abajo, poner en un cartel, ilegal técnicamente y a todos los efectos de nula validez administrativa, «Hiseda de Arriba», era menospreciarles sin paliativos, como querer ser más y mejores, por el morro o la patilla, cuando en realidad se trataba de cuatro gatos, y encima resentidos. Ahí empezó a enrarecerse sin solución el ambiente. Porque ahora ya no son cuatro gatos tan sólo. Ahora son cuarenta gatos con sus respectivas familias. Cuarenta gatos que, pese a no reproducirse cual conejos, ya habían puesto muy alto el listón de la tasa de natalidad. Sin ir más lejos, en Hiseda de Abajo se decía en tono de guasa que «allí arriba», como no tenían nada que hacer, se dedicaban a joder como conejos, afirmación de carácter procaz que naturalmente

realizaban los varones, pero ante la que las mujeres, pese al beaterío ortodoxo que rodeaba cuanto viniese de las *Furias* y su fiel entorno, mostraban una inequívoca y delatora aquiescencia.

Lo cual, a su vez, si en un primer momento tocaba la fibra más sensible de la hilaridad de los hisedianos, quienes creían burlarse con finura de sus vecinos mediante frases como la alusiva a los conejos, al poco devino mención duramente censurada, ya que inducía a pensar que los de Arriba poseían una mayor capacidad reproductora, con todo lo que ello sugiere en la imaginación calenturienta de las gentes. Vamos, igual que si en el *Barrio* se diese cita una comunidad de sementales y hembras tan fértiles como lascivas, algo difícil de igualar. Aquello empezó a adquirir matices de nueva refriega. ¿Qué hacían arriba realmente, cómo se lo montaban, cuándo? Volvieron a salir a flote cuestiones tabú, como la enigmática carne de *Tajahierro*, de secuelas acaso afrodisíacas, o unas supuestas pócimas elaboradas con plantas del monte, de *sus* montes, que te volvían más ardoroso y resistente para las tareas de retoce físico. En Hiseda se temía que, a este paso, en unos años más los de Arriba tuvieran ya un censo de cuatrocientos conejos, con sus respectivas parentelas conejos. Todos curtidos en las lides del combate social soterrado y en ese ostracismo casi insular y entre prados que, por otra parte, no dejaba de hacerles más fuertes cada día. Esos cuatrocientos conejos genitalmente bien pertrechados eran a todas luces, y a efectos de combate psicológico, un enemigo en ciernes demasiado poderoso.

Se hablaba de invasión, incluso.

Los hisedianos podían ser célebres en toda la comarca, aunque principalmente en el valle de Rantroño, por diversos motivos, pero entre ellos, a diferencia del arrojo o el espíritu de sacrificio, no destacaron nunca la inteligencia o la ponderación. Y al alardear del asunto la cosa se asumió. Prueba inequívoca de ese dato era el miedo que en el pueblo había empezado a cobrar visos de cíclica epidemia, y por el que se temía a esa supuesta «invasión» que un día tal vez no muy lejano acaecería en sus vidas. La cuestión reveladora era la siguiente, y había sido comprobada por Serafín a tenor de diversos comentarios que oyó: no temían que se les viniesen encima cientos, miles o incluso millones de apócrifos hisedianos criados en las

alturas, sino que les vinieran justamente *de arriba*, como la lluvia. Y eso ¿quién lo controla?

Preferirían, de algún modo, tenerlos abajo. Bien vigilados. Como bichos o insectos a los que se puede combatir de diversas maneras.

«¡Rediós! –exclamó alguien que, se dijo, una vez había leído un libro–, ¡será como lo de Normandía, pero desde los Prados de la Sierra», y la gente miraba hacia el monte con una mezcla de estupor y prevención. Aquello de «Normandía» les sonaba muy, pero que muy chungo. Y, además, en el fondo de sus conciencias tampoco debían saber cómo prevenirse al respecto, pues de entrada ignoraban si «aquello» les llegaría por tierra, agua o realmente por el aire. Desde luego, rumores no dejaba de haber. «¡La Virgen de Apañapalucos! –expectoró angustiado otro paisano, al que era bastante probable sonase a belicosas y terribles reminiscencias lo de Normandía–, ¡habrá que desempolvar las cachavas!» Algunas mujeres se santiguaron, hablando de iniciar una ráfaga de Novenas, pero seguro que también pensando en cuchillos de cocina, hachas de cortar leña, polvos matarratas o a saber qué. Ellas no iban a quedarse de brazos cruzados. ¿O no era aquí donde se cumplía a rajatabla el mandato y relevo de las específica e invariablemente denominadas *Furias*, y así una generación tras otra?

Aquella especie de fiebre paranoica de tufillo apocalíptico municipal desapareció como había venido, aglutinando los deseos de todos. Alguien tuvo la ocurrencia de hacer nuevas bromas a costa de los de Arriba: «Serán las morcillas ésas de *Tajahierro*, que les hace crecer la cosa pero les achica el seso...», parece ser que dijo, frase que sería recibida con inusitada algarabía, tal vez con un punto de envidia pero sin duda inoculadora de cierta tranquilidad de cara al futuro. «Aunque tuviesen pichas como robles –insinuó un epígono del anterior, éste ocurrente de forma escasamente dúctil–, «siguen siendo una panda de pelagatos.» Y hubo un respiro.

La verdad es que el propio Serafín cayó en la trampa de ese tema, y al oír en una ocasión lo de insectos referido a los del *Barrio*, insectos con los que habría que acabar de modo expeditivo, por un instante demencial y satánico, eso sí, se vio a sí mismo echando una manita al pueblo, pues de insectos sabía más que nadie. No en vano los había estudiado en todas las modalidades y

minuciosamente durante su periodo de formación universitaria. En cierto sentido podría ser un experto casero en armas bioquímicas, como tantos otros. Sí, estaba volviéndose chaveta por momentos. De ser el «Científico Loco» o el «Inventor de los Cojones», de pronto ya se veía como el «Mesías Fumigador». Pero tan heroica y descerebrada visión duró apenas unos segundos, lo justo para sobresaltarle. De lo contrario se lo habría hecho mirar.

La soledad tenía estas disonancias mentales: en una misma jornada podía sentirse Agustina de Aragón y Rudolf Brandt, el que fuese secretario de Himmler, por lo de fumigar. Era inquietante.

Ahora, más sosegado, seguirá discurriendo en torno a esa «h», quién sabe si ladina o erróneamente colocada en el cartel. Podría ser un simple error, pero también un desafío. Una macabra y alusiva manera de mencionar a los otros, a los odiados, tildándolos de ágrafos y botarates, aunque aparentemente revestida de generosidad, pues allí se invitaba a todo el mundo. De ser así, querían liarla.

No obstante, algo salva siempre a Serafín de esa burda e inacabable contienda entre los dos sectores hisedianos: pertenece a una familia muy arraigada en el pueblo. Antes no se aclaró de forma concisa que su nombre completo es Serafín Burón Villegas. Hasta ahí, nada que objetar. Y, sin embargo, se dan elementos que incitan a la reflexión. Su madre, Josefina Villegas, murió nada más tenerlo a él, por problemas derivados del parto. De chico alguien, quizá un lengua bífida que ya efectuaba labor de zapa para unos u otros hisedianos, pues también aquí hubo contraespionaje, le hizo saber un dato que nunca se pudo quitar de la cabeza: al parecer la buena mujer, harta de tanto sufrimiento, y ya en plena agonía, lanzó algo así parecido a un lastimero rebuzno y expiró, lo cual demuestra que a su madre, pese a ser Villegas y no Burón, ya se le había pegado algo de la familia del marido. El padre de Serafín, Clemente Burón, que falleció muy anciano, hacía ahora unos doce años, siempre demostró un evidente orgullo por pertenecer a la saga de los Burones, o de los *Burros*. Eso marcaba. De hecho los había marcado a todos como si de reses se tratara. Por estos lares todos eran, y así fueron desde siempre, un tanto bárbaros para cuestiones de ancestros: ya se sabe, la nobleza de los humildes.

Prueba de la resistencia salvaje y hasta suicida de las gentes de esta tierra queda reflejada en numerosas citas que hacen al respecto los historiadores romanos o grecorromanos, mezclando a menudo la admiración y el enojo, que para algo servían a determinados intereses. Se sabe que el cuerpo mayor del ejército de Octavio Augusto, futuro emperador, tuvo que pedir urgente ayuda a legiones de Lusitania o de la Galia, que llegaron por barco, para enfrentarse a los bárbaros montañeses, «los que nunca cejan». Esos focos de resistencia, al final ya patéticamente menguados por la desproporción de hombres y de armamento, se situaban por lo general en altos castros o en el fondo de inexpugnables bosques. Desde ahí les atacaban con hondas o a pedrada limpia. Una larga década de acoso sangriento fue necesaria para reducirles, hasta que en su práctica totalidad fueron masacrados en el lugar conocido como Peña Sacra. Horacio, por ejemplo, escribió: «Mucho ha tardado en llegar la cadena que sojuzgue a ese indomable pueblo». Y Silio Itálico: «Los bárbaros (los hisedianos y sus vecinos de lo que es la actual provincia) se vieron reducidos a la extrema necesidad, se dieron muerte a porfía mediante el fuego, la espada y el veneno que allí acostumbran a extraer de los tejos. De esta forma la mayor parte de ellos se libró de la cautividad, que les parecía más dura que la muerte a quienes hasta entonces no habían sido sometidos». Frases similares escribieron Estrabón, Tito Livio y otros tantos historiadores. Resulta claro que si toda la península Ibérica fue una constante sangría para las legiones romanas, lo del Norte supuso un auténtico quebradero de cabeza, y esos tan temidos bárbaros (los hisedianos y sus vecinos) las genuinas moscas cojoneras de aquel periodo de conquista.

Desde tiempo inmemorial en Hiseda, cuando Arriba prácticamente no había más que un par de caseríos y otras tantas cuadras, apriscos o cubiles para que el ganado se resguardase en épocas frías, casi la totalidad de las familias poseía un mote distintivo. Una especie de alias. Tal tradición seguía intacta. La palabra de marras definía, a veces atinadamente y otras no tanto, la idiosincrasia de sus poseedores.

A su familia la llamaban desde siempre, como queda dicho, los *Burros*.

Comentaban que su bisabuelo José mostraba orgulloso sus simbólicos galones de Burón, o sea de *Burro*, jactándose doquiera fuese de lo tozuda y

peleona que fue su estirpe, cuyos antepasados se perdían en el árbol genealógico de los siglos, más allá de las páginas del Registro Civil de Hiseda, superando los avatares de variopintas rapiñas, desmanes para todos los gustos, inundaciones, incendios y hasta guerras que, como era de esperar, dividieron fortuitamente a los de Abajo y los de Arriba, quienes por aquel entonces ni siquiera estaban constituidos como tales.

Siempre ha habido gentes de ideas liberales y de ideas conservadoras. Pues bien, unos u otros elegían las zonas boscosas para refugiarse tras tales luchas, con lo que la línea divisoria ya estaba dibujada, aun con un tenue trazo, desde la época de las contiendas carlistas: los que vienen de fuera *son* el peligro.

Al parecer su bisabuelo reía a carcajadas haciendo temblar los bigotes, que Serafín imaginaba imponentes, cuando se le tildaba de aquello que en verdad se sentía, el *Gran Burro*.

Nada de Burón ni de pamemas. *Burro*, en su peculiar sistema de valores, indicaba hombría, dignidad, perseverancia, valor. Los integrantes de dicha saga eran auténticos peritos en propinar la primera leche.

Su abuelo Manuel, de quien Serafín lamentaba no tener ningún recuerdo, pues falleció mucho antes de que él naciese, fue simplemente, por lo que alcanza a saber, un pedazo *Burro*. Así le llamaban. Era hombre más silencioso y prudente que su antecesor, pero de armas tomar. Quizá viviese influido por la mentada gallardía asnal de su padre, toda una personalidad en la vida local, y eso le volvió parco. Aunque los genes no engañaban: dos veces el abuelo Manuel desafió a la Guardia Civil, cachava en mano, y otras tantas fue detenido por desacato a la autoridad, previa bronca de aúpa.

Pero como hasta en la Benemérita sabían de la obcecada personalidad de los *Burros* y del peligro que entrañaba enemistarse con ellos, de quienes el emblema distintivo era «Coz y Cachava», su caso fue sobreseído en un visto y no visto, como si dijéramos, y se le dejó en paz sin más preámbulos con sus labores del campo y pese a otro par o tres de cabezas y costillares que rompió a garrotazos, en su mayoría por causa de algún animal que se había metido a pastar en el prado equivocado.

Este Manuel *Burro*, alias *Pedazo Burro*, a pesar de las historias de

grescas locales que tuvo, era recordado como un tipo taciturno y, aunque siempre comportándose como *Burro*, fue hombre dado a la conciliación y al diálogo, pese a los cachavazos que impartió. Seco, pero en parte transigente. Y el vino tinto, o quién sabe si otro alcohol, ingerido en proporciones considerables en estas tierras de clima inhóspito cuando no feroz, le apaciguó lo suyo. En Hiseda los ansiolíticos y demás pasan inexorablemente por la uva.

Lo cierto es que, bronca a bronca, conciliación a conciliación, *Pedazo Burro* acabó un buen día con el hígado reventado por culpa no sólo de trabajar como un animal de los que transportaba, sino del tintorro que servían en la bodega del *Legañas*, que entonces se llamaba oficialmente «bar Sarín», y situémonos por ejemplo en el año 1928, en plena Montaña. Muy limpia no podía ser, deduce con frecuencia Serafín, o de lo contrario el dueño de ese negocio, que era otro broncas, no habría admitido tamaño mote. Lo cierto es que a su descendencia, que ahora mismo sigue en el pueblo, aunque en vez de bodega tradicional tengan un barucho lleno de humo y suciedad, siguen llamándola, así, los *Legañas*. Durante cierto tiempo se les llamó *Legañitas* – estaban a prueba–, pero luego todo regresó a su orden.

Serafín piensa, y eso únicamente teniendo en cuenta el olor, o las mareantes emanaciones más bien, que ahí dentro podría instalarse todo un sofisticado sistema con diversos cultivos bacteriológicos, por supuesto inéditos en cualquier otra parte, laboratorios incluidos. Cómo será que hasta algunos de los gatos que campan a sus anchas por los rincones del *Legañas* salen de ahí haciendo eses y, no cabe duda, bolingas perdidos. Sólo de inhalar ese airecillo.

La versión familiar que citaba la muerte del abuelo era, naturalmente, más liviana: algo le había sentado mal tras tomar unas copas con varios amigos, por supuesto donde el *Legañas*. Es decir, donde el *Legañas* abuelo, porque en Hiseda todos iban evolucionando al unísono, naturalmente, hasta encontrarse en el camposanto. Ni palabra de los quintales métricos de tintorro ingerido a lo largo de una vida de trabajo, sobre todo transportando vacas o madera por bosques y sierras tremebundas. Todo en carros tirados por bueyes.

El padre de Serafín, al final ya escuetamente llamado *Burro*, fue quien

provocó la revolución familiar: emigró a la ciudad. Aquello sí era fuerte. Un *Burro* cosmopolita, incluso con aires de señor, quién lo diría.

Así cambió las cosas. Clemente Burón fue también llamado con respeto por el apelativo cariñoso de *Mente Burro* por sus íntimos y allegados, o *Burro* a secas por las gentes de Hiseda que le conocieron de chico y luego le vieron partir, primero al servicio militar, después a la aventura de ganarse la vida, para comprobar finalmente cómo llegaba al pueblo conduciendo un flamante vehículo en una época en la que apenas nadie había visto aún tales engendros móviles con ruedas y motor, que muchos miraban estupefactos. En Hiseda, y sin contar los escasos señoritos que de tanto en tanto venían unos meses a veranear, no se conocían otras ruedas que las de los carros, ni otros motores que no fuesen los estacazos que les arreaban a los bueyes, ungidos o no, a fin de que transportasen los montones de mies o la madera cortada desde un inmenso robledal cercano, el bosque Nacales, también rico en abetos y hayas, donde por haberlas, habíalas milenarias. Todo un almacén natural que suministraba materiales a empresas de la capital, así como en tiempos más lejanos a los importantes astilleros de aquélla.

Fue este Clemente *Burro*, su padre, quien se casó con una chica de ciudad, el que dio estudios a Serafín, y quien construyó la casa en la que vive ahora y que es motivo de indecibles quebraderos de cabeza. Ya no sólo por causas inherentes a la misma, sino sobre todo desde que dos años atrás se designó oficialmente que ese maldito trazado de la Autovía Norte-Centro iba a pasar justo por esta zona del monte. Una verdadera tragedia sentimental que Serafín, por más que lo pensaba, no sabía cómo afrontar.

Burro vivió, al menos, para construirla con sus propias manos, verla terminada eligiendo cada detalle de su interior y vivir unos años en ella. De manera discreta se quiso alejar de las maledicencias de Hiseda, de modo que, haciendo oídos sordos a quienes le aconsejaban que no construyese cerca de los de Arriba, él, *Burro* siempre, hizo lo que le dio la gana: levantó la casa en pleno monte y entre prados, más cerca del pequeño núcleo que por aquel entonces ya formaban los de Arriba que de la propia Hiseda.

En ese sentido fue un desertor a medias, un traidor también a medias. Mal visto por unos, de cuya compañía se alejaba sin discusión. Mal visto por los

otros, que entendían claramente que prefería no a ellos sino esa soledad de la zona intermedia. Porque *Burro* padre nunca se mezcló con el creciente núcleo de vecinos que formaba la gente del *Barrio*.

–Éste quiere tenernos controlados desde arriba –decían en voz queda en Hiseda de Abajo.

–Éste nos trata como a apestados, si no a qué esa distancia pese a tenernos tan cerca –decían rencorosos los de Arriba.

Mente Burro siguió imperturbable, a lo suyo, como hicieran los *Burros* de tantas generaciones. Pero, al no tomar jamás partido por unos u otros, y buen cuidado llevaba en ello, evitó meterse en problemas de los que difícilmente habría salido bien parado, con su genio. Para unos y para otros fue siempre un genuino *Burro*, que al menos dio sobradas muestras de fidelidad a los principios y valores de la saga. Tal actitud le enaltecía a ojos de todos. Y en ello se cifraba el crédito del propio Serafín, seguro que ya menguante.

Eso es lo que eran, debió ser el comentario extendido a lo largo de los años y en cínica alusión a la familia Burón no exenta de envidia: unos *burrones* acabados. Pese a los cachavazos no en exceso violentos, pero sí con unas malas pulgas de las que preferible prevenirse quedando al margen, aprendieron a aceptarlos. Noblotes, independientes. Aunque en Hiseda nada fue nunca gratuito, y muchísimo menos los apodos. Ser de los *Burros*, pues, implicaba que con ellos, ojito ojito. En tal sentido, efectivamente, tuvo que ser un deseo usual en la mayor parte de los hisedianos que la familia Burón, cuanto más alejada de todo y de todos, mejor. A Serafín le constaba que, paradójicamente, se les tenía un respeto que en verdad era una rara mezcla de admiración y temor. Y lo de su padre, dejar Hiseda, ir a vivir a la capital para algo que no fuese criar vacas o transportar leña, y volver hecho un caballero sobre ruedas, los dejó perplejos al principio, y después ya totalmente boquiabiertos. Las diferencias estaban marcadas. Los *Burros*, orgullo tácito del pueblo, tenían bula, en cierto sentido, para hacer cuanto quisiesen. Por algo eran tan suyos.

Quién iba a decir que Serafín cursaría estudios, igual que un señorito de los de antes, y que regresaría aquí a vivir, y encima sin aires de marqués, como otros que ni siquiera se habían licenciado pero deambulaban por las

callejuelas de Hiseda pavoneándose con sus ínfulas de bachilleres, o como le llamarían después, másteres, y tan embebidos de sí mismos iban que hasta pisaban los pedazos de bosta que, a modo de sucio reguero, dejaba el ganado. La pena es que ya eran muy pocos quienes le llamaban por el mote familiar. Las cosas habían cambiado. Una a una las tradiciones habían ido hundiéndose en la ciénaga vaporosa de la memoria. Sólo algunos viejos muy viejos aún se dirigían a él en dichos términos:

–Eh, *Burro*, ¿qué tal andamos?

Las primeras veces que lo oyó, años atrás y siendo todavía muy joven, Serafín padeció una especie de crisis de identidad. Se mezclaban en él un agudo sentimiento de ridículo y vergüenza ajena con algo indefinible, pero que no era malo. Quizá la llamada de la sangre. Su padre le tranquilizó, asegurándole que le llamaban *Burro* no para llamarle burro, sino porque así tenía que ser. «Tú lo notarías enseguida si fuese de mofa», añadía. Tras lo que también recalaba: «Pero si es así, les largas un cachavazo y listos...». Fácil. Por suerte nunca fue necesario, además de que dudaba seriamente de haber sido capaz de ello.

Luego, cuando ya se supo a qué se dedicaba, e incluso salió fotografiado en alguna ocasión en el periódico provincial, para sorpresa y hasta incredulidad de los hisedianos, tanto los de Abajo como los de Arriba, echó de menos que le llamaran como se denominó siempre a su padre, a su abuelo, a su bisabuelo, y así hasta quién podía calcular cuándo, pero desde luego cada vez más burros.

El caso es que alguien un buen día le llamó *Burrito*. Fue en el supermercado, y se trataba de un apelativo vagamente cariñoso, pero con unos gramos de incontrolada burla. Lo zanjó pronto. Él mismo se sorprendería de la rotundidad con la que, lívidas las mejillas y el pulso algo tembloroso, respondió a un paisano con el que casi nunca había intercambiado palabra alguna:

–Oiga, usted, *Burro*, si no le importa...

Lo que fue acogido con jaracandosas muestras de satisfacción por parte de la concurrencia, aunque también para ellos esa reacción era la de esperar, y una definitiva caída de párpados por parte del presunto gracioso. A Serafín

no le complacía en absoluto la perspectiva, sabiéndose heredero genético de tan noble, combativa y digna saga de *Burros*, de acabar ejerciendo de una suerte de *Platero* revenido y *light*, como se decía ahora. Un mero simulacro de sus antecesores, mácula de todo un linaje hasta ahora famoso por su tesón y una cerrilidad que en el valle llegó a considerarse mítica. Claro que, mirando como miraba ahora la vida, tal que si la observase constantemente al microscopio, casi todo era *light*, según le dictaban sus entendederas lo que significaba ese término, uno más de los adoptados de lo anglosajón.

Así que prefirió que le llamasen el *Científico*, primero, y después el *Inventor*.

Qué sabrían ellos de ciencia y de inventos. Qué sabrían ellos, llegó a pensar, del espíritu de los asnos, animal que, por cierto, casi había desaparecido por completo de los prados y las cuadras de Rantrño, así como del resto de pueblos de la vega del Pábenes. Podían verse, acaso, media docena de ejemplares, poco más. Y ello a pesar de su gran servicio a los humanos durante milenios.

Raza homínida ésta desagradecida donde las haya, pensaba Serafín, que alimenta y da mimos a perros o gatos pero consiente la lenta desaparición de los burros. Aunque teniendo en cuenta el pésimo aspecto que los gatos del pueblo suelen mostrar, y lo del *vuelacán*, ya no tan puesto en práctica de modo oficial pero según parece sí tras las tapias de la ermita y allende el prado de la Bolera, tampoco de Hiseda pueden decirse grandes cosas. Lo cierto es que cada día que pasa Serafín piensa menos en sus parásitos, tanto en los que debieran ser objeto de sus estudios como en esos otros que están comiéndole lentamente la casa, para dedicarse a filosofar acerca de los burros.

Desde la Casona, exactamente desde la puerta de la cocina situada en la parte lateral de la edificación, que va a dar al prado de una huerta sito en terreno bastante inclinado, Serafín tiene la dicha de poder contemplar todos los días un burro gris no muy grande, de poderosas ancas y bella crin, triscando despreocupado y siempre hambrón sobre la tupida alfombra de hierba. Juzga que esa visión o esa coincidencia, ya que se trata de uno de los tres únicos burros del pueblo de Hiseda, y los tiene perfectamente

controlados, es un regalo del cielo. Pese a su no tan antiguo agnosticismo de ribetes marxistoides para cuestiones de fe, como no podía ser menos, ahora empieza a albergar fundadas sospechas de que algo hay de milagroso en la ubicación de dicho burrito gris, tan a mano. O sea, tan a golpe de ojo.

Porque ese burro, que tal vez sea pariente suyo, piensa Serafín a veces en broma y otras no tanto, está ahí por algo. Es como un oráculo o un mensajero silencioso. Solemne y cuadrúpedo buque-insignia que simultáneamente es recordatorio de todo un sistema de valores. En cualquier caso, no se trata de un azar. Serafín pasa largas horas contemplándolo con arrobos. Sólo cuando de repente un día no lo ve, se asusta y llega a ponerse muy inquieto. En su fuero interno le llama el «tío». Entonces, si se demora la anhelada presencia del burro en el prado contiguo, piensa con amargura: «¿Le habrá pasado algo al tío?». Pero no, un rato después su pariente metamorfoseado o como surgido de una fábula de Esopo aparece allí de nuevo, con su perfil soberano sobre el prado. Incluso intercambian significativas miradas, que a veces han logrado emocionar a Serafín casi hasta humedecerle los ojos.

Así transcurrían sus jornadas, perdido en tibias disquisiciones. Y aunque a simple vista pudiera decirse que no pasaba nada, todo iba engranándose con sublime precisión en el mecanismo que mueve los hilos de la existencia: el pasquín «enemigo» anunciando otra chorizada, la reciente e incontrolada fricción nacida entre *Furias y Corvatos*, el estado de ánimo de Serafín o sus particulares circunstancias. Sí, todo iba en pos de su propio destino, lenta, inexorable y majestuosamente. Craso error de apreciación sería, pues, afirmar que no pasaba nada. Más aún: pronto, muy pronto, iba a pasar de todo.

De hecho, últimamente creyó que transcurrían siglos sobre su conciencia y sus días. A veces, cosa rara, se sentía más aburrido que una ostra en mitad del océano. Entonces notaba como una especie de telarañas que se expandían a través del pensamiento, en el sentido que empezaba a percibir que estaba petrificándose de dentro afuera. Pero esto era Hiseda, el Norte, un pueblo, el suburbio de un pueblo, la última casa del suburbio de un pueblo de montaña perdido en la Montaña. Más allá sólo estaba el claro al final del camino, es decir, el cielo. Pero –recordemos: lo decidió un buen día– esto era el Paraíso en la tierra, y merecía la pena el eventual infierno de tener que compartirlo.

Bueno, o a lo mejor es que se está volviendo majareta perdido de tanta soledad, como ya le vaticinase agriamente *Pitita* antes de abandonarlo, dejándolo tirado como un trapo, allí, un poco en el más bello lugar de ninguna parte. Ni en Hiseda ni en el *Barrio*, donde al menos habría podido contar con la compañía de sus vecinos. No, él permanece incólume en ese Purgatorio que es la zona intermedia entre ambos núcleos de población. Lo cierto es que *Pitita* llegó a preocuparse mucho, pese a lo fantasiosa que era para esto de los animales, o precisamente por esa misma razón, cuando, también más aburrida que una ostra, durante largo rato espió, a lo largo de varias tardes de invierno de éstas en las que uno combina ciclotímica y precipitadamente pensamientos de suicidio con otros repletos de una sospechosa y evanescente felicidad, a Serafín haciendo algo que para ella no era otra cosa que espiar al burro. Así una hora y otra. Se asustó, eso llegaría a entenderlo él, quien se sintió impotente de no poder explicarle con palabras atinadas e inteligibles –*Pitita* era artista plástica pero no idiota– el grado de simbólico parentesco que sin duda existía entre él y ese burro. ¿Cómo describirle tal sensación de concordia y plenitud? ¿Cómo convencerla de que tras esa observación minuciosa y paciente, durante la cual el burro del prado contiguo y Serafín podían estar mirándose embelesados casi una tarde entera, él llevaba a cabo un considerable e intenso rastreo intelectual en sus propios orígenes?

No puede decirse que fueran buenos los comienzos de *Pitita* y él en el pueblo, no. De algún modo sabían que cuanto hiciesen al principio de estar en Hiseda marcaría sus futuras relaciones con los vecinos. Una tarde estival, que por cierto había empezado soleada, decidieron ir a dar un largo paseo hasta el bosque de Nacales. Muy a lo lejos veíanse un par de nubes, pero el resto del cielo aparecía limpio como el culito de un bebé recién bañado y con talco. Así que allá, alegres, bajaron al pueblo, zapatillas deportivas nuevas en ristre y con sus chulísimas sudaderas aún por estrenar. Llevaban, por supuesto, sendas cachavas y una pequeña mochilita en la que Serafín, previsor y sintiéndose un auténtico excursionista –él lo llamaba su veta livingstoniana– había puesto la cantimplora y un poco de queso. También una minúscula navajita, por lo que pudiese pasar. «No me cogerán en un desliz», pensó

sintiéndose ya no sólo un aventurero, sino el hombre más inteligente del planeta. Cuanto menos, alférez de los Tercios de Flandes. Al cruzar por la Bolera un paisano les comentó, aunque con un deje apático en la voz:

–¿Y vais así, sin botas ni paraguas ni chubasquero ni hacha o cuchillo?

Serafín, risueño y autosuficiente, le mostró la navajita.

–Por si aparece un oso... –se atrevió incluso a decir, pues no podía evitar burlarse un tanto de aquel tipo tan precavido.

–Sus vais a enterar –sentenció el hombre.

–Bueno, ya veremos... –arguyó Serafín mirando al cielo con absoluta confianza. En cuanto a lo del oso, por poco no le da un ataque de risa. Sabía que, si bien era cierto que por aquí hubo osos años atrás, ahora ya no quedaban.

–Tranquilo, compadre,... que nos lo merendamos... –añadió a modo de despedida, con su churri mirándolo arrobada a la vera.

Habían recorrido unos pocos kilómetros del bosque Nacales, ascendiendo penosamente por las laderas que iban a dar a los Castrucos, cuando se desató la más brutal de las tormentas que pudiera imaginarse. Truenos, rayos, relámpagos, granizo, lluvia inaudita y una niebla que apenas les permitía ver a dos metros de donde pisaban. Aunque eso es un decir, ya que pasaron casi más tiempo rodando por el lodo y el musgo o entre piedras que de pie. Se clavaron toda suerte de zarzas. Afiladas, por supuesto. La pesadilla duró varias horas. Se perdieron un número indeterminado de veces cuando ya creían haber dado con el camino correcto. *Pitita* sufrió primero un ataque de pánico, y luego varias lloreras consecutivas. Además, iba magullada por todas partes, como él. Para colmo, y cuando ya enfilaron uno de los últimos prados que debían salvar hasta acercarse a una ruta fiable, de entre la niebla se les apareció... un oso blanco. Sin duda, fue uno de los momentos más críticos de la vida de Serafín.

Temblando como una hoja, intentó sacar la navajita y mostrársela al animal, que cada vez se acercaba más. Parecía que Serafín le enseñase sus credenciales, navajita a medio abrir en ristre, con el debido respeto ante la autoridad competente. Pero aquel supuesto arma defensiva se le cayó a la hierba dos veces, e incluso se cortó en la mano, tal era su agitación. *Pitita*

chillaba igual que una posesa, como si no fuera ya poco delicada la eventualidad de tener que enfrentarse a un oso con los puños y a patadas. En realidad, cuando se les aclaró la vista que empañaba el miedo, comprobaron que se trataba de un enorme mastín de esos que suelen quedarse en el monte para vigilar el ganado. Y no venía de aparentes buenas pulgas, que digamos. Pero como les reconoció en tanto personas, pues Serafín no dejaba de canturrearle: «Bonito, hola, bonito...», todo ello castañeteándole los dientes mientras intentaba abrir la navajita por enésima vez, mostrándosela así, cerrada y tal que si fuese el carnet de identidad, aparte de que por suerte en ese momento hasta *Pitita* parecía haberse quedado súbitamente muda, el mastín-oso les dejó en paz tras olisquearlos un poco, y pasó de largo. Allí permanecieron un buen rato bajo la lluvia. Abrazados y meciéndose. Como si hubiesen vuelto a nacer. «¡Joder con la excursión!» fue el último comentario de *Pitita* durante el camino de regreso. Aquello fue el principio del fin entre ellos.

Lo peor, y eso ya se lo esperaba Serafín, fue la entrada en Hiseda. No tenían más remedio que cruzar todo el pueblo. Por supuesto que para entonces ya había clareado, y el vecindario en pleno, o así se le antojó a él, parecía estar aguardándoles. Fue una entrada triunfal. Arrastrándose y calados de barro hasta las orejas, aparentaban dos espectros a punto de acceder a un hospicio para críos terminales. Eran verdaderamente ectoplasmas pasados por agua. No sabían ni dónde mirar. Trastabillaron un par de veces ante la concurrencia, que los observaba flemática o a lo sumo con gesto de escasa indulgencia.

–Sus lo dije... –oyeron que comentaba una voz. Era el paisano de antes.

Unos pasos más adelante, que a él se le hicieron eternos más por la vergüenza que por el cansancio y el dolor físico que padecía, volvió a oírse al tipo:

–Y, qué..., ¿sirvió la navajuca?

Serafín, sacando orgullo y casta de las ruinas en las que se creía convertido, consiguió balbucir con dificultad:

–Sí, para cortar el queso... –Lo cual no era cierto, pues ni les había dado tiempo de sacarlo. Pero se mostró altivo, respondón, todo un *Burro*, aunque

maltrecho. Y aquello gustó.

Decididamente, se trató de un mal comienzo.

Desde aquel episodio de su accidentada excursión al monte, en la que llegaron al más agudo de los bochornos, Serafín nunca dejó de prestar atención a los consejos que le daban. Si alguien del pueblo, aunque estuviese lloviendo a cántaros, iba y le comentaba con fastidio:

–Mira tú, va a hacer tiempo de playa... –Él tenía que refrenarse y no preparar los bártulos necesarios para ir a la playa más cercana. Si no lo hacía era porque en realidad no le gustaba especialmente el mar. En cambio, si con un día soleado y radiante como aquel de funesto recuerdo, alguien le decía:

–Va a caer una buena... –Él procuraba atrincherarse en la Casona, como si fuese a sufrir un asedio militar de varios días. Y no solían equivocarse, los muy lince.

Así fue desde siempre en Hiseda. Que observas hormigas trepando por los muros hacia lo alto, y pese a que tus ojos vean el más reluciente y soleado de los días, no hagas caso: dentro de nada se pondrá a diluviar. Ellas, las cautelosas y sabias hormigas, lo intuyen con anticipación. Hacen como esos banqueros que anticipan los desastres y la penuria procurando obtener su propia seguridad y beneficio. Lo mismo si ves que en un prado, en lugar de estar cada una a su aire, las vacas se alinean todas en idéntica dirección, como si observasen un punto concreto del infinito o a todas las hubiera acosado simultáneamente idéntico y tortuoso pensamiento: pese al sol, que casi quema, pronto se liará a llover.

Aquí todo es empírico, aunque parezca irracional.

Y sí, piensa a menudo con ternura en *Pitita* que, a pesar de todo, no dejaba de ser una gran mujer y persona de intachable actitud ética, que permaneció a su lado en momentos decisivos. Pero es que ella sí estaba volviéndose loca de remate aquí, luego de aguantar románticamente casi dos años y medio de lo que Serafín se empecinaba en denominar eufemísticamente «apacible vida rural», lo que implicaba carestías varias e imprevistas vejaciones, incluso con puntuales escapadas a la ciudad a fin de disfrutar, como ella decía con sorna, de «algo más que no sean vacas, pajaritos y prados». Así se *desintoxicaba*, llegó a argüir la muy irónica,

porque tal alusión dolía a Serafín, que siempre amó incondicionalmente a vacas y prados, y esto muy por encima de a personas y parásitos, aunque no tanto a esos pajarracos que, instalados en la techumbre de la Casona, les traían a mal traer, ya entonces.

Así que de amor por los pajaritos, nada. Todo ello, queda dicho, pese a que *Pitita* era artista. Y no una artista cualquiera, sino pintora de algo que cabalgaba caprichosamente entre lo figurativo y lo abstracto. Sufría verdaderos arrebatos de esquizofrenia creativa en positivo. Cuando le entraba en vena esta especie de sarpullidos de conducta era temible. Serafín casi la prefería hundida en sus curiosas crisis espirituales, siempre cerca de la energía cósmica, la luz divina y millares de borreguitos flotantes. Al menos entonces estaba de relativo buen humor. Pero cuando le daba por liarse a brochazos con un lienzo, echándole encima botes enteros de Titanlux y ensuciándolo sin más, como si de apagar un fuego se tratase, para acabar vociferándole:

–¡Mira..., el sentido de las cosas! –Entonces él sentía incluso miedo físico. Sobre todo si instantes después *Pitita* volvía a encararle con su ígnea mirada, crispada la voz ya de por sí de timbre agudo, espetándole con un tono que frisaba el odio:

–¿O es que no lo ves...?

Serafín tragaba saliva, literalmente. ¡Y tanto que lo veía! Jesús con los artistas...

Pitita cayó en Hiseda como terrón de azúcar en un hormiguero. Y es que, bien pensado, lo tenía todo para que se le lanzasen a la yugular. Era polichinesca en sus gestos y ditirámica en sus actitudes con cuantos paisanos y paisanas se cruzaba. Además de excesiva, peligrosamente coloquial. Y cada vez, claro, iba empeorando la cosa. Vivía con el lastre de su simpatía estentórea e irrefrenable y en su cabeza llena de candor no podía entrar la eventualidad de ella misma, de su figura en el pueblo, siendo epicentro de los tejemanejes de cualquier maritornes del tres al cuarto, lo que sucedía con harta frecuencia. Llegó a pensar que sólo por dirigirle la palabra, o una oblicua, casi humilde sonrisa, ya le hacían la prez de otorgarle su atención y cariño, cuando no era así. Incapaz de detectar nequicia o maldad

alguna en la hiel que sin duda destilaba hacia ella el trato de las hisedianas gentes, y que éstas criticaban a porfía cuanto *Pitita* hiciera o dijese, llegó a un punto de embotamiento tal que, por ejemplo, entraba en una pequeña mercería que desde hacía décadas llevaba un tipo muy devoto. Éste, en presencia de Serafín, la recibía diciéndole con ademanes de galán trasnochado: «Mi encantadora y simpática señorita...», cuando en realidad Serafín leía en sus ojos: «Mi taimada y rizosa lagarta...». Evidentemente, poco a poco *Pitita* iba viniéndose abajo. Con sus manitas enmitonadas para protegerse del frío y a la vez dispuesta a ponerse a pintar en cuanto la atacase la inspiración, pero viendo con pesar que, como a Serafín, ésta no le llegaba, empezó a perder peso alarmantemente. Primero parecía un holograma, y él le decía: «Oye, ¿no te estás quedando un tanto delgadina?». Luego, al verla deambular por la casa, le recordaba a un fantasma, casi una liviana emanación de lo que antaño fuese un cuerpo, ahora todo huesos, la larga cabellera de rizos y poco más. Fue el periodo radical respecto a la comida, cuando *Pitita* ni siquiera ingería verduras o frutas, sino tan sólo lo que ella viese caer del árbol con sus propios ojos, más o menos. Arrancar una lechuga de la tierra, o una berenjena o un calabacín, era un asesinato. Así lo denominaba, ojos estrábicos y pómulos hundidos por culpa de su pésima alimentación: «¡No quiero ser cómplice de ningún crimen vegetal!». En cambio, si eso se desprendía motu proprio del árbol o rama, era otra cosa. Hubo que engañarla al respecto, por ejemplo con lo de los calabacines gigantes que «prácticamente se desprendían de sus ramas» en el huerto de un conocido. Le duró poco tal hervor herbívoro, pero de algún modo terminó por subírsele a la cabeza, cuyos rizos casi la combaban. O sea, tenía una depresión de caballo.

Aunque en una primera época lo que solía apaciguarla era definirse como una «creadora conceptual», y aun eso era según las estaciones, ya que en primavera-verano le sobrevenían los ataques mentales de ovejitas –su pasión– como una especie de epilepsia de bondad, y en otoño-invierno, sin embargo, se le aparecía lo más selecto de su, al parecer, portátil galería de monstruos sin contornos, ante los que Serafín, pese a no ver absolutamente nada allí sobre un nuevo –y caro– lienzo manchado y definitivamente echado a perder,

tenía que exclamar, demostrando un sentido entusiasmo: «¡Oh, cielos, es terrible!», o: «Perdona que te lo diga con esta crudeza, hija, pero ahí late un espíritu en verdad atormentado». También es cierto que a *Pitita* le encantaba oír cómo Serafín decía determinados vocablos para referirse a alguna de sus obras. «Me parece... *gótico*, ¿no crees?», improvisaba él no sabiendo qué puñetas decir. Y ella, medio traspuesta, reponía: «¿*Coqueto*...? Sí, es posible». Era un poco dura de oído, aparte de algo disléxica, por lo que no había problema. Todo valía. En otra ocasión Serafín, desconcertado ante un cuadro que mostraba múltiples garabatos superpuestos en una acongojante amalgama sin sentido, se atrevió a exclamar, casi llevándose ambas manos a la cabeza: «¡Me resulta fantasiosamente *onírico* y...», como no sabía la forma de continuar, dijo algo de lo que se arrepintió conforme le salía por la boca: «... y... con un punto *carcelario*». Quiso retractarse pensando que ya estaba liada, pero *Pitita*, situada tras él, añadió embelesada y mirando su cuadro: «¡Anda, pues no había caído en la cuenta... un *santuario jónico*...!». Y así la dejó, henchida de orgullo. Aunque también es cierto que él hablaba casi entre dientes, tal que mascullando las palabras, y ella, como se dijo, padeció desde muy joven otitis aguda, con lo que era decididamente durita de oído.

Entonces se quedaba eventualmente tranquila mientras él, en su fuero interno, recapacitaba: «Pena de Titanlux, lo bien que hubiera venido para darle una capa de pintura a las paredes del garaje...». Si *Pitita* le hubiese adivinado tales pensamientos lo habría colgado de una viga. Imaginando tal escena, Serafín solía sonreír de modo torcido y para sí mismo, a lo hisediano. Y ello por dos motivos. Uno, porque casi el único lugar de la casa donde la carcoma no campaba por sus fueros, ya que prácticamente toda se había construido con madera, eran justo esas paredes del garaje, hechas de ladrillos. En el resto sólo valía barniz, cera o sucesivas pruebas con productos anticarcoma. Se llegó a un extremo de paranoia total: él entraba en casa con un cargamento de botes de Carcomín y, de pronto, en el silencio de aquellas estancias, creía oír lejanas carcajadas. No, no era posible que la carcoma estuviese descojonándose de tal modo ante sus desesperados intentos por combatirla. Y en cuanto al segundo motivo de su sonrisa taimada, porque con bastante probabilidad si *Pitita* le colgaba de una viga, y por cierto era más

musculosa que él, no sólo más alta sino también más fornida, pese a su desmejora por el ayuno, esa viga se vendría abajo en el acto por acción directa de la susodicha carcoma. Igual era un poco exagerado en sus prevenciones, pero podía ver la escena con total nitidez y, para consolarse de la plaga carcomil que los azotaba, se entregaba al pensamiento: «Jolín, lo complicado que sería ahorcarse en esta casa...». O bien: «Bueno, uno siempre podría zamparse siete botes de Carcomín...».

Lo de «conceptual» –arista por la que, no resulta difícil deducirlo, escapan muchos de entre quienes no saben pintar en sentido estricto– llegó a convertirse en una dañina obsesión para *Pitita*, a la que la montaña y la soledad iban subiéndosele paulatinamente al cerebro, ya de por sí un poco pasado de revoluciones desde que era una chiquilla. Así osó definirse en la escueta biografía que acompañaba sendos folletos que se imprimieron para sus dos únicas exposiciones locales, a una por año: «Artista plástica conceptual». Menudo trago. Demasiado para los hisedianos, y sobre todo para las hisedianas, siempre viperinas y criticonas cuando se trataba de féminas foráneas que venían a estos lares con la insensata intención de echar raíces y quedarse siquiera por algún tiempo. A *Pitita*, a quien por supuesto empezaron a llamar *Putita* desde su segunda irrupción en el Súper, toda ella relampagueante de sonrisas y un auténtico torbellino de cordialidad, no le sirvió de mucho venir en calidad de compañera al parecer estable de un *Burro*. Aunque fuese de *Burrito el Inventor*. Ni hablar. Fue moralmente liquidada a las primeras de cambio, y no sólo porque de inmediato se supo que no estaban casados, sino sobre todo por considerarse de forma abierta una artista y, lo que a Serafín le pareció definitivamente más grave, por empeñarse en ser simpática con todo el mundo, que lo era de corazón. Eso, en Hiseda, suponía meterse derechita en el pozo. Y cuantos más esfuerzos hacía ella por congeniar con las lugareñas, cuanto más dócil y atenta parecía ante sus palabras y más recatada se mostraba para todo, más *Putita* iba siendo.

–Ésta, a lo bajini y a lo callando, se las trae...

Pronto supieron las hisedianas que *Pitita* y el *Burro* joven estaban amancebados, en situación de ilegal y pecaminosa coyunda. Así que, no pudiendo llamarla su «esposa» ni su «señora», o lo que desde siempre se

había llamado a las mujeres que comparten techo y lecho con su hombre, «parienta», y pese al ascendente asnal de éste, con lo que bien podrían haber dado en llamarla la *Burra*, decidieron que era:

1º: Una espabilada.

2º: Una descarada.

3º: Una putita, obviamente.

Y encima los folletos con su foto, el pelo escarolado tirando a rojizo y la boca enorme mostrando sus hileras de piños blanquísimos, escandalosos aros en las orejas, generoso escote en su vestido ibicenco... ¡aquí! De nada sirvieron las obstinadas recomendaciones de Serafín. Y por si fuese poco todo esto, lo de «conceptual», que debió ser lo que en verdad más repateaba al gremio de hembras del pueblo, quienes habiéndose dedicado única y exclusivamente a parir diminutos y refunfuñantes hisedianos o a sus labores, no podían encajar con mentalidad abierta aquello del arte plástico conceptual, cuando a la tía ésa casi se le salían las tetas del vestido. Lo que, aunado a su provocadora sonrisa, sin duda les sonaría a simple guarrindonguerío en abstracto.

Le hicieron la vida imposible, recuerda todavía Serafín con honda pena, ¡pobre *Pitita*! Como si la legión de arpías enlutadas se hubiesen puesto de acuerdo con los pájaros del techo y la carcoma que iba llenando todos los rincones de la casa. Y eso que en la segunda y última exposición *Pitita* ya cambió de modo radical su estilo pictórico, quién sabe si interiormente impelida por el deseo de agradar a estas gentes a costa de lo que fuese, tornando sus otrora visiones oníricoconceptuales en cuadros de cariz claramente figurativo y pastoril. Allí salían ya hasta vacas, terneros, segadores, almiarés, hórreos, casonas humeantes y mozas de lo más recatado lavando la colada en el río, así como pastorcillas acompañando a sus rebaños.

Nada que hacer. No coló.

Y mira que Serafín, pese a no tener ni idea de pintura ni de arte, se lo advirtió claramente:

–Churri, que te estrellas tú solita...

La llamaba *Churri* desde que se conocieron. A *Pitita* se le antojaba cursi pero en el fondo le gustaba.

–Que esta vez te has pasado por el otro lado... –le insistió él.

Pero ella ni caso. Los artistas y sus ambiciosos proyectos creativos a medio-largo plazo, ya se sabe.

De entrada, esa segunda y última exposición de *Pitita* tuvo lugar en la casa cultural de Salinas de Ranroño, pueblo algo más grande que Hiseda y situado a cuatro kilómetros de éste. Enemigo secular de Hiseda y sus intereses, por supuesto Serafín ya intuía que los vecinos de Hiseda iban a sentirse ofendidos de que la pintora, o como al parecer la llamaban en voz baja «la maroma del inventor», escogiese el pueblo cercano como marco idóneo para su exposición pictórica. Ya que ahora, a tenor del contenido de esa selección de cuadros, no podían llamarla «loca» ni «guarra», decidieron llamarla «desertora». El caso, como siempre, era colocarle un ajustado y lindo epíteto.

–Es que ahí abajo –protestó *Pitita*, que a veces parecía estar a sueldo de los del *Barrio*–, no tienen un sitio como la Casa de Cultura de Salinas...

Todo se reducía a un puro eufemismo. La así denominada Casa de Cultura de Salinas de Ranroño era en realidad una amplia cuadra, reformada recientemente por el Ayuntamiento de dicha localidad, con el fin de ser utilizada como local para determinados eventos que, es cierto, no solían ser mucho más que el sitio donde se votaba en época de elecciones, o para algún acto municipal. También, aunque inserta en el pabellón contiguo a un colegio, tenían su pequeña biblioteca, pese a que el reducido espacio de ésta impedía montar una exposición que no fuese ideada para los liliputienses de Gulliver.

La verdad es que, aunque a *Pitita* le hubiesen propuesto montar su exposición en la verdulería del Súper, en la sacristía de la iglesia o en el propio despacho del alcalde, habría dicho que no. Se sentía maltratada, de ahí su pataleta y sus tratos con los de Salinas, devaneos paralelos que sentaron mal en Hiseda, mira por dónde. En el pueblo, como vulgarmente se dice, ni jodían ni dejaban joder. Si la *Putita* quería montar una exposición, que lo hiciese aquí, para criticarla mejor. ¿Que no había sitio? Pues que pusiera sus

horripilantes cuadros en un prado. Con suerte, llovería.

No sólo eso. Poco dado a la exageración, y ello debido a sus conocimientos científicos, Serafín creyó que *Pitita* tendría en cuenta la tercera advertencia mientras estaba transida y entusiasmada como una adolescente que se acicala para la inminente verbena, ante su próxima exposición:

–Churri, que te cavas la fosa...

Iba a decirle: «Que aquí son muy burros», pero un sexto sentido de clase le contuvo in extremis. Y dijo:

–¿Es que aún no has comprobado lo brutos y susceptibles que pueden ser? Te vas a estrellar.

Entonces *Pitita* daba rienda suelta a todo el caudal de su enojo, y no hay nada peor, en el sentido más biliosamente patológico, que el honor mancillado de un artista, sea plástico conceptual o no, al notar el rechazo en sus carnes, sobre todo si proviene del ser cercano y más querido. Serafín, subsumido en su bullente imaginario, seguía pensando en la inmensa suerte de que esas dos palabras, «burro» y «bruto», tuvieran distintas letras, pese a su similar significado. Sin ir más lejos, él mismo a menudo se sentía burro, pero jamás bruto.

–A ver –se le encaró *Pitita*, manos en jarras sobre las caderas y el cuello ligeramente torcido–, ¿por qué me voy a estrellar?

Lo de estrellarse debió parecerle, de algún modo, más llevadero que lo de cavarse la fosa.

–¿Quieres que te conteste mediante una deducción puramente analítica o, por el contrario, con cierto contenido social? –ironizó él.

Pitita, que no le veía gracia alguna a la cosa, frunció las cejas en inequívoco signo de reafirmación y enfado. Estaba cerrada en banda.

–¿Es que no lo ves tú misma? –Fue la única respuesta posible, diríase que derivada de una densa deducción analítica.

Lo cierto es que también Serafín se estaba volviendo cada día más obtuso.

–No.

Volvió a quedarse bloqueado. Al fin balbuceó que quizá habría que haber insistido un poco más en la alcaldía de Hiseda, pues en el Ayuntamiento

disponían de un cuartucho con trastos, cajas y herramientas que hubiera podido adecentarse para la exposición.

Pitita le recordó que en el Ayuntamiento era una insensatez montar una exposición, pues no sólo seguía habiendo fotos colgadas de antiguos jefes de gobierno de funesto recuerdo sino que allí, nada más entrar, estaba expuesto aquel cuadro vergonzoso.

–¿Qué cuadro...? –preguntó Serafín, que en tal momento no caía en la cuenta.

–Ese dibujo de colores chillones a tamaño casi mural que ocupa toda una pared –se quejó amargamente *Pitita*– y que pone los pelos de punta con sólo tenerlo cerca... –Serafín ladeó la cabeza, desconcertado. Seguía sin caer.

–¡Don Pelayo, leñe! –bramó *Pitita*.

Era cierto. Allí tenían colgado una especie de póster gigante con la imagen de don Pelayo, espada descomunal en mano, faz amenazadora, barba hirsuta y poblada hasta casi los ojos, brazos como troncos y un yelmo llegándole a la altura de las cejas. Bien pensado, era como para ser de las huestes de Alá y, antes de que te cogiese por su cuenta ese del póster o cualquiera de sus bravíos lugartenientes, ir derecho a la peña de *Saltamorito* y hacértelo tú solo. ¡Vaya mandoble de impresión sostenían sus bíceps como melones!

Serafín, aturdido, procuró desviar la tensión mencionando que aquello era un símbolo histórico sin importancia. Le recalcó la dimensión ciudadana, a nivel local, del hecho de desechar tan prontamente Hiseda en detrimento de Salinas.

–¡Pero si los dos sitios están en este puñetero valle...! –gimió *Pitita*, que nunca decía palabrotas. En verdad estaba perdiendo el oremus.

–¿Es posible que no te des cuenta de la equivocada actitud que mantienes? –preguntó Serafín para ganar tiempo hasta el siguiente toque de esgrima verbal.

–No –cacareó *Pitita* exactamente en el mismo tono que hiciese minutos antes para decir, como ahora, que en el fondo no entendía nada de nada.

–¡Por Dios, hija! –fue su respuesta decididamente social a la enorme ingenuidad de ella.

Y es que de entrada *Pitita* pensaba titular el grueso de su exposición, que la componían veinte acuarelas, algunas de considerable tamaño, con un lema que, al ser leído por Serafín en un esbozo de lo que habría de ir a la imprenta para el folleto, casi le provoca un derrame cerebral. *Pitita* había bautizado la exposición así:

De las tántricas tinieblas y la luz

Aquello, en Hiseda, era fronterizo no ya con una sofisticada provocación, sino con el puro dislate.

–Pero ¿tú lo que quieres es que nos echen a pedradas de aquí o qué?
–protestó él.

Ella, durante un instante, lo observó con un fulgor extraño en los ojos, como si le hubiera contestado: «Sí», pero se encogió de hombros.

Horas explicándole que lo de «tántricas» no iba a hacerle ningún favor, ni a ella ni a sus cuadros, ni al arte en general, fuese de borregos o conceptual. Parecía en vano. Al final cedió. El título definitivo iba a ser: *Las altas regiones*, que también se las traía, pero bueno, pensó Serafín, como en esas acuarelas quedaban reflejados temas de la montaña y tal, la cosa tenía un pase. Además, algunas no estaban nada mal.

Una de las principales obras llevaba como título *La hostia en verso*. Así, como suena. Se veía una loma ribeteada de pinos y abetos. Por encima aparecía el grandioso sol del atardecer. Eso debía ser la hostia, claro, siguió pensando él, aunque ni se atrevió a preguntárselo. Tampoco veía dónde estaban los versos. De poesía entendió siempre poco, por desgracia, que no hay tiempo para todo, pese a que lo suyo había leído.

–Encima te tacharán de sacrílega y recalcitrante –protestó en un hipido que fue oído por ella, pese a que se había apartado un poco.

–¿Es que no ves la poesía? –preguntó de pronto *Pitita*, ida la mirada y con las manos crispadas hacia lo alto, señalando con el dedo índice esa especie de enorme perolón amarillo que, fuese el «sol» o la «hostia», iba a suponer su fulminante crucifixión.

Definitivamente, aunque él la adoraba, a veces parecía tonta del bote. Una

cosa era el genuino y proverbial candor de los artistas, que tan pronto se acerca al genio libre de toda contaminación como bordea la máxima estulticia imaginable. Siempre habrá un sabio o un reputado crítico para desnivelar la balanza y aclarar las dudas al respecto.

Serafín dijo, y lo hizo con toda la gravedad y el énfasis del que se sintió capaz, pues realmente le preocupaba mucho que aquella pintura fuese expuesta con ese título:

–¿No te parece demasiado evidente..., quiero decir: no es en exceso previsible que el sol adquiriera la connotación mística que de hecho pretendes conferirle?

Se sorprendió a sí mismo. Igual no estaba tan obtuso como creía. Era su mayor muestra de audacia en varios meses, aunque fuese retórica vacua. Porque en verdad lo que hubiese querido decirle es: «Te van a correr a hostias si expones eso». Cualquiera se lo insinuaba.

Pitita saltó como una leona en defensa de su obra:

–¡La poesía, incluso la mística y la que alude a elementos sagrados, siempre entronca con la Naturaleza...! –Y tomó aire para continuar. Después, entre jadeos, lo hizo–: Nuestra contemplación de ella deviene en algo íntimo e inviolable... –Luego de nuevo se quedó súbitamente callada, como si acabara de sobrevenirle una visión celestial.

«A ti sí que van a violarte cualquier día como sigas por este camino», pensó Serafín con preocupación, pero casi sin tregua fue sometido a un bombardeo de nombres: san Juan de la Cruz, sor Inés, Teresa de Ávila, Fray Luis de León...

Su formación rigurosamente científica, que a menudo le llevaba a adoptar posiciones bastante despectivas ante lo que fuese el mundo de las Letras, ahora le abocó a pensar, por un instante de obtusez máxima, que *Pitita* estaba mencionándole de carretilla un equipo de fútbol mixto. Se ha vuelto loca ya, dedujo. Pronto se dio cuenta que se refería no sólo a religiosos, sino a supuestos vates visionarios a los que ella acostumbraba a leer.

Definitivamente, parecía estar sonada perdida. Hiseda se le había subido a la parte más recóndita del hipotálamo, afianzándose allí como la carcoma había hecho en las vigas, suelos y tablones de la Casona. Carcoma que, aparte

del terrorífico barullo que a todas horas montaban los pájaros, en su mayor parte estorninos y búhos o lechuzas, preferiblemente en rigurosos turnos de día y de noche, como para estar las veinticuatro horas dando la matraca, a *Pitita* le afectaba hasta el extremo de haber pensado en acudir al psicólogo, pues los somníferos y calmantes, aun ingeridos en enormes dosis, ya apenas le hacían efecto. Así como la lechuga con un tomate de menú diario. Por ejemplo, últimamente se quedaba como paralizada en plena madrugada, con medio cuerpo erguido en el lecho, aferrándose con desesperación al brazo de Serafín hasta casi hacerle daño, y preguntaba:

–Sssssss..., ¿tú no la oyes?

Él decía que no, pero más por serenarla un poco y porque en verdad tenía un sueño profundo que por otra cosa. A veces –tampoco era cuestión de engañarse en ese punto– sí había creído percibir algo así como un lejano rumorcillo, indefinible pero constante. Le costaba creer que *eso* fuese la carcoma de juerga nocturna, dándose el gran festín sobre sus cabezas, bajo sus pies, por todos lados, como en una *rave* de música techno, a tope. Habían llegado a hablar de *ella*, así, en femenino singular omnipresente: la carcoma, *ella*, incluso aludiéndola sin mencionarla de modo directo. Una noche, desafortunadamente, luego de haberlo negado varias veces en las jornadas anteriores, Serafín tuvo la ocurrencia de pretender serenar a *Pitita* diciéndole:

–Venga, *Churri*, descansa, que no pasa nada... a fin de cuentas *ésa* también tendrá que dormir un ratito, digo yo...

En buena hora lo dijo. Como si la tuvieran ahí mismo, en la estructura de la cama. A *Pitita* le entraron picores por todo el cuerpo. Ni dos duchas seguidas, rascándose con fruición y gastando casi un bote de gel, lograron aplacar lo que era un ataque de histeria en toda regla. La verdad es que Serafín días antes ya detectó dos agujeritos de indudable autoría en la estructura de la cama: secreto militar.

Pero centrándonos en nuestra historia, la negociación con el objetivo de que modificase ese título de *La hostia en verso* también resultó ardua y agotadora. Con *Pitita* todo acababa convirtiéndose en un enconado debate dialéctico. Principalmente para alguien de mentalidad científica como Serafín, a quien el arte en general y los garabatos de *Pitita* en particular le

parecían poco más que desvaríos estéticos juveniles, aunque algunos concebidos con indudable gracia.

Y no hubiese pensado nunca un término que atañe a la sexualidad si no lo hubiera oído por azar, en el estanco del pueblo. Pero lo oyó. Debía definir bastante acertadamente lo que los contertulios que mencionaban el tema pensaban de la obra de *Pitita*: eran «mariconadas pastoriles». Primero creyó oír que decían «mamarrachadas mercantiles», pero, como volvieron a repetirlo, fue consciente de lo oído. Lo cierto, a fuer de exactos, es que no pudo confirmar que estuvieran refiriéndose a la próxima exposición de *Pitita* en el pueblo vecino, y de hecho ninguno de aquellos sombríos contertulios debía haber tenido oportunidad de contemplar las acuarelas. Quizá uno de ellos, que iba con frecuencia al Ayuntamiento de Salinas de Rantroño, sí se hallaba en disposición de haber mirado las pruebas del folleto.

El caso es que Serafín estaba comprando su tabaco de pipa y su caja de cerillas extralargas cuando oyó en un suave murmullo lo de «mariconadas pastoriles». Qué apuro. ¿A qué podían referirse, si no, en toda la comarca, incluso en toda la región?

«Hablan de *Pitita*, seguro», pensó sin dudarlos dos veces. Y se fue de allí cabizbajo y con sus aletas nasales oscilantes. Fue entonces cuando intentó que ella cambiase algunos títulos. Luego de ímprobos esfuerzos, y finalmente, *Burro* como era, logró a medias sus propósitos. A pesar de ello, *Pitita*, que también era muy suya, se negó en redondo a modificar los de otros tantos cuadros que a Serafín le producían escalofríos, tanto el contenido como los respectivos títulos.

Uno de ellos era *Karma en el río*. Pero *Pitita*, obcecada como si en ello le fuese la vida, erre que erre. Por lo visto lo de «tántrico», que aceptó como algo inadecuado e incomprensible para los presuntos visitantes de la exposición, no valía con el término «Karma». Ahí se mantuvo el título del citado cuadro. «Si se interesan por saber qué significa, que lo aprendan», fue su última y orgullosa posición, muy propia de los artistas. Personalmente él pudo comprobar cómo varias personas, la noche de la inauguración, se preguntaron entre sí quién huevos podía ser esa o ese tal Karma que estaba en el río. Alguno, que tenía familia en Cataluña, insistía con ahínco y

vehemencia típicamente españolas, en que era la traducción un tanto libre del nombre de Carmen al catalán, pero miraban el cuadro con absoluto desconcierto, sobre todo porque allí no aparecía ninguna mujer. Y el citado informador se iba calentando solo:

–¡Que sí, recono, que significa Carmen..., que los catalanes son muy suyos para todo! –vociferaba a pleno pulmón, para creciente nerviosismo de *Pitita*, que entre su oído feble y la turbación del momento no acababa de coger el hilo, aunque sí algún que otro listillo oficial de Salinas, quien por supuesto sabía qué significaba dicho término. El caso es que en la acuarela aparecía un idílico paisaje del río Pábenes envuelto entre brumas. Y la gente, apiñada frente al susodicho cuadro, insistiendo a voces:

–Pedazo capullo, aquí cómo va a haber una Carmen, si sólo se ve agua y niebla...

–¡Pues está ahí, seguro...! –se escuchaba al otro, que seguía escudriñando la acuarela.

–Como no sea bañándose y buceando... –se oyó a modo de burla.

Serafín, que era todo él un dispositivo de sonar en funcionamiento, al escuchar esa lamentable conversación pensó que no debía ser gratuito que a la madre de *Pitita* todos la llamasen *Mamen*. «Aquí, en Hiseda –siguió pensando–, la llamarían *Mamona*, claro está.» Su nombre auténtico era Mari Carmen, por eso lo de «Carmen» le hizo recordar a esa mujer. Lo cierto es que al dirigirse a su suegra simbólica, al principio de salir con *Pitita*, no podía evitar tratarla de usted, pero como por lo del apodo ni siquiera sabía su nombre, llegó a referirse a ella, en algunas ocasiones, en términos de *señora Mamen*. Él siempre tan respetuoso.

Cómo habría disfrutado la *señora Mamen* asistiendo a la exposición de *Pitita* en Salinas de Rantroño, sin duda ejerciendo de sultana y largando a diestro y siniestro su catequesis de cultura y una lección magistral de modales. Un par de *Señoras Mamen*, sueltas por estos lares, quizá, sólo quizá, habrían contribuido al proceso de desilvestramiento de algunos de sus habitantes. Aunque en verdad, y por lo poco que la conocía, Serafín se dio cuenta de que la madre de *Pitita* era, intelectualmente hablando, corta de vista. Más: casi rozaba la ceguera absoluta. De modo que, de estar aquí, ella

seguiría creyendo que su hija era un auténtico crack cultural del valle, cuando lo cierto es que la pésima fama de *Pitita* iba en auge. O, más exactamente, crecía en proporción directa a los titánicos esfuerzos que ella misma hacía por intentar ganarse el afecto de estas gentes. No, de ninguna manera podía ir por ahí derrochando sonrisas con un escote sencillamente «normal», o con un collar o pulseras de bisutería sencillamente «visibles», ni mucho menos tutear al primero o primera que se cruzaba por la calle, aunque tuviese ciento tres años. Como la Jacoba, que si no los tenía poco le faltaba. De modo que, viéndola maniobrar entre la carnívora fauna hisediana, Serafín pensaba entristecido: Ella cree que parece una «locuela», pero ellos creen que es algo «ligerita de cascos». *Pitita* fue siempre incapaz de discernir tan sutil matiz. Pero no dejaba de conmoverle cuando la miraba: una perfecta simbiosis de Juana de Arco, Mary Poppins, Janis Joplin, Pippi Calzaslargas y la Madre Teresa de Calcuta. Un horror, en definitiva, pues era una persona rota que había acudido a un sitio como Hiseda –tan hostil como críptico– y a un sujeto como Serafín –tan pasmado como inútil– con la intención de curarse de sus propias e invisibles llagas mentales.

A la *señora Mamen*, quien acaso sólo hizo gala de instintiva agudeza en este punto, nunca le hizo ni pizca de gracia que su hijita, que obtuvo brillantes notas en Farmacia pero lo dejó casi a punto de concluir la carrera para lanzarse a los precipicios de la pintura, se liase con un científico de pacotilla, pues por no verlo así ni en foto, por más que insistió en dicho aspecto, nunca logró ver a Serafín con bata blanca, por ejemplo. Ella hubiese querido para su nena un empresario, un médico, un notario o, ya puestos a rebajar el listón, todo un farmacéutico, que al menos ése sí llevaría bata blanca siendo... respetable. Pero nunca alguien que trajinaba en rincones de ignotos laboratorios anexos a desconocidas Facultades de Biología, y que de hecho laboraba más entre libros que ante el microscopio o los tubos de ensayo, lo cual le hubiese resultado decididamente romántico y chic. En cierta ocasión, achispada por más copas de champagne de las que su sangre podía admitir, comentó en familia que Serafín tenía aspecto no de científico loco, sino de científico lelo. Y que puesta a imaginárselo, imaginádoselo con bata blanca, ni de celador conseguía hacerlo. Con lo esmirriado que

estaba. «Ése sólo vale para criador de pulgas», llegó a decir. Todo esto se le escapó a la propia *Pitita* cierto día que se sentía enternecida con él y, a su vez, también estaba bajo el parlanchín influjo de las burbujas de una bebida con bastante graduación alcohólica. Lo dijo para animarlo, conste, para demostrarle que a pesar de todo el cúmulo de diatribas vertidas contra su persona, ella había optado por estar con él, incluso por seguirle hasta esa especie de destierro en Hiseda, gesto incomprensible para el resto de sus familiares, a quienes pareció haberles confesado que se iba a la Mongolia profunda para dedicarse a la doma de caballos salvajes, tal fue su consternación. Criador de pulgas no, pensaba a menudo Serafín, pero de carcoma sí, y muy a su pesar. El problema con la *señora Mamen* es que, había que reconocerlo, les ayudó prácticamente a vivir mientras él estuvo con *Pitita*. Su madre le pasaba a ésta un dinero fijo y trimestral. No era mucho, pero sí les servía para ir tirando. Esto Serafín lo llevó siempre mal, y *Pitita*, al final, también.

Lo de aquella exposición traería cola, en efecto. Otra de las acuarelas llevaba por sugerente título *Éter y conciencia del crepúsculo*. Una delicia, aunque en realidad sólo se veía una masa amorfa de tonos blancuzcos yuxtapuestos y, quizá, a lo lejos, la cumbre de una montaña nevada. Alguien, tal vez el concejal de Cultura de Salinas, moviéndose como una salamandra bajo la hiedra fresca, siseó que estaba bien, pero que era el típico cuadro que si lo pones hacia abajo, no pasa nada. «Se mira igual», enfatizó sesudamente luego de mucho madurarlo. Y la verdad es que lo dijo sin emplear un tono mordaz o hiriente, que era lo peor. Serafín pudo oírlo por casualidad:

–¡Y una mierda! –apostilló pronto en tono bajo, por suerte, un convecino de Hiseda, de esos pertenecientes a cierto sector social que se consideraba a sí mismo «fino».– Eso es un pestiño lo mires por donde lo mires, y como estaría mejor es al revés, o sea cara a la pared...

Tampoco era para tanto, pensó él con aflicción, pues sabía el tiempo empleado por *Pitita* para alcanzar esa especie de éxtasis nebuloso en una curiosa empanada de grises y blancos. Además, en lo de que podía mirarse se colocara como se colocase, por una vez no tenían razón. La cumbre nevada daba una justa referencia óptica y se mantenían las perspectivas. Aunque

tratándose de *Pitita* había que contemplar la posibilidad de que incluso las montañas estuvieran al revés, desafiando las más elementales leyes de la física y el más estricto sentido común, artístico o no.

Una tercera acuarela, en similar línea imaginativa a las anteriores, aunque ésta de considerables proporciones y con vistosos elementos de índole figurativa que al menos la convertían en algo más decorativo, se titulaba: *Vacas evanescentes sobre colinas de miel*.

–¡Un chute, tío...! –dijeron tres jóvenes con greñas y de aspecto un tanto dejado. Debían ser de Salinas, porque tampoco nadie se fijó en ellos, excepto Serafín. Los tres tenían los ojos hinchados como ciruelas, y las órbitas un tanto salidas. Dilatadísimas las pupilas y brillante el globo ocular. Luego se fueron de allí riendo.

La verdad es que él pugnó lo suyo, previamente, para que *Pitita* cambiase algo el título.

–Churri, las vacas están bien conseguidas, con sus cuernos y todo... –dijo conciliador e interesado, mientras ella enmarcaba un mohín expectante–. Bueno, de acuerdo, parece que floten...

–Querrás decir levitan... Observa que apenas rozan la hierba... –añadió ella con la mirada ansiosa.

–Por supuesto –A ver quién le llevaba la contraria en tal extremo. Podía arañar incluso, dedujo, ya que según el esquema de valores artísticos de *Pitita* flotar es algo que hacen los cuerpos inanimados, como por ejemplo las pompas de jabón o un pedazo de plástico en el aire. En cambio levitar, lo que se dice levitar, aun metafóricamente hablando, sólo levitaba alguien como su idolatrada Teresa de Ávila. Y es que en la estética de *Pitita* siempre subyacía mucha ética. Era una especie de sufragista del XIX, o de iluminada castellana del siglo XVI, pero de familia bien. Con un incierto y mejorable talento artístico para la pintura, pero con gran capacidad de trabajo, así como con un grado de autoconvencimiento en cuanto hacía capaz de desmontar a cualquiera. Asombroso. Tan pronto con una mente despierta, inquieta más bien, como con reacciones de mosquito anofeles, no por su falta de cultura sino por su ingenuidad para ciertas cosas. Y de esto último, los insectos, Serafín sabía mucho.

¿Por qué estuvo tanto tiempo con ella?, era la pregunta que se hacía a menudo. Pues el caso es que también lo de la levitación mediaba aquí: aparte de que la quiso con locura, *Pitita* follaba como los ángeles, si es que santo Tomás de Aquino no acertó al pleno al describir la esencia sensual e incluso voluptuosa de las angélicas criaturas, que de eso él sí había leído un poco y casi por equivocación en la primera época de estar con ella.

La montaña pareció sacarla de quicio, junto a sus hormonas. Serafín pensó que menos mal que estaban en la Casona, pues de lo contrario esos gritos durante algunos orgasmos de *Pitita* habrían provocado la rápida intervención de la Guardia Civil de Hiseda. ¡Jesús bendito, qué modo tan enérgico y contagiosamente sano de explayar su gozo! ¡Si hasta la carcoma y los pajarracos parecían estarse calladitos un rato ante tanto vocerío! Después ella se volcó en el arte. Y lo hizo con idéntica vehemencia con la que tiempo antes se había volcado en lo que denominaba la «búsqueda implacable del orgasmo infinito», algo que, aun en secreto, conseguía acongojar sobremanera al sexualmente maltrecho Serafín, que tampoco es que diese mucho más de sí una vez era literalmente estrujado por aquella fiera sedienta de placer. Y no sólo de recibirlo, lo cual era laborioso pero llevadero, sino también de darlo, lo cual era más comprometedor. «¡Ay, Dios, que un día ésta me clava un cuadro con ese título!», pensaba en alusión al orgasmo infinito. Ya se veía caminando por el pueblo mientras todo el mundo le observaba directamente la bragueta.

También *Pitita* era para el sexo desmedidamente fogosa, aunque luego solía ser ella la que parecía quedarse aplanada y presta a dormir como una marmota. Pero nunca, durante la primera época, dejaba de amenazarle en ese otro sentido, que él traducía por: «Cualquier día te mato a polvos». Incluso afirmaba haber leído acerca de determinadas técnicas budistas e hindús para hacer el amor demorando hasta lo inverosímil el momento supremo. Serafín, a su vez, calculaba siempre en términos de los millones y millones de neuronas machacadas que le quedarían si *Pitita* se ponía a ello en serio. Hasta lo inverosímil... Mejor que le diese por la pintura, sí. Al decir que se volcó en el arte hay que aclarar que se zambulló en él ciega y frenéticamente. En realidad fue como si quisiera tirárselo en una dimensión sexual. Se lanzó

desde el más alto trampolín a la piscina de la creación. Lo de levitar copulando fue posponiéndose. Cada vez había menos encuentros íntimos entre ellos. Al final, como corresponde por funesta ley de vida –todo lo que asciende, decrece– esa actividad hormonal afectiva se convirtió casi en un premio, en un lujazo que tocaba de higos a brevas, mayormente cuando, como decía ella entre hipidos, estaban «bolingas perdidos» gracias a la crema de orujo que Serafín compraba en el bar del *Legañas*. Objeto de culto el susodicho licor, que acabó convirtiéndose en preciado estimulante que paliaba un tanto sus crecientes problemas como pareja. Lo normal, sobre todo, cuando una de las dos partes, él, se deja hacer porque vive en un mundo de ensimismamiento, y la otra parte, ella, está rabiando todo el día porque no le colma en absoluto la vida que lleva.

Con el dichoso cuadro de las vacas levitando Serafín intentó cambiar lo de la miel.

–¿Es que tú no ves con claridad que la gente no va a ver la miel por ninguna parte? –preguntó, aunque con ademán suave y para no herirla en su amor propio, que en esos momentos ya debía estar en la UCI.

–¿Acaso tú no la ves? –se le enfrentó *Pitita*: era su única y desesperada argumentación.

El instante parecía delicado. Su mentalidad científica le susurró al oído: «Miente, miente como un bellaco y vencerás». Bueno, las estrategias castrenses a lo Julio César no tenían nada que ver con la ciencia, pero en este caso le valían. Así que mintió:

–¡Yo, al mirarlo, hasta creo que me la estoy comiendo, cariño! ¡Hay puñados! –Y se llevó las manos a la boca en un gesto que indicaba un evidente y goloso furor de dulce–. Pero ellos..., no sé qué decirte. Reconociéndolo con sinceridad, se trata de que... la miel... no se ve... por ningún lado...

Pitita miró hacia su acuarela con el rostro transido de contrariedad. Ladeó la cabeza como los perros cuando algo les sorprende. Luego sentenció casi en un chasquido, pero refiriéndose a la miel:

–¡Es una abstracción!

En otras ocasiones parecía encantarle que, en alusión a sus cuadros,

Serafín le mencionase cosenos, tangentes y bisectrices. Ahora no funcionaba.

–Claro, *Churri*, pero a ese nivel cognoscitivo se llega por una línea geométrica de la imaginación que no tiene futuro en Hiseda, entiéndelo.

–Es que yo voy a exponer en Salinas... –se excusó ella dócil, ya casi temerosamente. Volvía a tener cerebro de anofeles. No suponía que algunos hisedianos, y sobre todo hisedianas, se acercarían hasta el pueblo de al lado, cuchillo mental en mano, para husmear cual carroñeros en su exposición.

Como si lo viese:

–Que la del *Burro* cuelga sus pingajos ahí, en Salinas. Habrá que ir a ver si nos pone a caldo...

–Sí, es verdad –se dio por vencido. No podía combatir frontal y tercamente contra ese cerebro a la defensiva y a la desesperada, y además destilando un obvio resentimiento. La miel que no salía por ninguna parte siguió allí, en el rótulo desafiante, en tanto propuesta estética, pero sólo melosa y dulce para quien se abstrajese muchísimo. Es como si el cuadro se hubiese titulado *Boquerones a la vinagreta, en estado previo a su putrefacción ontológica*, qué más daba. Pensó en esos tres chavales con los párpados hinchados, y las órbitas de los ojos salidas por completo. Igual ellos sí veían la miel. Igual ellos hasta se lanzaban a chuparla, con el colocón que debían llevar encima. Serafín, como acertadamente suponía, tuvo que soportar ciertos comentarios al respecto, de esos que nunca alcanza a oír el artista porque suele estar pendiente de atender a todos, es decir, realmente a nadie, y no está a la caza de ciertas frases. Por ejemplo:

–Pues la tía podía haber puesto *Colinas de turrón* y sería casi lo mismo...

–O de «tortilla de patatas», que ya en faena... –intervino un mozarrón orondo y sonriente ante la perspectiva de enfrentarse a montañas enteras de lo que sin duda debía ser su pasión suprema a la hora de tragar. Además, era casi la hora de la cena, como suele ocurrir en estos casos.

Hay que añadir que a aquel fracaso contribuyó notablemente el peculiar y voluble modo de vestir de *Pitita*. No acertaba ni una, pese a las recomendaciones. Desde sus conatos de minifaldas de infarto en verano o su atuendo que recordaba a un bombero de Alaska en invierno, pues era considerable el temor que tenía a resfriarse, pasando por el *look* de novia

india de David Crocket en otoño, a su apariencia *hippie* existencialista y desastrada en primavera, casi cada vez que Serafín la veía preparada para bajar al pueblo pensaba: «La ha cagado, de nuevo la ha cagado», pero cualquiera se lo insinuaba. A esa exposición fue con una especie de esclavina de mohair, a rombos de llamativos colores, que ella denominaba «mi poncho peruano». Serafín, alarmado, pensó: «Van a pensar que se ha disfrazado de esposa de Moctezuma». Y así fue, más o menos.

Otra acuarela de marras, en la que unos cerditos parecían volar, así como varias ovejas, todas cual perfectas formaciones de escuadrones cazabombarderos, y todos ellos bajo un cielo de tormenta, se titulaba *Descomposición fractal de la mirada*. Serafín ya ni se molestó en decirle nada. ¿Para qué? A aquella ralea de cafres, pese a que predominaban los tonos azules oscuro, la cosa les sonaría a abono. Quién sabe. Pudo escuchar que un hombre relativamente bien trajeado le decía a otro:

–Rediós, menuda pitufada... –Y después reían moviendo los hombros.

Al menos ese azul rutilante aunque tristón con el que *Pitita* había llenado su obra les sonaba a algo concreto: los Pitufos que, si no recordaba mal, en los dibujos animados de la serie tenían ese mismo color. Sólo que los animales de *Pitita* no llevaban aquellos gorritos característicos, ni leotardos rojos o blancos.

Una de las últimas acuarelas que pintó se titulaba *Cuando habla la hierba*.

Ahí la cosa se torció de verdad, pues *Pitita* estaba piripi y empeñada en explicarles la cosa a tres mujeres de Hiseda que habían tenido la idea, así lo dijeron y así pudo oírlo Serafín no sin evitar una sacudida de estremecimiento, de ir hasta Salinas para ver los trabajos «de nuestra pintora oficial». Casi se desmaya, sobre todo al comprobar la repentina cara de emoción que se le puso a *Pitita*. Ni siquiera anofeles, en tales momentos ella se quedaba en átomo, y con serias carencias psíquicas.

Lo de «pintora oficial» tenía un pase por aquello de la cortesía y tal, pero ese «nuestra» iba cargado de bilis. Y *Pitita*, en su frenesí didáctico, lo empeoraba a cada frase. Se hallaba frente a un bidón depurado de Jalea Real de Bilis, y la otra sin darse cuenta:

–¿No perciben ustedes el suave murmullo...? –Se refería a la hierba en su, al parecer, habitual cháchara vespertina.

Las hisedianas se miraban perplejas, preguntándose poco después y ya a solas en alusión a la susodicha hierba parlante: «¿cuándo», «dónde», «qué dice?». Al rato volvían a enfrentarse al cuadro. Pero algo iba ensombreciéndose en sus semblantes. *Pitita* tuvo que atender a otros grupos y las dejó de lado. Fallo grave. Con cierto espanto contenido Serafín observó que una de esas mujeres de Hiseda pertenecía al núcleo riguroso de las *Furias*, el politburó o soviet supremo que articulaba los movimientos del pueblo. Era Pilar, más conocida como *Agripina*. Eso significaba algo muy serio, y casi preferible que *Pitita* no llegase siquiera a imaginarlo. Esta *Agripina*, de aspecto frágil y enfermizo, como si caminase siempre a punto de quebrarse, fue la que, en persona, había impedido que otras hisedianas de pro entrasen a formar parte de las *Furias*, que eran cuatro desde hacía años, y cuatro iban a seguir siendo por mucho tiempo, aunque dispusiesen de una copiosa red de tentáculos, a su vez establecidos en rígidas jerarquías. *Agripina* en persona, como más de una vez había alardeado, fue la causante de que ese grupo temible no admitiese a alguna que al parecer hizo sobrados méritos para acceder al diploma simbólico que la reconocía como una de las *Furias*, como fue el caso de Gumersinda. Su apodo, con esa siniestra alusión al citado instrumento que se utiliza en cirugía, hablaba por sí solo: la *Bisturí*.

Pero algo hizo mal esta última, o no lo suficiente bien, o a destiempo. Fue rechazada. Como lo fue Lola, la *Agujetas*, que siempre andaba quejándose de dolores, diríase que para hacerle los honores a su propio nombre, repartidos por todo el cuerpo. Debía ser una gozada su compañía. Naturalmente, la *Agujetas* había sabido elegir pareja a la hora de casarse. Su marido era el *Quejío*. Tal para cual. Un ensamblaje parecido y artillería compatible. En cualquier caso, era excesivamente quejumbrosa la *Agujetas* para ser admitida en el severo círculo de las *Furias*. También se comenta que no fue aceptada a causa del *Quejío* y algo que éste había dicho o hecho, aunque realmente eso, lo que fuese, nunca trascendiera del furioso politburó y sus aledaños en el poder. Rencillas más o menos antiguas, pero siempre latentes. De ello se nutrían.

Las *Furias* se reúnen indefectiblemente siempre en el mismo sitio. A la misma hora de la mañana, justo poco antes de mediodía, y a eso de las seis de la tarde, para encontrarse en misa. Luego regresan al centro del pueblo. Desde ahí urden su tela de araña de cotilleos. En verano también se aposentan allí por las noches, entre diez o diez y media y el momento de irse a dormir. Para entonces ya se han despachado a gusto. El punto de encuentro es *Donde Celia*, pues así se conoce en Hiseda el soportal contiguo a la mercería de la vieja Celia, aunque en realidad en esta tienda puede encontrarse de todo. Uno busca un destornillador o algo de jamón ahumado, y Celia suele tenerlo. Pilas y queso de cabra, juguetes, ropa, de todo cabe allí. Al estar a cubierto del agua, tan frecuente en esta zona, las *Furias* desafían, sentadas codo con codo y por lo general con los brazos cruzados, a lo sumo haciendo calceta, al frío, a las lluvias o a lo que haga falta.

Las *Furias* son las siguientes: Emilita, de apodo *Mesalina*, que está casada con Colás, alias *el Verde*, uno de los *Corvatos*, el otro grupo de opinión, o más bien de presión, que existe en Hiseda, y que está formado por varones. Que su marido sea un *Corvato* ha dado no pocos quebraderos de cabeza al pueblo, en detrimento de la paz ciudadana. También es conocida en todo el valle de Rantroño por su devoción religiosa. Su lengua ha llegado a afectar a personas que viven en zonas muy altas, o los del villorrio que está junto al pantano de Lasa o los de los caseríos que están en la misma braña del pico Najos. Un bicho.

También es muy temida Purificación, solterona impenitente, o quizá habría que decir militante. Algunos hisedianos la llaman Puri, a secas, pero eso supone demasiada confianza y suele pagarse caro. Alguien la bautizó un día como *Popea*, y así se quedó. Es intransigente hasta un punto fanático en todo lo relacionado con el sexo, o mejor habría que decir su persecución. De ahí que incluso se crea más pura, precisamente, que cualquiera de las otras *Furias*, aunque buen cuidado lleva de no hacérselo notar. Ella es la única que no ha yacido con hombre alguno –*sicut erat in principio*– y eso debe conferirle *bouquet*, piensa Serafín viéndola vestida toda de negro, el morro y el ceño invariablemente fruncidos, como si le riñese al aire por libertino y disoluto. Va de luto por su venerado padre, que falleció hace por lo menos

cuatro o cinco lustros, pero es que, se dice, era un hombre muy pío. Cómo no. Según el padre de Serafín, aquel tipo era un auténtico perro. Y eso, dicho por el *Burro*, que no solía meterse con nadie, tenía un considerable peso específico.

Pilar, alias *Agripina*, ya mencionada antes, es la tercera *Furia* en importancia dentro de la jerarquía que ellas mismas han ido estableciendo a lo largo de los años, no sin sonadas depuraciones en plan comunista *enérgico*. Por ejemplo, *Agripina* dará aviso al resto de cuanto pueda ver en la exposición de *Pitita*. Es viuda, y también acostumbra a vestir siempre de negro. No por su marido, al que aborrecía hasta el extremo de no dirigirle la palabra más que para reprocharle cualquier cosa con acritud y a voz en grito, sino porque debe ser el color que mejor le sienta a su rostro marmóreo y siempre avizor, marcados los pómulos y las cuencas de los ojos por el estigma de un supuesto y pertinaz sufrimiento que ella alivia como sabe: dándole a la lengua y cerniendo el manto de la calumnia sobre quien se le ponga a tiro. Ella «pone a prueba», como suele decir. También ese color negro le va a las mil maravillas a su carácter, como puede suponerse todo un dechado de simpatía. Acostumbra a morderse con larvado encono el labio inferior. Lo hace hasta dejárselo amoratado y con una inquina difícilmente justificable. Serafín piensa, cuando la ve, que tras ese gesto en apariencia mecánico, como un tic nervioso imposible de disimular, late un furor apenas contenido que si saliera a relucir le helaría la sangre a más de uno y de una. Parece como si de ese modo, y mediante tan puntual y repetido visaje, purgase toda una ristra de pecados que, a saber hasta qué punto, le mortifican la conciencia. Cuantioso tuvo que ser el reguero de amor oscuro dejado por Pilar a su paso. Tanto que, durante casi una década se comentó, siempre a nivel de criptorumorcillo tan vaporoso como tremendo, que ella tuvo algo que ver en el fallecimiento de su esposo, sucedido tras una comilona a lo grande: llegó al hospital reventado por dentro. Imposible delimitar los conocimientos que en la época tenía *Agripina* respecto al arsénico, por ejemplo. En fin, rumores.

La última *Furia* es Raquel, cuñada de otro integrante de los *Corvatos*, el *Negro*. Ese lazo familiar, junto al de *Mesalina* como cónyuge de Colás,

llamado el *Verde*, hacen que se mantenga una suerte de precario equilibrio entre ambos grupos, aunque no por ello, y a través de confidencias presuntamente cruzadas de manera furtiva, dejan de nacer innumerables problemas. A Raquel la llaman *Livia* desde que apareció dicho personaje femenino en un serial de la BBC sobre el Imperio romano. Livia, esposa del emperador Augusto, era, si cabe, el más intrigante ser de aquel elenco de víboras con faldas, es decir, con túnicas o clámides, qué más da. Raquel es la más pequeña de las *Furias*, de edad, estatura, capacidad mental y por supuesto oral. Es como una autista venenosa. A menudo la hacen sufrir por ese motivo, así como por su supuesta inocencia para ciertos asuntos. Las otras tres *Furias* juguetean con ella como el gato que, teniendo maltrecho e inmóvil a un ratoncillo o a un pájaro, trajina largo tiempo con su víctima antes de zampársela a cachitos. Pero que a nadie de Hiseda se le ocurra tocarla lo más mínimo. Entonces unen todas sus fuerzas para proteger a su retoña, por tímida o cortita que se muestre. Algo así debió suceder en el episodio de la liquidación de la *Bisturí* o la *Agujetas*: osaron criticar a la que creyeron más débil, *Livia*, y les salió mal la jugada.

Ocurrió exactamente el mismo caso, pero con diez años de diferencia, con dos matrimonios del pueblo que, a su modo, intentaron acceder al escalafón superior de tales grupos. A esas parejas se las conocía como los *Santos* y los *Usías*. No eran apellidos sino motes. Ambos matrimonios fueron marginados largo tiempo de la actividad cotilleril hisediana por hablar pestes de Raquel, cosa que siempre quedó por demostrar, y por mucho que ellos lo negasen. He ahí las maravillas del recontraespionaje en el estrato popular, piensa Serafín al imaginar el cuadro de dicha batalla, propio de las relaciones humanas en lugares como Hiseda u otros pueblos semejantes, que no son sino una reproducción del mundo y de quienes lo habitan, pero a escala casi infinitesimal. También se pregunta con frecuencia, e incluso se ha atrevido a exteriorizar esa duda a algún vecino de confianza, que los hay, por la procedencia de los motes y apodos que, nunca arbitrariamente, acompañan desde siempre a esas personas del pueblo. Y nadie sabe contestarle con certeza. La cosa pertenece por derecho propio al crisol de la mitología hisediana, pues así como en otras latitudes las personas se nutren del

enrevesado de árboles genealógicos, algo que constata la proliferación de la heráldica, aquí el personal pareció centrarse desde siempre en la extraña habilidad para, desde el anonimato, ponerle un alias a la gente.

Él mismo sabe, lo supo siempre, que cuando bajaba a pasear con *Pitita*, los dos del brazo, por ahí debían decir entre dientes: «Ahí van *Putita* y el *Inventor*». Seguramente, eso prefiere pensarlo todavía hoy, lo dijeran sin excesiva mala intención. Sin demasiada perfidia condensada. Por decir algo, como quien dice. Ahora que ya no está *Pitita* y que a él lo tienen más que visto, sabe que dicen igualmente entre dientes: «Mira éste...», así como con una cierta guasa, pero amortiguada por la tiesura casi monacal de las costumbres y maneras de Serafín. Luego se quedan tan tranquilos. Todo en su sitio. Como el curso del Pábenes.

No obstante, si hay algo que caracteriza por encima de cualquier valoración o circunstancia a las *Furias*, además de su fidelidad a ultranza unas con otras, lazo que ha resistido el paso del tiempo, pues han visto morir a una más que respetable cantidad de hisedianas que, ávidas de ser aceptadas, pulularon en su entorno hasta el final, ello es que forman, acaso casi sin saberlo, una perfecta maquinaria de tejer pensamientos y comentarios negativos.

Por ejemplo, cuando al principio *Pitita* estaba siendo examinada exhaustiva y vorazmente por esta colección de arpías, empezaron a vilipendiarla a su modo, con alusiones vagas, casi cariñosas, a lo sumo sospechosas de puro ñoñas. Después, de forma gradual, subieron el tono. Éste se volvió más ácido. Al final llegó el veredicto, y probablemente fueron diciéndolo en voz alta, como si tal, entre conversaciones deshilachadas y frases a medio acabar, otra de las especialidades de los hisedianos.

Serafín tiene indicios para saber que así sucedieron las cosas. Sin más, *Mesalina* soltó un buen día con un hilillo de voz, fija la vista en el vacío:

–Ésa lo que parece es una barragana...

Seguramente ninguna de las otras tres se atrevió a contestar, pues tal afirmación no admitía respuesta. Seguramente se lo barruntaron bien barruntado.

Serafinuco el *Burro* joven no era sacerdote, así que las palabras, o su

cariz ofensivo, no debían tomarse al pie de la letra sino de modo elíptico, como palanca hacia nuevas cotas de fantasía creadora en la calidad del insulto.

Otro día, *Agripina*, sin levantar los ojos del jersey que iba tejiendo, diría:

–Una pelandusca, vaya...

Tampoco nadie negó esto. Hacerlo habría supuesto inmolarsse en el seno de las *Furias*. Con bastante probabilidad *Popea*, viendo que se le escapaba el tren del asunto, añadiría al poco:

–Una marranona, pues sí...

Y finalmente *Livia*, la menos espabilada, no sabiendo ya qué aportar, quizá pudo añadir:

–Una vivalavirgen de tres al cuarto..., como *todas* las jóvenes de hoy... – Y seguiría con su calceta.

Había, pues, cuatro propuestas sobre el tapete del infundio. Y un denso silencio cómplice uniéndolas. ¿Cómo, llegadas a ese punto de hervor cerebral hostil, decidieron prescindir de aquellos insultos, que sin embargo parecían no acabar de tener cuerpo, diciendo al fin que *Pitita* era, sería ya para siempre, *Putita*? Imposible saberlo. Habría que tener un topo en el seno de las *Furias*, y eso en sí mismo parecía imposible. Serafín, dada su mentalidad práctica, pues luego de tanto tiempo en Hiseda casi se ha olvidado de que la suya es una mentalidad científica, y por lo tanto prefería llamarla «práctica», llegó a pensar que se trataba únicamente de economizar esfuerzos mentales, limar posibles asperezas o celos por la elección de tal o cual mote. Como cuando en el Vaticano se elige un Papa entre los cardenales, y a veces sale vencedor el quinto en discordia. De hecho, cambiando una «i» por una «u» ya está lista la cosa. *Putita* y a otra cosa, mariposa. Que el mundo estaba lleno de las unas y de las otras.

Los *Corvatos*, por su parte, y como se ha comentado a veces a sovoz en lugares del pueblo alejados del área de influencia de las *Furias*, son también cuatro, pero carecen de la «salsa» de ellas. Salsa debe significar astucia. Eso se dice y se ha dicho desde siempre. Además, al ser hombres beben de tanto en tanto, es decir, con regular frecuencia, con lo que se van de la lengua. Eso les hace, si no vulnerables, sí más humanos.

Curioso que, como sucede con las *Furias*, ninguno de ellos haya muerto o dejado el grupo por haber tenido algún problema dentro del mismo. *Corvatos* y *Furias* son como esas sectas de personas cuyo extremismo e ideario, sea cual sea la excusa que toman para reunirse y desarrollar sus actividades, impide que ninguno de sus miembros salga del círculo de la propia secta, empleándose para ello amenazas o llegando a realizar acciones coercitivas con tales hipotéticos desertores. Quizá con *Corvatos* y *Furias* ni siquiera eso sea necesario. Con la sola presencia de aquéllas bastaba para amedrentar al más valiente. La propia *Pitita* es una prueba sólida de ello: aguantó esa presión dos años y pico, no más. Luego huyó despavorida, jurándose no volver a pisar un prado ni ver un pueblo o una vaca en su vida. «Ni en pintura», gimió durante su despedida. Tratándose de ella, era significativo.

Parece cierto que los *Corvatos* son así como más sosos que las *Furias*. Muy hombres, en tal sentido. Parcos de palabras y de gestos. Más exagerados cuando se deciden a poner a caldo al personal, pero careciendo de la malicia congénita de ellas, como le han comentado a Serafín en el Súper, siempre en una especie de desvaído metalenguaje exento de miradas. Porque las empleadas del Súper son casi sus únicos interlocutores, y eso si alguna de ellas no está al servicio de las *Furias*, infiltrada. Hay que ir con tiento. Primera norma de todo agente de la CIA o del KGB: dejar hablar. Aunque aquí es peliagudo, porque suelen estar siempre calladas, salvo cuando sueltan perla. Con los demás del pueblo, apenas un escueto saludo. Lo otro, pararse y hablar con alguien aunque sea de naderías, supone un riesgo que prefiere no correr. Aún tiene la dignidad de los *Burros*, y se estremece de emoción cuando, al pasar frente a los *Corvatos* o las *Furias*, ellos y ellas, indefectiblemente, le saludan con enérgica delicadeza y hasta con muestras de cortesía, aunque algo gélida. Que después lo pongan como un trapo es algo que ya ha dejado de importarle, o más bien de hacerle daño. Es un *Burro*, y eso pesa en Hiseda, donde siempre se respetó y temió a los *Burones*, incluido su padre, pese a haber vivido tantos años fuera. Aquí debían saber por instinto que un *Burro* es siempre un *Burro*, y enfrentarte frontalmente a uno de ellos suele dar como resultado la imprevisible recepción de un sopapo, aunque parezca un alfeñique como ese que ahora pasea por ahí, solo y a todas

horas.

Dicho símil, que Serafín ha convertido en metáfora espiritual para resistir en este pueblo, le enorgullece. Procura ir con la cabeza bien alta, pese a ser un científico que no ejerce y un inventor que no ha inventado nada. Es un *Burro*, y lo tienen en cuenta. Con él, apostaría el cuello en el empeño, refrenan en parte su inagotable caudal de maledicencia. No hicieron lo mismo con la desdichada *Pitita*, no. Pero tampoco ha llegado a odiarlos por ello. Tan sólo se siente un poco más alejado de estas gentes.

Los *Corvatos*, también sedentarios, nunca han dejado de reunirse en el lugar que se conoce como *Donde Frasio*, que es una especie de ferretería, al menos oficialmente. Pero como sucede con el punto de encuentro de las *Furias*, en el soportal de *Donde Celia*, su Estado Mayor Central operativo, este otro enclave de Hiseda resulta asimismo peculiar porque también tiene prácticamente de todo. ¿Qué hace posible que una tienducha de clavos y tuercas esté en disposición de ofrecer una pieza del carburador de un coche, como cierto paisano asegura le vendieron en *Donde Frasio* hará unos años? Misterio. ¿Jabón del que ya no queda porque hace casi dos décadas se dejó de fabricar? *Donde Frasio*. ¿Tirachinas de los que ya no se fabrican? *Donde Frasio*. ¿Una arandela obsoleta para máquinas retiradas tiempo atrás del mercado? *Donde Frasio*. ¿Libretas o bolígrafos? *Donde Frasio*. ¿Un rosario con cuentas de marfil? *Donde Frasio*. Así es. *Donde Frasio*, como *Donde Celia*, constituyen acaso lo más inexplicable de cuantos fenómenos acaecen en Hiseda. Ni con su mentalidad práctica en plena ebullición, incluso cuando aún sentía que era científico, Serafín ha llegado a entenderlo. Y más que nada por una nimia cuestión de geometría espacial. ¿Dónde guardan todo ese material? Además, *Donde Frasio* y *Donde Celia* están abiertos a horas increíbles. Uno puede pasar por allí casi de madrugada, y ve luz, con las puertas abiertas. En cambio, en otras ocasiones, se cierran esas mismas puertas sin ningún motivo aparente. Y así permanecen, como tumbas, un día entero o hasta dos. Nadie pregunta, que se sepa, porque seguramente tampoco le contestarían con exactitud ni de buen tono. Serafín ha acabado pensando que Frasio, el viejo Eufrasio, y Celia, la anciana y elegante Celia, que aún atienden en persona en esos minúsculos establecimientos como concebidos

para elfos, y que paradójicamente no parecen tan viejos, son en realidad vampiros.

Un decir, claro. Lo único cierto es que estaban ahí cuando Serafín vino de jovencito al pueblo y su padre solía decirle que, desde siempre, «Frasio y Celia habían estado igual» y «hecho lo mismo». Era muy extraño. ¿Y si en esos días de enclaustramiento se comían a sus víctimas para así mantenerse eternamente como siempre estuvieron, ni jóvenes ni ancianos sino justo todo lo contrario? Su mentalidad de chaval iba por esos derroteros y evitaba como la peste la cercanía de tales lugares. De mayor se le pasó. En parte.

Ni Frasio ni Celia miraban nunca a los ojos. Y muy improbable que mencionaran más de tres o cuatro palabras seguidas. Vivían, dentro de sus tiendas, como moluscos en el caparazón, en una esfera distinta, en un mundo virtual y de penumbras y susurros, completamente alejados, incluso, de la propia realidad de Hiseda. A lo dicho: vampiros.

Eso, naturalmente, lo pensaba en Serafín el área menos científica de su cerebro, la hipocondríaca, que también la tenía.

Pero volviendo a la fauna hisediana, pese a su sosería y aparente falta de «salsa», los *Corvatos* también poseían sus particulares características.

Colás, el *Corvato* mayor, tiene como apodo el *Verde*. Estar casado con Emilita, *Mesalina*, hace que ese hogar pueda ser considerado, muy por encima del Ayuntamiento, la auténtica sede del gobierno de Hiseda. Nicolás aún conserva su buena mata de pelo, blanco como la nieve. Tiene unos ojos de color azul aguamarina que parecen escrutarlo todo, casi horadándolo, con especial malevolencia. Antes, dicen, le gustaba salir de caza con algunos de otros pueblos. Ahora, aquejado de lumbago, artrosis y alguna dolencia más, afirma estar listo tan sólo para cazar fantasmones, aunque nadie sabe bien qué significa esto. Basta con imaginarlo. De ahí su apodo, *Verde*, por lo envidioso. *Colás* no evita delatarse cuando se trata de denostar a alguien por lo que éste posee o de lo que alardea. Incluso si de ello sólo presume con recato. Al *Verde* le repatea casi todo lo que no le pertenece, que es prácticamente todo. Es su vicio, una especie de enfermedad. Y no es que le falte de nada, como dice, sino que casi nada necesita. Con mirar y criticar ya va servido. De ahí que se dedique a morder impune y tenazmente en lo de los

demás. Está obsesionado, sobre todo, por la forma en que los otros han conseguido lo que tienen, y en ello suele adivinar, por supuesto, viles artimañas y deleznales maquinaciones o favoritismos descarados, que es lo que más le excita.

Lino, alias el *Amarillo*, es un diminutivo de Avelino. A diferencia de *Colás*, *Lino* ha terminado siendo, y con creces, la lengua más biliosa del clan. Colecciona sellos de todos los países, así ocurre desde hace mucho tiempo. Afirma cartearse con varias asociaciones de fervorosos filatélicos de todas partes, aunque no especifica qué partes son ésas. Sabiendo apenas escribir cuesta creerle esa versión, pero bueno, si él lo dice. Es de baja estatura, calvo, y, a diferencia del *Verde*, de gestos nerviosos, lo que debe acrecentar su bilis hasta extremos considerables. No se quita la boina, comenta, ni para ducharse, aunque tampoco da la impresión de ser el maillot amarillo de la limpieza.

Toño, también llamado el *Rojo*, y *Fonso*, alias el *Negro*, completan la gama humana de colores de los *Corvatos*. Estos dos son quienes menos gustan de darle al pico, lo que les ha llevado a una situación de clara desventaja en la jerarquía del grupo, y el asunto es tan obvio y a la vez tan sutil que resulta innecesario darle vueltas: el *Verde* lleva la voz cantante. El *Amarillo* es su secuaz fiel y asiente gustoso a todo lo dicho por aquél, salvo en fútbol, aspecto en el que cada uno de ellos posee su propio discurso y «su propia ideología», como gustan de afirmar. Pero el *Rojo* y el *Negro*, cual si fuesen personajes stendhalianos no protagonistas pero sí claves para la estructura de la trama narrativa, permanecen en un segundo plano no exento de importancia.

A *Toño* se le llama el *Rojo* porque desde muy joven fueron conocidos por estos lares sus devaneos con ciertas y peligrosas ideas extremistas. Él, afirma, sigue siendo de los de antes, y al decirlo suele oscilar, con los escasos dientes que le quedan, el palillo que invariablemente lleva suspendido entre las muelas. A veces, si la conversación sube de tono, incluso rompe el palillo con los dientes, causando gran impresión en la concurrencia que, dependiendo de su grado de cultura histórica, casi se ve decapitada y engullida por aquel representante de la horda jacobina, por lo de *Rojo*. Acostumbra a arreglarlo

todo con una coletilla que ya se ha hecho proverbial en el pueblo: «A éstos, yo, fusilados». Él se entiende. Por supuesto que ha habido épocas en las que sus poco dúctiles aseveraciones causaban risa o enojo. Y la gran pregunta que aún muchos se hacen es: ¿cómo siendo, al parecer, de «los de allá», los de la izquierda, sobrevivió tan pancho a la posguerra civil? En cualquier caso: fusilados, ¿quiénes? ¿Los unos o los otros? Da igual, eso pertenece a una inexplicable idiosincrasia. Para unos y otros el *Rojo* sugiere idéntica receta: el paredón. Después parece que no mata a una mosca, pero cuando dice lo de «fusilados» clavando la mirada en su interlocutor da hasta miedo, sobre todo si no se le conoce. Luego, cuando en su boca los fusilamientos devienen en algo masivo y casi festivo, pues llega a aludir a ejecuciones en plan industrial, como un parque temático del exterminio, entonces la cosa se toma más a broma. Serafín aún alberga duda a ese respecto.

Fonso es el *Negro* no sólo por lo oscuro de su piel, habiéndole llegado a llamar el *Moro* en otros tiempos, alusión que al principio él resolvió a bofetadas en un plis plas, como quien dice, y dada su extrema corpulencia no debía tener problema alguno en salir airoso del trance y convencer por la vía rápida a sus opositores, sino porque sin duda es el más pesimista de todos. Ya resulta difícil que en un grupo de hombres-cuervos, únicos en el valle de Rantroño, uno, precisamente uno, sea el genuinamente negado para todo. Su pesimismo deviene en algo desolador y contagioso, como de procedencia telúrica. Por ejemplo, si hace un día de sol espléndido, él va, mira en dirección al cielo y con cara de asco masculla: «Mañana lloverá». Y si está lloviendo a cántaros, suelta: «Ahora falta por llegar lo peor, la pedriza», en alusión a la temida granizada que tanto daña las cosechas.

Los *Corvatos* prácticamente emplean un noventa por ciento de su tiempo discutiendo de fútbol y política. En eso son unos hombres-hombres, así se definieron hace mucho y así siguen. Años atrás aún lidiaban hablando, entre los estrechos márgenes que les dejaban el atiborre de fútbol y algo menos la política, de las barbaridades que, si pudieran, le harían a tal o a cual mujer. Poco importaba si era vecina de buen ver o artista de cine. Luego se aplacaron, lógico. Posiblemente tras la intervención de alguna de las *Furias*, que los llamó al orden. Ellas les inocularon el gusto por el cotilleo puro: su

otro diez por ciento de darle a la lengua. Con las *Furias* sucede al contrario: el noventa por ciento lo dedican al chismorreo sobre el pueblo, y el diez por ciento restante a las cosas de por ahí, o sea del mundo, al que no por ello dejan de poner a caldo.

Los *Corvatos* casi nunca se mueven de *Donde Frasio*, pues como ni siquiera cocinan ellos, ni deben realizar las labores domésticas, tienen mucho más tiempo para la disertación social, como llaman a su inclinación a criticarlo todo y a todos, desde árbitros y locutores a ministros o convecinos. Allí, apoyados en sus cachavas y bajo sus boinas, incluso en verano, cuando el calor aprieta y sopla el Sur, ellos, replegadas un tanto las alas de la malicia y saludando constantemente a cuantos circulan por delante, que suele ser la totalidad del pueblo y varias veces al día, ven pasar las horas y a los hombres y mujeres como quien respira el limpio aire del campo. Pero mientras que los *Corvatos*, sabido es, hablan mayormente de fútbol y política, dejando ese otro diez por ciento para la crítica sistemática de todo quisqui, las *Furias* peroran sin fin de ni se sabe qué, aunque también se imagina. Como sisean, es difícil pescar algo. Y ellas tampoco se dejan. Saludan a los paseantes, cómo no, pero en cuanto éstos o éstas se hallan a unos metros de distancia, empiezan a gestarse los comentarios sesgados: primero un suspiro, después un par de vocablos ambiguos, finalmente un epíteto, un adjetivo con eco de sentencia: el paseante acaba de ser relajado al brazo secular de la ley. Cuando se cansan de tan dignificante labor, que alguna vez deberán agotarse, piensa Serafín, hablan de frivolidades que han visto en la tele, oído en la radio o en algunas revistas de esas con famosos. Cada cual se lleva lo suyo. Hay ración para todos. Ellas procuran repartirse democráticamente esa tarea, que viven casi con resignada vocación, como si de un agridulce e inevitable apostolado verbal y de intrigas se tratase. Entonces suspiran, exhaustas: «¡Dios santo, lo que cuesta mantener a raya al personal!».

Serafín, al rastrear la línea evolutiva metafísica de los hisedianos e hisedianas ha llegado a la conclusión, por otra parte ciertamente osada de cara a mantenerla en público y con argumentos sólidos, de que *Corvatos* y *Furias* son curiosidades biológicas irrepetibles en sí mismas. Algo a mitad de camino entre la antropología y la entomología, o quizá entre la parapsicología

y la zoología en general. Habría que conservarlos en formol, o liofilizados, para estudios futuros. «Éstos –deduce en tales momentos con lucidez clínica– son tema de veterinario.» No cree minusvalorarlos con ello, en absoluto. Él no es nadie para hacerlo, sólo que se sabe distinto, no tanto porque él lo sea, sino porque ellos forman en sí una raza aparte. Los considera fuerzas de la naturaleza dedicadas a la perenne murmuración, lo que debe conllevar un desgaste mental indecible, y a la vez, curiosamente, de gran incidencia en la vida real del pueblo. Quizá se deba a que ahora tanto *Corvatos* como *Furias* están ya bastante ajados y hartos de criticar al por mayor, pero le consta que hubo un tiempo, antes de que él viniese aquí a vivir con su padre en los últimos años de vida de éste, y por supuesto con anterioridad al experimento fallido a costa de la cobaya *Pitita*, en el que las cosas eran muchísimo más duras. Eso va olvidándosele poco a poco, y casi lo prefiere así. Tuvo que ser, cronológicamente hablando, el advenimiento de la televisión –adocenador en grado sumo e irreversible, y que por cierto tardó más de lo normal en poder verse en el valle de Rantroño– lo que mantuvo intacto, prácticamente fuera del tiempo, el poder de *Corvatos* y *Furias*.

No dejan de inquietarle esas otras personas que en su momento, y no sin antes haber hecho bastantes méritos para ello, opositaron sin éxito al grado de *Corvato* o de *Furia*. Le impresionan, sobre todo, esos matrimonios ya mencionados, *Santos* y *Usías*, que fueron engullidos por el férreo engranaje que, aun con rejas invisibles, se tendía permanentemente entre ambos grupos.

Los de las casas de allá abajo, en la cuesta que da entrada a Hiseda por el sur, cerca de la estación de tren y en la que viven la *Agujetas* y el *Quejío*, explican que, según parece, ni siquiera llegaron a examinarse u opositar jamás para aquello a lo que sin duda aspiraban con todas sus ansias.

Los *Santos*, como se llamaba al matrimonio de Inmaculada, alias la *Culebra*, que a menudo hacía preclaro honor a ese apodo y no precisamente a su nombre de pila, casada con una especie de enano fatuo, intransigente y lleno de brillantina el pelo, que tenía el mote de *Viborita*, aunque en realidad se llamaba Gabriel, como el arcángel. Estaban hechos el uno para el otro. Demasiado venenosos, quizá, incluso para las *Furias*, consumadas expertas a la hora de fabricar todo tipo de pócimas verbales que afectasen a la moral de

las gentes o a su vida privada. Tal vez por aquello de que quien posee la información posee el poder.

Los *Usías*, así denominados porque Juana y Quinito nunca fueron llamados por sus nombres, de no ser que se les dirigiese la palabra en público, sino como *Misargento*, ella, y *Tirolimpio*, él.

Fue el *Amarillo* quien, luego de barajarse durante semanas el presunto mote que había que ponerle a esa pareja, por aquel entonces recién llegada al pueblo, apostilló una tarde, como siempre al vacío:

–Mira tú a ese par, qué aires de suficiencia... A este paso habrá que tratarles de *Usía*...

Ningún otro *Corvato* mencionó palabra alguna. Es más, los tres restantes, como impulsados por una fuerza mayor, clavaron sus ojos en el suelo. Tras unos segundos de silencio, y sin documento alguno que lo certificase, *Colás* añadió un quedo: «Pues sí». Quinito y Juana eran ya los *Usías*, y de ese modo serían llamados por siempre jamás, les gustase o no.

Sin embargo, para dejar constancia de que también en el seno de *Corvatos* y *Furias* latía un principio de sana humanidad, debe aclararse que tanto en un grupo como en otro, si bien rechazaron sistemáticamente a numerosos aspirantes a sentarse con ellos para compartir sus asuntos y también sus frustraciones, hubo un hombre y una mujer que, casi sin proponérselo, los sedujeron hasta el punto de que las respectivas maniobras de captación se pondrían en marcha de inmediato, pero con resultados total y sorprendentemente infructuosos. Eso dolió doblemente a las fuerzas vivas de Hiseda.

Tomasuca era una viuda relativamente joven cuando fue tentada por las *Furias*, a quienes pareció conmover el fallecimiento de su marido en un accidente de coche, cerca de Salinas. Una larga recta de casi un kilómetro, visibilidad perfecta, las doce del mediodía de una soleada mañana de abril, un único y aislado roble en un lado del camino, y allí que fue a empotrarse el bueno de Sergio con su camioneta de pescado. Qué despiporre de lenguado, merluzas, rabas, sardinas, todo esparcido por la carretera junto a los sesos y la sangre. Qué cacho animal, ir a darse allí. Pasó un tiempo, claro está, hasta que las *Furias* certificaron que Sergio no iba bebido. Eso las enterneció. Algo

debió fallarle a su camioneta, que iría a demasiada velocidad y sin el cinturón puesto. El destino. Esa palabra, destino, sonaba en sus bocas a manejos divinos. Las cuatro le compraban el pescado, y Sergio, buen vendedor, debió calar enseguida la importancia de tales clientas. Así que haciendo verdaderos malabarismos para no lastimar el amor propio de ninguna de ellas, deslizaba algún pedazo de atún por aquí, algunos cangrejos de río por allá, algunos boquerones o rape acullá. Y gratis. Ellas, encantadas, lo adoptaron rápidamente, promocionándole en Hiseda. Además era muy zalamero. Esperaban la sirena de su camioneta como agua de mayo. Alguna hasta se arregló un poco para salir a atenderle. Y el muy berzas tuvo que ir derecho a escalabrarse contra ese aislado y maldito roble que, naturalmente, fue cortado de raíz con premura.

Tomasuca se mostró en todo momento como una mujer íntegra. Aunque no tenían hijos, quedó desamparada en un pueblo que no era el suyo, pues había nacido en cierta localidad bastante alejada del valle de Rantroño, en la otra parte de las montañas, tras la cumbre del Najos. Procedía de una familia humilde, pero le dieron educación, eso estaba claro, y ella la aprovechó. Se le notaba. Incluso a distancia, viéndola caminar. Como además era muy creyente, lo que se acrecentó sobremanera tras las dramáticas circunstancias que rodearon el final de su marido, el pescadero predilecto de las *Furias*, rápidamente fue adoptada por éstas. O al menos lo intentaron. Y allá que pudo vérsela durante una época bastantes días sentada y tímida entre aquellas cuatro cabezas de la gorgona. Pero súbitamente, y cuando en el pueblo se daba ya por hecho su plena integración en el grupo, dejó de ir a *Donde Celia*. Las *Furias* le quitaron importancia a lo que a todas luces era un desdén por a saber qué causa. Luego empezaron a criticarla veladamente, pero viendo que proseguía su constancia al asistir a misa y novenas, así como que contaba con la lógica simpatía de los hisedianos, porque Sergio sí era hijo del pueblo, decidieron aplacar o posponer sus ataques. Sencillamente, dejó de existir para ellas cuatro. Tuvo que dolerles lo de *Tomasuca*. Ahora, cuando la ven pasar, le sueltan un «¿Qué hay?», que suena a frase vaga, si no falta de interés, pues ni siquiera se dignan mirarla. Pero *Tomasuca*, con su desgracia siempre a rastras, representa la prueba palpable de que es posible decirles «No» a las

Furias. Eso nadie lo ignora.

En cuanto a los *Corvatos*, que se sepa, puede que tonteasen con varios hombres del pueblo con vistas a permitir que se acomodaran con ellos en *Donde Frasio* más tiempo del prudentemente establecido. Fue siempre algo pasajero. En cambio, sienten una irresistible atracción por la personalidad de un tipo conocido como el *Dalle*, y que a veces pernocta junto a una cuadra, no lejos de la Casona que con tanto esfuerzo construyó *Burro* padre. El caso es que ese tipo enigmático al que se conocía como el *Dalle*, en alusión al instrumento comúnmente usado para segar la hierba cuando ésta crece demasiado, parecía carecer de nombre. Se comentaba que su nombre era *Milín*, de Emilio, pero tampoco eso lo corroboró con certeza persona alguna. Ni se sabía su procedencia exacta. De las montañas. Desde siempre fue el *Dalle*, que era como llamarle la *Guadaña*. Por supuesto, vestía a la antigua, con una boina ligeramente ladeada sobre su testa de estatua griega, y caída hacia los ojos. Le cubría unas espesas cejas, y su faz cerúlea e inexpresiva impresionaba a todos, porque no dejaba de observarte con expresión penetrante. Siempre iba acompañado de un pequeño perro de lanas, que a su vez lo miraba absorto, como la mayoría de la gente. Se desconocía su edad, pero debía ser considerable. Sin embargo, se mantenía muy bien, siendo todavía su complexión la de un atleta. Brazos robustos, sin tripa, lo que era infrecuente en Hiseda, caminaba erguido como un palo. Se pasaba todo el día en los prados, incluso en los más escarpados. De sol a sol, lo cual era un decir, pues casi siempre llovía. Aún bajo la lluvia, con su chubasquero parchado y sus botas de goma hasta las rodillas, el *Dalle* segaba sin descanso. Ése era su oficio: segador. En ocasiones desaparecía semanas enteras, allá en lo alto. Antaño, quienes tenían tierras para alimentar al ganado acostumbraban a realizar ellos mismos esa labor, de las más fatigosas que existen en el campo. Con los años decidieron que no estaban para determinados trotes, así que pagaban al *Dalle* para que éste les segase los prados.

Y ahí que le daba él a la inmensa guadaña de afilada y curva hoja. Con aparente lentitud pero un máximo de eficacia en cada golpe, que emitía un sonido característico, casi musical, como de agua al caer sobre un suelo

blando y poroso. El *Dalle*, tiempo atrás, se decidió a abandonar un poco la vida de eremita que llevaba en una casucha construida por él mismo, en pleno monte, y en la que nadie, que se supiera, había entrado jamás. Sin luz ni agua, evidentemente. Otro dato más para mitificarlo. «Uno de los de antes...», se mencionaba con veneración. Entonces, al anochecer, bajaba hasta Hiseda y se disponía a tomar un par de tintos en el *Legañas* o en otro bar que había por aquella época. Al final salía con unos cuantos vinos de más. Fue cuando los *Corvatos* le tentaron, como a san Antonio en la colina. Es previsible: ronda de vino por aquí, ronda de cognac por allá, y la lengua suelta. La de los otros, pues él seguía sin hablar apenas. Alguna vez, se comenta, aceptó sentarse con ellos *Donde Frasio*. A duras penas lograron hacerle un hueco en el banco de piedra que les servía de apoyo. Y cómo serían de certeros los escasos comentarios que el *Dalle* realizó, que los *Corvatos* debieron revolcarse de puro alborozo intelectual. Es de suponer que el *Negro*, principalmente, se entusiasmaría como un niño ante un ser tan lúgubre como aquél, que no es que le superase en pesimismo, sino que, sin serlo siquiera, le ganaba por goleada. Todo un misterio.

Porque lo del *Dalle* era otra cosa. Parece ser que cada vez que abría la boca era como si la mismísima Parca hubiese pronunciado un veredicto. En cierta ocasión pasó un joven dando voces, algo propio de esas edades. Los *Corvatos* le miraron recriminándole, aunque sin decir nada. Y es que nada tenían que decir, pues le habían visto nacer, crecer y corretear por esas mismas calles, y siempre era igual. El *Dalle* sí tuvo algo que decir. Y lo dijo muy lentamente, sin emoción alguna en la voz:

–Ése acabará mal.

Los otros se miraron, sorprendidos. Luego, como era previsible, arremetieron sin tregua contra la juventud, así, en bloque, y a la que, ante el silencio monolítico del *Dalle*, calificaron de «panda de haraganes sin la menor noción de la responsabilidad» y cosas por el estilo. Y eso lo comentaban ellos, que llevaban sentados *Donde Frasio* más de media vida y sin pegar ni clavo, pues curiosamente todos habían obtenido ventajosas jubilaciones anticipadas. Largo rato duró la cuatripartita peroración. El *Dalle* parecía ni escucharles. Hasta a ellos consiguió ponerlos nerviosos. El *Rojo* le

miraba de soslayo, con admiración. «Qué de fusilamientos sin juicio no decretaría ése», debía pensar. Lo del *Negro* rozaba el embeleso más descarado. Lo observaba entre el pasmo y el temor. Pero el *Dalle*, aquella noche, se levantó de pronto y, sin apenas mirarles para despedirse, ratificó lo anteriormente dicho:

–Muy mal.

Ya ni sabían a qué podía referirse. Alguien aludió al mozo vociferante. Se encogieron de hombros. Un tipo raro ese *Dalle*, sí, un tipo siniestro, incluso.

Dos días después ese mozo moría aplastado por un tractor en las circunstancias más tontas imaginables, para conmoción de todo el valle de Rantroño, que ya nunca volvería a oír sus risas y parloteos. Otro que, como Sergio el pescadero, igual profesaba auténtica devoción por la Fórmula 1 y toda suerte de carreras.

En el breve espacio de unos meses, el *Dalle* dio alguna que otra exhibición adivinatoria de tal guisa, sobre todo en sus predicciones meteorológicas, dejándolos admirados. Tenía un señorío que no era normal, máxime siendo un hombre humilde y sin ninguna cultura. Era la viva imagen no tanto de la fatalidad como del destino. Y tan pronto como vino a tomarse sus tintos con ellos, dejó de hacerlo, sin dar explicaciones. Ahora seguía en las montañas, increíblemente anciano pero todavía segando con esa parsimonia que algunos tildaban de exasperante aunque práctica, como el *Verde*, quien hablaba de «la propia de un maestro en lo suyo, un profeta». O como arguyó el *Negro*, quien nunca pareció recuperarse de ese fracaso en el «fichaje» del *Dalle*: «Es una especie de aristócrata con atuendo de mendigo». Menudo nivelazo hubiesen adquirido los *Corvatos* de consumarse la definitiva incorporación del *Dalle* a sus filas. Vamos, que ni tarot ni videntes ni nada. Allí mismo, *Donde Frasio*, podían haber montado un negocio para sacarle finamente los cuartos a quienes quisieran meter las narices en su propio futuro, que serían todos.

Furias y *Corvatos* tienen bien delimitada sus funciones diarias. Ellos se dedican, además de al palique, a recontarse una y otra vez los orzuelos y sabañones que les han salido, incluso aquellos otros que tienen de nacimiento, pero que parece les extrañen por seguir aún ahí. En ocasiones

montan una improvisada salida al monte para ver cómo están los cepos que pusieron para los zorros o las comadreas. Discuten durante horas, y con gran vehemencia, si son más ricas las tartas de hojaldre o los bizcochos con jengibre que hace tal o cual mujer de cualquiera de ellos. Son de inveteradas costumbres, de ahí que un par o tres de veces por semana acudan a donde el *Legañas* para admirar, y de paso catar, lo que haya de novedoso –nunca lo hay– en el inmenso bocoy en el que el dueño de la bodega guarda mosto, tequila, ron y otros licores. Suelen salir del local agarrándose con disimulo unos a otros, jurándose con indefectible gallardía y fraternalmente que las cosas van a cambiar ya. «¿Qué cosas?», acostumbra a preguntar uno de ellos, y entonces se parten de risa. Como niños. *Colás* es quien ejerce de sochantre, y nunca se le ve tan a gusto como en esa función chamánica de circunspecto director de coro. Entonces aparenta menos arisco. Algo es algo. Son tal que criaturas en agraz, siempre a la caza de alguien sobre quien verter sus juicios y críticas. De hecho, con el paso de los años se han convertido en auténticos sumilleres de combate, por lo que pasan cada vez más tiempo en el *Legañas* y menos *Donde Frasio*. Sin duda están cobrándole apego al tintorro, que sosiega las penas jamás reconocidas y tribulaciones varias, acosándolos en silencio. Su precaria y forzosa continencia les ha vuelto especialmente sensibles hacia las mujeres en general, fundamentalmente si no son del pueblo, ya no para levantar las faldas a cuantas muchachas se les pusieran a tiro, como cuando eran jóvenes –cosa que ahora hacen con la mente y de modo automático–, pero insisten en el tema, aunque sea planteado en forma de debate poético sobre el estado de la nación, pues las jóvenes de hoy, claro es, también están muy ricas.

Sí, pertenecen a una generación que le profesó culto a las clavículas rotas y a las meriendas de mamporros. Se criaron en las disputas a base de azadonazos con la menor excusa, tiempos duros en los que se evacuaba en las cuadras o la acequia vecinal, y allá como vinieran después las aguas a algunas huertas. Su dicho preferido era: «Todo lo que se come, cría». Así que no les importaban en lo más mínimo ciertas prevenciones hacia lo hético. Cuando alguien se les acerca, sea para pedir consejo o para hacerles un comentario baladí sobre lo que sea, ellos, haciendo oídos sordos, le platican

cual arciprestes a su embelesada feligresía, siempre buscando el envés. Cuando ven un pajarraco negro se enconan discerniendo si se tratará de un malvís o un tordo, y hasta de las abubillas, pese a su inconfundible color y cresta, pueden hacer una trifulca a porfía. Se distraen lanzando castañas o bellotas a una tolva que está desde siempre junto al lavadero del pueblo. Como quien se distrae encestando. El mus y la brisca o el subastado no les guardan secretos. Procuran, sobre todo cuando van en grupo cual forajidos del Oeste llegando a un aterrorizado villorrio, mantener garboso el andar. Les importan bien poco las caries que todos lucen en sus dentaduras, y presumen que ninguno de ellos la lleva postiza, aunque a varios apenas les resten dientes o muelas. Son el sueño de cualquier dentista en años de crisis.

Y sin embargo aún parecen conmoverles, o por lo menos interesarles, detalles que a sus respectivas féminas les pasarían desapercibidos: un atardecer de color calcopirita ante el que alcanzan a exclamar: «¡Jopé, tú...!», y poco más. O se quedan absortos cuando en otoño el cielo cobra un tono cinabrio. De tanto en tanto se deciden a arreglar una pérgola rota, aunque de inmediato se desate entre ellos una pavana de reproches y advertencias. Sacan el tabaco de liar como si de flechas de su carcaj se tratase. Las boinas caladas cual negras aves de rapiña sobre sus frentes casi constantemente ceñudas. Las cachavas tamborileando rítmicamente en el pavimento. De vez en cuando un salivazo. Incluso, si están a la greña con las *Furias*, para mostrar indirectamente su malhumor dan largos paseos hasta el gredal o la turbera que se hallan pasado Pradonuevo. Nunca pisan un trébol, porque da mala suerte, y a todos sin excepción les encantan las migas de manteca o el tocino con pisto. De foscas heridas marcados, aunque sean cotidianas, muestran siempre el porte erguido. Es, realmente, como si estuviesen de visita en el pueblo. Tienen aires de *fijosdalgos*, pese a la granítica expresión de sus rostros surcados de arrugas y venas como fiordos.

Se les teme, sí, pero aún más se les respeta.

Las *Furias*, a diferencia de otros hisedianos, tan fértiles en soltar sandeces, son extracto de envidia en salmuera, harina de otro costal, como queda explicitado. Desde épocas antiguas en Hiseda circulaba una succulenta especie referida a las mujeres –hembras, así suelen llamarlas aún aquí– que

debe tenerse muy en cuenta: según esa creencia, las mujeres son como instrumentos musicales que hay que afinar concienzudamente antes de decidirse a interpretar algo en las mismas. El supuesto poder evocador de los varones sobre ellas, pues, dependerá de la pericia que se ponga en el arte de calcular el aire que se sopla, o el golpeteo exacto sobre una cuerda, o la pulsación precisa que se imprima a una tecla. No obstante lo cual, aquí se comenta que un buen zurriagazo a tiempo vale por todo el proceso de afinación y puesta a punto de sus cuerpos y espíritus. Es un decir, claro, porque las que de verdad han arreado zurriagazos a mansalva, según parece, son precisamente ellas. Parecería que las hembras de Hiseda se hallaran en un punto intermedio entre el tambor y el ukelele. Ambos instrumentos sin boquilla, con lo que ya puedes soplar. ¡Y válganos aludir a alguna picardía con lo anteriormente citado..., está el horno para bollos! En cualquier caso, y tal aseveración puede afirmarse sin dudarlo, las hisedianas no están para gaitas. Del ámbito del gineceo apenas nada se sabe, porque el *Corvato* que largase algo al respecto iba a sufrir una represión de carices previsible.

Como sucede con sus homónimos, cuando ellas no están *Donde Celia* pasando por el molinillo a cualquiera que cruza por delante suyo, principalmente si es mujer, o no se dan a buscar viltroleras y fulanas por todas partes, las *Furias* se dedican a sus labores de costura, a remendar gabanes, tabardos y faltriqueras, zamarras de museo, calzones de dril de sus antepasados que aún conservan, o a limpiar y a requetelimpicar la alba mantelería o el ajuar de sus respectivas bodas, casi hasta destrozarnos. Bueno, y la tele, que es todo templo sacro en el que se solaza, o más bien engrasa, su guillotina mental en permanente estado de efervescencia. Medran incesantemente entre ollas y pucheros, y van de un perolón a una sartén con la rapidez de los lagartos. Si salen es para ir a la tahona o al Súper, o a la fuente a por agua, que aquí de envasada nada. Si no, permanecen en sus cocinas cual capitanes de una nave, con alimentos colgando doquier, rodeadas de potes en los que almacenan, laboriosas, sus mejunjes para ir tirando en invierno.

Se comenta con sorna que en cierta ocasión Emilita le espetó a su marido en el soportal de la casa y con la voz bien alta, para que se enterase medio

pueblo: «¡Qué...! ¿Hoy para cenar quieres patatas fritas con un par de huevos, o prefieres que te haga un par de huevos con patatas fritas?», frase antológica de *Mesalina*, que aparte de la confusa alusión a ese par de huevos, resume la superioridad femenina entre la gente del pueblo. *Colás*, alegando catarro, tardó cuatro días en aparecer don *Donde Frasio*, y cuando lo hizo estaba insoportable. Ellas son más sutiles. A veces, si las *Furias* susurran al paso de alguien de quien están cotilleando algo, lo hacen como si acariciasen un clavecín. Son ellas las encargadas de erogar el dinero que entra en sus casas. En puridad podría decirse que jamás nadie las ha visto, salvo para alguna celebración religiosa puntual, alejarse ni un metro de los límites del pueblo. Eso, en sus mentes, tal vez rozaría aquello que sin duda tanto temen: lo indecoroso. Aunque, como les sucede a sus maridos, también de tanto en tanto se encabritan entre ellas por un quítame allá tal o cual palabreja o gesto. Es como la propia historia del mundo y de quienes lo gobiernan desde que existe: por ejemplo, si una dice que algo «no le parece decoroso», y otra recalca que, en efecto, eso es «indecoroso», ya puede estar liada, pues lo «no decoroso» diríase que poco o nada tiene que ver con lo propiamente «indecoroso». Parece que repasen diariamente al pueblo con papel de lija o estraза. Y es que se aburren cantidad, todo hay que decirlo. Lo cierto es que debe excitarlas la sensación de poder. Tan viejo como el mundo.

De aspecto mayormente septicémico pero de higiene rigurosa, eso aseguran continuamente a la menor ocasión que pueden, procuran evitar contacto alguno con las huertas, pues ése les parece un trabajo no sólo arduo, sino sucio en el sentido de vulgar. Algún que otro bulbo inservible arrancan, pero echando pestes. Jamás se las ha visto allende las colinas, y mucho menos vagando por camberas llenas de barro o colmadas de flores, espliegos y moras. «Eso, para los animalejos», murmuran. Entre higos y brevas, que sus cónyuges tragan sin masticar, ellas optan por el arroz con leche o la cuajada, casera, naturalmente, y anda que no han llegado a establecer enconadas competiciones para saber ver a cuál de las cuatro le salía más rica. Pese a no ser de tan avanzada edad parecen mustios helechos sobre los que, de tanto en tanto, tintinea alguna gota de rocío en forma de nuevo y sabroso rumor del que extraer tajada. Sentadas mansamente *Donde Celia*, miran un

poco a hurto a cuantos viandantes transitan por allí, inocentes, prestas a confirmar tal o cual sospecha, bien entre ellas, bien a su cohorte de validas, que son bastantes, aunque de número inconcreto, pues cada *Furia* dispone de las suyas, y se integran como en el organigrama de una experta sección de la policía política –contrainteligencia interior–, incluso con células de acción independientes, bien sea en las subsecciones de «oreja» o «lengua». Algunas debe haber que no sabrán para quién exactamente están *trabajando*. Operaciones encubiertas.

En sus hogares sacan brillo de modo compulsivo a vasijas y ánforas, samovares de cobre o candelabros de bronce repujado. Procuran tener hortensias en el zaguán de sus puertas y claveles o geranios en el alféizar de las ventanas, para que no se diga que a detallistas las gana nadie. Varias de ellas suelen pasear por casa con polainas, y por lo menos dos duermen aún con gorrito de borla, bajo el que, puntualmente una vez por semana, descansan los rulos de plástico. Van asaetadas a escapularios y tienen camafeos como para montar un mercadillo. En sus ensoñaciones culinarias se dejan arrullar por el murmullo de los fogones al tiempo que se adentran en el excitante infierno mostrado en las revistas del corazón, a las que son adictas. En las tardes de lluvia cosen hasta la minucia manteles o cortinas de bramante y devanan mecánicamente interminables madejas de hilo y lana, por si acaso. No se consideran en absoluto sanguijuelas del penar ajeno, pero el pensamiento se les extravía a menudo por el dédalo de sus irreprimibles confabulaciones a la caza del gazapo. Todo lo ven y todo creen saberlo, aunque en realidad todo lo suponen. Hasta en sueños, que con énfasis afirman nunca han sido indecorosos, por ellas mana la oscura savia del pueblo.

Se las teme, sí, pero fundamentalmente se las elude.

Las *Furias* poseen rostros alabastrinos, de una palidez marmórea que en verano se les pone de color ocre claro, por aquello de que critican al resol. En cuanto a los *Corvatos*, parece que el duro invierno les hubiesen teñido la tez de anilina, quedándoles éstas como azuladas, aunque con la llegada del buen tiempo les cobra un curioso tono magenta, como si sus cotilleos decreciesen en intensidad, aunque no en su esencia atrabiliaria y maligna.

Mientras todo esto avanza como un magma invisible que ya se adentra sin

cesar en el pueblo, Serafín sale a caminar por el campo a modo de terapia, no tanto psicológica como propiamente espiritual. Vitaminas de luz para el alma que, a diferencia de lo que escribió Fray Luis de León acerca del aire, nunca se serenaba lo suficiente. El caso es que, mira por donde, se había sorprendido a sí mismo leyendo algunos de los libros que *Pitita* dejó en su huida. Y tenían su gracia. Sí, sobre todo su *gracia*...

Como la tuvo cierto episodio que supuso para Serafín una verdadera conmoción, y que acaeció cuando de improviso le invitaron, en calidad de persona supuestamente inteligente, a formar parte de un jurado cuya misión era elegir la copla pícara que con mas gracejo recitase cualquiera de los mozos que aspiraba a llevarse el premio, consistente en un jamón y tres botellas de excelente Rioja. Le pescaron sencillamente porque pasaba por ahí, como quien dice. Aceptó, agradecido, a formar parte de aquella mesa decisoria compuesta por cinco hisedianos y él mismo. No había mujer alguna en el jurado, faltaría más, pero para sorpresa suya sí vio a varias cimbreadas mozucas dispuestas a soltar sus versos, por llamarlos de alguna manera. Ya se verá.

El impacto mental que sufrió tras oír a los tres o cuatro primeros recitadores ya lo dejaría casi noqueado. Nadie le había preparado para *esto*. Él procuraba puntuar, tal y como le habían dicho, pero pensaba hacerlo mirando de reojo lo que en sus papeles ponían los tipos situados a su izquierda y su derecha. Cuando pudo reaccionar, ya más tranquilo al comprobar que allí a nadie parecía moversele un pelo, incluso al contrario, siguiendo las declamaciones de tan atrevidos rapsodas con atención de tribunal académico, tanto el jurado como el público, decidió que no tenía otra opción que prestarse a aquello para lo que requiriesen opinión. Así, sin más preámbulo, un mozo se plantó delante de la mesa del jurado, y una vez cesaron las risillas y los cuchicheos provenientes de la concurrencia, espetó mirándoles fijamente:

*Madre mía, casemé
que me pica el chiriví.
Si te pica, arrascale,
que también me pica a mí...*

Serafín tragó saliva, completamente avergonzado, mientras sonaban aplausos y nuevas risillas. ¿Dónde demonios se había metido? A aquella gente, mujeres incluidas, aunque por supuesto ninguna del círculo de las *Furias*, parecía divertirles sobremanera las coplas picaronas cuya tradición, seguramente, se remontaba a varias centurias. Ellos, al igual que hacían con las jotas y los bailes montañeses, las dividían en *a lo arrejunto* y *a lo agarrao*, sutilísima diferencia semántica que no alcanzaba a entender por más que lo intentase. Quizá se referían a que unas coplas eran más puercas y subidas de tono que otras.

Pero lo que colapsó literalmente a Serafín fue comprobar de pronto que por ahí no había ni el menor rastro de *Furias*, *Corvatos* o cualquiera de sus epígonos. ¡Cómo iban a participar de algo así! Ya era demasiado tarde para librarse de esa emboscada en la que estaba atrapado. Había que apechugar, aunque se veía como un pollo de corral tendiéndole el cuello a *Tajahierro*. Casi sin dar tiempo a que Serafín reaccionase, y tras él escribir su voto, que era una nota bastante alta, otro mozo se situó frente a la mesa del jurado y largó:

*Un fraile compró una polla
y la metió en el convento,
y toda la noche estuvo
polla fuera, polla dentro...*

Se le nubló la vista, conteniendo a duras penas el rubor. Por todos los dioses del Olimpo, se dijo... *esto* en Hiseda, y si al menos hubiese sido en el *Barrio*, aún, por aquello de que les encanta la bronca. Pero estaban en un barrio más del pueblo, que llaman Acra. En fin. Volvió a tragar saliva. Se oyeron nuevas risotadas del público, que seguía tan peculiar concurso como si se tratase de una reñida partida de bolos, aunque con más guasa. Uno del jurado que parecía más versado en tales certámenes le reconvino al joven, diciéndole que habían quedado en evitar directas alusiones al clero. El mozo, con gesto de enfado, protestó:

–¡Pero, coño, si ya la mentaba mi agüelo...!

–Da igual, Robertito, las normas son las normas... –se justificó el

miembro del jurado, un tanto envarado. Acto seguido, y tras entregarle las puntuaciones a quien iba recogiénolas, pidió que pasase el siguiente. Y el siguiente, un tipo ya mayor, recitó muy serio:

*La puñetera de mi suegra
dice que yo no trabajo;
que se lo pregunte a la hija
cuando la tengo debajo...*

Ante tamaño primor poético, que como los anteriores rimaba y todo, ahora la gente aplaudió complacida. Fundamentalmente, dato que turbó a Serafín, las mujeres que, por edad, debían ser suegras. También él empezó a aplaudir, acaso con más entusiasmo de la cuenta. Pero en un abrir y cerrar de ojos se colocó otro mozo ante el jurado, declamando:

*Debajo del delantal
tienes el infierno ardiendo;
déjame meter la mano
aunque la saque corriendo...*

Y de repente, ¡oh, funesto Hado!, el resto del jurado, como si se hubiesen puesto de acuerdo en ello, miró con fijeza a Serafín. A ver si tanto intelectual y tanto rebomborio y ese esmirriado *Burro* no decía ni pío ante una de esas joyas de la lírica. Serafín, ruborizado hasta la raíz del cabello, logró musitar:

–Muy... interesante... Tiene métrica y es... aguda...

Aquello pareció tranquilizar a sus compañeros del jurado. *Burro* hijo no era burro del todo. Para algo se le suponía un hombre leído y con carrera.

En ese momento, por primera vez en lo que llevaban de concurso, fue una chica la que, aunque de entrada daba muestras de estar un tanto cohibida, se adelantó un poco para recitar. Moviéndose graciosamente las caderas, hizo sus pinitos de rapsoda:

*Eres más fea que Picio,
que no te quieren los hombres;
úntate el culo con queso,
que te quieran los ratones...*

Sin duda esta copla no poseía una rima tan exquisita como las anteriores, pero pareció resultarle muy graciosa al jurado, quizá por el valor añadido de que fuera una moza, y guapetona ella, quien la recitase.

Para algo era jurado. Serafín se dio cuenta de que tocaba hacer alguna apostilla ingeniosa tras la audición de esa joya:

–Tiene su aquél... –musitó al tocarle el turno de decir algo–. Además, a los ratones les causaría gran alborozo...

Se llevó su primer puñetazo en el hombro, en muestra de buen rollo, por parte del jurado que tenía en el otro flanco, un tiarrón. Le había gustado lo de los ratones.

La joven también obtuvo una elevada puntuación. Otro mozo se dispuso a hablar. Tomó aire y entornó los ojos. Por un instante Serafín pensó que aquel chaval, de aspecto bondadoso, pánfilo más bien, igual se había vuelto loco y recitaba un soneto de Shakespeare. Se lo imaginó haciéndolo incluso en inglés isabelino, así, tan gutural y melódico. Pero no. Dijo:

*No hay carretera sin curva
ni prado que no dé hierba,
y no hay braga de mujer
que no tenga sangre o mierda...*

Aquello le cogió completamente por sorpresa, y su turbación aumentó lo indecible al observar que de nuevo era blanco de las fiscalizantes miradas de los otros miembros del jurado. Los muy arteros, quizá desconcertados ante la copla y su dudoso gusto, le pasaban a él el muerto de pronunciarse primero. Menuda responsabilidad. Ya no tenía saliva que tragar, así que hubo de echar mano de la imaginación:

–Bueno, sí, es... ocurrente... –vacilaría en el fino hilo de la metedura de pata–. Un poco escatológica, pero ocurrente...

–¿Escaquién...? ¡Aquí no se escaquea ni Cristo! –oyó que bramaba uno de los miembros del jurado desde el extremo de la mesa. El que estaba junto a Serafín se apresuró a susurrarle:

–Ojito, que es su padre, no la lées...

Lo que faltaba, la alusión al ojito, ¡y con un hijo de por medio...! Vamos, tal que si el Conde Duque de Olivares viniese en persona a pedirte cuentas por algo que has dicho o hecho en contra de lo que él considera su *reputación*, y como quien le pidiera la aclaración con cara de pocos amigos seguía observándole con torva faz, Serafín, temeroso, puntualizó:

–Quiero decir... muy intestinal... muy realista... –Y ahí se le quebró la vocecilla, como si acabase de escapársele un esputo, o puestos en faena, un pedete por las comisuras de su atemorizada boca.

Ya se veía tundido a palos allí mismo. Sorprendentemente el hombre dio muestras de apaciguarse. Lo de intestinal debió sonarle bien. Serafín, precipitándose sobre sus cuartillas pautadas, le puso un diez al hijo del susodicho, pasándole con premura, casi con ansia, la tarjeta al aludido. No, no saldría hostiado de esa mesa por una nimiedad de léxico.

Al cabo, otro mozo, éste más desgarbado, recitó su copla:

*Todas las mujeres tienen
en la barriga una «i»,
y un poquito más abajo
lo que más me gusta a mí...*

Murmullo de aprobación. Serafín, desesperado porque el tiempo parecía no pasar, circunspecto aunque todavía bajo el influjo psicológico que le causara oír la copla anterior, recalcó:

–Sí, ésta es sumamente delicada... –Y le puso un ocho.

En efecto, ésta ya casi le sonaba al mejor Petrarca en comparación al trallazo anterior, más propio del Marqués de Sade largando a sus anchas sobre el papel mientras se despiojaba en la cárcel. Uf, cómo estaba poniéndosele el cerebro. Qué tortura. Sí, ya se veía de jurado permanente del Premio Goncourt a la Procacidad.

Tras breve descanso –en el que Serafín pensó ininterrumpidamente cómo escapar de aquella ratonera, de aquella encerrona *vietcong*, todo en vano– un nuevo mozo se colocó frente a ellos. Dijo:

*De escribiente estuve yo,
no me pagaron soldada,
porque mojaba la pluma
en el tintero del ama...*

Por un momento, y ya metidos en la labor, Serafín estuvo a punto de esgrimir que el vago regusto a Leopardi que creía percibir por ahí no quitaba que también resaltase ese otro y magistral brochazo lírico... ¿cómo diríamos? Así como heredado del propio *Lazarillo*. Y ya metidos más aún en faena, les diría que notaba ciertos defectos de forma: la soldada se pagaba a los soldados, que él supiera, y no a los escribanos o amanuenses. Tal vez no, vaya lío. Además, su azoramiento era tal que apenas hallaba relación alguna entre lo del tintero y lo de ese ama a la que aludía la copla. Estaba claro que perdía reflejos, pues le costó varios segundos unir cabos:

–¡Muy fino, vaya que sí..., muy sugerente...! –exclamó por fin dando muestras de desmedida satisfacción, no fuera a ser que estuviese frente a otro pariente de un jurado con mal genio. Ya ni se atrevía a mirar a sus compañeros. Por suerte, un hombre grueso, la mar de sonriente y con boina cogió su turno de protagonista en aquel improvisado y alucinante Parnaso, al parecer tan natural para ellos como abrir el grifo de la fuente de la Bolera:

*Aplicavos muchachotas
que este año hay mucha maíz;
tengo yo una panoja
con pelos en la raíz...*

«¡Olé sus cojones! Mira tú el abuelo éste lo afinao que está...», pensó casi sin darse cuenta, y comprobó preocupado que empezaba a razonar como las gentes de aquí, pues lo suyo le costó no ponerse en pie y jalearse a aquel deslenguado como si fuese un torero en tarde de triunfo y espanto. Sudoroso, de nuevo se sintió bloqueado, completamente en blanco. «¿Panoja?», «¿pelos en la raíz?». ¿Qué era todo aquello? Por si acaso, y tras dubitar un instante, sentenció con ahínco apenas disimulado:

–Agudo y acertado... ya que menciona aspectos de la tierra... –Y le puso

un ocho. En el fondo de su corazón temía que empezara a vérselo el plumero con tanto ocho, y por momentos estaba seguro de llevarse un sopapo allí mismo. Por más que lo intentase apenas lograba ver la puntuación de los otros, y tarde. Con la siguiente copla procuraría ser más generoso. Y sorpresa, esta vez fue una señora mayor, quien se dispuso a recitar:

*La mujer que quiera a dos
no es tonta, que es entendida;
si una vela se le apaga
otra le queda encendida...*

«Hombre –caviló él–, una sutileza a lo John Keats o Alfred de Vigny, pero pudiendo haber largado una soberana guarrada porno en cuatro frases, ha optado por una *delicatessen* así como italianizante, a lo Boccacio.» En verdad ésta sí le resultó aguda y con un respunte de elegancia, elegancia entre cerdos, claro es, pero elegancia a fin de cuentas. Garabateó apresuradamente un diez y pasó su papel al improvisado secretario del jurado. Más héte aquí que aquella copla no parecía haber hecho ni puta la gracia ni al jurado ni al público, que tampoco debían estar por lo de la femenil poligamia. Todos la suspendieron. «Incultos», pensó él, casi ofendido. Pero en el acto empezó a sudar copiosamente, ahora ya con delatora exageración. ¿A que el marido de la mujer formaba parte del jurado? ¿A que le caía el sopapo en el momento menos pensado? Nadie le zurró. Habría que ser más sigiloso y atento en lo sucesivo, siguió pensando angustiado. Otra mujer, aunque ésta más joven, estaba a punto para el turno de su breve recitado. Serafín notó cómo le palpitaba descontroladamente el corazón, porque con las tías, si metías la gamba, la paliza estaba asegurada. Oyó:

*La mujer es como el pan
si la pillas en caliente;
si se la deja enfriar
no hay Dios que le meta el diente...*

Las risotadas generales le dieron a entender que la copla había sido del

agrado popular. Al menos sonaba pícara. Y otra vez ojos escrutadores se posaron en él, que no es que estuviese por los tríos o la poligamia, ni que se plantease el sexo como comerse un bocata de calamares calentito, sino que ni sabía ya cómo se llamaba él mismo de puro azoramiento. Silabeó a duras penas:

–Muy cuca... sí, cuquísima... –lo que debió causar aceptable impresión entre sus compañeros del jurado. Si esto se demoraba mucho, pronto se le acabarían los recursos. Lo de improvisar a costa de los títulos en las obras de *Pitita* era jauja en comparación a esto. Aguardó, con un canguelo de impresión, al turno del siguiente mozo, que recitaría imperturbable:

*Una vieja me lo dio
debajo de una escalera
y del gusto que le dio
se meó la puñetera...*

«¡Toma ya tronío quevedesco, bravura hispana...!», estuvo a punto de clamar, más que nada para ponerse las pilas después de la dos coplas anteriores, comparadas a ésta casi de narcosis. Pero se contuvo. Bien pensado, aquella procacidad atentaba contra la tercera edad, de modo que su desconcierto fue mayúsculo al oír el aplauso general. Volvió a su socorrido ocho, por si las moscas, y máxime por ser consciente de haber adquirido sobre la marcha la técnica gestual de fingir que reflexionaba un poco al tiempo que miraba con el rabillo del ojo lo puntuado por quienes se sentaban a sus lados. Nadie le pidió opinión, menos mal. El que le propinó el trancazo en el hombro, así como para felicitarle, siguió haciéndolo a su antojo, y Serafín a punto estuvo de suplicarle muy cortésmente que la emprendiese con su otro hombro, dado que ése lo tenía ya molido.

Pronto tenían a otro mozo delante de ellos. Más o menos treintañero y con algo así como de jabalí difuminándose en sus facciones. Serafín ya empezaba a sentirse como si fuese un cátedro de la Sorbona o de Oxford juzgando cualquier sesudo trabajo de tesis. Escucharía al joven no sin conferirle a su aspecto un vago aire de severidad. Sí, mesando sus bigotes empezó a barruntar, casi más huraño que asustado: «A ver, sorpréndeme,

trovador de tres al cuarto... ya estoy preparado para oír tus sucias alegorías... venga, sorpréndeme con metáforas de burdos requiebros gramaticales y...».

*Mi novia me dijo un día
que no comiera patatas
que ella para mí tenía
un conejo entre las patas...*

El estupor lo laminó en su silla. Inusitadas aclamaciones de gozo acogieron la copla, ante las cuales el muchachote efectuó una ligera reverencia, como si estuviese en palacio y frente a sus regias Altezas. Serafín, aturdido ante tanta obscenidad desatada, pensó en la cólera que inundaría a *Pitita*, tan militante ella. Vamos, ni Moisés cabreado ante la fiestecita en su ausencia. De asistir a uno de tales concursos, *Pitita* tal vez habría pasado por lo de las bragas sucias y hasta por lo del maíz en clara alusión a las panojas-falo, pero con lo del conejo sí se habría cabreado de lo lindo. Junto a las ovejas, los conejitos eran su pasión. De siempre. Hasta tenía seis o siete de peluche que la acompañaban donde fuese. Le puso un diez, evidentemente, aplaudiendo hasta que le dolieron las manos.

Sin mediar más demora –y mientras él se sentía como un boxeador noqueado pero aún en pie, que sólo busca el final del combate– otros tres jóvenes cantaron sus respectivas coplas: El primero recitó:

*Una vieja se comió
kilo y medio de sardinas
y toda la noche estuvo
sacando del culo espinas...*

Y dale con los culos y la escatología, se lamentó Serafín, por momentos presa de ingobernable agitación interior, pero se limitó a murmurar:

–Está muy bien..., posee una cierta musicalidad interna... –Todos realizaron un signo de asentimiento. Pero la tortura no cesaba, y cada vez se sentía más próximo a dar un tropiezo, a cometer un desliz.

El siguiente joven recitó:

*Una vieja se tiró un peo
al pie del canto la olla,
y salieron los garbanzos
pidiendo misericordia...*

Los murmullos de regocijo por parte de las numerosas viejas allí presentes lograron que Serafín de nuevo creyese estar desvariando. Aquello no era posible, y sin embargo lo estaba viviendo. La típica anécdota de la que piensas: por mucho que lo cuente, nunca nadie me creerá. ¡Y allí, en Hiseda! Cuando no se trataba de culos, eran viejas verdes y guarrindongas. Y eso es lo que más parecía chiflar al personal. El tercer mozo coqueteó con temas bíblicos, que ni por ésas dieron la impresión de incomodar al respetable:

*Bendito sea Noé
que le puso pico al grajo,
a las mujeres el coño
y a los hombres el carajo...*

Serafín había vuelto a poner ochos como un fanático integrista de dicha cifra. Si puntuaba menos se arriesgaba a recibir un guantazo de algún jurado que fuese pariente de tan variopintos rapsodas. Si más, lo mismo. Así que ochos, que era lo que ponía el jurado de su derecha. «Además, rima con chochos», descubrió sorprendido. Y acto seguido: «No, éste no es el camino. Estoy perdiendo el juicio. ¿Cuándo va a acabar esto?».

Una muchacha, con todo el desparpajo que imaginarse pueda, tomó sitio ante la mesa y largó apenas conteniendo su risa:

*Allá va la despedida
la que le dio el gato a la gata,
que al bajar las escaleras
le metió la quinta pata...*

«Mírala tú a esta boca larga, haciéndose la Madame de Sévigné de las cuabras, ahora resulta que también hacen malabarismos con la anatomía animal. Increíble.» Deseó con todas sus fuerzas que lo de «despedida»

significara que estaba concluyendo tan grotesco y fosforecente concurso. Pero no. El tormento continuaba. Un hombre de avanzada edad se dispuso a ocupar su puesto. Y que no se recataban los abueletes para esto de la inmundicia verbal a mansalva, y con la burda excusa de una tradición dijéramos que un tanto licenciosa y hasta de mal gusto.

El abuelete se disponía para su breve intervención. Adusto el semblante y apoyado en su cachava, deletreó sin dientes:

*Todas las descoloridas
tienen el mear espeso,
los doctores les recetan
leche de rábano tieso...*

Esta vez la copla fue acogida con crecientes gritos de algarabía. «¡Muy bueno, güelo, muy bueno...!», se oyó doquier, y de nuevo, como por inercia, varios pares de ojos se volvieron hacia Serafín esperando de él un gesto, la corroboración de que la copla había sido redonda. Si se descuidaba unos segundos, zas, le pillaban.

—¡Genial...! —acertó a decir Serafín, que en esta ocasión puso un diez para asegurar la jugada. Pero dos del jurado seguían observándole como si lo dicho fuese poco o pobre, ante lo que él añadió—: Tiene en cuenta a los ancianos, por lo que me parece muy tierno... Sí, definitivamente: ingeniosa en grado sumo...

Se había librado por los pelos, que tenía encrespados a causa de la tensión. Por suerte, y para compensar, el de los golpetazos al hombro ya se había dedicado a ambas articulaciones óseas con pueril arrojo. Al menos ya no le movía del sitio a cada nuevo viaje.

Luego un muchacho joven se dispuso a recitar la suya. Aquel suplicio cobraba visos de no terminar nunca, y no sólo eso, sino de perfeccionarse sobre la marcha en el mecanismo del padecimiento.

*El que tiene una huerta
y no planta remolachas
es como el que tiene una novia
y no le toca las cachas...*

Bueno, qué tacto. Al menos esta copla sí habría obtenido el relativo beneplácito de *Pitita*, pensó, por lo de las remolachas y la huerta. Aparte de que era más sugerente y elíptica que las anteriores. De nuevo votó entre apuros y sudoraciones. Estaba pensando aún en lo del *tacto* de la grey rústica y tal cuando otro joven se arrancó con vozarrón de caverna:

*Las mozas de Polaciones
han comprado una romana
para pesarse las tetas
una vez a la semana...*

Tetas y culos: aquello era lo que de verdad privaba en el criterio del jurado y del público. Ajá, ya lo había pillado. A tenor del entusiasmo generalizado, puso un nueve en su tarjeta.

Quedaban pocos concursantes, y todo daba a entender que el veredicto final habría de resultar sumamente reñido. Entonces otro joven recitó, casi expectorando:

*Las mujeres son la hostia,
tentación del enemigo,
hacen estirar al hombre
lo que tiene él encogido...*

¡Ah, no! Ahora a él con medias tintas, ni por asomo, con lo que estaba sufriendo. Después de rábanos, pollas o panojas él no se conformaba con «lo encogido», ni de coña. Y ahí iba a ser donde cometió el desliz por culpa de su precipitación y vehemencia gestuales, aunque él siguiese impertérrito. Seguro que le calaban el pensamiento.

Serafín fue de los primeros en puntuar. Un seis pelado, qué leche. A ver si le metían marcha a la cosa... Error. Se había confiado en exceso. De improviso pudo comprobar que los tipos que se sentaban a ambos lados le miraban con jeta de querer partirle la jeta. Los dos le habían puesto un nueve. «¡La cagamos!», pensó, que también a él debía estar contagiándosele lo de la caca, el culo y el pis. Tras carraspear sonoramente su garganta, con vocecilla de jilguero preguntó al fin:

–Perdón..., ¿no será el hijo de...? –empezaría a decir, pero ahí se quedó trabado.

–¿El hijo de qué...? –le encaró uno de los tipos, aquél cuyo enfado parecía mayor. Era más que probable que el mozo de la copla fuese su hijo. Sí, apurillo teníamos. Coqueteó con un desliz de sinceridad fatal y hasta la ingle estaba, a saber por qué razón, pues él, lo que se dice él, Serafín Burón Villegas, no conocía de nada a ese sujeto.

–¡No, de ninguno de ustedes...! –consiguió verbalizar Serafín mirando agitado en su entorno, como si asistiese a una frenética partida de ping-pong entre campeones chinos. Porque igual varios eran familia y acababa de ofenderles por partida doble. De lo que se colegía que la paliza bien pudiera ser multitudinaria. Es decir, todos sacudiéndole. Bonito panorama. Entonces uno de ellos, menos mal, le soltó en tono brusco que aquella copla era divina.

–¡Es cojonuda! –concretó ese paisano, rascándose el mentón con desafiante insistencia. Sonó como si alguien frotase papel de lija junto a los tímpanos de Serafín. Cómo convencer a aquel tipo que parecía dispuesto a hostiarle ya, que su expresión le había parecido digna de un Saint-Beuve, ya puestos a exagerar salvando el pellejo, o viceversa. Si no le darían ni tiempo a explicarse.

–¡De puta madre! –puntualizó estertóreamente y de pronto el otro jurado, por si había quedado algún resquicio de duda.

Viéndose acorralado, Serafín consiguió pronunciar en una especie de sollozo amortiguado:

–¡Sí... su puta madre... eso...! –y en buena hora lo hizo.

Fatalidad extrema cirnióse sobre él, que terminaba de meter la otra pata, como en la copla anterior, hasta la ingle. O no, ésa era la del conejo que se cepillaba a la moza, o a la abuela, con su quinta pata. Pero... ¿desde cuándo coño tenían cinco patas los conejos?, reflexionó, completamente hecho un potaje de ideas. Entonces uno de los hombres del público hizo ademán de erguirse e ir directo donde se encontraba.

–¿La madre... puta? –oyó Serafín, pero fue como si hubiese oído: «¿Mi madre puta?». Aquello era el final, pensó mientras notaba un sabor así como de metal oxidado en la garganta. Y en cuanto a las rodillas, no estaban. De

ahí al ambulatorio de Salinas y con heridas de pronóstico reservado.

–¡No, por Dios...! –clamó él in extremis agitando los brazos y por tanto las cartulinas de tan democrática votación–: ¡Putra su madre..., la madre que parió esa copla maravillosa...!

–¡Ah, creía...! –oyó con indecible alivio exclamar al otro. Serafín, que por un fallo de expresión oral había perdido su apariencia de guerrero samurái presto a la escabechina –como decía Henry James: decoro, decoro y, para acabar: decoro–, aún no las tenía todas consigo. Tampoco sabía lo que pasaba por la cabeza de éste, pero indudablemente no era nada bueno. Para cubrirse las espaldas, y ya olvidada toda idea de vergüenza, propia o ajena, él insistió con renovado énfasis:

–¡Es que habría que ponerla en una placa, aquí, en el centro del pueblo...!
Pero tampoco esto pareció apaciguarlo del todo, ya que el tipo le advirtió:
–Oye tú, ojito, que tampoco es para tanto...

A punto estuvo Serafín, cuando oyó la alusión ocular, de decir que no, que se había vuelto a equivocar y que lo que había que hacer con la copla era tirarla al estercolero, pero por ventura se calló a tiempo. La situación era alarmante, porque el resto de los miembros del jurado también estaban atentos y suspicaces ante el diálogo, o más bien discusión, que parecía haberse formado en su seno...

–¡Esa copla es la puta... o sea, con perdón..., ya se me entiende, de puta madre... ella y sólo ella...! –argumentó Serafín, ya completamente desquiciado–. Lo digo en el sentido de muy puta..., muy, pero que muuuuuuy puta... ¿Lo cogen?

Sí, esta vez lo habían cogido y él respiró hondo. No tenía ni remota noción de lo que podía pasar. Asintieron. Era el momento de aparentar aplomo, como si llevase toda su vida ejerciendo de jurado en esta enriquecedora variedad de concursos. Ya del todo embalado, y para que no quedaran dudas, corroboró enfático:

–¡Copla putilla y zorróna..., que sabe mucho esta copla..., pero mucho...!

Mas aún le miraban como esperando que prosiguiese. Seguramente estaban fascinados, a su manera, ante esas intervenciones del *Burro* joven,

que bien podrían considerarse como teatrales, distintas a lo habitual. Sí, había sido un acierto elegirlo para jurado, fíjate, y él sin saberlo. Por eso convenía prestarle tanta atención, para que se sintiese integrado. En realidad se le estaba consumiendo el fósforo cerebral y cortocircuitando las neuronas con sus correspondientes sinapsis. Pero pudo recuperarse mientras fingía hablar con los otros jurados y alguno de la concurrencia que se acercaba a meter las narices por allí. Finalmente aclaró:

–Están en lo cierto. Yo quería decir que la copla era tan descocada como excelente, sólo que varias de las anteriores ya han iniciado su primera estrofa con la coletilla de «*Las mujeres esto*» o «*Las mujeres lo otro*». Y quizá ahí se pierda, con el nivelazo de las otras coplas, un poco de su sensual sentido poético...

La parrafada, dicha de un tirón, lívido el rostro y sepulcral la voz, como quien recita una regla de tráfico vial, pareció convencerles. Pero Serafín aún sentía que estaban cometiendo una modalidad no definida sub iúdice de estupro espiritual a su costa. Se arremolinó más gente en torno a la mesa, creando ahí una atmósfera claustrofóbica.

–En lo de la coletilla lleva algo de razón... –indicó el que parecía más experto y que se sentaba junto a él. Igual eso de la «coletilla» le sonaba a «pene chiquitito». O tal vez fue lo del «sensual sentido poético» lo que le convenció. Quién sabe. Por suerte, en un alto que hiciesen algo antes, tomaron unas copas de la bodeguilla cercana. Ahí se distendieron un tanto las sinapsis y hasta los miedos de Serafín. Incluso su sentido del ridículo, que era magnánimo y, en ocasiones como ésta, esponjoso. Entonces observó que restaban sólo tres jóvenes para recitar su copla. Ergo la tortura iba a concluir. Sólo un esfuerzo más y estaba salvado. El primero de esos jóvenes canturreó veloz:

*A mi novia la picó
una pulga en la rodilla,
cuándo la picaré yo
cuarta y media más arriba...*

De nuevo casi se pierde. Ahí que estuvo a punto de gritar: «¡*Chapeau!*»,

así como halago para cubrirse las espaldas. Y es que o estaba idiotizándose por minutos, hecho plausible, o en verdad le encontraba a esas estrofillas el tono atrevido y brillante de un conde de Villamediana en sus momentos de mayor agudeza lírica.

Aplausos comedidos. Le puso un ocho, más por precaución que por cobardía, aunque en su fuero interno Serafín, ya decididamente fuera de sí e incapaz de razonar con cordura, a punto estuvo de decir, de nuevo puestos en labor, que no le veía gracia a la cosa, ya que si la tal novia tenía una pulga en la rodilla, que es una zona del cuerpo sin pelo, era muy probable que cuarta y media más arriba, y ya sabía él a qué se referían los muy pillines, la tía estuviese toda llena de pulgas. Una colonia entera de ácaros, vamos. Y porque no quede, de boas y de pitones, que menuda debe ser esa novia desaseada que no conoce el jabón o el champú, allí, en la húmeda Flandes donde los Tercios sólo entran como, donde y cuando ellas quieren.

Se calló en última instancia, por suerte, pues volvía a sentir que desbarraba mentalmente y quedaban dos mozos, los últimos. Menos mal. Habían sido los bardos victoriosos, según oyó comentar, en las ediciones anteriores. Sin duda unos auténticos maestros de la copla, pese a su juventud. Ahí estaba el primero. Viéndole un tanto indeciso para arrancarse con su copla, Serafín vaticinó interiormente que habiendo agotado ya todos los recursos ponderables de la imaginación al servicio de la zafiedad, lo de ese chaval daría un respiro al tema, y éste largó:

*Desde mi casa a la tuya
voy a poner una caña
para que pase la leche
de mi picha a tu castaña...*

Nuevas carcajadas al modo de onda expansiva que deformaba los rostros. Y trompazos en ambos hombros que le propinase el tipo situado tras él, y que también le llegaban incluso cuando Serafín nada había apostillado.

Le sobrevino un súbito e incontrolable temblor. Aquello era excesivo. Como si no llevase más de una hora con aquel calvario. Nunca pudo imaginar tanta mala educación junta. Pero la apoteosis parecía ser colectiva. Incluso

varios jurados aplaudieron, puestos en pie, lo que no habían hecho antes. Él se precipitó a imitarles, sin saber concretamente si a la larga eso sería bueno o malo. Otros lanzaron sus boinas por el aire. Uno llegó a efectuar ademán de abandonar la mesa e ir a abrazar al fino rapsoda, pero fue sujetado por sus compañeros.

–¡Perfecta! ¡La repanocha! ¡La hostia en verso...! –exclamó Serafín, al que le costaba tragar saliva de puro miedo. Y como seguían observándole con interés, acaso dudando instintivamente de su actitud tan visceral, presa de los nervios intentó justificar ésta con argumentos técnicos. No pudo, pues el entusiasmo que por mimesis colectiva le atacaba lo tenía atragantado y, sin darse cuenta, había recurrido a *Pitita* para salir del apuro. Así que al fin logró sisear:

–Si pudiera puntuar por encima de diez, yo lo haría sin dudarlo... ¡Un veinte, eso es lo que pondría...!

Todos contentos. Respiró una bocanada de esperanza sintiendo los relativamente benefactores efluvios del vino, exactamente tres copas y media. Quedaba el último concursante, que lo tenía muy crudo para superar la cochinada por todos oída momentos atrás. Se creó un tenso y anómalo silencio. El mozo avanzó unos pasos permaneciendo muy serio delante de la mesa del jurado. Desvió su mirada hacia un punto indeterminado, allende las casas y los montes. A juzgar por su aspecto de concentración, diríase que estaba a punto de recitar algo de Rosalía de Castro, pero no. Sin vacilar y con voz límpida, sentenció:

*Si el coño tuviera dientes,
comiera pan y cebolla,
pero como no los tiene
come cabezas de polla...*

Entonces sucedió algo extraño, y que cogió a Serafín prácticamente efectuando un brinco de su asiento, pues intuía que, dado el cariz de la copla, el delirio iba a ser absoluto. Lo fue. El problema es que por esta vez, y a modo de despedida, él quería ser el primero en demostrar su entusiasmo sin límites. De hecho, una parte del público, fundamentalmente el sector situado

un poco detrás y a la izquierda, rompió en vítores y gritos de júbilo que más le parecieron aullidos. Pero la otra parte del público, que era mayoría por cierto, se mostraba, más que seria, contrariada. Pudo observarlo todo como si las cosas sucediesen a cámara lenta. Serafín, que no lograba disimular su espontánea y a todas luces exagerada admiración, pues ya en su feroz empeño por elogiar cochinas aquella le resultó insuperable, era el único de los jurados que se había puesto en pie, a horcajadas sobre la mesa, y aplaudía como un demente. Pensaba incluso en gritar: «¡Bravo, bravísimo...!», lo que en realidad no era sino una forma de dar rienda suelta a la tensión acumulada y de exteriorizar así su alegría por la conclusión de la trampa en que se había metido. Pero al comprobar la hosca desidia con la que los restantes jurados le miraban, fue dejándose caer lentamente en su silla, aún batiendo palmitas, ya más que de puro temor, en actitud de frío desconcierto.

–¿Y tú qué cojones haces jaleando a ése...? –le inquirió con rabia apenas contenida uno del jurado. Por el tono nada amigable del «ése» dedujo que algo malo se estaba cocinando allí. Alguien intentó medrar. Otro del público respondió en tono airado. En tal momento pudo oír en un murmullo que el mozo que acababa de recitar la copla era de Vegamayor, pueblo secularmente rival de Hiseda, y que los habitantes de esta villa no estaban por la labor de puntuarle, ya que había venido al certamen a provocar y no a otra cosa. Al parecer, incluso hubo sus más y sus menos para admitirlo en el concurso. La gente empezó a discutir en corrillos. Luego esgrimieron sus cachavas y finalmente se amenazaron con los puños. Serafín, despavorido entre el vocerío general, intentó una retractación que lo salvase. Y proclamó con aire suplicante:

–¡Oiga, no... no! ¡Un capullo..., eso es lo que soy!... ¿Cómo no me he dado cuenta?... «Picha» es más atractivo y señorial que la tan manida «Polla»... Además, qué ordinariez lo del «coño con dientes»... ¡Habría que descalificarlo, por poco higiénico...! Por favor... ¡Que alguien llame a la Guardia Civil...! ¡Que se lo lleven a su pueblo...! –Y al final ya no supo si estaba gritando esto en broma o en serio, porque unos se reían y otros aparentaban cara de, cada vez, menos amigos.

Ya no tenía ni la menor noción de a quién había contrariado, o por qué,

con lo que le podía llegar un guantazo de cualquier lado, aunque de momento sólo se empujaban unos a otros al hablar. Él, por si acaso, se encomendó en silencio: «*Eli, Eli, lamma sabactami...*», aguardando la primera hostia a lo Henry James, con decoro.

Mas sus desesperados intentos por salvar el pellejo fueron inútiles, ya que en un santiamén, ante sus atónitos ojos, incluso después de todo lo visto u oído, se estaba liando una disputa que empezó con los bastones en ristre, los insultos subiendo de gradación como el agua de una caldera, y terminó a mamporro limpio. De Vegamayor habían venido la familia y los amigos del coplista supuestamente provocador. Por cierto, debían acompañarle los más fornidos de entre ellos, con lo cándido que parecía. De pronto el séquito llegado de Vegamayor se le antojó un equipo de halterofílicos muy enfadados con otro grupo porque les están vacilando a las novias. Permanecieron silenciosos todo el concurso, hasta la traca final, para la que ya venían preparados, a tenor del instantáneo rifirrafe que se montó: reservaban toda la artillería pesada para cuando recitase el de los suyos. Visto y no visto. Dos tipos de tamaño armario, o a Serafín así se lo parecieron, venían dando tumbos y a tortazo limpio en dirección a la mesa tribunicia. Cayeron estrepitosamente sobre ella, volcándola con todos sus papeles y arrastrando al suelo en su caída a varios jurados. A duras penas consiguió Serafín escabullirse de allí como una libélula de color amarillo, pues la sangre no le llegaba al rostro. Sorteando grupos de mamporreros en plena labor dialéctica y entre los chillidos de las mujeres, que también andaban liadas de los pelos, pues no por su condición de tales dejaban de arrear considerables trompazos, alcanzó por fin un rincón de la Bolera en el que no había litigantes dirimiendo a la hisediana sus puntos de vista opuestos. Pies en polvorosa, jadeando y con el corazón desbocado, corrió por una callejuela del pueblo. No paró hasta llegar a la Casona. Una vez allí permaneció encerrado tres días, justo los tres días que por Hiseda se disiparon los comentarios acerca de ese episodio al que tampoco parecieron dar mayor importancia. «Cosa de un par de familias, que s'han agarrao». O: «Los gilipollas de Vegamayor, ya se sabe». Eso fue todo. Pero Serafín se juró a sí mismo que nunca, bajo motivo alguno, volvería a aceptar la invitación para ejercer como jurado en cualquier

concurso, aunque el tema de éste fuese la microbiología o los últimos avances en investigación genética. Ni nanobacterias ni oligoenzimas ni burros ni leches. Nunca. Vivía en un mundo especial, magnífico en cierto sentido, pero de una brutalidad inimaginable para quienes desconocen el campo. Así era.

¡Ah, el arte de decir que no...! Ése nunca lo tuvo. Así, que, pensó, quizá el próximo año, con un poco de habilidad y suerte por su parte, evitaría ser elegido para jurado del concurso de tortillas de patatas, célebre por su seriedad y solvencia en todo el valle de Rantroño. Aunque lo más práctico fuera esconderse en su casa y no aparecer por el pueblo mientras durase la fiebre de los concursos, mayormente estival, y de cuya experiencia uno podía salir escaldado, como con lo de las dichas coplas picantonas estuvo a punto de ocurrirle. Por suerte no hubo dolo y quebranto para su osamenta –cabe decir: no fue tundido a palos– sino tan sólo un punzante agravio a su más elemental sentido de la decencia.

En otro orden de cosas, y como quizá convenga hablar de alimentos que nos den fuerza para proseguir con nuestra historia, aun con la imaginación, digamos que desde remotos evos la comida básica de los habitantes de Hiseda consistió en patatas y huevos fritos, de ahí que Serafín, cuando oyó por primera vez esa expresión en boca de su padre, «evos», cosa que éste hacía con cierta pomposidad, por ejemplo, al decir la frase: «*Desde los evos no dejan de comer lo mismo*», creyese que aludía no a «evos», sino a «huevos», pero en realidad no andaba tan desencaminado, pese a su error. Por norma general los habitantes del pueblo, y de tal modo había venido ocurriendo desde hacía siglos, apenas comían carne de vaca o de oveja, ni siquiera de gallinas o cerdos, si no era en ocasiones muy, muy especiales, como un bautizo, una boda o una fiesta con familia. De hecho criaban todos esos animales para venderlos. Y, aparte de las sopas de pan con leche, las pulientas o los torreznos para desayunar, los huevos con patatas eran su principal menú, con mínimas variaciones. También Serafín, a rachas, llegó a comer lo siguiente:

Los lunes, huevos fritos con patatas.

Los martes, tortilla de patatas.

Los miércoles, patatas asadas con huevos revueltos.

Los jueves, ensaladilla de patatas con huevos duros.

Los viernes, patatas cocidas con huevos.

Los sábados, de nuevo, patatas fritas con huevos, modalidad ésta que se diferenciaba de la de los lunes en que había más cantidad de patatas que de huevos.

Los domingos, excepción hecha de cuando se atrevía con algún simulacro de estofado, arroz o verduras para celebrar que era festivo, un revoltillo de patatas con huevos fritos a los que se añadían unos espárragos o un poco de berza.

Los lunes, vuelta a empezar, y eso era así, a menudo, tanto para las comidas como para las cenas. Quizá se haya expuesto lo anterior de modo exagerado, que sus tropezones de carne engullían de tanto en tanto, pero en esencia era eso.

El padre de Serafín, que enviudó demasiado pronto, tampoco se libraba de la tendencia ovopatatil generalizada, aunque bien es cierto que procuraba combinarlo esporádicamente con verduras y carne, siquiera a modo de apetecibles y mesurados bistecs. Serafín, siendo todavía joven, y pese a que no tenía conocimientos de gastronomía pero sí de algo de endocrinología, se preguntaba cómo era posible que toda esa gente no tuviese la piel de color amarillo girasol, como él se imaginaba de crío a los nativos del Sudeste asiático. Sobre todo, su auténtico pasmo era comprobar que los hisedianos no cacareaban en vez de hablar, pese a que con el paso del tiempo, y fundamentalmente a través de su contacto directo con ellos, sí llegó a detectar un ligero toque gallináceo en su dicción. En cuanto a la piel amarilla, en efecto no la tenían: eran más bien lechosos, pero lo que él creyó durante años se trataba de un tranquilo y ensimismado talante, a veces incluso dado a un aparente e inofensivo cabildeo, quizá se debiese a las consecuencias epiteliales de tanta patata ingerida a lo largo de sus vidas. Frecuentemente pensó que dicha percepción se fundamentaba en sus sentimientos hacia ellos, quienes acaso no eran ni pícaros ni bergantes, ni protervos ni malquistados, sino, por hacerles merced, como le sucedió con lo de las coplas, animales de bellota en forma homínida pertrechados de boina, cachava y, algunos, el correspondiente palillo entre los dientes. Gentes de tripa generosa y seso algo

corto, aunque tampoco es que tuvieran mucho que discernir.

Por supuesto, la suya fue siempre una simple pero noble lucha por la supervivencia. Los había buenazos y cizañeros, estaban los que pululaban repartiendo dengues y melindres, y los que se daban a todo tipo de ínfulas y monsergas. Algunos le parecían arriscados, otros palurdos sin remedio. El obrar de unos era cauteloso, el de otros avasallador. Y aun un tercer grupo estaba formado por una amplia gama de zopencos y botarates sin cura posible, ya que constantemente parecían regodearse en su terca mostrenquez. En lo único que la tónica general se equilibraba era en el afán escoliástico generalizado cuando se trataba de criticar al personal. Ahí sí creyó hallarse a veces en medio de una manada de reverenciosos ante cualquier representante del poder, llevase éste sotana, bata blanca, uniforme o traje de ciudad. Ahí sí tenía la sensación de estar frente a una panda de pelotas incansables, a su vez divididos en encomiastas rimbombantes, ditirámicos decididos, panegiristas alevosos e incensadores sin tasa, según fuesen sus respectivas cualidades para el halago y la glosa. Aunque casi todos eran auténticos expertos en arrullar improperios previamente aderezados de salpicones con dudoso humor que podían sonar a crítica benigna o constructiva, pero no. En tales ocasiones, años ha, Serafín se ofuscaba de indignación. Entonces, ebrio más de palabras leídas aquí y allá que rechazo, los juzgaba bribones, pelafustanes, tarugos, cantamañanas, meapilas, mastuerzos, perillanes, mendaces o verborreicos aspirantes a famulillos, y creía ver la lobreguez más honda en su innata acedía vital. Cuando, por el contrario, se sentía enternecido por ellos, pensaba que la culpa no era del pueblo en sí, que desde tiempos antiguos fue una letrina donde se incubaban indecentes y ofensivos manejos –como otros muchos enclaves de estas características, insistamos en ello–, un mingitorio de calumnias en el que, luego de fagocitarse sin tregua, se autorreproducían irremediabilmente y en cadena, dándoles vidilla, la poca que tenían, sin que por lo general llegase nunca la sangre al río. Moratones y heridas sí, pero no fiambres. Eso quedaba para las películas.

Mas tengamos en cuenta a la hora de juzgar moralmente a Serafín, en sus pensamientos y en sus actos, que él mismo acaso no salga bien parado tras verle en acción, por ejemplo, durante el concurso de coplas pícaras. Sí,

afirmémoslo con convicción: a veces es para darle de hostias. Y aun eso, queriéndole. Pero tampoco se trata de que nuestro apego e interés o no por su humanidad, psique y andanzas nos nuble la visión de los hechos objetivos. Éstos, a través del subsuelo de la historia, que lo tiene, han principiado en desarrollarse a una escala aún pequeñísima y a la vez imparable. En cuanto a él, dejémoslo siendo únicamente lo que es.

Y como es el que es, en el fondo jamás les perdonó lo que hicieron con *Pitita*, pese a los esfuerzos de ésta por integrarse en un territorio vital tan complicado como Hiseda. Ella, que llegó aquí abanderada en su cruzada vegetariana, ella, *condottiera* virtuosa de las infusiones, paladín altiva de cuanto fuese homeopático o naturista, se empeñó en recomendar a cuantas mujeres se cruzaban en su camino las maravillas de la sémola y los boniatos, pues entendía que alimentarse únicamente a base de huevos fritos con patatas no era cosa de recibo, y parte de razón llevaba. Un día, en el supermercado, inició esa tarea de terco y sonriente proselitismo vegetal con una pobre mujer a la que acompañaba su marido, aunque algo rezagado. *Pitita* no le vio, lo que sería su perdición. Éste, en un momento dado del absurdo monólogo de *Pitita*, le espetó, ya harto: «Mire, moza, cuando yo tengo hambre me alivio el intestino con lechazo. Y si no tengo uno a mano, con un buen chuletón», dijo en tono desabrido, para vergüenza de su mujer e indignado pasmo de *Pitita*, quien en verdad debiera haber mostrado un poco más de agilidad en su desbocada munificencia y generosidad a la hora de dar consejos alimentarios. *Pitita* era un colibrí entre halcones, y no se daba cuenta. Para cuando lo hizo, ya era tarde, pues a su costa corrían toda suerte de paremias y refranes. Eso volvió insostenible su permanencia en Hiseda.

Además, Serafín, pese a que aquello coincidió con ciertos problemas para cobrar sus rentas por el alquiler del local de la ciudad, se sentía una especie de proxeneta, puesto que *Pitita* era usufructuaria de los bienes, en forma de regulares préstamos, de su Señora Madre, con lo que ambos vivían en calidad de manumitidos de la susodicha gran *Mamen*. A Serafín le entraban entonces hervores de remordimiento, tan vehementes que hasta se reía de Kierkegaard, a todas horas dándole vueltas a la dichosa culpa. Sólo que mientras el filósofo danés se dedicaba a elaborar piruetas sintácticas y conceptuales en torno a la

culpa, él la sentía en sus carnes, por cierto escasas ya entonces, pues a la fuerza tuvo que someterse casi al despiadado régimen vegetariano de *Pitita*, más propio de ascetas y místicos en pleno subidón hormonal que no de personas normales. Serafín se quedó casi en los huesos, y puede decirse que pese a su incipiente calvicie estaba hasta el moño de la sémola y los boniatos. Incluso con el abrigo oscuro que heredase de su padre parecía un pingüino deambulando por el pueblo. Y a lo dicho: para *Pitita* un par de huevos fritos con patatas estaba bien, pero una vez al mes. Según ella comer tales alimentos con la desmesura hisediana era nefasto para el hígado y el resto de órganos internos.

Otro aspecto que fomentó la urticaria social de *Pitita* en relación al pueblo fue su manía de hablar de modo alegre y distendido de cualquier tema por el que se le preguntara, y también en los que no se le daba cancha, pero en los que ella intervenía sin dudarle, a buen seguro como hacía Doña *Mamen*, de hecho como si se tratara de una convecina más, una hisediana de toda la vida, cosa que en absoluto era. Esa manera suya de hablar, apasionada y prosopopéyica, vivaracha y aspavientosa, se traducía en que hisopeaba al personal a base de diminutos salivazos de los que nunca fue consciente, pese a que Serafín, con extremada finura, se lo hizo notar en varias ocasiones. Jamás dejó de asperjar un poco *Pitita* a aquellos con quienes hablaba, y Serafín llegó a pensar a veces, contrito, que algunos la hubiesen preferido muda. Él no. A él no le hubiera importado sacar el paraguas y seguir escuchándola. Tan sólo era nerviosa y tenía la boca muy grande. Sí, la quería, con su larguísima cabellera rizada, esas efélides que le cubrían las mejillas a modo de graciosas pecas y sus ojos de ónice, así como su rutilante y esplendorosa sonrisa, pero ellos la preferían muda y a ser posible sorda, o ya puestos, también paralítica. Quizá así les habría entrado mejor. Con el tiempo *Pitita* llegó a perder el color rosáceo de sus mofletes, quedándole la tez como el bismuto, de tono atardecer otoñal. Vista de perfil recordaba a un mueble de Mies Van der Rohe o una de las escuálidas esculturas de Giacometti. Ella aseguraba que era porque se sentía marginada y en absoluto feliz, pero Serafín siempre sospechó que tanta sémola y tanto boniato, tantos vegetales y hierbas hervidas a todas horas, habían acabado por pasarle factura. Además,

en la última época se la veía muy ausente.

Sin dejar la molienda imaginaria en nuestro avituallamiento, digamos que a los hisedianos, cuya tradicional fuente de alimentación fueron siempre huevos y patatas, podía vérselos mayormente orondos pese a su escaso acervo gastronómico, del que encima alardeaban. Por el contrario, cuando *Pitita* y Serafín bajaban al pueblo a comprar o a dar un paseo, recordaban una procesión de estantiguas, un dúo de fantasmas cogidos del brazo y a los que se observaba como si de una aparición se tratase. Entonces Serafín llegó a decirle: «Cariño, aunque fuese por probar deberíamos hacer el esfuerzo, al menos durante un mes, de comer huevos fritos con patatas. Igual así nos parecíamos un poco más a ellos y dejaban de mirarnos». Pero *Pitita*, incluso desnutrida y enferma, fiel a los principios básicos de su integristo gastroespiritual, se mostraba inflexible. Era genuinamente grave, por no decir monolítica, en su concepción dietética de la existencia. Tanto que hasta resultaba imposible imaginarla exclamando: «¡Me importa un rábano!». Antes, y en tono despectivo, hubiera dicho: «¡Me importa un cordero!». A la máxima degradación culinaria que se permitía llegar era a las coliflores o los puerros ablandados tras unos minutos en la olla a presión. Y así iba tirando, como si estuviese en un perpetuo ramadán de los sentidos. Serafín insistía: «Cari, que para aguantar en este clima hemos de ponernos un poco más fuertes...». A lo que ella, con los ojos inyectados en acelgas o espinacas, reponía: «La salud empieza en el espíritu, y yo no quiero ser una genocida de animalillos». Nada que hacer, porque el hambre continuada había idiotizado un poco más sus sentidos, de hecho. Con lo despierta que se la veía al principio.

Ahora, ya sin *Pitita* a su lado, a Serafín le causaba cierto encono pensar que bien pudiese ser que en la actualidad ella hubiera superado la fase vegetariana presuicida y estuviese zampándose unos solomillos de impresión por ahí, con su nuevo novio. Mientras él, quien por fin había caído de bruces en el ciclo vicioso de los huevos fritos con patatas, en parte porque no tenía ni idea de cocinar, en parte porque carecía de dinero para permitirse lujos como la carne o el pescado, y quizá también, a qué negarlo, porque era ya un yonqui de los huevos fritos con patatas, así como de sus variaciones, sí se

había integrado gastronómicamente en Hiseda, y por pleno derecho. Sólo algunas noches, en vez de seguir apurando las enormes tortillas de patatas que se hacía los lunes con la intención de que le durasen varios días, se decidía a catar un poco de tocino, de chorizo o de queso. La fase de los bocadillos de mortadela o de sardinas fue superada a su debido tiempo, igual que otras tantas cosas, como la ausencia de sexo o no poder departir con nadie tras el visionado de una película. Todo se supera, menos la enfermedad última o la muerte, y aun eso tal vez consista en superar nuestra anterior fase de seres vivos.

Como en el ámbito de lo terrenal a Serafín se le hacía muy duro recordar aquello en lo que día a día y ante sus ojos estuvo convirtiéndose *Pitita* mientras permaneció en Hiseda, empezó a pensar en ella como en una concrecencia isomorfa, paliducha y de genealogía primate. Lo de «concrecencia» era porque ese término designa el crecimiento simultáneo de varios órganos de un vegetal, tan cercanos que llegan a confundirse en una sola masa. *Pitita* recordaba a una acelga o lechuga que se movía o hablaba, y eso si tenía el día animado. Lo de «isomorfa» afectaba a la mineralogía, pero a él también se le antojaba muy pititáceo: se aplica a los cuerpos de diferente composición química e igual forma cristalina, que pueden cristalizar asociados, como el espato de Islandia o la giobertita, que a su vez forman la dolomía. Juntos habían acabado por crear una masa dolomítica en la que ya apenas se daba la química esencial necesaria para conseguir que una pareja siga junta. Entonces se cristalizaron sin solución. Él no quiso que ocurriese así, pero de ése y no de otro modo sucedió, aunque el amargo tránsito que supuso verla lechuga apocada y posteriormente cristal callado, espejo triste que deambulaba por la Casona como una sombra, despidiendo apenas fugaces destellos de su antigua luz, todo eso era algo que le partía el corazón. Y así iba a ser de por vida.

Los recuerdos bullen en la mente de Serafín igual que las alubias que ahora mismo deben estar haciendo en la cocina de donde el *Legañas*. Es momento, pues, de regresar al presente y observar a nuestro discreto aprendiz de semihéroe mientras va cargado con las cuatro bolsas del Súper, dos en cada mano. Le hemos ascendido ya casi a la categoría de semihéroe tras salir

relativamente bien parado de situaciones como la del increíble, bochornoso y accidentado concurso de coplas. Avanza lento, como un crucificado de paquetes, sudoroso y trepando por la cuesta de la Fuente, o más bien intentando llegar a ella, pues aún le resta un buen trecho. Toda una premonición

De pronto recibe un saludo conocido, coloquial y jubiloso estertor, en forma de voz aflautada:

–¡Eh, adiós...!

Es *Pituco*, con su boina calada a duras penas, ya que le cubre la coronilla y poco más. Se trata del cabezolón por antonomasia de Hiseda, en todos los sentidos, incluido el ergonómico. Serafín no sabe cuál puede ser el auténtico nombre de *Pituco* que, como el *Dalle* u otros habitantes de Hiseda, desde siempre ha sido llamado únicamente así, por su apodo.

Pituco es lo que suele entenderse por el bobo del pueblo. Pero aquí nunca dicen eso. Los hisedianos e hisedianas prefieren decir que es «un pelín atontao», ellos, o «que le falta un hervor», ellas. Así se quedan más tranquilos. Gente concisa, ésta.

Lo cierto es que *Pituco* está como una chota. En eso sí que parecieron ponerse más o menos de acuerdo tanto *Corvatos* como *Furias* y sus respectivos grupos y subgrupos de acólitos en una discusión absurda que se inició por apenas nada, una bagatela o un simple malentendido, hará un par de años. Como lo de ahora con la Chorizada. Al final, sin embargo, la cosa se lió, porque de lo contrario no estaríamos en Hiseda sino en cualquier otra parte donde las personas son más sosegadas. ¿Cómo se lió la cosa? Pues tonta, «pitucamente», como también dicen por aquí de tanto en tanto. Cuando parecía que ya no se sabe si *Corvatos* o *Furias* se inclinaban, en efecto, por esa versión que aprobaba y apoyaba el supuesto grado de considerable chotez padecido por *Pituco*, alguien del grupo opuesto, imposible ya elucidar a estas alturas si varones o hembras, empezó a hablar en términos de que *Pituco*, el involuntario causante de sus soterradas diferencias, lo que estaba es como una regadera. Se montó una que para qué.

Chota contra regadera.

Y es que en muchas cosas Hiseda era como el país entero, y con él su

historia, proclive a los grandes contrastes que hacen banderas de los antagonismos más insustanciales e irreconciliables: sol y sombra, Frascuelo y Lagartijo, rojos y azules, Real Madrid y Barcelona, Bahamontes y Loroño, en fin, el cuento de nunca acabar.

No llegó la sangre al Pábenes por dos razones. La primera porque, según se cuenta, intercedió ante el espíritu bélico de estas gentes la Virgen de Nuestra Señora de la Ruta, que es la otra patrona del pueblo, junto a la Virgen de Apañapalucos, quien, conviene recordarlo, es a la que recurren cuando se trata de repartir estopa. En este delicado punto es donde coinciden, y sin que sirva de precedente, los habitantes de Hiseda de Abajo y los del *Barrio*. Hacen buena de tal modo, piensa Serafín, la máxima de Marx referente a la religión como opio del pueblo. Cuando se trata de rendirle culto y pleitesía a tal o cual virgen por las fiestas patronales, o en alguna romería que se monta en primavera o verano con misa final incluida, los hisedianos todos, tradicionales y disidentes, sedentarios y tráfugas, conservadores y desertores, se pegan unos viajes de rezos y cantos al unísono en los que parecen estar medio en éxtasis. Él los ha visto, y se le pone la piel de gallina al recordarlo. Juntos sus cuerpos, se dejan llevar por el fervor y hasta se dan la mano. En misa, obviamente. Luego, cada cuál a lo suyo. Pero es que esa Virgen de la Ruta debe ser opio puro y del más refinado, como si dijéramos recién traído de Indochina o Afganistán. Está bien que al menos haya algo que una a las personas, aunque sea el opio de las novenas, o ese láudano del venid-y-vamos-todos. Algo es algo.

«Algo siempre es mejor que nada», reza un antiquísimo dicho hisediano. Porque a veces, cuando se ponen, también ellos sacan a relucir su poderosa mentalidad científica. Entonces son como émulo de Cicerón o Plutarco. En cambio, en el *Barrio* desde hace unos años circula otra especie, con absoluta certeza dirigida a los de Hiseda de Abajo y su, por lo visto, aborrecido dicho:

«Nada es preferible a ciertos algos».

Cuya traducción real aproximada, dentro de lo intrincado del asunto, podría acaso entenderse por: «Es mejor ser de un sitio sin definir como nuestro pequeño núcleo ciudadano, aun escindido del pueblo, a parecerse a vosotros, so mamones».

Lo cierto es que, quién iba a decirlo hace un tiempo, una virgen de madera y un idiota integral, *Pituco*, son los únicos factores que tienden un simbólico vínculo entre comunidades enfrentadas.

La segunda razón de que no llegase la sangre al Pábenes en aquella discusión a costa de *Pituco* entre *Furias* y *Corvatos*, secundados por sus respectivos pretorianos y secuaces, es que el propio *Pituco*, bastante impresionado a causa de la temperatura ambiental que estaba alcanzándose por algo que, eso debió intuir, tenía que ver con él mismo, asistía a la citada polémica justo en medio de ambos grupos. Lo miraba todo, atento, como se asiste a un partido de tenis, protestando de vez en cuando:

–¡Que sus calléis...! –Sin duda deseando no ser motivo de tamaño enfrentamiento. Porque no hay que olvidar que si a costa de discernir si era de tejo o de avellano la vara con la que tiempo ha se zurró a aquel desaprensivo que osara trastocar la denominación de los hisedianos, llegándose casi a una refriega de luctuosos resultados, otro tanto podría acabar sucediendo para ponerse de acuerdo en la caracterología y grado de deficiencia del retrasado oficial del pueblo. Entre «chota» y «regadera» para ellos debía haber un océano, y la negociación para aproximar posiciones tuvo que ser enconada. Detrás de cada postura se escondían, por supuesto, distintos «pareceres». O sea, luchas intestinas de *Furias* y *Corvatos*.

Pituco es tratado también con cariño, aunque no carente de guasa, por los del *Barrio* cuando éstos se ven obligados a bajar a Hiseda para realizar ciertas compras imprescindibles o resolver sus asuntos, mayormente papeleos oficiales. Como jamás se enfada, le han cogido afecto. Saben que para alguien así no hay fronteras ni facciones. En cierta ocasión, hará de ello aproximadamente un lustro, al día siguiente de una de esas romerías en honor de la Virgen, con final de misa solemne, estruendosa campanada y lanzamiento de flores, *Pituco*, seguro que con el corazón invadido de buenos sentimientos y su caótica cabeza impregnada de nobles ideas, tuvo la ocurrencia, ni corto ni perezoso, de caminar y caminar hasta que llegó al *Barrio*. Allí, como un general triunfante de vuelta de la batalla, repartió salutations y enhorabuenas. El caso es que bajó cargado de morcillas y no se sabe qué otras sabrosas viandas. Su entrada en donde el *Legañas* fue

sonada. Horas después, y con la sutilidad necesaria en un caso como el suyo, fue disuadido para que no volviese a cometer nunca la tontería, eso le dijeron, «tontería», de irse «tan lejos», pues podría ocurrirle «algo malo»

El pobre *Pituco* se asustó porque, como los niños muy pequeños, a veces a lo que más se teme es a lo desconocido. Dicho con llaneza: casi siempre. ¿Sucederle algo malo a él, en su pueblo, con los suyos? En el tema *Pituco* y sus preocupantes futuras visitas al *Barrio*, pues ahí les escocía la cosa, también debieron ponerse de acuerdo *Corvatos* y *Furias*. La razón estaba meridianamente clara: «ésos» no podían robarles a su idiota a base de aplaudirle baladronadas, necedades y cebarlo bien. Que arriba, donde vivían casi cual primitivos, se buscaran a un bobo propio, pues seguro que había donde escoger. El problema es que arriba no tenían un bobo digno y como Dios manda.

Una de las cosas que más sorprendió a Serafín al llegar a Hiseda instalándose aquí sería contemplar los últimos recoldos de lo que hasta hace pocos años fue una especie de contienda, larvada en unos casos, abierta en otros, entre varios vecinos del pueblo. Éstos, contraviniendo todas las normas al uso de cómo debían construirse las casas típicas del lugar, decidieron dar una suerte de golpe de Estado y atacar frontalmente la tradición, algo que difícilmente ocurría nunca, pues, vamos comprobándolo, los hisedianos eran gentes de costumbres fijas. En dicha época, por tanto, sucedió que uno decidió construir, o más bien remozar, su habitáculo de siempre. Era una vivienda de dos pisos, con huerta y la cuadra anexos. Aquello fue inaudito porque el tipo, con la ayuda inestimable de sus numerosos hijos y yernos, se hizo una casa que tenía todo el aire, aunque en miniatura, de la que se describe en *El gran Gatsby*. Todita pintada en color gris perla, y cuando salía el sol brillaba de forma enigmática. Pasó lo que tenía que pasar: que lo vio otro vecino y, laborioso, hizo la suya en el más puro estilo *Retorno a Bridgeshead*. Ésta fue pintada en tonos de rosa salmón. Y aun un tercero, padeciendo la envidia de ver a sus vecinos de toda la vida atreviéndose a dar ese salto cualitativo en la concepción de sus respectivas viviendas, y como llevase ya un tiempo pensando ampliar su vieja casa, hizo algo que bien podía recordar a la mansión de los Finzi Contini, en la que dominaban los

verdes. Aquello se convirtió en una feroz lucha psicológica por ver quién construía algo más pomposo y, valga decirlo, anacrónico, en un lugar como Hiseda. Huelga afirmar que en el plazo de un lustro otros vecinos, recelosos de ese presunto esplendor que emanaba como una diaria provocación de las viviendas de los citados pioneros, bien fuese por no disponer de posibles económicos, bien por su pésimo gusto, tuvieron que conformarse con pintar sus casas con los colores más extravagantes que concebirse pueda.

A ese periodo, acaecido aproximadamente una década antes de que Serafín se viniese a vivir definitivamente a Hiseda, primero con *Pitita* y luego solo, se le llamó la *Guerra de las Casitas de Colores*, en alusión a las increíbles pinturas elegidas por sus propietarios para decorar los muros y fachadas. Una fantasía *hippie*. Sobre todo los del *Barrio* y zonas limítrofes de Hiseda, como Pradonuevo, aunque al poco ya empezaron a verse casi en el mismo centro del pueblo casas con vistosos colores. Allí podían contemplarse flamantes verdes pistacho, amarillos chillones, y hasta rojos Ferrari. También granates, azules o violetas imposibles. Hasta se vio una casa a lunares, como si fuese el lomo de una vaca pinta, que de hecho pretendía serlo. Y otra en tres tonos, como el plumaje de un guacamayo. Fue una auténtica locura. Transcurrieron los meses y los años. La gama se expandió desde el lapislázuli hasta el crisoberilo, pasando por fucsias con increíbles texturas y combinaciones tonales propias de las visiones que produce el ácido lisérgico. Algo insólito. Mas como siempre ocurre, las inclemencias del tiempo fueron deteriorando aquellas casas esperpénticas que rebasaban con creces lo naíf para entrar de lleno en la psicodelia pura. Poco de todo ello quedaba, y desteñido. Aquella furia pictórica, aquella búsqueda desesperada del arcoíris en las casas habría hecho las delicias de un ornitólogo miope, o de *Pitita*, de poder verla, quien creería hallarse en su hábitat, tan ideal como selvático. Parecía que una colonia de rockeros puestos de ácido hasta las cejas hubiese levantado allí su particular Woodstock. Impresionante. Pero una a una fueron siendo repintadas al uso, y al cabo de unos años en su mayor parte volvían a tener la apariencia de siempre. Mañana tras mañana la niebla caía en láminas transversales, dejando segmentos algodonosos sobre el pueblo, y la lluvia, y la nieve o las ventiscas llevaban a cabo su implacable desgaste, con lo que

Hiseda, libre ya de tamañas máculas de colores hirientes para la retina y la sensibilidad, que otrora causaron tantas envidias entre vecinos, volvió a asemejar el de toda la vida: un amasijo de viviendas de tejas rojizas que, vistas desde la Casona de Serafín, parecían estratos surgidos de la tierra a modo de restos de antiguas civilizaciones.

Lo que en realidad sucedió con la *Guerra de las Casitas* y su irrefrenable estallido de color fue que un tal *Cigoto* murió un buen día sin causa aparente que lo justificase, allí, en las viviendas cercanas al *Barrio*. Sucedió eso al poco de tener terminada su original casa-vaca, que él y no otro era su poseedor. Debió acaecerle el fenómeno en un arranque provocado por el tintorro y la aparición de unos botes de pintura que estaban donde no debían, en el momento menos adecuado y con la persona inapropiada. Pero un turbio agüero recorrió hasta el último rincón del pueblo, como si la Providencia Divina hubiese querido dar un escarmiento al más osado de los subversivos paisanos a los que había afectado esa especie de síndrome de Van Gogh pasado a la albañilería. También se dijo que la Eustasia, a quien comúnmente llamaban *Eutanasia*, le había echado el mal de ojo, por provocador. Previamente esta anciana de aspecto siniestro y que vivía sola, como es natural, y a quien los de la Seguridad Social o el Desempleo pagarían puntualmente todos los meses si cobrasen en su calidad de tales las brujas y sus adláteres, dijo algo despectivo refiriéndose a las casas pintadas de colores, sobre todo la de *Cigoto* y su vacuna vivienda. En realidad, un rayo mató a *Cigoto*. Al parecer, entró por la ventanuca de la cocina mientras él se disponía a trajinar un tazón de sopas de pan con leche. Aquello hacía prever un mal fario para los habitantes del pueblo que tuviesen ideas pictóricas peregrinas, así que no fue de extrañar que desde entonces ya nadie volviera a tener devaneos coloristas, y que inclusive pintasen sus casas de blanco, por si acaso, o bien las dejaran a piedra vista. Ante todo ello el padre de Serafín se limitó a decir que los hisedianos, más que chiflarse por llamar la atención, lo cual no sería del todo exacto, eran envidiosos por vía genética y no soportaban que el vecino tuviese algo que ellos no. Pero las viviendas y las gentes, igual que las aguas como las aguas del Pábenes, volvieron con mansedumbre a su cauce, que parecía así como melancólico a perpetuidad.

Realmente eran muchas las cosas de esta tierra que le generaban un sentimiento de dulce melancolía, casi de gratitud por poder contemplarla.

En concreto, Serafín guardaba un entrañable recuerdo de los paseos que por Hiseda y los alrededores dio con su padre mientras éste aún podía caminar. Al final tales caminatas resultaban ya tan penosas que optaron, de tácito acuerdo, por suspenderlas. Pero le bastaba remontarse a cuando él era niño y luego adolescente para sentir el latigazo de la nostalgia atenazándole el corazón. Pese a lo escasamente expresivo que *Burro* padre solía mostrarse con su hijo, dado que no era hombre de exteriorizar sus afectos, en esos paseos lo ponía al corriente de cuanto iban viendo, haciéndolo con tal detalle que si Serafín llega a dedicarse a otra rama del saber que no fuese aquella para la que estudió, hoy en día sería un topógrafo o un boticario de primera. En la época estival, mientras estaban en el pueblo durante un par de meses, aprovechaban los días de buen tiempo para perderse por prados y bosques. El ábrego soplaba con delicadeza proveniente del Sur, caliente y seco. Juntos, a veces hablando y otras sin mediar palabra, pues por lo general, y como queda dicho, su padre era hombre poco dado a la cháchara, sobre todo mientras realizaban algo tan fatigoso como deambular por ciertos parajes, iban dejando atrás huertas con todo tipo de hortalizas y frutas. Luego veían a paisanos yendo a sus tareas de la siega, colodra al cinto y dalle al hombro. Bajo cielos de cúmulos blancuzcos y nimbos vaporosos llegaban a los alfoces y arrabales del pueblo, allí donde empezaban a verse los manzanos y chopos del caserón de los Lamos, rica familia del pueblo, que eran la crema de la hidalguía desde una centuria y media antes. Seguían caminando y cruzaban praderías surcadas por el canto de calandrias y codornices. Iban, casi siempre, a buscar el álveo de cualquier riachuelo, algo que a Serafín le encantaba contemplar: cómo de una roca brota el agua en un débil hilillo y luego va expandiéndose hasta hacerse ancho y enérgico. Venas de transparencia rumorosa, como el Urro, el Torina, el León, Los Llares, el Herecia, el Risueña, el Anievas o el Moroso, que estaba en la zona en donde, se cuenta, Doña Urraca pasó algún tiempo exiliada por el rey de Castilla. Todos acababan desembocando en el ommipresente útero del Pábenes. Y puesto que aquí las cosas se hacían siempre a lo bruto, era ingente la cantidad de personas que se ahogaron en sus

aguas.

Serafín y su padre, como gnomos aventureros, iban bordeando los altivos nogales, las recias encinas o camberas llenas de piedra y grama. También troncos donde se habían hecho fuertes el lúpulo, el musgo y el muérdago. Se iniciaba entonces el milagro de la percepción casi táctil de los colores, resultante de la combinación de helechos y culantrillos, de espadañas y lirios, de parras y raspaneras, de evónimos y labruscas, de boj y malvaviscos, de llantén y genciana, de groselleros y chirivías, de laurel y saúco, de rudas y siemprevivas, de amapolas y celedonias, de endrinos y correhuelas. Un poco más allá aparecían los tilos y los acebos, rapiñados furtivamente en los días navideños, las hayas y los pinos, los cipreses y los robles. Así hasta la zona de los cenagosos tremedales y lamizas en las que, si no eran esquivadas con tiento, uno podía hundirse peligrosamente entre la árgoma y el brezo. Era aquél el reino de los avellanos, donde se esconden la comadreja, más conocida como «monuca galana», o la garduña, denominada «rámila» o «matagallinas». También el tejón, al que por estos lares conocían como «tasugo». En los cielos trinaban la oropéndola y el ruiseñor, la corneja y el mochuelo, la becada y el cárabo, la golondrina y los tordos. *Burro* padre y *Burro* hijo solían tomar el camino conocido como el del arroyo de la Piluca, junto a la braña de Lozano. Ahí, en lo alto de algún prado, podían verse bueyes llevando cuévanos de menestra, tocino, queso y vino a los segadores que laboraban en las zonas más elevadas, donde impera el abeto. Serafín y su padre se veían entonces obligados a sortear algún tacillo, vástagos de los ya de por sí pequeños riachuelos, aquí llamados regatos, en torno a los que merodeaban multitud de tábanos, en Hiseda denominados específicamente «moscas borriqueras», como si dichos insectos sólo se cebasen en tan gallardos animales. Si desviaban la vista hacia lo alto podían divisar castros hechos de arenisca, marga y arcilla. También, a veces, de diorita y granito. *Burro* padre le explicaba que pertenecían al periodo del cretáceo, pese a que las manchas que lucían eran del triásico y los sedimentos, a menudo, del jurásico. Su padre, al que de tanto en tanto le entraba una vena expansiva y hablaba como si declamase en el ágora ateniense, decía entonces con dicción compungida: «¡Agóstanse los prados, hijo, y de año en año menos verdes y

más amarillos parecen!».

En efecto, se mostraba realmente abatido por esa evidencia del cambio climático y la cruel deforestación a la que desde hacía más de tres décadas venía sometándose a esta comarca, como al resto de la región. Lo que en verdad se hizo desde siempre. Además, el tiempo ya no era tan frío y lluvioso como antaño. Esa muerte lenta, por ejemplo, en el flanco sur de la Braña de Lozano, aún la disimulaban arboledas con frondosos castaños y exuberantes olmos, pero igual que el mundo evolucionaba, o involucionaba, según se mirase, también el clima, y por lo tanto la tierra, iban extinguiéndose poco a poco e inexorablemente. Ya apenas se veían molinos vertiendo el maíz en las tolvas, o carros de rozo, esa leña menuda que se usa para prender el lar. Sí, ya pasó la época en la que las mujeres, siempre supersticiosas, ponían ruda en las rejas de las ventanas para ahuyentar así a duendes y brujas, emisarios de los espíritus malignos del monte. De las antiguas dehesas boyales no quedaba ni rastro. Ya apenas se veía a ancianos tallando ramas de belorto para hacer cachavas. Hoy la gente prefería pasarse horas junto a los mojones de la carretera comarcal y, sencillamente, ver pasar coches. O eso o estaban encerrados en sus casas viendo la televisión y enredando en sus pantallas. Tampoco se oían ya los *jisquíos* de los segadores, gritos que pretendían ser cánticos usados para comunicarse entre sí cuando se hallaban a considerable distancia.

Pasaron a mejor vida aquellos banquetes a costa de los rebujos que daba la matanza del chon. Y pasó la época del jumazgo, que se ofrecía a quienes iban a casarse, que por lo general consistía en tierras, animales y aperos de labranza, ¡vaya si quedó atrás! Pasó asimismo la época de las *escurrías*, batallas a pedradas con estrategias perfectamente ideadas entre niños de pueblos limítrofes del valle. Años atrás murió un chiquillo de una pedrada, con lo que se acabaron las *escurrías*. Los milanos, en lo alto, seguían barruntando el mal tiempo. Y esos malos tiempos habían llegado. Pero al menos, por suerte, no se les llamaba ya *burros* a los montones de heno, ni pollinos –que significa burro joven– a los zoquetes de la clase, y los críos tenían nuevas diversiones que no eran las de la cicindela, cuando jugaban con los dedos de sus manos haciendo apuestas, o se iban a cazar lumiagos,

gorgojos y luciérnagas. Ni ponían cepos o gabias para capturar lo que fuese, con tal de que esto se moviera y, si podía ser llevado al buche, mejor.

Todo se había transformado desde que los antiguos escritores romanos se refiriesen a estas tierras como «el país en el que abundan las higueras». Ahora de éstas quedaban ya pocas. Situado a una cuarentena de kilómetros de la costa del Norte, el valle de Rantroño, surcado por el río Pábenes, se hallaba en el punto de intersección de dos líneas idóneas: 4° 5' según el meridiano de Greenwich y el paralelo 43° 10', dirección Norte. La altitud respecto al mar Mediterráneo no llegaba a los trescientos metros, lo que, salvo en inviernos especialmente crudos, los protegía de las nevadas. Aunque antes, como todo era distinto, nevaba mucho más. Al ser un terreno llano, y pese a hallarse circundado de montañas de mediana altura, en torno a los mil metros, no temían las inundaciones tras las lluvias. Pero en agosto del año 1834 hubo unas que fueron devastadoras, llevándose consigo la práctica totalidad de las cosechas, así como la vida de animales y de algunas personas. Según cuentan, donde hoy está situado el valle del Pábenes hubo en tiempos remotísimos una gran laguna. De eso dejó constancia Silio Itálico, que por fuerza tuvo que oír la leyenda. Desde esos tiempos se conservaban, no obstante, algunas tradiciones, como la del vecino pueblo de Ilios con la fiesta de la *Vijanera* y sus *zamarracos*, en la que los mozos se disfrazaban con pieles de lobo, osos y cencerros para divertir al personal. Tradiciones paganas, como la de erguir el tronco pulido y enhiesto de la *maya*, de unos quince metros, en la plaza de algunos pueblos, compitiendo los más fuertes y aguerridos en trepar por ella para obtener algún premio puesto en lo alto, seguían intactas, aunque ya en pocos pueblos, como el citado Ilios. La *maya* fue desde siempre una especie de tótem para estas gentes, que no se resignaban a privarse del espectáculo de su izamiento y posterior conquista. Otras tradiciones a duras penas eran sostenidas. Hoy, por ejemplo, sólo unos pocos se tomaban su parva antes de ir a trabajar, que consistía en una copa de aguardiente. Para empezar entonados el día, vaya. Ni se desayunaban tortas de borona. Ahora eran los tiempos de los sobaos plastificados o los cereales sintéticos. Y también aquí, como en el resto del planeta así llamado «civilizado», la gente prefería estar delgada, principalmente el femenino elenco compuesto por las mozas más

jóvenes.

A pesar de ello ciertas cosas sí se habían mantenido casi intactas, como el respeto hacia las dos únicas figuras de talla intelectual que dio el valle. El poeta Calixto Ilios, autor de pastoriles versos, y el afamado inventor Juan Pedro Brines de Acevedo, al que se debía la creación del mecanismo de elevadores que aún hoy se aplicaba, aunque modernizado, en las cataratas del Niágara o en la Torre Eiffel parisina, aparte de otros pequeños descubrimientos que en su día fueron orgullo de los lugareños.

En lo que si coincidían los historiadores romanos, desde Pompilio Mela a Diodoro, pasando por Siculo o Lucio Floro, era en el carácter especialmente combativo de estas gentes. Célebre, y no menos esclarecedor, fue el caso del caudillo Corocotta, el Cid Campeador de la comarca, al que un jovencísimo Octavio Augusto, que aún no era emperador, puso precio a su cabeza, pues eran muchos y constantes los desaguisados que los hombres de Corocotta habían infringido a la retaguardia y los flancos negligentemente desguarnecidos de sus legiones, o más bien a lo que iba quedando de ellas. ¿Qué reacción pudo haber tenido un hisediano de pro en tal circunstancia? La leyenda cuenta que, ni corto ni perezoso, o quizá algo más corto que lo segundo, se presentó el mismísimo Corocotta a cobrar la recompensa puesta a su propia cabeza. ¿Y cuál pudo ser la reacción de un sibilino Octavio ante tamaña osadía y desfachatez? Pues le pagó a toca teja, con lo que lo hizo suyo en el acto, que de ardidés y viperino politiqueo sabían mucho aquellos romanos. Desde entonces, y como era de esperar, Corocotta se limitó a ejercer de correveidile apaciguador entre las tribus más recalcitrantes a la invasión romana. Claro que todo eso bien podía ser una simple leyenda. La versión hisediana era: «Menudos huevos, los de Corocotta». Serafín, por el contrario, pensaba: «Menudo ingenuo y chichimierda, el tal Corocotta». ¡Pero cualquiera les tocaba al héroe nacional! Ya en cierto estudio elaborado al final del primer tercio del siglo xx por un plumilla nacido en el valle, éste reconocía: «En las relaciones con sus semejantes los habitantes de Hiseda se muestran graves y un tanto retraídos. La sencillez y afectuosidad no son las cualidades que más resaltan en ellos. Si experimentados filósofos y poetas pesimistas les hubiesen enseñado que todos los hombres son malos por

naturaleza, y que homo homine lupus, no se mostrarían más reservados y discretos, ni guardarían con mayor disimulo la prudente distancia que entre sí les separa». Todo dicho, y por un hijo de esta tierra.

Duritos de pelar en verdad tuvieron de ser aquellos lejanísimos antepasados de Serafín, quienes poblaron y defendieron esta tierra hace apenas nada, un par de milenios, algo que los libros de Historia nos enseñan ocurrió prácticamente ayer y, aun de otra forma, podría ocurrir mañana. Fue justo por esa época cuando los romanos se llevaron si no la peor parte –que siempre queda reservada para los más débiles y peor pertrechados–, sí, al menos una buena somanta de palos, con lo que les restaron pocas ganas de quedarse por aquí. Restos de las legiones Macedónica, Tracia, Gémina y Victrix se unieron para reforzar a la IX *Legio Hispanica*, entonces acantonada en Aquitania. Y allí que se dirigieron a *Portus Victoriae*, donde no sólo no fueron recibidos como salvadores ilustrados –aunque en cierto sentido lo iban a ser, y en todo el orbe occidental conocido–, sino que empezaron a lloverles zurriagazos allá mismo, nada más pisar la costa nórdica. Ellos venían dispuestos a poner en boga los *Ludi Iuvenales* y otros juegos de esparcimiento para la juventud, y la *Pax et Lex Romana* a sus adultos responsables. Pero no, aquí se encontraron con una serie de pueblos que en absoluto estaban por la labor: vadinienses, plentunios, salaenos, coniscos, blendios, avariginios, concanos, vindios, aunigainos, orgenomescos y tamáricos, quienes, aunque desde siempre habían andado a trompadas entre ellos, mira tú por donde, en esta ocasión se unieron para hacerle la puñeta a tan cultivado invasor. Se desconoce qué concomitancias podía haber entre todos esos pueblos que habitaban en una geografía no muy distinta de la actual, pero sí pueden afirmarse de ellos un par de cosas. Que no debieron ser especialmente proclives a depilarse u afeitarse, y que tenían una mala leche de impresión. Mas cuando al fin fueron «doblegados» por el general Marco Vipsanio Agrippa, quien a su vez pasó el testigo del poder al Legado Cayo Antistio, lo cierto es que los romanos tenían ya muy pocas ganas de quedarse. En concreto la tropa de a pie, que al principio iban por ahí muy chulos desfilando con sus banderas y fasces con las famosas iniciales S.P.Q.R., o lo que en su cacúmen bien pudo significar al poco: *Sin Politraumatismos Que*

Reseñar –eso cuando tenían suerte–, o incluso, si los desfiladeros se ponían angostos y los bosques asfixiantes: *Sería Preferible Que Retrocediéramos*, aunque para cuando querían darse cuenta ya era tarde. Menudos burros tenían que estar hechos aquellos hombres peludos y llenos de pieles que les caían de los árboles o, por Júpiter lo juraban, surgían del musgo. Quién les mandaba meterse a ellos donde nadie les llamó.

En efecto, no podía decirse que en Hiseda sus habitantes sintiesen una especial inclinación por el saber o la enseñanza, ni siquiera por la de sus hijos. A la escuela del pueblo, según ese mismo estudio, asistía menos de la mitad de los críos en edad de aprender. Sus propios padres decidían mandarlos a trabajar al monte, que más falta hacía eso que las tablas de multiplicar, o los latinajos, o una Historia que para nada iba con ellos. Según el cómputo realizado en época previa a la Guerra Civil española, una decena de niños del pueblo tenía «buena disposición» para el aprendizaje, una cincuentena estaba adscrita al apartado de «mentalidad regular o mínima», mientras que sólo uno era, directamente, calificado de «anormal». Serafín siempre temió que ese lumbreras fuese un pariente lejano de la familia de los Burones, pero no. Al parecer era el tonto del pueblo, reconocido y aclamado como tal. El *Pituco* de la época alfonsina o primorriveresca. Por otra parte ¿qué se podía pedir de una escuela que ni tan sólo disponía de urinarios, y en la que los castigos físicos a base de varazos, humillaciones públicas, amenazas o bofetones de aúpa estaban a la orden del día? De hecho, ¿qué se podía pedir de una escuela en la que casi la totalidad de sus alumnos poseen una mentalidad mínima?

Otro dato etiológico de ese estudio que llamó poderosamente la atención de Serafín fue que, al parecer debido a una mezcla del clima, la alimentación y lo consustancial al propio código genético, en Hiseda, así como no hubo apenas casos de escrofulosis, enfermedades palúdicas o tuberculosis, ello a causa de la pureza y salubridad de estas aguas, sí se dieron bastantes de braquicefalia y también de raquitismo, lo que no significaba que por ser medio enanos fuesen tontos del todo y carecieran de mala leche y una relativa perspicacia para salir del paso. En cuanto a patriotas, lo que se dice patriotas, tampoco fueron nunca: más del treinta por ciento de los quintos que eran

llamados a filas acabaron como prófugos. Aspirantes a Corocotta, eso es lo que ya eran. Su estatura media, en el ecuador del siglo xx, era de poco más de metro sesenta y cinco, siendo el paisano más alto uno que medía metro ochenta y pico. Raro que no lo llevasen por ahí de feria en feria, por aquello de sacarle unos reales al gigantón, de quien dicen era un pedazo de pan aunque engullía como dos bueyes. O igual se trataba de que no era la época de los sobaos plastificados y los cereales sintéticos o transgénicos, como se les llama ahora, y que seguramente hacen crecer a base de tantos plásticos. Rarezas como la del enorme y musculoso *Tajahierro* eran eso, rarezas. Desde siempre fueron peculiares, qué iba a hacersele. En ese sentido, la tradición de corte carnavalesco que más parecía atraer a los chiquilines y la juventud hisediana desde tiempos inmemoriales era la del «Entruido», y consistía en que sus participantes se colocaban encima collares, campanos, cencerros y cascabeles o todo lo que armase escándalo. De esa manera recorrían una y otra vez las callejuelas del pueblo, montando un barullo de impresión que, si tenía cierta gracia durante un rato, a lo largo de las horas podía volverse insoportable.

Pero si en algo sobresalían los hisedianos en relación con los habitantes de los demás pueblos del valle de Rantroño era en su capacidad reproductora. De largo eran los de mayor índice de natalidad. En otras palabras: hablar hablaban poco, pero cardaban como conejos. Fue después, al ser el carde descremallado más difícil por cuestiones de moral y la obvia carencia de mozas tan altruistas como las de antaño, cuando les dio por el palique. Ésa era una de las teorías de Serafín: los hisedianos, prolijos en soltar sandeces y expandir rumores cual si de vilanos se tratase, cardaban con la lengua, sustitutivo del otrora varonil apéndice, al igual que la lengua, conocida como la *Sinhueso*. Y es que nada parecía causarles mayor deleite que su genuino orgasmo vital: poner en tela de juicio, ya ni siquiera denigración o injuria, cualquier hecho, cosa o persona que se les pusiese delante. De esto su padre apenas nunca le mencionó nada, como si supiera que Serafín terminaría descubriéndolo por sí mismo.

Burro padre, mientras pudo caminar, se limitó a llevarlo de paseo por las praderías de la Sierra, por la Miera, por Cacerón, por Santa Águeda, por las

Barcenías y Villordún, por los pastos de Morín y la Hoya, por Pilueco y Repalacio, por el Trenchorio y Bomballén, por Argumedo y los Castañares, por donde Meró, San Román y Santibáñez, por la Velía y la Guindalera, por Tarente y por el Pernal de Valdilagua, por la Bujera y Rebuiones, por Arnero y el Costaluco, por el Hondón de la Vía y lo de Regás, por Corona y Briagas, estación de solaz en aquellas caminatas. Allí, silenciosos, contemplaban las vacas hedas, llamadas así porque muchas de ellas eran terneras recién paridas. Y las nubes. Palabras, las justas.

Solía ocurrir a veces –tras esos largos paseos en compañía de su padre, en los que éste iba nombrando uno detrás de otro los lugares que veían– que Serafín ya dudaba si aquellos nombres oídos correspondían o no a la realidad, pues para él todos eran míticos. Temió equivocarse u olvidar en el futuro los nombres de muchos de esos sitios a los que *Burro* padre solía referirse, diciendo como sin darle importancia, pero muy serio, que éste era el mejor lugar para vivir, allá, en el monte, y para estar muerto, ahí, bajo los castaños del cementerio.

Capítulo aparte –y digamos esto para que no se emboten nuestras mentes confundiendo lo verosímil con lo deseable– merecerían los litigios que en Hiseda hubo con otros pueblos. En unos casos por terrenos de pastos que decían pertenecerles, cuando a menudo no era así. En otros por las fiestas. Ellos tenían la de Justo y Pastor, y no soportaban que lo que consideraban un arrabal habitado del pueblo, Niaderma, tuviese su propia fiesta, la dedicada a santa Leocadia, que sin duda tuvo que ser una mártir. Sólo que ahí, en Niaderma, estaba el colegio de las niñas, como siempre más espabiladas que los niños. Medraron las monjas en el obispado, y se montó una gorda. Eran otros tiempos, sí, pero tal vez los cambios no fueron sólo a peor. En el mismo y riguroso estudio llevado a cabo por ese paisano en el que se reconocía el carácter huraño, cuando no agresivo, de los hisedianos, también podían hallarse otras piedras preciosas de la ideología. Así, luego de hacer una apabullante glosa de las romerías y sus ventajas casi terapéuticas en lo concerniente a lo social, el autor se lamentaba: «Pero desdichadamente el modernismo y la civilización, palabras sinónimas de impudor, incultura y desvergüenza, empiezan ya a introducirse en el valle, escondiéndose en

salones oscuros y malolientes, y agrupándose en torno a la música horrible de los pianos de manubrio, para robar a las juventudes la lozanía del cuerpo y el vigor del alma. La ola invasora de afeminado modernismo que todo lo arrasa y lo iguala, tiende a acabar con las costumbres regionales, quitando a los pueblos el carácter que, cual sino de fortaleza, recibieron por herencia». Ni que se refiriese a las Juventudes Hitlerianas en lo alusivo a la lozanía y vigor, y a san Ignacio de Loyola en lo tocante a la fortaleza de espíritu. A lo dicho: más que un Corocotta escritor, ese paisano plumilla era un Torquemada de las tradiciones. Pero, aunque todo hubiera cambiado, en su esencia todo seguía intacto.

Eso pensaba Serafín ante un texto tan prolijo en estadísticas como en afirmaciones retrógradas, fechado en 1918. Qué hubiese sentido y escrito tan ilustre redactor de crónicas hisedianas en la época de las verbenas con pasodobles *yeyés* y *rock and roll* inundando de populachero horterismo, de porros a mansalva y calimocho a barriles, que era en lo que se habían convertido tales celebraciones en la actualidad. Verdaderamente, y bien pensado, el propio escritor, a su manera finolis, tenía todo el aire de un Corocotta de la pluma, pues que Serafín supiese nunca la palabra «civilización» podía ser sinónimo de «decadencia». Quizá por esa razón *Burro* padre siempre declinó la responsabilidad espiritual de explicarle a Serafín cómo se las gastaban aquí, en la certeza más que presunta de que su retoño acabaría comprobándolo en las propias carnes. Cosa a la que, como quien dice, iba chino chano y con paso decidido. Baste recordar la forma milagrosa en la que salió indemne tras su traumática experiencia como jurado en el concurso de coplas.

Verdad irrefutable es que hará un par de años Serafín atravesó una fuerte crisis de personalidad. Desde una ventana de la Casona donde vive, en concreto desde la buhardilla situada en una fachada frontal, se ven varias viviendas de Hiseda, las más alejadas del centro del pueblo, pero también, girando completamente la cabeza, tres o cuatro techos de casitas del *Barrio*. Como ya se dijo, está más cerca de este último que del núcleo de abajo, y cuando no tiene nada que hacer, o sea casi siempre, vuelve a abrir por enésima vez su trabajo científico nunca concluido para mirar esa primera hoja

que tapa un montón de folios perfectamente numerados, exactamente doscientos ochenta y cuatro, vuelve a observar con delectación la primera página y lee el título general que por fin ha decidido poner a su enciclopédica investigación, de momento suspendida, o quiere creer que aplazada, en lo que habría de ser el capítulo inicial de los diez que tiene pensados. Entonces, con amargura, comprende que lleva demasiado tiempo haciendo ese mismo gesto, y se siente como un perfecto imbécil. Sigue pensando que él podría ser, sin ningún tipo de problemas, el imbécil ideal de Hiseda de Arriba, dejando corto a *Pituco*.

Es duro admitir que se vive en un sitio así, sin apenas relacionarse con nadie mediante otra forma que no sea intercambiar sonoros monosílabos, cuando antes se ha llevado una vida normal, cuando, en el ámbito profesional, antes se ha emprendido, poniendo las bases necesarias para su inmediato desarrollo y posterior conclusión, un trabajo tan monumental como el suyo. Más monumental, bien lo sabe, que la Chorizada motivo de la futura bronca entre hisedianos. Y ello, mirar una y otra vez la primera página de ese trabajo de casi tres centenares de folios, de los que aún hay que trillar mucho, pero también añadir bastante, es una operación que realiza varias veces por semana. Y cuando está en plena crisis de valores como ahora, cada día. Algunas ocasiones se siente parcialmente satisfecho de lo hasta ahora realizado, pero otras, a qué negarlo, se ve como el tonto del *Barrio*, competidor directo de *Pituco*, sí, aunque con su estilo propio. Hoy mismo, poco antes de bajar a Hiseda a por la habitual compra en el Súper, volvió a mirar de reojo el voluminoso cartapacio, con plástico duro y transparente en la portada, leyendo:

*ESTRUCTURAS POLIÉDRICAS
DE LAS
PROTEÍNAS GLOBULARES*

Emitió un suspiro de alivio con indisimulables ribetes de orgullo. Al menos el título era, para los entendidos, claro, sugerente y conciso. Algo así, de conseguir acabarlo tal y como él pensaba, tal vez le abriera puertas que ahora mismo tiene por completo cerradas. Porque dicho trabajo, está

convencido, sería una auténtica bomba en ciertos círculos de la investigación. O no. Pero qué más da. Él fantasea creyéndolo así. Y vuelve a leer, por enésima vez, el arrobador subtítulo de la obra:

*(Una aproximación al espectro
operativo de los aminoácidos
y sus modernas aplicaciones
en Parasitología Molecular)*

¡Rediós, qué bien suena eso!, como dirían los brutos hisedianos, exclamaba Serafín para sí y embriagado por la propia musicalidad de los conceptos. Porque hubo una época en la que se sentía tan decididamente satisfecho de la labor que incluso, al mirar y reconstruir esa primera página de su futuro y casi faraónico trabajo, se creía a punto de peer de satisfacción. En realidad se trataba de algo más prosaico: dado el ingente volumen de horas de arduo y por lo general inútil trabajo, y libre ya del azote vegetariano de *Pitita*, llevaba meses alimentándose constantemente de latas de fabada, pisto manchego, lentejas con albóndigas, guisantes o garbanzos con beicon, embutido y poco más. Tercera fase gastronómica a la que se accedía tras superar la de las sardinas y mortadela primero, y huevos con patatas después. Debía tener el estómago y el intestino realmente tocados. Gases y retortijones a todas horas. Pero estaba también lo otro, esa sensación de que en cualquier momento vas a pedorrearte sin parar. Nunca ha vuelto a ocurrirle, porque reguló un poco más su régimen alimenticio, y ahora hasta procura cocinar. Hacerlo para él solo le da pereza. Cocina una vez por semana, si puede. Luego congela lo cocinado. Así va tirando. No sabe la razón, pero acaban estropeándosele la mitad de las cosas. Y reconozcámoslo por él: ¡cómo echa de menos aquellas recetas vegetarianas de *Pitita*, que entonces llegó a considerar una abdicación de sus instintos y apetitos a todas luces carnívoros!

Últimamente ha caído de nuevo en las afiladas garras del desánimo y, por esa causa, enfrentarse aunque sea a la primera página de su trabajo no le inspira precisamente buenos sentimientos, que digamos. Sabe de sobra, y para su desgracia, que de esos casi trescientos folios, muchos, por no decir la mayoría, están escritos utilizando un interlineado muy ancho. Y con bastantes

huecos en blanco, es decir, demasiados. Y con innumerables citas. Él no va a ser mezquino y escamotear papel. Vamos, que una buena parte de ellos se los lleva íntegros la bibliografía que ha usado, o sea, que piensa acabar usando. De hecho, aunque las menciones bibliográficas y demás artificios eruditos suelen ponerse al final de una obra, Serafín decidió cambiar la cosa empezando su trabajo por lo que usualmente es la conclusión del mismo, situado ahí, al final precisamente, para que el lector pueda realizar una cómoda y eficaz consulta si lo desea.

Por aquello de laborar a la hisediana, optó por empezar por el final, o lo que es lo mismo, clavar de entrada la relación de una cuantiosa bibliografía que presuntamente iba a utilizar a lo largo de dicho trabajo que amenazaba ser una especie de *Vademécum* en el campo de las proteínas globulares, algo tan vasto y ambicioso que incluso llegó a imaginarse, aunque eso fue en otro tiempo, probándose el frac para la ceremonia de recepción concedida a los premios Nobel, porque ahí iba a tener *su* Nobel esperándole. Evidentemente, ahora no se sentía ya tan *Pituco* como para tragarse su propia fabulación, y sabe que decidió eso para darse ánimos viendo cómo crecía el montón de folios, aunque casi todos fuesen de bibliografía y notas varias.

Aun reconociendo del todo la verdad por dolorosa que ésta sea, para mostrarse auténticamente sincero o por lo menos no engañarse igual que un tonto como *Pituco*, justo será admitir que por mucho placer que hasta ahora le haya proporcionado tomar entre sus manos ese considerable montón de folios y pasarlo rápidamente entre los dedos como si quisiera abanicarse, recorriendo con las yemas el canto del montón, de ahí, entre pitos y flautas, puede decirse que suyo, suyo realmente, no hay tanto. Le entran sudores fríos cuando lo piensa con detenimiento e intenta establecer un cálculo aproximado. Que si huecos, que si márgenes cada vez más espaciados, que si citas, que si capítulos y subcapítulos con floripondios a modo de adornos. Se marea al proyectar su imaginación en la cruda realidad o al comprobar cómo ésta se introduce cual cuña en lo que no deja de ser una quimera: impreso en libro y libre de morralla o trucos, *eso* podía quedar en apenas cuarenta o cincuenta páginas de nada. Y de ahí, verdaderamente *suyas*, unas veinte o veinticinco. Qué fiasco, masculla entonces con tristeza y el ánimo por los

suelos. Pero es que, pese a contar con ciertas condiciones idóneas para el trabajo de suma concentración que necesita, a saber, soledad absoluta y horas a porrillo, también es verdad que sería ineludible acudir a bibliotecas, consultar archivos o datos de recientes investigaciones. Él está casi totalmente desconectado, lo que constituye un verdadero problema. Y para qué hablar de determinados artilugios tecnológicos sólo existentes en los más modernos laboratorios. En el fondo se pregunta si todo ello no es una excusa para no seguir con su trabajo, o para hacerlo con tan desesperante lentitud. Bien sabe que, decidido a trabajar, podría hacerlo avanzando en otros aspectos que no implican el uso inevitable de los instrumentos y materiales de los que carece, pues también le queda una enorme labor teórica por desarrollar.

Estudio, estudio y más estudio: de eso se trata. Podría haberse instalado ahí, en la Casona, un moderno sistema de trabajo que le permitiese acceder a todo tipo de fuentes, pero ello supondría dinero, y con lo poco que viene ganando duda que le diera para eso. Además, se le ha metido en la cocorota que él es un hombre antiguo. *Conectarse* supondría asesinar su ideal de aislamiento. Ve el tema económico con creciente preocupación: está próximo el momento en que liquide por completo lo que heredó de su padre, con lo que sólo le restará el alquiler del local. El *Burro* antecesor invirtió en esa casa todo cuanto tenía, e incluso lo que no tenía. Lo hizo así para dejársela a Serafín, pero de la casa no se vive, más bien al contrario: la Casona, pese a lo mucho que él evalúa y controla cada desembolso, precisamente por lo deteriorada que está, es un auténtico desagüe de dinero.

A veces Serafín se siente tan hundido en el tedio que hasta echa de menos la época en que, para ganar algo de dinero compensando así los donativos periódicamente enviados por la madre de *Pitita*, lo cual iba humillándole cada vez más, daba lecciones particulares de matemáticas a críos especialmente «complicados», lo que en su protocolo verbal significaba «tontos del haba». Pero verdad es que era suficiente recordar apenas unos instantes aquellos tiempos para disuadirse en el acto de que antes preferiría que lo enterrasen vivo a volver a pasar tamaña mortificación. Y es que no tuvo suerte, que digamos. ¡Menudos cuatro pollos que le tocaron en desgracia! Se llamaban,

nunca podrá olvidarlos, Cristobalín, Jenaro, Ismael y Julito. Todos en esa edad crítica que está entre los ocho y los doce años. Todos negados para hacer la O con un canuto. Y él, pese a tener los nervios de acero, iba descomponiéndose clase a clase. Eran los campeones del suspenso, unos negados a porfía.

A Cristobalín, de unos once años, Serafín lo llamaba en secreto la *Plañidera*, pues éste lloraba y se sorbía los mocos constantemente. En cuanto se enfrentaba al menor problema, fuese de matemáticas o no, por ejemplo que no apareciera el lápiz o el bolígrafo con el que solía trabajar, allá que el criajo empezaba a lagrimear de modo desconsolado y entre aparatosos hipidos, mordiéndose las uñas frenéticamente, casi hasta arrancarse las yemas de los dedines, tan nervioso se ponía. A él le daba pena, pero al final ya le sacaba de quicio con sólo verle. El crío se quedaba clavado literalmente ante las ecuaciones, fuesen de primer o de millonésimo grado. Un caso. Ver una ecuación y ya tenía demudado el color de las mejillas, así como los ojos arrasados de lágrimas: todo un Fermat. De hecho, Serafín le daba clase de recuperación, lo que tratándose de Cristobalín era como hacerle el boca a boca a un muerto. Acabó decidiendo que no podía más y que lo dejaba. Con el tiempo el chaval se dedicó a las vacas. Su destino.

Jenaro estaba en las antípodas: era el clásico gallito vocacional a quien Serafín llamaba *Nomedalagana*, apodo con el que se explica el carácter del crío, y también revela que él mismo, sin ser consciente, había caído en el vicio hisediano de ponerle un mote a todo quisqui. Este chaval se quedó estancado, que cada uno parecía tener su punto flaco, en las raíces cuadradas, aunque si para Jenaro hubieran sido redondas o triangulares hubiese sido lo mismo. Era ver el signo de la raíz cuadrada y poner cara de quien busca camorra, como si no le gustase esa especie de uve mayúscula con visera. Y a la que le forzaba un poco a razonar, pues hasta ese punto sí habían llegado paso a paso, se le cruzaba como un torito bravo. Lo peor era que además de esos ademanes violentos, luego, el muy canalla, en cuanto aparecía alguno de sus padres modificaba la actitud adoptando un aire de pacífica incompreensión, como si aquel salvaje de profe particular estuviese torturándole. Un perfecto cabrito. Un actor que, sin ser Lawrence Olivier

interpretando *Hamlet*, daba el pego. El *pego* iba a darle él si pudiera. «Divide esto», le pedía Serafín casi por favor, y el chaval, farruco, insistía en que él lo que quería era ser piloto de aviones. «Supersónicos», añadía, y para hacer eso no le harían falta las matemáticas. Se equivocaba, aparte de que, pese a ser tan jovencito, tenía porrón de astigmatismo y cinco dioptrías en cada ojo. Pero allá él. Al final, sabiendo que Serafín estaba a punto de ceder e irse, tensó la cuerda. Según se quedaban a solas en su habitación, y en cuanto él le decía: «Venga, Jenaro, saca el boli y tu cuaderno», el otro le soltaba entre dientes «Nomedalagana», y sonreía con malicia. Lo último que supo de Jenaro es que, a diferencia de Cristobalín, aquél se dedicó a montar una granja de pollos. Al menos con ellos no tendría que hacer raíces cuadradas.

Ismael, a quien Serafín bautizó interiormente *Hegel* debido a su obtusa capacidad de razonamiento dialéctica –aún al nivel de renacuajo en la charca–, se caracterizaba fundamentalmente porque, se le hiciera la pregunta que se le hiciese, el niño solía contestar de manera invariable con una pregunta al estilo de: «Pero ¿y si le resto la mitad del total?». Él se desesperaba. «No te pido que restes nada, sino que hagas lo que te digo. Luego, si quieres, ya restaremos lo que sea.» Y el otro: «Vale, pero ¿y si le sumo el doble de...?». Desesperado, a Serafín una vez se le escapó: «Oye, otro día jugaremos a Mozart, pero hoy hazme esa multiplicación». A lo que el crío le preguntó cohibido: «¿Qué dice usted de mozas?». Para tirarse al Pábenes con los bolsillos llenos de piedras. En realidad parecía medio catatónico, y su frontera mental insuperable eran los quebrados, un genuino quebradero de cabeza para el crío, un auténtico edema cerebral, una embolia gigantesca en su cabecita asustada. Éste, al menos, aparentaba tener voluntad, a diferencia del caradura de Jenaro. O eso o lo disimulaba a las mil maravillas en un alarde teatrero. Pero es que llegó un momento en el que era el propio Serafín quien, cayendo en la trampa argumental que el niño le tendía una y otra vez en cuanto le hacía cualquier pregunta, ya empezaba a plantearse a sí mismo cuestiones de índole dialéctica, quedando como absorto ante el a su vez atemorizado niño, quien nunca pudo imaginar que su poder suasorio a base de preguntas completamente fuera de lugar llevase al profe a tales cotas de enredo mental. Como estaba cantado, suspendió en la repesca y después

en la otra repesca. Ismael, que quizá hubiese podido tener futuro como profesor de Filosofía Pura, o de Yoga, a saber, terminó no cuidando vacas o pollos como sus homónimos en torpeza, sino en la fontanería, disciplina tan digna como fatigosa pero en la que tampoco parecían necesarios los quebrados.

Julito, el crío de menor edad, fue su último experimento y su Némesis pedagógica. Era el *Poqué*, pues ante absolutamente todo lo que un ya curtido y paciente Serafín le exponía, aunque se tratara de los temas más fáciles de resolver, él preguntaba con hondo sentimiento: «¿Poqué?». Y a veces, esa «e» final se prolongaba amargamente, como en una pieza de canto gregoriano. Serafín terminó por mosquearse de veras. Aquello le superaba, llevándole al borde de la desesperación, pues no entraba en los parámetros de lo comprensible que si le preguntaba al chaval: «A ver, Julio, tranquilízate y piensa cuántos son sesenta y tres más cinco», el niño, a menudo también a punto de la llantina como Cristobalín, le espetase en un gemido: «Poqué». Un día Serafín le gritó: «¡Poque lo digo yo, cagüen todos los santos!». Frase amenazadora ante la que Julito, hundido en las simas del más férreo de los bloqueos en la sesera, siseó un agónico: «Ti... pero... ¿poqué?». Realmente no entendía nada de nada. Como si fuese un paramecio. Éste, por no poder, no habría ni podido dar clases de Yoga, pues no sabría decirles a sus alumnos, para empezar: «Sentaos con los ojos cerrados» o «Respirad profundamente». Nada, un cero a la izquierda. Algo insólito y mucho peor que los otros tres juntos. A Julito, que era el más bondadoso, se le atragantaron las sumas, y no digamos las restas o las multiplicaciones, todo. Sí, aquello era un paramecio de treinta y tantos kilucos. El nivel de su alumnado, como se ve, iba descendiendo de forma alarmante. Serafín llegó a preguntarse si a este paso no terminaría por verse obligado a dar clases de matemáticas a una vaca, o a un pollo, o a un destornillador.

Una tarde, muy alterado pero aún dueño de sus actos, se vio a sí mismo salir como un autómatas del cuarto de Julito y, dirigiéndose al salón donde estaban sus padres viendo la tele, les comentó en tono pausado:

–Verán ustedes, en mi humilde opinión su hijo lo que necesita no es un profesor de matemáticas...

–¿Qué pues? –preguntó el padre extrañado, ya que debía considerar a su niño una especie de Oppenheimer en ciernes, pese a los repetidos fracasos de las notas escolares.

–Un psiquiatra... –se oyó la voz traqueal de Serafín. Y, pese a costarle lo suyo, lo había dicho convencido, creyendo que eso era en verdad lo mejor para Julito. Fue entonces cuando el hombre, un tiarrón que hacía como dos de los normales –no era 1918– se levantó hecho una furia y bramó tartamudeando:

–¿Que Julito ha de ir... de ir... con una maestra...? –amenazó mientras avanzaba en dirección a Serafín, quien pensó que no iba a salir vivo de aquel saloncito.

–¡No, ha dicho al pediatra, marío...! –le corrigió la madre. Y menos mal, pues tal error auditivo pareció aplacar un tanto los ánimos encendidos de su esposo.

A Serafín ya no le importaba lo que hicieran con él, como si querían hacer carne picada para albóndigas, pero eso era un decir, claro. Había que salir de allí, y pronto. Se sentía desbordado incluso para pensar y explicarse con coherencia. Por un momento quiso decirles que ellos tenían razón, que lo que necesitaba Julito, muy buen chaval y muy filósofo por cierto, no era un profe de matemáticas sino una maestra del alma o un pediatra del cerebro. Y para sí concluyó: a ser posible dedicarse a las vacas, los pollos o los ladrillos, y con una lobotomía como las de antes. Pero aquel matrimonio, con Julito observando la escena amparado tras la puerta del salón, lo cual empeoraba las cosas, parecía haber entrado en barrena. Parecían entenderlo todo.

–Pues si hay que llevarlo a un psicólogo de esos durante una temporadilla, se ve la cosa y ya está... –repuso conciliadora la madre, quien por fin había comprendido, pese a su confusión inicial, además de que debía saber lo negado que era su hijo para los números, así como que –seguramente ya desde la cuna y sus primeros escauceos verbales– el chaval a todo contestaba «Poqué», para desesperación de sus interlocutores. No supo de dónde sacó fuerzas, pero Serafín se vio diciendo en apenas un murmullo:

–Tal vez un logopeda...

Bueno, la que liaría. Algo ensombreció en el acto la faz del padre, que

debía haber entendido a saber qué espanto. Pronto pudo oírsele:

–¿Mi chaval..., qué dice de una nena que se tira pedos...? ¡Pero este tío está loco...! –Parecía tan estupefacto por aquel vergonzoso descubrimiento que ni energías tenía para coger a Serafín y estrujarle con una mano la nuez del cuello allí mismo. La esposa se interpuso, una vez más providencial, recordándole a su marido que ellos ya sabían desde siempre que Julito no fue una lumbrera para los estudios, y que tampoco era para ponerse así. Instintivamente estaba haciendo causa común con Serafín, y eso lo salvó, pues la bestia se aplacaba por momentos.

–Así que el crío... –preguntó el padre, aún con visibles signos de enfado en el rostro–, según usted, claro... –se negaba a darlo por hecho–, según usted..., no vale mucho para los estudios... –Serafín asintió, pero procurando conferirle a su cara un rictus de abatimiento, como si se tratase de su propio hijo y no del de ellos.

–Inútil –sentenció apesadumbrado.

En alguna parte debía estar escrito que Serafín era un consumado experto en meter la gamba, porque de nuevo las cejas del padre se arquearon de rabia. Y encima cerró aquellos puños como mazos.

–¿Mi hijo un... inútil?

De nuevo la esposa tuvo que poner orden, explicándoselo:

–Un inútil no, sólo para las matemáticas... –Y Serafín que pensó: «Si ustedes supieran», pero optó por el silencio, mordiéndose la lengua. De pronto, cuando parecía ya superada la situación, la madre volvió a la carga, pero lo hizo con un golpe bajo que Serafín no esperaba:

–¿Tan burro es?

Era como si el Diablo le hubiese puesto aquella frase en la boca, para tentarle. Serafín –y según lo hacía ya iba arrepintiéndose– tardó una fracción de segundo en contestar mientras rememoraba, también en una fracción de segundo, la boquita de piñón de Julito contraída por la incertidumbre y la angustia, diciendo una y otra vez *Poqué*.

–Más...

Y es que se había abierto la esclusa de su paciencia. El dique reventaba.

Entonces sí que llegó el mal momento. «¡Largo de aquí, burro de los

cojones!», expectoró el padre haciendo un gesto de ir a por él. La madre, que por suerte estaba alerta, se interpuso otra vez. Un séptimo sentido, dado que los otros cinco anteriores, incluido el sexto, estaban embotados por el ridículo, le dijo a Serafín que debía salir de allá casi a la carrera, cosa que hizo sin vacilar. Cuando por fin se vio libre, vivo y en la calle, aunque sin cobrar esa última clase, miró al cielo en señal de agradecimiento. Empezó a caminar, conteniendo a duras penas el temblor que lo sacudía, y se preguntó en voz alta: «¿Poqué?».

¿Poqué tenía que pasar por ese rabiadero, él, todo un Hombre de Ciencia, y tampoco precisamente rezagado en Humanidades? Nunca más lo haría. Antes se dedicaría a ganado o lo que fuese.

Lo cierto es que lo de Julito fue muy triste. No se dedicó ni a las vacas ni a la construcción, sino que ayudó a su padre en la herrería en la que éste trabajaba desde siempre. Así que andaban todos medio sordos. Pero una noche, mientras padre e hijo iban en auto, un tren de mercancías los arrolló en pleno paso a nivel. Serafín, a quien la noticia afectó considerablemente, pudo imaginárselo en ese instante crítico, ante la duda de si el enorme y rugiente tren iba a alcanzarlo o no, haciéndose una vez más la gran, la única, verdadera pregunta de su vida. Y allí se quedó entonces el aún demasiado joven y dubitativo Julito. Quince años de «poqués» estrujados entre un amasijo de carrocería.

En fin, rumía Serafín para serenarse cuando la inquietud aprieta, ya verá cómo ir sacando las castañas del fuego sin chamuscarse los dedos, porque a este paso, y dentro de un tiempo, como no se dedique a comer tipo *Pitita* lo que dan los árboles del valle, castañas por ejemplo, o bellotas, así como moras o arándanos, no sabe cómo va a sobrevivir, porque lo del alquiler del local siempre pende de un hilo. Lo cierto es que espera desde hace casi un año que le llamen de una importante editorial para coordinar una Enciclopedia de la Ciencia por fascículos que pretenden hacer. La cosa era segura, o eso creía, pero se demora insidiosamente. Y después, si se deciden a hacerla, la querrán en un cortísimo plazo de tiempo y sin ningún error. Esa espera le rompe en pedazos la concentración, quebrantando su espíritu creativo elemental para proseguir con la obra, su obra prácticamente aún no

empezada. Así, ha acabado cayendo en un peligroso círculo: también él, como los *Corvatos* cotilleando en el banco de piedra de *Donde Frasio* u otros paisanos empinando el codo en la barra mugrienta del bar del *Legañas*, así él, aunque en otro orden de cosas, apenas da ni clavo.

Y fuera excusas: los remordimientos se lo comen vivo. Esto va a días, según el peso de su culpa inclina la balanza hacia un lado u otro. Hay mañanas en las que al despertar se siente una especie de genio más en ciernes que incomprendido, pues esto último implicaría sin el menor género de duda que se siente genio, en efecto, cosa que verdaderamente está muy alejada de la realidad. Lo que pasa es que, entre hisedianos, cuesta ímprobos esfuerzos no sentirse genio, aunque sea por el mero hecho de pensar. Es decir, de pensar con la cabeza, no con la lengua, el estómago, los genitales o los puños, que deviene asunto hartamente distinto.

Otras mañanas, sin embargo, nada más abrir los ojos recapacita con inmensa pena acerca de la inutilidad de su vida. Entonces busca mil y un pretextos para llenar el día, que de nuevo se presiente hostil. Entonces, por supuesto, pensar que depende de ese escaso patrimonio familiar le produce tanto agobio que incluso, aunque cree que está mal reconocerlo con tanta sangre fría, añora a *Pitita*. Porque *Pitita* aportaba lo suyo, económicamente, a la vida en tanto pareja. Como queda dicho, nunca dejó de recibir ayuda de sus padres, conscientes, a su pesar, de que de la convivencia de una pintora conceptual con la cabeza llena de pájaros y un seudo científico en paro al que siquiera nadie vio nunca vestido con bata blanca, no podía salir negocio lucrativo alguno. Aunque a él no le gustase en absoluto la circunstancia de saberse ayudado por la generosidad de *Mamen Noguerales*. También es verdad que la madre de *Pitita* nunca llegó a imaginar la dimensión que cobraría lo de tener una hija «con la cabeza llena de pájaros», lo que tratándose de la Casona adquirió caracteres de realismo trágico.

Debieron celebrarlo con *champagne* y ostras cuando ella apareció en la casa familiar diciéndoles que, esta vez sí, había roto definitivamente con Serafín. Y es que *Pitita*, bien pensado y pese a su aspecto de opositanda nata a irse a vivir a Katmandú o a una comuna naturista, también tenía su aquél de pija vocacional, aunque se resistía a ello. O sea: tal vez su destino era acabar

siendo una pija semiintegrada de primera, cosa que quizá nunca llegase a exteriorizar por completo, pues había estado mucho tiempo en «el otro lado», como decía Serafín. O al menos eso quería pensar. *Pitita* se apellidaba Vicálvaro Noguerales, y por la parte de la *Mamen* Noguerales le venían unos fuertes, aunque por fortuna efímeros, sarpullidos de indecible pija. Sin ir más lejos, *Pitita* tenía cuatro amigas inseparables desde la época del instituto, y luego en la Facultad de Farmacia. Sus nombres ya decían bastante: *Tita*, *Piti*, *Memé* y *Cuqui*. Debían ser las Rolling Stones del petardeo más feo, como si las viera. Aquello –y Serafín no las vio juntas más que en un par de ocasiones– era, descontando a la propia *Pitita*, quien hasta desarmonizaba del sublime conjunto, toda una Tetralogía de la Pavez. Algo wagneriano, insoportable por lo cursi y blando. Vamos, como el Oro del Rhin de la Necedad, o el Anillo del Nibelungo de la Bobaliconería. Ese tipo de gente que iría a buscar una cafetería que se llamase «Jockey» al último rincón del mundo, y que se dejaría matar por la equitación, el polo, el tenis, el esquí normal en invierno, y sobre todo el acuático en verano, o diversiones por el estilo.

La tal *Memé*, en concreto, era digna de sufrir un tratamiento rápido y efectivo por parte de alguien como el *Rojo*, o mejor aún, por el *Negro*. Algo insufrible. Engreída y amanerada hasta la náusea. Las otras tres no daban tanta grima: tenían simplemente muy agudizado un innato sentido de la idiotez crónica que, sin embargo, a veces quedaba paliado por su simpatía, o más bien su sentido del humor, infantil hasta lo disneyano. A su lado, eso sí había que reconocerlo, y pese a ciertos brotes de pedorrez imperdonable, *Pitita* –no obstante su apodo y ese vomitivo elenco de amigas, hacia las que ella siempre tuvo palabras de justificación y hasta de cariño– parecía una guerrillera maoísta, aunque vestida con un mantel de motivos florales, así varios meses al año, y en invierno con un jersey de lana que debía ser varias tallas mayor de lo que necesitaba. Lo dicho, una bohemia con el mapa genético cruzado y un sistema de valores totalmente desvirtuado, pero que a pesar de todo había querido independizarse, lo cual ya era meritorio. Su caos mental y anímico resultaba previsible, aunque durante algún tiempo Serafín se negase a verlo. El caos, la macedonia de ideas y deseos que la acosaba sin

tregua ya latía ahí, llamando a la puerta de la Casona casi cuando ellos llegaron a instalarse.

Con el salto cualitativo hacia el arte más ferozmente conceptual y abstracto que pueda imaginarse, que realizase *Pitita* al principio, así como con su posterior evolución hacia lo paisajístico y figurativo en los fatídicos últimos meses, se demostró todo ello indicativo de que se hallaba en plena hecatombe interior. Estando de los nervios fue como creó aquellas acuarelas, más patéticas que desgarradoras, más sinceras que infames, con mensajes rebosantes de inmadurez. Cómo sería que a veces llegaba a reírse sola mientras trabajaba con ellas, en la habitación que habían destinado a ser su taller de pintura. Él, al oír esas carcajadas proferidas en soledad mientras *Pitita* pintaba con todo lujo de detalle y con un énfasis casi homicida lo que hasta meses antes había supuesto para ella la mayor de las abominaciones estéticas, la más asquerosa traición de su credo pictórico con carácter mineral, es decir: vacas, cabras, potros, gente faenando, carromatos, almiares, cuadras, pececillos y árboles, nubes y soles, estrellitas, en fin todo muy pastoril y lindo, él empezó a pensar: «Uy, uy, uy... que la *Churri* se me está yendo». Y entonces no pensaba que, en efecto, la *Churri* pronto iba a acabar yéndose físicamente, con sus cuadros, sus maletas y sus conejitos de peluche, aunque por suerte se dejó determinados libros y algunas sorprendentes recetas de cocina. Lo que se le iba era el tarro, como decían en el pueblo. Por ejemplo, el *Negro*, tenía el tarro muy frío. Eso oyó alguna vez. Y para qué decir el *Dalle*. Ése lo tenía helado. Sin embargo, *Colás*, el corvato *Verde*, lo tenía caliente. También lo oyó en el *Legañas*.

Últimamente Serafín cree tener el tarro en pleno proceso de despresurización, como puede suceder dentro de los aviones. En realidad ese término es algo que inspira temor a la gente, que enseguida piensa en una desgracia o funesto percance. No es ésta la mejor época para él. A menudo se sorprende a sí mismo inmediatamente después de haber tenido uno de esos pensamientos despresurizados. Por ejemplo, cuando piensa en la amplia ventana de la buhardilla desde la que se ve tanto parte de Hiseda como del *Barrio*, y que es su puesto de observación privilegiado, de espionaje. Pese a ello, no ve prácticamente a nadie, pues la gente no suele andar por los tejados

y, aunque él enfoque hacia allí su telescopio de mediana potencia, no suele ver más que eso: tejas y más tejas, o alguna que otra chimenea dejando escapar sus penachos blancos e inmóviles. Porque las verdaderas intrigas se urden, desde tiempo inmemorial, dentro de las casas, no sobre ellas.

De modo que espía no sabe qué o a quién desde ese ventanal. Hay otro que da a la entrada, y ahora recuerda que está situado en una especie de fachada lateral de la Casona construida por *Burro* padre con tanto esfuerzo y privaciones. Pero Serafín no deja de pensar simultáneamente que de nuevo ha caído de lleno, por mucho que intente luchar contra eso, en otro pensamiento despresurizado: «fachada lateral». Seamos serios: hay una visceral incongruencia en esos dos conceptos, ya que «lateral» indica, y aquí no hay apodos que valgan, que algo está situado justamente en un flanco, en el lado de algo que tiene parte frontal, o sea la «fachada». Es como hablar de una recta curvada, por ejemplo. Y es que duda ya de todo. ¿Podría tratarse de una especie de dislexia campestre? ¿Se estará volviendo loco, como casi ocurrió con *Pitita*?

No es tan fácil el tema, ni hablar. Según el esquema mental de la saga de los *Burros*, sólo un *Burro* podía construir una casa como la que logró levantar su propio padre tras más de veinte años de tenaz labor de zapa, traída una piedra de aquí, una viga de allá, poseyendo cada pieza de esa casa su particular historia y su no menos complicada enjundia. De ahí el valor sentimental de la misma para Serafín. Según dicho esquema, por tanto, un *Burro* había de construir una casa más cómoda o incómoda, más fea o más bonita, más grande o más pequeña, pero en última instancia distinta. En concreto: fundamentalmente opuesta, en cualquier sentido, al resto de las casas del pueblo. Ahí estaba la clave del asunto. De ahí esa especie de «fachada lateral» y otras rarezas de la Casona, que tienden a confundirle más de lo que ya está. No se negará que la Casona alberga un cierto aire de locura. O así se lo parece a él, sabedor de todo lo que se cuece dentro.

En fin, que a las locuras se las lleve el aire.

Por suerte, en un valle como el de Rantroño siempre soplan los vientos. En invierno, principalmente, lo hacen con una violencia que asusta a los forasteros. Por tanto, y según lo lógico, todas las casas se habían construido

orientadas hacia un sitio u otro, pero de modo prácticamente uniforme. Unas situadas junto al río, para aprovecharse de su paso. Otras, junto a varias fuentes y manantiales, para lo mismo. Así desde tiempos lejanos. Igual en Hiseda que en el *Barrio*. Allí empezaron a habitarse cuadras como viviendas, y luego ya a construirse nuevas casas, orientadas mayormente para protegerse del viento y también con una cierta uniformidad. *Burro* padre hizo justamente lo opuesto: edificó la Casona sobre el risco de una colina de casi imposible acceso, por lo empinada que estaba en la época. Su fachada no se hallaba dirigida hacia donde lo hacían el resto de casas del valle, sino en una dirección absurda. Como si diese realmente a ninguna parte, ni al norte ni al sur, ni al este ni al oeste, sino a sí misma. Era una casa, por expresarlo en términos arquitectónicos-fisiológicos, construida en torno y para su propio ombligo. De haber estado correctamente construida, desde la fachada natural de la Casona ahora Serafín podría admirar gran parte del valle de Rantroño, así como el pueblo de Hiseda en su totalidad. Pues no: había que hacer curiosas acrobacias y poner en peligro el espinazo para atisbar, tan sólo, parte del valle, parte de monte, parte de la zona de los prados, parte del pueblo, parte del *Barrio*, e incluso, lo cual resultaba lo más inverosímil, parte del cielo. Aunque de hecho, al agitarse los árboles que la circundaban se veía todo. Era como si la hubiese construido en una ligera inclinación y mirando un poco hacia abajo, casi oblicuamente girada. Una locura. Pero, no obstante, *Burro* padre había hecho eso a conciencia, estudiando cada detalle, seguro que incluso refocilándose en unos pormenores que, cuando menos, convertían en original e irrepetible esta Casona que ahora amenazaban con quitarle a Serafín por mor del supuesto progreso –ésa era la durísima realidad que esperaba recibir en cualquier momento por correo certificado– y también ello contribuía a hacer más doloroso el asunto, ofreciéndole una indemnización que se le antojaba insultante. Había decidido no pillar un berrinche por el asunto hasta que tuviese datos fiables. Una forma como otra cualquiera para esconder la cabeza bajo el ala: el signo de su vida.

Pero es que, al igual que pasa con ese pensamiento despresurizado de admitir mentalmente como algo normal y lógico el concepto de «fachada lateral», en la última época acostumbra a tener otros muchos, y con

demasiada frecuencia. Como si, en efecto, todo en él estuviera despresurizándose a pasos agigantados. Incluso su lenguaje, además de menguante y cada vez más pírrico, ha ido cayendo en una paulatina despresurización. Se da cuenta al observar que pasan las horas, los días, las semanas, los meses, los años, y casi todo su discurso de supervivencia consiste en decir varias veces por semana, ni siquiera tantas, tres palabras que definen el bagaje lingüístico de los hisedianos, el tesoro que pauta su riqueza oral: «Bueno», «venga», «a ver».

Aunque la cosa tal vez no sea tan sencilla como a simple vista parece. Porque después está la riqueza oculta que anida dentro de las riquezas visibles, como el diamante en el interior del carbón o una bonita joya dentro del cajoncito de la cómoda.

«Bueno» en realidad es una expresión que los hisedianos utilizan para casi todo, pero fundamentalmente a modo de saludo. Viene a significar «Hola», «¿qué hay?», o incluso «encantado de saludarle». Sólo que ellos lo pronuncian de forma particular, mediante una especie de hábil chasquido gutural y con una acentuación sostenida bastante difícil de definir. Algo así parecido a: «Bueeeenooo». Como una cabra quejándose en el veterinario. Pero resulta útil, porque termina evitándote varias y enojosas conversaciones acerca de nada, dado que a su manera dicha expresión lo resume todo.

«Venga» indica una mayor sutileza, así como un número indeterminado de ricos y coloristas matices, siempre que se pronuncie como hacen ellos: «Veennga...», aspirando casi la «a» final. Otras veces, por el contrario, dicen: «Vengaaa...a», y luego parecen aspirar el definitivo silencio que resta tras esa última vocal. Suena muy afectuoso, aunque igual están clavándote mentalmente un cuchillo por la espalda. Traducido, vale por: «¿Qué tal van las cosas?», o algo que se diría mirando directamente a los ojos con una amplia sonrisa, y que llevase implícito un emotivo: «Espero que bien».

«A ver», aunque parece ser preciso, habría que ponerlo con puntos suspensivos. Ese «A ver...» es lo más complicado de asimilar, pues los foráneos y poco acostumbrados a dicho lenguaje sin apenas vertebración pueden creer que realmente hay algo que es necesario ver. Como aquellas ya aludidas hisedianas que ante la acuarela de *Pitita* memorablemente titulada

Cuando habla la hierba se preguntaban unas a otras, intranquilas: «¿Cuándo?», «¿dónde?», «¿y qué diantres dice?». Esa expresión, «a ver», la mencionan la mayoría de hisedianos para decir «adiós», pero también podría significar: «Hasta luego y a cuidarse». Claro que, bien pensado, podría significar incluso: «Sí, te he visto, de modo que... *ojito*».

Todo ello, sigue deduciendo Serafín, lo expresan sintetizado con un primor que ya quisiera él para su trabajo sobre las dichosas proteínas globulares. Ha llegado a asistir varias veces al instante irreplicable en el que el lenguaje oral y la comunicación alcanzan su más alta cota de esplendor y, tras coincidir con un paisano en el pueblo, comprobar cómo éste, en apenas el tiempo que dura el acto de cruzarse en una calle, le decía: «Bueno, venga, a ver...», para seguir su camino tan tranquilo. Él mismo tira de esas tres coletillas con asiduidad. Y es que le sucede algo con lo que antes no contaba: está hisedizándose. Piensa que, ya puestos a economizar saliva y fósforo cerebral, además de urbanidad y ganas de hablar, sería interesante idear una onomatopeya mono o a lo sumo bisilábica que unificase las tres expresiones hisedianas por excelencia. Por ejemplo: «¡Quiá!», o algo similar. Que después uno haga o deje de hacer muchos aspavientos e inflexiones, o se saque la boina o mueva la cabeza, o se postre genuflexo ante el vecino con el que se cruza, si éste muestra postín, eso es casi lo de menos. Lo fundamental, deduce, sería el grado de intencionalidad e intensidad con la que se dijese ese solitario «¡Quiá!», sobre todo sabiendo que puede tratarse de lo único que uno va a pronunciar en voz alta en un día entero.

De modo que Serafín se cruza con el tontainas de *Pituco*, sin ir más lejos, y éste, risueño, acostumbra a decirle lo de siempre: «Eh, camarada, ¿tienes un cigarrillo?, y él, todas y cada una de las veces le contesta idéntica frase: «Hola, Pituco. No, no tengo cigarrillos, ya sabes que fumo en pipa», y entonces, tras darle unas monedas para que se compre cigarrillos, o lo que quiera, se siente casi definitivamente feliz, transportado por un suave sentimiento de gratitud que sin duda le provoca tan extraña acumulación de palabras en su propia boca, exactamente doce, aunque por lo general sean cada vez las mismas en dicha situación y ante idéntico personaje. A veces *Pituco* contesta: «Es verdad, en pipa...», y Serafín asiente, complacido, como

si a su vez cobrara conciencia súbita de cierta capacidad comprensiva por parte de *Pituco*.

Ha olvidado tanto los mecanismos esenciales del acto de comunicarse con los demás –pues cierto parece que tampoco aquí haya demasiadas cosas que comunicar a nadie o que a él puedan interesarle– que alguna vez, al recibir una inesperada llamada telefónica, se ha quedado literalmente sin habla, y asimismo turbado de emoción, aunque intenten venderle algo. Incluso tartamudea al aparato. Pero su nivel máximo de necesidad de charla no viene representado, quizá, por esa súbita y enojosa dificultad inicial para expresarse por teléfono, sin duda a causa de los nervios y la nula ejercitación de la glotis en las funciones orales que le son propias en tanto vertebrado superior homínido. No, su punto máximo de dependencia cree sufrirlo cuando, después de muchos días sin apenas hablar con nadie ni dos palabras seguidas, de pronto suena el teléfono y es alguien que, en tono cordial, dice que perdona, que se ha equivocado.

Ni equivocaciones ni perdones ni tonterías. Allí que suele lanzarse Serafín como un hombre-torpedo a través del hilo telefónico, dale que te pego a la cháchara, intentando contagiar a ese anónimo interlocutor o interlocutora su entusiasmo, aunque en estos casos suele resultar más complicado obtener resultados, de modo que pueda permanecer un ratito más al aparato. El lenguaje y la necesidad agudizan su imaginación hasta límites insospechados. Ha llegado, incluso, a hacer medio amigos tras esas llamadas equivocadas, luego de darles las indicaciones pertinentes, sobre todo con gente de los pueblos cercanos. Con un tipo quedó para tomar un café en donde el *Legañas*. Trabajaba de informático, rareza casi de terrario en una zona tal que el valle de Ranroño cuando esta historia se desarrolla. No era cuestión de dejarlo escapar, así que supo interesarlo astutamente. Ni *Pitita* lo hubiese hecho mejor. El tipo vino a la cita en el bar, pero lo cierto es que parecía en exceso petulante, y por momentos su engreimiento resultaba un tanto incómodo. Además, miraba a Serafín todo el rato como pensando: «¿Tú no serás de la acera de enfrente, verdad?», y eso le cohibió bastante.

Por otra parte era normal que todo un técnico en informática, al menos en tales fechas, se sintiese Yahvé en estas latitudes, donde un rebaño de vacas

todavía puede detener el tráfico bastante rato en plena carretera general, la que pasa por la otra parte del Pábenes. Y no oses hacer una maniobra intimidatoria con el vehículo, o dar muestras de ponerte nervioso, o tocarle el claxon a las vacas, porque perfectamente puedes llevarte un bastonazo de quien las conduce o, él lo ha visto, una repentina cornada sobre la carrocería del auto, con la consiguiente histeria de una familia en el interior del mismo. Lo de aquí es peor que lo de la India: una tiranía con cuernos perfectamente establecida. Y eso que, dicen, ya apenas quedan vacas. *Burro* padre así lo aseguraba: «Siempre que puedas, lejos de ellas, hijo», fue su consejo, y nunca más diría nada al respecto. No hizo falta. En los tiempos de *Gran Burro*, su bisabuelo, y principalmente en los años heroicos del *Pedazo Burro*, su abuelo, Hiseda y toda la comarca debió ser el paraíso de las vacas. Parece consecuente que a estos animales, tan detestados por *Pitita* en los últimos tiempos de su feroz resistencia aquí –pese a haberlos incluido en sus lienzos, lo que no era sino indicativo de lo decididamente trastornada que estaba–, se les profesara desde siempre una veneración enorme. También es lógico que en lo referido a ellas mucha gente mantenga una actitud propia de la inherente a las jerarquías que rodean y configuran el estamento militar. Y si a *Misargento* y *Tirolimpio*, el matrimonio formado por los marginados Juana y Quinito, los llamaban sarcásticamente los *Usías*, bien podría decirse que a las vacas debiera uno dirigírseles en términos de *Vuecencias*. Fuesen pintas, tudancas, charoláis, limusinas, alpinas o, como todo empezaba a verse últimamente, cruzadas transgénicamente con gallos de corral, ante su paso cansino todos parecían contener instintivamente el aliento, aunque en apariencia sin darle importancia. Las vacas están en lo más alto del escalafón social hisediano, como si perteneciesen a una selecta casta brahmánica con privilegios adquiridos por tradiciones muchas veces centenarias. Y así seguían, aunque mermado su número: creyéndose en el Walhalla de la hierba su destino era acabar siendo chuleta o solomillo.

Porque, eso lo tiene muy claro Serafín, lo que terminó de enloquecer a *Pitita*, que en efecto empezaba a sufrir los peores accesos de pijejz Noguerales en la época previa a su fulminante partida, fue la constatación de algo que hasta unos meses atrás le había parecido, según sus propias palabras,

«molesto, aunque ciertamente pintoresco»: las calles, por llamarlas de alguna manera, de todos los pueblos del valle de Rantroño, y de modo muy especial de Hiseda, que era el enclave neurálgico espiritual junto a Salinas, donde venían a confluír los intereses de esa serie de humildes villorrios, eran una auténtica pista de patinaje a causa de las boñigas de las vacas.

Ardua labor constituía, por ejemplo, subir desde Hiseda hasta la Casona y no pisar alguna boñiga, o bosta, que yacían situadas doquiera como traidores e inmensos pasteles y se disimulaban entre la hierba de la tierra, o sencillamente cobraban el color neutro del asfalto. Para acceder a la Casona había que tomar una cambera muy angosta. Ahí solía suceder lo inevitable, y uno llegaba con los zapatos indefectiblemente pringados. Por mucho que, y tanto *Pitita* como él lo hacían ya desde tiempo atrás, usasen gruesas botas de monte, tampoco resultaba grato, y mucho menos enriquecedor –en cierto modo debiera haberlo sido– limpiar los excrementos de vaca incrustados entre los tacos de las suelas de esas botas.

Cierta mañana, recuerda, *Pitita* vino casi a la carrera. Él la vio, pues en ese momento Serafín se hallaba en un balcón de otra supuesta e incomprensible fachada de la Casona, aunque difícil discernir si lateral o no, o lateral respecto a qué. Se asustó al comprobar que *Pitita* iba jadeando y que a duras penas contenía la llantina. Era por algo que oyó en el Súper. El caso es que estaba gritándole como si Serafín fuera el culpable: «¡Asco de pueblo!», se quejaba. De pronto dio un resbalón fenomenal al pisar una de esas impertinentes boñigas que aparentaban hierba reseca y apelmazada, pegándose un apoteósico batacazo. Serafín pensó: «¡Ahí va, el arte por los suelos...!». Como si de una maldición se tratara. De tal forma se fraguó la ruptura. O empezó a hacerlo.

Porque, y eso debió ser cosa de los nervios, conste, a Serafín le entró la risa tonta allí mismo, en aquel balcón absurdo y sin apenas visión en el que estaba. Con lo que a *Pitita* se le recrudecieron todos los dolores, los olores y las suciedades imaginables. Juró, puños hacia el cielo, estilo la protagonista de *Lo que el viento se llevó*. Luego, ya más calmada, le dijo que no podía aguantarlo, que quería irse, y pronto. Esta vez iba en serio. Muy en serio.

Llegó un momento en que el cerco sobre *Pitita*, tan incauta para muchas

cosas, se había estrechado de manera que, según comprendió él después de oír las embarulladas y lacrimógenas explicaciones de ella pormenorizándole lo ocurrido, sencillamente murmuraban no sólo a sus espaldas, cosa obvia pero imposible de certificar, pues ella no estaba allí para verlo, sino incluso en su presencia mediante frases ambiguas, dijo, o alusiones, así las calificó, del todo surrealistas. Serafín no imaginaba que en Hiseda pudiera incubarse ningún tipo de surrealismo. Igual era que el talento artístico de *Pitita* se estaba derramando cual hemorragia desatada, sólo que en vez de hacerlo hacia fuera lo hacía adentro, ofuscándola sin remedio.

Fue el clímax en la elíptica paranoide de *Pitita*. Al entrar en el Súper, pues a pocos sitios iba más que a ése, que por cierto parecía el más civilizado del valle, podía oír algo así:

–¡Cómo estamos hoy...! –Comentario dicho, según ella, a varios metros de distancia por una hisediana sin apenas rostro, y con otra hisediana como destinataria. Naturalmente, su sistema límbico hormonal se hallaba tan deteriorado que *Pitita* creyó iban a por ella, que tales alusiones eran vertidas con inquina y en su honor.

Dentro suyo, desdichada *Pitita*, la paranoia se hacía fuerte, como un foco de partisanos batiéndose a la desesperada, y avanzaba igual que un tumor, lento e imparable.

Serafín bregó cuanto pudo para quitarle tales ideas de la cabeza, aunque en el fondo estaba convencido de que efectivamente tal comentario en apariencia inofensivo y dicho en tono vago, iba dirigido a «esa pintora con pinta mendiga que vive en la Casona, amancebada con el *Burro*». Y ella, en una cualidad propiamente hisediana, debía leerles el pensamiento. Entonces *Pitita* se ponía a llorar dando muestras de una gran aflicción.

No era siquiera necesario analizar con detenimiento, y para qué hablar de mala fe, una expresión tan ladinamente esgrimida, pues ese: «Cómo estamos hoy...», aun pudiendo hacer alusión al calor, al frío o a cualquier achaque de quien la dijese, en realidad destilaba veneno. Aquello era como el beso de un escorpión enfadado. ¡A él se la iban pegar las hisedianas! Ni hablar. Pero a *Pitita* parecía necesario disuadirla, calmarla, quitarle tan fea perspectiva de la mente. Así se lo decía Serafín en un alarde de buenas intenciones, pero

también de cinismo:

–Querida, quítate de la cabeza esas ideas tan negativas...

Pero *Pitita*, con sólo mirarle fijamente durante breves segundos, arrancaba de nuevo a llorar de forma desconsolada. Allí, en las serafínicas pupilas, debía estar leyendo como si de un rótulo con grandes letras luminosas de neón se tratase:

Churri, lo siento por ti, pero te la han jurado...

Para ella debía ser difícil aceptarlo, sobre todo porque, por instinto, entendió que eso era una sentencia sin apelación posible.

Es de suponer en qué estado de agitación llegaba a la Casona luego de una de las cada vez más espaciadas incursiones al Súper, si en lugar de oír a sus espaldas, o incluso en otro extremo del establecimiento, la frase: «Cómo estamos hoy», alguien, que siempre solía ser una mujer, decía algo así como:

–¡Pues estamos listos! –Daba igual insertar tal frase en cualquier conversación o entre quiénes y por qué.

Al final, su sistema de defensa estaba tan vulnerado y tan maltrecho, su vanidad y hasta su sentido del pudor y la educación tan mermados, que era toda ella un puro boquete, un receptáculo que asimilaba como propias e intransferibles todas las iniquidades que se hiciesen, pensaran o dijese cerca de ella, quien, naturalmente, se las adjudicaba de modo enfermizo. Por ejemplo, si alguien murmuraba el clásico:

–¡Joder...! –Palabra usada frecuentemente por los hisedianos y hasta por las hisedianas para mostrar su descontento ante algo, el precio de un producto que no era el que pensaban de antemano, o que se les estaba resbalando el paquete de galletas, así lo creía *Pitita* de inmediato, eso era lanzado como un proyectil dirigido a ella.

Y para qué decir si alguien estornudaba, o tosía, o hacía carraspear la garganta. Entonces, víctima de algo que casi parecían ataques de epilepsia a punto de estallar, apurando en lo posible su capacidad de disimulo, salía de allí como una posesa, lloriqueando o tapándose la cara.

Lo cual, y no se olvide que estamos en Hiseda, fomentaba incesantemente

las especulaciones en el pueblo. Serafín podía verlo. Era un *Burro*, un *Burro* de pura cepa, algo suyo pertenecía a ese ambiente. De ahí que se sintiese como si, pese a la de cultura y los modales que en teoría lo separaban de ellos, hubiese parido a estas gentes, y sin inyección epidural ni tontadas. Viendo huir a *Pitita* hecha unos zorros y llorando, los hombres dirían:

–Anda mal de la cabeza... –Pero lo harían acompañando la frase de sonrisas y muecas tan obvias como cómplices–. Ya se sabe, artista, y encima de ciudad...

Las hisedianas, sin embargo, irían más allá, procurando ahondar sutil y parabólicamente en el terreno de la moral:

–Iría drogada...

Al final Serafín llegó a preocuparse, porque *Pitita* deliraba como si en verdad estuviese bajo el efecto de potentes alucinógenos. En verdad muy rara la veía. Iba con ella por la calle y de repente se quedaba como paralizada, agarrándose furiosamente a su brazo y señalando en dirección a una oronda hisediana ataviada con uno de esos vestidos, o batas –imposible discernirlo–, llenos de cuadraditos de color, prendas que gozan de gran aceptación en estos pueblos. Entonces emitía una especie de gorgorito, oscilando entre la estupefacción y el terror:

– ¡Santo cielo..., lleva encima un Mondrian...! –musitaba con aspecto de estar ante una tenebrosa visión.

Afectada por el entorno, solía detectar alusiones pictóricas por todas partes, y por supuesto lesivas para sus intereses. Así, iba descubriendo mujeres vestidas de Klees, Schieles, Pollocks, Kandinskys, Kokoshkas o, como en aquella ocasión, Mondrians. Aunque bien era cierto que existía una cierta similitud entre tales estampados y los estilos de algunos de esos pintores. Si *Pitita* llega a estar presente en la apoteosis de la Guerra de las Casitas de Colores, acaecida una década atrás, le da un patatús. Fijo.

El caso es que ella no resistió la presión, que es lo que suele caracterizar a los campeones. Tampoco era una *Burra*, evidentemente, de ahí que decidiese romper su relación con Serafín antes que volver a verse en la tesitura de pasar caminando una sola vez más por *Donde Celia*. Porque estuviesen allí o no sentadas las *Furias*, lo mismo que en el Súper, alcanzó ese estado de psicosis

y aprehensión tan rotundo e irreversible en el que el más leve sonido de un objeto al caer puede indicar algo insultante u hostil para quien lo oye.

Y cuánto le apena pensar lo poco que queda del flamígero paso de *Pitita* por el pueblo. Nada de su alegría casi esquizoide por todo, nada de su pasión titánica por las cosas, ni de sus episodios de visionaria en plena fusión con el cosmos, nada de sus primorosos arriates exultantes de flores, en el jardín, y que hoy son poco más que hierba, arbustos sin podar y rastros.

Verdad también que a Serafín ha llegado a importarle bien poco lo de las vacas. O si ahora hay menos que antes y de distinta clase. O si son de peor calidad. Le gusta verlas, pero cuando se las llevan al monte a pastar en otros sitios, tampoco es que las eche en falta, como le pasa cuando el burro del prado contiguo desaparece misteriosamente durante un tiempo, por suerte siempre breve.

Hace unos años se le mataron seis vacas a Bartolo, un paisano al que Serafín consideraba de la Resistencia: quien de alguna forma se niega al cambio de los tiempos y lucha lo indecible por conservar su docena de vacas, pese a que éstas ya no eran el negocio de tiempo atrás. Las seis vacas, que constituían su modo de precaria subsistencia, se despeñaron por los inclinadísimos prados de las laderas del pantano de Lasa, junto a la central eléctrica. De una tacada. Y él, desde lejos, pudo verlo todo.

A los pocos días Bartolo apareció colgado de una viga, en su cuadra, para conmoción del pueblo en pleno, aunque lo cierto es que en Hiseda toda conmoción es relativa. Era hombre de escasas palabras y respetado, quizá, por esa misma causa. Dejó una escueta nota, con su pésima caligrafía, propia de alguien que prácticamente no tuvo estudios, a la atención del señor cura-párroco, don Julián, alias *don Sobao*, llamado así no sólo por su extrema y pertinaz obesidad, sin duda derivada de su desmedida atracción hacia los sobaos pasiegos, que podía engullir en cantidades perturbadoras, sino porque también, fundamentalmente en épocas anteriores, al ser más joven y su cuerpo célibe, lo cual siempre fue mera hipótesis, debía pedirle algo más aparte de sobaos, por lo que se comentaba en círculos bien informados que tenía una marcada inclinación por sobar a las mozucas, y a saber si también a los mozucos, cuando éstos se hallaban aún en su más tierna infancia o

adolescencia. El sector de la feligresía adherido a las *Furias*, indignado, luego de resolver determinadas pesquisas en cónclave, aludió entonces a simple cariño. Como queda dicho que don Julián todo lo hacía en cantidades ingentes, también su desmesurada ternura hacia los chavalines en flor debió hacer que tal vez se le escapara alguna caricia de más. Que con bastante probabilidad fuesen inocentes, ojito. El sector afín a los *Corvatos*, sin embargo, fundamentalmente los partidarios de Toño el *Rojo*, se limitó a barruntar un significativo «ya...», que dejaba abiertas un número, al parecer, indeterminado de posibilidades.

Tipo curioso el cura, cojitranco y con un ojo velado que asustaba a los más impresionables. Iba por ahí ufano y firmemente convencido de ser el protector de su manada, de su rebaño, al que creía constantemente en un tris de descarriarse, igual que aquellas vacas de Bartolo. Como padeciera de reúma se hacía dar semanalmente pediluvios, aunque de tanto en tanto renacían los rumores de que no eran sólo masajes de pies lo que le daban, pues al parecer no siempre su tálamo estuvo vacío. Sí, muy, pero que muy chungo en Hiseda, y en aquella época, ser cura y discreto. Cuando alguien le importunaba podía largarle una ráfaga de latinajos que dejaban patitieso al personal, sobre todo al femenino. Entonces diríase que llegaba el Apocalipsis. Su eficaz vehemencia oral era combinada con un marcado sentido de la exquisitez: vestía camisas de blonda bajo la sotana, y dicen que cuando era joven, por la mañana, antes de hacerse aparejar la yegua para acudir a algún pueblo cercano a decir misa, se lavaba con gran pompa en una jofaina de porcelana traída de no se sabía dónde, que hacía llenar de hojas de romero para que así quedase perfumada. Todo él olía a naftalina y a admonición.

Hasta de su casa se contaban cosas a tener en cuenta: era una bonita construcción situada en las afueras del pueblo, cerca de las escuelas, parcialmente envuelta por el lúpulo y la hiedra. Allí, al parecer, tenía su guita a buen recaudo, pues, entre otras cosas, hace años cambió la yegua por un utilitario último modelo que lucía a todas horas. Y si a los díscolos podía lanzarles cuando se le antojaba el birrete o la casulla, llegando a pensar algunos que en cualquier cabreo iba a darles un golpe usando ese armarito que guarda la Eucaristía, con ciertos mozos sólo tenía miradas almibaradas, y

hasta solía invitarles a que probasen un licor marca de la casa, a base de quina, sebo, comino, extracto de arándanos y nuez moscada. Pero tenía fama de zaíno, y verle caminar por ahí, ya tan mayor, convado y medio arrastrándose, le daba un aire a lo felón y traidor empedernido de obra shakesperiana. Solía vérselo a menudo mufliendo a carrillos llenos, lo cual le serenaba el ánimo, pues era lo que se dice tragón. Finiquitado el opíparo yantar, volvía melifluo y chistoso. Al decir de algunos maledicentes hisedianos –y dudoso que exista pueblo del que respecto a sus murmuradores no se pueda aseverar lo propio– su sueño acaso habría sido tener, a falta de tiernos arrapiezos o complacientes lazarillos a quienes domeñar a su peculiar manera, un serrallo de monaguillos en adobo o a la pepitoria para ir degustándolos con lentitud. Para otros, y para otras, era casi un santo. Tal vez lo fuese. Pero tuvo que conformarse con ser el visir vestido de negro de estas tierras. Látigo del Demonio o Cólera de Dios, *don Sobao* era un superviviente de los tiempos oscuros, y sin embargo tan llenos de luz en el recuerdo.

Volviendo a las vacas, el caso es que en aquella escueta nota el infortunado Bartolo venía a decir que esperaba no ir al infierno por lo que iba a hacer en cuanto acabase de escribir, pues él nunca causó daño a nadie ni fue mala persona. Por cierto que don Julián aprovechó para insinuar, en su homilía fúnebre, que era probable que Bartolo se hubiese «condenado al fuego eterno», lo que supuso era una crueldad extrema que dejó a sus familiares en la más penosa incertidumbre. Eran otros tiempos, evidentemente. Lo que Bartolo no podía soportar era el dolor de haber perdido tan tontamente sobre todo a dos de sus vacas favoritas, *Margarita* y *Segismunda*. Bueno, al parecer también dejaba bien claro en su nota de despedida que esta vida, más o menos, le había parecido una puta mierda. De ahí su presunta eterna condena, a la que don Julián se refirió con morbosa parsimonia, aunque acabase diciendo que en el fondo Bartolo era un buen hombre.

Fue sonado, y la verdad es que se especuló mucho durante semanas a costa del suicidio de Bartolo, incluida la nota final de despedida, que iba modificándose según llegaba a una zona de Hiseda u otra, siendo tan pronto optimista como abominable. Sólo el cura, así como los de la Guardia Civil de

Salinas y un juez llegado de Vegamayor pudieron leerla. Es de suponer que también algún vecino fisgón, porque en Hiseda, sorprendentemente, casi todos los vecinos parecían estar al tanto, palabra por palabra, del contenido de esa última nota. Cada cual jugaba así sus cartas y movía sus fichas, alentando la fragua de la vidilla social a costa del desdichado Bartolo. Hubo quienes mediante filamentos orales imperceptibilísimos insinuaron que «se entendía», bien con *Margarita*, bien con *Segismunda*, bien con ambas, pero ésa era ya mucha especulación. Quede constancia escrita, aunque repugne un tanto mencionarlo, que en la esfera semiológica, o semiótica, libidinal, ciertos hisedianos se plantearon muy seriamente lo del *menàge a trois* de Bartolo con sus dos novias de lucida cornamenta y ubres.

Otro aspecto por el que puede confirmarse la lealtad prácticamente religiosa de los hisedianos hacia el ganado vacuno es que a menudo lo destinan a funciones que en ningún caso parecen ser las propias de su especie. Ciertos ejemplos impresionaron a Serafín la primera vez que supo de ellos.

Enfrentémonos, para variar, a un ejemplo simpático: las vacas del valle de Rantrño, y preferible será generalizar el tema para no centrarlo tanto en Hiseda, no sólo dan leche, carne cuando son sacrificadas y alguna que otra – es de suponer que tan emblemáticas y queridas como lo fueron *Segismunda* y *Margarita* por Bartolo, pinta aquella, tudanca ésta– también destinadas a convertirse en alfombras, pues se aprovechaba su piel, sino que, a falta de un concurso de *misses* al uso, como se celebra anualmente en la capital –cabe decir, mujeres–, las vacas tenían su propio concurso de belleza en Vegamayor. Pero ahí que surgió Hiseda para competir en esa modalidad. Al principio de llegar aquí Serafín pensó que se trataba de la popular y asimismo anual Feria de Ganado que se celebra como plato fuerte de la romería inaugural de las fiestas del pueblo. No, esa otra feria era una cosa muy seria. Había varios premios para los ejemplares seleccionados por un riguroso y experto jurado, como en otros muchos pueblos de la provincia. Sí, con jurados a él. Estaba curado de espantos. El caso es que los hisedianos, llevados del amor que profesaban a sus animales más caros, habían ideado desde hacía ya mucho tiempo un concurso por el cual se premiaba a la vaca

«más guapa», que no era lo mismo que premiar a la «mejor vaca». A esa vaca considerada como más atractiva, y a saber si incluso más sexy, se la coronaba con una especie de ampulosa tiara hecha a base de laurel, brezo, retama y otras flores. Así, engalanada, sin saber que iba a ser engullida no mucho después, era paseada orgullosamente por todo el pueblo mientras se hacían sonar los cencerros. Los vecinos, invariablemente conmovidos ante tamaña procesión, aplaudían a rabiar desde los portales o las ventanas, y hasta se les humedecían los ojos de emoción. Eran vacas reinas de la belleza a las que se trataba ya no como a carismáticas emperatrices, sino como a césares invictos en su consiguiente entrada triunfal tras una sonada conquista.

El padre de Serafín que, justo era admitirlo, siempre se había sentido «casi más de ciudad que de pueblo», como él mismo decía, le comentó en alguna ocasión con evidente ironía en sus palabras:

– Éstos serían capaces de llevarse las vacas a la cama, si les dejasen...

Al decir éstos de manera general, es obvio, se refería a los hisedianos, a quienes tiraba el ganado vacuno como pocas cosas, pero no tanto a las hisedianas, que preferían comérselo o sacar sus buenos dineros con él. Y es que lo de llevarse a la cama a sus vacas predilectas también dejaba resquicios de duda, pero esos rumores indecentes se expandieron, o por lo menos hallaron su idóneo caldo de cultivo a costa del suicidio del pobre Bartolo. En cuanto al supuesto impedimento para consumar tal acto, concretado en la parte final de la frase, «si les dejasen», no estaba tan claro si *Burro* padre se refería asimismo a las hisedianas, a quienes con toda seguridad no hacía especial ilusión entrar una noche en la alcoba y sorprender a sus maridos yaciendo con una vaca en el lecho, o si se trataba de lógicas cuestiones que atañen a la moral y ciertos principios básicos referentes a la sexualidad, pues cuando se pasa mucho tiempo en el monte, de todo ocurre, como se dice por aquí.

Serafín llegó a especular si no sería ésa una variante de zoofilia vacuna u otra forma de voluptuosidad más compleja y aún por definir, pero que tenía que ver con el carácter y la educación, así como con ciertas costumbres de estas gentes, inclinadas a la rusticidad. Si él era *Burro*, y a menudo como un burro genuino se consideraba, ¿por qué los hisedianos no podían creerse un

poco vacas? Y entonces, por unos instantes, creía sentirse el Erasmo de Rotterdam del Valle.

Aunque físicamente se le antojaba un tanto complicada la unión entre hisediano y vaca, sobre todo en un lecho, Serafín también sabía que la perseverancia de los habitantes del pueblo para aquello que querían o en lo que creían rebasaba los límites de lo admisible. Y mejor no razonar mucho por esa senda, pues al respecto el mutismo era actitud generalizada.

Hay que recalcar que en Hiseda las cuestiones de honor no llegaron a convertirse jamás en litigios duraderos, pues puños y cachavas hacían su aparición antes de que ello pudiese ocurrir. Trifulcas sonadas húbolas, claro. Un par de ellas databan de hacía ya muchísimo tiempo, aunque según parece, que se sepa, dos maridos se despertaron cornudos y anochecieron homicidas. Pero prófugos, nunca, salvo en periodo de guerras, que a éstos no les gusta pelear sino únicamente por lo que les atañe. Tal asunto se pierde en la memoria de los más ancianos, y aun a éstos no les gusta recordarlo. En lo que sí concuerdan todos es en lo del fornicio, que para ellos siempre fue como las carreras de sacos. Según se comenta, la máxima de los mozos en épocas pasadas aún era: «¡A ver quién le coge antes a ésa el virgo! ¡Arre!».

Y tan contentos. Sí, eran muy suyos.

En cuanto al ejemplo menos simpático de la utilidad de esos animales, recientemente Serafín ha tenido otra prueba de lo mismo: las vacas a veces son vacas-verdugo. Sí, sabe de alguna familia que lo ha hecho, y lo sabe de buena fuente, que con el tiempo también van poniéndole al corriente de lo que pasa en el pueblo: cuando hay que matar a un perro porque está enfermo, rabioso, o por que sí, lo que suele ser de lo más frecuente, pues el can está viejo y ya no sirve para cuidar la casa, cogen y lo echan bajo las vacas, en la cuadra. Éstas, asustadas, deben moverse presas del miedo y la agitación, con lo que patean al chucho hasta dejarlo hecho trizas. Como queda dicho. Serafín, al tener la primera noticia de ello, pensó que algo así tuvo que ser un suceso aislado, propio de algún sádico sin escrúpulos. Pero le consta ya de varios casos. Uno de ellos, muy reciente. Sabe también de perros apaleados, lanzados al río Pábenes en sacos, ahorcados, y hasta troceados a hachazos. Eso sin recordar el famoso *vuelacán*. Le impresiona, máxime porque se trata

en casi todos los casos de perros que acompañaron fielmente a sus amos durante años de brega y ocio. Pero lo de echarlos a las vacas le afectó más, a saber por qué motivo. Sin embargo, conviene decir que algo debe estar cambiando aquí, pues últimamente puede verse a bastantes perrillos que parecen fox-terriers cruzados con a saber qué, por lo que él los contempla como una especie de *Milús* mutantes.

Sigamos ahora a Serafín camino de la Cuesta de la Fuente, aún sin dejar atrás del todo la plaza del pueblo con la Bolera y los castaños, cargado como un animal de carga, ni siquiera como una vaca, que, dicho sea de paso, viven como auténticas amazonas mitológicas y no cargan absolutamente nada en toda su vida de pasmo y constante masticación. Por cierto que hace poco un par de ellas, arrinconándolo contra el muro de una cuadra, casi le aplastan. Serafín procura controlar su temor, no vayan a cornearle por ahí como a Manolete y se monte otro *show* a su costa. No, parece que pasan de largo. Unos vecinos le saludan desde un soportal. También desde un balcón cuya cristalera, parcialmente tapada por macetas con geranios, golpea el suave viento. Piensa, ya que ésa es su especialidad predilecta, en lo que estarán pensando esos vecinos que le saludan. «Ahí va el pequeño *Burro*.» Quiere no dudar que, aun sabiendo su nombre de pila, una mayoría de hisedianos, sobre todo los de más edad, seguirán refiriéndose a él por siempre en los términos correctos, o sea, *Burro*. Ésta es de las cosas que verdaderamente necesita creer.

¡Cuántas veces *Burro* padre, que no es que fuese un hombre especialmente leído aunque superaba con creces el cociente intelectual del valle de Rantroño, le había conminado a que nunca se sintiera acomplejado por ese apodo que la familia llevaba como una corcova desde tiempos inmemoriales, incitándole a descubrir anécdotas acerca de esos animales, los burros, frecuentemente despreciados, cuántas!

Fue él quien le explicó la diferencia entre asno y burdégano, por ejemplo, que era un cruce entre caballo semental y asna, o la de los mulos, que eran un cruce entre garañón y yegua. El burro posee un cociente de inteligencia de 1'5, mientras que el caballo normal lo tiene de 1 solamente. De ello se colige que el relincho del burro, que tradicionalmente suele traducirse en la

onomatopeya «hi-ha», en el caballo, más querido por los humanos, sea únicamente un «hiiiiii» prolongado. Pues eso: los caballos son veloces y si se quiere bellos, pero un poco tontos. Fue también su padre quien le habló de la tradición del dios romano Consus, protector de las cosechas, si cabe lo más importante para la subsistencia de aquella avanzada civilización, y por el que en las fiestas que le estaban dedicadas anualmente se aderezó a burros, coronándolos de flores. También Ovidio, y Claudio Eliano y hasta La Fontaine le dedicaban hermosísimas páginas. Y fábulas, como la del *Burro de Burilan*, a porrillo. Así fue como Serafín accedió a la mitología y tradición del ser asnal apreciándolo en todo su valor. Alphonse Daudet escribió de él que era el único rostro auténtico que había encontrado a lo largo de la vida, y en la propia Biblia, donde se le cita en numerosas ocasiones, es animal que cobra constante protagonismo, de largo más que el caballo. Abraham, Moisés, David, María y el propio Jesús lo montaban ufanos. No se sabe de Cristo montado a lomos de un caballo. Resultaría arrogante. Y Aníbal o Napoleón los preferían a cualquier otro animal, aunque también utilizasen caballos de cara a la competencia. Frecuentes son los documentales del Himalaya o sobre los Andes en los que vemos burros que transitan por la cordillera. ¿Y en qué se bañaba Cleopatra? En leche de burra, no de yegua. ¡Pues sí! En el pesebre de Belén, en el Nuevo Testamento, junto al buey se describe una mula, y los Reyes de Oriente vinieron con su séquito y regalos a lomos de burros, no de camellos, como vulgarmente se cree. Tiene, además, primos y familiares por todos los continentes: cebras en África, heminos en la remota Asia, y onagros en Persia y Mesopotamia, cuna de la civilización. Por haber, hasta en pueblos de Extremadura y Andalucía había burros-taxis incluso en épocas recientes, aunque esa imagen no parecía complacer en extremo al padre de Serafín.

Éste prácticamente levita de satisfacción cuando lee que en diversas regiones, y tratándose de burros de determinadas razas, como el Poitou, el Caveny, el de Gasuña o el saboyano, incluso guardan ovejas, y que nadie se les acerque... El burro es discreto, pues no posee la innata arrogancia de su pariente más esbelto, el caballo, aunque la verdad es que en cuanto apareció el tractor en el medio rural, los perjudicó a ambos por igual. Pero a diferencia

de los caballos, aparte de que alcanzan una alta velocidad si se lo proponen, los burros pueden escalar por caminos muy escarpados como si tal, y encima cargando con pesos increíbles. Este *Equus asinus*, que el diccionario define como vertebrado ungulado del orden de los perisodáctilos y de la familia de los equinos, derrocha sobriedad y prudencia. Son robustos y poco exigentes con los alimentos y con las condiciones adversas en las que se les mantiene. Todo lo aguantan. Ellos siempre cumplen. Capaces de larguísimos trayectos sin ingerir líquidos, soportan estoicamente la deshidratación de hasta un veinticinco por ciento de su propio peso, verdadero récord. Son tan señores o más que los caballos, y la prueba es que descansan echados en decúbito, y sólo se tumban realmente para morir. Beben sólo agua que esté muy limpia y no muy fría. ¡Como para engañarles! Aunque no tan veloces, tienen más flexibilidad y fuerza que los caballos, y ello se debe a que poseen cinco vértebras lumbares, en lugar de seis como el caballo, lo que tantas lesiones causa a este último. Es sumiso y dócil, pero cuando él quiere, si no vas listo. Hay que hablarles siempre en tono suave y como con mucho respeto. Se aconseja no pasar por detrás suyo. Ellos siempre quieren ver, ojito. Es extremadamente aseado. Modesto animal de carga, y no de lucimiento, nadie como él ha prestado continuos servicios al hombre, que a saber por qué razón ideó la palabra «burro» a modo de insulto, en vez de «caballo». Acaso le aborrecemos instintivamente porque nos reta y supera en terquedad. Así somos los humanos: tendemos a burlarnos y despreciar todo aquello que no entendemos o que nos planta cara. Pero de alguna forma no conviene olvidar que el burro es el único animal de compañía que desafía al hombre, su dueño, mirándole a los ojos y sin moverse del sitio: eso se paga.

Naturalmente hubo enemigos acérrimos de los burros, como nuestros simpáticos Reyes Católicos, quienes además de mandar a la hoguera a multitud de herejes, prohibieron la cría del burro: evidentemente sólo querían caballos para la guerra. Lo cierto es que se trata de un animal que padece enfermedades específicas, como el carbunco o lo que se llama huélfago, que les provoca penosos estertores, y han sido muchos menos sus partidarios que sus detractores, quienes suelen limitarse a la mofa fácil. El escritor mallorquín Cristóbal Serra, asnófilo de pro, les dedicó un libro bellísimo y,

como no podía ser menos, el burro protagonista aparece hasta en el *Quijote*. No pocas veces Serafín había abierto las páginas en las que se le cita, en esa obra maestra de la literatura universal: «... Él dijo que sí llevaría, y que ansímesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba ducho en andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino ninguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con su presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en viendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase...». No hizo falta, como se sabe, pues Sancho no se despega de *Rocinante* ni a sol ni a sombra, lo que es significativo.

Serafín fue enterándose ya de todo este tipo de cosas en su periodo de la universidad, y si empezó a leer con sorpresa, terminaría por hacerlo rebosante de orgullo. Él ya sabía que los Burones eran como un enorme roble con múltiples nudos, cada una de esas protuberancias con su secreto, y cada uno de esos secretos con su inexplorado resquicio conduciendo a otro secreto. La verdad es que a veces, y ya en aquella época de la facultad, tenía que hacer auténticos esfuerzos de contención por no salir a la calle y ponerse a rebuznar.

Aunque de hecho puede decirse que, por la época que le tocó realizar sus estudios primarios, tuvo bastante suerte. En ese sentido, cosas que le contara su padre de cuando él estudiase en Hiseda y luego en Salinas tenían la virtud de estremecerle. Dudaba de haberlas podido aguantar sin que le ingresaran en un frenopático. Por ejemplo, años atrás, al igual que estaba establecido el cuadro del mes para quienes sacaban mejores notas, también había otro cuadro, pero éste se llamaba «El burro del mes», y parece ser que más de un crío acabó con crisis nerviosas por aparecer ahí. Su padre también le hizo mención de haber visto, no una sino innumerables veces, a chavales puestos de cara a la pizarra con enormes orejas de burro, que el maestro se había dedicado meticulosamente a hacer con papel, el muy torturador. Los más reticentes incluso se veían obligados a pasear por las otras salas o el patio con sus fenomenales orejas y un cartel colgado del cuello: «Soy burro». A él eso

no le pilló por apenas una generación. Pero en cambio sí tuvo que aguantar la oleada de rubor cuando, con los niños de su colegio, fueron a ver *Pinocho*. En la película, éste, por mentir y ser travieso, o sea niño, va a la isla de sus sueños. En principio todo marcha bien, las cosas son de caramelo y tal, pero pronto empiezan a crecerle las orejas de burro, por juntarse con *Polilla* y su panda. La transformación de *Polilla* en burro era una vivísima representación de la metamorfosis kafkiana, un auténtico horror. A Serafín casi se lo tragó el asiento. Y eso que en su colegio de la ciudad nadie le llamaba *Burro*, sino Burón. En Hiseda una visión de *Pinocho*, en la Bolera por ejemplo, hubiese sido inimaginable para él, más por lo lacerante que por lo chistosa.

Cierto también que, desde su más tierna infancia, Serafín tuvo serios problemas en el pueblo, aunque de eso ni siquiera llegó a enterarse nunca su padre. Éste, conociendo de sobras la timidez de Serafín para relacionarse con otros críos de su edad, intentó propiciarle algunos de tales contactos, pero ahí quedó su supervisión del tema, y el propio Serafín fue siempre demasiado orgulloso y recatado como para quejarse de los malos rollos que pudiese tener con sus «amiguitos». ¡Leñe con los amigos que le quisieron adjudicar! Uno se llamaba Matías, aunque era conocido como el *Rey de las Tías*. Presuntuoso hasta un extremo enfermizo, Matías, el *Rey de las Tías*, era incapaz de dejar de mirarse en cuantos espejos o ventanas, o superficies de vasos, platos y muebles pudiera contemplar su imagen. Se trataba de un chaval gordito y bizco, que caminaba como desacompasado y en cuanto se alteraba lo más mínimo, cosa que solía ocurrir con suma frecuencia, le entraba una especie de tic facial tan incontrolable como molesto de ver. Parecía que le sacudiesen por dentro. Siempre hablaba diciendo tacos, como para hacerse el hombre.

Otro chavalín asiduo de aquella época era el *Pirula*, cuyo nombre real ya no recordaba Serafín, si es que alguna vez llegó a saberlo. *Pirula* a secas. ¿El motivo? Constantemente andaba trajinándose en las partes, como si tuviese ahí una colonia de ladillas. Al final acabó haciéndolo automáticamente y a modo de signo distintivo que, en su opinión, le diferenciaba y elevaba sobre los demás. En lo primero puede que tuviese razón, pero no en lo segundo, más bien al contrario. Todo él era una pura obscenidad. Incluso un día *Burro*

padre le dijo medio en broma: «Anda, *Pirula*, a ver si eres capaz de dejar en paz los Países Bajos un ratín...». No siendo holandés ni belga el crío, tampoco es que pescase la indirecta, y allá que siguió amasándose con fruición los testículos y el pene. Era un buen elemento, que de otro lado sólo parecía hallarse a gusto hablando de mujeres y sexo, cosa que a un todavía muy niño Serafín le resbalaba por completo.

El último integrante de este terceto temible que tan mal se lo hiciera pasar era Jacobo, alias *Kung-Fu*. No es que le pegase a Serafín así, a lo bruto, sino que con la excusa de las artes marciales que tanto parecían apasionarle, como a Matías su propio ombligo y al *Pirula* todo lo concerniente a las chicas, *Kung-Fu* le «marcaba» golpes de taekwondo o karate a Serafín de manera continua e insufrible, como para enseñarle. Y a veces le hacía daño, vaya. Encima, y como lo cogiese únicamente en periodo vacacional, se ponía las botas a su costa, practicando así para el resto del año. Él le temía como a la peste, y sólo su depurado instinto de supervivencia le hizo sobrellevar aquel trauma de verse constantemente pegado, aunque fuese mediante puntuales golpes que el otro apenas «marcaba» en su menudo cuerpo, no viendo Serafín el momento en que el grupito de amigos se largara de una vez. Le utilizaban de *punching-ball*, en un sentido u otro, tanto el psicológico como el físico, y albergó siempre la amarga sospecha de que en el fondo se lo hacían pagar por ser el típico crío de ciudad que venía al pueblo de tanto en tanto, con ropa o juguetes o bicis nuevas que los otros no tenían ni por asomo. Los tres desaparecieron de Hiseda con el tiempo, y fue todo un alivio el hecho de no tener que pararse por la calle a saludarles, pues habían ido a otros lugares con sus familias.

Todo eso sin contar que hasta las últimas veces en las que tropezó con ellos por las calles del pueblo, fuesen solos o en grupo, el terceto de marras le llamaba invariablemente *Platero*. Una gozada. Debía tratarse de su más alta cota intelectual, pues pese a atinar con el nombrecito, Serafín albergaba serias dudas de que ni siquiera tuviesen remota idea de quién fue Juan Ramón Jiménez.

Bien, dejémoslo, porque hablando de altas cotas, nada superaría nunca, o al menos así lo creyó Serafín durante años, el enorme bochorno y vergüenza

ajena que le causó cierto percance acaecido cuando él tenía apenas trece o catorce años, en el transcurso de la última jornada de las Fiestas. Ese día, por lo común, ni solía mentarse en su casa. *Burro* padre lo ignoraba con gesto seco, y como se le insistiese al respecto lo mismo te soltaba un coscorrón. El maldito y sin embargo popular día se celebraban, además de varios concursos y pruebas para la chiquillería, una carrera ecuestre y otra, con la cual se clausuraban las Fiestas oficiales, que era la ignominia de su familia desde tiempos inmemoriales: la Gran Carrera de Burros. Así venía un año tras otro especificado en el folleto de Fiestas que se repartía entre los vecinos: «Espectacular Carrera de Burros», y frases por el estilo. Una auténtica pesadilla. Puede suponerse los comentarios que cualquiera de los *Burros* se vería obligado a soportar en tal evento, la mayor parte de las ocasiones dichos sin demasiada mala intención pero, ante la duda, siempre hirientes. De modo que jamás acudían a aquel evitable rabiadero. Su padre, viendo que Serafín estaba dispuesto a acudir ese año a la carrera, como espectador, claro, y siendo ya el chaval un tanto mayorcito para impedírselo, no tuvo otra opción que advertirle muy seriamente:

–No vayas, hijo, no vayas o te arrepentirás...

Aunque no lo comentó, seguramente le traía recuerdos muy desagradables de su propia infancia y juventud. Sabía lo que decía. Pero Serafín llevaba todo un verano soportando los golpecitos de *Kung-Fu* y las crueles chanzas del *Rey de las Tías* y del *Pirula* al respecto: «A que no tienes huevos para ir a la carrera de burros», decía el *Pirula* en su línea de manoseo genital sincopado. Y Matías, otro tanto. Él decidió acudir. ¡En buena hora! Aquello fue lo más ultrajante que nunca llegó a concebir su ya de por sí retorcida imaginación. De hecho, es posible que ese preciso y macabro día, pese al impacto negativo sufrido, empezase a sentirse *Burro* de verdad.

Iniciaron la carrera de burros y en un santiamén se produjo un ir y venir de palos a los pobres animales, a quienes Serafín realmente empezaba a mirar como a sus primos. En efecto, su mirada sobre el atroz espectáculo debía ser similar a la de aquellos primeros cristianos que tenían que presenciar el suplicio de sus compañeros de fe en la arena del circo romano, sabiendo que a ellos iba a tocarles turno de inmediato. Como pasaba siempre, la mayor

parte de los burros, y algunos eran de aspecto verdaderamente lastimoso, se desviaban de su camino, yendo hacia el público o al revés, o daban vueltas en círculo alocadamente. Entre los palos y el ensordecedor griterío era lo normal. ¡Con los malditos y engreídos caballos de unos minutos antes no hacía eso el respetable, no! Claro que los caballos corrían todos como demonios del aire, y en una misma dirección. Pero sin personalidad, sin criterio propio. El caso es que de pronto se complicó la cosa. Parecía que iba a ganar el burro de cierto paisano que vivía cerca del *Barrio*. Presuroso y decidido iba el animal hacia la meta, entre las consiguientes rechiflas. Mas héte ahí que otro burrito sobre el que hasta ese instante habían caído todo tipo de mofas y también algún que otro tomate –lo cual era vejatorio al máximo, pues el animalucho llevaba colocada en la frente una especie de visera de la que pendía una enorme zanahoria, lo que año tras año, y así desde décadas atrás, causaba el delirio de la multitud– empezó a galopar hasta situarse a la altura del que iba delante. Fue un *sprint* apretadísimo, y puede decirse que entraron juntos en meta. Como sucede con los ciclistas, hubiese hecho falta una *foto-finish*, o al menos algún juez que impartiera sentencia. Pero ese día el único juez era el más que dudoso criterio de los hisedianos, que se agrupaban en el Ferial por centenares. Los dueños de ambos burros empezaron una discusión en toda regla. Primero con el tono elevado y gestos elocuentes. Luego medraron sus respectivas familias, que también parecían tener ganas de gresca. Se dijo que aquellas familias se la tenían jurada desde cierto tiempo atrás. Serafín, catorceañero, con el corazón encogido por diversas razones, todas fáciles de suponer, y siendo en extremo vulnerable a cualquier forma de violencia, permanecía a escasos metros de donde se inició la trifulca. De repente sobrevino un empujón, a lo que siguió algo alusivo a la madre de alguien. Eso en Hiseda era motivo de feroz combate y deseos homicidas. Más empujones y por fin el primer puñetazo. Los burros, asustados, se escaparon de allí a toda velocidad. Siempre los más listos.

–¡Tú sí que eres burro, pedazo de cabrón...! –vociferó uno de los litigantes, seguramente sin recordar siquiera que el altercado lo había provocado una carrera de burros.

–¿Burro yo... burro...? ¡Eso se lo dirás a la guarra de tu madre! –contestó

cortés y proporcionalmente el aludido.

En apenas unos segundos se montó un cisco de tres pares. Familias que conocían a una u otra parte en disputa intervinieron con energía y prontitud, primero para intentar poner un poco de paz, pero casi de inmediato para dar algún leñazo, si podían. Más tarde, aunque lo cierto es que sucedió todo en un abrir y cerrar de ojos ante Serafín, que seguía paralizado allí en medio, entraron vecinos y conocidos en la multitudinaria lid. Todos a separar y al final todos hostiándose. Mamporro va, mamporro viene. Mujeres tirándose de los pelos, niños estrangulándose como posesos, hombres hechos y derechos a guantazo limpio. El montón de cuerpos enzarzados iba creciendo a cada instante. Al propio Serafín le pasaron muy cerca, pero logró esquivar milagrosamente los golpes. Entre los chillidos de algunas mujeres y los lamentos de algunos hombres, se oía con nitidez una sarta inimaginable de improperios e insultos, a menudo proferidos por retacos con los mocos colgando. Y, aún sobre esta nube de abyectas imprecaciones, Serafín pudo distinguir que, incluso hallándose a torta limpia, cuando los contendientes tenían un respiro para hablar, se increpaban unos a otros así:

–¡Burro de mierda, que tienes menos seso que el gorrino que trajiste! O:
–¡Hijo de puerca mal nacido, siempre has sido un burro redomao! –Y otros de tal guisa.

La pelea era ya colectiva. Antaño él pensaba que escenas tales sólo eran imaginables en las películas del Oeste o en las de Bruce Lee, pero no.

De hecho era la primera bronca multitudinaria a la que asistía, y no iba a ser la última, que fue la del concurso de coplas picaronas.

Serafín, no dando crédito a cuanto pasaba, lograría apartarse unas decenas de metros. Se sintió embargado de impotencia, pero nadie le hacía caso por la sencilla razón de que allí nadie atendía a razones, y casi todo el mundo tenía a alguien a quien currar, pues en Hiseda, como en la mayoría de los pueblos, se amasan y crecen las envidias y venganzas. El: «A ti te la tenía guardada yo, de cuando me levantaste aquella chavala en la Fiesta de hace unos años...». Serafín, acaso con el mayor disgusto de su vida, se fue corriendo y abochornado del lugar, pero aún antes de emprender huída por la cuesta de la Iglesia lanzó una última mirada hacia el prado del Ferial, donde Nadierna.

Aquello era como un cuadro de Brueghel o del Bosco: una muchedumbre enfurecida y dispuesta a dar, a cualquiera, cuantos trompazos pudiese. Le pareció incluso que el amasijo de cuerpos formaba pequeñas pirámides humanas aquí y allá. Era probable: familias enteras en proceso de desenrede. Lo último que vio, y eso no dejaría de ser una forma de consuelo hisediano, fue a *Kung-Fu* siendo literalmente molido a tortas por un grupo de muchachos del pueblo contiguo. A ése también se la tendrían reservada, después de tantos años de alardeo y, es de suponer, golpes «marcados». El generosamente tundido *Kung-Fu* parecía dar patadas desesperadas desde el suelo, pues poco más podía hacer. Cuando ya subía hacia el pueblo, una pareja de ancianos bajaba con rapidez en dirección al Ferial, alarmados por tan fenomenal barullo y por el griterío que llegaba de allí. Serafín pensó que, como él, estarían estremecidos de vergüenza, pero no. Ella llevaba cara de querer intervenir en la pelea ya mismo, y en cuanto al marido, un octogenario que apenas se arrastraba tirando de su muleta, bramó con furor:

–¡La madre que sus parió..., si serán burros...! –Pero todo en su expresión indicaba que, no obstante la cojera y la edad, en cuanto llegase al Ferial, y con la excusa de separar cuerpos enzarzados, algún muletazo iba a propinar.

En cuanto Serafín llegó a la Casona y se lanzó desconsoladamente a los brazos de su padre, éste le dijo una sola y lapidaria frase:

–Te lo advertí.

El caso es que, apenas unas horas después, todo Hiseda parecía celebrar tan ricamente la verbena nocturna que era el habitual colofón a las Fiestas. Bebían, reían y bailaban pasodobles como si nada hubiese ocurrido. Increíble.

Se siente por completo incapaz de evitarlo: le apasiona el tema de los apodosos que llevan adosados los habitantes de Hiseda como si de tatuajes guerreros o sagrados se tratase, los *Hojalateros*, los *Tripas*, los *Chicharros*, los *Cejaalta*, los *Chalaos*, los *Faraones*, los *Jabalís*, los *Pitoflojos*, los *Basurillas*, los *Lengualarga*, los *Cubanos*, los *Zoquetes*. Porque, que él sepa, esto no ocurre tanto en otros pueblos de la así llamada cuenca del Pábenes, y bien que se cabrean en Hiseda cuando alguien menciona el valle del Pábenes. «¡Es la cuenca!», protestan furibundos. «¡Valle-valle sólo es Rantroño. Si es que no tienen ni pajolera idea...!» En lo suyo hay que mostrarse muy

precisos. No sucede con tanta frecuencia que en otros pueblos se aludan entre sí con apelativos o moteos, y además sin que nadie se enfade.

No sólo de su padre, que mostraba una actitud generalmente ártica ante este tipo de cosas, tan austero de palabras y marmóreo el semblante que parecía que el asunto no fuera con él, sino sobre todo por algún comentario de ciertos familiares Burones, Serafín se dio cuenta, siendo todavía un crío, que los *Burros*, como saga de lazos consanguíneos, le profesaba un odio crónicamente renovado a los caballos. Este familiar, poseedor de varias acémilas, y que parecía sentir adoración por un borrico llamado *Chiquito* – aunque en realidad debiera haberse llamado *Tocacojones*, pues el animal era terco y violento como él solo, haciendo caso únicamente, y eso cuando se lo hacía, a su dueño–, llegó a afirmar de los caballos que eran «maricones que corren sin ton ni son, o lo que es peor, donde les ordenan», límpida y esclarecedora reflexión del pensar buronita hacia los equinos que más agradan al hombre desde que el mundo es mundo. La mala fortuna hizo que desde antiguo los caballos fuesen una de las grandes pasiones de los hisedianos. Vamos, que algunos los respetaban más que a sus mujeres y casi que hasta las vacas. Así, *Estrella*, *Sultán*, *Campera*, *Romero*, *Gacela* o *Lucero* fueron auténticos héroes cuadrúpedos, y sus jinetes, *Candidín de Ilios*, Eliseo Mantilla o *Pedrín el Pasiego*, más famosos que los artistas de cine, que ya por aquellos años en los que Serafín era un niño había un cine provisional en Hiseda sito en la Bolera. Luego lo quitaron y nadie dijo ni mus, lo cual venía a probar lo autosuficientes que eran estas gentes para lo suyo y con lo suyo. ¿Para qué un cine si por lo menos una vez al año, en Ferias, tenían su carrera de caballos? Bueno, y la *otra*.

Aunque después, año tras año, y según mortificante norma o maldición meteorológica, les diluviase justo en las fiestas, y con especial intensidad el día de las esperadas carreras de caballos y de burros, quedando éstas considerablemente deslucidas. A esa generación de fieras galopantes sucedió otra, la de los no menos venerados *Pivi*, *Morito* o *Pocho*, que volaban entre el fervor colectivo. La familia de los Burones, con el tiempo más y más *Burros*, quizá como respuesta lógica a la pasión hisediana por los caballos –y sin duda repetidamente escarniados por esa insufrible pero colectivamente

adorada carrera de burros en la que se maltrataba a éstos con inquina y saña sin par, entre el escarnio generalizado e hirientes rechiflas-, fue encerrándose en sí misma hasta extremos enfermizos. Viéronse asnos vencedores por estos lares, pero ninguno de ellos tenía nombre épico, ninguno dejó su nombre inscrito en parte alguna, ninguno gozó de simpatía o admiración entre las gentes, quienes sin embargo podían despatarrarse de placer ante una yegua percherona que más recordaba a un camión de gran tonelaje. Daba igual, a los burros los chiquillos del pueblo les tiraban piedras desde siempre. En cambio, a los caballos soñaban con montarlos cuando apenas sabían caminar. Y de mayores la tónica continuaba, acentuándose la hilaridad provocada por los burros. Era paradójico y doliente que aumentase, sin razón alguna, el instintivo desprecio por la asnil raza. Una absoluta injusticia.

Cuando Serafín fue adulto y se hizo pleno cargo de la situación que conllevaba ser un *Burro*, se sintió emasculado intelectualmente y eviscerado físicamente. Ni más ni menos que como si le hubiesen capado en todos los sentidos. Pero seguro que, al igual que ocurriera con los miembros de su linaje durante generaciones, se sintió distinto. Así, cuando paseaba por alguna cambera o prado y se cruzaba con un caballo, notaba una tibia punzada de rencor en el esternón, cosa suave y controlable, pero procuraba apartar la vista con desdén, displicente y altivo, como si en lugar de un equino hubiese aire. Con tan absurdo sentimiento vivió algún tiempo, convencido en su fuero interno de que los caballos sólo servían para rodar escenas de cine en las que, excepción hecha del que transportaba al héroe de turno, por otra parte casi siempre un gilipito con pinta de afeminado y prepotente, acababan todos despanzurrados por los suelos como energúmenos sin alma y de cuatro patas, hechos un acerico de flechas o un coladero de balas, con sus respectivos jinetes a cuestas, a quienes ocurría otro tanto de lo mismo. Habría que ver una de esas escenas de *peplums* o del *far-west* en las que se mostraban batallas multitudinarias, pero en la que los guerreros montasen a grupas de burros. ¡Eso sí sería épico! Porque eso también fue real. Ni elefantes de Aníbal ni cañones de Napoleón ni Panzers de la *Werhmacht* ni por supuesto naves intergalácticas en las que se combate superando la velocidad de la luz, ni gaitas. Burros repartiendo coces a diestro y siniestro. Espectacular. Más

aun, auténtico, porque eso es exactamente lo que ocurriría en muchas batallas de la Antigüedad.

Pero los tiempos han cambiado ostensiblemente. Serafín aún recuerda cuando en rudas bicicletas llegaba el talabartero con sus correas, cueros y utensilios a cuestas, haciendo sonar su característica bocina. O el pito del afilador, que dejaba tijeras y cuchillos de dar miedo, con su no menos característico silbato. Hoy sólo se escuchan los modestos cláxones de las camionetas de repartir helados o la del pan. Qué gente tan peculiar, en efecto. A menudo Serafín llega a la conclusión de que si les sometieran uno por uno a sendas TEP, Tomografías por Emisión de Positrones, lo que pudiera salir de dicho experimento sorprendería al gremio científico más especializado. Aquí las sinapsis y los juegos neuronales deben funcionar de otra manera, seguro. Por lo menos será algo parecido a jotas pasiegas. Como dice el *Legañas* mientras friega y reseca vasos: «¡Si es que somos unos grajos de las pelotas...!». En realidad quiere decir «raros», aunque como padece un leve frenillo en la lengua, le sale esa otra palabra referida a ciertos pájaros, pero tampoco es que ande muy desencaminado, ya que aquéllos son del género de los córvidos, y por parentesco no muy lejano con los carroñeros. Por ejemplo, *Kubala* era un paisano al que se conocía así, no como algunos creen, por su afición al fútbol y en honor del famoso delantero húngaro, sino porque en verdad debieron haberle llamado *Cubata*, dada la cantidad incalculable de cubalibres que llegó a trasegar en su vida. Cirrótico perdido, reventó un buen día, y seguro que descansa en el cementerio de Hiseda, aunque su alma seguirá suspirando por un trago. A *Sindo*, Gumersindo, le llamaban el *Sucio*, pero también *Ñoso*, de tiñoso, aunque acabó llamándosele *Piojuloco*, que debía parecerles considerablemente más expresivo, y él se apuntaba a la broma, rascándose y requetecontento. Vivía por ahí, medio tirado en una cuadra, y al final los piojos debieron comérselo vivo con guarnición, pues la rapidez con la que se consumió fue apabullante. Otro que le hace compañía a *Kubala*.

También curiosos eran dos motes, éstos por lo ambivalente. Uno se le adjudicó a don Salazar, hombretón de cerca de dos metros y ya muy viejo que tuvo una pequeña mercería en el centro de Hiseda, a quien se conoce como el

Cíclope. Cualquiera que lo oyese piensa, obviamente, que se debe a su fornida constitución incluso ya anciano. Pues no. Se trató siempre del listo oficial del pueblo, el culto de referencia al que todos recurren cuando tienen alguna duda. Lo de *Cíclope* le vino por «Enciclopedia». Alguien debió llamarlo en cualquier conversación el *Enciclopédico*, aunque como aquello era complejo de pronunciar, se quedó en tan temible variación. Pero el apodo que desde siempre fascinó a Serafín fue el de un hombre que también había fallecido recientemente, pese a que no tenía una elevada edad, *Pichisú*. Este alias desconcertaba a muchos. Por ejemplo, *Pitita* creía que era una referencia a *vichyssoise*, derivación lexicográfica que, en su atolondrada y ya al final maltrecha cabeza debía evolucionar del siguiente modo: «pichisue, pichisú, pichisoise», pronunciado «suá» en cualquier otro lugar que no fuese Hiseda, claro. El propio Serafín, como le habían dicho que se trataba de un tipo muy goloso, llegó a estar convencido que se referían a *petit suisse*, alimento al que aquí algunos llamaban *pitisú*. Pues no: la cosa venía de «espichasuegras», pues, por lo visto, de dos veces que se había casado, en las dos sus respectivas suegras fenecieron luego de sorprendentes accidentes domésticos. Bien pensado, todo cuadraba: se le quita la partícula «es», luego la final «egras» y queda casi limpito y refulgente ese *pichasú* que, una vez pasado por el vocabulario-batidora hisediano, deviene en el definitivo *pichisú*.

Él, como *Burro*, y ese estatus nada ni nadie puede quitárselo, a lo que aspira es a seguir siendo tratado como tal. Quisiera acabar convirtiéndose en un personaje intocable, como son otros del pueblo, de quien el apodo es suficiente para mostrar todo el brillo de su carisma. En dicho sentido, y teniendo en cuenta lo que Serafín deseó parecerle siempre a estas gentes, se reconoce a sí mismo en todo punto como un ser anacrónico. Hiseda y la ciencia se hallan en las antípodas del sistema racional o de cualquier deducción analítica. Aquí lo cartesiano es una hostia en plena cara por cosas como medio amodorrarte en un semáforo y no acelerar a tiempo. Pero, aun siendo anacrónico nato, sin estar en absoluto en sintonía social con el entorno, Serafín piensa si algún día llegará a convertirse en ese personaje por el que secretamente suspiró. Cree que entonces, encuadrado en a saber qué nueva categoría de fuerza viva local, pasaría a formar parte de la esencia de

Hiseda. Eso es lo que le seduce, aunque en tal anhelo subyace un sentimiento algo adocenado. Y es que, seguramente, Hiseda le está venciendo día a día.

Al margen de *Corvatos y Furias*, e incluso de otros personajes que en el pueblo tienen un incuestionable prestigio, le anima pensar que puede alcanzarse tal categoría sin pertenecer a ningún potente grupo de opinión. Como pasa en política, siempre hay independientes, lo que termina por no ser verdad, pero al menos durante un tiempo gusta creerlo. De un lado conservadores, de otro liberales, y en medio los más puros y exentos de supuestas servidumbres, los del centro, los independientes. Éstos, entre la ciudadanía de Hiseda, han terminado por constituir un grupo autónomo sin pretenderlo siquiera, aunque lo cierto es que están sometidos a una constante y atenta vigilancia. Ellos y ellas, pues ahí se da una rara miscelánea de sexos, naturalmente no se reúnen *Donde Frasio* o *Donde Celia*, cotos privados que nadie en su sano juicio se atrevería jamás a frecuentar de no ser invitado, sino que suelen darse cita en un largo y destartalado banco, casi a la salida del pueblo, en dirección a la Casona en que vive Serafín, sitio que se conoce como Pradonuevo. El lugar, cuyo banco ejerce de epicentro metafórico para esos disidentes, es denominado *Donde Sito*, pues en la casa contigua vivía otra secular leyenda del pueblo, el difunto Luisito el Carpintero, que de joven, parece ser, llegó a luchar en sitios como Alhucemas y otros del norte de África. Serafín alcanzaría a conocerle en persona. Lo más anciano que nunca vió.

En ese banco de piedra acaban quienes, de algún modo, sintiendo ganas de hablar y ciertas inquietudes de cariz inconformista, no tienen cabida en el seno tácitamente instituido de la gente hisediana de orden, así como de su obediente asistencia. Van y vienen hombres y mujeres a *Donde Sito* en soterrada trashumancia, pero siempre hay alguien que les mira con recelo. Ellos y ellas acostumbran a frecuentar las tertulias que se dan en ese banco, y así durante semanas o meses mantienen una cierta fidelidad. Luego, aburridos ya, o por lo general embroncados con otro asistente a las charlas por razones de índole casi siempre infantil, dejan de frecuentarlo, no sin dar muestras de hallarse muy ofendidos. Sin embargo, hay otras tres personas cuyos apodos, o la curiosa evolución de los mismos, ha interesado desde siempre a Serafín, y

éstos sí siguen siendo algunos de los habituales platicantes que se encuentran casi a diario *Donde Sito*.

El *Logroño*, también conocido como Pedrín el *Tuerto* porque desde muy chico le falta un ojo, aunque asegura que con el otro ve doble, y afirma esto con tal convicción que flota una especie de aura metafísica en sus palabras. Vamos, que uno cuando habla con él, se siente observado como por rayos equis. En efecto, parece que si te mira fijamente está desnudándote con ese único ojo que aún le funciona. Al principio Serafín pensó que le llamaban el *Logroño* por haber nacido en dicha provincia, pero no, cómo iba a ser así tratándose de Hiseda. Tiene que ver con su manera de expresarse: es todo un campeón en la especialidad de los vocablos soeces. El típico lenguaraz malhablado que se da en la mayoría de los pueblos pero que, además, de ello ha hecho un rasgo de su personalidad que muchos le jalean. Entre hombres suele ser frecuente este género procaz de orador, que encima acostumbra a regodearse en su especialidad e ingenio para soltar porquerías como si tal. Las mujeres, así viene siendo desde siempre, no gustan tanto de oírlas y le riñen sin el menor tapujo, recriminándole a menudo. Primero le llamaban *Bocasucia*, luego *Culolengua*. Una de sus expresiones más usadas es exclamar «¡Rechocho!» en cuanto tiene ocasión y sin venir a cuento para nada. Con lo curioso y fino que habría quedado: «¡Recorcho!». Aquello otro sonaba tan feo que algunas *Furias*, en uno de los arrebatos púdicos que les sobrevenían varias veces por semestre, le hicieron saber que debía modificar su vocabulario de inmediato. Fue amenazado. Así que, puesto en faena, al poco, creyendo que había mejorado sustancialmente, ya sólo decía: «¡Chocho!». Eso no satisfizo a las recatadas mujeres del pueblo, por supuesto. Volvieron a la carga. Más tarde, ya hartado, se aficionó a gritar: «¡Coño!» en cuanto le dejaban abrir la boca. Era un caso compulsivo de manual. Nueva llamada al orden, nuevas y no tan veladas amenazas. Su esposa tuvo gran parte de culpa en la transformación que fue sufriendo la oratoria de Pedrín el *Tuerto*, ansiosa de hacer algo que complaciese a las *Furias* y a las otras beatas del pueblo. Al final consiguió que su marido se limitase de decir: «¡Coño, Logroño...!», si estaba de muy mal humor, y «¡Logroño!» a cada poco rato y en un alarde de contención, despojados de

toda apoyatura de resonancia genital, lo que desconcertaba en grado sumo a quienes no le conocían. Así, con el transcurso de los años, se le quedó lo de *Logroño* como una cicatriz. Ahora ya era el *Logroño* para todos, aunque la verdad es que se le ve muy apagado. Anda renqueante, cabizbajo, y casi siempre le acompaña su esposa. Cada vez que va a hablar, e incluso antes de que diga ni una sola sílaba, ella le espeta: «¡Calla la boca!», con lo que él sigue cohibido, seguro que añorando viejos tiempos en los que era posible moverse en un mundo de palabrotas.

La *Loca* oficial de Hiseda, aunque nunca reconocida como tal por examen psiquiátrico alguno, es Berta, una mujer de largo nonagenaria a la que en otro tiempo, según parece, llamaron *Alberta*, luego *Albertucha*, después *Tucha* y, aún más tarde, sin duda debido a alguna confusión –o quizá a la innata querencia de estas gentes por jugar con las letras de los nombres–, *Trucha*. El caso de Berta, así como la modificación de su alias hasta acabar en la forma como sigue invocándose en la realidad, la *Loca*, resulta por lo menos atrayente. Dicen que desde niña está trastornada. Siendo joven, lo cual tiene visos de haber sido realidad, algunos mozos abusaron de Berta, según se comenta, con un más que sospechoso silencio por parte de ella. Llegaron a cantarle hasta coplas aludiendo a que no sufrió abuso alguno, sino que más bien ella se benefició del vigor de tales mocetones. También dicen, y en esto ya debieron intervenir las malas lenguas, que fue una época en la que, en referencia a sus devaneos con los hombres, y pese a estar un tanto para allá, se lo tragaba todo. Críptica e inquietante alusión, así como epítome de una cierta y sutil maledicencia verbal, que dio lugar a que también, y ya más en su línea de la lingüística generativa hisediana, la llamasen el *Pozo*. Se hizo mayor, es de suponer que fue repudiada a medias, pero como era de aquí y nunca dejó de hacer tonterías, pese a no ser la tonta del pueblo, que ese título lo ostentó siempre *Pituco* y a mucha honra, acabaron dejándola estar. Incluso daba pena. Durante otra época solía ir caminando por ahí, acurrucada bajo su chal sucio, y de repente se detenía, súbitamente erguida, abría las piernas y orinaba. Lo hacía así, de pie, patas abajo. Los críos le gritaban: «¡Meona, meona...!»». Sí, los niños siempre tan literales, sinceros y comprensivos. No contentos, le tiraban piedras, como a los burros y todo animal que se moviese

a cuatro patas. Algunas mujeres de Hiseda se decidieron a llamarla al orden, a fin de evitar el denigrante espectáculo de verla mear en plena calle como una zombi que sufriese incesantemente de cistitis. Entre la femenil mojigatería militante hubo algo parecido a comisiones de trabajo terapéutico intensivo a costa de la incauta Berta, que tampoco es que se mostrara jamás como una mala persona si no se tenían en cuenta aquellas remotas excursiones suyas con uno o varios mozos simultáneamente, allende las vías del ferrocarril que recorría el valle de Rantroño, por donde el túnel de Villordún, a saber para qué inocentes juegos o trasiegos inmundos, aunque eran de imaginar. Episodio éste que, aun más de medio siglo después, al ser mentado, lograba que las hisedianas de convicciones más ortodoxas se santiguasen con un ahínco tal que casi les provocaba rasguños en la frente y la barbilla, o lesiones en el rostro y en el pecho. Berta, pues, dejó de ser llamada la *Meona*, y por supuesto el *Pozo*, lo que habría sido motivo de indeseadas y vergonzantes explicaciones a quienes pretendieran indagar en la causa de tan curioso y último mote. Pasó a ser la *Loca*, pero con todos los honores.

Finalmente está *Matalajari*, la descocada oficial del pueblo, otro personaje de edad imprecisa aunque elevadísima. Es Lupe, Guadalupe de niña. Otrora conocida como *Lupita Pulseras*, dada su irreprimible afición al joyería, y si se trataba de perendengues varios, quincalla reluciente o bisutería escandalosa, mejor. Aun desconociendo el motivo, y así como Berta la *Loca* tuvo que ver cómo iba transformándose el modo en que la llamaban, también con Lupe ocurrió algo similar. La modificación dentro de la modificación, he ahí otro de los fenómenos que sólo se dan en Hiseda, y que Serafín no logra explicarse. Porque mientras unos la llamaron durante mucho tiempo *Lupita Pulseras*, otros, variando mínimamente el sentido del apodo, optaron por *Lupe Pulseritas*. No es lo mismo, aunque lo parezca. También en el matiz oculto de esa doble manera de denominar a Lupe estriban, pensó Serafín, las claves de ciertos arcanos hisedianos, pues en tal soporte reside la pared maestra de todo el edificio hermético que explica en sí mismo la inclinación de estas gentes por los apodos. Descubrir el secreto de esa atracción por los sobrenombres, sigue pensando, revelará, a quien sepa dar con la intrincada enunciación básica de dicho enigma, uno de los misterios

mejor conservados en todo el valle de Rantrño, y presumiblemente también de la provincia. De ahí saldrían a relucir los contornos fundamentales para comprender la estructura mental hisediana.

Lupita Pulseras, o *Lupe Pulseritas*, como se prefiera, parece que compitió con la misma Berta, antaño y cuando eran hembras de buen ver – tersas las carnes, en su punto álgido ciertos ardores y vivo el espíritu que alimenta la llama de la concupiscencia–, en frecuentar el trato con jóvenes inquietos y, se supone, pletóricos de vigor. Ígneas hembras, sin duda, como dicen por aquí, aunque también se les llama zorras. Habría que haberlas visto en todo su esplendor hormonal. Lupe, pese a sus años, se viste de modo escandalosamente provocador, principalmente en los días festivos, como si de una jovencita se tratase. Es decir, como una jovencita hortera de hace casi un siglo, pues en sus gustos no parece haber evolucionado mucho. A veces le da el punto sensual y aparece como una actriz *vamp* de teleserie norteamericana. Altísimos y seguro que incómodos tacones de aguja sobre zapatos de charol con lentejuelas. Trajes de gasa con requiebros florales cual inscripciones mozárabes. A menudo la falda muy estrecha. Es prodigioso lo poco que el tiempo ha castigado a esta mujer, que tuvo que ser hermosa pero, aún más, volcánica. Una auténtica fiera, fundamentalmente en los años en los que todo acercamiento entre mujeres y hombres que no pasase por el matrimonio como fin podía y de hecho era tildado ferozmente como réproba atracción por la lascivia. Algo diabólico que, cuando se desataba sobre el comportamiento de sus desvalidas víctimas, sólo permitía despreciar a éstas, señalándolas con el dedo acusador de la moral más estricta. Solía acabar en destierro la cosa, pues cuando en un sitio como Hiseda te hacen el vacío o van a por ti, el asunto es muy grave. Tanto que resulta preferible hacer las maletas e irse. He ahí el caso de *Pitita*, y eso que los tiempos habían cambiado, apaciguando el furor inquisitorial y fiscalizante de las hisedianas, principales baluartes ideológicos en tan purificadora y abnegada lid. Era sorprendente, si cabe, que teniendo ya un apodo como mandan los cánones de Hiseda, a Lupe algunos la llamen aún como acostumbran a hacerlo ahora, *Matalajari*, que sin duda viene de *Mata-Hari*, la celeberrima espía que acabó fusilada por unas actividades que trascendían, al parecer, de lo simplemente sexual. Como en Hiseda son así,

Mata-Hari debió parecerles difícil de pronunciar. Alguna empezaría a llamarla *Matalajari*, y listos. Se le quedó, aunque mucha gente todavía se refiere a ella aludiendo a su pasión por la quincalla ornamental.

Algunos domingos, para ir a misa en la novena de Nuestra Señora de la Ruta, *Matalajari* se pone de matadora auténtica, lo que no parece muy propio pero a ella se le permite, pues está como una chota y todo el mundo lo asume. Va con su enorme pamea estilo casa real de Windsor o dama de alto copete en las carreras hípicas de Eton, prismáticos en ristre, aunque Lupe no lleva prismáticos, obviamente. Ella usa unas aparatosas gafas ovales y picudas hacia arriba, como si se hubiese puesto encima de los suyos unos ojos de gata, con sus correspondientes colgantes dorados en cada una de las patillas de las gafas. Ha llegado a ir con tules y vestidos de volantes tan rotundamente espectaculares que hasta se le enredaban en los sobacos y en la cintura, debido al viento. Y tampoco es anormal verla muy escotada, en pleno invierno, que en Hiseda suele ser directamente insoportable de frío, e incluso, en plena helada, con un abanico descomunal, estampado a base de faisanes, loros, papagayos y tucanes revoloteando sobre un vergel de frutas. *Pitita* no llegó a verla porque en aquella época Lupe no andaba mucho por el pueblo, pero de haberlo hecho sufriría la mayor de sus alucinaciones pictóricas a costa de las prendas usadas por ciertas hisedianas con pedigrí. Aún hoy algunos chavales le gritan a *Matalajari*, cuando la ven entrar o salir de misa, estremecedor el abanico en sus balanceos, con lo que da la impresión de llevar a cuestas un paraguas que sacude con energía: «¡Ay, *Lupita*, que estás para echarte al puchero...!». Se oyen sonoras carcajadas aquí y allá. De hecho, se lo gritan sin apenas malicia. A lo sumo, como sostienen ellos, con intención. *Matalajari* agradece tales muestras de entusiasmo con un golpe de pestañas postizas o un somero y coquetón abanicazo que, todavía hoy, produce hilaridad en los hombres e inquina en sus esposas. Porque Lupe es mucha *Matalajari*, tanto que más de una o de dos hisedianas no le quita ni un instante el ojito, por si acaso. A ella, en vez de agriarla, tal percepción la estimula, como ocurrió en las últimas Ferias una noche en la que iba piripi perdida y le dio por amagar un *striptease* frente al Ayuntamiento, aunque finalmente logró ser reducida, pero la verdad es que casi se esmorra ella

misma al engancharse una parte del camisón con el refajo, o a saber qué. Lo único cierto es que *Lupita*, con su altivez, sus presuntos desmanes y su *glamour* ha enterrado a más de dos tercios de convecinos. Eso le confiere un grado. Por tal causa se le permite ser como es, e incluso acudir de vez en cuando a *Donde Sito* para despotricar con vehemencia contra quien se le ponga delante: concejales, *Furias*, *Corvatos*, su familia desperdigada por ahí, una vecina, el cura que ofició la última misa, Franco, la *Pasionaria*, el presidente del Gobierno actual que sea, esa presentadora de la tele a la que pegaría una leche si pudiera, y hasta a la misma Virgen de Apañapalucos, de ponérsele a tiro cuando se enfurruña.

Qué tres tipos de personalidad tan sabrosa para ser estudiadas por un experto. Berta la *Loca*, el *Logroño* y *Matalajari*. Ahí ciertos pueblos constituyen un almacén o un museo, pues, a diferencia de en las ciudades, donde todo es más marginal, gris y anónimo, en el ámbito rural acostumbran a darse perfiles psicológicos llevados al límite, y por lo tanto despojados de cualquier atisbo de disimulo. Es eso lo que le atrae a Serafín de Hiseda y su población. De lo contrario no lo soportaría. Aunque no se relaciona mucho con ellos, sabe que están ahí. Es como la cercanía de la jungla.

Porque quizá otra cosa no, pero hay que decir que Hiseda siempre fue un vivero de personajes curiosos. A algunos de ellos Serafín llegó a conocerlos, y de otros tan sólo oyó hablar, bien fuese a su padre o a alguien de la familia. Era mítico, por ejemplo, el rostro pálido que a la hora de gorrear yendo de copas le echaba un tal Saturnino Pardeza, también conocido como el *Pereza* o, ya después, en cuanto fue calado, *Holmigón*, por aquello de que tenía la cara como el hormigón. Naturalmente, el cambio de una «r» por la «l» era para darle el sello de la casa. Un tipo espabilado, convidador sagaz de una primera y liviana ronda, pero acto seguido se las ingeniaba para que el resto de miembros del grupo pagasen las respectivas rondas, que iban subiendo de precio conforme estaban más integrados en la juerga. Era entonces cuando caían los *whiskys* caros y los *cognacs* de marca. Y el *Holmigón*, pese a ir cogorza perdido, no perdía rumbo de la cosa. Ya no volvía a desenfundar ni por equivocación. Veíasele discutir y hasta mostrar un gran enfado ante tales acusaciones, pero él, ofendido, ofrecía renovadas muestras de su pericia

calculadora. Era capaz incluso de pagar una de rabas para todo el personal, dando así prueba de una supuesta magnanimidad, aunque después empezaba de nuevo su roedora labor zapadora de bolsillos ajenos. Debía ser un maniático perfeccionista del sablazo. Al final, y haciendo cuentas, todos se daban cuenta de que habían hecho el canelo. Raro es que, siendo como son aquí, no acabaran llamándole el *Catalán*.

También hubo un tal Telesforo Liébana, a quien se conocía como el *Zorro*. Serafín se pasó años enteros mirando en el rostro de ese hombre, a ver si descubría alguna cicatriz que recordase la famosa marca que dejaba el *Zorro* en la serie de tebeos o en las películas. La cuestión, tratándose de Hiseda y su deporte olímpico favorito, la adjudicación de motes a la gente, era más primaria y reveladora de lo que pudiese parecer. Lo de *Zorro* le venía no porque fuese un tipo artero y sesgado, ni tampoco, como queda dicho, en alusión al héroe enmascarado, sino porque Telesforo siempre tenía en la punta de los labios una coletilla característica: «Ni por el forro». Eso era así según él ya desde antes de la Guerra Civil española, de chiquillo. Luego su mote derivó al *Forro*, a secas, pero como los litigios con el ceceo representan ciertas cualidades de bastantes hisedianos entendiendo o pronunciando las cosas como les salen de las pelotas, se le quedó lo de *Zorro*.

Una tercera joya fue Dagoberto Posadas, el *Poses*, también llamado *Posturitas*, de quien se cuenta que se explayaba con el gracejo y énfasis de los políticos, sobre todo cuando éstos se hallan en época de elecciones. Otros afirman que cuando, ya algo achispado, peroraba en el *Legañas* uno creía ver a Mussolini, y aun otros al mismísimo Hitler. Según parece, con el invicto Caudillo se atrevió menos. Debía ser todo un *show* ambulante. Además, su peculiaridad era que no soportaba quedar al margen en ninguna conversación que se terciase ante sus narices, tuviese idea del tema tratado o no. Y cuando era así, cuando desconocía por completo aquello de lo que estaba hablándose, o incluso discutiendo de esto acaloradamente, se ponía muy gracioso, pero a él parecía no importarle con tal de intervenir y montar su numerito. A algunas personas la falta de cariño, o de comunicación, o de lo que se quiera, les genera esa indomeñable tendencia al púlpito que resulta muy fatigosa para las demás. *Posturitas* era una de ellas.

Eustaquio de la Hoz, en cambio, fue conocido popularmente como *Chamaco*, en alusión al célebre torero. Ese apodo sí iba a palo seco. Se hizo famoso en todo el valle de Rantroño porque, llevado de su furor torero, y algunas vaquillas sí había lidiado con tiento y clase en sus años jóvenes, se le fue un poco la cabeza y al final, ya muy mayor, se dedicaba a salir a la carretera general, por la que entonces pasaban pocos autos pero a una gran velocidad, pues tenían toda la calzada para ellos, y allí mismo se marcaba unos capotazos y unas verónicas que ponían los pelos de punta al personal. No le importaba que se tratase de motos, coches o camiones: él daba los pases de rigor, a pocos centímetros de la muerte, para luego saludar a un imaginario público. Y murió, quién iba a decírselo, de un fortuito macetazo que le cayó desde el balcón de una casa cuando iba a visitar a su sobrina en Vegamayor. Frito en el suelo. Lo que no habían podido imaginarios miuras de metal lo logró una maceta con florecillas ya marchitas.

Pueblo extraño donde había de todo, desde familias como los *Sepu* hasta otras como los *Cebollas*. A aquéllos, apellidados Galíndez y palentinos de por más, se les llamaba así a causa de lo reservados y silenciosos que eran. De sepultureros, claro. Los otros, los *Cebollas*, eran naturalmente la familia Ceballos, que vivían todos arracimados en un caserón de tres plantas más la buhardilla, y que se pasaban el día embroncados entre ellos –dando rienda suelta así a su cebollácea cerrilidad, lo que los distinguía del resto– hasta el punto de que cuando tenían jarana solía oírseles por todo el vecindario. Luego, más unidos que una familia en plena festividad nupcial.

Capítulo aparte merecerían los barberos que tiempo ha hubo en Hiseda, aunque llegaron a tener tanto prestigio, cosa insólita haciendo lo que hacían, o precisamente por tal razón, que venían paisanos de todas las zonas para que primero Cipriano Valladares y luego Jesús Terán los afeitasen o pusieran a punto sus testas. A Cipriano se le conocía como *Mondapellejos*, y su especialidad consistía en realizar auténticos estropicios en cuantos cueros cabelludos caían bajo sus manos, que eran descomunales, poco propias para un barbero, o como se les llamó más tarde, peluqueros. Aquel tío se ensañaba con sus víctimas, pues eso y no otra cosa parecían ser quienes entraban en el local. Era un manazas irremediable y, según *Burro* padre, que alguna vez

tuvo que sufrir su bestial manera de tratar a los clientes, aquella fiera te retorció el cuello, metía tijeretazos donde no debía, te pellizcaba fuese con sus uñas o aparatejos, y salías de allí dando gracias por conservar la cabeza o seguir con la yugular intacta, aunque siempre con algunas heridillas de más. Su sucesor, como no podía ser menos, pronto fue apodado el *Tiritas*. Y es que Jesús Terán pasó de ordeñar vacas en cuadras ajenas a rapar pelambreras y rasurar cutis. Era una especie de Jack *el Destripador* pero en versión hisediano-masoquista y que, a diferencia de *Mondapellejos*, conseguía ser él mismo quien terminaba herido. Quizá llevado por su temor a causarle algún estrago al personal, o por la falta obvia de oficio, todo podía ser, iba con tanto recato que una y otra vez se propinaba cortes, incluso profundos, que remendaba allí mismo a base de esparadrapo o tiritas. Había en tales sesiones sangre por todas partes, incluidos los cogotes y las caras de los clientes. Un cromo. Pese a todo, ambos duraron lo suyo.

Inés Cifuentes, alias la *Lagarta*, fue otra hisediana de la que Serafín oyó hablar a menudo a su padre, y eso que el *Burro* mayor no solía aludir con sorna a nadie concreto del pueblo, como si quisiera predicar con el ejemplo delante de su hijo. Pero esa tal doña Inés Cifuentes, al parecer una beata de pro que alardeaba de su cristianismo militante de forma continua y obsesiva, tenía una vida paralela, en la capital, donde una o dos veces al mes, y con la excusa de alguna labor de caridad, acudía, decíase, para aplacar ciertos rigores de suma urgencia. Al final parecía ser tan clamoroso el asunto que la buena mujer optó por retirarse a sus cuarteles de invierno, o sea, una casita que tenía en Vegamayor, donde no se le había visto tanto el plumero –en su caso empinadísimo, escarolado moño–, y, además, no estaba bajo el temible y directo control de las *Furias*. Eran batallitas del pasado que aún coleaban.

Pero el personaje cuya historia lograba conmover más a Serafín no fue humano, aunque a menudo lo parecía. Era un perro llamado popularmente *Paquito*, y se trataba del campeón del *vuelacán*. El superviviente tenaz de varias de esas competiciones de las que salió, si no ileso del todo, sí al menos vivo y coleando. *Paquito* llegó a ser todo un ídolo en Hiseda. ¡Anda que no chuleaban poco por aquí, a costa del pobre animal! Cruce enigmático de fox-terrier y liebre, paladín destacado entre los *Milús* mutantes, pero con la

habilidad para caer que poseen los gatos, *Paquito* superó con éxito cuantas veces fue lanzado al aire por exaltados brazos. Como era perro pero no tonto, así lo decían por estos lares, el muy cabrito procuraba confundirse con las ovejas que normalmente solía cuidar en cuanto se olía que llegaban las Ferias. Su experiencia en vuelo sin hélices, alas o motor le diría que, un año más, le iba a tocar ser lanzado como si de una pelota se tratase. Lloraba al escuchar el sonido de una armónica, y Serafín, siendo niño, incluso llegó a verlo, ya muy viejo y como todavía presto a padecer el martirio de un nuevo *vuelacán*. Iba ya medio cojo y ciego, pero aún era el campeón del pueblo. Tan orgullosos estaban de su perro volador que algunos mozos, cuando venían chavales de otros pueblos que afirmaban no creerse del todo las hazañas acrobáticas de *Paquito*, volvían a trincarle, pese a que al final él intentaba esconderse donde podía, y allá que lo lanzaban varias veces. Llegaron a cruzarse apuestas, con *Paquito* de único postor. Una tarde fue subido a la azotea del Ayuntamiento y desde allí se le dejó caer a plomo, al simple amparo de una raquílica colchoneta. No acertó por poco. Años antes, se decía, ya alguien lo hizo y el animal salió ileso del vuelo y posterior trompazo fuera de la colchoneta. Aquella tarde *Paquito*, seguro que ya harto de los humanos, se comportó como el perro digno que sin duda era, quizá como el burro que también llevaba dentro, y por lo tanto se negó a caer igual que un simple gato asustado. Dicen que lo hizo como un pequeño pero pesado saco de patatas. Vertical, lenta y elegantemente. Al parecer, tampoco es que la colchoneta estuviera muy rectilíneamente situada. Así acaeció el óbito del mayor campeón que nunca hubo en Hiseda. Con frecuencia Serafín, que se enteró del destino del abnegado perro pocos años después de que ocurriera, pensaba que alguien, cualquier día, debería hacer una película o escribir un libro sobre *Paquito*.

Puede parecer sorprendente también, aunque no sea inexplicable, el afán que Serafín percibe en sí mismo mientras deambula a través del pueblo en dirección a la Casona cargado de bolsas o simplemente paseando, por convertirse en una pieza de reflexión inexcusable, vamos a llamarla así, dentro de la peculiar idiosincrasia espiritual hisediana, sobre todo ahora que ya se han desvanecido en él, y casi en su compleja totalidad repleta de brotes

vanidosos, aquellas mortificantes y nunca saciadas ínfulas investigadoras, aquellos insufribles y tampoco satisfechos tics de científico incomprendido que aún conservaba hasta hace bien poco, y que pese a todo no dejó de cultivar mientras llevaba entre manos –más o menos de verdad– la ilusión por su monumental trabajo sobre las proteínas globulares, de facto nunca iniciado, no vamos a engañarnos. Pero en su caso –y dado que puede hablarse con absoluto tino más de meros esbozos de proyecto para un trabajo futuro que de labor ya realizada, descontando ese montón de folios, casi la mayor parte fusilados de otros autores y de textos especializados– el asunto podría rozar lo cómico si no tuviese un cierto punto de patetismo que ni siquiera él se atreve a negar. Convive como mejor puede y sabe con la certidumbre de que, si en un momento determinado del tiempo eso llegó a abochornarle interiormente, por ejemplo cuando *Pitita* le decía embelesada al mirar cómo crecía ese montón de folios: «¡Mi pedazo de Einstein rebonito..., mira qué eres listo!» –y pardiez que lo observaba como si realmente se tratase de un Niels Bohr o un Andrew Wiles fumando en su pipa tras leer una ponencia magistral a un entusiasmado auditorio que quizá no entendiese nada, pero en cualquier caso le cree a pie juntillas y hasta se tiraría de cabeza al río por defender las tesis que termina de oír–, ahora a Serafín ya todo le resbala bastante. Se da cuenta de la fatuidad que rodea el cotarro, tanto el de la vida diaria, con sus momentos hermosos y sus miserias frecuentes, como el de la mitificada Ciencia o el de la Cultura, en los que sucede otro tanto de lo mismo, y posiblemente más exacerbado en sus aspectos ciertamente negativos, como las envidias, las zancadillas que suelen dedicarse a quien cuenta con una idea original. Entonces se pone en marcha todo un cúmulo de dificultades que acaban consiguiendo, como también ocurre en otros aspectos de la existencia, que por lo general sólo sobresalgan o los listos de verdad, o los más truhanes o los más perseverantes, si consiguen demostrar su talento con una constancia endógena y mucha suerte. Finalmente, para quienes son en verdad geniales y tienen algo nuevo que contar y que la gente necesite o quiera oír, eso desea creer, la ecuación funciona. Si no, van dados. Y él va dado. Desde hace largo tiempo.

Cuando su propio *Tao* le induce a la extática contemplación –ojito a esa

equis camuflada, que en nuestra historia adquirirá gran importancia— sabe que no se trata simplemente de no hacer nada, sino de descubrir lo que sucede cuando haces justo eso, nada, durante un tiempo continuado. Porque en verdad ocurren cosas dentro de uno, cosas a las que a menudo no estamos preparados para enfrentarnos. Entonces éstas pueden devorarte, regurgitándote en un parpadeo —también suele llamársele depresión—, o bien invitándote a proseguir en tu actividad contemplativa. Y aún entonces sigues teniendo dos opciones: convertirte en una especie de san Pedro de Alcántara portátil o en un capullo integral, incomprendido y a veces secretamente despreciado por tus seres afines, porque, sencillamente, para ellos sigues sin hacer nada, lo que para mucha gente en nuestra sociedad es pecado mortal, aunque sea por lo del agravio comparativo.

No obstante, como el ser hisediano propiamente dicho no guarda a menudo ninguna relación concreta, ni intrínseca ni formal, con lo que acostumbran a hacer esos mismos hisedianos, que suele ser nada, y no en el sentido creativo, o a lo sumo criticar con desgana, a veces Serafín se extraña del devenir interior de las cosas, que es como el esqueleto de los acontecimientos. En otras palabras, lo que hace fluir todo de determinada manera. Ni siquiera en Hiseda las cosas son como parece que en teoría tendrían que ser, sino todo lo contrario. Pero esto podría parecer en exceso dialéctico, piensa. Expresado de distinta forma: no es que aquí haya gato encerrado. Aquí lo que hay es un tigre de Bengala, y no sólo encerrado sino al acecho.

Eso ha empezado a entenderlo ahora, aún oblicuamente y en toda su amplia gama de matices, quizá porque hasta el presente se abocó demasiado a otros asuntos como para ser consciente de la plenitud que encierra tal percepción: sobre la Hiseda que se ve, que se huele, que se oye y, sobre todo, sobre la que murmura como si se tratara del deporte local por excelencia y ellos fuesen los campeones sin discusión, hay otra Hiseda muy distinta, y en cierto modo polivalente. Es ésta la que debe ir descubriéndose poco a poco, sin prisas. Pero también procurando no llevarse ningún sobresalto.

Por cierto, aproximadamente al mes de que *Pitita* se hubiese ido para siempre fue cuando Serafín realizó uno de los descubrimientos de su vida: las

famosas Infusiones Mágicas de la susodicha. Sin duda a *Pitita* le calmaban en gran parte la ansiedad y, como de esta última tenía a raudales, allá que se lanzaba a pegarse sus buenos viajes con las infusiones, hasta la fecha para él una simple mezcla de vegetales y hierbas que había que hacer a la manera de un té. «Otros toman ansiolíticos y todo tipo de calmantes, ¿no es cierto? Pues bien, yo tomo esto, que al menos es natural», acostumbraba a decir ella. De hecho, Serafín pudo constatar empíricamente cómo *Pitita* solía apaciguarse de forma instantánea si tomaba la infusión bebida, pero cuando también masticaba el poso de la taza, dejándoselo largo rato entre la lengua y los dientes, entonces se ponía en verdad eufórica. La receta, al parecer, se la enseñó años atrás una amiga a la que ella llamaba coloquialmente la *Sonada de Formentera*. Pues resultó que *Pitita*, en la precipitación de lo que literalmente fue una huida en toda regla, se dejó un enorme frasco de cristal lleno de esas curiosas plantitas, que otrora él supuso laurel e incienso, sándalo o espliego, valeriana o romero. Y no, claro. De modo que una tarde, para merendar, antes de su habitual paseo vespertino, decidió cambiar el té con leche por el té con esas infusiones mágicas. Como hacía ella, Serafín primero las olió largamente, luego sorbió hasta el último residuo de líquido, que sabía tan sólo a plantas, pero cuyo fuerte sabor quedaba disimulado con el azúcar, para acabar masticando con fruición el poso del tazón.

Menos mal que utilizó poca cantidad de esas plantitas para la infusión porque de lo contrario, además de andar en zigzag a ratos, aunque completamente feliz, y tener las revelaciones que tuvo, es posible que hubiera salido levitando sobre los campos, sí, igual que un vilano de pelusilla blanca y esférica. El caso es que, como era de esperar, Serafín empezó a lucubrar despropósitos en cascada. Luego vinieron las sudoraciones y finalmente, por sorpresa, un estado de pura y lúcida embriaguez. ¡Cuántas ideas podían estar contenidas en aquellas plantitas, vaya por Dios!, pensó Serafín fundiéndose en el atardecer y con beatífica sonrisa de oreja a oreja. Bendita la mano negra de la *Sonada de Formentera*, y bendito descuido pititáceo, que de alguna forma le había abierto los ojos, pues hasta ese instante fue como si los llevase llenos de suciedad: era su pasado. Pero decidió no culpabilizarse más por las equivocaciones cometidas en ese pasado suyo, que por momentos

consideraba ajeno.

Y buena iba a liársela mentalmente Serafín a sí mismo al descubrir al azar mientras leía el significado de la palabra «cluenasmo», figura retórica ésta que permite autoimputarse la culpa de todo. Figura poco indicada, pues, para ser descubierta por seres aprensivos, relapsos hipocondríacos o con una de esas sensibilidades que electrocutan. Así, la receta mágica era la siguiente: el factor judeo-cristiano que llevamos en la memoria de las venas se sazona con unas lonchas de culpa kierkegardiana y se le añaden unas gotitas de Nietzsche a modo de salteado, para darle sabor a la cosa. Por contra, piensa Serafín, aquí en el valle nunca parecen sentirse culpables de nada, lo que resulta curioso. Si aquí, por las noches y con alevosía, se escanciase ese elixir que fomenta la culpa en las alcobas de las casas de los pueblos, ¿qué tendríamos al fin? Un nuevo bebé hisediano de esos que parecen haber nacido con treinta y pico de años. Tanto por su aspecto de tener casi novia como porque ya llega pegando leches. Y, lo más grave de todo: que dentro de poco *hablará* como sus padres. Aquí la culpa se la papean sin pestañear entre el cocido y las chuletas de novilla con patatas. Aquí la culpa la engullen, la digieren, de ahí les va a la sangre, de ahí al cerebro y el resto de órganos, y luego pasa lo que pasa: eruptan.

El caso es que aquella tarde Serafín se hallaba leyendo en el sotobosque de álamos sito junto al ribazo del Pábenes que está a medio camino entre Hiseda y Salinas. Entonces, al tropezar con el vocablo de marras, dejó caer el libro sobre su regazo y, llevándose de modo instintivo ambas manos a la garganta exclamó para sus adentros: «¡Cluenásmico perdido... eso, eso es lo que he sido desde siempre sin que nadie me comprenda!». Pero allí no había nadie para oír sus lamentos.

En el fondo, lo que cualifica a estos seres es su pasmosa y conmovedora capacidad para convencerse de que de alguna forma son responsables de las desdichas ajenas, lo sean o no. Y lo cierto es que, durante largo tiempo, Serafín fue todo un especialista en esto.

Ahora se acepta, o casi ha aprendido a hacerlo, como un hisediano más. Está en ello. También acepta su destino, porque es consciente de que por mucho que haga o deshaga proyectos, resulta más que posible que ese

destino, al menos el inmediato, y se atrevería a asegurar que igual ocurrirá a medio o largo plazo, sea permanecer en Hiseda. Y ello a pesar del problema enorme que representa lo de la amenaza que pende sobre la Casona, lo cual no deja de constituir el centro del dilema que, por una causa u otra, más tiempo le roba al cabo del día. Así es últimamente. O quizá sea una excusa más, otra, añadida sobre las ya existentes, que a su vez forman legión y tienen la virtud, o mejor habría que decir el defecto, de reproducirse a sí mismas como células malignas, una excusa más, pues, para no hincarle el diente de una vez a su trabajo acerca de las proteínas.

En efecto, es mucho lo que le amarga el triste asunto de la Casona, porque tampoco ve nada clara la forma de hincarle el diente. *Burro* padre ya habría sabido cómo actuar, que desde luego no sería ni con la apatía y el agarrotamiento que él muestra a la hora de pensar en alguna iniciativa práctica. Los días pasan y, aunque pretenda negarlo, la presión, el papeleo hostil de la burocracia y la praxis de los hechos consumados avanzan como un corrimiento de tierras, llevándose todo a su paso. Dentro de apenas nada las cosas van a ponerse en contra de sus intereses, que no son otros que mantener esta casa justo por donde pretenden construir lo que imagina será una horrenda autovía, uniendo parte de las provincias del norte con el centro del país. Un remiendo más que, dado el crecimiento de la industria del automóvil, acabará siendo un parche que quizá sólo sirva para descongestionar el tráfico durante diez o quince años. Esa amenaza pende sobre su cabeza a modo de espada de Damocles. Desconoce la manera de buscarle el bies al sistema burocrático –que ya ha dado un dictamen, aunque a él aún nadie le ha notificado oficialmente nada– y cuyo engranaje es considerablemente difícil de frenar, o siquiera de ralentizar, una vez se ha puesto en marcha.

Ojalá el *Dalle* le echase una maldición a todo ese atajo de políticos y especuladores de los intereses supuestamente sociales. Porque no sólo es su casa la que pretenden tirar hasta los cimientos, sino una porrada de ellas. Por ejemplo, también será abolida la que tiene ese prado en donde ahora pasta el burro blancogrís, su tío, tan solemne y tranquilo él, ajeno a la desgracia que ha tenido que venir a cernirse, malhadamente, justo en esta zona. Y es que la

dichosa autovía Norte-Centro del copón bendito, piensa cuando está más alterado por el tema, pasa prácticamente por encima de la línea imaginaria que queda trazada sobre la Casona. Eso le mostrarían aquellos dos individuos del Gobierno Regional cuando estuvieron aquí, tan trajeados ellos, con sus papeles o planos inmensos y desplegados, a modo de mapas de logística militar. Eso pensó Serafín en aquellos momentos. Entonces se creyó casi a punto de sufrir una lipotimia. La autovía no afecta para nada a Hiseda que, pese a tenerla al ladito mismo, se halla separada de este tramo por unos centenares de metros. Suficientes para ni siquiera verla. Igual sucede con los del *Barrio*, que la tendrán muy cerca pero tampoco la verán. De ruidos, mejor no hablar. En cuanto crezcan los pinos de la cambera, los que dan acceso al *Barrio*, ellos ni enterarse. La autovía afecta a la Casona y a otras cinco o seis viviendas más altas, al menos de esta parte. Por ahí no se sabe los desaguisados que estará provocando, pero lo único cierto es que va acercándose paulatinamente, como una inundación que mata la alegría y, a la vez, llena a muchos de impotencia y temor.

Esa autovía, sigue rumiando aún, debe ser como la vejez: la ves venir y nada puedes hacer ni para evitarla, ni tan sólo para retrasarla un poco. La edad es la edad. Que él, de otra cosa no, pero en biología estuvo siempre muy puesto.

Le parece doloroso que la autovía Norte-Centro, en el tramo que se especifica escuetamente como «Salinas-Hiseda-sur, pantano de Lasa con loc. de Rantroño», pueda ser la causante de tirar abajo esta Casona que su padre levantó palmo a palmo, y además sin obtener un justo dinero por ello. En otras palabras: que le resolvieran lo que le resta de vida, siempre que supiese administrar convenientemente tales réditos. ¿No le causaba todo ello un enorme perjuicio? Pues que lo compensaran. Pero las cosas son como son, y le han ofrecido una indemnización con la que no está de acuerdo. Y de tal modo lo reconocen, decepcionados, quienes fueron consultados por Serafín. Se valora muy poco estas tierras, y apenas nada el esfuerzo y las ilusiones que en ellas sepultaron quienes aquí verían pasar toda su vida. Sólo importan la velocidad y el peaje que tarde o temprano acabarán poniendo.

Fue ese punto concreto de la nimia e incluso ofensiva indemnización lo

que le hizo ver claro: iba a luchar hasta el final para que no se saliesen con la suya. A un *Burro* no se le trata a patadas. Y cuanto más tercios se pongan esos ingenieros y politicastos con lo de la autovía, más insistencia opondrá él, piensa cuando se enfurece. Aunque de momento aún no haya concebido ninguna estrategia de combate. Tiene más o menos definidas, sí, un par de ideas al respecto, pero no la forma eficaz de plantar cara. Únicamente sabe que hay que actuar. Su intuición le dice que eso, de hacerse, ha de ser a lo bestia, asumiendo todas las consecuencias. Como lo habrían hecho otros *Burros* de su dinastía.

Serafín, de momento, sólo ha alcanzado serenidad de espíritu como para reconocerse a sí mismo en tanto que hisediano, aunque le repateen bastantes o muchas cosas del pueblo. Y, una vez reconocido como *Burro*, tal vez el último *Burro* de una prestigiosa y muy temida serie de ellos, poder sentirse en la situación anímica adecuada para integrarse o no, y a saber de qué forma concreta, en la vida hisediana. En ello reside el dolor –así como en seguir bebiendo de una inagotable fuente de excusas para no ponerse de verdad con su trabajo largamente aplazado– de la puñalada traperera de la Autovía. Tal panorama lo ha modificado todo en el sentido, por ejemplo, de que prácticamente sólo piensa en ello. Y es que Serafín rumía algo, sí, pero aún no sabe con certeza de qué se trata. Está en ebullición. Son pensamientos, tal vez meras sensaciones que le cruzan por la mente como caprichosos fosfenos, esas manchas que a veces creemos ver pasar por el campo de visión que abarca el nervio óptico, cuando miramos con los párpados cerrados en dirección a una potente luz. Como pelillos que flotan, aunque para *Pitita* obviamente levitarían, alterando nuestra atónita mirada. Y, a cada nuevo parpadeo, repiten con geométrica exactitud su lento recorrido. Tal que si en realidad los tuviésemos grabados ahí a cincel, pero con la particularidad de ser tan móviles como perpetuos en nuestra conciencia. Pensamientos traviosos y negativos que no acaban de nacer, y que están ahí como muévedos, los fetos de animal dados a luz antes de tiempo. Bueno, o igual se trataba de los primeros síntomas de un tumor cerebral en fase de desarrollo, como oyó alguna vez de joven, pero mejor no caer en lúgubres disquisiciones.

Se recrea imaginando, aunque sea para ahuyentar de tanto en tanto el mortificante pensamiento que afecta al incierto futuro de la Casona, a todos los efectos pesimista, en cómo serán los próximos años de su vida aquí en Hiseda, si es que no se queda sin casa y puede establecerse. Con la indemnización apenas le llegaría para comprar cualquier casucha en el pueblo, de esas que llevan años y años medio destartadas. Pero ¿y repararla? Quién sabe. En los momentos de euforia se ve concluyendo su descomunal trabajo de investigación, o al menos dándole una gran sacudida. En eso es, quizá, demasiado optimista. Con darle un ligerito meneo ya se conformaría.

Lo que le tira de verdad es la eventualidad de verse algún día como alguien que frecuenta el banco de *Donde Sito*. Sí, decididamente le atrae *Donde Sito*, y tampoco conoce el motivo. No es que le colme de felicidad la perspectiva de mantener discusiones con Lupe *Matalajari*, o ni siquiera con el *Logroño*, aunque cuando Serafín se encuentre en el nivel de disposición anímica adecuado para decidirse a tentar la posibilidad de frecuentar el ágora de *Donde Sito*, seguramente el banco seguirá estando allí, pero no quienes ahora son sus usuarios. Es probable, calcula, que para entonces no haya en el pueblo ni una vieja que esté chaveta integral, ni otra que se crea rutilante estrella de cine, pese a rozar el siglo y descascarillarse por momentos, ni siquiera un tipo tan malhablado como Pedrín el *Tuerto*, alias *Logroño*. Habrá otros alias, y él será *Burro*, sin duda, pero de una nueva generación. Igual en ese banco hay hasta informáticos, como aquel tipo del pueblo cercano con el que contactó en una ocasión, o personas con una cierta cultura. Igual esas personas están aún por venir a Hiseda, quién sabe. Sí, piensa para consolarse, ese grupúsculo de independientes seguramente todavía no han hecho siquiera su aparición, o de lo contrario ya los conocería. Y es que pese a la vida casi cenobita que lleva, sobre todo desde que *Pitita* se fue de estampida, a veces siente que está muy solo. Demasiado. Pero también sabe que debe resistir, pues se trata de los últimos mordiscos de eso que llaman soledad.

Cuando Serafín –más por el peso de esa continuada soledad que por efectos de la nostalgia de *Pitita*, que también la siente– piensa en la que fue su pareja y compartió con él una larga temporada de convivencia en la Casona, no puede dejar de reconocer que precisamente él se equivocó de plano en varios aspectos. Entonces procura hacer una consistente autocrítica para entender por qué aquella relación se fue a pique, y acaba convencido de que cometió varios errores, los más graves de los cuales sin duda tuvieron estrecha relación con esos otros habitantes del mundo diario e íntimo que compartía con *Pitita*, algo que ella, a diferencia de él, jamás llegó a aceptar: de un lado los pajarracos que se habían hecho fuertes en el techo y, de otro, la carcoma.

Lo de esta última, a juicio de Serafín, en un principio era más mental que otra cosa. Ciertamente podían verse en cualquier rincón de la

casa esos diminutos montículos de polvillo amarillento y propio del arduo laboreo de la carcoma. En otras ocasiones le caía en plena cabeza, como si alguien estuviera espolvoreándole desde el piso de arriba. Con la melena larguísima y enmarañada que tenía *Pitita*, luego para quitársela hacían falta varias champunadas. Sobre todo por lo obsesiva que podía ser. Pero como, pese a estar ya limpia –total, por un poco de polvo sobre el pelo–, ella seguía erre que erre con que le picaba, porque decididamente era mental la cosa, casi se desollaba viva, la infeliz. Pero aun otras veces sucedió algo más penoso: venía alguna visita, se apoyaba con el codo en el pasador de la escalera que iba al garaje-bodega, y allá que podía quedarse con medio trozo de escalera en la mano. Por esa parte estaba muy mal la cosa. Así gustaba de llamarla Serafín, la *cosa*. Como si no mencionando a la carcoma por su nombre todo el asunto pareciera más llevadero y hasta frívolo. Pero una vez vino cierta amiga de *Pitita*, toda ella repipi y peripuesta. No una de sus petardas habituales, sino otra. Y ya fue mala suerte, ya: estaba hablando con ese deje que caracteriza a las pijas, como si tuvieran cachos de melocotón o ciruela en la boca, cuando de pronto empezó a caerle una auténtica lluvia de polvo amarillo en la cabeza. La otra, ignorante de lo que pasaba, tos va, tos viene, y venga abanicarse con la palma de la mano como si tuviese calor. Y *Pitita* blanca como la cera. Aquella noche tuvieron una soberana bronca. Unilateral, como casi todas las que tenían de vez en cuando, pues Serafín no era nada fajador para eso. Y todavía hubo otra noche en la que, justo antes de acostarse, *Pitita* descubrió restos de carcoma al lado de su mesita, por lo que dedujo, no sin parte de razón, que bien podría caerle en el rostro mientras durmiera. Se pasó un rato lanzándole toda clase de advertencias y diciendo que ya no podía más. El caso es que *Pitita* se despertó ya bien entrada la madrugada profiriendo alaridos y pegándose contundentes golpes en todo el cuerpo, como si quisiera quitarse la *cosa* de encima. Serafín procuró tranquilizarla, pero fue entonces cuando cometió su gran error. Siempre intentaba bromear con el tema para quitarle hierro, incluso como ahora de madrugada, así que sólo se le ocurrió decir:

–Déjala, Churri, seguramente ya salen del *afterhours* y ahora tendremos calma... –Lo que, bien es verdad, balbuceó en estado de suma modorra y

confusión.

Producía escalofríos imaginar lo de miles, quién sabe si millones de bichitos vistos a través de un microscopio electrónico y yendo de fiesta a un *afterhours* justo sobre sus cabezas mientras ellos dormían a pierna suelta, por lo general con las bocas abiertas. Tuvo que ser algo que a *Pitita* no la tranquilizó en absoluto.

–El *afterhours*, dices... –siseó estremecida. ¡De repente había tenido clara la visión! Aquella noche *Pitita* durmió en el sofá del salón, y ése sí que estaba repletito de ácaros, además de cosecha *Gran Reserva*, bien lo sabía Serafín, aunque su cuidado tuvo de no comentárselo nunca.

Lo de los pájaros era peor. Ni Alfred Hitchcock lo hubiese concebido de modo tan insidioso e inquietante en el rodaje de su célebre película con esos alados protagonistas. Allí, en el film, se trataba de pájaros que con bastante rapidez decidían atacar sañudamente al personal. Aquí, en la Casona, era una diaria, o más bien nocturna, comida de terreno efectuada palmo a palmo y a lo largo de los años, pero haciéndolo de manera que te dabas perfecta cuenta, a tenor de los ruidos cada vez más próximos, de ese avance gradual e imparable. Incluso llegó un extremo en que, cuando Serafín llegaba a casa y ella le recibía, bien fuese en la puerta de entrada o en la cocina, brazos en jarras, *Pitita* le espetaba con amarga ironía:

–¡Bienvenido a *Birdworld*...!

Él no entraba al trapo de lo que creyó siempre parcialmente una broma, cuando en realidad debiera no haber propiciado ciertas psicosis de su compañera, que siempre fue muy susceptible para estos asuntos.

Sí, con lo de los pájaros el tema resultó más equívoco, y peor. El barullo que montaban era tan monumental que por momentos, y mientras *Pitita* y él hablaban en la habitación situada en la parte alta de la casa y por ello cerca del techo, espacio conocido como *Birdworld*, se veían obligados a callar, pues era en todo punto imposible oírse. El jolgorio liado allá arriba llegaba hasta la cocina, donde solían comer. Cierto que era sólo por las noches y cuando amanecía. Una vez *Pitita*, que estaba en un tris de quedar con los nervios rotos, le sugirió muy seria:

–Podríamos invitarlos y, ya puestos, que cenén con nosotros...

Tampoco ahí Serafín fue listo. Le habló en tono de broma, que en verdad no lo era para ella:

–Bueno, igual no es mala idea... –Pero la respuesta iba a llegarle fulminante:

–Es que una de estas noches se nos van a cenar a nosotros... –Ante lo que él alegó, tranquilo, no saber de ningún pájaro que se hubiese comido a nadie.

–Ya, pero ¿y los buitres?

–*Eso* no son buitres, cariño –intentó serenarla, pero lo cierto es que tampoco tenía mucha idea de qué tipo de aves se trataba. *Pitita* se lo insinuó:

–Empezaron siendo pajarillos, de acuerdo, pero es que ahora ahí arriba puede haber hasta cóndores... –Parecía realmente enajenada. ¡Cóndores en Hiseda! Y el caso es que, a juzgar por la brutalidad de los chirridos y golpetazos que daban en el techo, sí que debían ser ya pájaros muy, pero que muy grandes. Lo preocupante era que la hora de máximo barullo pajaril se trasladó al amanecer, justo en lo más profundo de sus respectivos estados de sueño.

Pitita, con obvios síntomas de crisis, se ponía a dar escobazos por todas partes, o golpeaba en el techo y las vigas con una cachava o con el atizador de hierro para remover los troncos de la chimenea. Al final se dormían en medio de la presunta batalla contra invisibles pájaros empecinados en ubicarse en lo que éstos deberían considerar ya su habitáculo nocturno, a un par o tres de metros de sus cabezas. Y en verdad al amanecer la algarabía era insoportable. Entonces daba la impresión de que en cualquier momento se iba a desmoronar un tabique o parte del techo, y allí que aparecerían ellos, liándose a picotazos y descuartizándolos. Como para matar del susto al más aguerrido. Otra noche *Pitita*, luego de recoger varias plumas de gran tamaño que no debían estar allí, se puso a chillar:

–¡Están en todos lados..., están en todos lados...! –Por completo fuera de sí.

Ante lo que Serafín tampoco es que estuviese especialmente acertado:

–No, Churri, están sólo en el techo.

–¿Sólo... sólo...? –repetía una y otra vez, desorbitada la mirada y con un rictus de pánico cruzándole el rostro.

No servía de nada que él le dijese que cualquier día de éstos iba a ponerse manos al asunto y que, bien fuese mediante algún gas o con aparatos de Hondas ultrasónicas o, si se terciaba, con la escopeta de perdigones, liquidaría el problema de la invasión pajaril en un periquete. La idea de ejercer una temporada de paciente y camuflado francotirador de élite le parecía muy sugestiva: safari por los alrededores de tu bañera. Aunque sí, eran demasiados pájaros. En realidad también él estaba empezando a asustarse, y mucho. Parecía que allí arriba tuviesen montados varios tablaos flamencos, y que se cruzaran furibundos desafíos entre ellos, *Montoyas* contra *Tarantos*, y que ningún payo se inmiscuya en la reyerta. Igual los *Montoyas* eran corvachos y los *Tarantos* lechuzas, pero menudos taconeos y embestidas.

Aquella pelea de lo que fuese sobre sus cabezas, y ahí mismo, tras el tabique de tal o cual habitación cuya pintura principiaba a descascarillarse por efecto de los golpes, era como una habitual batalla de las Ardenas, algo verdaderamente amenazador. Y si en la primera época de vivir en la Casona pensaron que cuando llegase el invierno, con las lluvias casi constantes y las frecuentes heladas, los pajarracos del demonio se irían a otra parte, o por lo menos se apaciguarían un poco, ni hablar del peluquín: entonces montaban en la techumbre su particular y cruento frente de Stalingrado. De hecho, habían decidido quedarse en *su* casa. Viéndose impotente para resolver el problema, pues preguntase donde preguntara los paisanos invariablemente le daban idéntico consejo, a saber: «Ésos, a tiros», ya no discurría qué hacer. En tal punto Serafín procuraba derivar la conversación de los pájaros hacia la carcoma que, aun siendo molesto, parecía dar menos miedo, que no repulsión. Porque no se ve y, sobre todo, no se oye. Pero a *Pitita* ya no había quien la convenciese, y exclamaba indignada cuando él le contaba maravillas respecto a la eficacia del Carcomín:

–¿El Carcomín...? ¡Ja... mira como me parto el culo de risa...! Ésa... –así la llamaba ella, ésa, como él la *cosa*– ya se ha inmunizado al veneno...

–Pero ¿cómo se te ocurre pensar algo así? –respondió Serafín aun a sabiendas de que *Pitita* posiblemente tenía toda la razón, y cada vez más preocupado por el lenguaje procaz que ella había adquirido en esta última

época.

–Lo que oyes: debe usar el Carcomín con la misma naturalidad con que tú utilizas el jarabe para las encías... –Y no había quien la sacara de ahí.

Por tan especiales huéspedes empezó a perderla, pero es que tampoco él era un experto en plagas. Además de que no tenían dinero para costear un tratamiento que, lo sabía, resultaba carísimo. Ahí subyacía el otro formidable enemigo de siempre: el dinero, o la falta de éste. Y por tal causa sus relaciones se embrollaron aún más, pues *Pitita* no le veía avanzar para nada en su trabajo de investigación. Aquello era como la Tierra Prometida para el pueblo hebreo, algo que nunca llegaba a verse, quizá porque entonces perdería la gracia, desmontándose todo el chiringuito. El punto álgido de ese malestar se dio una tarde en la que Serafín andaba estudiando cuanto en sus manos cayese acerca de lo que se conocía como el periplasma procariota.

–¡Como si con eso del plasma protoidiota fuésemos a comer...! –se quejó ella entonces. Él, inmune a las provocaciones, procuraba no perder la calma:

–Churri, que esto es muy serio...

–¿Ah sí? ¡Pues explícamelo...! –*Pitita* quería guerra cruenta, de aniquilación, y él no se daba cuenta de puro ingenuo, y posiblemente porque a su manera, ¡Logroño!, estaba muy enamorado de ella.

–¿Seguro que quieres que te lo explique?

–Ardo en deseos, ¿o es que no me ves? –Y bueno, un poco témpano de hielo sí estaba, como Betty Davis o Joan Crawford cuando ponían aquel gesto cejioblicuo tan cuqui, justo antes de soltar una lindeza envenenada, pero Serafín seguía mordiendo el anzuelo:

–Verás, se trata del espacio periplásmico procariota, que es una especie de compartimento subcelular que contiene proteínas esenciales para la catálisis de ciertos ciclos biogeoquímicos y para la adaptabilidad bacteriana al medio ambiente...

Pitita, con los ojos casi en blanco y la carcajada, no se sabe bien si de odio o de burla –sí se sabe– a punto de escapársele por la comisura de los labios, preguntaba aparentando enorme interés:

–Perdón: ¿has dicho subcomportamiento celular o compartimento subcelular? Porque imagino que no será lo mismo... –Él, redobladamente

incauto, se lo aclaraba con paciencia.

–Y esa proteína, ¿por qué es eso... idiota? –reiniciaba ella el ataque, ahora como entre bromitas pero en realidad con subliminal inquina.

–Idiota no, cari, procariota, y no son las proteínas sino...

–Bueno, déjalo –le cortaba–. Sólo dime por qué se las llama así. A las proteínas, me refiero...

Su cara medio sonreía, pero su corazón estaba negro por los augurios.

Y él volvía a picar, seguro que también a causa de lo muy necesitado que estaba de hablar con alguien de tales temas que, entonces aún era cierto, por supuesto a ratos parecíanle apasionantes:

–Porque carecen de verdadero núcleo, ya que han seguido dos líneas evolutivas: la que llega a las subbacterias y la que desemboca en las arqueobacterias.

–¡La hemos jodido! –se explayaba *Pitita*, otrora tan poco dada a decir tacos. Lo cual demostraba que estaba enfureciéndose de verdad, aunque él ni enterarse aún–. Ahora resulta que hay varios tipos de bacterias, y ninguna de ellas da de comer...

Ahí Serafín sí notaba el azoguillo de un larvado burlarse a su costa, pero el rostro de *Pitita* permanecía tan en apariencia cortés, que pronto volvía a sentir deseos de explicárselo:

–Lo de las bacterias es un tema muy complejo, Churri. Mira, se conoce ya la secuencia del genoma completo de la *Helicobacter pilori*, de la *Haemophilus influenzae* y de la *Escherichia*...

–¡Corta ya! ¿Y qué? –A veces se ponía muy dura, casi grosera. Era necesario mostrar mesura y bondad con ella:

–Que una bacteria típica se compone de unos tres mil genes, que a su vez cifran otras tantas proteínas. Pero el caso es que crecen de manera explosiva, a menudo con tiempos de generación de apenas veinte minutos...

Ella sí estaba a punto de explotar, y mientras él, ciertamente nervioso por intuir lo que estaba pasando, seguía como un lorito desbocado:

–Además de cooperar activamente en los procesos metabólicos sitios en el citoplasma, el periplasma, el periplasma procariota –y cada vez que pronunciaba esa palabra la cara de *Pitita* sufría una desagradable contracción

– desempeña una función esencial en la captación de señales del ambiente y en el inicio de la transmisión de otras señales a través de la membrana plasmática al ADN, las proteínas estructurales y otros objetivos alojados en el citoplasma... –A ella iba inclinándosele el rostro mientras le oía, y Serafín recordaba haberle hablado de estos temas, aunque lo cierto es que por lo general *Pitita* solía empezar atendiéndole con gran tacto, pero terminaba bostezando aparatosamente. Y eso cuando estaba loca de amor por él.

–Así que es cuestión del ambiente... –intervenía ella enigmáticamente.

–¿Cómo? –Serafín se había quedado colgado de una nube. *Pitita* iba a bajarlo, y rápido:

–No, que a ver cuándo me llevas de marcha... –decía ella de pronto, no disimulando para nada ya, a esas alturas, lo poco que le importaba cuanto oyese.

A Serafín escasas palabras, por no decir ninguna, causábanle tanta aversión como la de «marcha», en teoría sinónimo de diversión, pero para él hundimiento paulatino del cerebelo de cada uno en una balsa etílica y de vacuidades. El caso es que, o bien él era un descerebrado completo o bien estaba tan necesitado de charla acerca de sus estudios y lecturas que perdía por completo el oremus de la situación. Cuando iba a levantarse de la mesa, indignado –más por fuera que por dentro–, *Pitita* de nuevo le sorprendía con otro requiebro amable de la voz, o un silencio especialmente denso, o un resoplido que mostraba inquietudes poco concretas pero interesantes. Era entonces cuando, necio de él, volvía a ametrallarla sin tregua. Como *Pitita* le hubiese preguntado por la relación entre todo esto de la plasta (el periplasma), que le dijese lo que le dijese seguía pareciéndole un poco idiota (¿procariota?, ¿o acaso él mismo?), Serafín se esforzó en aclararle:

–Vale, te lo explicaré... Ten en cuenta que para cumplir su función asignada, las proteínas deben hallarse debidamente plegadas en una, ¿cómo te diría yo?, en una... especie de conformación tridimensional definida. –Ella volvía a tener la mirada lejos, pero por lo menos no ponía expresión de asco, así que Serafín aprovechó para seguir–: El plegamiento viene determinado por la propia secuencia de aminoácidos, y aunque se trata de proteínas de gran tamaño, por ejemplo, las globulares, es necesario el concurso de otras

proteínas. ¿Lo entiendes?

El vacío absoluto podía palpase en la cocina.

El gran Leibnitz lo hubiese llamado: *horror vacui inter personae*.

–Eso es en lo que tú andas enredado hace años, ¿verdad? –preguntó entonces ella, a quien sin duda debía sonar de algo lo de los aminoácidos y tal.

–Más o menos –se resignó Serafín, dando por imposible el acceso triunfal de su chica al mundo de la Ciencia.

–Entonces –seguía *Pitita*, ahora suave y hasta melosa, pero punzante como un estilete veneciano–, ¿cuándo calculas, aproximadamente, que eso podrá empezar a darnos de comer? Porque yo no acabo de verlo claro...

Y de nuevo en el punto cero. Ahí solía desmoronarse del todo Serafín, quien muy solemne abandonaba la estancia pensando si un Pasteur o un Fleming lo habrían tenido más de cara con sus parientas. Pues, así lo leyó alguna vez, a Sócrates y a Hegel les curraban las tales.

Empezó a perder a *Pitita* porque el Carcomín no hacía apenas efectos. Porque *Birdworld* estaba creciendo como un parque temático de esos que se cascan algunas multinacionales para atontolar todavía un poco más a los niños, y a sus papás con ellos, vendiéndoles a porrillo basura de azúcar y plástico. La perdió porque no pensaba sacarla de «marcha». Porque no ganaba casi nada de dinero y para ella, que había venido a Hiseda a pintar cuadros, no con la idea de depender del dinero de su mamá, era odiosa la situación. Porque no le daba «caña» o no sabía transportarla a determinado «ambiente». Además de por sonso, poco morboso, conformista sexual, lo que en sí era toda una categoría. ¡Ah!, y demasiado intelectual. O sea: inútil perdido.

Y es que la cosa de la libido, zona erogoespirual donde harto suele doler la cicatriz que deja la soledad, se le hace llevadera a rachas, pero en otras ocasiones Serafín atraviesa por verdaderos apuros. Entonces recuerda sus momentos de esplendor, por ejemplo que en la época de la Facultad de Biología tuvo una medio novia de Sanlúcar de Barrameda que la chupaba cosa fina. Ponía en dicha industria un ensañamiento canino y un fervor glotón tales, que aquello no le parecía ni normal. Estaba como permanentemente

acosada por una sed insoportable, pues la chica intentaba apurar hasta las últimas gotas del charco de un, a fuer de honestos, miserable simulacro de oasis que hallase en pleno desierto. O peor aún: le recordaba a una adolescente golosa atacando con saña su polo de lima-limón. En realidad Serafín nunca se sintió florido oasis, ni creyó llevar adosado ahí, a modo de apéndice, helado o polo alguno. Así que, de puro susto, a menudo tenía que rogarle encarecidamente que refrenase sus impulsos succionadores, hecho que la encabritaba todavía más, creándose situaciones un tanto penosas para ambos. La chica hablaba varios idiomas, y él primero la llamaba, «mi políglota traviesa», sin más, pero terminó por llamarla «mi políglota insaciable», ya en tono de hastío, pensando que podría estar chupando dos, tres o hasta más pollas, y ella con idéntico apetito. Para desanimar a cualquiera. Fue por aquel entonces cuando empezó a pensar: «Yo lo que necesito no es un trueno, sino una intelectual».

Pitita parecía estar más cerca de lo segundo que de lo primero, excepto cuando, ya harta de darle sin tregua al palitroque y a las ideas abstractas tan caras a Serafín, de quien diríase vivió siempre colgado de ellas como una telaraña a su viga, se volvía una tigresa en celo difícil de aplacar. Y es que *Pitita* a veces parecía no tener orgasmos, sino padecerlos. Entonces Serafín, parcialmente acongojado, creía ver cómo a ella se le iba poniendo la piel transparente o de color albaricoque en el momento del clímax, y los ojos esclavos, así como de mala leche siempre a punto de desatarse. Por cierto que los citados clímax podían ser varios, y muy sonoros. Sus dientes brillaban con extrañas iridiscencias, y a él hasta se le antojaban colmillos, todo bien sazonado de arañazos y chillidos. ¡Qué cruz de libido, Jesús! Especialmente le afectaba a su novia en ese sentido de la concupiscencia desafortada un ponche receta *made in Mamen* Noguerales, que tenía la virtud de ponerla trompa perdida con apenas dos sorbos, aparte de rabiosamente susceptible a todo lo referido a la carne. Entonces no era vegetariana, no, rediós. Verdad que *Pitita* y él llevaban una vida aislada, casi oculta, como las medusas y algunos pólipos de cuerpos retráctiles, el de ella, y tentáculos siempre temblequeantes, el suyo, organismos a fin de cuentas que parecen querer tocar o coger algo, aunque nunca lo logren. Animales que aparentan plantas

en profundidades límpidas o turbulentas, pero que se mueven incesantemente y sin remedio en el fondo de las aguas, devorando o siendo devorados a su paso. Así que cuando *Pitita* le sugería, tierna y toda ojines, hacer un poco de ese ponche de efectos afrodisíacos para ella y agotadores para él, Serafín ya sentía una presión lumbar característica, propia de quienes concentran sus nervios en una parte de la anatomía, desconociendo si saldrán airosos del envite.

Justo sea también reconocer que nunca fue especialmente mañoso en la lidia del femenino cuerpo. Más bien se consideraba un poco patán. Es decir: hacía lo que no debía, como no debía y cuando no debía, al menos con *Pitita*, así que mientras ella, y pese a esa supuesta torpeza crónica de su compañero de lecho, profería aullidos que a él iban pareciéndole de cariz endemoniado o de epiléptica, según el tono, Serafín se limitaba a sentir un suave mistral recorriéndole las venas. Finalmente, en el momento de máximo placer, creía que el cerebro, con sus requiebros y tegumentos, se le llenaba de mercurio. Hasta, como tantos otros, podía mencionar al Altísimo. Era dichoso, claro, pero es que a *Pitita* parecía que cada vez iba a darle un infarto. «Ésta se me afiambra aquí mismo...», pensaba alarmado y en hisediano. Aunque nunca sucedió, por suerte. Casi al contrario: era como si necesitase de esos *paralises* con preocupante frecuencia, pues aburridillos y sin mucho que hacer sí estaban.

A qué negarlo, *Pitita* dejó una huella indeleble en su vida y la añoraba, tuviese o no a Belcebú agazapado en su pubis hambriento, hasta las lágrimas que no se vierten porque no hay nadie para verlas. Entonces, a modo de efímero alivio, él repetía para sus adentros: «Soy un hombre de Ciencia y debo superarlo». Pero no. Seguía oliendo vestigios de ella por los rincones de la Casona igual que un lebrél extraviado sigue el rastro de su amo, no por amor o necesidad, sino por instinto. Su nostalgia de aquellos días de charlas interminables y berridos puntuales se le agrandaba entre los pulmones como un erizo desperezándose sobre la hierba en el rocío matutino. Dolía, sí, pero al menos contaba con el máspreciado de los tesoros, la memoria.

Y es que hubo una época en la que Serafín, estando ella presente en la Casona, o cuando ya se había ido, pensaba en términos de *las cosas de Pitita*:

ahí, en ese saco conceptual, entraba todo un cúmulo de pequeños hechos y anécdotas que la cualificaban de modo entrañable como persona y como pareja. Con el tiempo, y ya más recientemente, a todo eso pasó a denominarlo *los detalles pititáceos*, que aún le parecía más enternecedor, si cabe. Había en su recuerdo tantos y tantos *detalles pititáceos* hermosos que le resultaría problemático extraer uno de entre ellos que pudiera considerarse el más representativo. Quizá nunca supo valorar, cuando la tuvo junto a sí, su afilado sentido del humor, ora candente como una brasa ora duro como el acero, pero siempre capaz de parodiar hasta las situaciones más complicadas por las que frecuentemente atravesaban. Por ejemplo, una noche estaban cenando y salió el tema de los pajarracos del techo. Era una jornada en la que él había ido a la ciudad a hacer varios recados. Mientras cenaban, pues, Serafín le preguntó, viendo que ella no parecía especialmente dispuesta a embroncarse por el asunto:

–¿Hoy te ha dado guerra algún pajarito de esos de ahí arriba? –Porque *Pitita* solía quejarse de que el alboroto que armaban le impedía concentrarse en su pintura. Era cierto. De repente ella elevó los ojos del plato y con expresión ida, casi dócil, inquirió:

–¿Pajarito...?

Serafín le repitió su anterior pregunta. Entonces ella, flemática, buscó algo en su regazo. Sin duda lo tenía preparado ahí. Depositó sobre la mesa una pluma negra de enormes dimensiones, casi dos palmos. Recordaba uno de aquellos plumones con los que escribían los antiguos, mojándolos repetidamente en el tintero.

–¿Esto es de un... pajarito? –preguntó *Pitita* sin dar muestras de alteración o enfado. Acto seguido estallaron en una común carcajada. Como cuando, a modo de indirecta, ella le ponía para recibirlo en casa la canción «*El cóndor pasa*», de Simon & Garfunkel, y la tarareaba, risueña, hasta que de nuevo empezaban a reír.

En otra ocasión *Pitita* hizo algo que logró conmoverlo como pocas veces. Estaba en la ducha contigua a la habitación utilizada como dormitorio. Serafín revolvía papeles sobre su mesa de trabajo. De repente ella lanzó un grito de tono seductor. Luego preguntaría:

–¡Cari..., aquí hay una arañita! ¿Qué hago?

A Serafín, quizá por haberlos contemplado tantas veces al microscopio, no le impresionaban en exceso los insectos muy pequeños, que el ojo humano no puede percibir con nitidez. En cambio, las abejas, avispas y arañas, principalmente estas últimas, eran su punto flaco. Les profesaba auténtica fobia, y ella lo sabía.

–No sé, Churri, ya conoces mi nula disposición a tratarlas... –se excusó tras carraspear con la voz. No, Tarzán no era, sin duda.

–Pero es que me da mucha pena... –se la oyó rezongar en un conmovedor gorgorito. Así solía comportarse *Pitita*: hablando de la carcoma a veces se le ponía cara del comandante de Treblinka haciendo balance mensual del material humano trasegado en las cámaras de gas, pero ante una arañita en apuros se sentía solidaria y hasta dispuesta a hacerle el boca a boca si fuese menester. ¡Ni que se tratara de su hermana o su mejor amiga! El caso es que a los pocos instantes, y luego de haberle aconsejado Serafín que la tirara ducha abajo, con el consiguiente diálogo:

–Es que va a ahogarse, Cari...

–No, boba, para ella será como un *jacuzzi* y en nada... ¡hala, libre y lozana por el jardín, ya bien limpita...! –Por todos los dioses, lo que había que hacer para aplacar los hervores ecológicos de una compañera conciencizada.

–Me engañas. Se ahogará.

Estuvo a punto de contestarle desde la cama que podían comprar un trajecito de submarinista para la arañita, pero se contuvo.

–Vale, tú misma... –se le oyó, dominador.

Entonces apareció *Pitita* caminando por la habitación, desnuda como había venido al mundo y con ambas manos por delante, medio cerradas una sobre otra como si intentase configurar con ellas el cofre de carne que transportaba a dicha arañita.

Sonriente que iba con ese improvisado cáliz que eran sus manos y el espeluznante ser que llevaba dentro. Más héte aquí que Serafín vio, por completo aterrorizado, cómo de los dedos de *Pitita* emergían unas largas patas negruzcas. Se levantó como si le hubiesen dado una fenomenal descarga eléctrica en el espinazo. No era posible tamaña visión: *Pitita*

desnuda y con *aquello* asido entre sus manos puras y blancas, aún húmedas.

–¿Qué... qué... llevas ahí? –logró decir él a duras penas, tartamudeando. A ver, Serafín sólo tartamudeaba en tres momentos: 1.- cuando le tocaba hacer la Declaración de la Renta. 2.- cuando *Pitita*, luego de un primer y hasta un segundo orgasmo, se mostraba mimosa y con evidentes ganas de obtener más ración, y 3.- cuando veía una araña como ésa, que a sus ojos parecía ser del tamaño, por lo menos, de un plato de café. No, de paella.

–¡Mírala, la mi pobre...! –murmuró *Pitita* en tono amoroso, acercando peligrosamente el rostro a las cuencas de sus manos. Serafín casi se desmaya.

–¡Por lo que más quieras, Churri, títala pronto! –suplicó. Pero como estaba desnuda y quería lanzarla por el balcón, y tampoco era cuestión de que alguien del *Barrio* contemplase la escena, Serafín se sintió obligado a ponerse detrás de ella y, envolviéndola con una gran toalla de baño, acompañarla hasta el balcón, como un guardaespaldas en el sentido literal, aunque cagón. Mientras, iba viendo de soslayo la manera en que se agitaban las patas de aquella cosa. En el balcón ocurrió algo aún más alarmante: la «arañita» parecía haber congeniado con su salvadora y, una y otra vez, en lugar de volar hacia la hierba, volvía a los dedos de *Pitita*, quien exclamaba jacarandosa:

–¡Uy..., qué cosquillinas...!

La madre que la parió veinte veces, pensaba Serafín. A esa chica parecía faltarle el cromosoma que nos induce a sentir miedo. Ni un proyecto de tarántula la amedrentaba. Ni aquella pavorosa *Mygalae Amazónica Horribilis* le causaba impresión. Un cielo de novia, sí. Siempre echará de menos sus locuras.

Pero volvamos a la cotidianeidad de Serafín, quien a su vez, y sin saberlo, se acerca a un seísmo de proporciones inimaginables para él. No se debe olvidar tampoco bajo ningún concepto el refrán al que tan apegados se han sentido desde siempre los hisedianos: «Ante todo lo nuevo, mucho ojo». En realidad es una tenue variante del «ojito», aparte de un primor sintáctico de delicadeza y recelo aunados, así lo cree. Tal vez es que se está volviendo como los hisedianos, quienes posiblemente en el albor de los tiempos empezaron siendo simplemente cautos, pero a los que ese mismo tiempo

volvió aprensivos como nadie, y sin motivo, porque tampoco parece que nunca nadie se dedicara a fastidiarles de manera especial. Los del *Barrio* un poco, sí, pero poco. Los bordes y copiones de Vegamayor a veces, sí, y los fatuos y pichacortas de Salinas, otro tanto. Pero con pasar de ellos se acabó la polémica. Ciertamente que a los hisedianos no les dio la real gana de pasar de aquellos que libremente decidían irse allende las colinas y formar un reducido núcleo de habitantes en el *Barrio*. Aunque por fin, a regañadientes, acabaran aceptando la nueva situación. No les quedó otro remedio, pero conste que más de uno insinuó la posibilidad de la escabechina nocturna, como una matanza de los hugonotes, a saber, un progromo. Un incendio accidental o, directamente, recibirlos a pedradas sin distinción de viejos, mujeres, hombres o niños cada vez que se acercasen por Hiseda, cosa que inevitablemente se veían obligados a hacer con relativa frecuencia si no deseaban estar del todo aislados del resto del mundo. No cundió el asunto, o de lo contrario no hay ni que dudar que el Pábenes se habría teñido de rojo. En sus respectivos códigos de honor se la tenían jurada, pero tampoco es que anduvieran siempre a la gresca, como los vecinos de Lorío enfrentados a los de Entralgo en *La aldea perdida*, de Palacio Valdés, forrándose a palos que era un gusto, como si ése fuera el único objetivo de su vida. Aquí el Pábenes no se tiñó de rojo.

Claro que el *Rojo*, en su día, y luego de la ingestión de varios tintos en cadena, insistió, así como quien no quiere la cosa, que unos cuantos hisedianos podrían coger las escopetas de caza, subir hasta «aquella parte» y dedicarse precisamente a eso, «a la caza». No pudiendo fantasear con los fusilamientos masivos de esa «ralea de judas hiseditas» –como se les vituperaba quizá exageradamente en el borrador de un folleto de Ferias que finalmente no llegó a imprimirse así, no sólo por la blasfemia de decir «hiseditas», sino siendo modificada tan sugerente alusión por la más ambigua: «nuestros antiguos convecinos, que decidieron dejarnos»–, el *Rojo* se conformaba en soñar justo con eso: cazar a unos pocos como si fuesen liebres o perdices. Tampoco prosperó la tajante propuesta, porque en Hiseda, es cierto, siempre ha habido una especie de *Mano Negra*, aunque en este caso más se trataría de una *Mano Blanca*, que viene a poner paz.

Serafín se ve ya sentado *Donde Sito*, con muchos años más, y se ve calvo,

es decir, totalmente calvo, con una boina ladeada y cachava en mano, aguantando y dando palique de lo lindo a otros hisedianos de determinado nivel cultural y cierta educación en sus modales, si es que los hubiere. Boina ya tiene una, o más bien gorra, gris. Se la pone de tanto en tanto. No acaba de verse con ella. O quizá se teme. Piensa que, en cuanto la use dos días seguidos, ya no se la quitará ni para ducharse o dormir. Pero por suerte o por desgracia se ve ahí, en sus fantasías, luego de haber conservado intacta la «Casona», claro. Si no a ver qué pinta él en Hiseda. Pero ¿dónde iba a vivir entonces? Porque también le consta que a los *Burros* en general, y a *Burro* padre en particular, es verdad que se le tenía considerable respeto, aunque ese respeto, por lo que llega a saber, fue siempre acompañado de una evidente curiosidad. Y lo de su casa construida tan cerca de *allí* era algo oscuro. De hecho lo único oscuro.

Piéñese con un poco de detenimiento en la reacción de los hisedianos por el hecho de que un buen día, luego de varios malentendidos o pequeñas disputas por cuestiones de huertas y, cómo no, de alguna que otra vaca, cuatro o cinco familias, la mayor parte de ellas ni tan sólo hisedianas más que en una o dos generaciones, decidieron liarse la manta a la cabeza, coger sus bártulos, sus escasos enseres, aparejos de labranza y poco más, e irse al otro lado del monte, casi a un golpe de vista, apenas quinientos metros de cambera semiempedrada y otro medio centenar que pasaba por un prado. Eso antes. Ahora llega hasta el *Barrio* una carreterucha mal asfaltada pero aceptable. Antes iban en carros que tiraban bueyes, o a caballo, o a pie. Ahora suben y bajan, sobre todo, en auto o tractor. La reacción de los hisedianos fue feroz, de una intransigencia que sorprende. Imagínese, en ese sentido, lo que sentiría más de uno y de dos cuando otro buen día, luego de haber estado fuera durante bastantes años, casi veinte, apareció por allí *Burro* padre, que entonces era para todos, aún, *Burro* el joven o *Burro* el chico, como le llamaban, con su radiante automóvil, su linda esposa de ciudad, pelín morigerada pero muy chic, y su empaque de hombre hacedor de fortuna que echaban para atrás. No sólo Colás, el *Corvato Verde*, se pondría de ese color a causa de la envidia, seguro. El padre de Serafín siempre lo supo: lo admitían en el seno de la comunidad hisediana no porque hubiese nacido allí

o hubiera triunfado fuera de los límites del pueblo, sino fundamentalmente porque era un *Burro*, y ellos, mejor que nadie, sabían cómo se las gastaban los susodichos.

Todo ello ha aprendido a digerirlo Serafín con el transcurso del tiempo, siempre a base de aislamiento y meditación. Sabe que si en la batalla por la Casona, que no ha hecho más que iniciarse, se sale con la suya, su prestigio de *Burro* subirá muchos enteros. Porque en Hiseda, y así se lo han comentado como quien da el pésame a alguien, ya dan la Casona por perdida. Y, aunque envidiosos en su momento, posteriormente los hisedianos parecieron mirarla con mejores ojos, incluso con orgullo: «Esto es lo que hace un hijo del pueblo que triunfa fuera». Quizá porque había sido construida al margen del pueblo y, por esa misma causa, nadie podía sentirse ultrajado al establecer odiosas comparaciones. Pocas casas eran tan bonitas como la suya. Situada en el mismo centro del pueblo, por decir algo, habría sido una auténtica provocación. A saber:

1. Porque muchos hisedianos siempre han deseado secretamente dejar este lugar, irse a la ciudad y triunfar para restregárselo después convenientemente a sus vecinos.

2. Porque casi todos hubiesen querido aparecer por allí como hizo su padre, con esposa despampanante y fina, y con auto de color metalizado chillón al que, para acabar de tocar la moral de los hisedianos, sólo le faltaba ser descapotable.

3. Porque todos los hisedianos, sin excepción, hubieran deseado tener no únicamente medios económicos, sino el coraje y la tenacidad asnil y la machaconería suficientes como para construirse una Casona como ésta.

Y si cada vez que salían de sus casas a hacer algún recado o a darse un garbeo por el pueblo se hubieran enfrentado a tan imponente casa, seguro que habrían encontrado razones lo bastante poderosas como para intentar hacerle la vida imposible a su padre, a quien el hecho de que enviudase relativamente joven volvió a poner en boca de los hisedianos, y quién sabe si también en el corazón de alguna hisediana, quienes, en particular durante cierto tiempo,

especularon acerca de dos cosas. A saber:

1. Que se les antojaba en todo punto incomprensible que pasaran los años y *Burro* siguiese como estaba, es decir, viudo y tan tranquilo. ¡Con la de hisedianas todavía de buen ver que aún se consumían en la penumbra de sus viviendas, viudas, solteras o incluso casadas, ya puestos! Pues también esto, durante cierto margen de tiempo, parecieron tomarlo como algo oneroso, una afrenta que se infringía a su dignidad.

2. Qué habría de raro y retorcido en la vida de *Burro* para que no diese ni el menor síntoma de apetecer de compañía femenina. He ahí otro dilema. Como no se atrevieron a dudar del sentido concreto de su sexualidad la emprendieron, algo cobardemente, es cierto, al principio sin malicia pero después ya con roedora insistencia, con la difunta esposa, «esa Villegas que no era de aquí...».

¡Pensar eso de su madre, que murió a resultas del parto del propio Serafín! Como vulgarmente se dice, fue un luctuoso acontecimiento que debió conmover a los convecinos hisedianos, y sobre todo a las hisedianas, quienes sin duda serían fieles a sí mismas con lo suyo al comentar cosas como:

–Claro, una señoritinga finolis, ya se sabe...

Como si las viese.

Y es que las hisedianas, al menos la mayor parte de ellas, que se movían en torno a la égida discursiva formada por las *Furias*, desde siempre se reafirman mediante la hábil y a veces ni siquiera del todo malintencionada propalación de murmuraciones varias. Como si de ese modo sus personalidades salieran fortalecidas. Lo necesitan igual que un medicamento.

Si él fuese asiduo a *Donde Sito* alguna vez, piensa, no permitiría que hiciesen lo mismo jóvenes y renovadas *Furias* nacidas como larvas de nueva generación, expandiendo su sutil tiranía basada en el poder narcotizante de la lengua. Una vez más, mientras Serafín prosigue su camino mental, se visualiza ya viejo y plenamente afincado en *Donde Sito*: cómo presumiría entonces, no sólo ante el espejo sino sobre todo en su fuero interno, al tener la

absoluta certidumbre de que, a su paso, el único rumor posible que serían capaces de urdir a su costa, posiblemente acabaría siendo el trivial comentario: «Ahí va Burro», y ese rumor, que en sí mismo sería ya un piropo, un elogio pleno de admiración, iría desplegándose tras él como una de esas extensas, tupidas y lujosas alfombras que se utilizan únicamente para ceremonias de alto postín, con él de selecto invitado.

Pero que en Hiseda las cosas no son como parecen, sino a menudo todo lo contrario, está fuera del arco de la duda. Tiene pruebas suficientes. Por ejemplo, y esto no deja de ser algo extraño, los hisedianos nunca han hecho, que se sepa, alardes públicos de su vigor sexual. Más bien al contrario, han ayudado a las *Furias* y a sus implacables acólitas en la constante y fatigosa labor de justificar, amparados en el firme látigo de la moral, el menor vestigio de presunto despendole que apareciese en el horizonte.

Para ellas lo primero es el pudor y la castidad. Luego, darle a la glotis. Bueno, o al revés, qué más da. Una y otra cosa están al servicio de lo mismo. En el fondo son esclavas del aburrimiento.

Aunque ese asunto de los varones hisedianos es así en teoría, bien lo sabe Serafín. Sólo en teoría. Porque en la práctica, ¿a santo de qué aún hoy, en las verbenas de Ferias, los mozos, en cuanto van con una copa de más –lo que por lo general se traduce en: con diez vasos de calimocho de más, hecho que suele acaecer ya varias horas antes de que se inauguren oficialmente todas y cada una de esas verbenas–, cantan lo que cantan, abrazados y en pleno jolgorio?

Y ¿qué cantan los mozos hisedianos? Pues una coplilla que sin duda han aprendido de sus mayores y éstos, por lógica aritmética-generacional, de los suyos. Canción que, así le consta a Serafín, desde siempre ha tenido idéntica e inicial estrofa. Como la imaginación y la fantasía no son precisamente un punto fuerte en Hiseda, aunque sí un cierto gusto por la rima, utilizan la tonada:

*Los hisedianos somos la hostia,
viva la madre que nos parió.
Nos acostamos en casa Cristo,
nos levantamos en casa Dios...*

¡He ahí, en efecto, la prueba del crimen, aún sin víctimas!, piensa de súbito, enfebrecido. He ahí la prueba de su mentira sexual, del cinismo que germina y se regenera constantemente en su ambigua moralidad. Porque, deduce Serafín ya en pleno ejercicio de indagación lingüístico-filosófica a costa de los demás –y quizá en esto sí habría de reconocer que está hisedisándose a un ritmo vertiginoso–, si lo que cantan resulta falso, que lo es, porque aquí, igual que en casi todos lados, apenas nadie pilla cacho, como se dice, entonces es que son unos fantasmas. En cambio si fuera cierto, que según sus indicios podría serlo al menos en parte, entonces actúan con dudosa honestidad de cara al exterior y se comportan como lo que en realidad son: unos libertinos redomados. En grado de aspirantes o no, eso casi da lo mismo.

Las hisedianas, a su vez, tampoco se salvan del látigo mental que Serafín, por momentos, hecho toda una furia, lanza sobre cuanto va abarcando su mirada progresivamente viviseccionadora y cáustica de las personas y las cosas, que algo habría de pegársele, leñe. Las hisedianas... ¡Ja! Ahí donde puede vérselas tan modositas y hasta tímidas dan muestra de una incuestionable viveza gramatical a la hora de soltar brutalidades cuando se enfadan con ellos en tanto bloque como *Furias* y sus seguidoras contra *Corvatos* y los suyos, cosa que, debe reconocerse este punto a favor de unos y otros, sucede sólo muy de tanto en tanto. Sería grave que aunasen sus respectivos caudales de bilis oral, bien para enfrentarse entre sí o para hacerlo contra alguien. ¡Qué manía con hablar para acabar haciendo una carnicería a costa de cualquiera!

Por cierto, la carnicería de *Tato* es otro enclave excelente para tomarle el pulso a lo más profundo del *ser* hisediano, que acaso no fue nunca tan complicado como el heideggeriano, pero se las trae. Donde *Tato* –pesadilla para cualquier vegetariano, sangrienta y formidable– reúne las huestes más tragonas y rollizas de entre los hisedianos, principalmente las hisedianas. *Pitita* ni osaba pisarlo, por supuesto. Para ella era como visitar el Museo del Holocausto en Berlín, o algo así. Con *Tato* allí presente trinchanto filetes, pechugas o costillares –miradas ansiosas deslizándose sobre la superficie de la carne, la que se llevan o la que ¡ay! no pueden llevarse–, y el local siempre

llo de clientes al acecho, el termómetro de las pulsaciones humanas expone la situación con meridiana y prístina claridad. Sin ir más lejos, anteayer Serafín tuvo que acudir a *Tato* a por embutido para lo que resta de mes. Orondo y contento salía de allí *Tonelete*, quien fiel a su alias, pese a que en el pueblo le conocen como Ricardo el de la Hojalatera, se iba de la carnicería pertrechado de varias bolsas con viandas. Y le tocaba turno a una mujer no excesivamente mayor, así como llenita, y a la que, aunque desconoce su nombre, él llama la *Lorzas*, en verdad temible. «Héla ahí», se dijo Serafín, rubicunda, sanota, ajena a los problemas del mundo, tan rubensiana ella, ingenua en su firme rustiquez y por lo tanto pura, o de una cierta pureza moral, que en última instancia la inmuniza contra la realidad, tan devastadora como uno de esos inmensos chuletones que aguardan tras el aparador de *Tato*, quien los va desguazando pulcra y alegremente, como si interpretase una pavana o un madrigal al laúd. El diálogo fue más o menos el siguiente:

Tato: –¿Entero le quieres? –pregunta señalando la masa de carne de la que saldrían los chuletones.

Pero ella niega ligeramente con la cabeza, seguro que no sin pensar que ayer ya se llevó un kilo de chuletones. No, la *Lorzas* ha puesto sus voraces ojos en un enorme trozo de lechazo que parece hacerle tilín. Entonces se la oye decir:

Lorzas: –¡Ponpallá ese lechón...! –Volcados ya sus considerables pechos sobre el cristal del mostrador, literalmente estrujados allí, ante lo que el carnicero vuelve a repetir mecánicamente su anterior pregunta:

Tato: –¿Entero le quieres? –En efecto, *Tato* no ha modificado ni un ápice en la entonación de su anterior pregunta. Y es que a veces parece que en Hiseda todo se repite como en un bucle infinito.

Ella, a la defensiva y a buen seguro que entre el salvaje clamor de sus jugos gástricos, adopta actitud de reflexión llevándose una de sus manazas a la barbilla, como si la fatigasen tan arduas y carnívoras cogitaciones. Finalmente contesta, casi con fastidio:

Lorzas: –¡Total!

El carnicero lo que debe es prevenirla, porque parece excesiva cantidad:

Tato: –¿Segura estás?

Ante lo que ella pone cara de ligero enfurruño.

Lorzás: –¡Quita tu... y pon la cosa...!

Pero, se pregunta Serafín, ¿qué significa exactamente dicha frase? ¿Que quite él mismo parte del lechazo, al que ella llamó lechón, a su libre arbitrio? O ya puestos, ¿qué significaba ese *total* de antes? Ahí se oye de nuevo la voz del carnicero:

Tato: –Hermosote es... –Aunque oye como dos navajazos por respuesta:

Lorzás; –¡Tedigoyo... pues eso!

De todo lo cual cabe colegir que el anterior «Quita tu... la cosa» no sugería recortes en la pieza de carne, sino todo lo contrario. Quizá un fino: «Ni se te ocurra poner los dedines en *mi* pedazo lechón...» o «¡Cómo no voy a llevármelo entero con la pinta que tiene, so capullo!». Sí, la carnicería de *Tato* es el Oráculo de Delfos hisediano de quienes sueñan con entrecots por encima de riquezas, lujurias y vanidades, la ermita sagrada de quienes veneran los muslitos de pollo o las chuletillas de cordero sobre cualquier otra cosa de las que nos depara la vida, una auténtica toma de posición ante la existencia. «Si llega algo malo, que me coja rollizo.» Por eso *Tato* sabe que aunque la *Lorzás* hoy haya respetado al cordero, al pollo, al conejo, a la ternera, al buey, y hasta al queso de oveja o las latas de melocotón en almíbar casero que suele llevarse a menudo, y pese a la mirada así como entre el enojo y la conformidad con que obsequia la *Lorzás* al personal justo antes de irse, en esa mirada puede leerse la frase del general MacArthur al salir ignominiosamente vencido tras el primer envite naval en la Guerra del Pacífico: «Volveré».

Y por cierto, uno de los aspectos de la genealogía hisediana que más vivamente impresionó a Serafín fue el de la peculiar polisemia que se daba en el pueblo. De todo ello tampoco nunca le habló *Burro* padre, aunque él mismo usaba a veces expresiones típicas de ese lenguaje especial, y que distinguía por derecho propio a los paisanos del pueblo de las gentes de otras comarcas y villas, a menudo incluso colindantes. Entre la lista de vocablos que se utilizaban en Hiseda desde tiempo atrás, y que por desgracia únicamente mantenían los más ancianos del lugar, había alguno cuya simple audición seguía siendo dolorosa, como llamar «*burro*» a alguien con el gesto

ceñudo o de enfado. También se llamaba así a los montones de mies. Otros, sin más, resultaban curiosos, como si quienes los pronunciaban quisieran dejar sentado que ellos tenían su original e intransferible método lingüístico para entenderse, aunque con frecuencia no variase sino una o pocas letras respecto al término correcto. Así, «cotero» era otero. «Empoderar», ponderar. «Bollar», abollar. «Brusa», blusa. «Conocencia», conocimiento. «Amaniente», lo que está a mano. «Legartesa», lagartija. «Retólica», palabrería hueca. «Reguño», gurreño. «Desborregarse», caerse. «Asina», así. «Espuncia», espina. «Andancio», cansancio, y un largo etcétera. En cuanto al *jisquío*, ese grito característico emitido desde el monte por quienes realizaban la siega, aquí se le llamaba el «*Auujujuju*». «Descornarse» era reñir dos o más personas. A los jatos y jatas les denominaban «bellos» y «bellas», prueba inequívoca de la pasión que tales rumiantes despertaban entre los hisedianos. Al ganado en general se referían como «armintío». «Agita» significaba «todo seguido» o «a continuación». «Apurrir», dar la mano, aunque a Serafín siempre le pareció el mero preámbulo de «aporrear». Los excrementos de las gallinas eran «cagalinas», mientras que los de las ovejas y cabras eran «cagarritas». Ojito al dato. La «burdiasca», una vara de avellano para pegar a alguien, persona o bestia, señal asimismo inequívoca de que dicho artilugio había sido de uso común en el transcurso de los siglos. Un «cuzco» era un perro pequeño, un «cachojo», lo que se conoce como panoja ruin, sólo apta para los animales. La «jaciente», el rocío.

Sí, ni aminoácidos ni bobadas, aquello era un auténtico filón para, quien, aun sabedor de que la mayor parte de esos vocablos había caído en el olvido, no se resignaba a ello del todo, de ahí que le pareciesen un tesoro a conservar. Y de nuevo se asombraba de que no hacía tanto tiempo gritar: «¡Hospa!» podía traducirse por «¡Lárgate!». «¡Hela!» era la voz usada para ahuyentar a los milanos o estorninos, y «¡Heu!», el onomatopéyico vocablo puesto en práctica para referirse a los montes. «¡Hein!», expresión que sonaba a parafernalia germánica castrense, lo que se decía al chon o cerdo, y sólo al chon o el cerdo. «¡Érate!» equivalía a «¡Allá va!». «Esparajismos», a aspavientos. «Terecido», a muerto de frío. «Remango», a habilidad y destreza. «Zurriagada», a cellisca fuerte. «Pipar», a comer uvas directamente

del racimo. «*Trisca*», a paliza. «*Ti*», a tío o tía. «*Pingo*», a una mujer poco recatada. «*Escurrir a morralazos*», ahuyentar a pedradas. «*Obio*», ovillo. «*Nuétiga*», lechuga. «*Mecer*», ordeñar. «*Pindio*», en cuesta. «*Maña*», antojo. «*Esquillos*», ardillas. «*Hispido*», engreído. Si una vaca era «*estil*» quería decir que era estéril. Si «*solóbriga*», que tenía mal genio. En cuanto a los movimientos bruscos de las reses, se los conocía como «*somostada*». A la agonía de alguien la llamaban «*fraterna*». Una persona «*tresnada y jampuda*» valía por gorda y sana. «*Bizmar*» era curar a las reses. Los «*cocinos*», abrevaderos. «*Corrijo*», la herrumbre. Una colmena, «*dujo*». «*Cuérrago*», una acequia. «*Espido*» era el adjetivo equivalente a hinchado. Las «*basnas*», varas de espino. El «*cortijo*», un cubil para los cerdos, algo que en Andalucía, por ejemplo, habría provocado grandes confusiones y malentendidos políticosociales de toda índole. Los «*perdones*», avellanas compradas en las romerías para quienes no habían podido asistir a las mismas. Los «*lombíos*», las filas de hierba que va dejando tras de sí el segador. Y, principalmente, algo que aún en la actualidad mencionan constantemente utilizándolo como recurso para referirse a algún utensilio, instrumento o cosa que no aciertan a llamar por su nombre: la *chisma*. Con lo de la chisma, todo solucionado. Son únicos.

Demasiadas palabras y pocos hechos en sus espíritus y cabezas, piensa a menudo él. En efecto, no resultaba fácil entender a los hisedianos, o al menos no a veces. Porque uno bien podía encontrarse con que alguien le soltaba a bocajarro: «Fulanito está en el ejido de donde la garma, atrás de los bardales de Menganito, con el trente dale que te pego, a por arzollas si ha, aunque vendrá como una griesca», frase cuya traducción literal, echándole una pizca de ingenio, podría ser: «Fulanito está en los pastos de donde el pedregal, pasados los matorrales de la finca de Menganito, recogiendo ramas para el ganado y, si encuentra, cardos medicinales, pero posiblemente vendrá de mal humor». Serafín, en principio, sólo habría entendido cuatro o cinco vocablos, a saber: «*Fulanito*», «*Menganito*», «*está*», «*vendrá*» y, sobre todo, «*dale que te pego*». Más concretamente, a él seguro que se le habría quedado grabado ese «*que te pego*», tan inquietante como amenazador. También cierto que los hisedianos de tanto en tanto se mostraban más puntillosos y, por ejemplo, en

vez de decir «Relativamente», decían «*respective*». Otras ocasiones podían parecer confusos: «*cabezón*» tan pronto significaba eso, persona con la cabeza considerablemente grande, como la parte delantera del carro, donde se amarra el yugo. Una «*brilla*» era una hebilla. Y la palabra «*cachi*» ora se usaba para referirse al emboque del juego de los bolos como era una interjección para espantar al cerdo. Pero entonces convenía recordar que «*¡Hein!*» era lo que por lo común le espetaban al citado para llamarlo. Matices hisédicos, ojito.

En fin, todo un mundo de estrambótica sintaxis que los primeros años pasados aquí a punto estuvo de desquiciarlo, fundamentalmente porque él, curioso como era, se empeñó en acceder a los recovecos de tamaña ciencia lingüística. Con el tiempo había terminado por usar tan sólo el manido «*¡Kepa!*», por «¿Qué pasa?», o «¿Qué tal está usted?», que a nadie podía ofender o confundir, si es que no te tomaban por vasco, pues entonces sí podías liarla de verdad, dada una cierta y secular antipatía que a los vascongados se profesaba en estas tierras, pues así se les llamaba con retintín, es decir, con *rintintin*, como dicen ellos. Al oírlos, Serafín recordaba al perro de una famosa serie televisiva de cuando era niño. Y claro, se le cruzaban los cables. Si no conoció más de ese particular universo sintáctico se debía, probablemente, a que la familia de los *Burros* fue siempre de contadas palabras, incluso entre sus miembros, hablándose casi mediante monosílabos apenas guturalizados. Eran laboriosos y parcios, hecho que quizá contribuiría de forma decisiva al inicial desconcierto de Serafín ante un sublenguaje colectivo que no obstante, y como parecía lógico, iba perdiéndose con los años. ¿Dónde, dónde iría a parar todo ese cúmulo de palabras –algunas de musical resonancia, otras como un bofetón inesperado, todas ellas con su color, con su reverberación, con su fragancia, con su poquito de magia y su mucho de historia– dentro de, por ejemplo, dos o tres décadas?

Ya desde muy pequeño se sintió hondamente cautivado por el despiporre al que los hisedianos sometían a la gramática. Todo ello, con el transcurso del tiempo, contribuiría a pulir los contornos de su visión cosmogónica del valle de Rantroño como enclave que en cierta forma se había mantenido al margen de la realidad, encerrándose en su burbuja de cristal, incluido lo referente al

lenguaje. Éste siempre le pareció un pueblo caracol. Tan fuerte era la cosa que, de crío, pensaba que en Hiseda hablaban castellano antiguo, y por tal razón no se enteraba apenas de nada. Uno de los pocos niños del pueblo que se avenía a jugar con Serafín durante los veranos, y esto sucedió aproximadamente cuando él tenía entre siete y once años, se llamaba *Nisín*, por Dionisio o su diminutivo, *Dionisín*. Aunque al chaval le llamaban tan pronto *Nisín* como *Ninón*, porque la verdad es que parecía un tanto apático y paradillo. O sea: ni sí ni no. Por eso el padre de Serafín creyó que su influencia no sería decididamente nefasta. Esto ocurrió poco antes de toparse con aquel trío de torturadores integrados por el *El Rey de las Tías*, *Kung-Fú* y el *Pirula*. El tal *Nisín* con posterioridad fue autor de tropelías mil, pero por aquella época aún daba la impresión de estar algo alelado. Era bisojo, y sus ojillos confluían en el tabique nasal de una larga nariz, siempre llena de mocos que semejaban trilobites o cualquier fósil, costra incluida, lo que contribuía a que el propio Serafín se pusiese muy nervioso al charlar con *Nisín*. Además, debido a un extraño fenómeno de empatía, o igual de solidaridad infantil con el estrábico, a él también se le ponían de ese modo, llegando a marearse en alguna ocasión. *Pitita* hubiese hablado de sinergias y tal. Así le fue. Con el advenimiento de la adolescencia *Nisín* se volvió un pedazo de carcamal, y hasta con Serafín, su amiguito de siempre, adoptó aires chulescos. Acabó mal, el pobre, muy mal. Se estampó con su coche preparado y repintadísimo, y con el que participaba en *rallies* regionales, contra el único árbol de una carreterucha, algo que parecía ser especialidad de ciertas personas del valle, que fallecieron en idénticas y absurdas circunstancias, Sergio, el repartidor de pescado y otros.

Nisín, que como su apodo indicaba siempre fue algo indeciso, igual titubeó en aquellos momentos cruciales y últimos de su existencia, presuntamente étlicos, ya que privaba cosa seria. De lo contrario no se entendía que un piloto de *rallies*, incluso aficionado, fuera a colisionar contra el único objeto sólido que había en un par de kilómetros a la redonda. Iría a toda pastilla, Vería el árbol de marras, planteándose la duda filosófica: «¿Lo paso por la izquierda o por la derecha?», aunque su estrabismo también pudo jugar un papel determinante en el fatal desenlace. «*Nisín*», «*Ninón*», y ahí

que se empotró contra aquel roble centenario. Pero Serafín nunca olvidaría que fue de *Nisín* de quien aprendió algunos de los vocablos más característicos de la abstrusa jerga dialectal hisediana. Claro que también fue *Nisín* quien cierta vez tuvo que ser ingresado de urgencia en una clínica de la capital para desintoxicarle de la copiosa ingestión de ciertos hongos que, en compañía de otros amigos, había ido a coger al alto bosque. Él creía que se trataba de hongos *halógenos*, e incluso alardeaba por ahí de que los encontraría donde se escondiesen. Y los encontró, vaya si los encontró. No eran hongos *halógenos*, sino *alucinógenos*. Se pegó tal atracón que casi se queda en el quirófano. Lo de «*halógenos*» debió sonarle a lucecitas y a autos de carreras. Con los hongos traviesos tuvo el primer y auténtico trompazo mental de su vida. El segundo terminó con él. Sin duda, lo de esos hongos habría que añadirlo al selecto florilegio de tropos y palabrejas que sintetizaban a la perfección el estilo retórico de los hisedianos.

Pero ahora acaba de suceder un hecho curioso. Serafín es testigo ocular y privilegiado del suceso por hallarse de paseo y de compras, recordemos. Ya conocemos cuál es su tónica dominante: elucubra en casa y elucubra paseando. Sobre todo esto último. Ha descubierto que las *Furias*, según su propio e impermeable código de valores, también están coqueteando con la posibilidad de acabar en el infierno por culpa de su boca. Pecan al hablar mal, que por menos, según ellas, están llenas las salas de esos eternos suplicios que tan minimalista y ricamente describe Dante en su *Divina Comedia*. Lo ha visto y oído al pasar por la Bolera, luego de dejar la plaza del pueblo. Algo esquinado, sentado a la manera de quien presidiera un cónclave cardenalicio, queda el grupo de las cuatro *Furias*, que al parecer andan muy enfadadas con todos por causa de algo relacionado con la dichosa Chorzada, lo que desde hace rato está congregando a algunos hisedianos en ese lugar. A su mosqueo en ciernes debe haberse unido, por lo que sigue deduciendo Serafín a tenor de gestos puntuales e inequívocos y palabras electrizantes, el pelotazo que sin duda al azar le ha propinado a alguna de ellas cualquiera de los críos que están improvisando un partido de fútbol en plena calle. Sólo que los críos, inocentes, aún no han llegado a la conclusión de que es mala cosa, en Hiseda, elegir cerca de *Donde Celia* como una de las imaginarias tribunas de su no

menos imaginario estadio. Pero ni que fuese el palco de honor de su grandioso estadio, a rebosar de público y dedicado a Nuestra Señora de la Ruta: a las *Furias* no les gusta el fútbol. Quizá no sea siquiera necesario decirlo. Después de la moral torcida y cuanto venga de fuera, el fútbol es casi su mayor enemigo. A saber por qué. Pero lo que sí hay que recordar es que parece hasta probable que llevaran un buen rato conminando a los críos para que se fuesen a jugar a otra parte, que no será que no tengan prados vírgenes por ahí, y en terreno llano. Lo lógico en estos casos. Hasta que un balón se les escapó de su ruta prevista, dándole a una *Furia*. Ahí es donde ellas sacan a relucir al unísono la casta y el brío que atesoran. Viva muestra de ello lo constituye el delicado y variopinto retablo de sucios improperios que en apenas unos instantes sale de sus bocas. Serafín, entre perplejo y excitado por el descubrimiento, lo ha escuchado con cristalina nitidez y, aunque por sus voces no las distingue del todo, sí corrobora que cada una de las cuatro *Furias* más o menos ha comentado lo siguiente:

–¡Te vi’á reventar la crisma a patás...! –exclama una de ellas, presuntamente la que ha recibido el balonazo, cambiándosele en una fracción de segundo la modesta compostura y dando a sus palabras un agresivo acento andaluz que habitualmente no tiene.

Al poco, entre risas infantiles atolondradas de los niños y carreras que incitan a pensar en su pronta huida, se oye a otra:

–Boñiga de crío..., ¡anda tú que tiene aquello la cosa...!

Entonces uno de los chavales intenta responder algo. Quizá, por lo que alcanza a oír Serafín, cualquier frase de disculpa, pero es rápidamente cortado por una tercera voz:

–¡Cierraelpico, leche, que si me levanto yo te sacudo...!

Debe tratarse de *Mesalina*, la implacable Emilita, pues su invitación a que el interlocutor deje de hablar de modo inmediato no deja margen a la duda. Serafín sigue caminando, poquito a poco, como para no despertar sospechas de connivencia alguna con la espontánea barahúnda que se ha montado y la deportiva patulea de niños que vociferan, excitados. No vayan a creer que él es el árbitro de ese encuentro de fútbol, o el entrenador de uno de los equipos. Ni tan sólo respetable público que asiste de paso al espectáculo. Aún logra

escuchar una cuarta intervención, la que faltaba para completar el ciclo:

–A ese retaco los frailes de nuestra época le habrían puesto como un junco...

Escalofriante, porque le queda un poso en la sangre al oírlo, como si de hecho estuvieran refiriéndose al propio Serafín, pese a utilizar a los críos como excusa. Que las *Furias* pueden ser muy ladinas. Él, retaco, lo que se dice retaco, no es. Pelín esmirriado quizá sí, pero no lo otro. Es bajo, pero ni siquiera bajito. No, está cayendo en la misma paranoia que *Pitita*. El caso es que a ese crío, fuera quien fuera el brazo femenino instaurador del orden, lo hubiesen tratado con varazos de avellano, piensa de pronto estremecido. ¿O era de tejo? Empieza a sudar. Está hecho un verdadero lío. Pero hay algo que acaba de inquietarle definitivamente. La débil luz de alarma se ha encendido de nuevo en su interior. Lucha por pensar que se referían definitivamente al niño culpable del pelotazo, a quien por cierto él ha visto ya en anteriores ocasiones siendo zurrado con saña e intención de dejarlo tieso, aunque terminara escapándose. No obstante, al verse a sí mismo mientras camina, medio combado por el peso de las bolsas, y recordar la alusión de la última *Furia* a la tiesura, siente una suave y desagradable contracción estomacal. ¡Sí! ¡Puede que sea a él a quien estén refiriéndose! Mejor no encarar con la mirada a la *Furia* que proclamó la amenaza. Mejor irse rápido y discretamente de allí. Porque ¿acaso con *Pitita*, que cada día que pasa cobra en su memoria el carácter de toda una mártir, no emplearon tácticas similares? Largar insinuaciones con dobleces, para que se diese por aludida.

De hecho, otra vez enredándose en esas cavilaciones que le dan vidilla, lo primero que ha llamado su atención fue el «nuestra época» dicho por la *Furia*. ¿Qué época sería, exactamente? La edad de las *Furias*, como la de una gran parte de hisedianos, constituye un abismático misterio de la naturaleza. Dijéramos que parecen tener, y así desde hace muchos, demasiados años, que es lo realmente misterioso, una edad en todo punto indeterminada que oscila entre los setenta y cinco y los noventa años. A tan nebulosa percepción contribuyen las prendas que suelen usar, así como su actitud de recato y unción al llevarlas –actitud de monjas de clausura y víboras susurrantes en casi continua penitencia– que casi nunca pierden. Excepto en ocasiones como

la de ahora, con el balonazo. Entonces la pierden del todo y sacan a relucir lo procaz que también ellas llevan dentro. Entonces, a lenguas sucias no las gana nadie.

Lo que pasa, y ahí reside el motivo por el que Serafín de pronto no las tenga todas consigo, es que dejándose llevar por las reflexiones que le ha sugerido lo de «nuestra época», fruslería cronológica sin más, no ha sabido darle la importancia que quizá tiene otra parte de la frase, la crucial: *ése*. La turbia modulación al decirla, el acariciante silbido que la acompañó como si de una pátina de vaho se tratase, la indudable tonalidad ofidia con la que fue expuesta, como quien sopla una pompa de jabón, no parece la propia para ser destinada a un niño que incluso, en el momento de verbalizar la frase, ni siquiera se encontraba allí, pues el rapaz ya había puesto pies en polvorosa momentos antes. El viperino *ése* ¿no estaría dirigido precisamente a él, que va hecho unos zorros con sus bolsas, una de cuyas asas de plástico se ha roto, obligándole a adoptar una postura grotesca? ¿De ahí lo de ponerlo «tieso»? ¿O es que está empezando a delirar?

Ése..., piensa contrito Serafín. Así habrían acabado liquidando a su madre en cinco o diez añitos, de haber venido por aquí. Tal vez. Así acabaron, sin ningún género de dudas, con *Pitita*. Tal es la forma de actuar de las *Furias*. El resto lo pone la capacidad de encaje de cada cual, o su paciencia, o sus ganas de pelea, o cómo se gestiona el resentimiento y la hipocondría, o la inclinación que uno siente ante la perspectiva de suicidarse en vida, por decirlo de algún modo. Y se pregunta qué habría sucedido si, en el preciso momento de oír esa frase concreta y referida al buen hacer de los frailes, él se detiene en seco, deja las bolsas de plástico en el suelo y, dirigiéndose a la *Furia* en cuestión, le inquiriese, incluso muy educadamente:

–Perdón, ¿qué ha dicho usted? –Eso sería algo muy difícil de evaluar, pero en cualquier caso más que probable raíz de un futuro conflicto.

No, ni hablar. Nada de líos. No con tamañas mujeres-alacrán, ni a estas alturas de sus propios intentos, inconscientes o no, de integración en el pueblo.

El conflicto recién abierto entre hisedianos por la burda causa de una degustación popular de derivados del cerdo pone en franco peligro la

tranquilidad general de las próximas horas. Aunque la verdad es que muy pronto otra imagen ha venido a distraerle, haciéndole olvidar un miedo quizá injustificado. Al final deja atrás la Bolera y *Donde Celia*, reducto, fortaleza temible ante la que resulta más inteligente retirarse o circunvalar de modo discreto. Allá, bajo los castaños y los bancos de piedra, o apoyados contra los muros, ya ve bastantes hisedianos devorando aquello que se les ofrece gratis, a la entrada de un prado que podría considerarse casi a mitad de camino entre las dos Hisedas, aunque más cerca de la de abajo. Y he aquí otra de las cosas que encanta a estas gentes: no rascarse el bolsillo para nada. Por no hacer otra cosa, también él va acercándose.

Han instalado unas parrillas enormes en el centro del prado. Sale bastante humo de allí, y un olor inconfundible a grasa. Algo penetrante que resulta grato si se tiene hambre. Pero si uno es vegetariano o va con el apetito saciado, puede provocarle vómitos. Chiquillos con los tradicionales mocos pegados a la pechera a modo de plastrón, corretean por todos lados.

Serafín observa la panceta, trozos de lomo, tiras de beicon y tocino crepitando saltarines sobre la parrilla. Oye la voz de un hombretón que proclama:

¡Choricines, salchichonas, chistorrillas, morcillucas...!

Y ve a un par de vecinos que han mirado con aire de reprobación a quien lanza esa retahíla de posibles bocados que llevarse al buche. Serafín lo entiende de pronto: aquí, en Hiseda, porque esto no es claramente el *Barrio*, no se habla para nada de morcillas. Bajo ningún concepto. Eso les recuerda a *Tajahierro* y a los disidentes que se fueron a los altos. Una cosa es que coman las morcillas, que por supuesto compran en la carnicería de *Tato* o en el Súper del pueblo, y otra muy distinta que dichos embutidos sean invocados tan fervorosamente, como si de un rezo o un cántico se tratase. Además, recordemos que el pasado año, cuando los hisedianos tráfugas, comandados por el vil y artero *Tajahierro*, dieron un golpe de efecto en todo el valle de Rantroño montando aquella

«Grandiosa Morcillada, gratuita, y que ofrecen los vecinos de Hiseda de Arriba...»,

cartel que provocó las iras de los hisedianos de siempre, que había reabierto en un instante muchas viejas heridas no curadas –y, para agravar la cosa, según parece, llevaron en un estricto secreto todo el proceso de preparación de la Morcillada, algo muy complicado de conseguir por estos lares, dejando a los hisedianos totalmente en fuera de juego, como se dice, estupefactos y mancillado su amor propio como nunca– el pasado año, pues, el plato fuerte de aquel acto diabólico y revolucionario, aunque hubiese de todo sobre la parrilla, fueron las malditas pero indudablemente sabrosas morcillas de *Tajahierro*, por supuesto, quien tuvo que vivir su gran jornada de gloria.

A los de Hiseda les dolió aquella inicua jugada, y por varias causas. Lo cierto es que aún, un año después, no logran ponerse de acuerdo en el listado de las razones que más les escocieron. Si porque los del *Barrio* se les adelantaban en una idea tan original, o si porque mediante esa idea lograron congregarse a un nutrido gentío llegado de distintas partes del valle de Rantroño e incluso de puntos más alejados, dando por hecho que había no una, sino dos Hisedas. Otro anatema al saco. Seguramente fueron ambas circunstancias sumadas las que les produjeron tan gran desazón.

Por presumir, los del *Barrio* incluso habían sido lo suficientemente osados como para, no siendo siquiera un villorrio de nada, invitar a quienes quisieran acercarse allí, incluidos, y eso era el colmo de tan provocadora desfachatez, los de la *otra* parte, la Hiseda de siempre. Ahí dolió. Por eso mismo ahora parece que los hisedianos hacen lo propio –igual son los de una zona intermedia que Serafín aún no controla– pero recalando que el plato fuerte del acto no son las conflictivas morcillas, estigmatizadas desde hace bastante pero sobre todo desde el año anterior, sino los chorizos. Han llegado a defender la tesis de que el chorizo les parece así como más viril, más machote que la morcilla. Serafín lo oyó en cierta ocasión, no dando crédito a cuanto llegaba a sus orejas de agente de la CIA en Moscú.

–Fijaos... *el* chorizo –esgrimía un hisediano ante un corro de vecinos–. ¡Fijaos cómo suena...! –Y luego, como la concurrencia seguía callada, añadió solemne–: Y no *la* morcilla, que parece cosa de maricas... –De hecho, al decir el pronombre femenino que precede a morcilla, movió coquetamente el

culete.

No puede decirse que el razonamiento fuese sólido, uno de esos argumentos que de tanto en tanto se sacan de la chistera los filósofos para demostrar algo o, lo que es más frecuente, para impedir que su presunto rival teórico demuestre lo contrario. Aquí las cosas eran más sencillas, sobre todo cuando se trataba de embutidos.

–¡Todo parecen pollas...! –Acabaría de arreglarlo aquel Demóstenes de la dicción, aquel Lisias de la sugerencia, ya embebido por completo por su propia *ars oratoria*, chapoteando gozoso en ella... Pero a cada cual lo suyo... –añadió con una mueca taimada.

Es decir, acababan de llamar maricas a todos los varones del *Barrio*.

Entonces, de otro corro contiguo surgió la voz de un improvisado orador, quien por lo visto acababa de tener una idea luminosa, que fue jaleada por la concurrencia provocando estertores de risa:

–Espera un momentín... ¿O es que cuando a un tío no acaba de ponérsele dura, no se dice: «morcillona»...? –Comentario dicho, por cierto, mientras engullía morcilla que era un gusto.

–¡No es de comparar!

–Miá tú...

Y tan felices.

Es indudable que el asunto de la chorizada ha traído cola. Algo debe haber pasado durante el montaje y organización semisecreta del acto, algo que ha provocado enfados soterrados, y de lo que él sólo puede deducir migajas. Algo, quizá, en lo que andan complicados algunos *Corvatos*. ¿Colaboracionismo a la hora de la chorizada con alguien del *Barrio* o sus aledaños, y que por lo tanto, depende de quiénes sean éstos, afecta a algunas *Furias*? De lo contrario, piensa Serafín, no parece en absoluto justificable su arrebató de furor con aquellos críos, momentos antes. Y hombre, no hay que sentirse mucho de aquí para creer que cosas como la del avisgado ocurrente mentando las morcillas no es que contribuyan a serenar los ánimos.

Pero la bisagra que vuelve a chirriar en su mente sigue siendo otra: la «h» incorrecta de ese cartel en la frase: «*ha* la que se invita». ¿Tan lerdos son que ni siquiera uno entre ellos ha sabido detectar la imperdonable errata? Es

posible. Pero Serafín se inclina más a creer que se trata de una sutilísima y feroz indirecta a los del *Barrío*. Lo que pasa es que, de ser así, tampoco entiende el asunto hasta sus últimas consecuencias. Si eso hubiese sido escrito por los disidentes, quienes se reivindicaban a sí mismos en tanto hisedianos de arriba, tendría un pase la cosa, por provocar. Pero si están en un sitio casi intermedio y nadie parece interesado en saber quién ha organizado esta chorizada, ¿por qué la errata? Serafín está hecho un verdadero galimatías. ¿Para dejar en ridículo a los de abajo, por no saber escribir? Tampoco resulta claro. Es como si un espía –tal vez contraespía– hubiese metido mano en el cartel justo momentos antes de imprimirse, modificando la frase y dejándola mal escrita a propósito. Aunque a simple vista no se detecta esa incursión grafológica, supuestamente pirata. Al menos él no la ha notado al observar el cartel. De no ser que sea un trabajo tan perfecto y delicado que los hisedianos ni se hayan dado cuenta de la jugarreta, seguramente urdida en la pequeña imprenta de Vegamayor a la que suelen encargarse estos pasquines. ¿O es que, reflexiona ya con claros síntomas de cansancio, está volviéndose definitivamente obsesivo con cuanto y cuantos le rodean, incluido el puto lenguaje?

Dejémosle que se pare a tomar un poco de aire. Sí, Serafín sabe que esa «h» incorrecta va a ser motivo de hondas disquisiciones por su parte durante varios días. También acepta que eso supone un problema absurdo, puesto que es del género necio que pierde su tiempo en algo así, pero no puede evitarlo. Está enviciado, como el *Logroño* en su peor época con las palabras malsonantes. Últimamente, en concreto desde que se siente hisediano por derecho propio y teme por el futuro de la Casona, sufre frecuentes jaquecas o migrañas, aunque nunca ha entendido la diferencia entre ambos estados, que debe ser como pertenecer a Hiseda de Abajo o a Hiseda de Arriba y creérselo a pie juntillas. Un dolor agudo le cruza la cabeza de sien a sien, o sea, latigazo de ida y latigazo de vuelta. Piensa si no padecerá lo que se conoce como una dolencia isquémica cerebral debida al defectuoso riego sanguíneo en esa parte del cuerpo, algo que también frecuentemente él mismo ha creído un mal casi generalizado en el pueblo. ¿Eso será lo que les hace generar tan mala leche? También cierto que últimamente anda con una melancolía subida

que no es aconsejable para la salud de nadie. Porque apenas poco después especula sobre la eventualidad de padecer un tumor. Porque eso sumado a lo de los fosfenos en la visión... ¿Los burros tendrán tumores cerebrales?, se pregunta ensimismado y con cierto pánico en el cuerpo. Que sepa, ningún familiar por vía paterna murió nunca por tal causa. Bueno, él será el primero, y Santas Pascuas.

Así se desliza como un goteo el transcurso de los días, las semanas y los meses para Serafín –caminando por el pueblo con sus bolsas o mirando por el ventanal de la buhardilla, es lo mismo–, quien, aunque suela tener el espíritu caedizo ya se ha hecho a ello. Contempla, en sus paseos que cada vez van prolongándose más –pues es cierto que a diario le coge renovado miedo a hincarle el diente a su supuesto trabajo de investigación–, cómo en los campos aran los percherones, o cómo los pasiegos pinchan con los guizques en lo alto de la mies acumulada. Eso le distrae. Por el monte sus ojos recorren las balizas indicando señales de peligro o determinadas rutas de senderismo, aunque la verdad es que aquí nadie viene salvo en verano, o se dedica a distinguir entre varios y melifluos olores, como el de algunos manzanos silvestres o el de las flores blancas de la ruda y los acianos. Si se siente con ganas, camina cachava en mano hasta el hinojal sito cerca del Puente de la Reina, por donde pasa el Pábenes con sus toboganes de roca, que en estío suele llenarse de chiquillería bañándose. Allí se apoya en el pretil y ve pasar coches y ganado, o escucha con atención el crepitante parloteo de los árboles, circunfuso por las entrañas de un bosque que parece acercarse a lamer la carretera, aunque nunca lo hace: entonces, como en el verdadero amor, se rompería el hechizo.

Le encanta coger juncos y tallos de espadañas para meter en algún jarrón, o en la redoma de vidrio que perteneció tiempo ha a su familia. Ésa es su ocupación científica preferida. También gusta de oler los alerces supurando trementina, de tacto glutinoso pero penetrante aroma, y se distrae observando a algunos pastores que, aun hoy en día, en otoño o invierno lucen sobre los hombros vellones de oveja a modo de tusón. Entonces se siente un hombre antiguo y, si no feliz, sí medianamente realizado. Pero a la vez se siente tan antiguo que si pudiera contaría en libras y onzas o en doblones de oro y

maravedíes de plata. Cuando se aventura hasta los altos apriscos de la sierra ve cúmulos de fraga y demás madera apiñada, que deben conservar para leña. Luego, ya en la Casona, deambula por ella y se da cuenta de que lo hace como una especie de fantasma desgarrado, como un faisán por su corral, poniendo atención en las telarañas que se acumulan en las dovelas de los muros. Entonces recapacita que en la herencia en la que su padre le dejó la Casona no había codicilo alguno que le avisase que acabaría descubriendo todo eso, ni a hacerlo tan poco a poco, como quien va llenando piezas de un revuelto rompecabezas.

Ya lo escribió su admirado Benito Pérez Galdós en una de sus novelas: «Ama la tierra, que a todos da sustento y nos enseña tantas cosas, entre ellas una muy difícil de aprender. ¿A que no sabes lo que es? Esperar, hijo, esperar. La tierra guarda la sazón de las cosas, y nos la da... cuando debe dárnosla». Y así estaba él esperando algo como un Ángel Guerra galdoniano, pero sin sus *posibles*. Al igual que el citado personaje, Serafín era un hombre de opiniones y tendencias radicales que ahora iban transformándose en algo parecido a... ¿qué exactamente? ¿A la beatitud? ¡No! Quizá tan sólo al sosiego que oculta en su seno el más bello milagro de la existencia.

Hubo una época, por suerte ya casi felizmente superada, en la que a Serafín, quien desde niño era proclive a coger todo tipo de enfermedades propias de la infancia –a las que había que añadir una lista considerable de alergias cuyas causas jamás fueron averiguadas–, le entraron todos los males, en una interpretación literal del término clínico. Ya de muy joven, y sin estudiar medicina, era adicto a los manuales de enfermedades. Convencido estuvo de padecer los primeros síntomas del llamado Trastorno de Asperger, que era una suerte de leve esquizofrenia, y lo notó con claridad en el deterioro, clínicamente significativo, de su actividad social. Ésta, de casi nula pasó a totalmente nula. Con el tiempo, tampoco creyó escaparse del Trastorno de Tourette, así como de lo que se conoce como de Mutismo Selectivo. Qué otra cosa podía hacer si cada vez que abría la boca para decir algo era víctima de la desagradable sensación de que se pitorreaban de él en sus narices, o de que no era tomado del todo en serio, que resultaba peor aún. De ahí pasó a la obsesión por la Demencia Vascular, atravesando, como

mandan los cánones, por los periodos de afasia en el lenguaje, de apraxia, con la consiguiente incapacidad para desarrollar comúnmente actividades motrices que debiera haber realizado con absoluta normalidad, y finalmente agnosia, lo que le llevaba a no reconocer objetos o personas, en un primer momento, a las que debiera haber podido identificar con una sola mirada. Bueno, o él lo pensaba así. Más tarde creyó caer en una fase de Trastornos Perceptivos Persistentes, como los que provoca el uso frecuente de sustancias alucinógenas: dilatación pupilar, taquicardia, sudoración copiosa, palpitaciones en determinados puntos del cuerpo, visión borrosa, temblores, incoordinación generalizada de los movimientos. En definitiva, un adefesio. «¡Son los huevos fritos y las patatas, que ya han llegado a la sangre, y de ahí al centro del cráneo...!», pensaba entonces preso de la alarma. Y eso sin haberse pegado chute alguno de hongos como los que casi dejan en coma a *Nisín*, tal vez, o el cachito de un pastel de ayahuasca, peyote, salvia, o mandrágora. A saber.

Todo ello fue superándolo, aun con suma dificultad, y llegó a la conclusión de que no era lo que comía, sino cómo vivía, lo que se le estaba subiendo a la cabeza de forma preocupante. Tuvo conatos de agorafobia ante los espacios abiertos, incluso cuando miraba por la ventana en dirección a los montes circundantes, que era su mayor placer. También los tuvo de claustrofobia cuando miraba largo rato, a veces horas enteras, los tabiques interiores de su Casona. De todo ello pasó, como era de esperar, a percibir la alarmante sintomatología de un claro Trastorno Dismórfico Corporal, con lo que se preocupaba desmedida e injustificadamente por cualquier defecto imaginado de su físico, como un grano o algo de psoriasis. Tumores al canto. Incluso acabó pensando que padecía alguna variedad casi incurable del Trastorno Somatomorfo No Especificado, pero, y esto era lo más obsesivo e inexplicable, en su dañina variante de Seudociesia, que consiste en la creencia errónea de estar embarazada. ¡Así de neurótico estaba! Ni *Pitita*. Pero algo estaba pasándole ahí dentro. Obviamente, no tenía agrandamiento de la cavidad abdominal, ni protusión umbilical, más bien al contrario: iba quedándose cóncavo por momentos debido a su precaria nutrición. Se obsesionó tanto que llegó a aliviarle no detectar reducción en el flujo

menstrual, ni amenorrea, ni sensaciones subjetivas de movimientos fetales, ni náuseas, ni secreciones o congestión mamarias. Él era un tío, y los tíos no pueden sentir así, se decía para animarse en los instantes de mayor confusión. Al menos había un mal que seguro no tenía: hiciese lo que hiciese –pillín– era imposible quedar embarazada.

Sin embargo –cómo es la mente de embaucadora–, le acompañó durante cierto tiempo esa sospecha... no, esa incertidumbre de estar embarazada, o embarazado, a saber de qué o quién. ¡Por todos los dioses, con lo pudoroso que siempre fue! Más tarde, cuando superó esa crisis, a todas luces psicológica y no física por motivos evidentes, decidió que de lo que estaba embarazado era de Hiseda, que de un tiempo a esta parte, por decirlo sin tapujos ni abalorios, venía dándole mucho por el culo, con perdón. Linchadores de *Pitita*... Ah, y en lo sexual tampoco creyó librarse de todo tipo de achaques. Además de ir completamente salido por la vida según épocas, como casi todos los tíos y con la única opción de desahogarse en soledad, ídem, acabó convencido de que lo que tenía era Dispaurenia, un dolor genital casi crónico que lo llevaba por la calle de la amargura, lo cual también terminó por preocuparle en gran medida porque si siempre creyó a pies juntillas en uno de los emblemáticos lemas hisedianos, que era: «No es lo mismo follar que hacerse una paja», que ellos habían convertido en: «No es lo mismo follar o hacerse una paja que tirarse a una cabra», lo cierto es que toda esta guisa de parafilias le abocaban al convencimiento de que sexualmente estaba ya no enfermo, sino acabado para siempre. Ahora, simplemente, había llegado a la conclusión de que no ejercía en tanto varón, y punto. Como quien no va a hacer la hierba porque el reuma le ha arreado de aúpa. Atravesó luego una fase de anorexia en la que redujo de forma considerable su recurrente alimentación a base de huevos fritos con patatas, y otra de bulimia, en la que acrecentó hasta extremos de una glotonería salvaje el acto de engullir como poseso tales alimentos-talismán. Poco más.

No obstante, algo que le preocupó en gran medida, pese a que ya tenía su vanidad bajo mínimos, fue la época en la que cayó en las garras de la tricotilomanía, y nunca mejor dicho lo de garras. Era éste un vicio o tic nervioso que consistía en arrancarse el pelo de manera sistemática, a menudo

sin darse cuenta, lo que da lugar a la pérdida perceptible del cabello en esas zonas atacadas con enojo, que suele ser la coronilla o los laterales del cráneo. Para cuatro pelos que tenía al llegar a Hiseda, aunque hábilmente desmadejados y distribuidos a la manera del clásico científico loco, encima también va y se los arranca sin piedad. Y si se acababa la recolección capilar aún tenía: bigotes, nariz, orejas. Ímprobos esfuerzos le costó dejar de hacerlo, con lo que esos escasos pelos volvieron a salirle, por fortuna, aunque flácidos y canosos, que el Tiempo, como Hacienda, no perdona. Entonces hizo justo lo que no debía: empezó a automedicarse de forma compulsiva. Ansiolíticos, neurolépticos, barbitúricos, de todo probó, convencido de que estaba incubando un Parkinson de lo más agresivo y prematuro, enfermedad que ya padeciese su padre, y que él, por tal motivo, temía como a la peste bubónica. De ahí le venía la aprensión. Uno tras otro fueron cayendo los botes de clorpromacina, haloperidol, flufenacina, proclorperacina, trimetobenzamida, prometacina, alprazolam, tietilperacina, metoclopramida, amoxapina, sobre todo, clonazepan y mirtazapina, que ingería en cantidades si no industriales, sí muy superiores a lo que indicaban sus respectivos prospectos. Como era de prever, se creyó en las fauces de todos los síndromes neurolépticos malignos imaginables, fundamentalmente Disonía Aguda inducida, precisamente, por el uso abusivo de neurolépticos, y también Acatisia Aguda o Temblor Postural Incontrolado. Si no ¿a qué podía deberse ese ligero temblor de su pierna cuando estaba sentado tranquilamente? Además, encalveció.

Sí, fue una época en la que, en cuanto leía la palabra «bipolar», se decía a sí mismo: «¡Ése soy yo!», todo contento por estar aún vivo y *relativamente* bien. De ahí pasaría a la fase definitiva, y fue cuando pensó que estaba incubando la enfermedad de Creutzfeld-Jakob, pese a no ser una vaca loca, o la de Huntington, o tal vez un Alzheimer incipiente y aleve, traidor como él solo, o episodios psicóticos varios –algunos muy bestias que harían las delicias en una convención de psiquiatras– o el Trastorno de Relt, con la subsiguiente pérdida de las habilidades manuales, cosa que pudo comprobar al cortar leña, momentos éstos en los que por poco no se cercena de cuajo un pie, o enuresis, lo que le reportaba constantes ganas de orinar, o encopresis,

que le inducía a querer ir de vientre a todas horas, algo que él había achacado a los dichosos huevos fritos con patatas, y así una extensa e inquietante lista de dolencias y temores que tan pronto venían como se iban. Porque, por ejemplo, podía pasar con suma facilidad de fases de pertinaz insomnio a feroces brotes de narcolepsia, todo en un plisplás. Algo insólito. En cualquier caso todo ello iba dejando huella indeleble en su maltrecho organismo. En otras palabras: estaba volviéndose tarumba perdido. Pero por fin, cuando *Pitita* llevaba ya largo tiempo huida de Hiseda, llegó a la autoexplicación fisiológica de que lo único grave que le pasaba es que se sentía un perfecto cero a la izquierda, además de muy solo. Era entonces cuando, a modo de bálsamo, se refugiaba en la perspectiva de acabar de una vez por todas su inconcluso o –refresquemos la memoria– más bien ni siquiera iniciado trabajo de investigación científica. Pero con ese cuadro físico y psicológico, ¿quién sacaba redaños para ponerse a ello? Niels Bohr aquí hubiese sido cabrero, y Werner Heisenberg, leñador.

Además, igual su relación con Hiseda siempre fue algo torcida. Él era de esos chicos que vienen de fuera, a los que se les decía: si no quieres que te piquen las ortigas muérdete la lengua al tocarlas, y también: si no quieres que te piquen las avispas, contén la respiración cuando están cerca. O al revés, nunca se enteró del todo. Y nada de nada: fue forrado a mansalva tanto por ortigas como por avispas, sin duda lo peor de Hiseda sin contar ciertas lenguas.

Ahora asciende definitivamente en dirección a la carretera que lleva a la Casona como un espantapájaros que se arrastrase con cansino movimiento, el manojito de bolsas colgándole a modo de extremidades o tentáculos que a duras penas pudieran soportar tanta laxitud acumulada. Sí, la desgana lo embarga. Serán los calores, seguidos de un frío de pegada. O ese tumorcillo incipiente. Habrá que estar al tanto. Cruza por *Donde Sito*. El banco está vacío. Todo el mundo debe rondar las parrillas, siguiendo el dictado de sus jugos gástricos, a la captura de lo que se tercie. Así ya han resuelto la comida de hoy. Ni rebeldes a medias ni disidentes declarados: aquí siempre tienen gusa, y cuando lo que se ofrece es gratis todos se unen.

Presiente un par de ventanas que se abren y luego se cierran a su paso,

aunque permanezcan aún ligeramente entornadas y en teoría nadie esté allí. Sabe que le observan. Y no es paranoia, son ojos tras los visillos que aún tiemblan. Percibe asimismo, y esa sensación le llega desde diversos puntos, una tenue agitación de puertas, como si un gigantesco insecto transparente moviese ante él sus élitros. Alguien pasa a su lado y le dice enérgico: «Bueeeeno...», a lo que Serafín, convencido, responde: «A veeeer...»

En un soportal ve varias gallinas correteando sobre unas trébedes que alguien, luego de limpiarlas con estropajo y jabón, habrá dejado para que se sequen al sol.

Observa la balaustrada que cubren unas parras con escaramujo. Le viene un fuerte olor a torreznos cocinándose, y el quedo pitido de una olla a presión. Se cruza con otro paisano que va en dirección a la Bolera, éste de mirar aquilino. «Vengaaaa...», oye que le dice. Él, trasudando y con síntomas de mareo, apenas consigue esbozar un gesto de salutación con la cabeza.

¿O era lobuna esa mirada fugaz, en vez de aquilina? No, ¡ya basta!

Se ve obligado a detenerse unos segundos a la sombra de un chopo. Le cuesta respirar. Tiene el auto en el garaje de la Casona, pero siempre que ha de bajar hasta Hiseda, apenas medio kilómetro, piensa que no le vendría nada mal realizar un poco de ejercicio, pues está adocenándose de forma imparable. Además, ese coche no lo utiliza prácticamente nunca. Él va en tren, como los de antes. No cuenta nunca, al pergeñar mentalmente la caminata, con la empinadísima subida final –del 18% de desnivel, que dirían los ciclistas– ni tampoco con la cantidad de bolsas de las que suele venir cargado. Así, lo que empieza siendo un pensamiento lúdico y deportivo, «qué bien, haré ejercicio en los bíceps», termina con visos de pesadilla halterofílica. Un chavalín baja a toda velocidad en bicicleta por Pradonuevo, levantando polvo bajo sus ruedas. Al llegar a su altura derrapa con sorprendente habilidad y le grita que Fermín le ha dejado algo donde Nicanor. «¡Allí lo tienes!», dice, y luego se va a la misma velocidad en dirección al lugar en el que están honrando al cerdo. Pero como no acelere, al pobre no le quedarán ni los restos de esos, al parecer, sabrosos pollones. Es decir, morcillucas.

Nicanor es el vecino que vive justo al lado de la casa de los dueños del

burro a quien él considera su pariente.

Fermín, alias *Perro*, es el cartero oficial de Hiseda. Serafín teme de qué puede tratarse. Quizá algo como un certificado con noticias acerca del tema de la Autovía. Pensará en ello para distraerse agobiándose un poco más mientras emprende el tramo final de esa ardua subida hasta la casa de Nicanor. Lo haría con renovada energía si no fuese porque la imagen del *Perro* se le ha interpuesto en la mente, llenándola por completo de agrias ideas. Y es que si a menudo ha pensado que ya tienen cojones los de la Autovía, o incluso que «ya tiene cojones la cosa», frase de constante uso en Hiseda, nada es comparable, en cuanto a consistencia testicular, a los cojones de Fermín, el cartero de los cojones.

Resulta que éste ha decidido que él, obviamente por sus cojones, no llega hasta la Casona. Su límite de reparto acaba justo medio centenar de metros antes, cuando la cuesta se empina alcanzando su mayor desnivel. Quizá sea hasta menos, veinte o treinta metros. Da lo mismo que ahora le hayan puesto una moto para el reparto, en sustitución de su obsoleta bicicleta con la que de querer llegar hasta la puerta de la Casona, habría tenido que emular a algunos héroes ciclistas que destacaron como escaladores. Cuando Fermín dice no, hasta el alcalde se le cuadra. Tiene una porrada de *trienios*, así que reparte las cartas cuándo, cómo y a quien él quiere. Como si Correos fuese un cuerpo de élite ajeno a cualquier disciplina u obligación cívica. Serafín se la tiene jurada al cartero y, a su vez, sabe que Fermín le detesta. Éste le obliga a ir a recoger su correspondencia, cada vez más parca de contenido y espaciada en el tiempo, a casa de Nicanor o en la pequeña oficina del Ayuntamiento, en la que aquél trajina como un topo, siempre de malhumor y sudando, aunque haga diez grados bajo cero, y es que está bastante gordito. Pero para recoger las cartas ahí debe ir uno antes de las nueve de la mañana, algo que a Serafín le parece durísimo, sobre todo en el frío invierno. Le encantaría poder empujar con un buen expediente al seboso de Fermín, como usualmente se dice, pero en el pueblo es toda una institución.

Puto cartero de los cojones, piensa ya del todo hisedianamente cuando por fin llega jadeando a las puertas de la Casona, antes de dejar las bolsas, tomarse un respiro e ir a donde Nicanor a por su carta o lo que sea. Pero si

Fermín es perro en cualquier circunstancia que imaginarse pueda, él es decididamente burro cuando alguien se le atraviesa. Vaya.

Minutos después, desplomado sobre el sillón y sin dejar de amasar vagos sentimientos de venganza y represalia hacia el maldito cartero, Serafín se dice para sus adentros que cualquier día ese cabrón de cojonazos y foca de Fermín va a sufrir un cozccidente.

Y bien, hasta el momento –jornada tras jornada, paseo tras paseo, como la vida misma todos tan iguales y todos tan distintos, párrafo tras párrafo de nuestra historia– Serafín ha ido haciéndose paulatinamente a su entorno y a las gentes que lo conforman, incluso con sus más y con sus menos, hasta llegar a formar y sentirse parte del mismo. Ahora, con el paso de los días, y no tantos, ese invisible pero ya rígido ensamblaje va a propiciar aquellos acontecimientos anunciados en la fase inicial de nuestro periplo, que sin duda nadie espera pero que a muchos afectará.

En vez de seguir amasando disolutas intenciones hacia el cartero, a Serafín le acaece lo que ha venido siendo una inexplicable pero dulce costumbre en la última época: que se siente cada vez más irremediabilmente atraído y hasta fascinado por ciertos libros que se dejó *Pitita*, cosas místicas y tal, porque ella era en sí misma un pozo de misterios. *Cosas* de una belleza por momentos tan intensa que ante ellas no sólo siente su espíritu desnudo, limpio y feliz, sino que le obliga a contemplarlo todo con otros ojos, a través de los cuales ha empezado a mirar como nunca antes hiciera.

Sólo sería capaz de explicarlo de una manera: le atraen como si una poderosa luz le imantase los sentidos.

De hecho, sin él saberlo le imanta.

HA

*Perderé
los ganados,
los huertos,
los pinares;
perderé
los intereses,
las rentas,
los dividendos,
pero defenderé
la casa de mi padre*

GABRIEL ARESTI

Según se colige del ínclito Árbol Genealógico Buronita, respecto del que por desgracia se dispone de escasas fuentes documentales, la antigua familia Burón jamás tuvo ni pinares ni huertos, así en plural, ni mucho menos ganado, ni pingües intereses sobre posesión alguna, ni ningún tipo de renta, ni por lo tanto dividendos que les permitieran vivir con desahogo. Así llegaron a hacerse *Burros*: a fuerza de trabajos y privaciones. Su estipendio se basaba en su sudor. Aunque hambre, lo que se dice hambre, nunca llegaron a pasar, pese a que Serafín recuerda a su padre quejándose en tal sentido. Siempre pensó que se trataba de esa obsesión de la gente mayor que consiste en lamentarse casi todo el rato de los achaques físicos que sufren en el presente o, a veces agrandándolos, de los problemas que atravesaron en el pasado, así como de los que sin duda están a punto de sufrir.

Los Burón, a quienes el destino hizo responsables únicos de sus escasas

pero firmes fuentes de ingresos a lo largo del último siglo, únicamente tuvieron en propiedad, aparte de manos y piernas para ganarse el pan, la casa que el primer Burón, de la que queda constancia en los archivos municipales, sita cerca del centro del pueblo, legó a sus descendientes como única herencia.

Por tres veces se había modificado la fisonomía de esa casa durante la última centuria, o sea, a través de cuatro generaciones buronitas, y siempre por motivos imprevistos. Construir una cuadra más amplia, vivir en el habitáculo antaño concebido asimismo como refugio para las vacas, y trasladarse a una casa adyacente más reducida, parece que de acuerdo a las necesidades de aquel momento, algo en lo que tendrían que ver ciertas deudas que un *Burro* de la saga, ya casi nonagenario, contrajo con un rico hacendado de Salinas, de esos que siempre tuvieron nodrizas y ayas, cuyos descendientes exigían el pago sin dilación, so pena de llevar a juicio a cuantos Burones se les pusieran por delante. Que se sepa es la única ocasión en que, ante un atisbo de mofa, agravio o, como en este caso, coacción, el Burón de turno no le partía la cabeza a alguien de un cachavazo. Algo es algo: igual iban civilizándose a marchas forzadas o, si se prefiere, adaptándose al cambio de los tiempos. Incluso pagaban sus deudas. Hablamos de la época del Conde de Romanones, por situarlo. El caso es que aquella casa se perdió y, aunque veíanse por aquí y por allí restos burónidos en el pueblo, hasta que *Burro* padre construyó la suya, Hiseda no volvería a notar la presencia de la familia.

Y como no es lo mismo descalabrar de un garrotazo a cualquier bruto iletrado hisediano que a un par de señoritos de Salinas –los herederos del hacendado–, quienes ni siquiera vivían ahí sino en la capital, acorazados éstos por la verborrea y el papeleo inherente de los picapleitos clásicos, secularmente perros de presa de los intereses de los ricos, hubo que apechugar duro, quedándose los más vehementes y pragmáticos de la familia, eso sí, con las ganas intactas de descrismar a ciertos sujetos, por mucho postín que se dieran. Tal cúmulo de circunstancias adversas fue el causante de que, con el paso de las décadas, por la superación de tanto revés y penuria juntos, los miembros de la humilde pero orgullosa dinastía así llamada desde

siempre los Burones fuesen siendo y sintiéndose cada vez más *Burrones*.

Eso sucedió con su propio progenitor, pero *Burro* padre tuvo de alguna manera la ventaja de irse del pueblo siendo aún casi un chaval, y luego regresar con la suerte de su parte. Así pudo mostrar a los habitantes del pueblo que no sólo no necesitaba nada ni de ellos ni de nadie, sino además con dinero en el bolsillo y el porvenir más o menos resuelto. Fue de tal guisa como estuvo en disposición de llevar a cabo una de las dos cosas que más parecían respetar y admirar los hisedianos: una, hacer ostentación de su ascendencia, o sea presumir de pueblo allende las fronteras simbólicas que marcaba el límite territorial geográfico de Hiseda. Lo hizo. La otra fue hacer lo que comúnmente hacían ellos y por esa misma razón valoraban y respetaban tanto: no hacer nada en absoluto.

Pero, como decía él con un cierto poso de ostentación no exenta de tosquedad, realizaba eso –no hacer nada, a lo sumo mejorar la Casona– sin aspavientos, con donaire, con un «aquél» que le confería su sentimiento y su interpretación hisediana de la existencia, pese a haber sido considerado por momentos casi un apátrida o un exilado voluntario. Además de que podía permitírsele en lo económico. A tal estado de desapego hacia sus paisanos el padre de Serafín lo denominaba, cáustica y contenidamente, «contemplación».

Y ahí que andaba él tras sus huellas, como si *Burro* padre, además de taoísta a su manera, le hubiese ido dejando granitos de alpiste para dirigirle a dicha senda. Entre la puesta en práctica de tales costumbres, los paseos contemplativos, y esas lecturas heredadas de *Pitita* que le iban entrando a chorro en la conciencia y en la sangre, lo cierto es que Serafín –por denominar de una vez a las cosas por su nombre– como de verdad andaba por ahí era alucinado.

De otra parte, empezó a pensar que la diaria confirmación del maravilloso equilibrio de la Naturaleza, tan aparentemente lógico como lleno de portentos si se sabe mirar, predispone a que nos sintamos en armonía, por qué no decirlo, con el hermosísimo concepto de Dios, sin duda el más perturbador de cuantos concibieron los hombres, y además a hacerlo sin temor alguno a prejuicios, pues *Eso*, fuere lo que fuere, a todos concierne y protege, aunque

sea tan sólo permitiendo nuestra humilde y fugaz existencia.

En el interior de su revuelto magín tampoco es que tratase de ser testigo impasible de la Transubstanciación del Verbo, ni mucho menos. Posiblemente era cuestión de poner en práctica hasta sus últimas consecuencias algunas enseñanzas del Taoísmo chino. Y al pensar en sí mismo, Serafín recordaba una de aquellas ideas salvadoras como saeta de luz, atesorada en tan sagrado libro del pensamiento oriental.

El estudioso crece día a día,
Quien practica el Tao mengua día a día
hasta llegar al no-actuar,
y como no actúa nada hay que deje de hacer.

Bien, a fuer de honestos que él era algo así como una especie de *estudioso menguante*. En apariencia, y sobre todo ciñéndonos a criterios de productividad derivados del esfuerzo intelectual, estaba encanijándose a marchas forzadas. Sin embargo, y aunque en principio no pudiese probarlo, sabía de su crecimiento interior. Silencioso, constante. Crecía como el musgo, hacia afuera, y también como las geodas, hacia dentro.

De modo que en su cuerpo y en su espíritu se daba la curiosa dicotomía de menguar y crecer en dos niveles distintos, no tanto paralelos cuanto simétricos. Quería pensar, pues, que si acaso menguaba era para renacer después, como esas estrellas que van comprimiéndose más y más sobre sí mismas, hasta finalmente estallar llenando el cosmos de partículas, o sea, de vida. La suya propia, mientras durase, ya estaba encaminada en una senda concreta, su particular *Tao* aplicado a la realidad y a lo que de ella debía esperar. Las tres «n» de su vida.

Nada de nadie nunca.

Con toda seguridad, *Burro* padre fue lo más *zen* que había dado la briosa stirpe, y sin duda, a su modo, tenía algo en común con esos místicos que le descubriera *Pitita* de rebote, y de cuyas lecturas Serafín iba sintiéndose progresivamente embargado.

No obstante, la pregunta clave para él era: ¿de qué había vivido realmente la mayor parte los *Burros*? He ahí, también, uno de los más intrincados

enigmas hisedianos. Porque vacas en propiedad sólo habían tenido cuatro, lo mismo que tierras. Ellos las llamaban «cuatro carros». Antes, hace por lo menos medio siglo, más de dos tercios del pueblo trabajaba en una fábrica cercana, sita en el flanco del Pábenes. Había castellanos, aragoneses, extremeños, gallegos, andaluces y capital cuantioso de por medio, cómo no. Los dueños eran bilbaínos y catalanes, cómo no. Era asunto serio. Tubería industrial, hilaturas diversas y cosas por el estilo. Cuántas veces se durmió y despertó Serafín de chico, no lejos de *Saltamorito* con su perenne y amortiguado rumor de aguas bravas, oyendo la sirena que indicaba la entrada o salida de los trabajadores. Pero aquella célebre fábrica cerró hace ya tiempo. Es de suponer que a algunos los indemnizaron, y que otros irían al paupérrimo y cavernícola seguro de desempleo que hubiese en esa época, si es que lo había, dato en el que Serafín nunca indagó. Pero ¿y luego? Que él sepa, ningún Burón estuvo nunca en nómina de esa fábrica. Lo siguiente irrefutable es que el ganado fue quedando reducido a la mínima expresión de lo que antes fuese, lo mismo que la madera, de la que por ejemplo vivía su abuelo, *Pedazo Burro*, que no sólo la transportaba desde los bosques lejanos, sino que también fue arreador de ganado, del que se conduce en grandes manadas a las ferias importantes. Pero aparte de darle al palique sin descanso, estas gentes parecen no cansarse de no hacer nada en absoluto que no sea, precisamente, darle a la glotis y fabular. Sí, un pueblo de poetas. En eso siguen siendo únicos. ¡Cuánto Virgilio echado a perder!

Ya se lo dijo *Burro* padre y sin apenas acritud, pues también él pertenecía a Hiseda y por lo tanto le dolía tal certidumbre. Eran como si nadasen en la nada: «Éstos, nada», es una de las habituales coletillas hisedianas para desprestigiar a cualquier grupo humano con el que se cruzasen. El caso es que Serafín, en su juventud, mientras iba por ahí henchido de lecturas y cuando no vivía aún en el pueblo, llegó a imaginárselos como seres plenamente heideggerianos, por lo del inaprensible *ser*. Entes en-sí que murmuraban para-sí y sin tregua, hallando una indudable vidilla anímica en dicha operación. Con el advenimiento generalizado de la inanidad habían abandonado su ser socrático para afiliarse a las pasivas huestes del existencialismo más radical: el de ribetes eremíticos. Ojalá pudiese decir otro

tanto, añadía su padre con relativo apesadumbramiento –que se mezclaba con la envidia y una sólo a veces disimulada inquina– de los vecinos de Salinas de Rantroño o de los de Vegamayor, el pueblo en el que concluía el valle y que estaba situado junto a la carretera que se construyese dos décadas atrás. Porque ambas localidades habían sido desde siempre enemigas tradicionales de Hiseda, por lo menos antes de la infame secesión de los del *Barrio*, y aún luego ofrecieron ostentosas muestras de solidaridad con éstos. Lo que aquí se tachó de recalcitrancia. Tanto Vegamayor como Salinas, sobre ese punto casi todo el mundo estaba de acuerdo en la zona, consiguieron evolucionar bastante más que Hiseda en muchos aspectos, fundamentalmente en el económico. O sea, se habían adecuado mejor a la modernidad, concepto éste cuya sola mención conseguía que los hisedianos ciñesen con fuerza sus manos a la empuñadura de sus cachavas.

Naturalmente, eso lo creía casi todo el mundo en el valle y la zona. El «casi» lo constituían los hisedianos en bloque, que para esto eran como los de Fuenteovejuna, por no citar Sagunto o Numancia, donde hubo tanto dolor debido a una mezcla de heroísmo y tozudez. En el caso de Hiseda, detectábase una cierta conciencia de celsitud, un sentimiento de elevación por encima del resto de sus vecinos. En cuanto a «la zona», era la formada por el valle de Rantroño en pleno, con los villorrios diseminados en su angosta vega, excepción hecha de Hiseda y sus dilectos hijos, quienes no soportaban que se hablasen ya no maravillas sino tan sólo en términos vagamente admirativos o laudatorios de ninguna de esas dos localidades vecinas, rivales encarnizadas a lo largo del tiempo.

Claro que también existieron escaramuzas locales que conferían carácter tanto a unos como a otros, pequeñas rencillas interrantroñales, por llamarlas de alguna forma, sin contar las inherentes a la pésima relación entre los de Hiseda y esa infame turba independentista del *Barrio*, o los de Hiseda respecto a todo el mundo. En concreto, latía un agudo litigio al parecer centenario que a Serafín lograba enternecerle, pese a lo infantil y grotesco que a priori podía parecer. Era el sostenido entre dos de esos villorrios a los que se conocía como «culos de botella», pues allí morían todas las carreteras más o menos asfaltadas y se iniciaba el monte con sus escarpados y verdes

meandros: Ilios y Horcajo de la Rabadilla. Dicha lid merecería acaso una breve reflexión aparte, pues en tan soterrada contienda psicológica, y que a pesar de todo desafió las leyes del tiempo y de la lógica, lo curioso es que la tradición que enfrenta a ambos pueblos se pierde incluso en la memoria de los más ancianos. Y como protagonistas principales, no podía ser de otro modo, las vacas.

Los de Ilios, en las fiestas de la localidad, situada a un par de kilómetros de su simbólico contrincante, Horcajo, se divertían haciendo descender una vaca atada mediante cuerdas desde el campanario de la iglesia, por cierto bastante alto. Y como el animal, presa del miedo, se movía lo propio, alguna de esas cuerdas acostumbraba a quedar mal ubicada, por ejemplo aprisionándole por el cuello. Al llegar abajo, como resulta previsible, lo hacía directamente ahorcada. Cuando se les reprochaba: «Pero qué brutos sois, ¡mira que colgar así una vaca!», a ellos sólo se les ocurría decir: «¡Si era una vaquilla de nada!», como si el subgénero «vaquilla» les diese pábulo para tan injustificable conducta. Ciertamente que eso sucedió pocas veces. Pero es que desde siempre estuvieron picados con los vecinos de Horcajo de la Rabadilla, ya que éstos, a su vez, en las fiestas, y como guinda al jolgorio popular, desguazaban a una vaquilla en un abrir y cerrar de ojos. Era una emulación de la matanza del cerdo de algunos pueblos, pero en vaca y en multitudinario. Allí veíanse manos, hachas, golpes, cuchillos, tajos, sangre a raudales y, en fin, toda la imaginable parafernalia propia de la situación. Como los que más parecían divertirse eran los chavalines, a los que únicamente se les permitía mirar el citado sacrificio que ellos denominaban la «merienda anual», tan bonita tradición proseguía a pesar de las pocas voces de protesta que de tanto en tanto se levantaban, aunque ahora, al parecer, se llevase a cabo «de modo menos multitudinario y salvaje». A saber qué significaba eso. El Desguace de la Vaquilla, tan fulminante como aparatoso, no lo tocaba ni la Virgen ni el calendario de las fiestas patronales.

Lo cierto es que matar una vaca a hachazos para zampársela el pueblo entero a modo de ágape se les antojaba lúdico y hasta considerablemente más civilizado que tentar la eventualidad de ahorcar o provocar situaciones desagradables, como cuando a los cafres de Ilios una vaca se les descolgó de

improvisado en una de sus sacudidas, esmorrándose contra el suelo y provocando casi un desastre, pues los mozos que se hallaban a pie de campanario la esquivaron por cuestión de centímetros. Eso sí, entre ayes, risotadas y chanzas por el desaguizado. Probablemente, y ya que estaba ahí espachurrada, después la guisaron, sin más. Por su parte los de Horcajo de la Rabadilla llevaban muy mal la constante mofa de los de Ilios a costa del nombre de su pueblo. Eso de la Rabadilla, que alguien debió sugerirles viperina y acertadamente sonaba a cóccix o quién sabe si a algo peor, pero sin duda relacionado con la sodomía, no acababa de hacerles ni puñetera gracia. ¡A ellos con alusiones perineo-escatológicas! ¡A ellos, tan machos, con veladas referencias mariconiles! Horcajo estaba junto a un afluente del Pábenes conocido como río Rábada. Menudas truchas se pescaron ahí desde tiempos inmemoriales para que vinieran los asesinos ahorcadores de Ilios a darles lecciones de ética. ¡A ellos con digresiones que versaban sobre glúteos, nalgas y lo que fuese, sobre todo si provenían de esa ralea de lerdos de Ilios!

Las circunstancias habían hecho que el mutuo rencor se avivase como un fuego desbocado sobre seca broza. Para empezar, llevaban años y años disputando enconadamente a causa del nombre de pila de los que fueron sus respectivos alcaldes y párrocos. Aquello acaeció hacía ya un par de décadas, pero los malos humos parecían seguir intactos. Mientras que el alcalde anterior de la monolítica Hiseda, quien permaneció incólume en su cargo diríase que todo un siglo, aunque quizá no tan incorrupto como el supuesto brazo de santa Teresa, se llamaba Anacleto Botija, y el párroco, cuyo virreinato de sotana y amenazas duró otro tanto, respondía al nombre de Filomeno Cascorro, los de Ilios y Horcajo se habían cruzado con encono toda suerte de burlas. El alcalde de Ilios fue un tal Agapito Lagasca, pero en Horcajo le llamaban *Pito Lasaca* también éstos seducidos por las delicias de la lingüística distorsionada con *rintintin*. Por su parte, el alcalde de Horcajo de la Rabadilla fue Luisito Lafuente, que en boca de los de Ilios pronto se convirtió, y como respuesta, en *Sito Lamete*. Como se ve, todo bien adornado de referencias picaronas y suficientemente explícitas. Para colmo estaba lo de los respectivos curas. El de Ilios era un tal Asunción Gracia García. Los del pueblo rival, sin recato alguno y sin dejarse intimidar por el poder suasorio de

los hábitos, lo llamaban *Asun qué Gracia*, dicho esto con entonación exageradamente femenina cuando se referían al susodicho párroco, que un poco amaneradín sí era, según dicen, pero sin alcanzar el grado de locaza redomada. El cura de Horcajo fue un tal Práxedes Herrerueta Cevallos. A éste, por no liarse en exceso gramaticalmente, que chistosos eran pero no en exceso eruditos, los de Ilios lo llamaron siempre el *Padre Potros*. Lo raro es que ambos pueblos, a sabiendas de que en la envidiada Hiseda había un alcalde de nombre Anacleto y un capellán de apellido Cascorro, no decidiesen aunar sus respectivas dosis de bilis contra el enemigo mayor, llamando a aquél *Analfabeto* y a éste *Cagarro*, por ejemplo. Debió pasárseles por alto –piensa Serafín súbitamente embriagado ante los infinitos laberintos del lenguaje– o de lo contrario hubieran entrado al trapo con todo el furor y la capacidad imaginativa que caracteriza a esas gentes, como queda probado, no sólo un tanto rústicas sino también en toda situación ocurrentes. ¿Puede decirse lo mismo de quienes habitan en las ciudades?

Según parece, el asunto llegó a un extremo peligroso cuando pasó lo inevitable, lo que se veía venir desde mucho antes y que todo el mundo temía: un romance entre sujetos de los distintos pueblos enfrentados. Fue además célebre caso porque el trabajo de ella era de los que no pasaban desapercibidos en una época en la que las mujeres del valle no hacían otra cosa que criar hijos a mansalva, zurcir ropas usadas, ordeñar vacas y tener limpias sus casas, que no es poco. Y también aguantar palos de sus cónyuges muchas de ellas. La enamorada, Pilar Sotomayor, era la secretaria de la alcaldía de Ilios. De ser simplemente *Piluca Sotomayor*, pues, para los de Horcajo pasó a ser *Piluca Putamayor*, así como quien no quiere la cosa. El enamorado, por su parte, era el enterrador oficial del valle de Rantroño. Se llamaba Desiderio Santidrián. Como por ahí no podía extraerse nada sabroso se recurrió urgentemente al segundo apellido: Salvatierra. Desde que se supo fue ya por siempre para los de Ilios *Desi Cavalatierra* –cuando se mentaba ese nombre la gente, aparte de regocijarse lo suyo, solía santiguarse o cruzar los dedos– y lo que tal vez hubiese podido acabar siendo un noviazgo en toda regla, conmovedor y puro, un primer acercamiento que aplacase la visceral mala gaita que se profesaban ambos pueblos, terminó como el rosario de la

aurora: las dos familias a guantazo limpio un aciago día que se encontraron de bruces, nunca mejor dicho, en el mercadillo que los jueves se montaba en la plaza porticada del centro de Salinas. En efecto, lo que tenía visos de convertirse en la parte tercera de la conmovedora historia de los enamorados de Verona y los amantes de Teruel, casi concluye con víctimas. Por ventura el asunto se zanjó con sendas denuncias por agresión, incoadas ante el sargento del cuartel de la Guardia Civil de Vegamayor, un auténtico mastín tan huraño como estúpido, a quien, por cierto, de niño habían bautizado Telesforo de Mier Pisano, pero al que jamás, quede constancia, piensa Serafín ya por completo desatado, nadie osó rebautizar alegremente, por ejemplo, como *Foro de Mierda*, por parte de padre, o *Telepis*, de madre, o algo por el estilo, lo que hubiese constituido el eslabón coherente en la espiral de agravios orales a los que Ilios y Horcajo de la Rabadilla venían sometiéndose sin descanso, pues el citado guardia civil nació en uno de esos pueblos pero se casó en el otro. Cualquiera le soplabá algo a la Benemérita, cuerpo ya por aquel entonces, como en cualquiera de las épocas siguientes, que siempre hizo gala de un más que dudoso sentido del humor para determinadas cuestiones.

En tal contexto se formó el mapa humano de la zona.

Por su parte, Salinas de Rantroño tiene alguna que otra pequeña industria y dos supermercados de los que una sola de las secciones es casi como todo el Súper de Hiseda. Además, ese importante enclave está muy cerca de la carretera que hasta el presente une el Norte con el Centro y que, para desgracia de Serafín, no es suficiente, ya que muchos sostienen que parece necesaria la construcción de esa nueva autovía que puede tirar abajo su casa, pues sólo el denso tráfico de camiones durante algunos días hace aquella otra intransitable. Salinas tiene también su colegio de grandes proporciones, y su biblioteca, aunque ésta más propia de gnomos y elfos. Allí fue donde expuso *Pitita*, para quien Salinas era Manhattan.

En cuanto a Vegamayor, desde siempre ha habido caserones señoriales, y por lo tanto bastante ricachón venido de las grandes capitales, que al principio lo hacían sólo para veranear, pero luego decidieron instalarse en esa parte elevada del valle. Vegamayor tiene varios comercios de relieve, un

teatro-cine pequeño que funciona medio año, cuando funciona, piscina municipal, tres iglesias, alguna considerada joya del arte románico, otras tantas entidades bancarias y hasta un coquetón «Museo de la Tierruca», como rezan los carteles de la entrada, en el que se recogen momentos puntuales de la Historia local, sobre todo en fotografías, documentos y grabados, así como unos curiosos utensilios caseros propios del trabajo rural que a los forasteros les parece típico y a los aborígenes odiosamente cotidiano, pero en cualquier caso se trata de materiales desconocidos por la gente más joven, artesanales joyas que nos legaron nuestros antepasados.

Serafín cree que, de seguir así, tal vez un día no muy lejano podría exponerse allí a un lugareño de Hiseda disecado, en su vitrina correspondiente. A un *Colás* o a un *Toño*, ligeramente tiznado de verde aquél y de rojo éste, sentados y con su boina calada hasta las cejas, mondadientes colgando de la comisura de los labios y el mentón apoyado en las manos que, por supuesto, abrazarían orgullosamente el extremo de la cachava. Cartel posible: «Hisediano en actitud pasiva». Aunque esto último quizá incluso estaría de más, excepto para los visitantes de regiones lejanas, pues por aquí todo el mundo conoce, si no los entresijos, sí los pilares sobre los que se fundamenta el carácter sustancial hisediano. Como si buscasen la ataraxia perfecta. Los hisedianos son un poco como los estilistas griegos, aquellos anacoretas filósofos que pasaban parte del tiempo largando a la audiencia rollos metafísicos desde lo alto de una columna, a ver si había quórum.

Quede claro que este tipo de reflexiones Serafín las efectúa sin la menor intención de hiriente ironía, o no más allá de lo comprensible y por tanto digno de disculpa. Así se lo dice continuamente a sí mismo, aún no sabe si para convencerse o porque de verdad lo cree. A él –*Burro*, o *Inventor*, o *Platero*, qué más da– los hisedianos y hasta las hisedianas siempre le han tratado dentro de los parámetros de lo que se entiende por la corrección más exquisita, al menos para lo que son capaces de dar de sí. Con él se han comportado de etiqueta. Lo cree firmemente si piensa en lo que, siendo quién es y cómo es, así como lo que hace o deja de hacer, podrían haberle hecho sin apenas despeinarse: masacrarlo vivo a rumores mediante su tranquilo pero inmovible acoso.

Y es que los hisedianos han aprendido a pensar, a mirar y sobre todo a hablar a base de tropos. Todo les vale para sus fines: metáforas, aliteraciones, pleonasmos, sinécdoques y metonimias diversas, sin contar con esa otra potente artillería sintáctico-gramatical que ellos van reconstruyendo a su antojo.

Serafín quizá ha pasado ya a formar parte del escogido y respetado elenco de personajes raros que, posiblemente debido a su misma esencia estrambótica e indefinible, acaban siendo intocables. Como la hierática Tomasuca, a quien muy pocos se atrevieron a llamar nunca por el apodo que también le fue otorgado: el *Témpano*. Tanto tuvo que cautivar a las *Furias* en pleno la personalidad sólida y piadosa de Tomasuca, que debieron hacer oídos sordos a quienes empezasen a llamarla de ese modo, el *Témpano*, en alusión honorífica a su integridad de ánimo. Después, por lo visto, les salió rana: Tomasuca desertó del círculo de comadres asiduas y dueñas, por expresarlo claramente, de *Donde Celia*, pues Tomasuca, más que desertar, ni siquiera llegó a integrarse, lo que hizo posible su posterior y pacífica independencia, porque si hubiese llegado a ser considerada como una *Furia*, o siquiera una voluntariosa alevín de *Furia* para luego acabar saliendo escaldada de tan absorbente círculo femenino, no andaría por ahí tan ricamente. Ni hablar.

Serafín vive de modo fijo en Hiseda desde hace ya más de tres años, y sólo recientemente se cree en condiciones de llevar a cabo un somero juicio de valor sobre lo que significan estas gentes. Ellos van indisolublemente unidos a una época concreta. Con unas determinadas condiciones y carestías, de acuerdo, pero la verdad es que, en definitiva, por lo que llega a saber tras haber preguntado aquí y allí, por ejemplo en Salinas o en Vegamayor, los hisedianos son *distintos*. Naturalmente nadie sabe explicar por qué. Él intenta discernirlo, aunque ese tipo de meditaciones esté convirtiéndose en una especie de obsesión malsana.

Tal distinción podría explicarla, quizá, ese afán hisediano por mitificar las contiendas, con aquellos primitivos ritos de recibir triunfalmente a los vencedores, llegasen éstos con la cabeza de un enemigo bajo el sobaco o ellos mismos troceados y sobre sus escudos, en los que todo el pueblo formaba un

pasillo y, entre cánticos y fuertes golpes en el suelo dados con las cachavas, rendían un sincero homenaje basado en tan primitiva muestra de percusión ofrecida al héroe de turno. Y sólo para recibir a los grandes héroes, *sus* héroes, solían ponerse ese día por *obligación* las albarcas para golpear en el suelo a su entrada. Debe ser ese afán batallador, ese espíritu en permanente pugna contra el entorno y contra sí mismos el que, ahora que no hay contiendas, quizá les tiene como anonadados. Igual que leopardos bajo los efectos de una droga narcótica, convertidos en gatos grandes, mansos –a ratos– y hasta pasmados.

O qué decir de su predilección por ponerle motes al personal, siempre al de aquí, pues jamás se atreverían a buscarle un apodo gracioso a alguien de un sitio lejano. Ésa es la frontera a su ingenio. Cómo será que incluso a los hisedianos que se fueron unos metros más allá, hacia arriba, los del *Barrio*, algunos de los cuales en su día eran conocidos por sus apodos, fueron privados de tales en cuanto emigraron en dirección al monte. Procuraban ni mencionarlos.

Es un aspecto éste en torno al que se dan elementos oscuros y aún pendientes de resolver. Por ejemplo, desde siempre vive en Hiseda un personaje al que se conoce por su nombre, Dionisio, y que hasta que se jubiló era uno de los carpinteros oficiales del pueblo, aunque allí todos hacían sus chapuzas. Trabajador nato, bonachón y dado a la juerga cuando tocaba, que por cierto tocaba bastante a menudo a juzgar por su proclividad a la cerveza, que consumía por barriles enteros. Con él, el *Legañas* vivía en un perpetuo agosto. Pues bien, por a saber qué inexplicable causa a este Dionisio nunca, que se sepa, nadie osó llamarle de otro modo que no fuera Dionisio. Algo incomprensible antropológicamente hablando, porque según la lógica hisediana tenía todas las papeletas a su favor para ser llamado, entre amigos, *Dioni*, o al menos *Nisio*. Pues no. En cierta ocasión el propio Serafín preguntó al respecto a los usuales clientes del *Legañas*, y éstos sólo supieron encogerse de hombros. Era así, llegó a verbalizar uno de ellos, como una especie de Séneca venerable que de tanto estar siempre en idéntico rincón del bar, más parecía una estatua que un hombre. Se trataba de un tipo muy anciano y desdentado, pero de los más contumaces chistosos a costa ajena,

principalmente de los defectos de cualquiera, fuesen éstos de índole moral o física. Y teniendo en cuenta que Dionisio, el campeón de la cebada, tenía un ojo a la virulé y cojeaba aparatosamente al caminar, además de no ser precisamente perspicaz de entendederas, la cosa no encajaba. ¿Cómo se les había escapado ese filón que hubiese sido motejar a Dionisio?

En tanto que científico potencial Serafín no terminaba de creer en el azar, a pesar de toda una legión de nuevas teorías que en los últimos tiempos habían irrumpido en el ámbito de la investigación. De azar nada, se decía, todo posee una explicación precisa y nítida, como el agua del Pábenes. Y lo de Dionisio, pese a su nombre intacto, no tiene nombre. Aquí lo de los fractales y la teoría del caos eran asuntos baladís. Todo un fenómeno el Dionisio, sí señor. Ha llegado a pensar que hechos como ése pertenecen por derecho propio casi a lo parapsicológico, que también se da en Hiseda. Aquí no tienen ni vírgenes famosas de Lourdes o Garacandal –por cierto, ésta no muy lejos, tras las montañas– ni caras de Bélmez o rarezas del estilo, pero cuentan con sus peculiaridades inexplicables. A saber:

¿Cómo se le consintió tanta grosería al *Logroño*? ¿Por qué a Tomasuca casi nunca se la ha mentado como el *Témpano*, ni se le buscaron las cosquillas por aquello de viuda joven, lozana, guapota, y por consiguiente objeto del deseo? En dicho contexto gramático-moral se circunscribe lo de Dionisio, echando por tierra de un plumazo la tesis de que «en Hiseda todo quisqui arrastra su mote como la sombra», máxima del pueblo donde las haya. Lo que –piensa Serafín sumido en la excitante estupefacción del entomólogo que de pronto descubre un ejemplar de lepidóptero con unos colores indescriptibles, prodigio simétrico, carrusel volante que en sí mismo constituye una maravilla alada y anacrónica respecto al medio en el que se la encontró– entronca a su parecer con lo de los refranes, sublimación primorosa del arte de los motes, que son para él algo similar al misterio-leyenda de los cátaros o el Arca de la Alianza. Durante varios años ha especulado sesudamente en torno al primer refrán hisediano que oyó: «Ante lo nuevo, ojo», y que le impresionase sobremanera al escucharlo por vez primera, porque en esa frase creería encontrar alguna de las llaves maestras para acceder al sentir fundamental hisediano. La visceral reticencia a

abandonar los cánones de aquello que se conoce. El apego a la más firme tradición. Entre la sustancia y el ser spinozistas, más acá de la caverna platoniana y más allá de los espacios infinitos de Novalis, habría un hueco para Hiseda. ¡Por éstas!, pensó Serafín para acto seguido mordisquear los nudillos de sus dedos como si intentara arrancarse algo de allí.

Más explícito le pareció, en su momento, el segundo refrán que suelen mencionar los habitantes del pueblo en cuanto les es posible meter baza: «Si algo suena en el Pábenes, ojo».

Bueno, reflexionó entonces, he ahí una prueba evidente de que seguía latiendo ese temor secular ante todo lo ajeno y llegado de afuera, aunque fuese de las próximas Vegamayor o Salinas, localidades no mucho más pobladas que Hiseda pero ante las que los hisedianos e hisedianas reaccionaban siempre como si se tratase de Sodoma y Gomorra. Parece claro que dicho refrán es una deformación local y un tanto arbitraria del más conocido: «Cuando el río suena, agua lleva». Afecta a la rumorología tradicional, sea ésta de donde sea. Traducción posible: «Cuando un rumor ha llegado hasta ti, es que su buena parte de verdad tiene, sobre todo si es algo malo referente a alguien». Lo que quedaría integrado en la primera parte de la versión hisediana del citado refrán: «Si algo suena en el Pábenes». La clave inicial reside en ese «algo», indicativo de que no sólo se trata de que suene el propio río, sino «algo» dentro del río. O tal vez en su entorno *humano*, nunca se sabe. Porque en Hiseda se ha alcanzado el sublime estadio intelectual que consigue hacer una perpetua y sorprendente filigrana con la madeja del infundio, aunque sea a base de anacolutos e inconsecuencias, y toda una lírica de la maledicencia, pese a que en sí mismo eso constituya una disparatada entelequia del lenguaje.

Lo que de ningún modo había alcanzado a entender Serafín, al menos no hasta ahora, era esa estática conclusión de la versión local del refrán: «ojo», concepto que se repetía con respecto al otro refrán. ¿Ojo, por qué? ¿A santo de qué podía venir incluida ahí esa velada amenaza?, dado que aquí «ojito» era sinónimo de trompazo. Pues cada vez que alguien lo mencionaba, y eran varias las ocasiones en las que tuvo oportunidad de comprobarlo, el que hablaba lo hacía señalando a su interlocutor con el dedo índice en posición

horizontal, paralelo al suelo y perpendicular al rostro del oyente, como si la mano fuese, además de mano, un revólver, y ese dedo el cañón del arma.

Tiene la sensación de que con el segundo refrán se ha quedado intelectualmente a medio camino deductivo, como con tantas otras cosas de este lugar. También le preocupa, si cabe, un tercer refrán que viene oyendo con relativa frecuencia desde hace bastantes años, y que suele decirse cuando una conversación sube de temperatura, medran las invocaciones destempladas y alguien, verbigracia, menciona la posibilidad, siquiera remota, de efectuar cualquier tipo de acción de protesta o hecho que perjudique los intereses de los hisedianos, el honor fundamentalmente, que para esto son como el Duque de Alba y la dichosa honra, y si no que se lo pregunten a los holandeses con memoria. Así que los hisedianos se amparan en la siguiente máxima: «Ojo por ojo, dos ojos». Lo cual, traducido, y si quedasen resquicios por aclarar, significa que son capaces de arrancarle a uno los ojos en un parpadeo.

Dicha máxima guarda una resonancia más punitiva que de venganza. Suena a plagio improvisado del mayormente conocido: «Ojo por ojo, diente por diente» que se lee en las Sagradas Escrituras, tan pacifistas ellas. Pero como una buena parte de los hisedianos carecen de dientes, llevando dentaduras postizas o apaños bucales variopintos, oro, plata y metales diversos, quizá no tiene mucho sentido para ellos lo de arrancarle a alguien los dientes, y encima un solo diente, así, en singular, como menciona la sentencia extraída del Antiguo Testamento en alusión a sus posibles enemigos. Ellos, cree Serafín, habrán llegado a la conclusión a lo largo de los años, con sus disputas y subsiguientes reconciliaciones, de que al enemigo hay que quitarle primero un ojo, luego el otro ojo y finalmente, si se puede, la cabeza entera. De hecho, entre ellos mismos se han partido la cara a hostias, casi en su totalidad y por cualquier motivo que imaginar se desee, a lo largo de sus vidas. No fue Hiseda nunca un remanso de paz. De modo que el enemigo, mejor ciego. Y si está manco o paralítico, ideal. De ese modo se le curra cómoda y fenomenalmente.

Entonces se pregunta Serafín –ya incapaz de controlar su innata curiosidad de científico y también de humanista en ciernes– ante bobadas

que, no obstante, explican determinadas costumbres: ¿a qué ese final de «dos ojos»? ¿Es que acaso pretenden insinuar que casi hay que comérselos con sofrito? Será. A veces esta gente le hace dudar si dos y dos son realmente cuatro. Ya se sabe que el mariscal Goering, hombre fuerte en el Reich alemán, solía responder a la prensa extranjera, antes del desastre: «Dos y dos son cuatro, si el *Führer* lo quiere». Tampoco olvidemos el inquietante pensamiento del filósofo Wittgenstein: «Dos y dos *podrían* ser cuatro». Qué miedo.

A ver, piensa, si «ojo por ojo» significa que ante una guarrada o trapacería que te han hecho, dañándote un ojo o incluso quitándotelo –sea esto entendido en un sentido simbólico o no, pues sabe a la perfección que en tal caso el «ojo» es una metáfora de cualquier cosa que apreciemos o queramos conservar–, lo que hay que hacer es responder con una acción idéntica en proporción, o duplicando su bestialidad exponencial y quitándole a nuestra vez el ojo o los ojos al agresor de turno. Hasta ahí llega. Todo parece formar parte de un preciso proceso lógico-analítico, sí. Ya te falta a ti tu ojo, y a tu rival el suyo. En paces, ¿verdad? Pues no, los hisedianos han ideado ese otro final demoledor: «dos ojos», que en realidad son los dos ojos del rival. Pero entonces no cuadra la operación, porque si a tu enemigo, que previamente te quitó el ojo, tú ya le has quitado asimismo el suyo, dado que ello se entiende vinculado a la primera parte del refrán: «Ojo por ojo», que da por hecha la escabechina ocular con la que nos enfrentamos, entonces ¿cómo vas a quitarle a tu enemigo los dos ojos? Es una pura anacronía fisiológica, piensa sorprendido para sus adentros. Como no sea Polifemo o un titán tuerto la cosa carece de explicación, y aun así esto lo complicaría más. Y es que esta gente no se aclara, medita refunfuñando Serafín. Lo que pasa es o que no les da la gana de ponerse a contar o que disponen de un sistema algebraico de valores propios, así como otro de numeración secreta.

A menudo, al pensar en ellos, le entran como ráfagas de fiebre.

Vuelve a sulfurarse al recordar que en cierto modo ha vivido siempre engañado al respecto, creyendo que conocía sus artimañas, pero no. Lo del jodido *mono* lo prueba. Ya dijimos que Serafín pensó que al popular «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda», aquí le habían dado la

vuelta con el más críptico: «Seda aunque la mona, vestir pueda jamás». Pero tampoco. Le tenían engañado, los muy zorrines. Hay otra versión, que ha descubierto recientemente, y reza: «Ojito con el mono los cojones...», sin más, y que de hecho bien pensado le resulta perfecta, pues aglutina sacada de ojos o amenazas, así como el cambio de sexo del primate y la inesperada pirueta de la inclusión testicular al final. Sí, eso es el epítome de Hiseda, sin dejar de mencionar el elegante olvido de la partícula «de» entre «mono» y «cojones». Así suena más rotundo: «mono los cojones». Pero la bisagra, la puerta de acceso al dédalo fonético-conceptual, sigue siendo el «ojito». Siempre lo fue. Están obcecados con el tema, como si no hubiera nada más importante por lo que preocuparse, intenta razonar Serafín entre el polvo de su ofuscada mente, sin duda por momentos más que la de ellos.

Convéngase que la relación que mantiene con dichos y refranes locales está por momentos a punto de sacarle de quicio por completo. Y ya se inició mal, ya en aquel odioso y antiquísimo: «No te fíes de hombre chico ni te subas a borrico». ¡Su p... madre!, consigue tragarse a tiempo. Y siguió desconcertándole aún más en sus extremos, es decir, por lo clarito y por lo infuso. Ejemplo de lo primero, un dicho que él oyó comentar a gente de su propia familia, años atrás: «A la mujer y a la suegra, cuerda». ¡Aja, aquí ha vuelto a cogerlos con las manitas en la masa, sí señor! ¿O acaso esa alusión final a la cuerda puede leerse en una sola dirección, la aparentemente obvia a tener a las mujeres bien atadas a una cuerda, o bien darles cuerda, cancha, para poder sobrellevarlas? Ni hablar. Su opinión es muy otra, a saber: cuerda bien podría equivaler a «látigo», cualquier cosa alargada con la que se zurra a alguien, en este caso ellas, todo en plan doble metáfora y tal. O podrían haber optado por el más deportivo: «A la mujer, sogá», y en paz. A lo dicho, todo lo que verbalizan esconde su néctar secreto. Sólo hay que saber encontrarlo.

En cuanto al refrán-esquela situado en las antípodas del anterior, Serafín debe reconocer que lleva mucho tiempo intentando resolverlo, y ni por ésas. Es ontología estructuralista en estado bruto: «Lo que basta nunca es poco». Vamos, que ni se acerca ya a ese abismo, más tramposo que un crucigrama sobre el tema del amor elaborado por el Demonio. Y sí, intente, intente el lector desvelar su *auténtico* y seguramente siniestro sentido. Preferible que

aceptemos la situación de tablas, y también que, dentro de la gama de lo ocular, en Hiseda siempre se tuvo predilección por un tercer dicho: «A buen ojo, buen tallo». Ojito, no talle, sino tallo. Sobre el papel, todo normal, pero a Serafín, a estas alturas, no se la dan con queso podrido. Pues bueno es él, que nunca baja la guardia. Sin ir más lejos, veámosle ahora mismo mirando furtivamente a su alrededor con un movimiento instintivo y pelín espasmódico de los ojos, sin saber o recordar siquiera si está de paseo o en su casa. No importa. Siempre acechan los peligros.

Sí, en principio lo del «tallo» sugiere tino o pericia para elegir. Como si dijéramos: «Si atinas con la mirada, acertarás». Pero él sabe que a menudo dicen por aquí «tajo» en lugar de «tallo». Una letra cambiada, una sola. Además rima, y eso les encanta. Nada, todo embustes. Traducción aproximada y real del dicho: «Allí donde pongas el ojo, acierta de un solo tajo». En otras ocasiones parecen comerse ambas letritas, ni «ll» ni «j», y lo sueltan como realmente debería decirse: «A buen ojo, buen tao», aspirando la última consonante, que cae decapitada por ahí. Descartando que sientan querencia por práctica religiosa alguna oriental, queda el testimonio de que desligan siempre sibilamente esa «y» que le da la pátina necesaria de agresividad. Para marcar distancias.

Serafín cierra los puños con fuerza, palpitándole las sienas, y por instantes le sobrevienen unas inmensas ganas de liarse a guantazos con cualquiera que, pudiéndole resolver esas dudas, se niegue a hacerlo. ¡Y por la sagrada memoria de los *Burros* que entonces se siente Hércules!

Al rato, ya más calmado, deduce que las cosas sí cuadran, o al menos lo hacen de forma aproximada. El nexo de unión, y esto no se trata de una perogrullada más sino un descubrimiento en toda regla, es el ojo. Hay que saber ver. El ojo como concepto. Hay que procurar conservarlo. No podía ser menos. Aquí hay mucho ojo encerrado, barrunta Serafín poniendo un mohín de suficiencia que delata el modo progresivamente oval y malicioso con que se arquean sus cejas. Puede que la clave resida en el ojo como ente abstracto, aunque ello no sólo demuestra una irrefrenable y adictiva inclinación a cuanto afecta a la oftalmología por parte de los hisedianos, en absoluto. La clave también está en la acumulación de los niveles de intensidad emocional

que ellos ponen al citar la palabra «ojo». Que, llevados de su enfado en el momento de mentar dicho refrán, hayan errado numéricamente de más o de menos en el recuento de ojos que están en juego es casi un tema fútil. Lo que importa, lo sabroso del asunto son esos estratos en los que va adherida la mala uva innata que les cualifica. Como en música ocurre con los bemoles, los semitonos o el contrapunto. Por ejemplo, siempre se creyó que en una partitura el meollo de la cuestión estaba claro, y no. Llegó Monteverdi y descalabró los cimientos que sustentaban viejas creencias, luego Beethoven hizo lo propio poniendo patas arriba acordes y armonías. Más tarde Schoenberg o Varese, Berg o Nono, Feldman o Xenakis, Webern o Henze, también Stockhausen, John Cage, Steve Reich o Terry Riley y otros, supieron crear un potaje armónico considerable. Eso lo sabe bien Serafín porque en épocas pasadas fue bastante aficionado a la música, sin descartar la electrónica. Quizá fue ahí cuando empezó a ser un obsesivo de cojones.

Sí, entonces se ponía música a todas horas para trabajar, es decir, para ir copiando más o menos literalmente los trabajos de otros como él, que, y a ver quién era capaz de demostrarle que eso no había sido así desde siempre, a su vez hacían lo propio con textos ya publicados, a menudo atribuyéndose una parte de la autoría y originalidad de los mismos por omisión de fuentes o ambigüedad expositiva, que, ojito, también en ese medio fluía de manera considerable el morro a la hora de fusilar ideas ajenas. Desde que apenas se mete de lleno con el montón de folios que le aguardan, aburridos, junto a montones de libros y revistas y el modesto microscopio de gama alta colocado en la mesa del despacho, oye lánguidamente poco más que la radio y jotas montañesas, o sea canciones pasiegas o campurrianas. De tanto en tanto marineras, así como para echarle brasillas al fuego de la nostalgia. Ha pasado de oír de modo sistemático *Pasiones* de Bach, *Oberturas* de Telemann u *Oratorios* de Haendel, por no mencionar aquellas locuras dodecafónicas, aleatorias o atonales, a degustar de modo repetitivo, breves piezas musicales sazonadas de pito y tambor en las que la gracia reside en si el tema en cuestión se danza «a lo suelto» o «a lo agarrao». Toda una evolución la suya, sí señor. Parca en apariencia, pero repleta de micromatices.

Sin embargo, sus pensamientos vuelven una y otra vez por inercia a los

misterios de la oftalmología y los hisedianos. ¿Cómo explicar la sutilísima, casi inconsustancial –como la Túnica Santa en el alma de los creyentes– utilización por parte de aquéllos acerca de los distintos tonos y modulaciones que puede albergar la palabra-concepto-metáfora «ojo», sobre todo si tal mención va acompañada de sendos visajes faciales y abruptos, amenazadores movimientos de cachava y manos? Tarea ardua, en efecto. Habría que verlos una y otra vez diciéndolo, grabarlos en vídeo y luego, tras el visionado, iniciar un debate académico con ponencias de lo más complejo. Como en la carnicería de *Tato*, o *Donde Celia*, o el *Legañas*, aquí bien podría hablarse de lecciones de antropología zoológica avanzada. De hecho, él mismo cada día se siente más veterinario. Aun así es probable que jueces neutrales no consiguieran ponerse de acuerdo en una explicación unitaria y convincente. Igual se trata de un mero problema de frenología, dado que la metafísica hisediana no obedece a la reglamentación natural al uso.

El «ojo» hisediano, especie de «noumeno» kantiano o «mónada» leibnitziana, instrumento bisagra que les vale para lo que desean en un momento determinado, induce a sospechar que en el fondo quizá no sea sólo eso. Dado su sinpar gracejo social y don de gentes, parece que están amenazándote todo el rato, hagas lo que hagas, e incluso aunque no lo hagas. Esto último, por si un caso decides hacerlo. Asimilada dicha parte de la cuestión, lo demás es fácil de entender.

Burro padre, cuando Serafín era chico, un par o tres de veces le arreó un coscorrón sin venir a cuento. Y fuertes. Jo, cómo picaban... Bueno, al menos no fueron soberanos cachavazos. Entonces él se llevaba las manos a la coronilla, pues le había hecho bastante daño, protestando enfadado. «¿Pica, verdad?», le decía su padre, y él: «¡Pero si no he hecho nada...!». A lo que su padre, imperturbable, solía responder:

–Para cuando lo hagas.

En otras ocasiones la frase oída justo antes o después de uno de esos trompazos de aviso era:

–O qué.

Esto lo decía su padre de tal modo, no preguntando sino afirmándolo, que cuando el niño Serafín oía ese «O qué» en boca de su tutor, ya casi se llevaba

instintivamente las manos a la cabeza, aunque poquísimas veces le dio de verdad. Después, también cierto, le colmaba de caprichos y atenciones. Ahora recordaba aquel detalle con añoranza, pues había llegado a la conclusión de que su padre, pese a pasarse gran parte de su vida lejos de Hiseda y por ello no tener nunca muy presentes esos refranes con herméticas alusiones oculares, alguna que otra vez debió realizar ímprobos esfuerzos por contenerse.

Dicho esto, supone Serafín enternecido por los recuerdos, el refrán «Ojo por ojo, dos ojos» quizá poseía una interpretación a la que únicamente era posible acceder tras perseverantes razonamientos deductivos. Viene a decir que si a un hisediano cabreado le meten el dedo en el ojo, si puede le arranca de cuajo la *cabeza* al gracioso o al valiente que le incordie. O sea: «Tócame el ojo y te largo un palo que te enteras», podría ser la traducción definitiva.

Mas como en Hiseda las cosas siguen siendo distintas a como parecen ser a simple vista, y en el fondo del fondo somos lo que decimos, al menos para los demás, bueno sería no olvidar un cuarto refrán que, éste sí, cierra orgullosamente el ciclo de máximas hisedianas. Ocurre que el cuarto refrán es esgrimido en contadísimas ocasiones, y éstas aun muy delicadas. Si en las tres anteriores salía a relucir el dichoso ojo a modo de sináptica o tangencial amenaza –y en ese sentido podrían ser libremente traducidos por: «Lleva mucho cuidadín conmigo»– en este cuarto y último la cosa se vuelve decidida y definitivamente confusa, pues pertenece al subgénero de los Arcanos Mayores Hiseditas. Es la síntesis de la síntesis, el electrón partido en nuevas partículas a su vez inexplicablemente divididas en otras. Así hasta llegar a la más diminuta computable, y total para después seguir buscando afanosamente el sentido del Universo, o sea, de Dios.

Ese refrán es la espina dorsal de la cuestión, el más lúcido, el mayor hallazgo hisediano, dado su carácter de perfecto microespacio vital ajeno a la realidad del que se tenga noción. Sí, la pura perfección de la forma y del estilo, el hito intelectual sorprendente, el concentrado vitamínico del contenido, por riqueza cromática y a la vez concisión psicológica, aunada a la belleza, al *atrezzo* sintáctico que sólo estas gentes saben conferir a su lenguaje, el solemne centro de gravedad que sostiene todo el edificio de la

filosofía hisediana que, aún no sabiéndose a sí misma y por lo tanto careciendo de *logos*, *pathos* y lo que vaya poniéndoseles por delante, fluye de las bocas de sus habitantes como manantial de cristalinas aguas o cual pelillos de vilano y semillas de dientes de león que esparce el viento, para proclamar de tal modo la ombliguil epifanía ante el hecho de vivir cuando éste se ve perturbado por cualquier contingencia. Se menta tan escasas veces esta cuarta y última admonición –ya no refrán ni dicho– que, por su marmórea simplicidad a la par que por su firmeza evanescente, así como por la incuestionable convicción que rezuma, ni siquiera suena a arriesgada alegoría popular sino a aquello otro que también es, una amenaza:

«Ojo».

Ni más ni menos. Ni siquiera «*ojito*». Ojo a palo seco, nunca mejor expresado. Serafín ha asistido, que él recuerde en un par de ocasiones, al embrión de lo que bien podía terminar siendo una agria disputa que venía a mezclar, envenenando gradualmente la oratoria de las distintas partes, justo todo lo que visceralmente odian los hisedianos: que se les intente hacer razonar la última palabra en el tema que mejor dominan, las vacas, y que de paso se elogie algo hecho, pensado o dicho, o incluso simplemente proyectado por un habitante del *Barrio*. Y si esto es acerca de las vacas, entonces el tema puede adquirir visos de considerable gravedad. Serafín pudo observar cómo, en un momento de la creciente discusión entre dos hisedianos, uno de ellos, de entre los más duros representantes de los valores del pueblo, elevaba lentamente su cachava hasta dejarla frente a la cara del otro, mientras decía silabeando cada letra: «Ojo». No, más bien así: «Oojjooó»

Lo que una vez más, traducido al lenguaje comúnmente usado por los hisedianos, vendría a significar: «Vigila porque estás a punto de llevarte el trompazo de tu vida», o, si se quiere, dicho en tono refranístico: «Cuando en Hiseda te señalen con la cachava y te digan *ojo*, huye lo antes que puedas».

De lo que hay que ser plenamente conscientes, concluye Serafín para sí en lo que viene a ser la moraleja de su deducción global, es de que una parte

fundamental de la esencia hisédica de los hisedianos reside en el lenguaje. Dicha esencia es variable y por lo tanto hisedomorfa, acaso aquello que precisamente los convierte en hisedienses aun sin ellos darse cuenta, abocándoles a actitudes clara y peligrosamente hiseditas en el futuro, o sea, ceder incluso hasta amariconarse. A veces Serafín se hace un lío con toda esa terminología, pero él se entiende. Y es que el asunto posee su miga.

Poco a poco cree que empieza a desentrañar, pues, los secretos del alma ya no sólo de las gentes sino de esos otros conceptos en los que hasta ahora le había sido tácitamente vedado pasar del umbral, y en los que él se maneja desde hace tiempo con relativa soltura e innegable donaire mental: hisediense, hisedomorfa, hisedita, términos por completo censurados en el código que los habitantes del pueblo utilizan para comunicarse entre sí y que, al menos a los mayores, conscientes de las historias del pasado, les recuerdan episodios con los que no desean volver a enfrentarse, por ejemplo la abyecta y artera secesión de los del *Barrio*, su Gettysburg. Serafín cree saber también qué pudo abocar a aquellas otrora bocas y manos tan anónimas como heterodoxas a utilizar esa jerga gestual y oral, a menudo juzgada de satánica, o por lo menos miserable, de la que los hisedianos, cachava en ristre, se sintieron siempre insuflados. Quizá no sea para tanto, duda a veces durante el curso de sus especulaciones, llegando a pensar que se trata de una cuestión de nimio matiz, como casi todo en esta vida a excepción de la enfermedad y la Muerte.

Es así, lo del lenguaje aún no termina de asirlo. A veces, incluso muy a menudo, cree que de sobras le tiene cogido el tranquillo a la cuestión, pero de improviso sucede algo que desmonta todo el andamiaje deductivo que él mismo había levantado a fin de penetrar, como los turcos en Constantinopla, en las murallas de esa fortaleza que es en sí la faceta oral-cognitiva de los hisedianos. Por ejemplo, el otro día en la mugrienta barra del *Legañas* un paisano le contaba a su interlocutor en referencia a una tercera persona:

–Le dije que fuese al prado de donde Tanasio para que lo segaría, pero si a segar te pones, y entonces que si sí que si no, pues así así anda...

A lo que el interlocutor, con aspecto de creciente preocupación en el rostro, lo cual indicaba un grado máximo de comprensión de cuanto estaba

oyendo, repuso con ademán de angustia:

–Si es que andar donde Tanasio es lo que quería, releñe, ya se lo avisé, y, que yo sepa, nunca por eso ni por lo de más allá en que estamos...

Ante tamaña ecuación de octavo grado devenido asomo de lingüística deconstructiva, ante tan sólido problema trigonométrico a costa de los conceptos y las palabras, en la mente de Serafín todo hervía como rabas en la sartén, cuyo olor llegaba hasta la calle desde la cocina del *Legañas*. Tuvo que serenarse antes de intentar otro nuevo asalto al análisis de las frases que afectaban a los asuntos del tal Tanasio, a quien sin duda aguardaba un feo panorama por su presunta negligencia, aunque Serafín no tenga ni la menor idea de dónde está el puñetero problema. Esto es lo que le pasa en Hiseda, se queda siempre a medias. En temas como ése donde aún hoy muchos hisedianos siguen mostrándose herméticos e indomables, secularmente cerrados en su sintaxis tribal, implícita y deliberadamente blindada, es decir, acorazada de silencios. De eso Serafín no tiene duda, a tenor de su empírica aproximación a tal verborrea de signos, letras y supuestas imágenes o referencias: lo hacen así a fin de mantenerse ya no aislados, sino al margen de cualquier influencia que pueda llegarles del exterior como una temida pandemia, una especie de gripe aviar que afectaría a las cosas como ellos creen que son y como deben ser. Punto.

Aquí un paisano llegó a afirmar que el priapismo era una especie de novedosa técnica de alimentación de las gallinas, por lo del pías, pías, ante lo que otro llamó su atención sobre esa erre situada entre la «p» y la «i» iniciales, lo que le supuso un trompazo instantáneo y monumental en los morros, pues como le espetó el agresor fuera de sí: «¡Con esas cosas de la cosa no se juega!». Y aunque Serafín no alcanzaba a comprender cómo era posible que el término «priapismo» hubiera surgido en el típico charloteo de bar y en un sitio como Hiseda, de hecho optó por rendirse ante la fatigosa tarea de desentrañar ciertos misterios. Estas gentes, en lo referido a la interacción de lenguaje y actos, es como si Samuel Beckett se corporeizase en Rodrigo Díaz de Vivar, o a la inversa: puro y luminoso arcano.

Sigue siendo ahí donde conviene levantar las columnas, vigas o paredes maestras sobre las que se sostengan las bases de la arquitectura mental

hisediana, sin temor alguno ante un posible desmoronamiento. La cosa parece sólida, apta para resistir huracanes, diluvios, terremotos y lo que se le venga encima. Antes Serafín verá, impotente, cómo se viene abajo su Casona por culpa de la carcoma o de esos infernales pájaros que han construido una pequeña ciudad en su tejado, o laminada por la Autovía Norte-Centro, que tambalearse los cimientos anímicos en los que Hiseda apoya, desafiante, sus tradiciones e historia.

A pesar de todo, no deja de sentirse un poco traidor con los hisedianos. No por vivir a mitad de camino entre Hiseda y el *Barrio*, y recuérdese que más cerca de éste, lo que podría implicarle su inmediata adscripción a la lista de los acusados de confraternizar en uno u otro nivel, de cualquier manera todos ellos susceptibles de cachavazo. Y es que en su cabeza, de momento aún intacta, han venido cobrando fuerza algunos términos desde siempre anatémizados en el pueblo. Justo aquellos que fueron apareciendo en esos escritos anónimos tiempo atrás, según los hisedianos con el único afán de humillarles, y que se refieren al modo de denominarlos.

Si la polémica empezó con la aparición furtiva de los *Anales Hisedianos*, en los que se hablaba, aunque escuetamente, de aquel intento duramente reprimido de rebautizarlos como *hisedienses* –y también con la no menos sorprendente aparición de las *Crónicas* denominadas *hiseditas*, que también revolucionaron lo suyo, pues con ese término de sonoridad peculiar, así como en diminutivo y moñas, debieron sentirse muy ofendidos–, la apoteosis del desprecio tuvo que sobrevenirles tras la propalación por el método del boca a boca, pues la verdad es que nunca nadie llegó a ver el manuscrito, de la *Mitología Hisedetana* u otros de bastarda procedencia y autoría, textos que, según parece y cuentan, narraban varias gestas épicas, pero siempre en tono de burla, de las gentes del pueblo, a quienes se optaba por llamar *hisedetanos*.

A saber qué les dolió más, que les denominasen hisedienses, hiseditas o hisedetanos. Resulta obvio que Serafín ha investigado bastante al respecto y en claro detrimento de su monumental trabajo sobre las proteínas globulares, pero llegando a alguna conclusión. Por ejemplo:

Lo de hisedienses debió fastidiarles porque se trataba simplemente de una novedad, y ya se sabe lo poco que aprecian en Hiseda cuantas cosas vengan a

renovar lo ya conocido. En todas ven abominables presagios y verosímiles peligros que les acosan.

Lo de hiseditas, en sus cabezas, es probable que tenga reminiscencias a pueblo maldito, como los israelitas, o los sodomitas, o los gonorreitas, como el cura llamó entre bramidos en una memorable homilía a los habitantes de Gomorra, o los hititas, se supone que tanto o más feroces que los propios turcos o los persas. Lo violento y duro atrae. Y es que no se dice abelitas, y sí, en cambio, cainitas. Ahí les escuece. Don Julián, el cura, tiene su parte de culpa en que este término fuese rechazado sin más por la feligresía en pleno, al menos en los últimos lustros.

Lo de hisedetanos, otro tanto. Alguno que iba de culto, tras leer libros de reputados historiadores hablando de los turdetanos o de los iliturgitanos, e incluso de los gitanos –que pocos se han visto por estos lares, pero que tienen probada fama de ocurrentes y dicharacheros, así como de saber elegir los sitios en los que *no* deben aposentarse–, debió pensar que de tal modo quedaba mejor la cosa. Lo largó en un remoto pregón y alguien fue cacareándolo. Lo de siempre. De *hisedetanos* nada. Lo que resultó claro, y eso aún lo comentan hoy en día a sovoz si sale tan delicado tema a colación, es que, a tenor de las últimas cuatro letras de dicha expresión, ellos no eran «el culo de nadie».

Porque en realidad, piensa Serafín convencido y evaluando sobre la marcha las singularidades de tal idea, es que estas gentes, aunque no lo demuestren en demasía, son genitales en sumo grado. El asunto empezaría a ponerse feo con lo de los *Anales*: a ellos no les daba por el culo nadie, queda dicho, y menos los extranjeros. Así lo hicieron saber a quien quiso escucharles, que fueron sólo ellos mismos. Con los hisedianos, o como prefiriese llamárseles, no valía hermenéutica alguna. Una simple letra de más o de menos les humillaba. Su recia y curtida raigambre espiritual se perdía en centurias oscuras, húmedas, y hogaño no era fácil convencerles con discursos decimonónicos alusivos a la concordia, porque, sonámbulos a la par que orgullosos de su propio pasado, repudiaban de plano cualquier floritura sintáctica que pusiese en tela de juicio su rectitud u hombría. ¡Con vanas y afectadas fruslerías a tamaña raza de machotes, incluidas ellas! Pues sí.

Porque ellos siempre fueron tirandillo a sinsorgos, y ellas, las hisedetenas, a purísimas hembras cuyo único celo lo demostraban en la austeridad de sus costumbres, al menos de puertas afuera. Tal es la situación, y nada parece susceptible de modificarla. Ellos, célebres en todo el valle de Rantroño por su tacañería, generación tras generación vivieron siendo tan manicortos como cachavilargos, por decirlo de forma directa. Y ellas, no menos conocidas en el valle por la fama de currar a sus maridos, siempre fueron tan manilargas como pierniquietas. Así lo oyó alguna vez Serafín, y al principio no acababa de entender esa alusión referida a las extremidades inferiores de las hisedetanas. O sea, sí, pero estaba asimilándola. Fue un paisano en estado de incipiente ebriedad quien, en cierta ocasión, y tras coger a Serafín por el codo estrujándole como un muñeco de trapo junto a la bodeguilla, le soltó, además de su aliento a vino tinto y tabaco, la frase clara en alusión a las piernas de las mujeres de Hiseda.

–Que no las abren ni por la de Dios es Cristo... ¡Joder lo que les cuesta...!

–¡Ah! –respondió él, con gesto de coleguil espabile y como dándose por enterado, aunque lo cierto es que aún estaba atando cabos en su mente, más por la brusquedad con la que le fue expuesto aquello que porque empezasen a mermar sus luces, lo cual tampoco parecía descartable del todo.

–Pues eso... ¡y ojo! –añadió el paisano a modo de nada sorprendente sentencia, luego de escupir algo que rozó el zapato de Serafín, y que éste entendió como una especie de aviso, de mensaje secreto y cifrado, lapo incluido, que le ponía en antecedentes de la situación. El hombre, que conocía a *Burro* padre desde siempre, le conminó a no decir ni pío en lo sucesivo acerca del tema.

Pese al ponzoñoso elixir que destilan puntualmente sus bocas, si en algo concomitan ellos y ellas, siguió pensando Serafín, es que aburren al más pintado. Ellos, que parecen desayunarse con eléboros o con potaje de láudano, van agriados por ahí, pitillo en ristre y ceño fruncido. Sus escasos comentarios tienen a menudo ese tono acre de los caracteres esencialmente desabridos, y así van organizando el mundo. Por su parte, ellas dan la funesta impresión de deambular doquiera vayan como sumidas en un continuo letargo o en un perpetuo duelo, sea en la modalidad de enlutadas de pies a

cabeza o no. A semejanza de cariátides con tortícolis, pues no pierden detalle de cuanto acaece de censurable, es decir, todo a su alrededor, y así que ponen el oído a ver que cae. Que todo cae, como la fruta madura. Miran a su alrededor como aquellos antiguos y simpáticos guardias de la NKVD soviética hacían con sus inminentes víctimas anticomunistas: sólo mueven los ojos, no el cráneo, para observarlas. Parece que hasta caminan torcidas. Por tal razón resultan tan agudas para su cohorte turiferaria como insípidas para el resto, aunque se las tema siempre. Serafín ha llegado a plantearse que igual estas gentes tienen la hipófisis obturada, o tal vez algún defecto, siquiera menor, en el hipotálamo. Más aún: como si donde tiene que estar la pituitaria se hubiesen hecho fuertes las hemorroides, o algo así. Y él entre ellos, conste, pues por simple código genético lo ha heredado. Pero lo del hipotálamo nunca se ha atrevido a comentarlo con nadie, ni tan sólo a algún vecino de pueblos limítrofes, por aquello del «tálamo». Si eso llegase a oídos hisedianos, y por la plausible referencia a algo sexual, lo mismo se llevaba un inesperado corte o un soberano palo.

Quiste, pólipo, gabarro o nódulo: sin duda algo enigmático tienen instalado en su cerebro, y que les hace ser así. Eso les lleva a tener otro punto en común: tanto hisedianos como hisedianas efectúan soliloquios interminables con quien se les pone por delante. En ese sentido, y en cuanto se sueltan un poco, hacen añicos la maltrecha paciencia de sus contertulios o interlocutores, que son convertidos rápidamente en cobayizados contertuliosoliloquios, en el primer caso, o víctimas pasivas en el segundo. Orejas estáticas a su alrededor, sin más, intentando desesperadamente meter baza en la supuesta conversación. Eso los atolondrados. Los inteligentes dejan que las fuerzas vivas del pueblo se explayen a sus anchas. Así se evita meter la pata.

Parece cierto, siguiendo el hilo de la disquisición, que tanto las *Crónicas* como los aborrecidos *Anales* o la *Mitología* debieron ser refritos de leyendas transmitidas de modo oral, historias y anécdotas más o menos referidas a estas gentes, a veces aumentados y otras directamente inventados, pero que llevaban alguna parte de verdad. Y de la lectura profusa de los *Anales Hiseditanos*, aunque breves, puede extraerse la tesis de que por aquel

entonces, quizá cerca de dos siglos atrás en el tiempo, tuvo que iniciarse el desacuerdo entre algunas familias del pueblo. Fue el primer embrión secesionista. Posiblemente los descendientes de estos últimos, renovada su sangre con gentes que llegaron desde otros puntos más alejados allende el Pábenes, fueron los futuros desertores que emigraron al *Barrio*, y quienes, tampoco eso lo dudaba nadie, siempre albergaron el reprobable deseo de independizarse como pueblo, llamándose Hiseda de Arriba.

En cuanto a las *Crónicas Hiseditas*, según parece, se reducen a una colección de chistes, algunos obscenos y otros tremendamente satíricos acerca del pueblo, por ejemplo el que cuenta que los hisedianos creyeron desde siempre que cuando suenan truenos en el cielo es que Dios se está pedorreando a gusto, y por eso, no por temor al efecto devastador del rayo, cerraban a toda prisa sus ventanas. A don Julián, el cura, le pone frenético la sola mención del chiste. Lógico.

«¡Dios no caga, recoño!», vociferó una tarde en la puerta del *Legañas*, quizá algo chispa por las consumiciones a las que había sido invitado. En lo referente al cielo, eso de peer no era del agrado de los hisedianos, aunque se sabe que en otro tiempo también les dio por hacer concursos de pedos. Podría decirse que lo han querido olvidar, pero no, se trata simplemente de que no se les pregunta, o que ya han muerto los más viejos del lugar.

Don *Sobao*, el cura reñidor impenitente y látigo de infieles, guarda su ternura –en principio sólo presunta, pues aún no la ha visto nadie– para «la feligresía más necesitada». Eso dice él. Y algunos suponen con cierto tino y tal vez con indicios de ello, que quizá esté refiriéndose a los tiernos mozucos y mozucas de Hiseda, tan tímidos y apocados, tan creyentes, tan limpitos. Al menos en épocas pasadas. Pero al fin todo acaba en rumores.

Finalmente, la *Mitología Hisediense* fue rechazada sin mayores contemplaciones, se asegura, porque también hacía acopio de burdas chanzas, pero dicho texto, que parece ser se remonta incluso hasta épocas más antiguas, tilda a los hisedianos de pueblo con ritos paganos y bárbaros. No alude esa tradición al *vuelacán* o al *destripe* de la vaca en Horcajo de la Rabadilla, que pese a hacerse famoso ahí, parece que se inspiró *aquí*, de ese modo insidioso se sugiere. Serafín casi prefiere no pensar en cómo podían ser

los hisedianos por los tiempos de la invasión romana. Se cuenta, por ejemplo, que en épocas remotas, cuando el sol se ponía tras las altas lomas del pico Najos, grupos de jóvenes del pueblo salían en su busca, provistos de sendos cuévanos, para traerlo con ellos a su regreso. Obviamente, jamás regresaban de esa insensata empresa. Cuando debían darse cuenta de que el Sol no iba a dejarse coger tan fácilmente, o bien ya era tarde para seguir viviendo porque se les habían comido los lobos y los osos que entonces poblaban esos bosques, o bien decidieron quedarse en alejadas tierras, a la verita de una rolliza hembra a la que soltar algún que otro bofetón de tanto en tanto. Sólo en dos ocasiones regresaron algunos de tales expedicionarios frustrados, pues para pena y mortificación de los hisedianos venían con los cuévanos vacíos, por supuesto sin el Sol e incluso sin cuévanos, que les habían robado por el camino. No obstante, y para dejar testimonio de la fidelidad de estas gentes a sus héroes, aun de los fracasados, se dice que eran recibidos con ese emblemático «sordo rumor provocado por el golpeteo de las albarcas y los bastones en el suelo», como las anútebas o llamadas a la guerra en la Antigüedad. Igual después los tiraban a la Poza Grande o a *Saltamorito* por haberles dejado en mal lugar, pero del recibimiento triunfal nadie les privó. Lo cierto es que nada más se especifica al respecto.

Para Serafín todo ello, es decir, la conjunción de las múltiples y ricas acepciones que engloban términos como hisedianos, hisedienses, hiseditas o hiseditanos, conforma un cuerpo proteico único y aglutinador que es lo que caracteriza al ser hisédico. No, no se ha vuelto loco, pues cree que acaso sea más acertado decir «el sentido hisédico de la existencia», que hisediano sin más, por ejemplo. Según su propia y largamente pensada clasificación, la cosa queda como sigue:

- 1.– Los habitantes de Hiseda son los hisedianos.
- 2.– Los habitantes de Hiseda que se cualifican por haber dicho algo que en su momento pudo ser considerado raro o nuevo son los hisedienses. Lo que afecta a más del cincuenta por ciento de los mismos, les pese o no.
- 3.– Los habitantes de Hiseda sorprendidos en cualquiera acción realmente fuera de lo común, es decir, considerablemente más que rara, son los hiseditas, y también a dichas acciones, en sí mismas, puede denominárselas

como típicas acciones hiseditas.

4.– Los habitantes de Hiseda más recalcitrantes a todo cuanto no sea estarse quieto, pensando o murmurando, que asimismo y presumiblemente comprende un tanto por ciento muy elevado del total de la población –con lo que a su vez aislan o engullen a la parte restante–, son los hisedatanos. Quizá no sean el culo de nadie, pero se obcecan en no ir a la cola de los nuevos tiempos.

Así, vemos que se puede ser, simultáneamente, hisediano, hisediense, hisedita e hiseditano. Y el lento, lentísimo avanzar de todos ellos, aunados a leches, a lo largo de la Historia, forma el devenir hisédico –culminación ontológica del *ser* hisediano– de estas gentes. Él lo tiene muy claro, vaya. Aunque también cierto que si alguien de por aquí descubriese sus disquisiciones, acabaría por llevarse un buen sopapo.

Cuando le da por pensar mal, piensa que los hisedianos en general lucen con una extraña mezcla de recato y desparpajo su jorobía de ruindades en adobo. Les alumbra la rutilante luz del rumor, que es como su Meca. Transportan a hombros una invisible destilería de maledicencias, y si te destinan su mirada fugaz y flamígera, así como de «qué tal» sostenido, date por jodido. En cambio, si a tu costa, las hisedianas mayormente, ojo de lince y pico de tucán, cotillean como cantando gregoriano, aún tienes posibilidades. Que si Burrito enano, que si Inventor de pacotilla, que si alelao perdido. En efecto, puedes salvarte, porque eso significa no que te han devorado como a la desdichada *Pitita*, sino que te están regurgitando, como las vacas en su estómago, y por tanto formas parte del *totum* hisédico. Será por lo que casi todos están malquistados por lo que tan a menudo emplean expresiones hiperbólicas, pero su aparente desdén hacia lo que hagas o digas es en realidad para ellos una elegante forma de anuencia para que sigas en lo tuyo. O sea: controlado. Los perdularios natos y vivalavirgen de vocación no duran mucho por estos pagos. Emigran cual aves de paso, incapaces de soportar la presión ambiental, a veces, el insulto insinuado, otras, y las más, el silencio que sobre ellos se desploma como la losa de un sepulcro. *Requiescat in pacem.*

Casi saltan simbólicas chispas del cerebro de Serafín cuando piensa en

estos temas. Y lo suyo le ha costado llegar a tan salomónica, cuatripartita y ardua conclusión en lo referido al nombre de sus vecinos. Se trataba de no prescindir de ninguna de las acepciones lingüísticas que, eso lo intuyó desde el primer momento, con su uso controvertido y siendo foco de innúmeras reyertas, encerraban un gran valor testimonial, pues cada una de ellas poseía en sí misma un nuevo y enriquecedor punto de vista acerca de lo inherente a este pueblo, que le tiene sorbido el seso. A fin de cuentas, piensa, quizá sea eso, lo hisédico en su estado puro, lo único que de verdad sigue interesándole.

Algunos días se siente como un estafermo medieval en pleno sembradío, uno, como de esos monigotes medio desmembrados cuya misión es ahuyentar a ciertos pájaros que estropean la cosecha picoteando aquí y allá, aunque la verdad es que por lo menos aquí la mayor parte de las aves hisedianas suelen tomárselos por el pito del sereno. Igual que habrá pensado bastante gente, Serafín nunca le encontró mucho sentido a la frase porque, que él sepa, los serenos, sobre todo en épocas de oscurantismo político, jamás fueron cosa de broma, más bien todo lo contrario. ¡De qué los pájaros van a privarse de ir a por esa apetitosa lombriz sólo porque esté ahí ese tío de paja con sombrero, quieto como una piedra desde hace horas! En tales momentos Serafín procura observarlo todo con la mirada fría y geométrica del agrimensor. A ratos le invade una sensación finisterráquea, de estupor reconcentrado, como si estuviera en el último lugar del mundo, incluso de un mundo perdido, siendo a su vez el último y único habitante. Otros ratos le da por volcar su interés hacia cuestiones de Botánica, y entonces se empeña en saber distinguir entre primulas, azaleas, vincas, malvas y gencianas, o siente un innegable placer cuando se entera de que los cohombros son una especie de pepinos. O se enzarza en la ardua tarea de sacarle brillo a la fíbula dorada de un mocasín que el tiempo oscureció sin remedio, o al destral que para cortar leña tiene en el garaje. O escucha el aire que peina la colina como si fuesen lenguas gigantes, invisibles, que inquietan el ganado. O cree detectar armonías ignotas en las esquilas que incesantemente agita ese ganado sobre la espesa hierba. A él ya nadie le requiere de amores –tampoco los busca, pues sabe que a su manera convulsa está enamorándose de Hiseda– y es entonces

cuando echa de menos a *Pitita*, presintiéndola como un murmullo de olas, y se estremece al recordar la sensación de sus besos mudéjares, que le producían una suerte de dulcísima urticaria. ¡Dios mío, si las *Furias* hubieran sabido aprovechar la *lengua* de *Pitita*!

Otras veces, sin embargo, atraviesa por la semana de sentirse hogareño, apenas sale y se convierte en una especie de litófago asido firmemente a su roca. Son momentos en los que casi percibe una envidia sana por los hisedianos que trajinan en los prados silentes con la mies para trillarla, que aún quedan. O fantasea con que, sin moverse de la Casona, es capaz de extraer sus propias hogazas de pan de la artesa que por supuesto no tiene, pero que tampoco le costaría mucho conseguir. O saca el aceite de las botellas de plástico del Súper, como si fuesen un ácido peligroso e inflamable, y lo introduce en una zafra que debió pertenecer a sus abuelos. O se lía a golpes de rastrillo con las esteras del salón para sacarles el polvo, montándose allí una nube tusígena y a buen seguro llena de ácaros que espantaría a *Pitita* si pudiese verla. O se queda absorto mirando el palomar de Nicanor, donde casi nunca hay palomas porque se las meriendan los gatos, que en esa parte del *Barrio* son como panteras a escala reducida, o igualmente se ensimisma mirando a su pariente, el Burro.

O coloca y recoloca de mil modos las ristras de cebollas, que pese a hacerte llorar a puñados se dice que aclaran la vista, o de ajos, que alivian los dolores del reuma. Éstos, nítidos lo que se dice nítidos no los tiene, pero sin duda los tendrá, con tanta humedad. O riega hasta casi anegar los arriates de los árboles del jardín. O se alimenta durante varios días a base de magdalenas resacas, queso e higos, combinándolo con caldo de gallina aderezado con trozos de pan duro. Así hasta que, más harto que hambriento, decide abrirse una fabada asturiana de lata que se zampa con fruición, regoldando repetidamente y a gusto. O se queda inmóvil en el banco de piedra del jardín como una estatua egipcia, incluida la gorra o el pañuelito en la cabeza, pues procura prevenirse contra el resol. Todo él es una égloga andante, y si no se pone a silbar en un caramillo hecho de juncos es de milagro, porque intentos sí hace con un flautín que tiene, y hasta las mejillas se le quedan en un puro arrebol, todo él una silueta jadeante. O tira concienzudamente por la ventana

miguitas de pan, a ver si acuden a apurarlas jilgueros y ruiseñores susurrándoles una bonita melodía: todo es una bendita fiesta de los sentidos. Entonces ¿qué sentido tendría querer realizar otra cosa que no fuese gozarla permanentemente?

Sí, ¡qué hermosura!, piensa, entonces se sentiría de una vez por todas como san Francisco de Asís, fundido en la Naturaleza y sus criaturas. Como Fray Luis de León buscando huellas del cordero –no el de la *Lorzas* sino el de los teólogos– y hallándolo en todas las trazas de la vida. Son horas en las que vuelve a sentir envidia de los hisedianos de antaño moliendo mijo en el almirez de sus eras, jornadas en las que le sobreviene, por ejemplo, un acceso casi febril de ebanistería y está punto de dar una mano de gutapercha a ese par de desgoznadas puertas que crujen de forma molesta, o algo de barniz a la vieja mecedora donde descansaba largos ratos, meditabundo mas nunca hastiado, *Burro* padre. Algunas noches incluso ha llegado a metérsele en la cabeza hacer la prueba de vivir como hacían años atrás, y deambula a través de las vacías estancias, apagadas todas las luces, igual que si fuese una sombra surgida de las tinieblas o una aparición. Lleva un pábilo en la mano y una bufanda de felpa por gorguera. Así se siente en su salsa. En otras ocasiones ha utilizado para tales paseos un descascarillado quinqué cuyo olor a petróleo es insoportable, y piensa que si alguien entrase de pronto allí se moriría del susto.

Pero ¿quién va a venir a verle a la Casona en su reclusión cenobita, si por ahí sólo se acercan, si lo hacen, los chavales que le traen cada verano el folleto de Ferias, y eso para llevarse la propinilla que Serafín siempre acostumbra a darles? Nadie. Otras veces, en la hora serótina de la tarde, cuando desde el balcón de su alcoba ya puede verse Hiseda como un vaporoso fragmento de campo lleno de luciérnagas que son las luces de esas casas que alcanza a ver, pese a que el cielo cobra por momentos el tono de una sábana de azafrán y todo parece entristecerse a cada minuto, se siente como un adorno de nácar, observador, mudo, cuyo corazón simplemente late, pero apenas siente. Como una medusa en el fondo de ese océano hecho de ruidos que apenas logran oírse, porque en realidad habita en los abismos del silencio. Como la crisálida que se ha convertido en otra cosa casi sin ser

consciente de ello, llegando a no saber nunca con certeza en qué fase de esa vida primaria y sin embargo viva se encuentra: ora como la aletargada larva, ora moviéndose como una oruga reptante por las habitaciones llenas de mínimos ecos que sólo son producto del viento y sus pisadas cautelosas, ora como una mariposa que no sabe dónde posarse, aturdida por la brisa y los rayos solares. Entonces es cuando le entran ganas de precipitarse al exterior, nunca del todo hostil pero sí incomprensible, igual que una falena a la luz, aunque se abra en el intento. A fin de cuentas ¿no es ya un ser hecho de cenizas e ilusiones marchitas, que únicamente de tanto en tanto, embozado en su capa de ante de color granate y tacto áspero, o de su chambergo verdeoscuro como los montes, se atreve a la aventura de adentrarse por entupidas camberas que una y otra vez borran la hierba y los pedruscos arrastrados por la lluvia?

No conviene lamentarse demasiado con él por ello, ya que pese a los continuos líos mentales que se trae –en el fondo siempre fue así: o entrañable u hostiable– en realidad está lejos de convertirse en una persona quejica o plañidera, que él eso de llorar se lo reserva únicamente para las películas de cine. Incluso nos atreveríamos a asegurar que mucho ha mejorado su proceso de fusión en Hiseda en estos tres años que lleva aquí.

Porque innegable es el reconocimiento de que no sin esfuerzo está haciéndose con ciertos mimetismos y modus operandi locales, sin ir más lejos en ese asunto de la crudeza con la que a menudo se expresan y actúan los hisedianos. O sea, de lo bruscamente espontáneos que de entrada parecen las gentes de estas tierras. Así, lo que antes entendiese como simple y llana brutalidad, ahora se le antoja carácter aguerrido. Lo que apenas anteayer juzgara como una variedad polimórfica de salvajismo latente, ahora le parecía más una prueba definitiva de rudeza espiritual, a ratos solemne como un sarcófago, pero cosa seria. Y lo que antaño tildara mentalmente de terca cretinez, ahora él mismo, casi sin saber cómo, estaba a punto de convertirlo en rancia severidad y hasta, si le forzaban a ello, en sobria gallardía, a todas luces producto de un pétreo abolengo castellano, lo que era de lo más encomiable en estos tiempos de perfecta disolución y absoluta liviandad. Pero conviene reseñar que la gallardía y severidad arriba mentadas solían venir en

un envoltorio bastante rústico. ¡Sí, ése era el concepto! Empezaba a entender, y por tanto a amar, lo rústico. ¿Y qué era eso exactamente? Pues, por ejemplo, el arte clásico, románico, morisco, oriental, gótico, barroco y el resto de *ismos* del mundo, todo ello concentrado en la tortuosa, callada y obediente empuñadura de un bastón para el monte al que tiene gran apego, sencillamente porque alguien de entre los *Burros*, casi un siglo ha, decidió arrancarle ese verso a la madera del avellano.

Lo que no era óbice para que Serafín, meticuloso como pocos en estos menesteres, no llevase su propio cuaderno de bolsillo con anotaciones que iba tomando aquí y allá, al albur de las circunstancias pero casi siempre in situ, respecto a hechos y situaciones que probaban la hondura, casi la belleza plástica del dilema anteriormente expuesto. Eran sus *Bitacorae Hisediensis*. En una de esas anotaciones que ocupaban más de dos páginas de su cuaderno escritas con letra minúscula, venían las muestras de tal rastreo de datos en pos de la demostración empírica e irrefutable de la supuesta brutalidad consustancial a los hisedianos, rastreo que se remontaba justo a un mes atrás. Se trataba de cosas que iba viendo, oyendo, pensando, anotando, y de las que si no levantaba fiel acta, nadie le creería jamás. Y aun así, pensaba que le tomarían si no por memo o necio, sí por exagerado y hasta fantasioso, que no es lo mismo. Éste era, pues, el catálogo mensual –más bien decálogo– transcrito literalmente y en primera persona, con el resultado de sus indagaciones:

«1.– *Los acarillos rojos*: a ver, nuevas cosas que debo recordar cuando, ya por completo contagiado y posteriormente abducido por el entorno, yo, incauto de mí, empiece a transigir con la mendaz y peregrina idea de que por aquí, a fin de cuentas, no son lo que se dice tan, tan bestias. Hoy he vuelto a preguntar por los acarillos de color rojo que infestan todo en los días más calurosos del año. Son poco más grandes que un grano de arena, es decir, difícilmente distinguibles por el ojo humano si no pones atención en ello. A nadie parece importarles un comino el tema. Ya les pondría yo una ampliación con la jeta de uno de esos acarillos, tomada del microscopio, a ver si fumigaban. En varias ocasiones he inquirido al respecto, y lo que me comentan en todas partes son cosas como que si te sientas en un banco sobre

el que pululen estos bichos, te levantas completamente pringado de rojo, así, como con un salpicón de sangre fresca. Si llevas ropa blanca o clara, vas listo. Las criaturitas no parecen succionadores de sangre, aunque si aplastas una con la punta del dedo, ésa es la sensación que te da. Hace pocos días estuvo un albañil en casa, por lo de las viguetas del pórtico. Le pregunté acerca de tales insectos y, mirándome a los ojos, me espetó con rotundidad: «¡Piojus...!». Desde entonces no dejo de percibir una especie de psoriasis invisible en la piel. Tampoco dejo de rascarme instintivamente. Es un tic, ya se pasará.

2.– *Avispones como picotas*: por la techumbre del despacho-buhardilla se me cuelan avispones de película de terror, serie C., a ser posible nipona. He capturado cuatro o cinco de ellos a toallazos, tipo gladiador farruco al que pisan su territorio. Juro por lo más sagrado que son grandes como dos de esas cerezas juntas, y que aquí llaman *picotas*. Espeluznante prodigio. Peor aún, una posible mutación. Si *Pitita* llega a ver uno de esos engendros voladores, con el espectral zumbido que emiten al agitarse viéndose acosados, sale corriendo directamente a la capital, no parando hasta llegar allí. Como era tan particular para sus cosas, las arañas y demás insectos no le daban miedo ni asco, pero los voladores sí. En fin, tampoco se sabe de ningún paisano que haya sido desayunado por los avispones. A todo esto, y teniendo en cuenta que las avispas son principalmente carnívoras –les pones un filete crudo y un pastel de vainilla o chocolate, y van a por el filete sin dudarlo, (¡glups!)–, debo tener cuidado por si un día entra alguien en la buhardilla, cosa que dudo, y allí se lleva el susto de su vida.

3.– *Las Sogas*: nunca he sabido por qué al desfiladero que va a dar al valle, con su carretera zigzagueante y de una abrupta espectacularidad, le llaman *Las Sogas*. Que yo sepa en ese lugar no les dio por ahorcar a nadie, cosa que por otra parte podrían haber hecho perfectamente, y si no que se lo pregunten al espíritu de las legiones romanas que pasaron por ahí, es un decir, a zurriagazo limpio. Lo que sí sé es que ha habido en ese tramo accidentes de tráfico constantes, muchos de ellos mortales. Pero a lo que voy: hasta hace poco aún podía verse a mitad del desfiladero, en una de sus inclinadísimas laderas, entre pinos y salientes de roca, el vagón de un tren que se despeñó

por un barranco casi vertical, y ahí estuvo durante medio siglo, puesto como recordatorio no se sabe bien de qué. Era como para dar la bienvenida a los visitantes del valle. Por fin lo sacaron de ahí, creo que el año pasado. Me acostumbré a verlo desde que era un chiquillo, y desde que lo han quitado siento como si la entrada al valle de Rantero, viniendo desde *Las Sogas*, estuviese descafeinada. ¿Me estaré brutalizando en pequeñas pero eficaces dosis?

4.– *Chispitas*: la otra tarde, de charla con el de la ferretería porque ambos subíamos caminando por la barga de la Iglesia, nos topamos junto al acceso al garaje de mi finca con un picapedrero que él conoce. Nosotros de pie y el picapedrero medio acuclillado frente a un pedrusco del tamaño aproximado de una pelota de baloncesto. Y mientras contestaba a las preguntas que iba haciéndole el ferretero, él venga a darle furiosos martillazos a aquella piedra de río. Al parecer, a las tales sólo se las domeña así, con ese tronío. El caso es que con cada martillazo, insisto en que todos y cada uno de ellos propinados con vigor extremo, allá que saltaban en numerosas e imprevisibles direcciones fragmentos de piedra, que imaginé afilados como puñales. Debí permanecer grotesca e interiormente encogido todo el rato, como si me azotaran los furores del estreñimiento. Seguí asistiendo a la conversación de los otros, que ni se inmutaban. Eso sin contar los chispazos que hacían que me volviese a encoger a cada nuevo golpe. El picapedrero no llevaba mascarilla de protección ni gafas mientras todo *aquello* le pasaba a escasa distancia del rostro. Otro tanto ocurría con nosotros. Le pregunté amablemente si eso no era peligroso. Amablemente me contestó: «*Unas chispitas de ná...*». Y tan pancho. Así se las gastan.

5.– *El saludo*: anteayer por la mañana, al pasar frente al bar de la Bolera, un chavalote de unos veinticinco años, que estaba sentado junto a la que parecía su novia, se levantó de súbito y, dirigiéndose al conductor de un coche que estaba aparcando al lado, le soltó con un vozarrón de trueno: «¡*Joputa asqueroso...!*». Yo me puse alerta, pues no estaba preparado para una bronca callejera antes del aperitivo. Llegué a creer que se iba a liar una buena. Pero el chavalote del exabrupto sonreía con beatífica expresión. Y entonces pensé: «No, es su mejor amigo, de la época de los pañales, aunque

aquí igual les ponían hojas de col, y ésta es una de las formas hisedianas, o si se quiere rantroniles, de mostrar sincero y enfático afecto a tus amigos. ¡Si es que no te enteras de nada, Serafín...!». Para mi definitiva tranquilidad espiritual diré que el otro joven, al bajarse del auto, y con una sonrisa de oreja a oreja, exclamó a su vez con los brazos exageradamente abiertos y mirando a su amigo: «¡*Cagüen la puta madre que me parió...!*», con lo cual en cierto modo venía a confirmar la tesis-esputo-saludo de su colega del alma, para seguir luego un rato de tal guisa, o sea defecando verbalmente, así como con ese asuntillo sospechoso y recurrente que alude a las madres de moral distraída.

6.– *Las moscas de Birkenau*: esto no tiene desperdicio, como el cerdo. En el Supermercado, en la sección de charcutería, han instalado un dispositivo para freír moscas, y lo afirmo literalmente. Estaba en otra sección y de repente me estremecí por el estallido de un petardo. La primera vez pensé: «Si serán animales que hasta lanzan petardos en el interior del Súper». Pero no, la charcutera, tan risueña bajo su cofia, me detalló lo de esa especie de parrillas colgantes que le dan una descarga eléctrica a la mosca y la tumban, ya convertida en fiambre chamuscado. Sí, pero ¿dónde van a caer exactamente los cadáveres chamuscados de las moscas? Porque justo debajo reposa todo el género. No sé, según las leyes de la atracción gravitacional, más de una puede que acabe en el embutido. Por mi parte, decido no investigar más. Con imaginarme a las moscas como aquellos presos de Auchswitz-Birkenau u otros infiernos similares, atrapados en las alambradas y tal que disecados en su último y desesperado intento de huida, ya tengo más que suficiente. Cuando he hecho algún lacónico comentario alusivo a tan repugnante artilugio, parece que mi frase tan sólo se limita a hacerles gracia. Por cierto, hace poco, comprando en el Súper, volvió a cogerme por sorpresa otro de esos petardazos, aunque me hallaba algo distante. Junto a mí pasó una dependienta, ésta sin cofia, por lo de la elemental asepsia en la cercanía de carnes y embutidos, y dijo: «*Se licutrizan que es un gusto... ¿eh?*». Pues igual me vuelvo mahometano.

7.– *¿Bichas?*: en los flancos de los caminos que rodean el pueblo, donde el asfalto pierde gradualmente su jerarquía, y no digamos ya en las camberas

que enfilan el monte con frondoso orgullo, se ven unas curiosas y bonitas plantas a modo de arbustos, con racimos de una especie de fruto que recuerda al del granado, aunque más anaranjado. Llevo tres décadas preguntando de tanto en tanto sobre el asunto, y siempre obtengo idéntica respuesta: «No las toques... es comida para bichas». Aquí bichas son las serpientes, a las que nunca denominan así, optando, si desean conferirle un maquillaje culto a sus palabras, por el más coloquial «culebras». El caso es que para casi todo el mundo son bichas. Cierta parece la deducción siguiente: si esa comida para serpientes está tan cerquita de las casas, las huertas y los jardines, y se trata inequívocamente de alimento para serpientes (*sic*), cosa que aquí sostienen sin pestañear, eso significa que... ¿O me habrán estado tomando el pelo durante tantos años? No, todos compinchados es imposible. Ésa sería *la* conspiración. Uy, intuyo que también es preferible no huronear demasiado en ese tema.

8.– *El progreso en obleas*: o, por expresarlo en términos más rudos pero también más realistas, la Autovía a hostias. Por fin me atreví a subir hasta el caserío de Braigas y mirar las obras de la Autovía Norte-Centro, que se aproximan a una considerable y alarmante velocidad al valle de Rantroño. Aunque, no podía ser menos en estos páramos, ¿cómo parece diseñado el trazado de esa Autovía? Pues a trompazos, dado que esta tierra es totalmente irregular, nunca llana, y repleta de todas las dificultades orográficas imaginables. Así lo están haciendo, a hostia limpia, a golpes de espada. Valle cortado en dos por aquí, túnel de casi tres kilómetros por allá, viaductos sobrehumanos por acullá. Pues, a ver, ¿por qué los habitantes de San Justo del Moral, que estaban tan lindamente en su pequeño valle, han de tener sobre sus cabezas tamaña obra faraónica? En efecto, no les ha temblado el pulso a la hora de dar el tajo, dejando las montañas como sandías destripadas. Pese a todo, de ello no me cabe ninguna duda, esa Autovía hecha a hostia limpia contra la Naturaleza y el sentido común, aunque no contra los intereses prácticos, será una magnífica vía de comunicación. Todos por aquí y por allá, tan felices, tan rápidos. A ver más, a comer más, a consumir más.

9.– *Mordiscos*: dejo constancia de un comentario oído en la carnicería y también en el Súper. Debió salir en el periódico de ayer. La gente suele

exagerar en ese tipo de sucesos, por lo que describo lo que oí. Parece ser que hubo un altercado en la consulta de Ginecología del hospital de la ciudad. Se presentaron allí dos mujeres preguntando por la responsable del departamento en cuestión, asimismo ginecóloga. Ésta les atiende y confirma, ante la lectura de un informe clínico que las visitantes le muestran, que ella firmó ese documento. Se dice que había un aborto no deseado de por medio, y supuestas negligencias. Pero a lo nuestro: una de las mujeres, sin más, agrede a la ginecóloga. Le da patadas, puñetazos, le araña en la cara, le tira de los pelos arrastrándola por toda la sala y finalmente le muerde. Hasta ahí la noticia. Al imaginar la escena me pregunto si cosas así ocurrirán también en otras regiones del país. De hecho, prefiero pensar que es de ese modo. Sí, de acuerdo, la violencia yace en el poso moral de nuestra sociedad, pero ese punto del mordisco...

10.– *Reptiles*: me doy cuenta de que a tenor de lo registrado en este cuaderno, más bien podría pensarse que soy un zoólogo afanado en sus trabajos de campo, y un poco así es, para inquietud mía. La gran puerta de hierro forjado por la que se accede a la casa está llena de trampas, es decir, de lagartijas –algunas de ellas del tamaño de un plátano pequeño– que pueden caerte encima de improviso, pues anidan en los recovecos del metal, ahí, tan arropadas en su calorcito negro. En la última semana le ha ocurrido a dos personas: a un inspector de la compañía del gas, quien cometió la torpeza de apoyar su espalda en la citada puerta, y a una vecina que hizo lo propio con un brazo y el hombro. Ésta venía a traer unas barras de pan que le había encargado. Pobre mujer. A uno y a otra les cayeron sendas lagartijas. Lo de la señora fue más aparatoso, dado que el inquieto reptil, seguramente sobresaltado en plena siesta, fue a parar justo al epicentro de su escote, por desventura algo holgado, y de allí a saber a qué latitudes grasientas se deslizó, todo entre un griterío y unos aspavientos de la señora que no son para contarlos, por pudor. Bueno, pero se pasó el sofocón. Sólo yo sé cómo tocar esa puerta sin arriesgarme a una lluvia de lagartijas sobre el rostro. Ésa es la entrada de mi casa. Así la quiero.»

De modo tan tajante concluyen las anotaciones de Serafín, y no dejan

lugar a dudas sobre sus intenciones de seguir en el pueblo. Si se analizan con detenimiento esas dos últimas frases, casi parecen un desafío.

Y, por cierto, digamos que hace poco cree haber descubierto algo muy interesante. Alguien de Hiseda mencionó que en la iglesia de Vegamayor tenían a un nuevo cura que «sabe muchas cosas del pasado». Como los hisedianos prefieren no mentar tiempos pretéritos, diríase que por recelo a que alguien se cachondee de ellos, ésa se vuelve otra de sus características más originales: el temor a ciertas fuentes históricas. Pero ahí se acabó la conversación sobre el tesoro de un supuesto sacerdote enciclopédico, y de inmediato pasó a versar, harto acaloradamente, de las manchas de ciertas vacas pintas que habían llegado al pueblo. Que si más pintas o menos pintas. Que si pintas así o asá. Casi llegan a las manos, es decir, a las cachavas. Entonces Serafín se puso decididamente en marcha en su tarea y búsqueda de nueva hagiografía antropológica hisediana. Todo iba a ir sobre ruedas.

En la iglesia de Vegamayor, tras una visita en la que no encontró a quien buscaba, pues había sido destinado a una lejana parroquia, por fin logró hablar con otro clérigo que, recogiendo el legado del anterior compañero en el cargo a su vez le remitió al antiguo párroco de Salinas de Rantroño: «Ése sí que sabe de Historia, y hasta tiene papelajos raros...», secreteó el sacristán. Luego, tras darle a Serafín una especie de improvisada bendición, que él no tuvo otro remedio que aceptar, sorprendido pero cabizbajo, como tocaba por una mera cuestión de protocolo, el hombre aceptó, por su parte, ser invitado a una tapa de rabas en el bar de la plaza de Vegamayor, sitio este cuya especialidad es doble: las rabas y la carne de caza, ciervo o venado. De esta última, con las prohibiciones y tal –y este «tal» incluye las especies protegidas– por ejemplo, sólo hay muy de vez en cuando. Pero en dicho bar, otro de los misterios del valle de Rantroño, siempre tienen disponible. Es necesario venir con alguien de suma confianza, como le pasó a él, para que saquen las susodichas viandas, nacidas como por arte de magia de despensas y fogones ocultos. El bar, en el colmo de la cara dura, se llama *El Corzo*. Así queda inscrito en su enorme rótulo, con todos los morros, y lenguas bífidas afirman que en Vegamayor también trajinan con tales especies, y hasta se vio en tiempos a los propios guardas forestales poniéndose literalmente como

cerdos a base de platos con carne de caza. Serafín se los imagina, con sus uniformes de corte castrense, igual que lechones desesperadamente aferrados a las ubres de la cerda madre.

Un cuadro pintoresco, sin duda, algo que a *Pitita* no le habría hecho la menor gracia, pues como fanática ecologista que era ella misma decía sufrir eventuales brotes de un estado anímico tal que la hacía autoconsiderarse guardia pretoriana del Medio Ambiente, incluso de un seudovegeterianismo a ultranza, es decir, herbívora a rachas y otras con un hambre descomunal, casi sanguinaria, donde podían caer alegremente –según el envío económico de su madre– bistecs, entrecots, costillares enteros o chuletones de novilla sin mengua, a su vez seguidos por periodos de hondo arrepentimiento y ensaladas de rúcula, canónigos y de espinacas crudas con almendras o nueces. Vamos, como para hartar a un monje nepalí o a un derviche persa tras su periodo de abstinencia digestivo-espiritual. *Pitita* aspiró siempre a carmelita descalza de su siglo, en progre, y acabó de desquiciada estomacal sin retorno. Y es que ella ayunaba de sí misma, como si dijéramos. Había que verla mirando varias horas el manzano, el peral, el ciruelo y sus pocos tomates o lechugas que sembrase en una parte del jardín de la Casona. Luego venía el rito casi eucarístico de recoger, limpiar y finalmente ingerir aquellos alimentos libres de mácula o pecado. Así hasta que Satanás la reencontraba de nuevo en forma de solomillo, todo en un ciclo que parecía no tener fin.

El caso es que ese cura de Vegamayor no dejaba de engullir como si fuese una criatura rabelesiana tras periodo de largo ayuno, y hasta se dejó invitar por Serafín a una cuarta tapa consecutiva. A saber el orden: rabas, carne de caza, pimientos con anchoas, aceitunas y ensaladilla rusa. Como para cebar a un regimiento. El cura hizo una supuestamente irónica alusión a la nacionalidad de dicha ensaladilla, añadiendo algo así como que «lo cortés no quita lo valiente» –tal que si dicho comentario hubiese sido realizado, por ejemplo, en 1943– antes de lanzarse valientemente a rebañar con pan y hasta con los dedos el plato de ensaladilla. Serafín permaneció anonadado durante un buen rato, pues supuso que ese cura, ya de avanzada edad, debía ser de aquellos para los que «ruso» aún equivalía a comunista, y de ahí a los cuernos y el rabo va apenas nada, sabido es. También se lo imaginaba más recatado

tragando. En efecto, pensó luego condescendiente, el subclima ideológico y espiritual que se da en el valle de Rantrño no tiene desperdicio, pues resulta único en su género. Sociólogos, antropólogos, psicólogos y hasta neurólogos, por supuesto ayudados por lingüistas y veterinarios, debieran crear una pequeña universidad aquí, destinada a la investigación y al estudio sistemático de estas gentes.

Al final el cura se fue luego de una nueva bendición a Serafín, que casi coincide con un amortiguado eructo del hombretón canoso de la sotana, impoluta en su totalidad de restos de comida pese al reciente ágape, como si del tórax de un enorme escarabajo se tratase, aunque con huellas de caspa en las hombreras. Serafín se quedó sin la información que venía buscando, pero fue remitido a la otra parroquia importante del valle, la de Salinas. Y con «credenciales».

Allí debería dar no con el párroco actual, un tipo de edad mediana, huraño y devoto hasta extremos alarmantes, con la más que dudosa fama de haber echado desde el púlpito a varios feligreses a quienes consideraba en pecado grave, sino con el anterior, un anciano de aspecto angelical que más tarde se definió a sí mismo como lo que en realidad era, «un viejo achacoso y un ratón de biblioteca con sotana». El erudito en cuestión tenía su casa en un villorrio limítrofe a Salinas que se llama Costalada.

Serafín, tras arduas indagaciones, consiguió esa cita, apurándola con viva emoción hasta el momento en que Don Facundo, el antiguo párroco, luego de haber charlado bastante rato con su visitante de cosas varias referentes al valle, aceptó mostrarle lo que consideraba su pieza favorita de la serie de pequeñas joyas de bibliófilo que al parecer poseía: era la copia manuscrita, faltaba más, de un códice cuyo sugestivo título ya lo decía casi todo:

*HYSEDYCAE ET RANTRONIS
OPUSCULORUM AD VIRIBUS*

Al leerlo, se vio sacudido por un temblor de excitación, porque imaginó que tal vez ahí pudieran mencionarse datos acerca del pasado buronita, glosando alguna que otra hazaña –aunque fuese de ir por casa– de cualquiera

de sus aguerridos antepasados. Tuvo palpitaciones al rozar con la yema de los dedos el manuscrito, copiado por manos siempre anónimas, hacía casi un siglo. Preguntó por los Burones, directamente. Don Facundo conocía perfectamente cuanto de ellos pueda saberse, y parece que incluso bautizó a varios miembros de la saga, «pero hace tanto, tanto tiempo que ya apenas me acuerdo», aseveración que le emocionó enormemente, sobre todo cuando Don Facundo añadió: «¡Fiera gente, ya en la pila bautismal dabais coces...!», a lo que Serafín respondió que eso carecía de importancia, pero lo hizo asintiendo, entre avergonzado por la presunta brutalidad de sus antepasados más remotos y a la vez henchido de un evidente orgullo, tanto que si el venerable anciano seguía en ese tono, creyó que iba a ponerse a bailar una jota montañesa en cualquier momento.

Don Facundo le aseguró, no obstante, que había sido incapaz de encontrar nada acerca del pasado buronita en las páginas manuscritas del código, al menos en alusiones y datos que remitieran a una época muy antigua.

–¿Los romanos? –preguntó Serafín con un hilo de voz, pues la agitación lo devoraba por dentro. Ya se veía, aún por familia interpuesta, liado a trompazos con las legiones de Octavio.

–¡No, hijo, no, tanto no...! –le comentó Don Facundo moviendo la cabeza a ambos lados con aire contento–. Es muy posterior lo vuestro, aunque antiguo y valioso, como te digo. Además, en confianza, quien lo redactó debió ser un poco pazguato, porque eso no es latín ni es nada.

A Don Facundo le salía el punto culterano.

Serafín enmarcó un gesto de decepción. Se hallaban en el balcón acristalado de la casa. Desde uno de los ventanales entreabiertos les llegaría el aroma inconfundible de los prados, y también de la incipiente noche que se acercaba.

–O sea, si eso está en latín yo soy Pepito Grillo... –arguyó el anciano clérigo dignamente.

Dicho y hecho: de pronto se percibió un súbito clamor de grillos, que proclamaban su gozo por el advenimiento de la noche con toda su frescura. Parecían haberse puesto de acuerdo, empezando su monótono cántico en cuanto Don Facundo hubo dicho la frase. Si Serafín fuese una feligresa

devota, creería que aquí había indicios de milagro.

–¡Vaya por Dios, pues sí que andamos buenos...! –murmuró Don Facundo con bondadoso gracejo–, los muy ladinos parece que estuviesen esperando...

Serafín se decidió a intervenir, insistiendo en si no se citaría ahí por casualidad algún Burón o parecido, al menos, de la época de los bárbaros. Aunque en Historia siempre estuvo bastante puesto, era cierto que en ese momento su imaginación se había desbocado por completo, como un niño ante el montón de fabulosos regalos que no esperaba, pues la verdad era que antes de venir aquí se había tomado dos tintos en el *Legañas*, y luego otro en Vegamayor. Tanto se desbocaría que, no sin cierta vergüenza, vio cómo Don Facundo, en tono jovial, le dijo lo obvio: que los apellidos como tales, en lo referido a gentes de estrato humilde, no empezaron a aparecer en ninguna parte –y eso entre las clases altas– hasta mucho después del paso de Carlos I de España y V de Alemania por estas tierras casi dejadas de la mano de Dios.

Por un momento se vio luchando aguerridamente, a pueblos en llamas y también a trompazo limpio, contra o junto a las huestes del emperador Carlos –igual daba– incluidos los lansquenets germanos y su pésima fama labrada a base de múltiples desmanes y rapiñas. Serafín, corroído de belicoso ardor – ¡con lansquenets a él!–, debía reprimir su entusiasmo o acabaría haciendo el más espantoso de los ridículos frente a tan dignísimo y docto anciano. El caso es que notaba en la sangre ganas de lucha. Era como si algo nuevo hubiese nacido súbitamente en él, un no sé qué castrense, un espíritu marcial con tintes heroicos que quizá estuvo mucho tiempo dormitando, aunque no extinguido, en su interior.

Más o menos sabía que la horda napoleónica ni siquiera se dignó a darse un palizón acercándose a estas latitudes en las que llovían pedruscos. Por eso buscaba mentalmente algún enemigo contra el que los antiguos Burones pudiesen haber combatido dando muestras de su eximia valentía. Nada que hacer. Ni en contiendas Carlistas ni en la Guerra Civil, y aunque él supo por *Burro* padre que en esa fraticida contienda, y para hacer honor a la palabra, un par de sus tíos *Burros* combatieron uno en el bando nacional, y otro en el republicano. Pero de aquello nunca se hablaba. Jamás.

En cambio Don Facundo pudo confirmarle un dato realmente sustancial y que afectaba, aun de modo oblicuo, a lo extraído de las *Crónicas Hisedianas*, y era la referencia a esa sana costumbre de los habitantes de Hiseda de tirar a la Poza Grande a aquellos personajes que les caían en desgracia.

–¿Entonces será verdad lo de aquel infeliz que propuso cambiar el nombre de hisedianos por hisedienses?

–Seguramente sí –le confirmó Don Facundo–, pero la cosa no es tan grave como parece... –El buen hombre quiso quitarle hierro al asunto, sobre todo al comprobar la mirada de soldado que se le había puesto a Serafín.

Luego siguió explicando con un aire de sentar cátedra que echaba para atrás, aunque la verdad es que altamente persuasivo, que en el código, escrito en un latín macarrónico y «de ir por casa en zapatillas», se especificaba que en Hiseda, y así parece que vino siendo desde siempre, se tuvo tal costumbre, remojar a los señalados por la ira popular con un bañito forzado en las furiosas aguas de esa Poza infernal, pero no necesariamente tirándolos allí desde el peñasco de *Saltamorito*, con lo que habrían perecido en el acto – recordemos que así principiaba nuestra historia–, sino haciéndoles descender poco a poco en una especie de jaula construida por los mozos más hábiles del pueblo, quienes, asiéndole desde una parte clavada de las rocas, que más tarde se utilizaría como puente para pasar sobre la Poza en cuestión, la bajaban y subían cuantas veces fuese necesario para calmar sus ansias de venganza o juerga. El pobre hombre que estuviese dentro debía sufrir, además de un pánico indescriptible, toda la presión del agua, aunque esa jaula, a la que iba atado fuertemente mediante gruesos correajes de cuero, impedía que se ahogase. Es decir, si ellos así lo decidían.

–Fíjate, es ahí donde se menciona esta leyenda de la que tanto se ha hablado en tu pueblo, pero de la que apenas nadie sabe nada a ciencia cierta –le comentó Don Facundo con aire de seriedad.

Serafín, ante esa mención a la ciencia que acababa de oír, se sintió por un momento tan erudito como el anciano, que le tendía unas hojas con sumo cuidado, señalándole un fragmento con su dedo huesudo, algo tembloroso y blanco. Tenía las uñas pulcrísimamente cortadas, como gruesas cuentas de un collar, pero su rosada transparencia recordaba las alas de las libélulas.

–Ahí, ahí... –E indicó un párrafo concreto que empezaba del siguiente modo:

«*Cum ferox gaviae enemigos destinant...*»

Pues sí, ésa debía ser la mención clave, si el viejo lo sostenía. Serafín mismo, discretamente ayudado por Don Facundo, alcanzó a dar con una traducción apropiada:

«Destinaban a los enemigos a la feroz jaula...»

Entonces, de repente, pasó de sentirse guerrero hisediano a latinista de pro –en realidad habían sido dos tintos en el bar de Vegamayor–, incluido el circuito de conferencias y lecciones magistrales por las universidades más prestigiosas de medio mundo. Sin duda era la excitación de estar tan cerca de un documento así, palpándolo incluso con las propias manos, lo que enervaba su fantasía haciéndola bullir, y consiguiendo que se sintiera literalmente transportado a aquellos tiempos. Pero una lucecita volvió a encenderse en su cerebro, hasta ese preciso momento repleto de imágenes que le remitían a aquellos tebeos de *Hazañas Bélicas* que leía cuando chico. Aunque él todavía se remontaba más atrás en la Historia: yelmos con sus cabezas saltando por los aires, escudos y espadas en horrisonos choques, puñetazo va, mordisco viene. La débil llama del racionalismo y la ilustración apenas vibraba entonces en su conciencia. Ahora le preocupaba saber qué sentirían quienes sufriesen el tormento de la *ferox gaviae*. Aunque, pensó sobre la marcha, siendo niño no es que leyese muchos tebeos de tal género, a diferencia de otros compañeros. Él, sobre todo, coleccionaba cromos de armas, de mariposas, de banderas, de minerales, de monedas. Siendo ya un niño, iba de crío pedorro y sabiondo por la vida. Hacía experimentos químicos y la mayor parte de sus lecturas eran acerca de materias científicas. Con razón no tenía amiguitos.

–Oiga –le preguntó entonces a Don Facundo–, ¿y ese artilugio era seguro al cien por cien?

De pronto, insuflado de un loable y muy solidario sentimiento de empatía, se vio en el lugar del infortunado usuario de la jaula, invento hisediano que bien podría ser traducido, así lo sostuvo Don Facundo a tenor de las diversas menciones que del mismo se hacen a lo largo del código *Hysedycæ et Rantronis Opusculorum ad Viribus*, como «el jaulo». Y comentaron ese aspecto:

–Desconozco a qué se debe –argumentaría el anciano luego de aclararse la voz tras un tosido–. Igual es que como en Hiseda se han considerado tan hombres y echados para adelante, lo de la jaula les debió sonar en exceso femenino. Por tanto, me atrevo a insinuar, el «jaulo» les parecería así como más enérgico, más propio...

–Una mariconez, como si lo viese... y disculpe... –se le escapó a Serafín.

–En eso mismo pensaba yo –corroboró el anciano sacerdote, para alivio suyo, amagando el gesto de santiguarse.

Ahí iba a crearse un denso silencio entre ambos, pues sabían que acababan de poner el dedo en la llaga de una de las cuestiones más delicadas de tratar: la virilidad de los hisedianos. Por unos instantes desviaron sus miradas del interlocutor, como si pudiera llegarles un cachavazo por el aire y desde cualquier rincón.

–Bobadas... –comentó Serafín casi para sí mismo, y a la vez desdramatizando un poco la situación creada. En el fondo no sabía por qué, pero estaba vagamente de acuerdo en la masculinización de esa *ferox gaviae*. El «jaulo» impresiona. Era como decir: «Vamos a llevarte al potro de la tortura». Lo otro no. Diríase que al reo iban a darle un paseíto en pony por los campos. Ni hablar. O igual se trataba tan sólo de la costumbre. Es posible. La voz cavernosa de Don Facundo, que afirmaba llevar constipado desde el invierno último –lo que suponía cerca de diez meses constipado, e incitaba a su vez a pensar que se trataba de uno de esos viejos que realmente están siempre y en todo momento muy enfermos pero van enterrando a generaciones enteras de sanos–, esa voz surgida casi de ultratumba, pues, murmuró entonces que el «jaulo», al parecer, no funcionaba el cien por cien de las veces como Dios manda.

–¡Vaya por Dios! –exclamó Serafín, contagiado de tal atmósfera de

erudición y fe-. Entonces... -Estaba en blanco, sólo quería oír relatos de sangre y trompazos. Era menester refrenarse.

-Entonces, según creo haber entendido tras el estudio y la reinterpretación sumamente libre del código, pues ya te digo que eso ni es latín correcto ni nada que por asomo se le parezca -siguió Don Facundo, que aprovechaba la menor oportunidad para darse pisto muy finamente-, el aparato, como es previsible, se les rompía algunas veces por motivo de la enorme presión de las aguas de esa poza.

-Y esmorrados, claro... -musitó Serafín.

-*Requiestat...* -le cortó el viejo entornando los ojos.

-Los pobres no lo contarían... -inició la frase Serafín, en cuya cabeza entreveía leves esperanzas de salvación para aquellos desafortunados.

-Puedes imaginar. Hechos añicos... Y ello seguramente para decepción de tus paisanos de entonces, que, siendo como son, igual se liaban a estacazos ahí mismo, entre ellos, acusándose de si habían colocado mal las varas o las cuerdas. Como si lo viese...

-Unos animales consumados -afirmó Serafín, que también lo visualizaba, poniendo cierto mohín de reprobación, pues de pronto acababa de sentirse un hombre de ciudad, cultivado y con sentimientos. Aunque bien cierto que a punto estuvo de decir: «Unos perfectos burros».

-Bueno, no creas -le contestó Don Facundo-, en nuestro valle están más o menos todos cortados por idéntico patrón. Fíjate que donde ahora estamos, estas pocas casuchas de nada, se llaman como se llaman.

-No entiendo a qué se refiere -reconoció él extrañado.

-¿Nunca te lo han contado en Hiseda? Ya es raro, ya... -siguió Don Facundo, diríase que dudando si revelar lo que pensaba-. Mira, a este lugar se le llama Costalada porque tiempo atrás, cuando pasó por aquí cerca doña Urraca y su séquito, que debía ser cuantioso, envió a algunos criados a fin de que le preparasen todo para pernoctar.

-No me lo diga -aventuró Serafín-. Los molieron a bastonazos...

-¡A mansalva, pardiez que sí!

-Y hubo represalias, es de recibo... -insinuó Serafín, ávido de conocer más pormenores.

–Húbolas, y muy duras, pero a estas gentes todo parecía traérselo al paio, ya entonces –contestó Don Facundo–, pese a que sus buenas costaladas debieron llevarse.

–Duros de pelar... –intervino él, abundando en lo que había.

–Así han sido las cosas desde siempre –le confirmó el antiguo párroco–. Como ves, en todas partes cuecen habas...

–Mejor habría que decir que en todas partes del valle de Rantroño puedes llevarte un garrotazo en cuanto te descuides... –sugirió Serafín, ahora más centrado. Se notaba vivaz e inspirado en esa especie de careo seudocultural que sostenía con el erudito ensotanado de Costalada, aunque ya en fase de retiro todavía eminencia del valle y la comarca, por no decir de la provincia entera, lo cual le honraba.

Después Don Facundo pasó a asegurarle que dicha práctica del «jaulo», que por desgracia era habitual en otro tiempo, fue dejando de llevarse a cabo. «Gracias al cielo», afirmó. Según él –y eso ya no estaba escrito en el código sino que parecía saberlo de «buena tinta», pero el muy zorro en ningún momento se mostró dispuesto a revelar sus fuentes de información–, desde hacía casi un siglo no se realizaba.

–Ahí debieron ser metidos, sin distinción de clase social o credo alguno –prosiguió, aunque ahora con ademán claramente fatigado–, cristianos e infieles, moriscos y paganos, monárquicos y republicanos, conservadores y liberales, adúlteros, ladrones y, queda constancia, hasta recaudadores de diezmos e impuestos. Lo que oyes, hijo. Para que quede bien claro que por estas latitudes no hay discriminación de tipo alguno, debieron pensar los hisedianos...

Luego hizo una pausa y añadió con énfasis, sonriente:

–¡Cómo han sido tus antepasados!

Sintiéndose engordar tres kilos en un instante, y de nuevo pletórico de un orgullo de raíz algo insensata, pero que le picaba como un sarpullido, él replicó:

– ¡Pues como los suyos de aquí, en Costalada...!

La frase quizá hubiera sonado un poco a broma, pero intentaba ser respetuosa cuando en realidad sólo era condescendiente.

La cita debía concluir, ya que el hombre se sentía muy fatigado. Serafín, antes de irse, le rogó que intentase recordar cualquier cosa un poco más concreta acerca de algún Burón. Según sus propias pesquisas, le dijo entonces Don Facundo, se les llamó *Burros* desde siempre en vez de *Burrones*, que quizá hubiese sido lo normal. El árbol genealógico buronita, pues, desde el pasado inmediato hacia atrás, lo conformaba su padre, *Burro* a secas, su abuelo Manuel *Pedazo Burro*, su bisabuelo José, el *Gran Burro*, y ahí se cortaba la línea familiar. O sea, lo que Serafín ya supiera por *Burro* padre. Nunca nadie supo darle más información, sostuvo el ex párroco. Por no haber, no había ni foto de esos antepasados inmediatos. A su abuelo, el cura apenas lo recordaba vagamente. De él sólo existía una foto de pésima calidad que conservaba Serafín, en la que se le ve en mitad de un grupo, pero algo girado, como si quisiera huir del objetivo del fotógrafo. Sostiene por las bridas a un buey, que a su vez arrastra un carro de troncos y leña. De los demás del grupo nada se pudo averiguar.

Sin embargo, Don Facundo lograría emocionarle cuando le dijo –¡oh sorpresa!– que él mismo se acordaba de su bisabuelo, aunque muy vagamente, por haberlo visto en alguna ocasión cuando era niño.

–Y ya entonces llamó mi interés, además de por sus espesas cejas y su corpachón, por ese apodo tan simpático –añadió risueño y mirándole con beatífica sonrisa.

Al oír esto último algo se oscureció en el plasma sanguíneo de Serafín, haciendo vibrar casi imperceptiblemente sus aletas nasales, sí, aletas y no fosas, ya que empezaba a sentirse una especie de tiburón. Hombre..., a ver: porque el curita le daba buen rollo y decidió creerle, además de porque se trataba de un hombre muy mayor que se había portado con sobresaliente corrección mostrándole incluso la copia de ese preciado códice y atendándole con la deseable cortesía, o de lo contrario Serafín no las tendría todas consigo al oír esa última frase aludiendo a la presunta «simpatía» de un Burón, o nada que le afectase, incluido el alias. Simultáneamente pensó que lo que habría que hacer desde entonces era salir siempre con una cachava en la mano. Por si acaso. Nunca se sabe dónde puedes encontrarte al listillo de turno. Aunque, como en este caso, se refugiase bajo el paraguas de una

sotana y su elevada edad. En cuanto a él, posee una amplia colección de cachavas, legado de su padre y de su abuelo, así que bien provisto está. Imaginó a Don Facundo en el suelo, hecho un guiñapo, previo batacazo. No, no..., tenía que calmarse.

Era incomprensible, pero Serafín notaba que seguía calentándose por momentos. La llamada de la sangre, se dijo para serenar el ánimo. ¡Pero ni por el forro iba a consentir que nadie insinuara que alguien de su familia iba por ahí de chistoso! ¿O a qué se debía si no su sinuosa forma de ensamblar conceptos como «cejas espesas», «corpachón desmedido» y lo del «apodorable»? ¡Eh, a ver! Aunque la verdad es que no dijo «desmedido», sólo «corpachón». Bueno. Y tampoco fue «risible» la palabra empleada, sino «simpático», que es distinto.

Don Facundo, no obstante, le hizo descender de las nubes prometiéndole que revisaría «entre sus papeles» y, si encontraba algo referente a otros antepasados que fueran más allá del *Gran Burro*, se lo haría saber de inmediato. Serafín le apuntó en un papel, mientras se despedían, su dirección en Hiseda. Nada más hacerlo le resultó un gesto bastante torpe, pues estando tan cerca, casi en el pueblo de al lado, parecía absurdo utilizar el correo. Pero entre gente culta y de ley, recapacitó luego todo orgulloso, dicho gesto tal vez se halla justificado. Incluso se le antojaba pertinente. Como dirían los antiguos, es algo que da cierto lustre. Mas en el acto otro pensamiento, otra imagen revoltosa se interpuso a la anterior: ya se veía abriendo una voluminosa carta escrita a pluma estilográfica, con letra gótica y hermosísima. Y de inmediato una nueva imagen se superponía a la otra, y con ésta arrugó el entrecejo: acababa de visualizar al *Perro* fisgoneando en su correspondencia, ejerciendo de vil espía en la vasta relación epistolar que ya imaginaba voluminosa con tan interesante sacerdote, dechado de tacto, sapiencia y –no rasquemos en exceso la costra que cubre esa llaga– también de ironía con ribetes palaciegos.

Seguro que si un desaprensivo como Fermín el cartero detectase una carta así de especial para él, pues Serafín presuponía que la letra del antiguo párroco de Salinas no podía ser vulgar, aquel truhán motorizado se las ingeniaría para que tal epístola se demorase o se extraviara, al menos

momentáneamente. Ya puestos, que tuviera que ir a por ella quién sabe dónde. A Correos de la capital, por ejemplo. Que el *Perro* no es trigo limpio, lo sabía de sobra. Iba por ahí saturado de bilis amarilla, aparte de que ya había dado pruebas de la pereza que le causaba subir hasta los aledaños de la Casona, su particular *Col du Tourmalet*. Cizaña pura, por a saber qué razones. Nadie le obligó a ser cartero. Además, trabajo no tendrá mucho, pues los hisedianos, según cree Serafín, y ésa es otra de las características del sentir hisedita o si se prefiere del ser hisédico, no se distinguen por lo prolífico de su correspondencia. En cuanto a las hisedianas, tampoco son precisamente émulas de Madame de Sevigné. Lo que tienen que decirse entre sí se lo dicen a gritos excepto cuando murmuran, que es casi siempre, pero para eso tampoco hacen falta cartas. Y con el exterior, ya puede imaginarse cómo funciona la cosa. Lo mínimo.

Otra idea fija que los ha hecho tan hisedianos a lo largo del tiempo es que quien quiera algo de ellos que se acerque a Hiseda. Porque Hiseda, desde luego, no va a ir a ninguna parte. ¿Viajar? Como la Torre Eiffel, el Empire State o las pirámides de Gizeh no apareciesen un buen día allende las lomas del pico Najos o los Prados de la Sierra para presentar sus respetos, ellos no iban a moverse. Y no es broma. Se trata de su peculiar filosofía de la comunicación.

Aquí valdría el antirrefrán, «al mal tiempo, mala cara», pues tampoco puede decirse que tengan la suerte de cara. Por ejemplo, sus Fiestas: cada año la misma puesta en escena para las Ferias estivales, cuyo dispositivo se pone en funcionamiento con la generalizada, idéntica y glacial sensación de que hay que seguir haciendo eso porque así se ha hecho siempre. Chupinazo y Volteo de campanas. Santo Rosario, Novena Eucarística y Procesión Solemne. Un día, campeonato de Bolos, otro, concurso de Arrastre de Bueyes, y aun otro, la Exhibición de Ganado Vacuno y Caballar, incluyendo la tradicional y puñetera carrera de burros. Y todos, absolutamente todos los días, Santa Misa, Espectacular Romería, Diana con Piteros y Cohetes, y Gran Verbena amenizada por orquestas con nombres al estilo de *Diapasón* o *Nightstars*, de escalofrío, que aquí siempre han sonado a la leche. Pero –ya quedó dicho– todos los años, nada más declararse inauguradas las Ferias

empieza a llover de modo incesante, como si el cielo no estuviese nunca por la labor de que los hisedianos tuvieran buen tiempo para sus días de solaz. Es un ritual.

Son una gente muy suya, en efecto, pero aun con esos defectos y virtudes tal vez no sea en exceso distinta de la de otros pueblos. Eso Serafín tampoco puede corroborarlo porque no ha vivido en ninguno que no sea éste, e incluso en éste no ha vivido del todo, es decir, en su interior. Siempre que estuvo en Hiseda las circunstancias hicieron que viviera algo apartado. Antes lo hacía donde ese tío suyo, hermano de *Burro* padre, que murió hace mucho. Vivían cerca del Puente la Reina, en una casa prácticamente construida sobre las piedras del río. Producía una sensación acongojante oír las aguas por la noche en *Saltamorito*, rugiendo enfurecidas a escaso medio centenar de metros, y cuando al fin se adormilaba, vencido por el cansancio, tenía la cabeza como un bombo. En cambio, al despertar sobresaltado por el constante aunque lejano estruendo, luego de dar gracias a los dioses al no haber sido arrastrado por la riada que siempre temió, se sentía exultante y como si acabase de nacer de nuevo, con ese furtivo olor a vacas y hierba encima. Entonces Serafín notábase como un salmón o una trucha, y mientras se ponía delante de la mesa-camilla con un hule a cuadros verdes y blancos, dispuesto a dar cuenta del tazón de las sopas de pan con leche recién ordeñada de la vaca en la cuadra de los vecinos de al lado, a qué decirlo, aún creía estar oyendo el bramido constante del agua en su cabeza.

– ¡Ya te acostumbrarás...!

– ¡¿Qué?!

–¡¡Que ya te acostumbrarás...!! –le decían sus tíos a gritos, y no para consolarlo. Debía ser cierto, estaba quedándose un poco sordito, y los tímpanos le zumbaban. Él pensaba: «Sí, claro, a este paso en unos días ya no tendré brazos ni boca, sino branquias y agallas». Porque otra cosa no, pero desde siempre estuvo muy puesto en Ciencias Naturales.

Era real, misterios de la acústica y la condición humana: a los pocos días ya no oía el agua del río. ¿Qué río? Si ese silencio llegaba a parecerle hasta cortante y opresivo. Era como un silencio inserto en el apenas audible murmullo con vagas reminiscencias a gotitas de agua. Tenía que concentrarse

un buen rato en la quietud de la noche, arrebuñado entre mantas y aquellas viejas sábanas de algodón con aroma a alcanfor, que también debía atontarle lo suyo, para al final, y sólo muy lentamente, empezar a oír un tenue rumorcillo del agua que, en efecto, seguía ahí, como siempre: la eterna y espumosa alegría de *Saltamorito*. Sus tíos estaban sordos como una tapia, eso también. Y a él le hubiera pasado otro tanto de frecuentar más la casa. En este pueblo es común la dureza de oído.

Pero volvamos al día en que Serafín dejó Costalada tras despedirse afectuosamente del anciano sacerdote, ya superados los recelos mentales que le acosaron. Esa vez iba en su coche, cosa rara. Después rebasó el límite de Salinas de Rantroño deseando que Don Facundo, el párroco sabio, cumpliera su promesa de rebuscar entre la documentación que sin duda poseía al respecto y le confirmase si por casualidad encontraba nuevos datos sobre la saga de los *Burros*.

Fue entonces cuando se preguntó por la diferencia real que puede haber entre el concepto de «saga» y el de «dinastía». Siempre le gustó más el primero. Sonaba como lo del «jaulo», potente, épico, lleno de sugerencias. Más aún, fiero, algo con lo que se sentía extraordinariamente identificado. Cosa de ese ramalazo peleón en su sangre. «Dinastía», en cambio, tenía reminiscencias insidiosamente refinadas y áulicas, de echarle a alguien arsénico en el licor o el jarabe. A lo sumo de puñales y dagas blandidas entre lujosos cortinajes, lechos con dosel y damasquinados varios. «Saga» sugería golpes de hacha, cachavazos a granel, sí. Y de pronto, mientras dejaba atrás definitivamente Salinas, pensó si no estaría perdiendo un poco la noción correcta de las cosas, dejándose influenciar demasiado por eso. Pero no podía evitarlo: algo empezaba a bullir en su interior, y tenía ganas, más que de saber, de liarla.

Y todo ello bien sazonado, a manera de casi inverosímil contrapeso en la balanza del espíritu, con sus incursiones cada vez más frecuentes, largas y depredadoras en el anaquel destinado a los libros de los místicos españoles del siglo XVI, esa joya única e iridiscente que muestra el alma del mundo, así como la de todas y cada una de las cosas y seres que la componen, logrando que, aun con los ojos cerrados, puedas contemplarlo todo a la luz del sol.

A veces, tras alguna de esas lecturas y en el arduo proceso interior de asimilarlas, podía pasarse un día entero o dos medio en éxtasis y deambulando por la casa, sin apenas moverse de su silla de trabajo, pero con el libro en cuestión cerca de las manos o entre ellas, acariciándolo. No para leerlo –lo que ya había hecho, por fin liberado de prejuicios ideológicos o culturales, más bien gozoso y lleno de asombro por cuanto iba descubriendo a cada página– sino dejándose anegar por el benefactor rocío de sus palabras.

Sí, un auténtico subidón, tanto en sangre como en las neuronas, quién iba a decírselo. *Pitita*, de presenciar esta gradual transformación, y como ella misma acostumbraba a decir, alucinaría pepinos en technicolor. Ya lo analizará con detenimiento a partir de mañana, concluyó Serafín para sí.

El caso es que al salir de Costalada quiso adelantar a un paisano que ocupaba casi toda la carretera con su tractor y un remolque que contenía varios fardos de mies. Se enfadó porque al hombre se le veía tan fresco, tan a su aire que ni se dignaba echarse un poco hacia la cuneta, ni avisar con el intermitente cuando pudiera pasarle. Aquí, al intermitente le llaman *tramitencia*. Serafín pegó un considerable manotazo sobre el volante, pero como estaba recubierto de gomaespuma, no fue suficiente para que se hiciera daño. Fantaseó entonces con conducir un enorme camión, de esos de gran tonelaje, y empotrarse contra el menda del tractor. «Sí, decididamente estoy contagiándome», razonó aplacándose un poco. Qué iba a hacerle si era más que plausible que lo llevaba en la sangre, aunque hasta ese momento no hubiese caído en la cuenta, *tonto lbote* de él, quien siempre deambuló por el país de Inopia y sin enterarse de nada.

En cierto sentido entiende que ya no puede dar marcha atrás ante el hecho consumado de los movimientos que se desatan en su interior, igual que masas tectónicas acomodándose en el subsuelo, lo que acostumbra a ser anuncio de una inminente conmoción. Era como si alguien describiese sus pensamientos y sus actos de antemano, impulsándolo.

Al rebasar al tipo del tractor Serafín lo miró descaradamente, aunque sin decir nada. El otro, enjuto y la barba sin rasurar, hizo lo propio: observarlo con torva faz. Con eso ya valía. Habían suavizado ambos –haciendo gala de la mayor educación que en ocasiones así parece posible en el valle de

Rantroño— su instinto más o menos litigante. De hecho, Serafín lo sabía pero prefería ignorarlo, y ambos, ese tipo del tractor y él, se habían dicho, aun sin palabras, algo muy similar y al mismo tiempo:

—Ojo... —se intuyó desde el vehículo que iba a Salinas.

—Ojito... —*exaequo* desde el que iba a Hiseda.

Luego de observarlo un buen rato por el espejo retrovisor, así, con estudiada ostentación, Serafín, contraído el rostro y aun sospechosamente crispadas las manos sobre el volante, logró apaciguarse un tanto. ¿Qué acababa de pasarle? ¿Es que acaso buscaba jaleo con ese tipo del tractor? Y recapacitó. Durante un fugaz segundo, dos a lo máximo, ese cruce de miradas tuvo a su entender toda la tensión que por ejemplo le conferían Clint Eastwood y Lee Van Cleef a aquellos *westerns* con duelos al sol que duraban eternidades, pues allí nadie se decidía a desenfundar primero, y mientras, venga miradas, y dedos acercándose a las culatas del revólver, y música trompetera, y nuevas, interminables miradas. Sí, acompasar la respiración y pensar en cosas bonitas ayudaba lo suyo. El campo siempre tan hermoso, el aire en la cara, ya se sabe.

Lo cierto es que en apenas dos kilómetros de carretera vacía y prados rodeándole, prácticamente se vio transportado en un arrebató taoísta. Y ello pese a haberse sentido *ninja* asesino minutos atrás. Hombre, no es que ahora le hubieran dado ganas de frenar en seco, bajarse del auto y besar al tipo con pasión, pero casi. Debía calmarse, poner las cosas en su sitio.

En su *puto* sitio.

¡Uf, lo que le costaba a veces mantener la compostura!

Sí, tal vez vaya siendo hora, llegados a este punto de nuestra minuciosa indagación en torno al tejido humano de Hiseda, de que conozcamos — permitiendo de paso al atribulado Serafín que se relaje un poco, por el bien de todos— a ciertos personajes del pueblo que aún no han aparecido en el relato. Injusto sería dejarles de lado, marginándolos a un ostracismo del que en ningún caso se han hecho acreedores, pues viven diseminados por el pueblo con idéntica parsimonia a la del resto de los ya anteriormente descritos. Ahora les llegará su turno, pues puede parecer extraño, dado el considerable número de hisedianos citados, que alguno de esos de momento inexistentes

personajes no haya aparecido ya, excepción hecha de don Julián, el cura, más conocido como don *Sobao*, ínclito representante de aquello que tradicionalmente suelen considerarse las fuerzas vivas de un enclave geográfico y social como Hiseda.

Obviamente, los centros neurálgicos en los que aquí se concentra el poder, eso lo sabe cualquiera con dos dedos de frente, son, como ya quedó suficientemente probado, *Donde Celia* y *Donde Frasio*, acaso en este preciso orden. Serían algo así como el Consejo de Ministros permanente y el Senado en el que se reúnen a discutir asuntos locales los más cualificados del lugar, o sea, ellos. Ésos son los auténticos nervios ciáticos desde donde se centrifugan las redes del poder, pues en ellos suele acumularse toda la información posible. Algo así, tal como se apuntó antes –y dejándonos de pormenores a lo Senado, Congreso o Ministerios– como la oficina central de la Gestapo en Berlín, o la NKVD en Moscú, un lugar donde la gente acude, sopla algo y ya está. Que a nivel oficial se gobierne y legisle desde el Ayuntamiento, y en lo concerniente a las almas, al menos en lo que afecta a los lugareños creyentes, se haga desde el púlpito o el confesionario de la iglesia de Nuestra Señora de la Ruta –que compite soterrada pero lealmente con la Virgen de Apañapalucos en cuestiones de relieve, robando o partiendo el corazón de la hisedianía en pleno–, no quita que eso en el fondo no sea más que simple fachada, forraje que oculta el curso de otros manantiales semicultos por los que fluyen la información y los actos futuros que decidirán el devenir de los hisedianos. La alternativa de *Donde Sito* sería, entonces, algo así como la sede del Gobierno provisional revolucionario, exiliado con sus bártulos y chismes a un confín del pueblo, y formado por espíritus revueltos –según los hisedianos «normales», otra colección de tarados– que también le dan a la lengua sin ton ni son, hasta irritársela, y que por su parte no dejan de crear una cierta corriente de opinión que tiene la peculiaridad siguiente: si la sigues, no pasa nada, pero si no lo haces, puede que vayas listo. Esa corriente, teniendo en cuenta quién suele acudir a la cháchara que a diario se improvisa en *Donde Sito* con aires de ir a cambiar el mundo ya mismo, es como la del Pábenes en comparación al Amazonas o al Volga, que serían respectivamente *Donde Celia* y *Donde Frasio*. En este último enclave puedes quedarte helado

a la que te descuides y vayan a por ti, primero con una leve alusión, luego con un rumor y finalmente con una ácida crítica, sea ésta justificada o no. Ahí te salen ya culebras de picadura muy dolorosa. *Donde Celia* es peor: ahí pueden salirte anacondas hambrientas en pleno baño, y ello contando con que no te coman antes las pirañas. Aunque, y en tal sustrato se diferencia del grupo de los hombres, te devoran pese a que no hayas hecho absolutamente nada. O precisamente por eso.

Ahora bien, que no se desborde un día el Pábenes enfrentando a ambos grupos, porque entonces ya veríamos, piensa Serafín, que en su fuero interno nunca ha dejado de estar congraciado con ciertas tesis anarquizantes e insensatas que se cuecen en *Donde Sito* como un plato de esos del Norte capaces de tumbarte si no vas digiriéndolos poco a poco y con placentero *rintintín*.

El resto de fuerzas vivas de Hiseda que escapan de esos centros de reunión –aunque éstas ya más renqueantes que antaño y por lo tanto influenciables, como no podría ser de otro modo– lo forman cuatro personas de cierta raigambre en el seno del pueblo. Tres de ellas por su edad avanzada. La última, por el cargo que ocupa: es el alcalde.

El resto son la farmacéutica, el médico y el rico oficial, el de toda la vida, vestigio último de los señorones que hace tiempo hubo en Hiseda. La farmacéutica, Josefina, más conocida como *Fina*, representa uno de esos casos tan característicos de ciertos pueblos, y que recuerdan a una inquietante mutación biológica, apartándose así de la evolución normal de una persona que, aparentemente provista de una salud frágil, va padeciendo cada vez más achaques y el lógico deterioro que conllevan éstos. Su edad es elevadísima, aunque nadie se atreve a concretarla. Debería haberse jubilado ya hace bastante tiempo, se comenta incluso que lustros, o quién sabe si décadas, pero en el pueblo es considerada una especie de monumento viviente. Ahora han puesto otra, pero a los ciudadanos que aún se atreven a recurrir a su botica para aliviarse de cualquier dolencia les encanta *Fina*, eso viene constatándolo Serafín desde que era muy joven y, estando aquí, a veces tenía oportunidad de asistir a las improvisadas charlas entre la boticaria y sus clientes. Porque lo cierto es que si éstos llegaban con una molestia, quejándose amargamente de

dolores en tal o cual parte, ella les soltaba una retahíla acerca de sus propios dolores sin el menor recato, y la verdad es que parecían ser tan numerosos como invisibles y crónicos. Un caso patológico. No admitía que nadie, absolutamente nadie tuviese algo que ella misma no padeciera en sus carnes como un estigma que parece hacer de su existencia un continuo Vía Crucis. Y como dominaba con maestría un cierto vocabulario teológico-médico, la verdad es que lo suyo siempre parecía infinitamente peor. Así, y aunque entrase una moribunda en la botica, *Fina*, entre larvadas regañinas, severos consejos morales y una pomadita de nada, acababa largándole la quejumbrosa filípica de rigor:

–Pues ya ves, hija, aquí me tienes, al pie del cañón y sufriendo como una condenada. Si es que de verdad que creo estar todo el día a punto de desmayarme de agotamiento y de dolor...

A lo que las condenadas de turno, altamente impresionadas por lo que acababa de decir en un tono tan lastimero la dueña de la farmacia, quien vestía invariablemente una bata blanca e impoluta, respondían compungidas:

– ¿Quieres que te dé aire o que te vaya a buscar algo?

Y lo decían haciendo incluso el gesto de abanicarla. Pobrecillas, qué diantre podían ir a buscar que ella no tuviese en sus repletos estantes. Porque otra de las peculiaridades de quien acudía a Josefina es que no solía irse de allí con las manos vacías. Unas pastillas a lo sumo, o la admonición de «cuidarse mucho más» y «no olvidar la oración, que es la mejor, la única medicina efectiva». Josefina –como Berta la *Loca* o *Matalajari*– quejido a quejido había ido enterrando ya a más de dos tercios del pueblo que ella conociera de jovencita.

A *Fina*, que ostentaba sobre su corazón, fijo mediante una chapa de níquel sujeta a un imperdible, la etiqueta: «Lrda. Josefina Gándara», raro es en ese sentido que a nadie se le ocurriera llamarla la *Gárgaras*, pues en el pueblo se la conocía como doña *Bromuro*. Cierto que determinadas cuestiones que atañen a la moral han cambiado un tanto en Hiseda, e incluso ella –sin duda llamada al orden por alguien con peso específico en el pueblo a fin de que procurase ceñir su comportamiento al buen criterio del negocio y al rumbo de los tiempos que corrían, malos pero los únicos posibles– ha

rebajado considerablemente el listón de lo que hasta hace apenas nada aún consideraba moralmente ilícito, que debía ser casi todo.

Por ejemplo, un mozo podía entrar en la botica y pedirle algo contra las chinches o pulgas, que hacen estragos entre quienes están en contacto habitual con animales del campo. Pues estaba por ver que doña *Bromuro* consintiese tan fácilmente en darle el unguento necesario para curarlo. Ni que hubiese acudido allí a pedirle una caja de preservativos tamaño mayor: entonces los mandaba fuera sin más contemplaciones. Aun pidiendo algo inocuo podía perfectamente encararsele y reñirle por su mala vida, alegrándose casi de que padeciera «ese castigo», las chinches o pulgas, «que por algo te habrán venido, pendón», con lo que los otros, cómo no, iban quedándose paulatinamente acogotados y llenos de chinches o pulgas, o peor todavía, casi convencidos de que habían mantenido orgiásticas relaciones sexuales con una oveja o una cabra. Y no, una cosa era pensarlo y otra muy distinta hacerlo.

–¡Anda que sois! ¡Mírame a mí! –les gritaba apuntándoles con su lápiz a modo de sustitutivo de la cachava–, ¡mírame a mí y verás cómo no me salen bichejos inmundos! ¡Por algo será, eh...! ¡Si es que no conocéis la higiene! – Y ése era el quid de la cuestión.

Quizá terminaba vendiéndoles lo que pidiesen, o quizá los largaba de allí con cajas destempladas, debiendo ir a otro pueblo hasta dar con una farmacia libre de ogro.

Pitita misma, que en la memoria de Serafín va adquiriendo con el paso del tiempo todas las condiciones imprescindibles para ser considerada una santa, o por lo menos para la beatificación, ya tuvo sus más y sus menos con doña *Bromuro*, pese a que ésta seguro que estaba al corriente de quién era y de dónde venía: la gran ciudad. «La que anda arrejuntada con el *Burro* chico, allí arriba.» *Pitita* era una muchacha cosmopolita, lo que en Hiseda sería rápidamente traducido por una cosmopotita, pero Serafín nunca creyó que se la considerase como una palurda cualquiera de pueblo a quien la *Bromuro* podía amedrentar con sólo mirarla. Pues lo hizo: llegó a asustarla con sólo ponerle la vista encima. Además, *Pitita* fue tan locuaz y alegre que, ya una de las primeras veces, le pidió una cajetilla de píldoras anticonceptivas. La otra

se quitó las gafas, le echó el aliento a los cristales bifocales, depositándolas con lentitud sobre el mostrador, buscó su lápiz con la mirada, lo cogió, señaló directamente a la cara progresivamente descompuesta de *Pitita*, que aún no entendía absolutamente nada de todo aquel despliegue mímico, pero de modo instintivo se lo imaginaba, y dijo sólo dos palabras:

–La receta.

Igual podía haber dicho con aires de jueza «Pena de muerte» o «Me cago en tu madre, cerda», y la cosa no habría cambiado en esencia.

Como es de suponer, *Pitita* no llevaba receta alguna en dicho momento. Había llegado recientemente a Hiseda, al socaire de la permisividad de la que se creía imbuida por ser de fuera, y hasta la fecha, en la ciudad o por donde fuese en vacaciones, apenas se encontró ningún problema. En teoría nadie parece congratularse con la posibilidad de que una muchacha adulta quede embarazada por no tener la dichosa píldora a mano en un momento de urgencia. Pero aquello no iba con doña *Bromuro*, que estaba más por la línea de la abstención y por las normas morales que regían para ella misma. *Pitita*, cohibida, le dijo que no llevaba receta y cometió el error de abundar en que prácticamente nunca la había llevado en las ciudades en las que estuvo, y que, si así lo deseaba, ya se la traería en cuanto fuese al ginecólogo, con el que por cierto, añadió y era verdad, tenía cita en breve. El rostro de doña *Bromuro* fue transformándose a peor: ni que le hiciese partícipe de una cita en cualquier *mueblé* o motel de carretera con un sátrapa del tres al cuarto. *Fina* repuso, ahora desviando su ígnea mirada en dirección a una báscula de las antiguas, con dos querubines de hierro en sus extremos:

–Las ciudades son las ciudades y esto es esto –luego, tras una breve pausa cargada de tensión, con voz gélida recalcó:

–La receta.

Pitita, que raramente se rebelaba en situaciones de injusticia como ésa –es decir, sí lo hacía y con enormes muestras de furor, pero cuando ya era tarde y estaba a solas o con Serafín, que solía ser quien acababa por pagar los platos rotos–, hizo un amago de responderle como se merecía. Según ella, y hay que creerla a pie juntillas, sólo fue un tibio amago. De hecho, parece ser que iba a decirle: «Pero ¿usted qué se ha creído?», aunque realmente, ruborizada hasta

el cuello como estaba, únicamente pudo balbucir un inicial y tembloroso monosílabo:

–Pero...

A lo que doña *Bromuro* repuso, ya hecha un basilisco:

–Ni peros ni pamplinas... Además, ¡yo no sirvo cochinas!

Por fin lo había dicho, atreviéndose a exteriorizar lo que realmente pensaba: que no quería «sentirse una asesina», así lo manifestó repetidamente a las mujeres del pueblo durante los primeros tiempos de difusión de la píldora anticonceptiva. Una asesina en serie, vendiendo eso, ni hablar. *Eso*, en su particular y encorsetado código de valores, debía ser como atender de enfermera en una clínica especializada en abortos. Ella, de crímenes, nada de nada. La conciencia limpia. De modo que *Pitita*, y es de suponer que otras hisedianas o eventuales visitantes veraniegas, tenían que acudir a las farmacias de Salinas o de Vegamayor, más modernas o por lo menos más liberales, para realizar sus compras, aunque siempre pasando apurillos.

Así terminó la escena de la botica. Con *Pitita* intentando recuperar su maltrecha dignidad y aludiendo a la desesperada que ella venía de fuera –ésa parecía ser su única defensa ideológica– y que no tenía por qué aguantar semejante insolencia ni humillación. Argumento que fue aprovechado por Josefina, asalmonada la tez, sanguinolentos los ojos, boca de conejo rabioso que no puede proclamar cuantas soflamas piensa, para dar al fin con la palabra definitiva, y que le venía que ni de perillas:

–Fuera...

Toda una *Pitita* Vicálvaro Noguerales doblegada por aquella mala bestia con bata blanca e ideas muy respetables si se quiere, pero indudablemente retrógradas. Vivir para verlo. El suceso la abocó a una gran crisis de valores. La última imagen de *Pitita* que conserva en su recuerdo, o con más exactitud en la retina de la memoria, es la de ella vistiendo una de sus imposibles faldas estampadas de amebas y con un no menos inverosímil jersey de lana lleno de cuernos de ciervos que le quedaba cinco tallas grande, quieta frente al árbol situado en la parte trasera del jardín. Aguardaba allí, cruzada de brazos, flaca, impasible y hambrienta, a que por fin cayese una pera del peral. Hubiese quedado ideal en un lienzo de Poussin o Fragonard. Por fuerza tenía que

comer algo, pues sin contar un arroz blanco hervido llevaba casi cuarenta y ocho horas sin probar bocado, de hecho desde que ingirió unas pocas moras recogidas directamente de sus zarzas, aunque éstas todavía no hubiesen caído, ya que, dijo con aspecto de visionaria: «Las moras no caen, sino que se pudren en las ramas», y aquéllas le parecieron lo suficientemente maduras como para hacerlo. Serafín hubiese jurado que incluso estaban algo podridas.

De ahí, quizá, el color macilento que mostraba entonces el rostro de *Pitita*, así como sus esporádicos temblores y arcadas. Debía haberse intoxicado ligeramente, pero su conciencia estaba limpia, porque no había asesinado a ningún ser vivo. Aunque en otra dimensión, podía decirse que era colega de *Fina*. Y es que hubo cierta época, que coincidió con esa manía de no comer apenas, en la que *Pitita* empezó a fantasear con su propia Teoría de la Conspiración, con ella misma de objetivo. Superadas en parte las fases de trastornos bipolares transitorios y de paranoias varias, unos a causa del rechazo de los vecinos y otras derivadas de la soledad en que vivían en la Casona, lo que debía sufrir era una especie de suavísimo edema cerebral que la colocó al borde de la apatía crónica, el ayuno a ultranza y quizá, de haber seguido algún tiempo más aquí, la locura. Bueno, o la santidad.

Sin embargo, como no podía ser menos, también Josefina, la temida farmacéutica, que pócimas recetaba pocas pero de sermones en el más puro estilo Savonarola iba sobrada, parecía tener su punto débil, su zona llamémosle ignota. Llevaba toda la vida de boticaria en el pueblo. Era solterona empedernida, pese a una ubérrima condición que la hacía poseedora de un par de tetas impresionantes, lo cual era paradigmático porque frente a ella había que hacer como si no existiesen, mirando hacia otro lado: más de uno, años atrás, se llevó un guantazo proveniente del mostrador por dejarse inducir a tan pectoral como excusable curiosidad. Excepto algún viaje concreto, sólo se había movido de Hiseda para intentar abrir otra farmacia en una de las provincias del Centro, una de esas capitales de rancio abolengo y sólidas costumbres morales. Lo suyo. Hasta ahí no pasaba nada. Probó fortuna con aquel experimento, que duraría apenas dos años. Después, más iracunda que nunca, retornó a Hiseda con sus quejas y malos humores, si cabe recrudescidos por los aires presuntamente de acérrimo pecado y

disipación sin mengua que habría inhalado en la ciudad, aunque quizá convenga recalcar que muchos hisedianos creen que, pese al hocico de enfado que suele lucir, ella, como habitualmente afirma, «se desvive por este lugar y sus gentes». Lo sorprendente, por no decir lo definitivamente sospechoso –por tal época la información cruzada entre *Furias*, *Corvatos* y sus respectivas brigadas de orejas-lenguas tuvo que ser de echar chispas– es que la estancia de Josefina en esa provincia coincidió en el espacio y el tiempo con la de otra persona que, al igual que ella, siempre estuvo en el pueblo, salvo esos dos años en que, carambolas del destino donde las hubiera, se fue a la misma provincia, regresando casi simultáneamente a cuando lo hizo doña *Bromuro*: el médico, claro.

Don Fabián, alias *Menengele*, tiene un inusual apodo que nadie ha sabido nunca exactamente a qué podía deberse, aunque después de muchas y densas cogitaciones Serafín llegó a la convicción de que se trataba de una curiosa miscelánea entre Mengele y meningitis. Si no, es incapaz de explicárselo. ¿Por qué esa simbiosis entre el siniestro apellido de aquel célebre doctor del campo de exterminio nazi de Birkenau –«tú a la fila de la derecha, tú a la de la izquierda», y aun ello sin hablar, con el simple gesto de una mano– y una enfermedad que, precisamente en Hiseda, que se sepa, nunca encontró lo que se dice su caldo de cultivo ideal? Imposible saberlo. «Aquí», como dijo alguien a quien le acababa de pasar un tractor por encima y casi seguía como si tal, «la melingitis ésa se nos quita trabajando». Realmente, don Fabián era un redomado brutote, como otros tantos, y el hecho de ser médico sólo le confería la certeza de hallarse, en lo social, uno o dos escalones por encima del resto de vecinos. Pero lo aprovechaba, que no es lo mismo comer vaca que ordeñarla.

Muy partidario de remedios antiguos a base de plantas, lo que siempre encantó a los hisedianos, rara vez recomendaba una revisión a fondo y urgente de dolencia o sintomatología alguna. De ahí que se le atribuya un número indeterminado de difuntos a lo largo del tiempo: enfermos a los que dejó, según rumorología extendida, «a punto de caramelo para la Extremaunción y la funeraria de la capital», pues, por lo general, para cuando los enviaba a los hospitales ya era tarde. Igual de ahí le vino lo de *Menengele*.

Sin duda el gracioso que le puso el mote se quedaría a gusto, pero igual la palmó poco después gracias a las habilidades y capacidad previsora del susodicho galeno. Que uno le iba con un tumor más grande que el altar de la iglesia de Nuestra Señora de la Ruta, allá que don Fabián le decía al principio, y luego de mucho escudriñarle con ademán serio: «Nada, nada... eso se quita con infusiones de hojas de eucalipto y cortando leña». Y al hoyo, es normal. U otro, que le venía con los pulmones negros como el hollín a resultas de tanto fumar y la mala vida, era tratado con cinamono, romero y unas grageas de perejil y ajo, aparte de recomendarle que no dejase de darse a diario sus buenos paseos respirando el aire puro del monte, cuando en realidad debía pasarse todos los días trabajando de sol a sol en la fábrica de hilaturas. La gripe o la neumonía incipientes engordaban que era un primor en cuestión de días gracias a aquellos aires helados del monte. Y al hoyo, también.

Era un ultraortodoxo de la medicina, por no decir un salvaje integrista. Después le daban sus arrebatos de naturalismo militante, y eso duró casi hasta la irrupción definitiva de las grandes industrias farmacéuticas en la salud de personas que vivían en sitios como Hiseda. O sea, ayer mismo. Que uno le venía a don Fabián con fiebres tercianas, él proponía una cura mediante frotaciones sucesivas de piedra serpentina. Que otro decía padecer almorranas, allá que él le recomendaba choricillos picantes, para acabar reventando aquéllas. Que otro estaba resfriado o con una gripe de caballo, infusiones de árnica al canto. Ajos fritos para el reuma, siempre, bizmas y emplastos contra las varices. Que padecían callos, hematomas diversos o sarpullidos en la piel, a darse con martagón durante unos días. Como afirmaba orgulloso, su *Vademécum* era la propia vida. Y claro, todos los pacientes que no se le morían los consideraba ipso facto un éxito a añadir en su currículó. Un caso.

Si don Fabián tuvo un lío o no con Josefina la farmacéutica, desde luego ahora no lo parece, pues cuando han coincidido en un sitio o evento ni se miran, lo cual, siendo ambos del gremio y de tan avanzada edad, resulta llamativo en sí. Bien pensado, eso es lo altamente sospechoso. Quién sabe. Él se ufana por manifestar de continuo que lleva una vida tranquila,

«aguardando plácida y orgullosamente a la Parca», como suele decir a los vecinos, aunque a veces cambia una palabra en esa frase talismán: orgullosamente por «altivamente», con lo que la mayoría de hisedianos estallan de incredulidad al comprobar el elevado nivel de léxico que posee su médico. En cuanto a lo de la Parca, según parece, los hisedianos casi en bloque estuvieron creyendo durante años, absolutamente convencidos de ello cual marabunta sumida en la suspicacia, que se trataba de un antiguo amor, como quien dice la Mari Loli o la Jacinta, que cualquier día vendría a por él. Algunos, más imaginativos, creyeron que bien podría ser una empresa de autobuses que cualquier otro día habría de venir para recogerlo, llevándoselo a quién sabe qué lejanos lugares donde prodigar curaciones de factura milagrosa. El caso es que la tal Parca no llegaba nunca, mientras don Fabián, siempre puro en la boca pero metiéndose sin piedad con los fumadores –algo cuanto menos sorprendente, ya que él lo sostenía alegando que no tragaba «apenas» el humo de sus puros–, seguía en sus trece de quitarle importancia a las supuestas enfermedades de los hisedianos. Celebérrima fue, en tal sentido, una serie casi concatenada de casos de enfermos que llegaron a su consulta literalmente consumidos por sendos cánceres en avanzado estado, ya no de deterioro sino de putrefacción, a los que don Fabián despachó de modo arbitrario, recomendándoles jarabes casi a modo de placebo. Para cuando quiso darse cuenta, aquello ya no tenía solución.

–Estaba podrido por dentro... –argüía en el grupúsculo que jugaba al dominó todas las tardes en un rincón del *Legañas* reservado para ellos–. Casi mejor ni decírselo, pobre hombre...

Había que creerle o, de lo contrario, menudo canguelo saberse en tales manos. La verdad es que don Fabián imponía. De gran envergadura y entrado en carnes, pero siempre musculoso, cuando tosía retumbaban las paredes de su consulta. Entonces soltaba tacos al por mayor. Y si alguien le recordaba su clara dependencia del tabaco, por mucho que lo criticase en los demás, él respondía furioso:

–Que yo sólo chupo el purito, leñe... ¡A ver si alguno va a llevarse una inyección...! –Así amenazó siempre.

No se sabe a ciencia cierta qué más chupaba don Fabián, aunque las

suspicias nunca cesasen. Debía tener los alvéolos más sucios que el basurero de Hiseda, sito en el final de una angosta cambera que subía en dirección al *Barrio*, desviándose luego a la izquierda, pero cualquiera se lo decía. Además, ya tan mayor últimamente hablaba hisopeando, y a uno le ponía perdido a salivazos de cogerlo cerca.

Don Fabián y su puro tal que un apéndice más del rostro, como circunstancia orteguiana que lo distinguía del resto de los hisedianos ilustres, pues no había precisamente muchos que tuvieran aplomo y arrestos suficientes como para ventilarse un habano en las narices sin toser o carraspear un poco. Así, él mismo fumaba sin mover ni una arruga de la cara, intoxicando a sus interlocutores de manera constante, criminal y con efecto retroactivo, pues ora te encontrabas sumido en esa ingestión no deseada de pernicioso humo, ora acababas pasando por su consulta cual dócil corderillo.

Afirmó siempre ser un experto entomólogo, y estaba muy orgulloso de su colección de mariposas, que tampoco era para tanto, según parece. En un tiempo se le vio por esos prados vestido para la ocasión: con un gorrito a lo tirolés, botas chirucas y calcetines de rombos hasta las rodillas, su capacho al hombro, tirantes bajo la chaquetilla de lana, con acopio de puros, cantimplora y algún utensilio más, seguro que un botiquín elemental, así como la consabida red en forma cónica para capturar lepidópteros ondulando al viento, al final de un largo palo. Debió despertar alguna que otra mueca entre quienes, en ese tiempo, le vieron con tal pinta, pero el caso es que, pasada su fiebre entomológica, no volvió a acicalarse para la ocasión, aunque saliese a menudo al campo, entonces ya sólo con el puro y la gorrita tirolesa, pluma incluida. Dícese que todo ese eximio coqueterío lo desplegaba como un pavo real para seducir a la farmacéutica, a quien, también se decía, le gustaban mucho las mariposas. Sin duda esa sería su faceta más tierna y femenina. Pero seguro que Josefina no las vio copular alegremente en el aire, si no les hubiera montado el cisco recriminatorio allí mismo, entre zarzales y pastos.

Ahora el médico, ya anciano, no salía apenas por esos andurriales dejados de la mano de Dios. Así que, y como se comentó largo tiempo en Hiseda entre dientes, su colección de mariposas no podría seguir creciendo. Aunque, bien pensado, lo que de verdad coleccionó don Fabián a lo largo de su vida

fueron dos cosas: chicas de servicio y enfermeras. En esto último la picaresca hisediana, mediante un metalenguaje que ni siquiera parecía necesario exteriorizar con frases normales, afirmaba que había tenido mucho que ver el mismo médico, aparte de con su carácter aguerrido, viril y con su apasionamiento para todo, pero también la farmacéutica. Es cierto que rara era la enfermera que le duraba más de una temporada. Todas, sin excepción, terminaban yéndose cada cierto tiempo. La mayor parte sin avisar apenas, de modo casi furtivo y con atisbos de llanto en las mejillas. Otras versiones, como queda dicho, apuntan a la larga mano de *Fina*, quien desde su puesto del Alto Mando de la Botica no veía con buenos ojos la permanencia durante demasiado tiempo de esas profesionales de la Sanidad, siempre más jóvenes que don Fabián y por lo tanto lagartas potenciales.

En cuanto a la incontable lista de chicas de servicio o asistentes que sin cesar habían pasado por la casa-consulta del médico, el asunto indicaba que también ahí Josefina tuvo su protagonismo. Un hombretón de su prestigio, soltero empedernido. Todo cuadraba. Fogoso, según se le llamaba a eso desde los ejércitos del libertinaje. La verdad es que no tenía excesivo trabajo en Hiseda, y le quedaba demasiado tiempo libre para pensar o, como sibilinamente lo denominaba doña *Bromuro*, tanto referido al médico como a cualquiera que pareciese estar desocupado, «para darle vengas que te pego a la concupiscencia más sucia y los pensamientos impuros». Desde siempre don Fabián se quejó agriamente de que en el pueblo parecía no haber enfermedades, y que lo suyo a poco más se reducía que «a curar cornadas de vaca y patadas de caballo». Por ser quien era quizá no le tuvieron en cuenta los hisedianos esa alusión a las cornadas que daban las vacas, pues ellos las llamaban «mochar», como si de imponentes miuras se tratase. Alguna vaca que otra sí había salido un tanto brava y echada para adelante, volteando a varios paisanos por el aire cual figuras goyescas, pero generalizar con el ganado era ofensivo. A sus vacas las tenían como entes celestiales, hechas de angélica sustancia, algunas destinadas al sacrificio, sí, qué iba a hacersele, pero poco más.

Luego está Crispín, el alcalde que lleva un montón de años siendo reelegido por aclamadora mayoría tras votaciones en apariencia tan pacíficas

como las vacas del pueblo, pero en las que, se dice, más de uno que no estaba por la renovación crispinácea al frente del consistorio municipal fue mochado por sectores afines a éste, haciéndole recular finalmente, pues Crispín es como la materia oscura del Universo, pero en Hiseda. Un caso fantástico. De entrada, y en eso por lo menos es único, no tiene apodo alguno, pese a ser nada menos que «el alcalde de toda la vida». Crispín únicamente. Como quien dice: «*Rambo*». Ello, aunado a que parece una mosquita muerta, explica bastantes cosas. Tiempo atrás, durante un acalorado debate en la Comisión de Ferias en el que Crispín poco más hizo que tocar repetidamente su campanilla de mesa para apaciguar los ánimos, al final fue brutalmente zarandeado por *Colás*, que aquel día no estaría verde, sino violáceo de rabia por cualquier tontada, o por los tintos del *Legañas*, váyase a saber. Crispín se dejó hacer. Es dócil, o lo parece, hasta la náusea. Se le ve constantemente atemorizado por todo, y cuando debe hablar en público durante un pleno, por ejemplo, lo pasa fatal. Es la pusilanimidad personificada, un hombre que camina encorvado, al que la ropa le cuelga por todos lados y cuya voz apenas resulta audible, pese a lo que él, todas y cada una de las veces que pretende decir algo, levanta su manita blanca, escuálida y, con un dedo enhiesto, sisea medio avergonzado:

–¿Se me permite decir una cosita de nada, por favor?

Algo que pregunta indefectiblemente poniéndose de puntillas, y con tan rarísima habilidad que nadie percibe dicho gesto. Sí, es un chollo de alcalde. Al menos en las garras de los *Corvatos* o cualesquiera otras fuerzas vivas se acerquen a él, porque su sentido de la servidumbre callada y de interiores sólo es parangonable a su innata capacidad de adulación. Inexplicable que un hombre de tales características físicas y psicológicas pueda haber llegado a presidir la alcaldía de un pueblo como Hiseda, rebosante de duros y hasta bárbaros caracteres. O tal vez precisamente sea de ese modo para compensar, y lo tienen ahí como el *emboque* de los bolos. Aunque quizá, piensa a menudo Serafín, el aspecto linfático del alcalde, su tosecilla de tuberculoso que no acaba de palmarla, ese color rojo desvaído que con frecuencia sube a sus pómulos cuando algunas personas le dirigen la palabra, siempre en tono de exigencia, siempre amenazándole, pues eso es algo que Crispín parece

pedir a gritos, todo ello tal vez no sea sino una hábil añagaza de político. Porque al final, ahí sigue, de alcalde casi con carácter diríase que vitalicio. En lo único que se le considera un campeón es en el dominó. Gana frecuentemente, pero también cierto que muy a menudo se deja ganar por quien tiene delante, según le dé la vena del temor o la generosidad. Sobre todo si se trata de un ilustre hisediano. Para no contrariarle. Una táctica inteligente, aunque hacen falta buenas dosis de aplomo si se actúa así. El problema es cuando los otros se dan cuenta y se enfurecen, humillados. Entonces hay que recogerlo prácticamente del suelo a manotazos, de tan rastrero como se pone. Crispín podría ser el secretario idóneo de un feroz comisariado en cualquier policía política. El hombre frágil, callado y sonriente que medra en las sombras, pero que hace y deshace con sabiduría y mano diestra. Porque mano dura, o sea pegar, él no pegaría. El diría a su gorila de turno: «A ése, machácamele cinco minutines hasta que cante una jota...». Poco más.

Es silencioso y, por sentido patrio, muy aficionado a los bolos, aunque ni comparación con su fidelidad al mus o al dominó. Si intenta lanzar con fuerza un bolo, prácticamente sale despedido. A Serafín siempre le han resultado aburridos los bolos, ya se explicó, y cree que el alcalde pasa tantas horas en la Bolera, absorto en el juego, no porque realmente le guste, sino porque ahí hace labor de proselitismo. Como todo hijo de madre, sí, pero él es alcalde. Eso, junto a los diarios avatares de la política provincial, es lo que llena su cabeza podría pensarse que hueca, pero siempre impecablemente peinada. En algo se parece a Serafín: usa anteojos de gruesa montura así como un pulquérriimo bigotillo que afeita cada mañana, vestigio piloso un tanto trasnochado tal vez, que tiembla de modo ligero cuando alguien está pegándole una bronca que, por lo general, él encaja con estoica parsimonia, murmurando cosas como «Sí, sí, ya veré», u otras zalamerías y evasivas por el estilo, frases que dice mientras se golpea el pecho, leve pero sincrónicamente, como en una especie de contracción de cariz jaculatorio, y también de obediencia. El caso es que todo el mundo se ha acostumbrado a irle con la cantinela de su problema particular. Serafín puede entenderle a la perfección porque también él ha ido siempre de *punching-ball* por la vida, o

sea, una persona en la que otras descargan sistemáticamente su pésimo humor. Los paisanos lo hacen más por desahogarse que porque creen que realmente se va a poner manos a la obra con el problema de marras, por lo común cualquier memez de un «quítame de ahí esas piedras que invaden mi prado» o desavenencias por el estilo, lo que no significa que, tratándose de Hiseda, esas cuatro o cinco piedras de nada generen una reyerta con amenazas, contusiones y secuelas en todo punto imprevisibles.

Crispín los oye con las manos juntas, entrelazadas más bien, casi en actitud de oración. Es como un cardenal Mazarino aunque en apocado, chiquitín y ridículo dentro de la vida social hisediana, verdaderamente poco agitada, y en el acaecer político del pueblo, asimismo una balsa de aceite, porque cuando Hiseda se pone convulsa es que las fuerzas vivas de la localidad, aunque sea debido a una mínima razón, han entrado en conflicto entre sí. Entonces él, pavorido y deseando que pasen los malos vientos, ejerce de lo que verdaderamente le chifla: contemporizador. Crispín es de los que se escaquea, para entendernos, con aquello del ir y venir por asuntos urgentes, o del: «Se está viendo la cosa...», tan enigmático como inútil. Pero astuto debe ser, sin duda. Quizá hasta disfruta lo suyo siendo constantemente ultrajado y llevado casi en volandas, a veces mediante groseros empujones de aquí para allá, mientras gime: «¡Bueno, tranquilos..., hay que ver cómo os ponéis!», y acto seguido, antes del nuevo improperio o zarandeo que sin duda recibirá, vuelve a pedir permiso para tomar la palabra en un gorgorito. Posee su punto masoquista, es obvio. Apellidándose De la Hoz resulta extraño, pero sintomático, que no le motejaran como *De la Hez*, lo que estaba a tiro. A los hisedianos debe parecerles que con ese tipo gazmoño y mequetrefe que tiene, llamándose Crispín ya va servido. Sí, llamarle *Pigmeo de la Hez* acaso sería demasiado. Y es que a veces también ellos sacan su punto de bondad.

Se supone que la gente le tiene tan cogido el sobaquillo que incluso inspira cierta lástima, algo que debe complacerle y hasta excitarlo hondamente. Porque después de haberlo rebozado por el barro, tratándolo verdaderamente como un trapo, a los hisedianos les suele entrar el remordimiento. Entonces vuelven sobre sus pasos y le dicen algo ya no agradable, pues de eso parecen bastante incapaces, sino neutro. Un deseo que

suenan más a orden, pero sin insultarle ni levantarle el tono. Algo así como: «¡Alguien tiene que llevar todo esto!», o «¡Venga, alcalde, a andar mejor, y ojito!». Ante lo que Crispín, aún con el recuerdo del desaguisado sobre sí, solapas torcidas, pelo hecho una escoba, ruborizándose con ligeros roales de palidez, la camisa medio salida y sobre todo muy agitada la respiración, promete enérgicamente que se pondrá «de inmediato a ello», y listos.

Posee el laborioso instinto y la eficaz destreza de, aun escaqueándose que es un deleite, apaciguar los ánimos de algunas fieras hisedianas, que a su vez se alimentan de pleitos envilecidos por cuestiones ya no de pura envidia, sino de simple consanguinidad. Fue sonada la tunda que tiempo atrás le propinó, en el propio despacho de la alcaldía, un paisano enfurecido por algo relacionado con sus vacas. Aquel tipo, de aspecto asilvestrado y ojos zarcos, aún con briznas de paja entre el sucio cabello y boñigas llegándole a las rodillas, no golpeó directamente pero sí empujó y sacudió hasta la saciedad a un a simple vista impertérrito y demudado Crispín. Lo bueno fue que, arrepentido de su acción, a las pocas horas el hombre envió a su anciana madre con una hogaza de pan y requesón para el alcalde, que admitió las disculpas y el regalo de buen grado. «No te jode –debió pensar el máximo responsable municipal–, como que si se lo devuelvo igual me arranca la cabeza de cuajo.»

Pero sigue por dilucidarse hasta qué punto Crispín hace y deshace realmente lo que quiere. Habría que saber cuáles son sus contactos, es decir, sus servidumbres con las personas emblemáticas del pueblo. El dominó cifra una pauta de esa actitud servil hacia los importantes de Hiseda, lo mismo que el mus, prolongados campeonatos éstos que a su vez son motivo de enconadas apuestas y enfados. Queda dicho que a veces se deja ganar por *Colás*, cuando lo considera oportuno, y por don Fabián, el médico, muy a menudo, según el humor de este último. Igual ocurre con el cura, aunque con don Julián tiene menos contemplaciones. Será por esa cosa que tradicionalmente enfrenta estamento laico con el clero, algo de cariz carpetovetónico si se quiere, pero consustancial a ciertos pueblos y razas como la nuestra. En verdad, *don Sobao* poco daño puede hacerle desde el púlpito con sus homilías dominicales, que nunca son incendiarias pero a

veces sí han tenido visos de pirómanas. Eso fue en otras épocas. En cambio, con quien invariablemente se deja ganar Crispín es con el rico del pueblo, el señorón desde época casi inmemorial: Don Melquíades.

Tan egregio sujeto, rareza conservada en formol de una extinguida estirpe –en su caso, ni saga ni dinastía–, merecería un capítulo personalizado. Es como uno de esos insectos que se mantienen emparedados en ámbar desde hace millones de años, siempre en idéntica postura, desafiando el paso del tiempo y las leyes de la lógica y de la natural descomposición de los cuerpos, como si se le hubiera cogido en una foto hecha por sorpresa, instante ido y que sin embargo los hace eternos en su inmovilidad y perfección, pues estando como están, en una urna, tal y como estaban en el momento de su repentina y fatal ducha de resina, son, siguen *siendo*, porque están. Pues Don Melquíades casi lo mismo, sólo que un poquitín más alicatado, como por aquí se dice para aludir a quienes, quieran o no, van perdiendo a todas luces su vigor y apostura. Seres mantenidos en ámbar, siempre tan dignos.

Poco se sabe, al menos de buena fuente, acerca del conspicuo y soberbio caballero, esto último no tanto en el sentido de embebido de sí mismo como de imponente y hasta avasallador. Aunque lo otro también. Antes solía pasearse por ahí enfatuado como un faisán en época de apareamiento, hogaño se le ve considerablemente más mermadín y sin tantos aires. Sus padres y sus abuelos ya ejercían de lo mismo que él, de señores de Hiseda, lo cual consistía en poco más, aparte de cuidar y gozar de sus fincas, que en dar el puntual y monótono paseo de media tarde saludando al personal como si de monarcas se tratase. Y así, como todo pueblo tiene su tonto, su desvergonzada o su bufón serio y aparentemente respetado, puestos que ocupan en Hiseda *Pituco*, *Matalajari* y el propio Crispín, así todo pueblo que se precie ha de tener, y además conservar como oro en paño, su señorón de impresionante aspecto y dicción puntillosa. A él y sólo a él se le permite pasear con la única cachava distinta a la del resto de hisedianos. Su cachava no puede ser una cachava normal, sino algo similar a un bastón de mando, estilo mariscal de campo, un cetro. Madera nobilísima traída de Indias por sus antepasados, pues la de aquí no puede sostenerle, faltaría más. Empuñadura repujada en marfil, plata e incrustaciones de oro de ley, lo que

está a juego con los anillos que luce en esa mano: tres, y con sellos que representan sendos escudos, presumiblemente los de su familia, tapándole casi media mano. Un solo dato bastará para comprender la posición de Don Melquíades en el pueblo: es el único personaje a quien don Fabián, pese a ser naturalmente su médico de cabecera, no osa insinuar nada, ni mirar siquiera cuando el ricachón enciende su puro habano, expeliendo aparatosamente el humo, e incluso, no se sabe si a consecuencia o por efecto de las corrientes de aire que en tal momento se den en el reservado del *Legañas*, lanzándolo directamente a la cara del médico, que se pone rojo como la pulpa de una granada, aunque no tarda en agradecer entre risillas, bromas y aspavientos esa «bocanada purificadora» de un ejemplar de habano que, así lo dice y de hecho no lo duda, es de una calidad muy, pero que muy superior a los que él, «humilde curandero de pueblo», puede consumir de tanto en tanto. Entonces incluso aspira con fuerza, el muy lacayo, a menudo para indignación de *Colás* o algún otro *Corvato* o contertuliano que esté por allí.

Claro que también se ha llegado a oír que don Fabián, si alguna vez se ocupó personal y concienzudamente de una cabecera, no fue de la de Don Melquíades sino de la de Doña Matilde, su esposa. Lo más cristiano de todo el valle, de largo. Prácticamente vive enclaustrada en aquel caserón que posee ermita propia y panteón, como ha de ser. Así que, por no ir, no va ni a misa: se la hace traer adonde esté ella. A su lado los remilgos puritanos de Fina *Bromuro*, la farmaceútica, con lo religioso siempre a flor de labios, pudieran quedar hasta raquítricos –por lo menos en cuanto a oración se refiere–, aunque sin duda ambas son como Gudrun Ensslin y Ulrike Meinhof, fundadoras de la Fracción del Ejército Rojo alemán: qué *yuyu*.

Preferible obviar, en ese sentido, la larvada animadversión que la también pía Josefina, a su entender azote de disolutos y martillo de despistadas, le profesa a esa dichosa Doña Matilde, de quien dicen tiene ya un ojo completamente velado, con lo que Serafín se la imagina como una Princesa de Éboli de estas tierras. Debe profesarle hasta más inquina que a todas las chicas de servicio y enfermeras juntas, e incluso declaradamente putas, como si de esa forma lo hubiese publicado el Boletín Oficial del Estado, que pasaron por la consulta de don Fabián.

El alcalde Crispín, también como ha de ser, palidece de placer cada vez que ve entrar a Don Melquíades y éste suele efectuar un gesto característico con la mano o con el asa de su bastón. Es un «gracias», o un «no hay de qué» que, si se observa detenidamente, más podría significar: «Descansen ¡armas!...», pues todos se quedan rígidos, descompuestos o hasta en posición de firmes, poniéndose en pie cual resortes. A sus años. Exactamente como cuando un militar de cierta graduación irrumpe en un sitio atestado de reclutas o de militares inferiores en el rango, mayormente pardillos. Sólo *Toño*, el *Rojo* de los *Corvatos*, mantiene cierta corrección en su instintiva reverencia, un vago no se qué de desafío y suficiencia ante el ilustre señor del pueblo. Quizá sea esa sonrisa oblicua que se le pone en un sutilísimo amago de rictus, pero como nadie la ve, pues está con la cabeza inclinada igual que todo quisqui, la cosa pasa desapercibida. Valórese en su justa medida, pues, el aplomo ideológico de *Toño*, así como el mérito de su media sonrisa aun con la testa gacha. Donde hay, queda.

Don Melquíades Setián Terán es hoy notario ya jubilado, pero tiempo atrás tuvo dos bufetes propios, uno en la capital y otro en Salinas. Allí colocó a sus inútiles retoños, que siguen su ejemplo. Siempre fueron, como su padre, altivos pero acaso no desdeñosos, y se supone que lo de la notaría les llegó más por influencias que por méritos intelectuales propios, pues no se olvide que los Setián Terán tienen pomposo escudo heráldico desde hace más de un siglo, y eso marca. Nadie ha conseguido entroncarlos *de verdad* con una de esas típicas familias de escudo con solera, pero da igual. A tal ralea de herederos se les llamaba por números, el cuarto, el quinto, etc., etc., y siempre con la coletilla: «Éste, el cuarto, no se tiene en pie de vago que es...», y a cada cual lo suyo. Muy hisediano, valga recalcarlo, aunque después bastantes de entre los hisedianos, como hacía Crispín, el águila municipal, alcanzaran vergonzosas cotas de lumbalgia para dar vivas muestras de su admiración al paso de cualquiera de los Setienes, tuviéranse o no en pie de vagos.

La familia, acaudalada y con aura de aristócratas venidos algo a menos pero a la vez cargados de dinero, no hubiese necesitado en absoluto ese rutilante notariado *per saeculam*, pero se comenta que en tiempos lo

consiguió para medrar entrando en política. Cosa que le salió mal, agriándole un tanto su carácter ya de por sí cerrado y huraño, pues también, y entre otras cosas, el franquismo fue un régimen basado en «capillitas», con sus particulares leyes de selección natural, corte que no favoreció al interesado. Pero Don Melquíades era ciclotímico, porque otras veces aparentaba de un campechano que podía asustar gratamente mas nunca contagiarse, pues las clases son siempre las clases. Los hisedianos sostenían que entonces iba piripi, de licor fino e importado, eso sí. Incluso en el *Legañas* tenían un oporto reservado exclusivamente para él, y al cual invitaba de vez en cuando si se sentía magnánimo. Esa campechanería hasta llegaba conseguir que, por lo menos una vez por mes, entrase en el citado bar, que se quedaba *ipso facto* en estado de colapso con su sola presencia. Otras veces, en cambio, cuando parecía haberle picado alguna pulga de sangre azul, ni siquiera se dignaba mirar en dirección al *Legañas* pese a que cruzaba frente al bar, con toda la gente agolpada allí, presta a la unánime reverencia.

Se le suponía mujeriego contumaz y jugador de alto copete en los casinos de lujo, o al menos fue así en época no tan lejana. Pero no hay pruebas fehacientes de ello, salvo vagas referencias a alguna farra memorable con amigotes de elevada alcurnia en las que, sigue suponiéndose, hubo naipes que plasmaban grandes sumas de dinero, y *champagne* francés como quien bebía agua de seltz, y damas de moral más que dudosa pagadas para la consumación plena de tales francachelas. Lo incomprensible del caso de Don Melquíades, pese a su condición de ex notario y su aire de elegantísimo tahúr, es que al mus y al dominó parece menos espabilado que *Pituco*, el bobo oficial del pueblo, lo cual ya es decir. De ahí que para Crispín, el alcalde –seso político el suyo– sea tan fácil dejarse vencer, poniendo la expresión facial, todas y cada una de las ocasiones que ello sucede, que sucede siempre, de pasmo absoluto y veneración máxima por la demostración de hidalga astucia que, una vez más, acaba de ofrecer Don Melquíades a la concurrencia.

En cambio, Doña Matilde Alcántara de Ceballos, su no menos imponente esposa –y aunque apenas exista para el pueblo, ya que nadie la ve– parece estar constituida de otra hechura terrena. Ella, al margen de su supuesta adicción a los cuidados personalizados, si no íntimos, de don Fabián en época

ya lejana, y esto también habría de ser demostrado, es la genuinamente fervorosa señorona, la conservadora a ultranza que logra asustar doquiera mire con su sola y al parecer ahora tullida mirada, sí, nebulosa y blanda, diríase que como el fragmento de un antiguo vitral gótico que sirve de pasatiempo y curiosidad a los búhos y cuervos en una iglesia abandonada, lo que en realidad se traduce en un montón de dioptrías en su único ojo sano. Por no decir nada del velado. Eso sí, pese a los achaques y su invisibilidad en la práctica, se dice que tiene el carácter cada vez más rancio, pues esta mujer que camina como si lo hiciese sobre coturnos de cristal de Murano, bien podría haber pertenecido al más alto escalafón de la Corte de los Austrias o los Tudor, y eso se lleva no sólo en el caminar que ostenta o en la mirada que luce –velada o no–, sino principalmente en el ademán, del cual se extrae la idea cenital: que te hacen un favor por existir y pasear su esqueleto ante tus ojos.

Las *Furias* apenas la mentan, como si una simple alusión a la dama supusiera llamar al mal de ojo. Menuda, si se supiera. Las reconcome no poder criticarla abiertamente. Aunque nunca dejan de esgrimir una especie de cicatriz en la boca cuando su nombre sale a colación. O cuando alguien, por querer pasarse de servicial o de simpático, sufre la cólera con tintes cismáticos de Doña Matilde. Incluso a *Pitita* le pasó algo así, y no le hizo gracia alguna. A *Pitita* le gustaba cocinar postres exóticos y toda clase de dulces. En cierta ocasión se oyó a Don Melquíades hablar de esa recatada pero insuperable proclividad de su esposa. No la llamó «viciosa de los dulces», pero poco faltó. Dijo que era una «golosa impenitente de bizcochos y cosas por el estilo». *Pitita*, tras enterarse por Serafín, allá que se lanzó a hacerle a Doña Matilde un batiburrillo a base de compota de manzanas, ciruelas, uvas pasas y a saber qué más. Todo primorosamente empaquetado, con un lacito y tal, se disponía a llevarlo al caserón de Don Melquíades. Fue interceptada a tiempo por Serafín, quien alarmado le previno:

–Vas a hacer el ridículo. Se reirán de ti...

Ella insistió, pues si *Pitita* era muy suya para el tema de la espiritualidad y la pintura, no lo era menos con los postres cocinados por ella con el sello de *Mamen* Noguerales, maga de los postres de postín. El siguió advirtiéndole:

–Te estrellarás...

Y se estrelló, en efecto. Contra el mismísimo cancerbero de la mansión de los Setienes, en este caso un ama de llaves asténica y ceñuda, de aspecto transilvaniano pero que en realidad provenía de cierta cordillera chilena, impidiendo la entrada allí de *Pitita*, quien ya se veía departiendo alegremente con la aristocrática Bruja Mayor de Hiseda. Resignada, tuvo que hacer entrega de su obsequio a la vampira de la puerta, cuya piel recordaba al alquitrán recién puesto en la carretera. Aunque al sonreír mostraba toda su nivea dentadura, lo que tendía a empequeñecerle a uno, en este caso a una, *Pitita*. Al cabo de varios días Don Melquíades, en el *Legañas*, vino a decir más o menos «Gracias por lo del pastel que había hecho la del *Burro* chico». Y así le llegó el recado a Serafín. Nada que añadir. Una decepción, otra. Seguramente el pastel en cuestión acabó zampándose la chilena infranqueable.

Mas no vaya a creerse que por pertenecer y gozar de los privilegios de una casta presuntamente superior iban a escaparse estos personajes tan respetados de sufrir los rigores inherentes al ejercicio dilecto y por excelencia de los hisedianos, los motes. A Don Melquíades han solido llamarle a veces el *Mariscal*, por lo de sus ademanes castrenses y su bastón, siempre caminando por el pueblo como Jean-Baptiste Lully con su batuta dispuesta a dirigir la Real Orquesta de Cámara o, si se terciaba, arrearle un golpetazo a cualquier músico despistado. A Doña Matilde, en cambio, solía llamársele en voz baja la *Foca* por su gordura ilimitada, que incluso llegó a hacer temer por su salud. De hecho ése fue el único indicio de su inclinación, que ella misma debía juzgar perversa si no directamente pecaminosa, hacia los dulces. ¡Con la cantidad de criaturas de Dios que estarían pasando hambre por ahí mientras ella se atiborraba de ricas golosinas, chocolate traído del extranjero y toda suerte de apetitosas, sofisticadas tartas! ¡Virgen santa, derechita al infierno que se iba! Tenía tanto cuello, y encima con un pronunciado bocio –aunque tampoco llega a ponerse de acuerdo el personal en qué era simple cuello con grasa y qué bocio– que casi ni respirar podía. Tampoco, según parece y en opinión de las *Furias*, cumplía con sus deberes de estricta católica en lo referente a los cánticos litúrgicos que tenían lugar en la ermita privada del

caserón de los Setián. Alguien del servicio se lo soplaría a algún brazo aparentemente inarticulado de la NKVD local. Porque los de la Gestapo, arracimados en el *Legañas*, no osaron nunca tanto. Ni siquiera parecía interesarles lo del bocio, acaso producto de la gula de Doña Matilde.

En la puerta de esta imponente edificación, con jardines que equivalían a casi la mitad del territorio ocupado por Hiseda y sus vecinos, había antaño un buzón de lo más rimbombante, con las inscripciones específicas de los nombres y apellidos del matrimonio. Intervino incluso la Guardia Civil a tenor de que unos bromistas se atrevieron a modificar el nombre de la dama de tal guisa: «Doña Matilde Alcantarilla de Caballos». Total, la guasa que se armó por unas letritas de nada buscándole la vuelta irónica al asunto, que no pasaría a mayores.

Y es que en Hiseda cada cual juega el papel encomendado por los hilos del destino según sus intereses puntuales. Por ejemplo: es sabido que Josefina, la farmacéutica, ejerce de médico en funciones la mayor parte del tiempo, y en cambio don Fabián, el médico, lo hace como si de un asilvestrado boticario se tratase. La gente acude a él con sus lamentos y lo único que piden es que les recete cualquier potingue, eso sí, de denominación tan acongojante como de inútiles efectos. Con esos livianos medicamentos deben creer que sanarán en breve. Porque para ellos don Fabián sabe la tira, que para algo es médico. Y nadie, viendo el percal y a ellos tan convencidos, se sentiría capaz de quitarles tal idea. Serafín ha llegado a imaginar si no habrá una especie de código secreto, un morse cifrado entre médico y farmacéutica a través del que, y aún sin verse para nada, se intercambian información y mensajes. ¡A su edad! Sería apasionante descubrirlo.

Alguien que no jugó su papel con Don Melquíades de modo preciso y en determinado momento fue, curiosamente, Crispín. Éste, no contento con efectuar de manera mecánica sus aparatosas reverencias en cuanto le veía entrar en el bar, casi tirándose de la silla en un afán doblegador del espinazo como modalidad apriorística de la captación del favor o la atención de tan señalado vecino, y no pudiendo tampoco llamarle abiertamente *Mariscal* – mote quizá demasiado ostentoso inclusive para los hisedianos, con lo que al final optaron por referirse a él citándole por su nombre de pila, aún con la

partícula respetuosa delante, Don–, en cierta ocasión Crispín le llamó «Ilustrísima», palabra que apenas fue oída por unos pocos, ya que en dicho momento el alcalde se hallaba literalmente doblado sobre sí mismo, formando casi un ángulo recto con el tronco respecto al suelo, pese a su tripita oval y bondadosa. Algunos, y no sólo *Toño el Rojo*, quedaron boquiabiertos ante tamaña reacción rastrera, pero el problema es que en el fondo la cosa pareció agradarle a Don Melquíades, a quien ni se le había podido ocurrir lo exquisitamente que sonaba en sus tímpanos tan desmedida alusión nobiliaria, casi principesca. Entonces, de forma providencial, pues de lo contrario en Hiseda se hubiera rebasado una barrera imaginaria y peligrosa en esto de los apodos, a don Fabián, el médico, siempre tan espontáneo y locuaz, aparte de que iba ya por su cuarta copita de anís con la correspondiente guindilla en el platito cual adorno adjunto a su diaria dosis de alcohol, y estando a menos de un metro del ricachón, se le escapó un sincero:

–¡Pero mira que eres patán...! ¡Ni que fuese el arzobispo...! –dirigido a Crispín.

Todos rieron la frase, aunque tensos por desconocer la reacción que podía tener Don Melquíades. Éste, durante unos segundos críticos, miró a su alrededor con incontenible e indisimulada cara de reprobación, como diciendo: «¿A qué os metéis donde nadie os ha llamado, so gañanes?». Crispín parecía hecho un flan, aturdido, seguramente con agudas molestias acosándole, pues decía padecer constante dolor de riñones, y se encontraba metido de lleno otra vez en el arduo proceso de reincorporación para alcanzar la verticalidad, cosa que casi nunca conseguía porque en presencia del preboste acostumbraba a ir con la cabeza medio encogida sobre el pecho casi todo el rato, como quien va temeroso de sufrir el fenomenal zurriagazo que se está preparando para él.

Aunque en realidad el cerebro político del alcalde no debió entender muy bien de qué iba todo aquello, pues recordaba que semanas antes el médico había llamado «Vuecencia» al potentado del pueblo en una de las petulantes irrupciones de éste en el *Legañas*. Y nadie dijo nada. ¿Por qué entonces ahora ese *Ilustrísima* les había hecho tanta gracia?

Menos mal que hasta Don Melquíades, viendo el azoramiento de Crispín, tuvo un momento de lucidez y sana perspicacia, intuyendo lo que podía pasar a partir de entonces si consentía, por activa o por pasiva, igual daba, que le tildasen, aún respetuosamente, de idéntica forma que al mismísimo arzobispo de la diócesis, personaje éste de edad avanzadísima, prócer donde los hubiera de la Iglesia en todas las batallas imaginables contra la impiedad y los agravios a la moral, que sólo se había dignado hacer su pomposa aparición ya no en Hiseda sino en Salinas de Rantroño, que Serafín recordase por haberlo oído, una sola vez en muchos años. Así que, en cierto modo visiblemente nervioso aunque halagado y sonriente, farfulló Don Melquíades:

–¡Eh, tú, ni que yo fuese un curajo de esos...!

Le había salido mal la frase, sin duda, pues llamando «curajo» a tan insigne figura del clero sobrepasaba los límites de lo moralmente admisible, por muy laico e importante que fuese el potentado. Todos, excepción hecha de Crispín, que seguía contraído de turbación, fruncieron el ceño. ¿Qué eran esas groseras maneras, referidas a monseñor el arzobispo? No, no era eso lo que Don Melquíades deseaba decir, pero a saber por qué razón así se había expresado. ¡Ay, el inconsciente!

–Con todos mis respetos... –añadió al poco, haciendo carraspear la voz y poniendo su gesto más severo, el que daba miedo de verdad, pues disponía de una buena sarta de ellos.

En ningún momento nadie de los allí reunidos se planteó que también fue una imperdonable descortesía dirigirse al alcalde en los términos en que lo hizo: «Eh, tú». Porque, indudablemente, ese «tú» iba rebosante de desprecio. Las sonrisas empezaron a aparecer en los rostros. Casi en todos menos en otro de los testigos de la escena: don Julián, el cura de Hiseda, que se hallaba en un rincón del *Legañas*. Ello provocó un mohín de desconcierto por parte de Don Melquíades, quien no debía contar con la molesta presencia del sacerdote en dicha tesitura. El *curajo*. Se le notó ligeramente alterado, pero su clase a raudales, su «mundo», como él mismo solía decir un tanto enigmáticamente, pues nadie sabía que fuese un hombre de por sí viajero, le salvaron en última instancia. De modo que dijo, sin dejar de mirar al cura con la mayor afabilidad que le fue posible, incluso esbozando un vago gesto de

inclinarse la cabeza:

–Mejorando lo presente, por supuesto...

Don Julián, que tenía las manitas largas para ciertas cosas pero no excesivo «mundo», pareció súbita y enormemente complacido con aquella frase de empañada disculpa, cuando en realidad momentos atrás Don Melquíades había ofendido no sólo al arzobispo, quien en sí mismo era un ente tan venerado como intangible, sino a la casta sacerdotal en pleno. *Curajo*. Pero parecieron darse por satisfechos con la situación. ¡Don Melquíades pidiendo casi perdón, aunque fuese de esa forma tan noble e indirecta! Lo nunca visto. Todos despatarrados ante el avance de los tiempos. Cosas y episodios como el citado, presumiblemente, eran los que con el paso de los años, y a saber de qué modo o bajo qué prisma deformado, o con qué especulaciones hinchadas y qué fantasías latentes, tal vez serían recogidos en futuros *Anales* o *Crónicas* que de nuevo manos anónimas redactarían a costa de los hisedianos. A partir de un gesto de soberano altruismo y modestia como aquél, a Don Melquíades ya podía llamársele abiertamente Ilustrísima, Vucencia o Usía, lamerle los pies cuando entrase en el bar o tumbarse en el suelo a modo de alfombra cuando caminara por el pueblo, todo en pos del mérito de ser pisado por tan espléndido barón que, además, se había convertido en humano.

Por supuesto, las partidas de rigor se jugaron aquella tarde en el rincón reservado y lúdico del *Legañas* como si nada hubiese ocurrido, cuando todos sabían que no era así. Se permitió ganar a Don Melquíades hasta el hartazgo, y él, flemático, jugó aparentando estar gratamente sorprendido por su supuesta habilidad y astucia. Tanto que, según cuentan, casi dio un poco de grima, sobre todo porque el señorón, encantado con su repentina e inexplicable miscelánea de suerte e inteligencia, así como con los ojos desorbitados de ludópata sin control, no parecía darse por enterado de nada. Pero ya después, cuando se disponían a salir uno a uno del local, *Colás*, el *Corvato* verde, asió con fuerza a Crispín del antebrazo, casi arrastrándolo tras el mostrador, y le dijo escuetamente:

–¡Serás mierda...!

No se trataba de una pregunta, sino de una afirmación en toda regla. Era

un insulto sin respuesta posible. Estaba claro que con ese tipo de meteduras de pata, y ello a causa del deseo del alcalde por resultarle grato al poderoso de marras, las cosas podían empezar a tambalearse en el pueblo. Mira que llamarle Ilustrísima... Con eso no se jugaba, le insistió, pues todos podían salir «muy perjudicados». ¿Y si les caía un puro del Papado, o la Excomuni3n colectiva, o algo peor? Porque, de alguna forma, y de ah3 la incomodidad general, nadie opuso la menor objecci3n a la frase de Don Melquíades, ciertamente despectiva hacia el clero.

Crisp3n, al que hab3an sobrevenido fuertes palpitaciones, ya que en ning3n momento pens3 que su desliz les condujera a tan gran peligro, intent3 balbucir una abstrusa justificaci3n, que sonaba a perenne y conocida letan3a en su boca. Pero *Col3s* a3adi3, cort3ndole y ya sin mirarle:

–¡Baboso...!

Seguramente ayudado por su raci3n de a3is ingerida –similar a la del resto de contertulios de tan selecta mesa, pero sin tener en cuenta que 3l ocupaba, f3sicamente hablando, la mitad de cualquiera de ellos, con lo cual era posible que el alcohol le afectase m3s–, Crisp3n inici3 una 3nica y 3tica protesta aduciendo que, al fin y al cabo, era todav3a el alcalde, y...

–Ojo.

No intentaría justificarse m3s. Fue como cuando se funde una bombilla.

La voz sepulcral de *Col3s* –la palabra de s3lo tres letras, y encima dos repetidas–, secundada por las miradas expl3citas del cura y del m3dico, le impidi3 continuar su feble argumentaci3n. El alcalde baj3 la mirada y solt3 un hipido que sonar3a como un fuelle ya estropeado por el uso, o si se quiere el pedete que se le escapa a un abuelo. Tembl3 de arriba abajo, crey3ndose ya sentenciado por esa alusi3n ocular de la que sab3a perfectamente sus devastadoras resonancias. Eso hab3a sonado mucho peor que el anuncio del advenimiento de la Revoluci3n, igual daba la que fuese. A partir de entonces, no hizo siquiera falta que lo dijese, iba a ser a3n mucho m3s sumiso y Crisp3n que antes. Porque aun siendo un pigmeo manteado, pens3, aqu3 lo necesitaban para mantener la equidistancia entre los pu3os y la vida cotidiana. Un alcalde para todos, s3 se3or. El alcalde que Hiseda necesita, como rezaban los diminutos carteles que en el pueblo fueron colgados para

las antepenúltimas elecciones, pues en las más recientes ni eso le hizo falta, tan poderosa e incuestionable se les antojaba a todos su candidatura, única por otra parte, donde los otros sólo eran *figurantes* que él manejaba. Cenorrio por aquí, favorzuelo por allá. Tasas fiscales por aquí, licencias de obra por allá. ¿Quién, quién sino él era curtido en tales lides?

Pero algo que absolutamente nadie sabe, ni tan sólo su mujer, una asturiana que le saca casi dos palmos y de la que se dice le curra con periódica fidelidad, que en el doble fondo del cajón inferior de su mesita de noche, sí, ese que a duras penas puede abrirse, él conserva, bien encerradita en un sobre, la foto que sacó con su cámara Polaroid, y sin que nadie le viese, por supuesto, de una pintada anónima que cierta mañana, en periodo de campaña electoral, apareció en una de las tapias alejadas del centro del pueblo, en Pradonuevo. Allí, escrita con aerosol negro, se leía la inscripción: «Crispín, guíanos siempre», y que él se apresuró a inmortalizar, conservándola como testimonio. ¡Jope!, aún se le agolpan las lágrimas cuando piensa en ello. Pena que, por motivos obvios, hubiera que limpiar más o menos rápidamente esa pintada. Pero él tiene su foto. A lo dicho: le necesitan.

Serafín, por su parte, entre extasiantes lecturas y paseos pródigos en descubrimientos –o más bien habría que decir revelaciones–, no hace más que seguir observando y aprendiendo de cuanto le rodea. Ha conocido nuevas formas de expresarse de los hisedianos, ha estudiado su particular manera de tratarse entre ellos, como si padecieran una cierta atrofia mental y al fin empieza a mostrarse conforme con las circunstancias del pueblo en el que se vive, al margen de todo.

Él también parece ir por ahí como medio enajenado –así deben creerlo algunos–, absorbiendo por todos y cada uno de los poros de su piel cuanto ve y oye, sí, pero asimismo cuanto huele y toca: los martillazos que sobre un espiche de madera en forma cónica le llegan desde la pequeña serrería que está en Pradonuevo, y cuyo dueño se le ha dirigido siempre con extraña cordialidad sin que Serafín entienda apenas nada, pues ese hombre tiene el hablar glutinoso y se expresa –pitillo apagado en la comisura de los labios, lo que dificulta aún más el asunto– como ceceando. A veces, en sus caminatas,

palpa con la yema de los dedos las espinas del tojo. Otras, cuando da un rodeo por el hinojal, se suele encontrar con cierto paisano, invariablemente sentado en un banco de piedra. Éste lleva la inevitable boina sobre las cejas, el rostro lleno de arrugas y efélides que más que pecas aparentan lunares de tono marrón claro. Aquí la palabra melanoma aún no ha llegado. Por la parte inferior de las mejillas mal rasuradas se ven rastros de lo que pudo ser viruela. También con ese tipo intercambia unas pocas palabras, y siente que ha cumplido: su cupo de relaciones sociales ya no se halla bajo mínimos y puede regresar a la Casona con el convencimiento de que no está tan solo.

Es ahí, en sus largos paseos, donde más acostumbra a recordar imágenes de cuando era niño y, al venir a Hiseda, todo le parecía sobrenatural: el perruco que dormitaba indolente, estibado en las parihuelas puestas sobre un buey, o los propios críos del pueblo, los de su edad, que jugaban a las canicas, siempre lanzando gritos y soltando palabrotas que Serafín no había oído en toda su vida, críos vocingleros que hacían de arúspices averiguando fabulosos enigmas en las vísceras de cualquier animal muerto que cayese en sus manos o al que ellos mismos hubiesen dado óbito, o echándole humo de tabaco a los desdichados murciélagos que cogían en una cuadra abandonada, hasta emborracharlos. ¡Y cómo disfrutaba aquella panda de salvajes en miniatura viendo los batacazos de los murciélagos al pegarse contra las paredes! O los buhoneros que en sus carromatos se acercaban al valle con la llegada del buen tiempo, principalmente familias gitanas que –siempre de paso– además de traer todo tipo de abalorios o echarle los agüeros por un par de monedas, vendían chuches y golosinas de colores tan variados y apetitosos que era inevitable la tentación de enceporrarse a su costa. A algunos de estos nómadas supervivientes de antiguas épocas Serafín incluso les había visto tocar música con celestas, zanfonias y acordeones, melodías que le dejaban triste el corazón, aun sin saber por qué. O cuando las hisedianas montaban a mujeriegas en flamantes vespas, con ambas piernas por un lado, a menudo para escándalo de las entonces aún jóvenes y criticonas *Furias*, según las cuales una mujer decente nunca debía montarse en determinados artefactos móviles, aparte de que si iban con falda el asunto se agravaba considerablemente, y si lo hacían con pantalones, las más atrevidas, entonces

ya podía caerles un diluvio universal de recriminaciones.

A Serafín eran otras las cosas que también le cautivaban: esas libélulas que a sus ojos parecían tan grandes como hojas de un magnolio, con las membranas de las alas translúcidas, y que emitían destellos de luz palpitante según les daban los rayos solares. O los fámulos que, sobre todo en época estival, trajinaban con esmero en la gran portalada del caserón de los Setién, siempre ceñudos y diligentes. O el cerno de un centenario roble talado por la mitad, y en cuyos anillos concéntricos él soñaba edades e historias sin fin, nunca dichas ni escritas, pero ahí presentes hasta que las consumiese el fuego del lar o de las estufas de leña. O el perfil negro y abombado de los bosques de abetos de la parte alta de la fábrica de hilaturas, por donde Nacales, que le daban miedo al anochecer, como esos sepelios anunciados en humildes esquelas que se pegaban al tronco de los castaños sitios en las callejuelas o las afueras del pueblo, y a los que, más graves que compungidos, asistía en pleno la ciudadanía para despedir al finado, por bandarra y odioso que en vida hubiese sido. Serafín pensaba que aquellas gentes, al menos, le eran fieles en el supremo y a la vez fugaz instante del adiós, y eso le emocionaba, aunque jamás quisiese asistir a ninguno, de un lado debido a su propia vergüenza, y de otro porque *Burro* padre tampoco le presionaba a ello.

O cuando, acompañado de la chiquillería hisediana a modo de sudorosa, chulesca y procaz turbamulta, bajo la supervisión de los inevitables *Pirula*, *Kung-Fu* y el *Rey de las Tías*, iban en grupo hasta el caserío de Braigas, bastante más arriba del *Barrio*, zona ésta donde se cogían avellanas, ciruelas y arándanos. Era una parte del monte situada en la falda del pico Najos en la que crecía el eléboro, el edelweis y la retama, todo en medio de mares de helechos y zarzas entre las que se escondían los más audaces, pues siempre salías de allí con las piernas llenas de magulladuras. Se sentaban a hablar de sus cosas frente a la fachada escalonada del caserío, otrora habitado por un paisano a quien se conocía familiarmente como *Vinotinto*, dejando clara cuál era su peculiar proclividad, pero que ya entonces servía únicamente para refugio del ganado. Ahora, de regreso de sus paseos, Serafín se encandilaba mirando el suelo de las camberas plagado de piedras de cuarzo brillando como diamantes. Se las habría llevado todas, pero no era cuestión. O recogía

las flores rojas del cilantro para ponerlas en un cuenco de barro. También recordaba a un asno zaíno y enteco con el que solía cruzar interminables miradas, como si de otro duelo de pistoleros del lejano Oeste se tratase. Debía ser, a su vez, el padre o el abuelo de ese primo suyo, el burro del prado de Nicanor. Todo era mágico, quizá porque su imaginación hervía tanto de niño como de adulto, y en la ciudad nunca pudo ver escenas como las de aquí. Éstas le dieron energía interior, y cada vez que las contemplaba parecíanle nuevas aunque no lo fueran. Ya entonces, primero de niño y después de adolescente, su alma estaba hisedisándose de manera lenta, igual que se van tiñendo con una resbaladiza y fina película verde las rocas de los flancos del Pábenes, así como las que yacen en sus transparentes intestinos.

Y aún ahora, igual que hacía antes, intenta imaginarse cómo será la vida en el pueblo de puertas adentro, en determinados hogares. Pero no en hogares de personas que llevan una vida anodina y a las que apenas conoce de vista, sino en esos otros en los que sin duda se gesta el futuro de la localidad. Una casa, pongamos por caso, como la del *corvato Colás* y la *furia Mesalina*. ¿Qué puede salir del cruce diario entre *corvato* y *furia*? Si algunos de los miembros que conforman este pueblo, como queda dicho, más que personas parecen complicadas mutaciones genéticas salidas de un laboratorio como el que Serafín necesitaría para poder desarrollar allí su supuesto ingenio de observador, ¿qué decir de la unión de varios ejemplares de esos otros subgéneros en el seno de la raza hisediana? Y quede claro que lo de «subgénero» no lleva connotación peyorativa alguna, más bien al contrario. En lo suyo son auténticos campeones.

Viene preguntándose de modo casi constante a lo largo de los últimos diez años, pero sobre todo desde que *Pitita* se fue y él empezó a convertirse en la viva imagen de un fósil viviente. ¿Cómo es posible que convivan *Colás* y *Emilita*? Que el *Verde* y *Mesalina* cohabiten lo entiende, de acuerdo, eso es un hecho consumado, pero de qué hablarán a solas, eso es lo que le preocupa. Tuvieron un hijo, *Nico*, que se mostró siempre como muchacho taciturno y vagamente malhumorado. No es de extrañar con tales padres. Superarlos era muy difícil quedándose en el pueblo, pero pese a todo optó por lo fácil, quedarse intentando ganarse la vida con un oficio seguro, y pasar lo más

desapercibido posible. *Nico* es la típica persona que tan pronto está como ya se ha ido, aunque siga presente. Tiene la cualidad de abstraerse, logrando que su presencia ni se note. Apenas participa en cuantas fiestas se organicen en el pueblo, pero tampoco se le ve preocupado por ello. A modo de compensación, y como evidencia de que incluso el azar dispone las cosas de manera adecuada para que en Hiseda se mantenga un cierto equilibrio, *Nico* tiene un hijo, nieto de *Colás*, que es todo lo contrario a su progenitor y al padre de éste: vivaracho y a menudo inquieto hasta bordear las fronteras del delito, pero siempre con infantil gracejo. Un diablillo. Le llaman *Geniucu* casi desde que nació, pues suele andar liado a golpes con todo el mundo, pero se hace querer incluso por quienes eventualmente han sido contrincantes de peleas. Con su apodo ya está aclarado el carácter de este rapazuelo que acostumbra a encandilar a todos, pese a sus frecuentes bromas y travesuras sin fin que la *güela* Emilita, siempre ejerciendo de *Furia*, no duda en calificarlo de «cosas de diablo», y de paso, como coletilla optimista, no le augura buen futuro al niño. En ese sentido afirma muy tranquila y convencida que raro será si ella misma no le parte la crisma de un trancazo antes de que llegue a adolescente.

Geniucu, que casi rima con *Pituco* pero no tiene un pelo de tonto, característica que define a este último, debería llamarse *Colás III*, pues *Nico II* no parece lo propio, dado que de su padre se dice tiene horchata en vez de sangre. Ya iban a llamarle, y de hecho estaban haciéndolo algunos familiares, *Nicolasín*, pero eso fue hasta que cumplió seis años, hace apenas nada. Para entonces era *Geniucu* por derecho propio, o sea, liar un incendio que por poco no acaba con parte del pueblo, o lindezas del estilo. Entonces recibió tantos palos que algunos se preguntan cómo es posible que al crío no se le pusiese el culo morado. Y él, sin rechistar. Pero planta cara y vuelve a las andadas, tan minúsculamente hisediano, tan feliz. Y así, *Geniucu*, va quedar para siempre con toda probabilidad, pues es como un rayo, todo vibrante, fogoso, tremendo, creando bullicio, como diría *Pitita*, y maremotos de energía allá por donde pasa.

A él se dirigían buena parte de las frases amenazantes de las encabritadas *Furias*, incluida su propia abuela, el día de la Chorizada Monumental en la

plaza de Pradonuevo, a él y a otro de sus diminutos esbirros, secuaces unos de otros, por aquel balonazo que se les escapó. Pero a *Geniucu*, que venía a un promedio de siete a doce mamporros semanales de los abuelos o de quienes pasaran por allí, se le perdona casi todo. Va de líder de su enana tropa, y *Colás*, que ha empezado a pensar al respecto en sus meditaciones nocturnas, lo ve ya de alcalde. Porque algún día ese bobalicón de Crispín tendrá que dejar supreciado asiento del Ayuntamiento. O sea, cuando se muera y vaya a criar malvas al cementerio que a todos aguarda junto a la iglesia de Nuestra Señora de la Ruta. O cuando esté tan anciano y achacoso que no acierte a hacer una a derechas. O cuando se caiga al menor zarandeo inocente que le propine cualquier vecino.

¿A ver si aún toca retirarlo a la fuerza?, se pregunta el *corvato* un tanto preocupado. Porque Crispín parece incombustible y, pese a su aspecto entre famélico y de quien padece una enfermedad grave y crónica, es duro como el pedernal. Por unos momentos, así le ha ocurrido un par de noches nada más coger el primer y gratificante sueño, *Colás* se imagina a Crispín siendo descendido dentro del «jaulo» a la Poza Grande o *Saltamorito*. Habrá que ver. También Serafín piensa lo mismo: habrá que ver. Sólo que el tiempo pasa tan lentamente en Hiseda, tanto, que a veces es difícil no caer en ese estado de claroscuro o semipenumbra mental que, imbuyéndoles de una extraña laxitud, hace parecer sonámbulos a sus habitantes. Excepto cuando se encorajinan, claro.

Y así como los judíos aguardan en todo instante el definitivo advenimiento de su Mesías Prometido, o los surfistas de cualquier latitud y generación lo que ellos llaman la Gran Ola, o los habitantes de Hiseda esperan que no pase nada para no tener que preocuparse, así Serafín, para colmar sus aspiraciones tanto creativas –le repugna pensar en ellas en términos de «profesionales»– como de integración, también aguarda, incluso mirando largas horas por la ventana de su Casona, a ver si llega algo por ahí: él simplemente espera. Sí, diríase que espera, con todos los sentidos alerta, ese sublime Golpe de Inspiración Intelectual que le abocará a reiniciar primero, proseguir después y finalmente coronar con éxito su fabulosa propuesta científica a costa de las proteínas globulares. Trabajo que, de ser

acabado tal como lo concibe en sus sueños, le reportaría gloria a mansalva, prestigio indecible y todas las puertas abiertas para seguir investigando, aunque hay que reconocer que en estos dos últimos años ya le ha perdido del todo el ritmo al asunto de trabajar en su ambiciosa investigación. Con frecuencia envidia a *Burro* padre, que únicamente leía novelas del FBI. Y eso si no fingió leerlas, pues eran todas «sólo de letras, sin dibujos o viñetas», como a veces en broma se quejaba. Lo cierto es que a él parecían servirle, porque tenía un espíritu muy vivaz para detectar quién sí, quién no, y dónde se agazapaba el peligro.

Ahora puede afirmarse que ya conocemos a la mayor parte de personas que forman el corazón de la vida hisediana, y por lo tanto los resortes que mueven esta historia que en el fondo es la única que nos importa, gentes de una época y un lugar que han acabado formando un lugar y hasta una época aparte de todo, lo cual, y si no se les sufre demasiado, les hace atractivos como ciertos animales de procedencia exótica que lucen su original esplendor y rareza en los terrenos o parques especializados. Sólo nos resta observar a dicha fauna humana con renovado detenimiento, contemplarla con calma y objetividad, en tanto simples espectadores de unos hechos que cada vez se hallan más próximos a precipitarse. Acontecimientos éstos que están fraguándose no a sus espaldas, sino exactamente a sus alturas, cerca del *Barrio*. Más en concreto en la propia Casona de los *Burros*, donde Serafín de nuevo ha recibido aviso de un chiquillo para que vaya donde Nicanor, pues vuelve a tener carta. Por enésima vez se acuerda de los muertos del *Perro*, y va a buscarla. Pero cuando de nuevo pensaba que podía tratarse de algo relacionado con la Autovía, o bien algo que atañe a su trabajo de investigación, descubre con gozo que se trata de una carta de Don Facundo, el sabio clérigo de Costalada.

Más que abrir esa carta, cogida casi a zarpazos donde Nicanor mientras ambos echaban pestes y maldiciones del *Perro*, Serafín ya a solas la desgarró a trocitos por la parte del sobre, aunque procurando no romper su interior, tal es su excitación. Antes, mientras camina por la cambera que une esa parte del *Barrio* con el terreno perteneciente a la Casona, lee algo por encima, presa de la emoción más intensa. Se halla tan alterado que apenas acierta con los

renglones. Incluso ha empezado a leerla al revés, es decir, boca abajo. «¡Qué letra tan hermosa y elegante posee Don Facundo!», piensa sin darse cuenta de su error. Tropezó y por poco no da de bruces en el suelo, pero no evita desgarrarse la chaqueta con las espinas de una zarza en la que casi se incrusta. Bueno, ya la mandará a arreglar en Salinas, donde sabe de una mujer que aún cose como antes: bien, barato y rápido. Aunque sigue tan aturcido que, por brevísimos instantes, duda qué es lo que realmente debe arreglar: la zarza o la chaqueta. Y sigue caminando, tesoro en mano.

Decide esperar a llegar casa para leerla de nuevo o, para ser exactos, leerla por vez primera, pues aunque ha comprobado que Don Facundo le menciona ahí algún dato que puede ser interesante, lo cierto es que Serafín no se ha enterado prácticamente de nada. Esto de codearse con teólogos eruditos conlleva su aquel. En la cocina se prepara un café en polvo. No tiene tiempo de más, y luego pasa la palma abierta de su mano sobre la carta, que consta de casi dos cuartillas. Como él preveía, está escrita con pluma estilográfica y letra que haría las delicias de cualquier grafólogo. Una y otra vez sus ojos quedan detenidos, paralizados más bien, ya en el comienzo de esa misiva: «Mi estimado y joven amigo...»

Cierra los ojos y piensa: qué bien se expresan, cuando quieren, esos demonios de curas, reconcho, al menos los que poseen bagaje cultural y educación. Por un instante se ve a sí mismo ordenándose sacerdote. ¡Ahora, sin más demora, en el seminario más próximo, con los cursos acelerados, si es posible, y luego pidiendo, también a ser posible, un puesto en cualquier parroquia del valle! ¡A la porra las proteínas globulares y su inane ensimismamiento de más de dos décadas! ¡Un zángano y un gandul, eso es!, piensa enfurecido mientras la deslumbrante idea del apostolado, como hiedra trepando por un muro húmedo, se hace fuerte en su interior, llenándole de una luz diáfana. ¡Oh!, suspira al poco y aún con la carta sin leer en la mano, ¡cuánto le gustaría llegar a viejecito siendo exactamente como Don Facundo, pero en vez de ducho en Historia, serlo en Ciencias! Porque, bien pensado, de algo habría de servirle todo ese rollo patatero de los aminoácidos y el periplasma procariota. ¡La eminencia del valle!, increíble, medita sobre sí mismo. Seguramente ser cura le conferiría mayor lustre a su talento y, seguro,

también mayor realce a su apocado semblante. Ya se ve con la sotana de un negrísimo brillante, con un fajín rojo en la cintura y repartiendo bendiciones. O juntas las manos, como si orase. Delicia de visión que de pronto desvanece el mugir de una vaca. ¿No se le habrá colado en el jardín, al dejar la portilla abierta en su precipitada entrada? No, ahí no hay nada. De hecho, sigue pensando Serafín, desde siempre fue un tanto sedentario, si no proclive a lo monacal. De joven las novias se le iban en apenas nada, entre lágrimas saladas como arenques, eso sí, pero se le iban. *Pitita*, que debía tener una cierta inclinación por la idea de ser incluida en cualquier martirologio, le duró bastante más de dos lustros, y hasta osó venir aquí, a esta especie de monasterio o de convento camuflado para dos y una gata que era la Casona.

De lo que sucedió con *Cleo*, la gata siamesa de *Pitita*, que parecía haber sacado toda la finura de la rama familiar de los Noguerales, ya se hablará en su momento, pero tampoco puede decirse que contribuyera a prolongar la permanencia de ella en Hiseda. Al contrario. Lo cierto es que Serafín puede recordar vívidamente a *Pitita* reclamándole muchas noches, y así durante meses, «unas pocas caricias», o, si se ponía cachonda de verdad, «algo de tute». Vaya si era capaz de mostrarse «mimosa», como ella decía, por poco que se lo propusiese. Entonces él solía pensar: «Ni que fueses la propia *Cleo*». Ante aquellos insistentes reclamos alusivos al sexo, y constatando su nulo apetito en tan carnales trasuntos, él acostumbra a esgrimir: «Tengo sueño». Esto sería así al principio. Luego, como ocurre en la mayoría de parejas, se invirtieron los papeles.

Y otras veces, las más, su excusa era:

–Tengo frío.

Ante lo que *Pitita*, de rodillas y desgredada sobre el lecho, aparte de desnuda, bramaba:

– ¿Y eso a mí qué coño me importa?

Con lo que automáticamente menguaban dos cosas: el así denominado miembro viril de Serafín, apabullado de forma instantánea por el ardor de su compañera, y sus ganas reales o presuntas de ponerse a la faena, aunque fuese para ver qué pasaba. En dicho sentido, por supuesto, muchas veces la había echado en falta durante el última época. También cierto que tal vez ya por

aquel entonces nacieran en él los brotes iniciales de ese meándrico camino hacia la virtud, porque simultáneamente ya entonces llegó a pensar si *Pitita*, brote a brote, no estaría dando muestras de sus primeros indicios de coger un camino derecho hacia el prostíbulo o hacia saber qué tipo de vida crapulosa y disoluta. Imposible, pues, razonar con ella en tales momentos en los que estaba más caliente que la estufa de leña de la cocina, y más enfadada que cualquier hisediano por cualquier nimiedad. Entonces, ojos en llamas y diríase que saliéndole espuma por la boca, *Pitita* exclamaba fuera de sí:

–¡Tú... qué...! ¿Vas de célibe? –Y acto seguido, sin aguardar una respuesta de Serafín, arrebujado entre las mantas, lo que debiera haber sido una actitud por lo menos si no justificante, sí apaciguadora, ella seguía bramando:

– ¡Pues que sepas que esto me toca mucho los cojones!

También *Pitita* estaba hisedizándose.

Dado que él se limitase a parpadear con sus ojillos asomando por el repunte de la sábana como luciérnagas, ella replicaba, venenosa:

–¡O qué...! –Sí, hisediana perdida.

Alguna vez, incluso, se puso a llorar como una niña. Sin duda, confundida.

Ella... cojones. ¡Por favor, ahora Serafín casi se santiguaba sólo con recordar tales escenitas! Menos mal que vivían aislados en pleno monte, o de lo contrario habría estado en boca de toda la vecindad. ¡Jesús con *Pitita*, cómo se ponía entonces! Abstrayéndonos un poco, podía haber sido la comandante en jefe de las *Furias* si cualquiera de ellas la hubiese visto así de lanzada. Por lo del mando. No obstante, piensa sin dejar de amasar ideas como levadura que se hace al horno, parece que bastante de cierto sí había en eso del celibato. Además, sólo hay que fijarse en las menciones de índole llamémosle espiritual que con frecuencia le sobrevienen, y alguna que otra que fluctúa por su mente en la última época para darse cuenta de que es probable que en él anidase desde siempre eso –tendencia al celibato– y de lo que le acusó tan fieramente *Pitita* o alguna que otra amiga ligerita de cascos del periodo universitario, quien, con palabras de más o menos, y llegados a ningún punto en concreto, o sea, no llegados a determinado punto, gruñía:

«¿Por qué no te dejas ya de tanta proteína globular y me tocas algo?». *Pitita* incluso llegó a añadir un par de veces: «O mejor... ¡me lo comes!». ¡Jesús, María, José y todos los Santos, cómo estaban de revolucionadas las mujeres de hoy en día!

Y preferible será mencionarlo ya, no vaya a ser que luego no surja ocasión propicia para aclarar qué acaeció con *Cleo*. Esta gata, que se parecía en todo a su dueña, lo cual significaba que era como gemela de *Pitita* en lo referente a ciertos rigores sexuales sufridos con indecible y molesta frecuencia, fue devorada por los perros de Nicanor, un par de malas bestias que estaban en la parte trasera de la cuadra de aquél, lindando con el prado que pertenecía a Serafín. *Cleo*, estando en celo, o quién sabe si despistada o por simples ganas de jugar, debió de meterse literalmente en sus fauces, pues, que él sepa, aquellos dos asesinos en forma de can nunca dejaron de estar encadenados. ¿Cómo lograron trincarla, dando cuenta de ella? Misterios de la naturaleza. Porque, desde luego, los gatos tontos no son. El disgusto de *Pitita* fue de imaginar. Aquello sería, acaso, lo que provocó su definitiva partida de la Casona junto a su fallida exposición en Salinas, su Nueva York particular. También es cierto que desde un primer momento, y aunque Serafín no se atrevió a mencionarlo, por su cabeza cruzó algo parecido a este pensamiento, y además, eso creía él, surgida de una mentalidad progresista: «El pecado y el deseo de fornicación es lo que ha llevado a *Cleo* a las garras y dientes de sus verdugos». Cualquiera se lo insinuaba a *Pitita*, aunque fuese para dar con una explicación típica de catequesis a esa especie de raro suicidio. No, mejor permanecer calladito y poner cara apenada. Porque si *Pitita* llega a leerle aunque fuese una mínima parte de sus meditaciones, se hubiera comportado con él como la novia de Shere-Khan, el tigre de Mowgli.

Lo que no ha dejado de ser Serafín es un impenitente e incorregible descuidado para la alimentación. Antes, en la época de *Pitita*, aún se daba ciertos caprichos, pero ya no. Come en la cocina, ha gastado varios hules de plástico de tanto rascarlos con las uñas. De vez en cuando mira con añoranza ese vacío mueble licorero, una preciosidad hecha de madera de ébano y esmaltado, con las patas a modo de pezuñas labradas en palisandro. Allí hubo alguna botella de armañac, de calvados, de jerez y hasta *whiskies* de Malta

con una existencia de quince años o más. Pero se los ventiló prácticamente todos de una tacada, por aquello de la murria que le entró al quedarse solo. Y porque luce una tonsura natural y alarmante, preámbulo de la calvicie que ya se avecina, o de lo contrario podría afirmar que se siente hasta el mismísimo moño de tanto alimentarse exclusivamente con derivados del cerdo y de la vaca, cuando no llegan las fases de bombardeo de concentración a base de huevos y patatas, ese napalm gastronómico. Entonces fantasea conque, si por algún casual cobrase una cantidad de dinero extra, sin vacilar se daría un banquete a base de percebes, pulpitos, nécoras y bogavante, todo ello bien acompañado con el mejor albariño. Mucho tiempo lleva aguardando ese momento. Y es que lo de comer patatas, huevos y vaca a todas horas está subiéndosele a la cabeza. Piensa a menudo en esa actitud que tienen las vacas, hacia el mediodía, cuando de repente se quedan por completo quietas y mirando hacia un punto indeterminado del horizonte. Uno puede acercárseles con cuidado y, pese a lo temerosas que son, ellas ni parecen enterarse. A eso se le llama aquí midriar. Él, a su manera, también midría. Midría constantemente, ideas o lo que sea. Midría entre paredes de su misma indecisión, entre láminas de su propio embotamiento, que acaso sea más bovino que vacuno. Es posible. El día menos pensado va a ponerse a mugir.

Pero en otras ocasiones se siente lord Protector de sus Posesiones y, sobre todo, de su soledad. Entonces, con gran pompa y cierta precipitación, coloca en la mesa del comedor, que parece la Tabla del Rey Arturo, el mantel de damasco bordado con hilo de seda, la cubertería de plata, los candelabros y una ramita de sándalo o incienso humeando. Pero, despistado como es, pronto suele darse cuenta de que ha olvidado lo más importante: la comida. Así que se enfrenta a la desoladora alternativa de una cena, A.- de sandwiches de pan de molde con jamón york o paté (de lata), pues cuando lo compra aparte suele enmohecérsele rápido, o B.- de fabada (de lata, naturalmente) que engulle con egregia lentitud, como si estuviese degustando la más exótica vianda traída de ultramar. Y es que al estar solo tal vez no se nota tanta diferencia entre el caviar iraní, el *foie* de pato, las alubias con chorizo o la lechuga a pelo, condimentada ésta con aceite de girasol (de lata, es obvio), pues siguen sin estar ni el horno ni el bolsillo para bollos. A todo

se acostumbra uno. Por ejemplo, antes, si tenía el día finolis, se atiborraba de música clásica. Si removido, entonces acudía a la electrónica. Ya vimos que ahora suele recurrir a un disco con una selección de jotas montañesas que son sus preferidas desde siempre. Pito y tambor, eso es lo que en verdad consigue apaciguarle el ánimo, por extraño que parezca. Hay una, sobre todo, que por hacer mención directa al pueblo le emociona cada vez que la oye. La verdad es que en lo concerniente a rima y tal resulta un poco descuidada, pero da lo mismo. Empieza del siguiente modo:

*Es tanta la violencia que lleva el ferrocarril,
que se planta en media hora de Hiseda a la Puertuca.
Que noche más penosa pasé yo en el balcón,
Esperando al mi mozuco que me dijo que venía.
Que me dijo que venía, que venía y no vinió.*

Forma de decir que por allí las cosas transcurren a ritmo de caracol cojo, pues de Hiseda a la Puertuca, que se halla a un par de centenares de metros del pueblo, no lejos de *Saltamorito*, un tren debería llegar en apenas unos pocos segundos. Entonces, a mitad de la pieza, es cuando vuelve a mencionarse por su nombre la localidad:

*La tonada más bonita dicen que la canto yo.
No será mucho milagro, siendo de Hiseda yo.*

Finalmente llega el estribillo, con los coros a tope de energía, en sí mismo un prodigio de métrica y lirismo:

*Al salir el sol te he querido ver
para saludarte y no pudo ser.
Y no pudo ser, y no pudo ser,
ni a la medianoche ni al amanecer.*

Después aparece de nuevo la voz cantante:

*Cuando paso por tu puerta paro la burra y escucho,
Y oigo decir a tu madre que eres tonta y comes mucho.*

Y aun luego –pasemos subrepticamente sobre esa alusión a la burra, o se liará–, una curiosísima variación:

*Cuando paso por tu puerta cojo pan y voy comiendo,
porque no diga tu madre que con verte me mantengo.*

Queda claro que aquí lo de la comida es algo inevitable, y que, si es necesario, lo hacen rimar a hostias, como en los cantares de gesta. Luego de esos ágapes que se da Serafín, y tras los eructos de rigor, al retrete a toda prisa y a dormir un sueño turbulento y lleno de flatulencias, que es lo que toca. En el fondo, tras el lujazo de la fabada en lata pero comida ceremoniosamente con lo más selecto de su vajilla, cubertería y manteles, se siente una especie de aristócrata. Tales gestos debe haberlos heredado genéticamente de *Burro* padre, que también fue bastante señorito. Siendo su padre el menor de una larguísima serie de hermanos, pese a ser decididamente *Burro*, procuró desligarse de ciertas esclavitudes inherentes a las privaciones que sufría la familia. Por ejemplo, cuando era muy niño le enviaron un par de veces con sendas perolas llenas de leche para que las llevase al monte, a sus hermanos, que estaban trabajando allí. El las volcó a propósito nada más salir del pueblo. Se llevó su buena somanta de palos, pero nunca hubo un tercer encargo. *Burro* padre le profesaba una especial animadversión a las tareas propias del campo. En cuanto pudo se fue a la ciudad, y trabajó con lubricantes industriales, como representante de una empresa que fabricaba pieles para abrigos de señora, y hasta fue gerente de unos grandes almacenes. Todo menos ordeñar vacas o segar la hierba. De tal palo, tal astilla. Ya instalado en la Casona, Serafín inició su peripecia vital con aires de dómine: a veces se lavaba en una jofaina de mármol jaspeado, así, a lo antiguo. Luego pasó a la ducha normal y corriente. Ahora, cuando hace frío, que es muy a menudo, incluso lo de la ducha diaria va posponiéndolo para mejor ocasión. Puede decirse que está en su salsa.

Pero volvamos a la carta de Don Facundo. Finalmente Serafín, cuando decide que ya ha alcanzado el estado de ánimo ideal para afrontarla, lee la misiva con parsimonia y un cierto aire de severidad en el rostro. Entendiendo

a la perfección esa maravilla de letra, vuelve a releer, paladeándola con delectación, la dúctil música que emana de la carta del anciano párroco, cuyo primer renglón, ya de agradecer, logra conmoverle. Y cuantas más veces lo lee, más se emociona: «¿Me permitirá usted que sabiendo lo orgulloso que se siente de tal apelativo, largamente sostenido por sus antepasados en las penurias y el tiempo, yo, su humilde y viejo servidor en Cristo así como en lo que usted mande, me atreva a llamarle en el tono de lo que considero desde nuestro primer encuentro una cálida amistad, llamarle, digo, como se merece, *Burro* joven, o joven *Burro*, como guste? Anhele fervientemente que sea así. Pues bien, mi joven *Burro*, tengo noticias que a buen seguro...».

A continuación le pormenoriza con bastante lujo de detalles, aunque está claro que guardando para sí celosamente una considerable parte de la metodología casera utilizada en tal empeño, ciertos hallazgos que ha realizado, «no sin esfuerzos, que a mis años conviértense en formidables escollos, aunque impulsado por la alegría que supongo va a causarle».

Pero de pronto algo se espesa, nublándose simbólicamente en la sangre de Serafín. Deja la carta apoyada un momento sobre la mesa de la cocina, con ese mantelito tan cuco de punto aunque algo corto que hizo *Pitita* durante una convalecencia. El trato era que ella bordaba y él le leía algún libro. El intentó leer algo de Bertrand Rusell y ella, luego de una sofocada crisis de llanto, dejó el mantelito a medias. Ni que hubiesen sido los *Principia Mathematicae*. En efecto, vuelve a leer. Serafín mira al vacío, aunque sus ojos están fijos en la ventana que va a dar a los prados contiguos. Encoge las cejas: ese cura de los huevos ¿no estará tomándole el pelo con lo de *Burro* aquí, *Burro* allá? Rediós, ya sólo faltaba que, de entrada, le hubiese llamado «mi gorrino predilecto» o algo así. Él, para ciertas cosas, siempre ha sido muy inocente, pero burro, lo que se dice burro del todo, no.

Duda, pues sigue prendiendo la mecha en su sangre. ¡Que no!, ¿cómo va a ser eso? Con las molestias que el achacoso clérigo se ha tomado a fin de satisfacer lo que eran sus propios deseos, y en los que le insistió quizá incluso en demasía, agobiando a aquel anciano y jubilado, casi digno de lástima. Además, esa carta era prolífica, estaba escrita con gusto y hasta rezumaba entusiasmo. Lo de *Burro* salía, evidentemente, porque había de salir, porque de eso y no de otra cosa se trataba. Entonces, su instintivo recelo, ¿a qué se debía? Igual, precisamente, por ser puesto al inicio de la misiva, y en tonillo algo en exceso familiar. A fin de cuentas sólo se habían visto una vez.

Serafín piensa que no puede evitarlo: ya tiene el recelo típico de los *Burros*, de lo contrario, no sería uno de ellos. ¿Qué es un burro que no recela, que no se halla constantemente como en estado de alerta, tiesas las orejas y oteando el horizonte?

Pero es que vuelve a pensar en ciertos párrafos de la carta y se le enciende algo en el pecho a modo de cortocircuito en un almacén de pirotecnia. Cuando se refiere a él en términos de «Redomado *Burro*, fiel continuador de la asnil y brava prole que tanto trabajó en estas tierras...», ¿no se estará pasando un pelín el achacoso jubilado, casi digno de misericordia por su soledad? Utilizando su mano sudorosa Serafín se mesa la barbilla con lentitud. De hecho está rumiando. Pero rumiando en sentido literal.

Poco a poco el café bien caliente templó su ánimo. Siente cómo se apacigua su sistema nervioso. También él debe ser un ciclotímico perdido. Igual se le contagió de *Pitita*. Porque, momentos después de su anterior revolcón en el lodazal de la sospecha, lo ve todo de otro color. Tanto es así que, de tener el teléfono en su agenda, llamaría ya mismo a Don Facundo para darle las gracias por tan sentida carta y por la aportación valiosísima de esos datos, hasta la fecha por él desconocidos, que en la epístola se explicitan. ¡No!, piensa súbitamente alterado mientras el color con el que ve todo se vuelve de un rosa-fucsia más bien escandaloso, eso no sería suficiente. Demasiado recatado. Ahora mismo, sin la menor dilación debería coger su auto y lanzarse a tumba abierta hacia Salinas y luego al desvío de Costalada. Procurando, eso sí, que su ímpetu agradecido no le reporte una soberbia costalada. Allí, prácticamente enroscado a sus rodillas, se le

abrazaría como un hijo que muestra así el cariño que profesa a quien ya considera casi como un padre.

Pero tampoco. Dicha acción se le antoja excesiva en sí misma.

Considera que lo mejor será escribirle una carta-repollo, como la suya propia, piensa, aun vagamente receloso ante ciertos giros sintácticos de la carta, cierto airecillo a recochineo más o menos reconcentrado que, por mucho que lo intenta, no consigue apartar de su mente. Su yo racional le advierte que no puede seguir siempre con ese mosqueo encima. Al fin, y una tila doble bien cargada interviene lo suyo en alcanzar dicho estado, nota que se calma definitivamente. Sí, ya ha descartado los ambiguos pensamientos, pese a que el rosa-fucsia que hasta entonces bullía en su sangre se haya convertido en un gris de sustrato algo tenebroso. Ese Don Facundo es un santo varón, y él mismo, Serafín Burón, haría lo que tan erudito y amable sujeto le pidiese. Hasta bañarse en el Pábenes en pleno invierno.

Eso no quita que siga pensando, ya con síntomas de flojera muscular y hasta de sueño, que si vuelve a verlo no dejará de decirle, así muy finamente y como quien no quiere la cosa, que en un futuro próximo procure no citar de modo tan frívolo, o quizá al vez debería decirle «tan apresuradamente», la mención a su apodo familiar. Más que nada, tenía previsto argüir Serafín a modo de excusa ante la eventualidad de que el anciano se molestase, por si alguien podía oírles y tal. No era cuestión, le comentaría en tono jovial, de propagar lo de su eximia burrez de solera a los cuatro vientos: que hay gente muy mala. Pero pensándolo con detenimiento, qué iba él a contarle acerca de la maldad de estas gentes a un sacerdote que incluso los escuchó en confesión durante medio siglo. A lo dicho, se conformaría con no bajar la guardia.

Lo emocionante de la carta de Don Facundo es la parte final, en la que con su oratoria florida viene a decirle que ha podido descubrir a dos antepasados anteriores al último del que Serafín tenía noticias, *Gran Burro*, su bisabuelo. Por esa línea descendente que se hunde en las raíces de la Historia, se alcanza el ecuador del siglo XIX. Dos son, por tanto, los antecedentes de la saga cuyas huellas ha sabido detectar magistralmente Don Facundo, verdadero sabueso de las genealogías, infatigable rastreador a quien no asustan las tupidas florestas linajudas, ya que él, además de olfato, tiene

acceso a registros civiles, notificaciones bautismales y documentos de tal laya. Se trata del padre del *Gran Burro*, llamado Máximo, a quien por cierto, según indicios, sus contemporáneos debían referirse como *Burro Máximo*, lo que impone bastante, pues suena a emperador romano. Y también el padre de éste, de nombre Primitivo, seguramente conocido en el Rantroño de la época como el *Burro Primitivo*, que era su nombre de pila, siendo dudoso, piensa Serafín, que nadie por estas latitudes, y con lo enfadadizos y susceptibles que debían ser por aquellos años sus antepasados, se atrevieran a denominarle *Primi* o una liviandad por el estilo.

Aunque anda un tanto flojo en lo concerniente a ciertos capítulos de la Historia –de nuevo va lanzado cuesta abajo y, él no se da cuenta, sin frenos–, y si sus cálculos al respecto no fallan, esos familiares podían haber sido testigos, y quién sabe si gestores, de momentos culminantes del pasado del país o por lo menos de la región. No le cuesta en demasía abstraerse, imaginándolos a cada uno en su casilla concreta del cuadro sinóptico:

Primitivo → *Burro Primitivo* → Guerra Carlista
Máximo → *Burro Máximo* → Guerra de Filipinas.
José → *Gran Burro* → Guerra de Cuba.
Manuel → *Pedazo Burro* → Guerra de Marruecos.
Clemente → *Burro Padre* → Guerra Civil.

Hasta la irrupción en escena, por fortuna no en la política, de *Burro padre*, su antecesor directo, casi todo se pierde en la espesura de lo inconcreto. Sin embargo, que él sepa, ninguno de esos nombres de entre la estirpe de los Burones pareció ser un buronita guerrero oficial, no interviniendo en ninguno de tales conflictos, que tanto afectaron a muchísimos hombres y familias de otras tantas generaciones. Lo que viene a demostrar que la condición hisediana de la saga buronita los aisló del desarrollo histórico, en este caso privándolos de ser partícipes de tales contiendas. Es como si aquí, por no llegar, ni siquiera las guerras más terribles hubiesen hecho nunca acto de aparición. Como si bastante guerra supusiera ya sobrevivir en un sitio tal que el valle de Rantroño. Su propio

padre, como queda dicho, vivió la Guerra Civil siendo chico –aunque, se recordará, algunos de sus tíos combatieron en bandos opuestos, todos obligados– pero Serafín apenas le oyó alguna mención esporádica a tan espinoso tema.

Lo que sobre todo le agradece a Don Facundo fue cierto descubrimiento hecho por éste y que a Serafín le hizo hincharse de satisfacción. Se trataba de unas coplas fechadas en el año 1921 para la fiesta de la Vijanera de Hiseda, cosa extraña y, por lo que el antiguo párroco de Salinas sabía, irrepetible, ya que esta fiesta era propia de Ilios, uno de los pueblos colindantes y rivales de Hiseda. Aquel año debieron poner en práctica el experimento para cabrear a los de Ilios, que nunca estaba de más. En esas coplas se cantaba la historia de un barco a vapor llamado *Casares* que de pronto aparecía sobre las lomas de las montañas y, detrás suyo, embistiéndolo, una fabulosa ballena asesina provocando gran mortandad. El caso es que ahí, en la IV estrofa, se leía:

Y en una gasolinera,
«Burro» y el «Inspector»
navegan a toda vela
con cautela y sin temor.

Luego se explicaba que ambos, quien sin duda debía ser su abuelo Manuel y el tal Inspector, se encontraron horrorizados delante del fúnebre panorama que ante sus ojos aparecía: el de una ballena de más diez kilómetros de longitud, que se entretenía en matar a diestro y siniestro a cuanta gente hallaba. Seguía la historia contando que quince mil personas fueron víctimas de esa bestia que ríase uno de *Mobydick*, una merlucita a su lado. El pánico era máximo, huyendo la gente despavorida por los valles. Y ahí es cuando aparecía la sublime IX estrofa:

Pero «Burro» valiente
a la ballena mató
y la arrastró para tierra
pa pesarla el «Inspector».

Las siguientes estrofas detallaban cómo los vecinos de Hiseda, todos

«gente de la mar», se quedaron espantados al ver aquel monstruo. Lógico.

Por momentos la fantasía de Serafín se desvocó: ballenas voladoras de diez kilómetros de largo causando quince mil víctimas... sí, todo era una exageración propia de un cuento infantil. A él se le antojó muy acertado el chiste de convertir a los hisedianos en gentes de la mar, cuando en realidad a veces parecían haber nacido de una vaca. Pero, ya en serio y puestos en plan exégeta desentrañador de símbolos, pensaba que cuando ahí se incluyó a su abuelo Manuel otorgándole el papel de salvador, y no por cierto ante un bichito baladí, es que algo debía haber en aquel Manuel Burón para hacerle acreedor de tal papel. Esas breves líneas, aunque formasen parte de una sátira popular, no dejaban de ofrecer emblemáticos retratos de algunos paisanos del pueblo, sin duda los de más carisma. Los apodos de cuatro hisedianos también aparecían ahí cumpliendo diversas funciones: «*Labra*», «*Tito*», «*Ramonchino*», «*Leciuco*». No obstante, el puntazo épico lo daba el abuelo Manuel, «*Pero Burro valiente a la ballena mató*», y no sólo eso sino que la arrastró a tierra, no se especificaba si con sus propias manos, aunque capaz sería, ya puestos. Vamos, que ni *Superman*, *Batman*, *Spiderman*, *Ironman*, *Hulk* y todos los superhéroes de la factoría Marvel juntos.

Como si fuese un crío de corta edad ante un portentoso espectáculo de fuegos artificiales, Serafín debía hacer esfuerzos por no temblar de emoción, y es que cuando le entraban los deliquios visogóticos, o más bien habría que denominarlo su «toque vándalo», era capaz de perder el oremus. Entonces se repetía a sí mismo: «A ver, Serafín, no seas ridículo, que vienes del mundo de la Ciencia y del racionalismo militante...». Pero, ¡oh, corazón desbocado!, ¿es que no estaba todo más claro que las aguas del Pábenes? Sin contar con la molesta inclusión de ese «Inspector» de marras, un intruso caradura en la película que él mismo se había montado –presuntamente el responsable de Abastos y de la aplicación del canon a pagar por la circulación de mercancías entre distintos fielatos y ayuntamientos–, ¿no decía aquello mucho de lo que tuvo que ser el carácter y genio del abuelo Manuel? Porque si había algo seguro era que en este pueblo no regalaban nada a nadie, y menos elogios. A lo dicho, eso sí debió ser un pedazo tío, es decir, un *Pedazo Burro*. De por vida le estaría agradecido a Don Facundo por tan entrañable hallazgo.

Si Hiseda y el valle de Rantroño en general constituyeron desde siempre un microclima espiritual de primera magnitud, los Burones en particular eran el fenómeno aislado, la rareza dentro de la rareza, viviendo encuadrados e inmunes en su propio ensimismamiento. Y así era él, que llevaba demasiados años haciendo poco más que remover sus docenas de folios proteínicos y mirando por los ventanales de la Casona. Ni feliz ni desgraciado. Simplemente aturdido en su mismidad buronita. Si pastase en vez de ingerir alimentos, sería un burro perfecto, aún con forma humanoide.

Era hecho harto curioso, y revelador, que *Burro* padre apenas nunca le hablase de la familia de los Burones, y no es porque ésta fuera corta, ya que él fue el menor de dieciséis hermanos. Es decir, se llevaba los mimos de todos, cuando los había, pero también las leches de todos, que solía haberlas a menudo. Al morir *Pedazo Burro*, el abuelo Manuel, los miembros de la saga se desperdigaron por los pueblos de la provincia, y poco a poco las relaciones fueron «enfriándose», según palabras de su padre. Aunque cierto que la Parca había obrado con diligencia para llevarse a varios de ellos a edad temprana. Costoso sería para Serafín, pues, acabar conociendo algunas «realidades» de las que nunca se hablaba. Conste que la mitad eran varones y la otra mitad hembras. Ahí se daba una de las características, tanto de ellos como de ellas, que distinguían a esta familia de otras por el estilo. A saber, prácticamente todos ellos sintieron una fuerte inclinación por el vino, y, por su parte, todas las *Burras*, que se sepa, le «cantaban las cuarenta» a sus maridos, o sea, los *burros* políticos, lo que él consideraba una versión tibia, hasta diríase que descafeinada, de aquello que en realidad les iba: su apego no menos endeble al eficaz guantazo. En cuanto a ellos, poseyeron una singularidad digna de engrosar la lista del Libro *Guinness*: todos llevaron a sus mujeres embarazadas al altar, lo que en aquella época de guerra y posguerra, y en plena fiebre moral de nacional catolicismo rural a ultranza, debió ser cosa sonada. Tampoco se sabe de nadie que les recriminase, y eso es sintomático del estado de la cuestión. Todos se casaron precipitadamente, sí, menos *Burro* padre, que en su ser asnil no es que no llevase nada de conejo en la sangre, sino que obró de modo distinto posiblemente por haberse ido muy pronto a la capital, queriendo tomar distancias de Hiseda, sus problemas

y sus gentes. Imposible saber si ellas, las *Burras*, llevaron a sus maridos al altar estando embarazadas. Más que probable. Cierto también es que este pueblo, así lo contaban las malas lenguas, fue desde siempre bastante endogámico, a lo que contribuyó el ser personas de sangre muy caliente y obvio retraso cultural hasta épocas no muy lejanas. De modo que quizá Serafín tuviese repartidos por ahí decenas de primos, sobrinos y demás, todos ellos *naturales*, naturalmente. Algo así como lo de su supuesta vinculación familiar con *Matalajari*, de la que le habían hablado sus tíos. En efecto, igual eran todos casi una gran y única familia de conejos y *platerines* mezclados, ya con distintos apellidos.

Siempre le llamó la atención el final de dos de sus tíos. Constancio, al que se conocía como *Chancho*, murió a resultas de la coz de una yegua a la que se le cruzaron los cables. Tenía dieciocho años y, según parece, lo último que le oyeron decir antes de ponerse manos a la obra, fue: «Dejadme a mí...». Un caballo tuvo que ser quien, de forma tan absurda, truncase la vida en germen de aquel *Chancho Burro*. El otro caso digno de interés era el de su tío Goyo, un tiarrón de genio variable que acabó sus días también demasiado joven por causa de una apuesta, dicen, en la que asimismo hubo de influir lo suyo el vino. Alguien le retó a ver cuánto tocino crudo era capaz de comerse. Y se comió dos kilos de una tacada. Y murió, como podía preverse. Menudas fieras.

Pero hay algo que cobra poderosa fuerza en su mente: tomar repentina conciencia de todo ese mosaico familiar que le remite a tiempos pretéritos consigue que Serafín se sienta literalmente embargado de un alborozo que no acierta ni a explicarse ni mucho menos a definir. Es algo así como una especie de patriotismo de la sangre, una suerte de ascesis mística de los sentidos. Se le hace un nudo en la garganta y debe luchar consigo mismo para que no se le humedezcan los ojos más de la cuenta. Él, que durante tanto tiempo se burló de este tipo de cosas, por ejemplo con *Pitita* cuando hablaban de aspectos referidos al pueblo y a sus tradiciones. Quién pudo aventurarlo: él, un patriota sanguíneo, pero además del terruño. El, que nació y vivió en una ciudad de varios millones de habitantes.

También parece cierto que a todo ello le anima considerablemente el

tintorro que desde hacía semanas se trae del *Legañas* en botellas especiales, pues es de barril o «de cuba», como lo llama el propio *Legañas*. No sabe exactamente qué tipo de vino es, pero sí sabe que coloca que es un primor. Más de una noche, solo y aburrido, así termina: como una cuba. De dónde lo traen o qué le echará ese diablo de bodeguero, pues esto parece más *cognac* del fuerte, orujo lebaniego o aguardiente pelotero que un sencillo vino tinto, oscuro y peleón. Y no le vayas al *Legañas* con «toques de paladar», con «reminiscencias en la lengua», con «sabores afrutados», con «aroma o cuerpo de esto o lo otro», ni mucho menos con comparaciones a Riojas, Valdepeñas, Somontanos o Riberas del Duero, porque salta como una madre en defensa de sus cachorros:

–¡Eso son polladas en vinagre!... –Así de tautológicamente lo define él, que está metido en dicho mundo–. ¡Prueba esto y ya me dirás!

No le llesves la contraria, o la lías. Se lo contaron a Serafín: una noche alguien le soltó algo referente al Cauvernet-Sauvignon y el *Legañas* le arreó una hostia del copón, que rima y todo. Debió tomárselo como un insulto dirigido a su madre.

Cierto. Su vino es muy fuerte. Aturde casi un único vaso tomado espaciadamente. Ahora Serafín lleva dos seguidos y, mientras piensa en los términos concretos en los que mañana mismo escribirá una carta igual de extensa y formal a Don Facundo, su ídolo con sotana, se deja mecer dulcemente por los efluvios de esa pócima legañil que, cuesta reconocerlo, está fuerte hasta decir basta. Que parece que no entra –qué curioso, él con el tinto siempre va a pares–, pero vaya si lo hace. Diríase entonces que penetra, horada, perfora y finalmente posee, dejándote hecho un desmadejado bulto sobre la cama o el sofá.

Eso piensa hacer, sí, y después de escribir a su venerado Don Facundo bajará a la bodega-garaje de la Casona a mirar de nuevo, aunque esta vez con otra intención, la colección de cacharros montañeses que le legó su padre. Y mañana mismo o pasado, sin más tardanza, irá a la ciudad, a una tienda de boinas, a comprarse una nueva y bien bonita. Porque con la que tiene se ve un poco cabezolón. ¡Nunca más la ridícula gorra a cuadros grises y de señorito cazador castellano que a veces se ha puesto, que no parece ni gorrita ni nada!

Incluso, susceptible como es, una repentina sensación de frío le recorre la espina dorsal. Previsible. Con boina no le sucedería eso, pues siempre llevaría la cabeza calentita. ¿Cómo no se ha dado cuenta hasta ahora? O peor: ¿cómo se ha resistido interiormente a ello? ¿Por temor al ridículo? Como si llevar boina, aparte de anacrónico y poco usual en estos tiempos –ya volverá la moda, como todo–, fuese algo ridículo. Ni hablar. Ridículo es lo que hace la gente, que va toda uniformada a modo de rebaño según los patrones por lo general ridículos que dicta la supuesta moda al uso. Aquí, si un caso, lo ridículo fue siempre no llevar boina. Mañana, pues, boina al canto. Eso piensa enardecido, la cabeza ya decididamente caliente. Pero como se conoce, sabe que irá poniéndosela poco a poco. Primero en los días muy fríos y para andar por casa, acostumbrándose. Luego, si va al *Barrio*, a donde Nicanor, y después se atreverá a ponérsela en Hiseda. Aunque ése no debe ser un paso brusco, sino lento y firme. Hacerlo de tal modo que cualquiera de entre esa panda de cotillas y criticones diga un buen día:

–Mira tú, qué bien le queda la boina a Serafín, el de los *Burros*.

Y otro le responda:

–Quita, quita..., si yo creo que la ha llevado desde siempre...

Tal vez lo haga así, con elegancia, con delicadeza y sin estridencias, cuando adquiera la joya que busca en Casa Elosegui, e, igual que pasa con la berza en el cocido, llegue a fundirse en la masa hisediana, reacia a los descubrimientos apresurados y a novedades con las que no contaban. No sólo eso: cree que dado que a nadie le importa un bledo, que digamos, la evolución de sus investigaciones acerca de las estructuras poliédricas en las proteínas globulares, y aún mucho menos, por no decir nada en absoluto, el supuesto acercamiento de tales investigaciones a lo que él ha denominado, un tanto ampulosamente quizá, el «espectro operativo de los aminoácidos, así como sus modernas aplicaciones en el ámbito de la parasitología molecular», como todo eso en definitivas cuentas se le antoja una plasta de impresión, ¿por qué no destinar sus aún poderosos forcejeos intelectuales a dar rienda suelta a esa otra línea de investigación que tiene que ver con sus antepasados buronitas, y sobre cuya existencia Don Facundo, con su buen hacer de guía espiritual y su mürida diligencia, acaba de arrojar un providencial foco de

luz? Sí, ya puede ver incluso el título del libro:

ANALECTAS HISEDÍACEAS

Porque, una vez puestos a desarrollar ese nuevo y estimulante papel de historiador del lenguaje o científico del alma, o de ambas cosas simultáneamente, convendría, desde la total urbanidad por supuesto, crear una terminología específica para definir determinados aspectos de este pueblo. Así que sus *Analectas* no serían ni hisedianas, ni hisedienses, ni hiseditas, ni tampoco hisedetanas. Hisediáceas y va que chuta, piensa complacido. Además, suena a plantas tropicales, una sugerente simbiosis de liliáceas y fanerógamas. Sí, ese concepto viene a unificar en uno solo todos los demás: lo hisediáceo, estrato superior del devenir hisedetano, que a su vez supera al ser hisediano. Como si dijéramos la función clorofílica de lo hisédico. Y se ve como un Husserl inventando su propia fenomenología de lo *abstrurdo*, coito de absurdo y abstruso, que es como a veces le parece todo en este sitio. De pronto, ayudado también en esto tras darle nuevo viaje al vasito de tinto, aunque ahora lo acompaña con un pedazo de queso de cabra ahumado en roble, imagina otro título posible cautivador para su futuro trabajo de indagación en los albores buronitas:

CRESTOMATÍA HISEDETARRA

Serafín se ha sobresaltado al pensarlo. Apoyando en la mesa el cuchillo y el pedazo de queso, reflexiona. No, aquello más parece hacer alusión a los vascongados y tal, siempre con sus líos. Por ahí no va bien.

Da otro sorbo al vaso de tinto, éste largo por ser el último. Lo de «Hisediáceas» tenía una connotación más seria, sonaba a exégesis de rigurosa factura.

Arrobado al pensar en Don Facundo, a quien igual un día de éstos Serafín se atreve a pedir una foto para enmarcarla, y tras unos instantes de vacilación, ya ve con toda claridad el subtítulo de tan importante trabajo:

*De bellum hysedycii
cuius Buronis causam*

¡Jóperas, pensó sorprendido, cómo le había cundido el poco latín, y aún este macarrónico en grado sumo, con el que tuvo que lidiar en la última época, con todo esto de la genealogía buronita! Qué orgulloso estaría de él su *magister ludi*, Don Facundo, si le viese así, aun parcialmente bebido, improvisando latinajos como un exorcista en plena faena. Y la verdad es que por no tener no tiene ni zorra idea de lo que puede significar exactamente esa frase en latín que, como una flor de loto en el estanque, al amanecer, de pronto ha nacido en su conciencia, pero le suena estupenda. Seguro que no como para dar el pego en un Congreso de Latinistas, pero sí, piensa Serafín – que va notándose cada vez más eufórico por los efluvios del vino– para despatarrar a toda la caterva de ceporros medio analfabetos que pueblan el valle de Rantroño y hasta la provincia, la mayor parte de los cuales te partiría la cabeza sin el menor escrúpulo si supiesen que les llama así, siguió pensando, seguro que ateniéndose ellos más a lo directo de «anal» que a lo confuso de «medio» o lo barroco de «fabetos».

Luego se dormirá, pese a tener un cierto pero soportable dolor de cabeza. Debe decirle al *Legañas*, decide antes de desvanecerse en los brazos de Morfeo, que su tinto afecta a la cosa demasiado pronto, es decir, a determinados estados de la conciencia, cascando neuronas o sinapsis y obnubilándolas hasta bordear la narcosis. Aunque, para qué. ¿Cómo iba aceptar eso el *Legañas*? Se lo tomaría como lo que realmente es, una crítica. Además, para defenderse le respondería que después de tres vasos de tinto, claro que afecta la cosa. Lo raro, puede verle diciéndoselo como una regañina, es que no le haya hecho un socavón en el cerebro.

Y se duerme.

A la mañana siguiente se encuentra algo mejor, aunque aún sufre ligeras molestias a modo de migraña. Se halla sumido en una especie de sopor que le persigue como una nube de abejorros empeñada en ir donde él vaya. Mira por la ventana principal del salón y distingue las techumbres humeantes de

algunas casas del *Barrio*. En cambio Hiseda permanece envuelta en la niebla. Lo que, al no estar el cielo de color plata oscuro, significa que hoy hará buen día, bastante despejado. Frío, pero limpio.

Ya va sabiendo reconocer los fenómenos climáticos por pequeños detalles, y es capaz de establecer vaticinios más o menos aproximados o con un índice de error relativamente bajo. De vez en cuando se equivoca, y entonces es sonado. Recuerda por encima ciertos pensamientos que tuvo la noche anterior, cuando realizó la lectura de esa carta de Don Facundo que le llevaría a un estado de exaltación, en estrecha amistad con la uva, quizá exagerado. Lo de la boina, por ejemplo, será preferible que lo deje para más adelante. Cuando haya perdido del todo el pelo. Entonces sí le vendrá bien, y seguro que si la lleva con donosura, con esa distinción de la que para ello hacen gala en el Norte, le sentará a las mil maravillas. Uno es lo que proyecta, no lo que los demás creen ver.

Sabe, y lo confirmará en cuanto baje al pueblo con la excusa de recoger unas compras que se le olvidaron ayer, que en Hiseda la vida sigue su curso rutinario, igual que la respiración de un animal cuando duerme libre de temores. Como las aguas del Pábenes a su paso por las lindes del pueblo. Luego, un tramo más allá, se encabrita, igualito que las almas aquí, pero al final el río siempre lleva la misma dirección, y así desde que existe todo. Nada se transforma sustancialmente en Hiseda, aunque todo el mundo se mueve diríase que buscando algo.

Por ejemplo, el *Quejío* y la *Agujetas* siguen quejándose por todo y se disputan la palabra, a ver quién suelta más quejas por minuto. De tanto en tanto, seguro que al menos a ambos se lo parecerá así, da la impresión de que *Corvatos* y *Furias* estén a punto de dar el paso definitivo y adoptarlos en su seno con carácter fijo, no como meros transeúntes que permanecen siempre de pie, pues tanto en *Donde Frasio* como en *Donde Celia* hay sendos bancos de piedra para cuatro personas nada más. Gestapo y NKVD. Pero al poco, de manera a veces tosca y otras más prudente, se les hace saber que no, que deben seguir opositando a aquello que tanto anhelan. Quién sabe si algún día consiguen saber antes que nadie un gran secreto, preámbulo de la ansiada admisión, quién sabe.

Tomasuca, el *Témpano*, a quien como se dijo apenas nadie llama así, parece bastarse a sí misma, aunque camina cada vez más encorvada, como reconcentrada en su propio dolor y en sus heridas interiores. Asidos, entrelazados más bien los brazos bajo un sempiterno chal que le pende desde los hombros, va recta de su casa al Súper o a la iglesia, y de ese recorrido no se mueve. Reparte con cuentagotas, cuando luce el sol, vagas sonrisas que saben a gloria, y alguna ocasión en la que se ha arreglado un poco, lo que se dice tan sólo un poco, más de un hisediano pensó lo muy de buen ver que todavía está la viuda de aquel desdichado repartidor de pescado cuya alegría contagiosa y su vozarrón aún se añora en estas calles.

El *Dalle*, por la tarde, dirá mirando al cielo nada más salir del estanco, a donde últimamente acude a comprar tabaco y papel para liar:

–Va a liarse una buena...

Lo cual tampoco significa que vaya a sobrevenir de inmediato el *Armagedon* sobre el valle de Ranteroño, y probablemente ni siquiera se refiere a la inminencia de fuertes lluvias con inundaciones como las que ocurren cada diez o quince años, no. Él se ha limitado a avisar, aun hablando para sí mismo, de que hay que temer algo. Al propio Serafín le ha llegado no el rumor, sino la confirmación absoluta de que precisamente eso y no otra cosa es lo que salió de la boca del *Dalle*, encogida porque en ese momento llevaba un pitillo ahí, y por lo visto apagado. Pero lo han oído. Horas después, de boca en boca, ya lo sabe todo el pueblo, y la conciencia de cada uno actúa en consecuencia.

El cura don Julián, a falta de sabroso material para los desayunos, pues no se hacen sobaos como los de antes, por supuesto, anda por ahí bastante inquieto para lo que él suele ser, sobre todo ahora que se siente tan viejo. No así antes, cuando ese vigor lo corroía por dentro, abocándole siempre al límite de sus en apariencia elementales instintos de castidad, y solía, por lo general, salir victorioso de tan enconada lid consigo mismo. Entonces el brazo secular de la Iglesia, o sea el suyo, quizá podía llegar hasta el entremuslo de un chavalín asustado o de una niñuca arrebolada, pellizcando allí con suavidad a modo de advertencia, o porque sí, sin que pudiesen montarte un escándalo que parecía peor que la apostasía. Lo cierto es que se

conformaba con alivios efímeros y acaso instintivos, como el del entremuslo. Ahora, en cambio, la ha tomado con el *Logroño*, ya que por lo visto éste se propasó con algo salido de su pecadora boca en las mismas puertas de la iglesia, ahí al lado, junto al cementerio. Ambos son como el perro y el gato. Se necesitan para dar sentido a lo único que ambos hacen en la vida, incordiar.

También lo de *Matalajari* esta vez ha sido sonado, auténticamente sonado y con repercusión hasta en Vegamayor. Y lo sería aún más si no fuese ya la tercera ocasión que algo parecido ocurre con ella en lo que va de año. Andaba por la huerta de su casa embutida en una especie de *panties* de lycra, con algo en la cabeza, algo floral, según dicen, pues *Lupita Pulseras* procura llenar con bisutería o color a destajo cuantas partes de su anatomía se lo permitan, y es de suponer que así iba: como siempre va, en disposición caribeña, tal que si estuviese a punto de ser proclamada Reina del Carnaval de Río de Janeiro o de bailar un chachachá, que es lo que auténticamente le gusta. Por eso dice detestar Hiseda, porque es lo menos parecido del mundo, que ella sepa, al chachachá. Y de tal guisa ha ido siempre por la vida, como recién escapada no se sabe si del manicomio o de cualquier fiestorro en el que se desborde a litros el *glamour* y la bullanga en el ámbito de la tercera y hasta la cuarta edad. Así andaba, pues, cuando una vecina que según ella se la tenía jurada, le ha dicho algo feo, o por lo menos malsonante. *Lupe*, sin demasiadas pulseritas en los brazos según parece, pero sí con una pequeña azada en la mano, ya que en dicho instante merodeaba por el huerto removiendo tierra de las macetas con denuedo, le ha respondido como la otra merecía. Y la otra, como si no supiera con quién se las gasta, ha contestado de peor tono, según *Lupe*, y no sólo eso sino también volcándole unas macetas en las que tenía sus preciadas hortensias azules. Dicho y hecho:

Ha trepado, no se sabe cómo, por la pared de piedra, aproximadamente un metro y medio que separa ambas huertas, ha cogido a la vecina por el pelo y luego de zarandearla como si fuese una muñeca de tela le ha arreado tal par de sopapos que los gritos enfurecidos de una y los lamentos hirientes de la otra han podido oírse por todo Pradonuevo. *Matalajari* es muy corpulenta, lo que se dice una tiarrona del Norte. Parece que la vecina, para facilitar las

cosas a *Lupe*, que en la disciplina de «tirarse al moño con revolcón y guantazo incluido» es sin duda la campeona de Hiseda por la fuerza y presteza con la que actúa, iba con los rulos puestos, con sus correspondientes bigudíes y su redecilla protectora. Fallo. Ha quedado como era de esperar: hecha un adefesio, y luego, al médico con cortes y hematomas en la cara. Dicen que la cosa acabó en el cuartelillo, pero sabido es que allí no quieren ver a *Matalajari* ni en pintura. Tanto la temen. Antes adquieren varios cuadros de *Pitita* para adornar las paredes y los tabiques del Benemérito Cuerpo. Como que en cierta ocasión *Matalajari* cogió a un guardia del tricornio y lo sacó arrastrando hasta la calle, años atrás, cuando era más joven y fuerte.

Con *Matalajari* no se juega, bien lo sabe todo el pueblo, pero a su vez esa vecina suya de tantos años parece ser la especialista, la más mañosa en la disciplina favorita de esta zona de Hiseda que llaman Pradonuevo: provocar a *Lupe*, como si en verdad le fuesen el sado y la canela. Cada dos o tres años recibe lo suyo. Pero insiste. Cualquiera día acabará con una pequeña azada incrustada en mitad del cráneo, así, antes del desayuno incluso.

Lo mejor de esa historia para Serafín, no obstante, era algo que le comentaba Don Facundo en su amabilísima carta, a saber, que a *Lupe Matalajari* también podía considerársela medio emparentada con los *Burros*. Primeros, segundos o terceros. Esas cosas. Y claro, ahora empieza a entender él su debilidad de siempre por *Lupita Pulseras*. La loca, la broncas del pueblo tenía que ser, por fuerza, burra apócrifa o mestiza. Ojalá se entere a tiempo alguna vez de cualquier pelea de *Lupita* con esa vecina. Entonces acudirá allí, presto a animar a *Matalajari* como se merece: «¡Venga, tía, machácala... que se entere!». Porque sí, a partir de hoy la consideraba su tía, aunque sea lejana.

Por su parte, Crispín sigue sudando como un condenado pese a que el termómetro marque pocos grados y las estufas del Ayuntamiento funcionen a tope, cada vez que alguien, en tono de exigencia, viene a pedirle algo. Entonces se desvivirá por apaciguar los ánimos de esos interlocutores, futuros votantes y, según el prestigio hisediano que tengan, les despedirá con profusas muestras de servilismo o de camaradería, estas últimas improvisadas en todo punto, o incluso esbozando ovejunos e inquietantes amagos de

reverencias, aunque ni él mismo ha logrado superar nunca su récord de aquel día en que, colocado como iba en el *Legañas*, trató en términos de Ilustrísima a Don Melquíades.

U otra ocasión en que, también debido a la inesperada entrada de Don Melquíades en el bar, Crispín, que estaba en pie, se dobló con tal presteza y con tanto ahínco sobre su propia cintura que luego no había forma de ponerlo derecho, pues según parece allí mismo tuvo una especie de pinzamiento ciático o algo así.

La última vez que la gente rió por aquí a costa de la probada capacidad de mando del viscoso de Crispín al frente del Consistorio fue cuando unos chiquillos de Santa Engracia, pequeño pueblecito que está situado también en un flanco del Pábenes, poco más allá del Puente la Reina, entre Hiseda y Vegamayor, llegaron en comitiva, aparentemente respetuosos, siendo siete en total y pareciendo muy convencidos de aquello que venían a reclamar, para pedirle al señor alcalde, en actitud solemne, eso sí, a ver si el Ayuntamiento les podría comprar unas bicicletas nuevas, pues las suyas estaban ya para el arrastre. Dícese que venían con su discurso preparado al detalle, y así, cuando el mandatario municipal exclamó, presa de la indignación:

–¡Pero... tendréis morros...!

Ellos, cacareando como pollitos al unísono, le respondieron que no, que para morros los suyos, es decir, los del perplejo Crispín, porque con esas bicicletas anticuadas que utilizaban, llenas de parches y reparaciones improvisadas, cualquier día de éstos iban a provocar un accidente, bien causándose grave daño ellos mismos, bien provocándoselo sin querer a cualquier paisano o paisana, sobre todo a ciertas viejas que al caminar son más lentas que los limagos. Bueno, improvisó mentalmente el alcalde, como excusa y en su supuestamente candorosa ingenuidad, no estaba mal, aunque es cierto que si se les concedía eso, en nada, ya creciditos, vendrían de nuevo a pedir motos de gran cilindrada, y poco después un *Jaguar*.

El alcalde, avergonzado de una escena que estaba siendo observada entre sonrisas por buena parte del personal del Ayuntamiento, se levantó para luego cerrar de un fuerte golpe la puerta de su despacho. De hecho, «el mayor portazo que nunca se pudiese oír en esta Casa Consistorial, dado por él, pese

a que hubo muchos líos en todas las épocas», con tan mala fortuna que, a resultas del tremolante impacto de la puerta en sus correspondientes jambas, cayó al suelo un cuadro del Jefe del Estado que se hallaba colgado en el pasillo central, justo al lado de la puerta del despacho del señor alcalde. El cristal sufriría serios daños, quedando allí una fisura transversal que «cruzaba de lado a lado, como si fuese una horrible cicatriz», el rostro del susodicho Jefe de Estado, quien visto así, la cara como dividida a cuchilladas, más parecía un delincuente de los bajos fondos de cualquier gran urbe. Aunque fuese poco lo que costara la reparación de ese cristal, como en el Ayuntamiento todo iba tan lento a causa del enojoso papeleo, pasaría bastante tiempo hasta que el citado retrato volviese a estar en perfectas condiciones. Lo que suponía, para desgracia de Crispín, que entre todos y cada uno de los visitantes a la Alcaldía que pasasen por ahí viendo el retrato con su desperfecto, siempre habría una lengua viperina que, no teniendo mejor cosa que hacer, se mostrase dispuesta a pormenorizar el asunto, convenientemente agrandado, la caída del marco y, ya de paso, entrando a saco en lo del escándalo de «esos pobres niños de las bicis».

O sea, por muchísimo menos que todo esto en Estados Unidos son capaces de machacarte una carrera política que va viento en popa a la Presidencia.

Ni que les hubiera propinado sendas palizas a cada uno de ellos rompiéndoles luego las bicicletas con sus propias manos, debió pensar Crispín que se rumorearía en breve, y ya sudando de pura angustia. Ni que él mismo le hubiese dado un navajazo en pleno rostro al Jefe del Estado, debió seguir pensando, cada vez con gotas más espesas y frías surcándole la frente.

En ese sentido, queda constancia de ello aunque no hubo ni luz ni taquígrafos que dejasen testimonio de la escena, y dado que los pabellones auditivos de la secretaria y los oficinistas municipales han evolucionado sobremanera con el transcurso del tiempo –convirtiéndose, por aquello del absoluto aburrimiento, en los radares más fiables que imaginarse pueda, por lo que funcionan siempre a la perfección– parece que durante un buen rato pudo oírse, cosa rara, la vocecilla del señor alcalde en tono de rapapolvo a aquella horda juvenil y pedigüeña, cuya edad media oscilaba en torno a los

nueve y doce años. Pero de pronto, se dice, las cosas cambiaron de rumbo y ya sólo se oyó, a partir de ese punto crítico de la supuesta negociación, a varios de los críos hablando de una «forma muy dura y exigente», e incluso «profiriendo amenazas» al responsable de la municipalidad. Así hasta que se abrió la puerta de su despacho y salieron en correcta formación de a uno, también denominada «fila india», según relató un funcionario con vocación de puntilloso en todos los revuelos habidos entre la ciudadanía hisediana. Indios apaches o sioux debían haber sido quienes atacaron por sorpresa al pobre Crispín, que prácticamente yacía inmóvil en su sillón con un ataque de nervios a medio consumarse. Hubo que administrarle un calmante, y finalmente se calmó, aunque ayudado por unos chupitos de anís traídos con urgencia del *Legañas*. Es de suponer que en unos días no tuvo que darle excesiva importancia a su máxima: «cada habitante un voto», porque, para empezar, aquella colección de gamberros prematuramente doctorados, ni tenían edad de votar y ni siquiera eran de Hiseda. Además de que, por supuesto, le estaban tomando el pelo.

Bien pensado, pensó Serafín que terminaría pensando el señor alcalde, puede que cada crío no sea un voto, pero sí un hogar con sus respectivos ocupantes. Ya se sabe lo manipuladores y cantamañanas que pueden ser los chavales cuando se trata de sacar tajada de algo. Bueno, Crispín no tenía hijos, ya que la asturiana nunca estuvo por la labor, pero lo sabía a través de otros testimonios en todo punto fiables. En cuanto a la procedencia de los chavales, para empeorar su propia suerte de titán luchador en solitario al frente del Consistorio, recordaría que ese pueblecito que ni siquiera tenía la categoría de tal, los de Santa Engracia –lo mismo que los del *Barrio*, aunque ahora ahí apareciesen de tanto en tanto carteles hechos a mano en los que se leía «Hiseda de Arriba»–, a efectos de censo y de papeletas electorales sí eran hisedianos. Renovadas sudoraciones recorrerían su espalda y pecho hasta atenzarle la garganta, uno de sus puntos débiles. Cuando se sentía con el *gentleman* subido procuraba adornarse con un *foulard* de seda, según parece regalo de una misteriosa dama sin duda agradecida por cualquier gestión municipal que, beneficiándola, aligerase Crispín pese a contravenir radicalmente su norma de «las cosas de palacio van despacio» –lo que, para

desesperación de los afectados, le hacía adoptar una actitud casi budista ante ciertos problemas de urgente resolución—, prenda y señora por los que se vertieron incontables rumores, más o menos incluidos en dos capítulos, a saber. A: «Crispín se nos escapa», y B: «Menudo braguetazo debe haber dado el alcalde». Dama cuyo rastro, como casi todo aquí, acabaría por perderse allende las brumas de Salinas, que era como decir Siberia, Mato-Grosso, o la Antártida. Lo único seguro es que ese supuesto lío y esa supuesta dama, de existir, no paraban por Hiseda. La asturiana hubiese desguazado a la tal dama, y en cuanto a lío, se lo habría devuelto a Crispín en forma de supositorio gigante.

Pero volviendo al episodio de los gamberretes de Santa Engracia, se sabe, porque ese comentario pudieron oírlo varios funcionarios del Ayuntamiento, que Crispín llegó a la mañana siguiente con aspecto de estar muy contrariado. Entonces, invocando la siniestra irrupción en su despacho de aquella sarta de bandidos en miniatura, exigió en su nombre y sin la menor muestra de debilidad, que en cuanto volvieran a hacer su aparición, si ésta se producía, «se requiriese en el acto la intervención de los Números del Cuerpo». Que Crispín tenía su habilidad para darle pátina a cualquier asunto. Así, con la Guardia Civil llevándoselos de las orejas, o mejor aún esposados, iban a aprender lo que era respeto. Por fortuna los chavales no volvieron.

En cuanto al desperfecto del cuadro, y como era de esperar, ocurrió lo que más temía Crispín. Siguió colgado en su sitio, pues no ponerlo en la pared, pese a esa fea raja transversal que partía el vidrio y de paso, simbólicamente, la cara del Jefe del Estado, tal vez hubiera podido ser interpretado como signo de desdén, y no quería mostrar que se hallaba demasiado pendiente de que en el siguiente pleno, largamente aplazado, se aprobase una partida destinada a reparaciones varias en el recinto municipal, pese «a la miaja de más» que era. Para colmo tuvo que llegar *Colás* y verlo. Si aún hubiese sido *Toño el Rojo* quien presenciara aquello las cosas serían distintas, pero no. Tuvo que ser *Colás* en persona, tan afín no a ése si no a cualquier Jefe de Estado que le echasen, por aquello del orden. Así, para ir por casa esquivando la lengua o los tortazos de la asturiana, a Crispín le daban igual unos que otros. Él lo que veneraba era el símbolo de la paz social y el respeto, sobre todo si, como en

su caso, se estaba casi, casi, casi en la cima de una micropirámide de poder, el Ayuntamiento de Hiseda, que a su vez estaba en el culo del mundo. Aunque para el propio alcalde, como para la mayoría de sus habitantes, incluido Serafín, fuese el lugar más hermoso y digno de apego de cuantos pudiesen imaginarse. Ahora todo vestigio de orden parecía roto, como mancillado por una artera cuchillada, la del desorden o la anarquía.

El caso es que primero *Colás* observó el retrato de reajo. Crispín notó cómo emergía la sudoración bajo su *foulard*, e incluso creyó que era savia lo que exhalaba a puñados su propia piel. Antes de irse, pues *Colás* venía acompañado, sucedió lo que Crispín más temía: aquél lo cogió por el pescuezo disimuladamente y, luego de deslizar su mano hasta el cogote del alcalde, lo llevó casi a rastras por el pasillo, aunque no sin las protestas de Crispín. El resto de visitantes se había avanzado unos metros por ese pasillo, y aunque en realidad se partían de la risa intentaban mirar para otros lados, mapas de la provincia o de la comarca asimismo enmarcados, una bandera, los escotes de dos secretarías, lo que fuera con tal de eludir un poco la vergüenza de aquel alcalducho raquíptico que tenían, aunque espabilado y útil para algunos temas, había que reconocerlo.

Colás abrió la boca sin soltar a Crispín del cogote, pero de momento sin soltar palabra. Lo llevaba asido como si de una liebre se tratase. Pareció que de sus labios iba a salir la amenaza menos deseada, esa mención ocular de la que ya le hiciese destinatario cuando lo de la metedura de pata en el *Legañas* con Don Melquíades, como si éste fuese un cardenal embajador de la Santa Sede en persona. Pero simplemente dijo, casi con aire cariñoso:

–Lleva mucho cuidadín con estas cosas...

Era innecesario que mirase el cuadro dañado. El caso es que esta vez no había hecho alusión alguna referente a los ojos. Ese tema, pensó el alcalde aliviado, dentro de su gravedad era subsanable.

–Mañana mismo, *Colás...*, mañana mismo es lo del pleno... Y... tampoco es para ponerse así, hombre... –se excusó Crispín dejando, por lo que aparentaba, bastante contento a aquel hombre que parecía ser el halcón, el águila, el Reinhard Heydrich entre los *Corvatos*.

Y salvo por episodios como el anteriormente citado, nada o poco, e

incluso esto casi de modo imperceptible, parece modificar la quietud que se respira en Hiseda, aunque quizá no opinaría lo mismo alguien que supiese entrever los vericuetos que van a seguir los acontecimientos en un futuro a cada paso más cercano. Si algo se mueve en el fondo con sigilo, en la superficie nada perturba su armonía. Pese a que los fríos del invierno han sido de una severidad inusitada, como no se recordaba en mucho tiempo según los más viejos del lugar, ni el médico ni la enfermera han tenido excesivo trabajo. Don Fabián protestando por todo y como siempre ejerciendo de boticario más de lo que es. Josefina, cada vez menos *Bromuro* y más fina –es decir en los huesos, que la edad no perdona y una no está ya para trotar en pos de inútiles cruzadas que encima nadie va a agradecerle–, ejerciendo de médico en funciones. Y entre ambos, recetas van, medicamentos vienen. Los enfermos hablándole de ella, sin duda, a don Fabián. Y a ella de él. Curiosa pareja, si es que lo son o lo fueron.

Por no cambiar nada, ni el aburrimiento ni las heladas han podido este año con Don Melquíades. Enfermar gravemente como otros inviernos –en los que tuvo que superar los envites de neumonías, gripes, cólicos y hasta ponerse un artilugio de esos en el corazón– no ha enfermado. Pero en cambio se le ve más encorvado al caminar, apoyándose en su inseparable bastón que sigue pareciendo un cetro imperial, o por lo menos de archiduque. Es como si todo él estuviese definitivamente avejentado. Sí, algo hay de vencido en su caminar, algo que va más allá de esa lentitud exasperante y de su torpeza de movimientos, algo que resulta imposible disimular, algo que, como un recuerdo, le viene de muy adentro. Debe ser que, por fin, y ya iría siendo hora, hasta Don Melquíades, aunque de palabra no lo reconozca, va dando por concluida esa aventura transitoria que es la vida. Y ello teniendo en cuenta que la suya fue una existencia regalada y, no es menester ser muy avisado para adivinarlo, llena de placeres. Pero, quién sabe, cada hijo de madre acostumbra, aun en silencio y secreto, a arrastrar su particular cruz.

Menudo jabalí estuvo hecho él en otros tiempos, y además medio aristócrata, porque insistamos en que eso nadie lo pudo probar nunca. ¡Como para ceder en nada! Y sin embargo, la vida, entrañable pero sobre todo fugaz, le pesa ya. Demasiado tiempo de ocio. Distinto era cuando trabajaba en su

pomposo bufete de notario, o más bien se dejaba ver por allí, optando porque fuesen sus esmerados leguleyos quienes realizaran el auténtico trabajo. Claro que entonces era aún joven, y tan soñador. Eso rumiará en los abstraídos paseos por el amplio jardín que posee el caserón de los Setienes, o cuando deambula como un sonámbulo por los alrededores del pueblo. Suele llevar los bolsillos repletos de caramelos de eucalipto que va dando a cuantos chavales se encuentra, exactamente igual que hace muchos años, cuando los caramelos eran un lujo y los chavalillos podían darse hasta de bofetadas por ellos. Ése era un espectáculo que parecía causarle enorme gozo, pues erguido como un oso pardo emitía las risotadas características de quien, teniendo el poder, sabe disfrutar observándolo.

Ahora Don Melquíades, pese a que sale muy poco, percibe que los chavales los cogen igual que antes de sus manos, o al vuelo, pero como por hacerle un favor, por no contrariar a quien sus mayores aún mentan bajando la voz y con algo que, por no ser, no es ni admiración. Temor, quizá, aunque trasciende incluso de eso. También él ha aprendido que sus caramelos de eucaliptos ya no despiertan el mismo entusiasmo que antaño, y lo acepta. Con la tienda de chucherías para críos que hay junto a la Bolera no tiene nada que hacer. Mientras, cada día un poco más, va doblégándose sobre su señorial bastón. Ya casi puede decirse que muchos paseos los realiza mirando todo el rato al suelo. Seguramente es ahora cuando se da cuenta de lo solo que está. Y también, quizá, de quién es.

Le han adulado por su dinero.
Le han aguantado por su poder.
Le han temido por su aspecto.
Le han obedecido por su prestigio.

Se pregunta, sin embargo, si alguien le amará en alguna parte, si alguien le amó de verdad alguna vez y en cualquier situación. Desde luego no su mujer ni sus hijos, simples sanguijuelas malcriadas, ni mucho menos sus amantes, fuesen éstas damas de alcurnía o rameras de *mueblé*, tanto daba, pues para unas y otras él fue poco más que un apetecible billetero. Tampoco ninguno de esos chicos a los que durante varias generaciones dio pastillas de

sabor mentolado, y con los que tal vez llegase a hablar algún rato a la vera del Pábenes, en otros tiempos. Pero quién sabe.

De su mujer no espera otra cosa que deje de importunarle con sus constantes reproches por todo. En esto Hiseda –repiteamos que como cualquier pueblo del mundo haría con cualquier pareja que en él viviese– disuelve y a la vez unifica las clases sociales, como la Muerte. De Matilde soportó su gelidez en el tálamo durante décadas, en las que ella ni siquiera se esforzó en poner cara de póquer o fastidio –a veces lo denominan «tengo sueño» o «estoy muy cansada», y otras «me duele un poco la cabeza» o «venga, no seas pesadito»–, sino directamente de asco metafísico. Con lo fogoso que fue él para esto de la concupiscencia. Vamos, un puma. Y, pasito a pasito, esa arpía medio muda lo convirtió en el típico perseguidor de criadas por rincones solitarios. Una lástima.

Pese a que la enemiga mortal de Doña Matilde es la farmacéutica, ella aborrece el pueblo con todas sus fuerzas. Eso parece estar increpándole siempre a su marido, por encima o por debajo de otras cosas. ¿Por qué tuvo que traerla a vivir a un sitio tan frío, tan húmedo, tan alejado de todo, fundamentalmente de la vida? En definitivas cuentas, este destierro de mierda, y que la Virgen la perdone por unos pensamientos tan sucios. Claro que no puede decírselo de forma abierta, pues no correspondería a alguien que dice vivir prácticamente para la oración y los pensamientos elevados. Pero únicamente ella sabe cuánto ha echado de menos la vida, la verdadera vida, que nada tendrá que ver con esta lujosa prisión en la que se mueven como sombras desde hace más de sesenta y cinco años.

El reproche, es cierto, se lo hace Doña Matilde en cada mirada, en cada comentario trivial, en cada silencio, incluso en cada sonrisa. Porque cuando ella le sonrío es casi siempre en señal de asentimiento y hasta de sometimiento, nunca como muestra de cariño. ¿Cómo se puede querer a tu carcelero? ¿Cómo a quien, aun entre algodones, te impidió conocer mundo, conocer gentes, conocer vida?

Pero eso, que ella cuece para sí enclaustrada en su mundo interior lleno de rencores, es algo contra lo que lucha encarnizadamente, pues lo considera un pensamiento poco cristiano, ya que bordea con el más puro y salvaje odio,

eso Doña Matilde va sepultándolo como buena y únicamente sabe: con cantidades enormes de oración. De hecho, se pasó media vida en la capilla anexa al caserón. Es decir, creyendo que oraba, porque en realidad eran muchas las horas que se pasaba allí, y a veces lo hacía dormitando. De tanto en tanto se sobresalta, y retoma entonces sus oraciones con nuevas energías. Hasta se da golpes en el pecho. Pero, igual que su marido, camina en esta última época por el caserón curvándose cada vez más sobre sí misma, procurando no coincidir con él más que lo imprescindible, y de pronto también ella comprende que su existencia finaliza ya, pero precisamente por su honda fe, y pese a sus pecadillos, tal sentimiento no la apena sino más bien todo lo contrario. Así, exhausta, luego de uno de esos instantes de lucidez y fervor, después de tanta cogitación sobre resplendores celestiales, vuelve a inclinar la cabeza, suave, dulcemente, sobre el pecho que respira tranquilo. A lo mejor, si la Virgen lo dispone, se vuelve a despertar dentro de un ratito.

Antes, lo recuerda ya entre las brumas de su somnolencia, incluso dormida rezaba. Ahora, en cambio, cuando reza duerme, ya que por las noches lleva tiempo padeciendo insomnio. Tiene pesadillas, curiosamente, de idéntico cariz que las de su marido. En ellas a ambos se les aparecen algunos de sus antepasados. Y a ellos mismos los llaman a gritos en la oscuridad. Qué raro. Incluso se lo han comentado el uno al otro durante el transcurso de alguna cena. Carecen de la menor idea de lo que esto significa. Mejor, piensan quizá de modo instintivo, así la muerte les sorprenderá estando más tranquilos. Es lo que tiene poseer la sangre medio azulada y aburrirse durante décadas en el tedio. O tal vez esto sea una especie de venganza mental de Serafín, que se siente proletario oprimido al pensar en esa familia. Casi un comisario bolchevique opositando al politburó de las *Furias*. Porque a fin de cuentas es él quien se los imagina. Entonces eso se convierte en un problema por meterse donde no debe, es decir, dedicar sus reflexiones a una pareja de viejos ricachones de trato romo y modales que de puro cortesés son glaciales.

Don Melquíades es un patético simulacro de lo que fue apenas diez o quince años atrás, cuando Serafín empezó a frecuentar el pueblo, entonces aún sin saber que iba a terminar instalándose a vivir en la Casona. Ni Doña Matilde está para otras cosas que no sean fingir que reza por la salvación

eterna de las almas, cuando en verdad por lo que más teme es por la suya propia, pues ciertas aversiones aún no las tiene controladas del todo. Difícilmente se deja ver por los vecinos del pueblo. En misa, algunos domingos de especial significación en el calendario. Y eso de forma muy espaciada, como haciéndose rogar. O para alguna Novena en honor a Nuestra Señora de la Ruta, donde una vez diese el pregón de antes de la procesión que inaugura las Ferias anuales, en septiembre. Hace ya mucho que no lo da, pese a que Crispín casi se lo suplica de rodillas todos los años. Entonces, desde el balcón de la Alcaldía, su vitalidad foquil sorprendía a todos y atemorizaba a la mayoría, incluso a las *Furias*. A ella le gustaba decir con su vocecilla de porcelana, las manos crispadas una sobre otra, como si de un combate de grandes arañas blancas se tratase, que era tan sólo una mujer limpia, buena y católica. Menos mal que no añadía «pobre», porque entonces el cachondeo hubiera podido ser generalizado. En esa ocasión el alcalde, arrebatándose de entusiasmo por el sentido tono del pregón que había leído Doña Matilde, casi se cae por el balcón. Hubo que cogerlo in extremis, ya con medio cuerpecillo en el aire.

Toñín, el Rojo, solía murmurar entre dientes y con sorna que el catolicismo de esta hembra era «de pegada», y aunque en tal aseveración no se detectaba juicio de valor alguno, tendría razón. Pero ahora la vida le había quitado ya a Doña Matilde parte de la fuerza de esa pegada de antaño, y bien sabe ella que si hubiese tenido auténtico poder habría sido ardiente yunque de infieles. De modo que ahí está la piadosa y temida dama, tan envidiada siempre y criticada a veces, durmiéndose una vez más sobre su pechera abotonadísima, en la que cae una delgada columna de saliva que le produce un cosquilleo muy leve en el labio inferior y parte de la barbilla, como si fuesen caricias de traviosos querubines u otras criaturas empíreas susurrándole: «Venga..., ven...ven...». Pero en cuanto se despierta con un cabezazo de sobresalto da un respingo y se apega a la vida que es todo un ejemplo de instinto y decisión de supervivencia, así como de longevidad. Como un mejillón a la roca. Eso dicen las malas lenguas.

En efecto, poco o nada –además de que todos envejecen– cambia realmente en Hiseda. Diríase que ni el sentido del viento. Detrás de un día

llega una noche cerniendo el pueblo de luces que parecen caramelos de miel, y así van cayendo las hojas de los árboles y nacen las flores, al tiempo que las hojas del calendario. Y luego todas las hojas de nuevo en el suelo para que las pise Don Melquíades al pasear, si se decide a salir, escuchando distraído su crujido como si fuesen huesecillos de un esqueleto quebrados bajo tierra.

Sigue intacta en el pueblo, eso sí, la pasión por los bolos. Pero sobre todo sigue apasionándoles más que nunca a las gentes de Hiseda leer las esquelas fúnebres que aparecen a diario en la prensa. Las que llevan una foto del muerto son las más comentadas. ¿Lo conocerían de algo o no? ¿Quizá a algún familiar? Que la provincia es muy pequeña, y la comarca cabe en la palma de la mano de la curiosidad. El *Heraldo del Norte*, con su prolífica sección de óbitos es, por tanto, el deporte local favorito, casi por encima de los bolos. Aunque tampoco se quedan a la zaga esos reclamos sobre los que pensara Serafín poco antes, esos que, impresos en hojas, se pegan en algunas calles o se clavan en los árboles a modo de pasquines y en los que se informa, naturalmente, de defunciones recientes y cercanas. A éstos suelen conocerlos a casi todos. Y surgen comentarios en voz tenue. Entonces nadie parece haber tenido excesivos defectos.

Serafín se queda a veces un rato en el pueblo, a media tarde, donde el *Legañas* o en el otro bar de la plaza, y justo cuando empieza a anochecer toma el camino de la cambera que le llevará a la Casona. Por lo general permanece otro rato en un banco de piedra que se halla situado junto a una farola. Allí sigue como absorto, en realidad tranquilo, durante espacios de tiempo que ni él mismo sabe calcular. Debe estar a punto de convertirse en un hisediano de pro. Por aquí le llaman a eso *aparvao*. Pues así será Serafín en nada: un completo *aparvao* más. Qué va a hacerle. A veces consigue oír retazos de conversaciones en las que, aún sin medrar él con palabra alguna, participa a su manera. Hace apenas nada ha podido asistir a uno de estos improvisados debates entre dos vecinos que, por su aspecto, llevaban ya ahí bastante tiempo dándole al pico. No debieron darse cuenta que él estaba cerca. De lo contrario seguro que hubiesen saludado o le hubieran dicho algo, «Eh, *Burro*», o una frase similar. En las horas siguientes Serafín no logra quitarse esa conversación de la cabeza:

–Que por lo visto una vaca ha mochado al *Logroño* –dijo uno de los paisanos.

–Será por hablar mal –le contestó el otro–, que a ése la lengua se le va a caer un día a cachos de lo empuercá que la tiene.

–Menuda gracia le habrá hecho –se oyó a modo de lacónica sugerencia.

–Además, si aquí las vacas no mochan... cagüenlá. ¿No sería un toro o un buey de esos que gastan tan mala leche?

–Quita... tú... Parece que era de esas con pintas blancas y negras.

–¿Y qué? ¿O no has visto nunca un toro con pintas blancas y negras?

–¿Un toro?

–Sí, y con un par de cojones que no veas.

–¿Tú confundes al *Logroño* con *El Litri* o qué?

–¿O qué... qué?

–¿O qué... qué... qué?

Y la tensión que subía por momentos.

–¡Buah!

–Ni buah ni muah ni gaitas... Un toro, que te lo digo yo...

–Pues dicen que una vaca.

–Sería Doña Matilde, la ricachona del palacio, que iba con su abrigo de pieles, ése que tiene así como a topos gordos..., atigraos...

–Que no, rehuevos. Ése es de liopardo.

–No tienes ni idea, no se dice liopardo...

–¿Ah no, listo? ¿Y cómo se dice entonces?

–Liopando.

–Ni liopando ni leches..., que tú lo único que has visto en toda tu vida han sido los gatos del pueblo.

–¡No te jode, éste...! Pues que sepas que estuve hasta en Melilla...

–Ya, haciendo la mili, pues en lo mismo andas siempre...

–¿Y qué?

–Pero... a ver: ¿había allí liopardos de ésos?

–No, pero estaban muy cerca. Además, se dice liopando, jobar, mira que eres duro de mollera...

–No te enfarrulles, que tú de bichos sabes tanto como yo de...

–¿De qué? ¡A ver...!

–¡Quita! ¡Anda que...!

–Pero la *Setiena* no pudo ser, bien pensao –reinició el diálogo uno de ellos, ya más conciliador–, porque no llevaba puestos los cuernos, y la que mochó al *Logroño* sí.

–¿Tú crees que no los lleva?

–Convencido estoy.

–Quiá...

–Cómo...

Hubo un instante de silencio sublime. A Serafín le palpitó el corazón de forma desbocada. Ese «porque no lleva puestos los cuernos...» ¿acababan de aludir elípticamente al trío Don Melquíades-Doña Matilde-el médico? Por nada del mundo quisiera Serafín que su presencia fuese notada ahora. Casi evitó respirar. Lo hacía acompasadamente, con un suave vaivén de su pecho. Uno de los paisanos escupió salivilla en dirección al suelo, junto a un pie – por cierto, el de su interlocutor–, esparciéndola luego allí con la suela de la alpargata. El otro, que tenía un pedazo de junco en la boca, también lo expulsó en un soplido, como por mimesis, yendo a caer algo lejos, entre unas piedras. De repente la conversación se reanudó:

–Cagüendiez, menuda calor.

–Ahí que viene.

–Y joer con esta puñetera humedad que no hay quien la aguante...

–En los huesos se te mete.

–Macho...

–Sí.

–Estamos resolviendo el mundo.

–Patas arriba, como siempre..., mira tú.

–¡Pues buenos somos nosotros!

–Buenos buenos, de verdad.

–Y tanto.

–¡No veas!

Tras un nuevo y denso mutismo, ambos se levantan de improviso y en absoluto silencio empiezan a caminar en dirección a la Bolera. Serafín no da

crédito a cuanto ha oído. De hecho, piensa, quizá sea ésa la conversación que pueda ofrecerle más respuestas a los enigmas hisédicos de cuantas llegó a imaginar nunca, siendo testigo directo de las mismas, que por desgracia no fueron tantas y, por suerte, más que suficientes. Le parece perfecta. Ahí el arte retórico de las gentes de Hiseda se halla en un punto impreciso pero fascinante, por su propio carácter etéreo, entre don Emilio Castelar y el tosco lenguaje de las piedras. Este lugar es una mina de Isócrates y Montaignes en potencia, aunque la verdad es que están más cerca del mármol que de ninguna otra cosa razonable. En un primer momento le resultó lógica esa conversación, por llamarla de alguna manera. Después le pareció desesperadamente burda e insulsa. Zafia casi. Pero en su gélida y escueta textura, así pudo percibirlo él, latía algo superior e intangible, algo que supera con creces cualquier discurso que al respecto pretenda desarrollarse. Para empezar, la Gran Pregunta por resolver sería: ¿de qué hablaban exactamente aquellos dos paisanos?

O quizá sea que su propio estado de ánimo en los últimos tiempos, muy alterado por esa cuestión de la Casona y la amenaza de abolición que pende sobre ella, lo ha convertido en una especie de esponja andante. Todo cuanto recibe, comentario, visión o pensamiento, parece llegarle muy hondo, calándole hasta los huesos. Así sucede incluso con las cosas más normales y rutinarias. Como por ejemplo ese diálogo pretendidamente mordaz entre paisanos, oído al azar un atardecer cualquiera bajo los castaños, que se le antoja repleto de sentido y de una sutileza que parecen estar ahí para ser desentrañados tras un perseverante esfuerzo mental: el humor, la ternura, la malicia, la frivolidad, la esperanza. Al final, la impotencia para cambiar nada. Todo en estado virginal, salvaje si se quiere, pero enormemente revelador. Como la vida misma.

Hay que reconocerlo: en Hiseda nunca pasa realmente nada, y sin embargo todo parece estar ocurriendo en una dimensión en la que cada nuevo movimiento, diríase que como de rotación interior, de sí para sí mismo, a Serafín le ayuda a comprender el funcionamiento de ese fascinante micromundo que es el pueblo.

Lo nota y se siente en ebullición. Percibe un raro calor que le viene de

muy adentro y que le ayuda a sobrellevar mejor los fríos casi constantes de esta zona. No se trata de una fiebre incubándose, lo ha comprobado con el termómetro. La verdad es que en las semanas previas ha comido poco. Iba tirando de embutidos y quesos, apenas nada más. Como los pastores. Está anacoretizándose en una especie de embotamiento luminoso, aunque parezca contradictorio. Pero ahora ha decidido volver a cuidarse un poco, por lo menos igual que solía hacer antes. Así que vuelve a bajar a comer, a un promedio de dos o tres veces por semana a donde la Hermenegilda, que conocía y quería mucho a *Burro* padre. Esta *Gilda* lo ha tratado a cuerpo de rey desde siempre, preocupándose tanto por sus comidas como por su salud, y suele recriminarle: «¡Allí, tan solo, encerrado en aquella casa que hasta miedo da!». Serafín se siente mimado por ella, y de hecho es la única persona que lo hace. De ahí que incluso algunos domingos se haya decidido a arreglar un poco su aspecto desaliñado e ir a donde *Gilda*. Los domingos suele haber alubias, unas veces rojas y otras blancas, pero a buen seguro revienta estómagos todas, que van acompañadas de una morcilla deliciosa. Preferible no mencionar siquiera ese punto, pues flotaría allí en el acto como una nube de gas tóxico la sombra de *Tajahierro*, el carnicero del *Barrio*, primer y gran Judas Iscariote de las lides separatistas hisédicas, que se empieza así y se acaba en fueros o estatutos. Se habla de lo buenas que están las judías y punto. Cuando le preguntan a ella, tira balones fuera: «Burgalesa...», dice refiriéndose a la morcilla.

La verdad es que con *Gilda* tiene Serafín su lucha particular. Está empeñado en causar una buena impresión a dicha mujer, y eso, por mucho que uno se muestre simpático o atento con ella, no se consigue si no es consumiendo cantidades ingentes de cuantos platos cocine. En tal empeño se esmera él con arrojo gastrointestinal y considerable paciencia.

Hubo una época, al principio de estar aquí con *Pitita*, en la que de vez en cuando bajaban a comer donde *Gilda*. Aquello ni siquiera podía llamarse con propiedad «restaurante», pues se trata de un comedor familiar y, aun así, de pequeñas dimensiones, en el que han puesto, bien apretadas, unas pocas mesas y sillas. Tiene la cocina al lado mismo, por lo que los alimentos prácticamente saltan del horno o de las parrillas al plato. Pero con él, en

concreto, quizá por ese afecto que le profesaba a su padre, también asiduo al local, e incluso porque creía acordarse vagamente de su abuelo Manuel, Pedazo Burro, *Gilda* se desvive por complacerle. Lo de que fuese científico, «inventor» decía ella, la pirraba. Un día le escuchó hablar por la radio y casi se lo come a besos. «¡Mi cerebruco desnutrío, tú sí que eres listo!», decía la buena mujer. *Pitita* nunca acabó de estar relajada donde *Gilda*, porque como casi siempre en aquella época pugnaba por convertirse en vegetariana radical, bordeando un fanatismo herbívoro que a Serafín llegó a preocuparle, pues precisamente por aquel entonces fue cuando amenazó con que sólo comería lo que cayese autónoma y materialmente del árbol. Difícil relajarse. Porque estar relajados, allí, significaba comer como energúmenos sin pausa y hasta casi sentirse enfermos. La propia *Pitita*, entre risas y los vapores del vinillo que *Gilda* se hacía traer de la bodega del *Legañas*, decía risueña: «¡Aquí me siento antropófaga, no sé qué me pasa...!». Qué le iba a pasar, coño, pensaba Serafín, aunque no lo decía: pues que estaba envenenada. Y es que si *Pitita* a veces se mostraba un tanto inocente, su buen saque tenía, en espera de alcanzar ese nivel herbívoro de purificación interior tan anhelado.

También cierto que ocurrió un desagradable incidente en el que se vieron involucrados varios amigos de *Pitita* que habían venido a visitarles. Se disponían a entrar en el comedor cuando de allí salió un tipo con evidentes síntomas de empacho y hasta incipientes mareos. Ellos mismos eran tres parejas. Fue en la puerta donde tuvo lugar la escena. Ellos esperaron a ver qué pasaba. El comensal, tras recorrer unos pasos por la calle, empezó a vomitar al lado de una fuente, intentando refrescarse. Dos paisanos, a mitad de camino entre quien vomitaba y el grupo formado por Serafín, *Pitita* y sus amigos, mantenían aproximadamente esta conversación:

–¿Y a ése que le pasa?

–Está echando el pote.

–Pues menudo pote, el tío...

–Si es que son... Se ponen de alubias hasta el culo y luego, sin hacer la digestión ni ná, se lían con los cubatas y los chupitos de sobre la mesa. Lógico...

–Pero ¿tanto pote?

–También habrá habido puro...

–Lo que yo te diga.

Porque, era cierto, el tipo parecía estar sacando no sólo las tripas, sino el alma.

–Joder –siguió uno–, pero que al menos lo eche en otra parte, no ahí al lao de la fuente donde lavan las mujeres y tanta gente bebe...

–¡Pero quieeé mujeres ni jarrascas van a lavar ahí ahora!

–Lo que yo te diga...

–Oye.

–Qué.

–¡Es una máquina de echar pote!

Las arcadas no cesaban, y era necesario incluso apartar de allí la mirada. Serafín, progresivamente diluido en sus propios ácidos mentales, lo oía todo, por lo que *Pitita* y sus amigos también. ¡Oh, cielos!

¿Algo podía empeorar la perspectiva? Pues sí. Un tiro de gracia.

–Y con esa agua igual cocina la *Gilda*...

–Vaya, aunque si alguien se lo diría, lo mismo lo tiene en cuenta para la próxima...

Acto seguido, y antes de irse, los dos tipos soltaron una risilla a lo hiena que no debió resonar en buena parte del valle, pero tuvo la virtud de paralizarle los fluidos estomacales.

Serafín, con el razonamiento estraboscópico que le caracterizó siempre, pero ahora más atrobiado que nunca, se había estancado en una duda: quien debía tenerlo en cuenta para la próxima vez ¿era *Gilda* a la hora de cocinar, seguro que con ese agua, pero ése y sólo ése, o el tipo en cuestión, yéndose a echar el pote un poco más allá? El caso es que *Pitita* y sus amigos, selecto muestrario de la burguesía de la gran ciudad, estaban algo lívidos, y varios de ellos en esa fase prepote que deja de color verdoso las mejillas, así como de jaspe vetado, y que si estás en público te vuelve, durante unos segundos, la sonrisa completamente atontada. O sea: me voy a desmayar...

El espectáculo fue bastante duro, y Serafín pasó una enorme vergüenza, pero prácticamente no pudo hacer nada por evitar aquel fortuito y escatológico encuentro, ni la audición de tales frases. La verdad es que

sucedió todo en apenas unos instantes. Si hubiera podido detener el tiempo y, como se hace con una película de vídeo, rebobinar la secuencia, vaya si lo hubiese hecho. O ponerles una instantánea venda en los ojos a aquellos amigos de *Pitita*, quienes encima iban de finos, como queda dicho, a tenor de los comentarios que constantemente estuvieron efectuando durante toda la comida. Porque al final –cómo no, sí tenían mesa reservada allí– comieron donde *Gilda*, que la accidental indisposición del que echaba el pote podía deberse a cualquier cosa. No eran comentarios críticos en el sentido de decir que la comida fuera mala, sino incidiendo en lo «fuerte» que todo les parecía, incluidos los modales de la cocinera que consideraban, seguro que además de toscos, «en exceso familiares». Que se jodan, recapitó Serafín en un momento determinado.

Lo grave es que, crítica va bromita viene, se pusieron hasta la coronilla de fabada, una de las especialidades de *Gilda*, quien la cocinaba, como ella decía, en una «especie de estilo Potes pero trasegao por el valle de Rantroño, con cosucas de aquí y esa agua bendita que les daba la tierra». Y anda que no estaba orgullosa de ese toque especial del agua, más potente aún por el pimentón que le echaba. Así lo soltó una vez les hubo puesto como cerdos.

La expresión de asco generalizado fue unánime, aunque la educación de todos ellos les arrancó una sonrisa blanda y comentarios de circunstancias. Lo peor, no obstante, sería el silencio sepulcral que entre ellos se creó a partir de entonces, y que más o menos se prolongaría ya durante el resto de la jornada. Son imaginables también las caras que hubo cuando *Pitita*, a esa hora de la tarde en la que ya casi había irrumpido la noche, sugirió, siempre tan oportuna, si alguien quería algo «para picar». Semanas más tarde, *Pitita* y él aún polemizaban a costa de si habían sido uno o dos los huéspedes que potaron al oír su ofrecimiento, acompañado por cierto con una bandeja en la que había canapés de *foie*, queso y embutidos varios.

Los hisedianos, después de hablar bien de las vacas y mal de sus semejantes, no se sabe exactamente en qué orden de preferencia, y a veces de fútbol o alguna desgracia de esas que salen en las secciones de sucesos, eran unos verdaderos apasionados del deporte local por excelencia: comer como lobos –que tiene las mismas letras que bolos, no es apreciación desdeñable–

o, en su detrimento, tal que para ir calentando mandíbulas y vientres, hablar de comida. De las que habían hecho en alguna ocasión, y que naturalmente eran memorables, o las que harían en tal o cual sitio en cuanto tuviesen oportunidad, que sin duda serían apoteósicas.

Por eso ahora Serafín, como era consciente de sus pésimos hábitos alimentarios, así como ayudado en lo económico por el reciente cobro de unos alquileres atrasados, había decidido ponerse de nuevo en manos de *Gilda*, y que saliese de ahí lo que fuera. *Pitita* ya no estaba, y con lo único que podía contar era con sus buenos kilos de más en apenas nada. Iba a estar sano como nadie. Así, en cuanto le veía entrar, *Gilda* ya iniciaba el ataque:

–¡Ay, quién me va a comer un cocidito que está para rechupetearse los dedos...!

–Yo, *Gilda*, yo mismo y con sumo gusto. Pero no te pases. Sólo comeré un plato...

Gilda era mucha *Gilda* en lo suyo. Y lo suyo era no resignarse a eso de un único plato. Como su especialidad auténtica parecía ser la marmita, y siempre había marmita de sobra en aquel sitio, marmita para alimentar a todo un regimiento, pues ahí que él se veía obligado a replicar:

–De acuerdo, pero un platín nada más. Por aquello de probarle...

Se le estaba pegando hasta el modo de hablar de esta gente. Porque «probarlo» en relación al resto, no le sonaba tan contundente como «probarle».

Sí, platín testimonial iban a darle. Entraba allí pensando: «A ver si es posible que hoy, para cambiar coma un poco de verdura o una sopita de primero y un simple bistec con patatas de segundo, o algo de pescado, si tiene». Pero en cuanto se sentaba y le llegaban las vaharadas de la más peleona de aquella seductora gama de olores, se decía: «Bueno, si caen unas alubias o un platuco de cocido tampoco me pasará nada. Algo que me llevo al cuerpo para los siguientes días de abstinencia». Abstinencia, para Serafín, consistía en lo que suele comer casi a diario: el queso, los embutidos y fruta o yogures. A veces pasta. Otras, un poco de arroz.

Empezó haciéndose ensaladas la mar de puestas para él solo, y que eran como un homenaje a *Pitita*, que ya no estaba. Con gorgonzola, vinagreta,

piñones y tal. Una cucada que siempre le dejaba con hambre canina. Así que acabó por atacar las zanahorias, ramas de lechuga o tomates en bruto, apenas lavándolos. Ni sal, ni aceite, ni nada. Y todo ello para retomar por épocas las batallas con los huevos fritos con patatas, el único, el verdadero maná en la búsqueda de su Canaán, de su Tierra Prometida.

Así que donde *Gilda* le caía el cocido, repitiendo platuco, «porque para tan poco que me has dejado en la olla no querrías que lo tire, ¿verdad?». En ocasiones, venga, otro plato de marmita, como aquí llaman al *marmitako* de los vascos. Y unos pimientos rellenos demoledores que ella pone a modo casi de aperitivo. Por favor, ¿rellenos de qué? ¿De nitroglicerina o amonal?, piensa Serafín progresivamente hinchado. Y una especie de ensalada de patés que otro tanto. Luego tortilla de espárragos con «tropezones» de cordero o algo así, y de postre caía un arroz con leche, o requesón, o natillas, o leche frita, o flan casero, es decir, gigantesco de proporciones y rico de sabor. O varios de esos postres a la vez. Pero como para burro él, Serafín siempre procura dejar en alto el pabellón familiar. Así que intenta no pensar en lo que aún tiene por delante mientras empieza a ingerir aquellos manjares tan exquisitos como fuertes, pero evidentemente fatales para la digestión, y mantener lo que se entiende por una línea atlética. Ante tal operación, en primer lugar piensa: «Mmmm, qué olor tan delicioso. Nuestras abuelitas debían cocinar así». Luego ya modifica sus sensaciones: «Esto está demasiado fuerte. Realmente no hay quien lo resista, pero ya casi me lo acabo». Finalmente va quedándose la cara con una expresión entre violácea, verde y así como macilenta, algo propio de las intoxicaciones a causa de mucho comer y peor mezclar, como lo de aquel comensal al que vieron los amigos de *Pitita*. Como le sucedió a su buen amigo Antonio Comas Bustamante, todo un plusmarquista de la ingestión, fuese ésta de productos típicos o no, y que se relatará en breve. Entonces Serafín tiene que esforzarse por seguir con su plato, a menudo incluso resoplando como animal cansado y ahído hasta el espasmo. Pero de repente hace su aparición *Gilda* y, llevándose las manos a la cabeza, le grita:

—¡Repíte, hijuco, repíte, que se te ve famélico y como tirao, de pura pena...!

–Venga... –Y él, de hallar aún un mínimo huequecillo por ahí, se mete al buche cuanto haga falta. Ya leerá luego a Fray Luis de León mientras picotea en el cuenco de arroz hervido, y así durante una semana. Ahora saldrá de aquí convencido que va a dejar a *Pitita* como una candorosa revisionista, pues todo lo que se refiere a la carne o sus derivados empieza a repelerle mucho. Pero la cosa suele durarle dos días.

Cierto que alguna vez, para dejar todavía más alto el pabellón buronita, célebre por su hambre casi constante, Serafín, a punto de derrumbarse allí mismo tras uno de aquellos atracones, musita muy serio a *Gilda*:

–Bueno, mujer...: ¿qué... tienes... para... comer... hoy? –Y ella, captando la ironía, pues su agudo intelecto le da para eso y más, ríe con ganas. Aunque otra batalla volverá a ser la del postre.

–No tendrás una fruta normal: manzana, uva... –suplica él, por si cae la breva.

No solía tener. Pero sí postres caseros, de nuevo artillería pesada.

–Venga pues...

Viéndolo así, ella exclamó en una ocasión:

–Igualuco que tu güelo, aquel *Burro* que, dicen, siempre tenía un apetito cosa nunca vista, y que podía meterse un lechazo enterito entre pecho y espalda casi para desayuno, o como un entremés de éstos.

Parece ser que el abuelo de Serafín, luego de tragarse el lechazo con guarnición de una tacada, también le decía a la madre de *Gilda*, que llevaba el mismo nombre y ya tenía mesón...:

–Como primero vale, *Gilduca*, pero ¿qué vas a darme de segundo y de tercero? –Y entonces, es de suponer, también habría risas.

Aunque todo esto no podía probarse porque ella no lo vio con sus propios ojos, aparte de que fue época de penurias mil, y la gente, sobre todo su familia, no estaba para permitirse lechazos. Era una leyenda, una más, a saber con cuantas partes de verdad. Pero Serafín no estaba dispuesto a ser menos que *Pedazo Burro*, por si acaso, y ya había hecho un chiste recurrente de esa cuestión de aparentar que aún te quedas con hambre cuando en realidad lo que estás es muriéndote y con síntomas de peritonitis. Después de acudir a donde *Gilda* ese par de veces por semana debía pasarse, por lo menos, casi

otras dos enteras haciendo de monje tibetano en fase de elevación. Lo cierto es que en mitad de aquellas bacanales en soledad donde *Gilda* se acordaba con frecuencia de ese amigo suyo, Antonio Comas Bustamante, anteriormente citado, que hizo con él la carrera y, como los buronitas, tenía, aparte de un saque majestuoso para todo lo referido al estómago, sus ancestros más arraigados en otra saga de estas tierras del Norte, pues por parte de los Bustamante se relacionaba por vía materna con una estirpe de solera ubicada en Pedrero de Piélagos, pueblo algo alejado del valle de Rantroño, pasada la sierra de Vanesias y un valle bastante abrupto, el de Zoranto, pero seguramente de similares características antropológicas a Hiseda.

Sólo que Antonio, su amigo de la facultad de Biología, después de ingerir diríase que quintales métricos de aquellas viandas, demacrados los pómulos y trémulos los labios, aún tenía fuerzas para improvisar una jota montañesa en plan tenor. Un superclase de los que ya no quedan. Y si ese hambre fiera ya le venía a Antonio por la parte Bustamante, de su primer apellido, Comas, solía pensar Serafín que ayudaba lo suyo. Vestigios casi extinguidos de pretéritas familias de fajadores, quién sabe. Carina, su mujer, suele tener en los labios la coletilla precautoria: «Comas, no comas más o reventarás». Pero él, ni caso. Un líder. Viéndole, a veces uno pensaba que era descendiente de aquel bravío caudillo Corocotta, que prácticamente a pedrada limpia desafió a las legiones de Augusto con insólito valor, donaire y desparpajo, y quien, tras ser hecho cautivo, recuérdese, hasta le cayó en gracia a su captor, cosa bastante inusual según parece. Inteligente manera de tenerlo a su favor y aplacar a estas tribus. Lo innegable es que a Antonio lo cogió un día por su cuenta *Gilda*, endilgándole un cocido montañés que le tuvo contra las cuerdas durante varias horas. Aceptó el resultado de tablas, pero a punto estuvo de acabar en el Ambulatorio de Salinas. Lo nunca visto. Aunque él siempre, siempre está dispuesto a repetir.

Y si en Hiseda se acostumbra a recelar de todo por norma, fundamentalmente se hace de lo que puedan comer allende estas tierras. Además sostienen, y no con mal juicio, que a ciertos turistas, que parecen buscar con frenesí cualquier plato típico del lugar que visitan, podría

engañárseles con facilidad. Por ejemplo, Serafín ha oído a dos personas disertando en el *Legañas* acerca del grado de idiotez de los citados y curiosos visitantes en lo que a comida se refiere:

–A éstos les cascás un potaje limagos y se lo largan tan panchos...
–aseveraba uno.

–O un grajo bien refrito... –puntualizó el otro, con cara de estar imaginándoselo.

Luego el primero dijo algo ingenioso y con parte de verdad:

–Les dices que es casero y cuela...

Serafín no ha olvidado la expresión de repugnancia que *Pitita* solía poner a veces ante los limagos, esas babosas gruesas y parecidas a caracoles gigantes –de tonos anaranjados, como repartidores de butano con sus bombonas, entre el musgo– pero sin su caparazón auestas. Aquí, es curioso, parece que de todo se saque un chiste, aunque a veces, como le ocurre a Serafín, no puedas compartirlo con nadie.

El doble sentido de muchas de esas frases de los hisedianos a menudo no resulta perceptible por los de fuera. Aquí a la lluvia no se la llama lluvia, cómo iba a ser así. Ni siquiera «sirimiri» o cosas por el estilo. Aquí se la conoce como calabobos. Pues a los hisedianos les encanta explicárselo a la gente que viene de otras partes, pero justo cuando éstos se encuentran en plena calle, bajo la fina y constante cortina de agua. *Ca-la-bo-bos*. Ellos lo dicen mirando fijamente a los ojos de su interlocutor. Porque ellos sí van con boina, o impermeable con capucha, o paraguas, y el forastero, cogido de improviso, con frecuencia no. Aunque en Hiseda los paraguas suelen usarlos únicamente las hisedianas en el escaso tiempo que luce el sol. Y entonces se quejan como si estuvieran en pleno Sahara y sin nada a modo de protección. Al ser todos los paraguas negros, o al menos casi en su totalidad, y según la teoría de que ese color concentra los rayos del sol, existe otra teoría según la cual así están las hisedianas de la chota. Aunque eso sean siempre rumores.

Lo que desde luego no parece un rumor, por desgracia y por más que intente arrojarlo de sus disquisiciones, es algo que guarda estrecha relación con Serafín: lo del tramo de Autovía que afectará a la zona de la Casona donde vive, obra que está ya muy avanzada, para suprema mortificación de

su único habitante.

Mas eso precisamente es lo que, aunque él no lo sepa y ni siquiera pueda llegar a imaginárselo, va a precipitar los acontecimientos de forma inminente.

Muchos ratos hemos estado en compañía de las gentes de este lugar, en el que Serafín Burón Villegas, comportándose como lo que casi ya es, un hisediano más, nos ha servido en tanto guía, quizá un poco a su pesar, para mostrarnos que las cosas en realidad no evolucionan como él quisiera: el futuro de la Casona plenamente asegurado, su trabajo de investigación viento en popa, la gloria y el ansiado reconocimiento llamando a la puerta con insistencia y, por qué no reconocerlo también si así es, su vida íntima, o sentimental si se prefiere, un poco más llena. Pero mientras penden sobre tales asuntos temas como el de la inminente pérdida de su casa ¿cómo va a tener tiempo para pensar en algo parecido al amor, que a menudo cree destinado únicamente a las novelas, la música o las películas?

No. Serafín, ante nuestros ojos de simples y silenciosos espectadores de sus cuitas y andanzas, se ha limitado a ponerse en disposición anímica de no sabe aún bien qué, y nosotros, que seguimos su periplo con atención, tampoco tenemos indicios para suponer qué va a pasar exactamente, aunque pronto, muy pronto se verá. Porque, atento y amable lector: si tu curiosidad ratonil ya te ha traído hasta aquí, ahora no puedes abandonarle. Recuerda que sólo obtienen premios aquellos que perseveran. De momento Serafín ha conseguido tres cosas de suma importancia para lo que habrá de seguir. Una: olvidarse casi por completo de su trabajo siempre pospuesto, aunque de algún modo eso contribuya a hacerle sentir un fracasado. Dos: reconocerse, por fin, casi del todo hisediano. Tres: estar relativamente bien alimentado, en este caso por el diestro buen hacer culinario de *Gilda* con sus guisos y recetas, a diferencia de como se hallaba apenas cuatro o cinco meses antes, situación física que también va a servirle en lo sucesivo dándole energías, que bien las necesitará. En apenas nada dará el tipo pregordito relleno, pero con unas cuantas caminatas de las suyas, o incluso con algún disgusto o sobresalto que tenga, seguro que ha rebajado esa grasa que le sobra.

Va a tenerlos.

Le hemos visto, entre el políptico de palabras anteriormente expuesto,

buscando su especial ubicación en el entorno hisediano. Le hemos visto también lanzando –y valga esto entendido no como una abstracción con reminiscencias de carácter ético sino a lo sumo como pura apreciación zoológica– lamentos o reclamos que, aun lanzados simbólicamente la parte inicial del rebuzno que emiten los burros: hi, en realidad se trataba ya de un hiiii prolongado, expectante. Poco imagina él que ahora la fuerza de las cosas va enredándose en su entorno como muérdago en el tronco del haya centenaria, no con malas artes pero sí con artes invisibles para el ojo y la percepción humanos, incapaz de intuir lo que sobre nosotros va disponiendo el destino. Ahora deberá lanzar por fin la segunda y última parte de su imaginario rebuzno, que tiene algo de reto, de negativa obstinada tratándose de burros. También de enfrentamiento, si se le cruzan, y esto doblemente si se trata de un *Burro* integral: ha. O más bien: ¡haaa! La onomatopeya desafiante ya ha sido emitida por él, incluso de forma atolondrada y surgida desde la inconsciencia, honrando de esa forma a su propia saga y a la gente hisediana, que no esperarían otra cosa de un Burón acosado. Porque todo el pueblo sabe de la amenaza que se cierne inexorable sobre la emblemática Casona, y de algún modo solapan sus envidias, aún criticándolo por lo bajo, pero al final están con Serafín, aunque no puedan ayudarlo. Para ellos quizá exista en la vida sólo una cosa más sagrada que las vacas, la comida, la honra de la mujer y darle al palique, en este preciso orden: eso es la casa del padre.

Representa todo en lo que creen. Acaso lo único en lo que creen. Cómo no iban a estar de su parte. Pero al igual que él, se ven impotentes para hacer nada. Y es aquí precisamente, quién osaría decirlo, donde van a ensamblarse una a una las piezas de un complicado rompecabezas de hechos que, a su vez, abocará el curso de las cosas hasta extremos en los que jamás, ni tan sólo un poco antes en el tiempo, habrían pensado sus propios protagonistas.

Posiblemente esta cadena de hechos, engarzando unos en otros como en un puzle hasta cobrar sentido, se inician con una de esas comilonas que Serafín lleva dándose donde *Gilda* durante la última temporada. Porque, sintiéndose algo pesado y con la tripa llena, decide retomar su vieja costumbre de dar largos paseos junto a las márgenes del Pábenes para bajar un poco los platines que le largan, cosa –la del paseo por el río– que hace más

de un año que pone en práctica de vez en cuando. Allí se apacigua y es capaz de verlo todo más claro. A veces se lleva un libro, aunque la verdad es que junto al río consigue concentrarse muy poco en la lectura. Le distrae cualquier cosa, hasta el simple chapoteo del agua, que siempre forma bucles diferentes y distintas músicas. Luego subirá hasta la Casona con cierta fatiga pero convencido de que se encuentra mejor físicamente, y en esto el factor psicológico resulta de gran importancia. Va ligero. No es que se crea una sílfide, pero se siente más liviano. Como si parte de lo que considera embrutecimiento interior, no de intestinos sino de ánimo, se hubiese desvanecido a base de comida sana y bocanadas de aire fluvial y fresco.

De modo que, tras comer donde *Gilda*, va acercándose esta tarde, tan aburrida y lenta como cualquier otra, a un recodo del Pábenes que le trae gratos recuerdos. Aquí vino él algunas veces con *Pitita*. Fue hermoso, charlaban tranquilamente, hacían manitas y luego lanzaban piedras al agua. Aunque ella siempre solía tener miedo de dañar a algún pez o un cangrejo de río. *Pitita* era especial, debe reconocerlo. Una de esas personas que cuando rien muestran sus encías, lo que las hace estar constantemente con los piños fuera. Por ser, era tan decidida que no parecía haber empresa que la amedrentase. Todo era concebible en ella. De habersele puesto en el entrecejo, se habría ido a cualquier lugar para formar una compañía de pulgas o saltamontes amaestrados. A lo dicho: si *Pitita* se hubiese puesto manos a la obra, habría podido domesticar a los pajarracos del techo y a la carcoma. En esto, huelga decirlo, no se parecía en nada a su señora madre.

Pero esa tarde en cuestión, pese a estar soleada, el agua baja revuelta debido a recientes lluvias, y se forman remolinos cerca de un pequeño lago que la gente del pueblo llama la Poza los Canteros, con sus historias de ahogados que en verdad resultan poco tranquilizadoras. Mientras venía caminando por la orilla, Serafín creyó oír risas de chavales, pero no pudo distinguir cuán lejos estaban. Ahora, en cambio, reina un silencio absoluto. Sólo habla el río.

Paralelamente, la otra pieza del puzle que ya ha sido colocada junto a la anterior por una mano maestra, invisible y siempre invicta en el supuesto juego del azar, lleva inscrito el sello de aquellas palabras de fúnebre cariz

pronunciadas por el *Dalle* días atrás, y referidas a que iba a pasar algo. Quizá ni siquiera el mismísimo *Dalle*, que realmente soltaba sus frases un poco al tuntún ayudado por el tinto del *Legañas*, como pasa con todo lo que de audaz se menciona en este pueblo, y en efecto a veces solía decirlas por decir algo, ni el propio *Dalle*, pues, podría dar como cierto lo muy atinado que en breve resultaría su último y preciso vaticinio, al decir en su estilo enigmático, y rematándolo en un tono perfectamente lapidario, que pronto iba a liarse una buena.

Como es de suponer, en Hiseda se discutió después si había dicho una «buena» o una «gorda», lo que para ellos parecía poseer sentidos totalmente opuestos y por lo tanto susceptibles de enconadas disputas. El mismo *Dalle* ni se acordaría, además de que a saber cuándo volverá a vérselo por el pueblo. Pero lo cierto es que aquella rotunda aseveración, que en efecto quizá no anticipaba ni el fin del mundo ni siquiera, como algunos pensaron, una catástrofe natural que afectase seriamente a los hisedianos, iba a cobrar un dramático significado.

Ni oclusión de los tiempos ni catástrofe propiciada por los elementos enfurecidos o imposibles de vaticinar, pero acaso sí una catástrofe de ir por casa. Y terrible. Eso, justamente, era lo que estaba fraguándose con lentitud: una pequeña gran catástrofe que, de acaecer hasta las últimas consecuencias, acabaría alterando para siempre la vida de muchos de ellos, y por supuesto causando indecible dolor en todas y cada una de las casas del pueblo.

Serafín, sin saberlo, camina a su encuentro. Despistado, como siempre. Dando un traspiés aquí, otro allá, como siempre también.

Y de pronto, un grito.

Porque eso que acababa de oír es un grito. Un grito de angustia. Y ha sido lanzado por una voz infantil.

¡Es un chiquillo que pide auxilio!

No, ahora son dos voces por lo menos. Oye el ruido característico de los matorrales al quebrarse, y también reconoce el murmullo de la alta hierba al ser pisada. Vienen de ahí cerca. Serafín corre a grandes zancadas y de repente ve a lo lejos lo que ya temía en su carrera: una cabecita emerge entre el remolino de la poza, aunque vista desde ahí ésta parece no tener excesiva

fuerza. Y sin más, para espanto suyo, la cabecita desaparece bajo el agua. Él se lanza de nuevo a la carrera, tropezando y levantándose como puede. Pierde el libro y la gorra de visera que lleva puesta: otros chavales, quizá tres o cuatro, aguardan en un flanco del río, sin atreverse a entrar, mudos de terror. Uno está en cuclillas, con la cabeza metida entre las piernas. Solloza. No soporta ver cómo el agua se traga a su amigo.

Y, quién iba a decírselo, él, que siempre le tuvo un enorme respeto al agua fría, y más respeto aún a las corrientes profundas y traidoras de esta parte del río, se ve a sí mismo lanzándose en busca del chaval, quien, por suerte, ha vuelto a sacar unos centímetros la cabeza, de modo que puede orientarse respecto a donde está, así como una mano que traza desesperados signos en el aire. A Serafín sólo le ha dado tiempo de hacer dos cosas antes de entrar aparatosamente en el agua sintiendo el latigazo del frío. Una, sacarse sobre la marcha la cazadora que llevaba, y también los zapatos, que podrían ser un fatal lastre. Ha decidido en un instante que tales prendas mojadas pueden convertirse en el peor enemigo, un peso añadido difícil de arrastrar. Lo segundo fue gritarle a los chavales que observaban aterrorizados la escena: «¡Quietos!», pues uno de ellos parecía a punto de intentar el rescate de su compañero. Son cuerpos demasiado menudos para luchar contra la fuerza del agua, y más cuando uno de ellos ya ha caído en las redes del miedo y del cansancio dentro del remolino. Ése puede arrastrar al otro a una muerte segura. Cómo actúa y cómo piensa, eso no lo sabe ni le importa, pero sí sabe que un *Burro* actuaría así.

Los niños, paralizados, le obedecen. Hay algunos un poco más mayores, pero parecen todos igual de impresionados. Que aparezca por allí un adulto era algo con lo que no contaban. Aquello, por lo visto, es coto vedado de la chiquillería. Pero Serafín aún ha hecho una tercera cosa, y de modo instintivo: gritarle él mismo al chaval que está ahogándose cuando éste consigue sacar de nuevo la cabeza, ahora intentando chapotear desesperadamente con manos y brazos: «¡No te muevas, *Geniucu!* ¡Cójete a mí...!»). Porque ha reconocido en él al travieso nieto de *Colás* y *Emilita*, que habrá querido hacerse el valiente ante sus amigos y, con toda probabilidad, resbalaría encima de esas rocas cubiertas de musgo húmedo, yendo a parar

arrastrado por la corriente casi al centro de la poza, que hace surgir una voraginosa espiral de círculos de espuma. En el centro, lo saben todos, es la Muerte. Allí debe aguardar a *Geniucu* para abrazarlo con fuerza antes de la última oración o súplica, del definitivo beso que lo arrastrará entre lodo, algas, hierbajos, para devolverlo a saber dónde, aunque sea unos pocos metros más allá. Eso lo saben cada uno de los presentes, sobre todo Serafín, que ahora lo tiene tan, tan cerca que hasta le parece poder cogerlo si estira un poco el cuerpo. No. La corriente le muerde ya con inusitada violencia en las piernas y en las caderas. Lo arrastra también a él, y *Geniucu* aún está a cuatro o cinco metros.

Cuatro o cinco metros, aquí, son la eternidad.

–¡Bracee..., bracea... haz un esfuerzo! –le grita al chavalín.

La cara de éste, transfigurada por el pánico y seguro que a causa del agua que ya debe haber tragado, habla de algo que Serafín no quiere oír, que no quiere entender porque eso significa resignarse: *Geniucu*, descompuesto el semblante, boca entreabierta y desmadejados los gestos, es incapaz de articular palabra. Sus ojos están casi en blanco. Tampoco el niño ve ni entiende, aunque no sea como Serafín, que es miope y despistado. Sólo chapotea, pero cada vez con más débil desesperanza. Parece que realice un intento de dirigir sus bracitos como aspas en la dirección en la que se encuentra Serafín, quien va caminando fatigosamente por el interior del río, centímetro a centímetro, palmo a palmo, aún haciendo pie pero con el agua que le cubre ya hasta casi el cuello. Eso consigue frenar un poco su ímpetu, pues se asusta al notar cómo la corriente subterránea tira brutalmente de sus tobillos, como si allí se le enredasen docenas de culebras y lianas, todas intentando llevarlo hacia el centro de la poza. Con un movimiento brusco avanza medio metro más, o eso cree, siempre con su brazo derecho extendido hacia *Geniucu*, para darle ánimos si puede verlo. Pero es tanto su propio pavor y el esfuerzo que debe realizar para seguir haciendo pie, que ya ni siquiera se atreve a volver a gritarle, no vaya a ser que por ahí se le escapen los últimos resquicios de fuerza. Sabe que el niño le ha visto, porque después de haber vuelto a desaparecer entre las aguas, también enzarzado en su aislada y dramática lucha contra la corriente invisible que rueda en círculos y

arabescos infernales bajo la superficie, cuando emerge le ha lanzado una mirada que en sí misma condensa todo su espanto y, a la vez, su ya casi extinguida fe: «Eres mi última esperanza, pero ya no puedo más».

Es como si el tiempo no avanzase. Cada amago de paso es un suplicio, y lo que instantes antes parecía estar avanzando un poco, de pronto se revela como un movimiento lateral a ciegas dado con la puntilla del pie. Siente que el dolor en los muslos le parte en dos, pero ya no nota el frío. ¿Qué le impulsa, quién le sostiene? Y de nuevo todo lo sepulta el rugido del agua.

Está perdiendo el equilibrio. Hace un instintivo y fulminante balance mental de cuánto podrá resistir así *Geniucu*, todo ello sin avanzar un centímetro, pues ahí es más turbulenta la corriente, cuando de pronto la cabeza del chaval vuelve a ser tragada por las aguas.

Pasa un segundo como otra eternidad. Dos, tres. El niño no aparece.

Entonces Serafín nota cómo se inflama de cólera. Quizá le sobreviene algo de lo que no todo el mundo puede presumir: esa llamada de la sangre que no se puede explicar con palabras, pero está. De nuevo cree ver unos deditos, sólo lo cree, que son engullidos en apenas un instante.

Es como si el crío hubiese dicho adiós con ese gesto.

Dentro de Serafín la cólera se convierte en fuego. Tal vez recuerda lo que le contaron de su abuelo, cuando se enfadaba y decía apuntando con la cachava de tejo en dirección al cielo: «¡Por mis santos cojones!», y la abuela asustada, intentando calmarle: «¡Ay, marío, pero sosiégate...!».

Por sus santos cojones que, aunque él mismo se muera ahí, a un metro escaso de donde se halla ahora debiendo elevar exageradamente el mentón para no tragar agua, por sus santos cojones que ese chaval no se le ha de morir en sus narices. Acabarán los dos ahí dentro, pero luchando.

Entonces da un salto al vacío de la Muerte vestida de agua. Incluso a él le sorprende su propio gesto mientras lo realiza. Era ahora o nunca. De hecho, ha dado una fenomenal coz al agua que le rodea. Es un *Burro* obstinado en algo, y ese algo se llama tocar como sea el cuerpo de *Geniucu*, que ya no aparece en la superficie. Se conforma con tocarlo, con poderlo rozar un poco.

Sale a flote en tromba tras su zambullida, aturdido y sin acabar de orientarse. Busca con la mirada. El niño no está.

Ha perdido definitivamente el equilibrio y ya tampoco consigue hacer pie. Se mantiene a flote a duras penas, agitando los brazos con idéntico ademán al que ponía momentos antes el chaval. Patalea con furia –¿quién le da esa fuerza?–, no tanto para mantenerse a flote sino para que la ira del agua no se enrede en sus pantorrillas y por las piernas, desde los tobillos hasta las ingles, tirando de él hacia adentro. Sabe que se lo juega todo en una nueva zambullida, en una sola. No habrá nueva oportunidad para repetir esa operación, pues sus propias fuerzas merman a gran velocidad y *Geniucu* sigue sin aparecer, aunque todo suceda en segundos que se demoran como infiernos de ansiedad y pena. Ahora la aguja de dolor le recorre la espalda, yendo a estallar en su nuca. Hace un cálculo de dónde puede estar el cuerpo del crío, a tenor del sitio en el que apareció una de sus manos por última vez. No es la adrenalina, es la furia la que le hace seguir.

Debe estar ahí mismo, pero nada se ve en el agua revuelta. ¡Maldita hija de la Parca! Toma aire a bocanadas y cierra los ojos para darse valor. Se zambulle sin dejar de dar patadas, limpiamente, y lanza sus brazos en todas direcciones, como si intentase aferrarse a invisibles anguilas de aire. Ahí abajo, además de burbujas no hay nada. Sólo agua y agua. Verde, rugiente, oscura, asesina. El zumbido en los tímpanos y en los pulmones crece como una sirena. Pero él insiste, aun sin ver nada por más que abra los ojos. Mentalmente ha entrado en una fase de neutro pavor. Aún le queda algo de oxígeno, y ése es su tesoro, su esperanza. Bracea con denuedo bajo las aguas, ahora hacia la izquierda. Lanza una mano, palpa en ese espantoso vacío líquido. Arriba y abajo, a ambos lados. Se atreve a abrir un poco los ojos. No se ve absolutamente nada. Sólo más burbujas y la sonrisa helada de la Muerte. Sus piernas, lo ha notado, ya no patalean con la intensidad y el ahínco de apenas unos instantes atrás. Se revuelve bajo la superficie como una serpiente herida, como pez rabioso en su agonía al ser capturado. Traza un semicírculo con las piernas, porque allí hay un imán pavoroso, también lo nota, que va atrayéndolo milímetro a milímetro.

Da los últimos zarpazos bajo el agua. Nada. La sirena explota lentamente en su cerebro como una bengala de luz amarilla, dolorosa. El pecho también va a estallarle.

Es entonces cuando su pie toca algo.

Furioso, se quiebra entre el lodo y la corriente, y busca con las manos. Está ciego, y en ese momento también sordo. Todo ocurre ahora, piensa en un estado que reconoce ya casi de semiinconsciencia, como a cámara lenta. Qué especie de raro milagro, ver las cosas así. Sus movimientos se han relentizado, eso cree. Pero sin embargo parecen más seguros. Lanza las manos aquí y allá. Vuelve a tocar algo. Se le escapa. No. Resbala porque eso es piel. Una pierna, quizá.

De nuevo nota su propia mano como una garra mientras siente que están reventándosele los oídos. Ha conseguido aferrarle apenas un instante, pero se le va otra vez. A tientas lleva hacia arriba la mano. ¡Sí! Ropa. Eso busca. Los dedos crispados se ciñen como una zarpa gigantesca sobre su presa.

¡Lo tiene!

La sensación de alegría de tener cogido al niño mediante el jersey, o tal vez por los pantalones, es inmensa. Le da fuerzas. Ese contacto le confiere unos gramos más de energía. Sus pulsaciones han entrado ya en una fase crítica en la que todo se precipita. No sabe, no entiende de dónde logra sacar esa poca rabia de más, ese poco de aire, pero arrastra al niño, todavía bajo el agua, bien asida su prenda. Suben un metro, quizá dos. Duda, pues el remolino le atrae aún con enorme presión, aunque ya no tanta como ahí mismo, en el umbral de la nada que acaban de dejar al lado.

Hace un último e inconcebible esfuerzo para salir del agua.

Abre la boca y ni siquiera intenta respirar. Traga, come el aire. Nota que el brazo por el que lleva asido a *Geniucu*, o lo que ahora será ya *Geniucu*, va a partirsele de dolor, pero lo mueve hacia arriba. ¡Un poco más, un poco más! Ve cómo sale la cabeza del chaval. Serafín no quiere mirarlo. No se atreve. Sólo le preocupa hacer pie, y pronto, cosa que ya casi consigue. Siempre con la cabezuela del crío fuera del agua. Únicamente eso le obsesiona. Así avanza penosamente, centímetro a centímetro, tocando de puntillas en las piedras del fondo.

Ya en la orilla, Serafín se derrumba igual que un fardo, todavía con el niño asido como un muñeco por el jersey, cayendo ambos de bruces. Una piedra roza su pierna derecha. Todo le da vueltas. Se arrodilla. Sigue

arrastrando al niño.

Por fin están fuera del agua. Los otros niños han salido corriendo como posesos en dirección al pueblo. Pero ahí estuvieron, también ellos conteniendo la respiración, hasta ver cómo Serafín sacaba a su amigo de las fauces del Pábenes.

Él intenta gritarles que hagan algo, por favor, lo que sea, que pidan ayuda, pero de repente, mordiéndole una sombra de desesperación casi aún mayor que la que tuvo en el agua, recuerda que son sólo niños.

Geniucu parece no respirar. Serafín eleva la vista en dirección al cielo. Ve un par de nubes, estáticas, como si le observasen expectantes. ¿Por qué tiene que ocurrirle esto a él, que siempre se consideró una persona apocada e incluso indefensa? ¡Por Dios! Mira al niño que yace tendido boca arriba sobre la hierba, rígido y con una vaga expresión de terror petrificada en su rostro. El aspecto de su cara no augura nada bueno. Tiene un color entre blancuzco y azulado.

Entonces vuelve a hacer algo por instinto. Aprieta con sus manos el pecho del niño. Nota ahí las costillas. Aprieta varias veces. Luego ciñe sus labios a los de *Geniucu*, que están agarrotados y fríos. Sopla con toda su fuerza y masajea el pecho. No se mueve. Pero no le importa: repite ese gesto, ahora con más fuerza. Y una tercera vez. Y una cuarta. Siente tanta furia que, pese a estar exhausto, cree que podría pasarse así el resto de su vida. Otra vez presión con las manos sobre el pecho, otro soplido.

Silencio. Sólo oye su propio jadeo.

Y de repente, un ruido seco.

¡*Geniucu* ha tosido!

Sí, tose aparatosamente y gira la cara hacia un lado, como si fuese un calambre. De su boca salen borbotones de agua y una sustancia verdosa de aspecto lechoso que bien podrían ser restos de algas. Es la muerte, que así pretendía dejarlo embarazado, y ahora huye. El niño tiene una gran arcada y de nuevo escupe agua. Pero respira. Así pasan unos segundos hasta que, ya sentado sobre las piedras, y con la cabeza gacha, abre un poco los ojos y de improviso, tras intentar erguir el tronco en vano, pues está exangüe, hace algo que Serafín nunca hubiera imaginado: rompe a llorar, echándole las manos

alrededor del cuello. De ese modo permanecen un rato.

Luego lo eleva lentamente hasta dejarlo en posición de pie y le da nuevos golpes en la espalda para que siga tosiendo. Le pregunta si se encuentra bien, si ya puede respirar con normalidad. *Geniucu*, sin cesar en su llanto en ningún momento, afirma con la cabeza. Luego la apoya contra el pecho de Serafín. Éste, que jamás ha tenido a un niño así, acurrucado, no sabe qué hacer. Lentamente ciñe en torno al chaval sus brazos mojados. Primero uno, y luego otro. Lo mece mientras el niño llora entre hipidos y moqueos. Intenta consolarlo con suavidad. «Ya está, ya está. No pasa nada.» Lo balancea como una madre a su retoño enfermo. El corazón le golpea tan alocadamente que hasta cree que el niño, que tiene aplastada ahí la cabeza, se asustará al oírlo.

Han de moverse, aunque *Geniucu* parece algo mareado, pues es de suponer lo que habrán contado los críos al llegar corriendo al pueblo. Serafín le hace caminar a pasitos cortos, conminándole a que mueva brazos y piernas. Le pregunta cosas cuando lo ve un poco más calmado. Tiene las piernas amoratadas, y todavía están tersas. Le cuesta caminar y va tiritando. Así que lo envuelve en su cazadora seca, con la que por suerte tuvo la lucidez de no introducirse en el agua, y seguido de otros dos niños que al parecer se dieron la vuelta y contemplan la escena con ojos desorbitados, diciendo tan sólo «*Geniucu... Geniucu*», se dirigen hacia el pueblo.

Porque ahora sí, se da cuenta que dos de los críos se habían quedado por allí, mientras otros dos o tres, no lo sabe con exactitud, se fueron corriendo a Hiseda.

Geniucu va en brazos de Serafín –pues daba muestras de mareo al venir, aunque fuese despacito– con los ojos abiertos y la cabeza apoyada en su hombro. Envuelto bajo la cazadora, hecho un ovillo. El camino se le hace inacabable a Serafín, y hasta cree marearse, pero continúa. Él no tiritita, y podría hacerlo. Sigue con el cuerpo en tensión, y ni se da cuenta de que va empapado. Llegan por fin al pueblo, donde se empiezan a encontrar grupos de personas que les miran con preocupación. Pero él apenas les ve. Avanza a ciegas. Luego cruzan la calle principal, y allí se oyen los primeros gritos proferidos por varias mujeres. Serafín, ausente, ni las mira. Alcanza el *Legañas* con la menuda comitiva tras él. Apenas nadie habla alto, sólo

murmuran. En el bar hay poca gente en ese momento, pero enmudecen todos de golpe. Hasta la televisión, que está colocada en una repisa alta y perorando sin tregua, parece callar de pronto.

Con enorme delicadeza sienta a *Geniucu* en una silla, o más bien lo deposita allí como si fuese un juguete roto o una preciada pieza de arte que debe reconstruirse, procurando que no se desprenda de la cazadora. No sabe qué decir, porque todo ha empezado a dar vueltas en su cabeza. Las piernas le tiemblan, y aquel molesto zumbido que empezó siendo intermitente, le castiga todo el rato, taladrando el cerebro de parte a parte. Nota el castañeteo de sus dientes. Sí, es su labio inferior el que se mueve como si alguien lo agitase desde dentro. Es ahora cuando se le aparece el rostro del miedo en su plena y aniquiladora virulencia, y tampoco esto puede compartirlo, pues todos le miran entre incrédulos y asustados. Es ahora, sí, cuando le agarra la terrible impresión por lo sucedido, creando un insondable y amargo vacío en su estómago. Dicen que a veces suele ocurrir de ese modo. Primero, en situaciones límite, el cuerpo actúa. Luego el cuerpo responde. Finalmente el cuerpo se desmorona. Entonces sólo resta la lúcida conciencia de aquello que pudo haber sido.

Balbucea unas pocas palabras, casi afónico, para explicar de forma somera lo sucedido, cosa que ya han hecho los otros críos atropellándose mutuamente en su relato. Entre frase y frase se limita a jadear, perdida la mirada. Alguien menciona algo acerca de llevarlo al médico. No sabe si se refieren al chaval o a él. Qué más da. Se encoge de hombros. Mira a *Geniucu*, que le devuelve la mirada con una expresión que ni siquiera es de agradecimiento. Sencillamente, está atónito. De seguir viviendo. Serafín toca su frente, su flequillo mojado. «Ya me la devolverás», le dice tocando suavemente la cazadora. El chaval enmarca una sonrisa. Serafín, luego de asegurarles que se encuentra perfectamente varias veces, lo que no es cierto, se levanta y en medio de un silencio sepulcral abandona con lentitud el bar. Nadie le interrumpe en su marcha. Un rato después, sonámbulo y con más síntomas de fatiga de los que nunca en su vida creyó tener, alcanza los escalones de acceso a la Casona. Permanece por espacio de un buen rato sentado en la cocina, aún empapado, y sin embargo incapaz de hacer o de

pensar en nada.

Luego se va secando con una toalla, y se cambia de ropa. Dentro de poco será hora de cenar, pero sabe que en Hiseda, hoy, pocos cenarán con tranquilidad. Ahora la noticia estará corriendo como un reguero de pólvora por todas partes. Se da una ducha, todavía renqueante, apoyado el costado contra los azulejos del interior del baño. Eso le reconforta bastante. Sale de la ducha y se seca. Al cabo de unos minutos suena el timbre de la portilla del jardín. Va a abrir. Es una pareja de la Guardia Civil. Le hacen las preguntas que ya esperaba. Responde con frialdad, como si de un interrogatorio se tratase. Luego de una breve charla, en la que los guardias no dejan de quejarse de los peligros que suponen esas pozas del Pábenes, el de mayor graduación, a tenor de los galones que luce en las hombreras, le tiende una mano enorme, velluda y tras apretársela con fuerza, le dice muy bajo: «Es usted muy valiente, ¿lo sabe?». Serafín ni siquiera entiende exactamente de qué están hablando. Farfulla, acaso, unas frases de circunstancias. «Cualquiera lo hubiera hecho», o: «Yo estaba allí, por suerte», nada más. Y lo cree de verdad, pues en el fondo no se reconoce a sí mismo en lo que ha hecho, en todo lo que está pasando. Como si formase parte de una traumática ensoñación de la que por momentos, con punzadas de sobresaltos, cree aún no haber despertado. Se siente presa del desconcierto, y por supuesto azorado. Los guardias se van. Al hacerlo se le ponen en posición de firmes, dando sendos taconazos. Le saludan militarmente. Y él, en su bendita ingenuidad, aún tiene tiempo de pensar: «¡Jesús, qué bruscos son esta gente!».

No sabe que *ya* es un héroe.

Ni tampoco que le queda aún lo mejor y lo peor de su historia por superar, aunque no aclararemos aquí en qué orden ocurrirá eso.

Tengamos fe. Porque él tiene suerte.

Bueno, y seguramente a alguien con él, que le ayuda, aunque tampoco Serafín pueda o deba tener ni remota idea de ello. Mejor así.

Y es al pensar después en cómo le saludaron aquellos guardias, –yemas de los dedos rozando la sien– el momento en el que una burbuja estalla en su cerebro. Hasta entonces no tenía conciencia plena de haber hecho algo que

para mucha gente sería una heroicidad. «Yo, ¿un héroe?», se pregunta entonces pasmado, con el corazón palpitándole en una mezcla de orgullo y miedo. «Más bien un gilipollas», suena otra voz en su cabeza. Sabe nadar, sí, pero estando en corrientes revueltas, en el mar, o cuando no hace pie, procura salir rápido. Como vulgarmente se dice, no las tiene todas consigo. Entonces, ¿por qué ha hecho algo así? Imposible saberlo. Su instinto. El *Burro* que lleva dentro, seguramente agazapado desde que nació. Porque para terco, él. Y vuelve a pensarlo, aún con síntomas de enfado: que ni hablar, que el maldito Pábenes no se llevaba a ese chaval en la flor de su vida, casi sin empezar ésta. Enfurece sólo de pensarlo.

Al cabo de un espacio de tiempo indeterminado, pero ya avanzada la noche, suena el teléfono. Contesta y oye la voz de una mujer que llora y musita cosas en tono de agradecimiento. Es Emilita, la abuela de *Geniucu*. De cuanto oye, a Serafín, que se siente cada vez más aturdido y como si todo aquello en realidad no estuviera sucediéndole a él, sólo le queda en la mente que justo hoy los padres de *Geniucu* no estaban en Hiseda. Iban a una boda, escucha entre lamentos, por los que una y otra vez se filtra la palabra «gracias». Les avisaron enseguida, y hasta hace poco no lograron sacarse el susto y llamar para agradecerse. Por fin se despide de la mujer, que parece afectadísima. Quién diría que se trata de una *Furia*. Después Serafín, a tientas, se pone boca arriba en su cama y cierra los ojos. Aún le zumban las sienes a causa del bramido del agua, o esa sensación del miedo que te deja como un sabor a óxido en la garganta, y flojera en las piernas. Se adormila al poco, pero no habiendo dejado de pensar antes: «¿Y ésa cómo coño tiene mi teléfono...?».

No sabe cuánto tiempo ha pasado. Unos ruidos le despiertan. Primero cree que sueña, pero no. Es la puerta de casa. Está abierta la luz del flexo de su mesita. Amodorrado, mira el reloj-despertador. Son más de las once y media de la noche. Parece que haya transcurrido toda una vida. Y no, sólo pasaron un par de horas, quizá algo menos.

Vuelve a sonar el timbre de la puerta. Al erguirse siente que se le va un poco la cabeza, pero acude a abrir. Son *Colás* y Emilita. Prosigue la ensoñación: aquello no puede estar pasando.

Los hace entrar a la cocina y les ruega que tomen asiento. Niegan con la cara. Se les ve demacrados. *Colás* trae su cazadora, que se dejó en el *Legañas* sobre el cuerpo de *Geniucu*. Y Emilita, ante el mutismo de su marido, de nuevo repite aturulladas frases de agradecimiento. Serafín sonríe y, más o menos, explica lo que ya dijo a los guardias. Además es cierto, lo piensa así: él tuvo valor, en efecto, pero no es ningún héroe. Muchos habrían actuado igual. Sobre todo en este pueblo.

–No tanto, que esa poza es mu mala... –barrunta el hombre canoso que ahora tiene enfrente, quien incluso se ha desprovisto de su inseparable boina, sosteniéndola con ambas manos mientras la hace girar en sentido circular. No, ya no es el Reinhard Heydrich de los *Corvatos*. Tiene los ojos humedecidos.

–Bueno, el caso es que no ha pasado nada –dice Serafín casi con ademán de excusa y visiblemente incómodo por la situación. Después se interesa por la salud del chaval y *Colás*, que en esos momentos no le parece nada cuervo, de improviso frunce el ceño. Dice:

–A ése...

Serafín puede imaginar la escena. *Geniucu*, sea hoy o mañana, o pasado, no va a librarse de una buena. Intenta decir algo al respecto, pero sabe que es inútil. Emilita, quien ahora tampoco tiene nada de *Mesalina* en su aspecto cabizbajo, que denota abatimiento y turbación, parece una estatua. Está blanca como una sábana. El susto, aún. Se hace el silencio entre ellos. Finalmente *Colás*, calándose la boina de nuevo, afirma:

–Nunca lo olvidaremos.

Serafín se encoge de hombros. Emilita asiente. Él piensa que esa mujer ni siquiera debe saber sonreír.

–Gracias –dice ella, y enmarca la mueca de algo que quizá sea un conato de sonrisa–. Que Dios te lo pague.

–Yo me alegro por el crío –logra responder él, que no sabe cómo acabar con aquello–. Y, la verdad, sí me gustaría pedirles algo...

Lo ha dicho en plural. Le miran con expresión de asombro, pues no esperaban nada similar. *Colás*, que ya había colgado su cachava del codo, vuelve a apoyarla en el suelo, expectante. Serafín dice:

–Que la que se lleve no sea muy gorda. –Y procura sonreír.

Colás aprieta las mandíbulas. A saber si *Geniucu* se la ha llevado ya. Pero no, eso no es posible. Está todo aún muy reciente.

–Si es que parece el mismísimo demonio... –sisea su abuela, casi sin abrir los labios, como si fuera una ventrílocua consumada.

–Por eso mismo: hay que cuidarlo... Además, buena impresión se habrá llevado el pobre... –insinúa con ironía *Serafín*–. Igual hasta no se le olvida ya nunca y se nos vuelve más prudente... Piénsenlo.

Los otros parecen haberse quedado súbitamente serios. ¿Con consejos a ellos? O quizá han pensado por vez primera en tal posibilidad. Pero es necesario decírselo en un idioma que entiendan:

–Hay que llevar mucho ojo con él –comenta *Serafín* mirando fijamente a *Colás*.

Éste, como si acabase de encendérsele un potente flexo en mitad del cerebro, asiente y dice:

–¡Pero mucho...!

Luego se despiden, prácticamente sin intercambiar palabra. En verdad sobra cualquier cosa que se diga. Es preferible contenerse, pues nadie duda que todos están emocionados. *Serafín* les oye abrir y cerrar la portilla exterior de la Casona. Regresa a la cama y, sin quitarse siquiera la bata que se echó sobre el pijama para atender a sus visitantes, se duerme a los pocos minutos. Ahora, sin embargo, lo hace con una sensación de triunfo agrisulce. Intuye que ha ocurrido algo grandioso en su interior, más allá incluso de la salvación de ese crío. En alguna parte leyó que experiencias así pueden cambiar la vida de uno. Quién sabe. Es todo tan raro que hasta le parece probable olvidarlo dentro de nada, o al menos haberlo puesto en un rincón de ese polvoriento desván que sobrevive en la penumbra de la memoria: ése en el que casi nunca se mira, porque todo lo que hay allí nos produce nostalgia o frustración. Aunque hayamos aprendido ya a percibirlo con una cierta tibieza que a veces nos reconforta.

Se duerme pensando, pese a no concretar dicha imagen, que en el río, cuando se sentía desfallecer, por fuerza tuvo que lanzar un rebuzno, su segunda parte, la que reafirma la identidad, aun irracional, de quien lo emite.

El ha ya estaba dicho, aunque fuesen tan crueles y peligrosas circunstancias las que le obligaron a hacerlo.

Antes de dormirse definitivamente, todavía nota como si lo llevaran en volandas. Voces, rostros difusos. Las ninfas del río, los elfos del bosque cercano, quizá. Y sonrío.

Serafín desconoce que no ha hecho más que entrar, sin darse cuenta en absoluto, en el ojo del huracán. Pero es así. Y los acontecimientos venideros, de los que el episodio de la Poza de los Canteros no ha sido más que un accidentado preámbulo, por fortuna con final feliz, sin duda sorprenderán a sus principales protagonistas, de entre los que él mismo va a ser la atracción involuntaria pero estelar, el eje sobre el que giren en un futuro muy próximo. Por eso, porque ignora el futuro inmediato y ello le permite aún cierto hábito de inocencia y serenidad, Serafín descansa ya tan profundamente en su sueño. En el fondo es como si lo supiese de manera instintiva. Como si una voz en su interior le susurrara: «Prepárate». Dejémosle dormir cuanto desee, pues.

Y que cuatro angelitos guarden su cama. Porque los va a necesitar.

Ha llegado el momento, lector, de que hagamos un alto en el camino, permitiendo también que transcurra algún tiempo en Hiseda. Para no circunscribirnos a escuetos calendarios, digamos que ha pasado un espacio de tiempo considerable o indeterminado desde el suceso de *Geniucu*. ¿Semanas, meses? Qué importancia tiene tratándose del valle de Rantroño. Sus protagonistas están a punto de entrar de nuevo en acción, y ello sí parece digno de interés.

Quizá es que está cumpliéndose subrepticia pero inexorablemente el vaticinio del *Dalle* y en el pueblo va a liarse una gorda, o una buena, ya se sabe que en matiz tan conflictivo como ése difícilmente se pondrán de acuerdo los hisedianos, quienes se pasaron un par de semanas hablando constantemente del percance acaecido en la maldita poza, que a punto estuvo de costarle la vida al hijo de *Nico* y nieto de *Colás*. Lo agrandaron unos, restándole valor otros, que hay lenguas para todo. En las primeras versiones Serafín tuvo que habérselas con inmensas serpientes de agua, que tiraban de él y del niño hacia el fondo. Igual hasta cocodrilos o caimanes le pusieron al relato. En las otras versiones, Serafín casi ni tuvo que moverse de la orilla, y

el cabrón retaco de crío prácticamente llegó hasta él por ovulación espontánea. De todo tuvo que haber.

En fin, Hiseda. La gente. En realidad, sólo los niños que fueron testigos de aquellos momentos interminables y dramáticos, así como el propio Serafín, saben qué sucedió. Y para ellos es innecesario demostrar nada. A ellos con el recuerdo les basta. Pero, al saberlo los niños lo sabían sus familiares, y al saberlo éstos, sus vecinos, y luego el pueblo. Desde entonces, cuando le ven pasar en dirección al *Legañas* o al Súper, cuchichean y le miran hasta con cierto arrobo, tal que si fuese un actor de la tele o un deportista famoso. Él a veces ni se entera, miope como es y tropezando como va casi con cada pedrusco u obstáculo que le sale en el camino, valga esto como metáfora de lo que hasta la fecha fue su periplo existencial.

Pero a partir de esas fechas toda la luz del día empezó a brillar de modo distinto. Era como si pudiera... cogerla, sí, hacerlo con apenas estirar la mano, incluso amasándola tiernamente. Diríase que las cosas sucedían dentro del agua en una inmersión con escafandra y oxígeno. Entonces se dejó ir en esa nueva luz, transparencia benefactora que no sólo modificó su visión, sino que además podía olerla, oírla y notarla en el paladar saciando la sed de su ser, que era grande.

En los escasos momentos de tedio absoluto, y sin dejar de practicar un solo día su estudio sistemático de los místicos del siglo XVI, Serafín vuelve a sus lecturas favoritas, aquellas que le hablan de la historia de los burros. Su padre le dejó, entre otros incunables de inapreciable valor, una edición de *La redención del hermano asno*, de Manuel Fuentes Jorge, así como otro volumen de 1837, *El Asno Ilustrado*, de don Manuel Lozano Pérez Ramajo.

Y por supuesto, las *Asniles Disquisiciones* del mallorquín Augurio Hipocampo, quien legó diamantes de este cariz: «Cada vez cuenta menos, para mí, la inteligencia a secas. He acabado por adorar al Asno, ya que él pasa por insipiente máximo».

¡Qué de anécdotas logró sacar de esas páginas! Y la mayor paradoja es que, al igual que sucede con la historia de los humanos, en lo referente al asno todo se reduce a fobias y filias. Ahí se dan contumelias desatadas y oprobios sin fin, allá glosas desmedidas y lindezas acaso injustificadas. Las

fábulas esópicas hicieron un flaco favor a la figura del asno, y La Fontaine, pese a su agudeza de ingenio y su prosa exquisita, también contribuyó lo suyo a dejar al burro como animal fatuo y traidor. En cambio, Papini lo elogia, y hasta Shakespeare, a través de una broma traviesa del Puck de *El sueño de una noche de verano*, hace querible al burro. Boileau lo tildaba como «el animal más infeliz de cuantos existe», cosa totalmente incierta, y Nietzsche, en *Así habló Zaratustra*, efectúa desagradables parangones a costa de ciertas conductas asnilas de los hombres. Partidarios y detractores se han ido reproduciendo a lo largo de los siglos. Perrault, en *Piel de asno*, lo dignifica, aunque sin exceso, y don Pedro Mejía, que fue cronista de Felipe II, se atrevió a realizar un sentido elogio asnil en su obra *Coloquio del porfiado*. La polémica siempre estuvo servida. Mientras que Platón llegó a sostener que el alma de los malos y pérfidos pasaba a un burro, Plinio, que sabía más de animales, tuvo amables palabras para tan vilipendiado mamífero rumiante.

Con pocos animales como con éste los eruditos se han visto obligados a mostrar sus posturas enfrentadas. Para unos era el «lerdo solípedo hazmerreír de todos», y para otros el «digno cuadrúpedo de triste mirada» que parece leer nuestros sentimientos, e igual eso es en el fondo lo que nunca gustó a los humanos. Aunque digámoslo de una santa vez sin tapujos: lo que de verdad repateó desde siempre a los humanos, indisponiéndoles con el servicial y útil burro, fue la fama bien merecida de éste en lo referente a sus partes pudendas, que son más que considerables, apoteósicas, incluso sin hallarse en estado de erección. La propia Biblia menciona el trato sexual de mujeres con burros – ¡ahí duele, mamones!, piensa Serafín–, y por cierto aquéllas debían pasarlo pipa, porque el mosqueo duró miles y miles de años. Una maldición secreta que aún dura. O sea, en el campo ellos con la ovejuca o la terneruca sí, pero ellas, abandonadas durante larguísimas temporadas, con su borriquito pendón no. A ver, un poco de justicia hormonal, por favor.

Y si de una cosa salió convencido Serafín tras esas lecturas fue de la decisiva importancia de los asnos en la Antigüedad. El jumento, o animal de carga, es aquel de quien el propio Dios aconseja sea cuidado al máximo, pues resulta vital para el hombre. Los ejércitos de Israel capturaron sesenta y un

mil asnos a los madianitas. Heródoto menciona que los judíos solían acudir al combate con cabezas de asnos sobre sus cascos o sobre los escudos o lorigas. Sin contar con el dato de que, pese a que el burro no solió ser utilizado en la guerra, sí es cierto que su rebuzno posee la virtud equífuga de hacer retroceder a los más bravos caballos. Así que un caballo puede piafar, relinchar, dar respingos y hasta volteretas, pero cuando el asunto se pone feo, un simple rebuzno lo pone pies en polvorosa. Se sabe también que los tambores de guerra de los ejércitos chinos estaban hechos con piel de asno, y ese ruido amedrentaba a sus rivales. Como animal protector lo utilizaron los campesinos etruscos y las matronas romanas. Fuerte como un buey, duro como el pedernal, terco como las hormigas, soberano como una deidad sin pasado ni futuro. Animal curioso, sí, que se pedorrea para mostrar su contento o apenas tiene piojos, y que ha estado presente en todas las creencias religiosas. La Burra de Balaam, por ejemplo, es el animal que, junto a la serpiente que tienta a Eva, más palabras habla con voz humana en la Biblia. Y la burra Borak, de Mahoma, es la que, según las leyendas, le transportó a espacios del más allá, abnegada y fiel. De hecho no se conocen santos a caballo, y tampoco está claro que lo que tiró a Paulo de Tarso fuese un corcel.

Pero la historia negra de los asnos se remonta a los egipcios. Curiosamente, éstos sentían gran respeto por tales animales, siempre que no tuviesen la piel rojiza. Entonces sus sacerdotes los tiraban por precipicios. Muchos bajorrelieves egipcios nos muestran asnos en celo o en diversas actitudes licenciosas, así que ojito con las egipcias. En su *Teogonía* Hesiodo menciona al monstruo más terrible de cuantos imaginar pueda la mente humana, Tifón, con brazos que son serpientes y una cabeza de asno que alcanza las estrellas. Los sátrapas persas de un lado cuidaban en extremo a los burros y de otro comían su carne como el más exquisito manjar. Pero son los judíos quienes están más ligados, por tradición, al asno. Herodes, antes de la Matanza de los Inocentes –que al parecer en realidad no fueron tantos, pero sí muy sonados en lo sucesivo–, hizo matar un buen día cuarenta asnos salvajes, por superstición. Aarón, sin embargo, se hacía colocar sobre su cabeza unas orejas de burro, que eran, ya entonces, una especie de tiara papal, o la

antecesora de ésta. Lo innegable, aprendió Serafín, es que la buena o mala fama del asno dependía de contingencias incontrolables, tratándose de humanos. Por ejemplo, el refrán «No está hecha la miel para la boca del burro» tiene un origen incierto, pero viene a formar parte del ludibrio al que constantemente han estado sometidos estos animales, compañeros del hombre desde tiempos que se pierden en la memoria. Que le pongan miel a un asno, a ver si se la zampa o no. ¡Vamos! No, o que se la pongan a la mujer del pastor, que le trata con indudable más *mimo*. Pero ahí queda el refrán, tan mendaz como errado.

La Inquisición española, allá por los frivolones tiempos de Fernando Valdés, Lucero o Diego de Simancas, también contribuyó no poco a embrutecer su figura, pues los condenados a morir en suplicios eran transportados a lomos de un asno hasta el cadalso, con lo que la imagen del ajusticiado de turno y la de su involuntario jumento iban indisociablemente unidas en el imaginario popular. Sólo pensar en ello ya le hacía sentir a uno reo de herética pravedad. Incluso en las guerras carlistas se sabe de esposas de oficiales liberales caídos en combate que, hechas prisioneras por su parentesco con aquéllos, eran paseadas en burro, para mofa general y corriéndolas a fustazos. Difícil, por lo tanto, cualquier intento de redención de la sufrida asnería universal, vana cualquier pretensión de reivindicar la ciencia del borriquismo como algo positivo para los humanos. Porque incluso el pueblo judío, su valedor, tuvo serias contradicciones a causa del asno. Y volvemos de nuevo al centro, como dicen en Hiseda, del problema:

En el Éxodo, el Levítico y el Deuteronomio se cita la pena de muerte destinada a las mujeres que habían usado de los servicios de un asno para saciar sus al parecer incontrolables apetitos carnales. Ahí se sedimentan las claves de la fobia hacia dichos animales: sus proezas genesíacas, o sea su perpetuo apetito sexual y el enorme tamaño de sus genitales. Sin duda todo ello provocó el furor de más de una a lo largo de los siglos, y eso difícilmente puede admitirlo la fe. Claro que tampoco la ciencia o las convenciones sociales. Y no valdría como lenitivo la excusa de la ausencia del marido, o su poca o nula capacidad sexual para justificar, por parte de hembra alguna, haber yacido con el asno del establo. A todo esto el pobre burro, al que

supongamos en lo referido a ese tema se le ha puesto la miel en el hocico sin él pedirlo, y dado que el marido pastor con mosqueo gordo no toma ansiolíticos ni nada similar, pues acaba zurrando al animal más de la cuenta para sacar así la mala sangre que siquiera por sus sospechas lleva encima. Serafín, al que cuando piensa en ello le asoma una sonrisa sardónica en los labios, recuerda haber leído que ya las mujeres del periodo Cro-Magnon tenían el cráneo más grande que los hombres. «¡Listas que eran...!», se dice para sus adentros.

Y es que con ese tema del vigor sexual de los burros, aparte del susodicho tamaño de sus miembros, la cosa llegó a un punto de paroxismo tal que Orígenes, tildado de sabio, se automutiló sus partes para no caer en pecado y parecerse a su burro. Menuda movida debió haber en su casa. Un auténtico novelón. Otro tanto hicieron Leoncio de Antioquia o la secta de los valesianos: todos se castraron. Esa autocirugía origenista demuestra que el enemigo, al menos a modo de fantasma, puede estar en la propia casa, y que los hombres, es decir, los varones, se han enojado tanto con la supuesta insolencia del burro, con la agria disculpa ante su eventual terquedad y desobediencia, como se han alarmado ante la desproporción ostensible de sus propias capacidades sexuales respecto a los asnos, y así durante milenios. ¡Qué recua, ellos sí, de ignorantes y relapsos, de malsines y cizañeros han sido los hombres cuando de lo que se trata es de comparar su hombría con quien se les ponga enfrente! ¡Cuántas contiendas sangrientas no se habrán producido por un quítame allá esa polla más grande que la mía!, dicho pronto y claro. La humanidad, deduce Serafín, es tan longeva como estúpida en esencia. Parece tener un inmenso bulbo en vez de cerebro, y grumos por pensamientos. En la propia Hiseda llegó a oír a cierto paisano asaz machote que a él un enema no se lo ponía ni su puta madre, en referencia a alguna cura que le habrían propuesto. Luego se supo que el tal paisano era maricón perdido, tanto es así que se fue a la capital, a ver si allá pasaba desapercibido y podía aplicar algún que otro clíster en mingitorios públicos o donde fuese a cualquier jovencito barbilampiño, musculoso y atezado por el sol. Serafín, al pensar en la triste e ingrata historia de los de su raza, no puede evitar sentirse más burro que nunca. Bueno, aunque lo de los hervores copulatorios o las

proezas priápicas no vaya mucho con él, sinceramente. Ése no es su estilo. En algo había de ser humano, se consuela.

Continúan cayendo los días, uno tras otro, como las hojas de los árboles y las páginas del calendario de pared que Serafín se pasa mirando largos ratos, pues está en su cocina y allí, leyendo, se tira las horas. Vienen en ese calendario fotos de paisajes tropicales que consiguen llevarlo muy lejos con la imaginación, aunque a él el calor suele machacarlo de lo lindo. Así hasta que una mañana, mientras realiza su compra semanal en el Súper del pueblo, oye que alguien le chista desde un extremo de la calle. Es Fermín, el cartero, al que esa mañana se le ve paliado el canino casi crónico del que suele hacer gala. Incluso esboza, bajo su mostacho, un conato de complicidad, algo que Serafín ve como simple gesto amistoso. Le entrega una carta certificada. «Ya que andas por aquí...», parece que se excusa el cartero. Serafín firma en un libro que el otro le abre por la mitad. Cuando se va Fermín, allí mismo rasga el sobre y lee. El corazón le palpita.

Lo que temía. Es un aviso de la oficina pertinente del Gobierno Regional. Le informan que sigue adelantando el proyecto de la Autovía Norte-Centro en el tramo que pasará por lo que actualmente es su vivienda, así se pormenoriza allí, advirtiéndole como «inminente» el día en que ingenieros del Ministerio de Obras Públicas vayan a visitarlo. Citan fechas muy concretas. Faltan escasas semanas para eso. Serafín se guarda la carta en el bolsillo de la chaqueta.

Está destrozado. Nunca llegó a imaginar que pudiera sentirse tanta impotencia para evitar algo que sigue su curso implacable, y que en nada pasará sobre nosotros como la ola de un ciclón. Por más que lo intenta, es incapaz de salir de esa dolorosa percepción. Él, que salvó a *Geniucu* – también entonces notó la dentellada de la impotencia– no va a poder salvar ahora la casa.

A partir de ahí vivirá un sinvivir, aunque algunas de esas lecturas que son mucho más que *piadosas* le ayuden a soportarlo. Entra en un hiato de desesperanza.

Y en efecto, pocos días después suena su teléfono a primera hora de la mañana. Es una secretaria de alguien con un cargo bastante largo de

pronunciar. «Malo», piensa Serafín. Le pregunta si durante esa mañana va a estar en su casa y localizable, porque, de ser así, los ingenieros realizarán la visita prevista para hoy. Serafín responde escuetamente que no piensa moverse de su casa. Nada más colgar, nota acelerarse su corazón y recapacita sobre el significado profundo de la frase que él mismo, a modo de despedida, volvió a repetirle a esa secretaria momentos antes de poner el auricular en su sitio:

–No pienso moverme de mi casa...

Ha sido literal. Y al decirlo sabe que se le ha oscurecido el semblante. Recoge un poco el salón, por aquello de causar buena impresión a las visitas. Poco sabe él que esas visitas, que como le dijeron llegarán en un par o tres de horas, ni siquiera habrán entrado en el salón antes de irse. Porque ahora sí, los acontecimientos siguen precipitándose irremediabilmente.

El hiato muerde, como los minutos, el silencio y los recuerdos.

Llegan los ingenieros. La charla tiene lugar en el jardín. Le muestran unos planos enormes. Y sí, por ahí, donde ellos le señalan con un lápiz, se ve un segmento en el que pone: tramo Hiseda RZ-III, y justo debajo un triángulo. Ese triángulo de nada es su casa. La casa que levantó su padre, piedra a piedra, viga a viga. Serafín, incrédulo y con la sangre encendiéndosele a cada instante, mira a lo largo y ancho del plano. Ahí, rodeando el odioso triángulo, todo es monte y prados, campo libre. Inquieta directamente acerca de algo que en su día ya preguntó por escrito: ¿por qué, y se ha asesorado al respecto, habiendo tantos prados por ahí no desvían un poco, sólo un poco ese trazado? Modificando levemente tal recorrido, un centenar de metros y por una zona que él mismo les sugiere, entre montes sin excesivo relieve, el trazado no se «tropezaría» con su casa de morros, que es lo que ha pasado con el diseño de este recorrido. Así lo dice: «tropezaría». Y es que parece que lo hayan hecho a propósito. Se les nota desconcertados, como si no esperasen la pregunta. Le dan vaguísimas razones de carácter tan técnico que resultan incomprensibles.

– O sea, debo entender que en ningún caso se plantean ustedes la posibilidad de modificar, aunque sea ligeramente, ese trazado... –dice Serafín, y nota que se va poniendo pálido.

Los otros arguyen que lo ven «muy complicado», tanto que a estas

alturas, afirman desviando la mirada, eso es ya «casi imposible». Serafín les contesta entonces que no está de acuerdo y que va a hacer todo lo que pueda para impedir que dicho trazado le pise la casa. En ningún momento ha mencionado que sea la casa de su padre. Qué les importa a ellos. Su dignidad maltrecha sólo puede obtener refugio en el mutismo. Su orgullo herido, si eso es posible, lo hallará en la lucha. Ellos, como la mayor parte de personas de empleos bien pagados, que acostumbran a hablar en primera persona del plural, son casi siempre los ejecutores. A fin de cuentas, según parece, el trazado ya ha sido diseñado y aprobado: ésa es la causa por la que ni les pasa por la cabeza modificarlo. Lo que en última instancia significaría, aparte de un gran imprevisto burocrático, dejar que germinase un indeseable precedente. Es ahí donde Serafín lo ve con nitidez: ahí reside la clave del asunto. No quieren un mal ejemplo, un caso conflictivo que genere empatía o muestras de abierta solidaridad. De otro lado, a él la indemnización sigue pareciéndole escasa, por no decir insultante.

En un par de meses *estarán aquí*. Ésa es en definitiva la realidad.

Luego recogen sus papeles y se despiden con frialdad. Serafín pasa las siguientes horas sumido en un enorme desconcierto. Nunca hasta ahora había sentido algo tan descorazonador. Da vueltas y vueltas por la Casona como un felino enjaulado. De pronto se acuerda de *Burro* padre durante el último año de la vida de éste. Fue poco antes de que *Pitita* viniese a vivir con él.

Su padre, más parco que nunca de palabras, el mirar profundo y como vidrioso, estaba casi todo el día sentado en su butacón de mimbre con almohadones, que iba colocando de una forma u otra para aliviar la molestia de los riñones. Tras adormilarse, cosa que ocurría con frecuencia debido a la potente medicación que tomaba para combatir su enfermedad degenerativa, de súbito reaccionaba, por ejemplo, al ser molestado por las moscas. Entonces, dando enérgicos manotazos, gritaba: «¡Fuera, fuera...!».

Pero al poco volvía a amodorrarse. Cada vez que Serafín pasaba por su lado procuraba espantarle las moscas. Incluso había llegado a sentarse allí a leer un rato junto a él y abanicarle, pues le angustiaba la idea de pensar, estuviera en la parte de la casa que estuviese, en su padre molestado por las moscas.

A *Pitita*, cuando ésta se quejaba de las moscas, solía recordarle que

dichos animalillos sólo poseen una vida que dura pocos días. A *Pitita* tal razonamiento nunca la consoló lo más mínimo.

Ahora entendía que las moscas eran una premonición.

Las moscas eran esos hombres de la Autovía. Su padre, de algún modo, los había intuido, y por ello gritaba medio dormido: «¡Fuera, fuera...!». O ésa fue la versión, si se quiere más romántica, a la que en aquellos momentos decisivos quiso aferrarse Serafín. El caso es que pasó una noche muy desapacible, moviéndose constantemente y con pesadillas. En ellas era sepultado vivo bajo cascotes, ladrillos y vigas. El hiato había empezado a masticarlo.

No obstante, ya por la mañana, mientras toma su café con leche en la cocina, la pupila estática sobre los prados lejanos que se perfilan en el marco de la ventana, tiene una especie de visión interior de la que sólo ha entrevisto los contornos.

Sabe que esta batalla la tiene perdida, total y definitivamente perdida... siempre que no haga algo a tiempo y, sonado. Muy sonado.

Pero simultáneamente se siente atrapado sin remedio. Y la misma voz interior que a veces ha creído oír –como en aquella ocasión en que se atrevió a aventurar un salvamento, el de *Geniucu*, que bien podría haberle costado la vida, acto que realizó de manera en todo punto inconsciente– vuelve a hablarle ahora. Viene desde muy lejos y no es una voz que pertenezca a nadie. O al menos a alguien conocido. Él cree que quizá sean los antepasados. Pero sólo lo cree. Porque, en realidad, su formación científica le sigue impidiendo creer en nada que no sean hechos probados o deducciones lógicas, pese a cuanto lleva sintiendo de un tiempo a esta parte. Sin embargo esa voz está en él. Grita dentro de él. Podrán decirle que se esconde en su imaginación, pero, aun entonces, ¿deja acaso de estar?

La voz le dice que se mueva, que haga algo, y pronto. Que precipite aún más los acontecimientos, aunque ahora no tenga en absoluto claro cómo hacerlo. Da igual. Un acontecimiento le llevará a otro y así sucesivamente, le susurra esa voz. Tiene todo o nada que perder, según se mire, aunque de hecho –¡entiéndelo de una vez, *Burro!*– en ese momento lo tiene todo prácticamente perdido.

La visión se solidifica, crujiendo entre fugaces destellos. Y se oye a sí mismo diciéndole en voz alta y curiosamente cavernosa a la soledad del salón:

–«¡Pues tropezarán...!»

Por fin eclosiona la visión, y de pronto lo ve nítido: sencillamente, ha de protestar diciendo lo que siente y lo que le pasa. Ni más ni menos.

Una sensación de vértigo lo aplasta literalmente en la silla. De un plumazo ha dejado atrás los escrúpulos que le causaba pensar en qué habría pasado, cuál hubiera sido su actitud si le hubiesen ofrecido una cuantiosa indemnización por la casa. Para decirlo sinceramente, si le hubieran resuelto lo que le quede de vida. En algún momento llegó a pensar que aceptaría. Con indecible pena, pero aceptaría. Fue después, cuando supo la miseria que le ofrecían, el instante en que reaccionó. Como si hasta dicho momento hubiese tenido una venda en los ojos. Ahora, en cambio, eso piensa, aunque le ofreciesen todo el oro del mundo no aceptaría. Porque ha entendido en su verdadera dimensión que esta casa ya no sólo es la casa de su padre, sino también la suya. Y su propio honor, su sentido de la justicia, su vida, su destino.

El día señalado para la visita de los ingenieros, por tanto, empieza su batalla, que no estará perdida mientras le reste un ápice de energía e imaginación. Y un mucho de coraje, como en la Poza de los Canteros, aquella aciaga tarde con final feliz. De entrada, y eso es algo que empieza a hacer en la jornada siguiente, se pone a escribir cartas a los periódicos de la capital de la provincia, que son dos, así como a alguna revista regional de cuya dirección dispone en sus ficheros. En esas cartas, cosa que va a seguir haciendo a partir de ahora, contará su caso sin quitar ni poner nada.

Pero, para decepción suya, transcurren los días y esas misivas, en su mayoría destinadas a la sección de «Cartas al Director», ni siquiera salen publicadas. Llama por teléfono a las redacciones correspondientes en busca de una explicación a lo que él juzga un olvido injustificado, si no una marginación evidente. Le dan largas. Entonces se enfada. Y tiene una idea. Pretende poner una esquela mortuoria en un periódico, con la foto de la casa, y debajo, en tono irónico, los datos pertinentes. «La casa falleció a resultas

del despropósito de la Autovía Norte-Centro.» Es su primera idea. Le dicen que, obviamente, en las páginas de necrológicas no puede salir una cosa así. Serafín –y porque, no perdamos de vista ese dato, empieza a estar muy pasado de revoluciones– en su pura ingenuidad ya contaba con ello, por eso pide que entonces, al menos, y pagando, salga a modo de anuncio en otra sección. A fin de cuentas, si él abona el coste del espacio publicitario en cuestión, y no es ofensivo para nadie concreto, que no lo es, ¿qué les importa a ellos? ¿No se ven en la prensa cosas execrables y, sin salirnos de la publicidad, obscenidades mayores? Se llevará un nuevo revés. No aceptan de ninguna manera. Y es entonces cuando empieza a sentir que en su interior late una pulsión desconocida. Se siente no sólo humillado, sino también silenciado. *Ojito*.

El cuerpo le pide lucha.

Sabe quiénes son sus enemigos. Sabe qué, quiénes y cómo piensan hacerlo. También, aproximadamente, cuándo lo llevarán a cabo, porque ya tienen fechas concretas del inicio de lo que cínicamente denominaron «obras» en la zona de la Casona. Sabe que tiene que enfrentarse a ellos con todas las armas de las que pueda disponer, pero desconoce cuáles son sus propias armas. Desde luego, no las convencionales.

A la mañana siguiente, desesperado, acude al Ayuntamiento. En ese momento, le dicen, el alcalde está reunido con varios vecinos para resolver un problema del alumbrado. Creen que le falta poco. Serafín dice que esperará. Lo hace. Casi una hora después Crispín sale a saludarle, extendida la mano y con la otra dándole puntuales golpecitos en la espalda. Lo llama el «Héroe del Pábenes», y en un primer momento Serafín ni sabe de qué está hablándole, tan preocupado anda ahora con lo suyo.

En el pueblo, ésa es una sensación que tiene a flor de piel, decididamente se le mira de modo distinto desde lo de *Geniucu*. Hay que estar a punto de morir, o realizar una acción no se sabe si temeraria o altruista como aquélla, para que a uno le acepten más o del todo, piensa con cierto poso de desazón. Qué va a hacerle, si así son las cosas y la gente. En el despacho principal del Consistorio Serafín explica su caso, sobre el que por supuesto el alcalde afirma estar ya al corriente. Pero él, dice con grandes aspavientos que parecen

sinceros, nada puede hacer.

–¡Eso son males mayores, chico...!

Luego, para consolarlo, le comenta que otro par de vecinos, aunque de una zona más alejada y situada en lo alto del *Barrio*, sufrirán el mismo trastorno, aunque al parecer ya han aceptado la indemnización. «Trastorno» le llama el alcalde a una pérdida tan grande e irreparable. Serafín, contrariado, le contesta que alguien en el pueblo podría ayudarle en su empresa, al menos no dejándolo en la estacada de ese modo. El responsable del Ayuntamiento, lamentándolo, insiste en que, por lo que él sabe, no hay prácticamente nada que hacer cuando «esa maquinaria se ha puesto en funcionamiento», y él lo sabe bien. Serafín protesta de nuevo con amargura, aludiendo a su estado de total indefensión. Alega que, pese a que su casa sea la directamente afectada, también ese trazado de la autovía altera la parte más alta del pueblo, con sus viviendas desperdigadas. Le explica al alcalde lo que le dijo a los ingenieros: que tan sólo modificando ligeramente el trayecto, ya pasaría algo más lejos de Hiseda, y desde el propio pueblo apenas la verían si no es situándose en la carretera comarcal, junto a la iglesia, y mirando más hacia las lomas de los Prados de la Sierra. Pero el alcalde se encoge de hombros, visiblemente desconcertado. Es en ese momento cuando Serafín dice una frase que, de alguna manera, iniciará otro proceso, aunque cuando la menciona aún no es consciente de ello: a tontas y a locas, en el fondo en un raptó de dignidad, pero sin decirlo completamente en serio –¿o sí?– amenaza con ponerse frente al Ayuntamiento con una pancarta, denunciando su caso. El alcalde, que procura no perder la compostura, le responde amable:

–¿Y aquí quién se iba a enterar, hijo? No, hombre, puestos a echarle huevos a la cosa, algo así deberías hacerlo en sus narices...

Serafín parpadea. Ambos miran en dirección a la ventana, donde aparecen dos nubes que ahora se apartan dejando entrar la claridad, exactamente como en el río, con *Geniucu*. Otra burbuja acaba de explotar ante sus ojos como una pompa de jabón. Por fin ha visto el rastro de luminosidad que ya le indicó aquella visión. Debe llevar la batalla a territorio enemigo, porque si se queda aquí está aislado y, en consecuencia, definitivamente perdido e indefenso. El concepto básico es «echarle huevos», lo que dicho por el cagón

meapilas de Crispín quizá posea doble valor, pues de esto, pese a su actitud dócil y no precisamente arrojada, sabe lo suyo.

Echarle huevos.

Sea.

–¿Dónde, pues? –pregunta Serafín muy serio.

–A la puerta de sus oficinas, en la capital –le contesta el alcalde–. ¿No lo hacen los obreros en huelga o cualquiera que quiere protestar por algo? –Y sonrío tan ancho.

Serafín le observa con detenimiento. Ese tío es un político, independientemente de cagón y rata, y en algo habría de notarse. Además, parece que hasta tenía bien pensada la sugerencia, con sus pormenores incluidos.

En realidad Crispín está intentando quitarse el problema de encima, y ambos lo saben. Pero también saben que, por una vez, la proverbial cobardía y pusilanimidad del alcalde van bien encaminadas, porque Serafín, en lo concerniente al caso, ya ha tomado esa senda indefinida en la que se conjugan osadía y astucia. ¡Tiene razón! Llevar a cabo algo así en Hiseda o en Salinas sería hacer el tonto ante los paisanos de todos los días. De manera que, puestos a hacerlo, ¿por qué no a lo grande? Ése es el estallido de la burbuja con su pompa de jabón dentro y, aun dentro de éste, su bengala. Serafín le comenta que, pese a que pueda sonar insensato, no le parece mala idea. Entre ellos se gesta un silencio cortante. El alcalde, quien definitivamente se revela como un auténtico roedor para estas cosas de las reivindicaciones y el politiquero, puntualiza que, por lo que él recuerda de otras personas que han ido a protestar con su pancarta frente a un sitio oficial, fueron desalojados casi de inmediato, y por la fuerza.

–Si vas allá con tu pancarta, no duras ni tres minutos. Salen los guardias o, peor aún, los de seguridad, y te dan una buena. Cuenta con ello. Además –añade–, a una cosa así, ni siquiera se dignarían ir los de la prensa. Es en exceso... personal, ¿lo entiendes? ¡Mucha carnaza hace falta para movilizar a esos buitres...!

De nuevo un silencio que supura. Y esa sonrisilla silenciosa e inmóvil en el rostro del alcalde.

¡Coño..., de repente este Crispín se le antoja un genio! ¿Será verdad que es el alcalde que Hiseda necesita, y así desde hace una porrada de años? Será. Como le ve tan lanzado y ocurrente, Serafín pregunta qué debe hacer, algo que efectúa con la misma unción y respeto que pondría un militante yihadista pidiéndole consejo a su imán sobre cómo llevar a cabo cualquier barrabasada. En ningún caso espera la respuesta que el alcalde le dará en breves momentos, por valiente e impropia, en principio, de un hombre ya no sólo de orden, sino de talante apocado:

–Si tienes valor, ¿sabes lo que te diría yo, chico...? Pues esto: encadénate allí. Despliegas tu pancarta, le das al cerrojo, tiras lejos la llave, y a esperar. Eso sí –le conmina–, yo de ti antes avisaría a la prensa, a ver si cuele y por lo menos te envían algún fotógrafo.

Serafín nunca ha votado y piensa seguir siendo fiel a ese principio ácrata que le acompaña desde su juventud, pero si hoy tuviese que votar, sin duda lo haría por Crispín. Todo un felino para resolver asuntos o aportar soluciones imaginativas y, además, ducho en saber llevar los problemas de aquí lejos del pueblo. En este caso, quitarse de encima con arte, pero sugiriendo ideas concretas y hasta radicales, un tema que a él mismo podría haberle puesto las cosas muy cuesta arriba en Hiseda.

¡Vaya con el alcalde menguante! ¡Quién le oyese ahora recomendarle huevos, casi a modo de consigna militar! Todo un Che Guevara en potencia, todo un Comandante Cero de la guerrilla crispinista local. Se lo imagina como a Edén Pastora con aquellos cinturones en forma de aspa sobre su pecho, cargados de granadas de mano y munición. Libertad o Muerte.

Pero lo que Serafín no se quita de la cabeza es esa palabra: huevos. ¿Y si ahí reside el misterio de todo? Huevos. Recuerda una frase que le dio mucho que pensar: las gallinas son el procedimiento que los huevos usan para obtener más huevos. Enigmático e inquietante. Ahora ve claro que en el mundo hay gallinas y huevos. Decide no ser gallina, al menos.

Está decidido. Desde ese mismo día prepara concienzudamente todo lo necesario para su *acción*, así la denomina en su fuero interno de preguerrillero urbano. Sabe que, pese a que por momentos pueda parecerle una estupidez mayúscula, significará dar un paso adelante para el que ya no

existe vuelta atrás. Supondrá cambiar radicalmente su estrategia, que hasta el presente se basaba en el simple lamento y en la mortificación onanista de comerse la moral sin tregua. A lo sumo recibirá dos palos y quizá hasta lo tengan en comisaría durante un tiempo, pero vuelve a recapacitar: ¿qué más tiene que perder, si está a punto de perderlo todo?

Tras laboriosas gestiones telefónicas consigue citarse con una chica que trabaja de fotógrafa en el *Heraldo del Norte*. Previa conversación, quedan en un bar de la capital. Allí Serafín, al principio con algo de aturulle pero luego ya más concentrado, le cuenta los pormenores de su caso y lo que proyecta. Ella parece receptiva, aunque con la prensa nunca se sabe. No promete nada. O sea, nada que no sea estar allí el día y la hora indicada para sacar unas fotos, y eso si no sucede algo importante y con carácter de urgencia que le impida acudir. Porque la tienen «muy controlada», recalca. A partir de ese momento, sigue diciendo, todo depende de Redacción, y a veces incluso puede venir el Redactor-Jefe de guardia o el propio Director y quitar la noticia a última hora, con o sin foto. Eso afirma. Como para darle ánimos a cualquiera. También comenta:

–Perdona que te insinúe esto... pero si por un casual recibes algún porrazo y yo estoy allí para dejar testimonio de esa agresión, creo que tienes más probabilidades de que, al menos, salga la foto con su pie correspondiente... Tú verás...

–O sea, que he de procurar que me hostien –dice él con la mirada absorta. Y la chica, sonriendo, guarda un explícito silencio.

Pero a Serafín empieza a resbalarle casi todo. Si han de apalearle, que no quede por dejar de intentarlo. El fin bien puede justificar determinados medios. Burro hasta el final, pero pasivo nunca. El paso siguiente es confeccionar su pancarta, pintar en ella un lema y luego conseguir la gruesa cadena, lo suficientemente larga y fuerte como para resistir los primeros envites de una de esas tenazas con el dentado especial para romper hierro o acero. Se pone a ello con entusiasmo casi enfebrecido y con ganas de que llegue el día. Finalmente está lista. La pancarta es media sábana sobre la que escribe con pintura de aerosol negra:

QUIEREN ROBARME LA
CASA DE MI PADRE

Ha comprado también tres metros de una cadena tan gruesa que le pesa muchísimo, y el cerrojo. Sólo llevará un juego de llaves. Suficiente. Ya verá en el momento preciso qué hace con ellas. Durante un par de días practica el modo de colocarse la cadena en el cuerpo de manera que éste quede cogido rápidamente a la verja de los jardines del edificio del Gobierno Regional. Al principio, agotado y torpe, falla una y otra vez en su intento. Llega a hacerse incluso un par de moratones. Ensayo esa serie de movimientos en la propia verja de su jardín, con sumo cuidado de que nadie le vea y de no perder la llave del cerrojo. Porque eso sí sería una *serafinada* memorable. Luego de realizar dicha operación bastantes veces, consigue llevarla a cabo en menos de quince segundos. Un récord. Jolín, se dice, parece todo un experto en encadenamientos. Decide que, como su acción va a ser realizada rápidamente y con el mayor disimulo posible, tirará esa llave a cualquier rincón de los jardines. Después de confirmar con la fotógrafa el día y la hora del encadenamiento, se dispone para ello mentalizándose de que, por vez primera en toda su vida, él, que es una persona pacífica a la que siempre asustaron los altercados y hasta el menor atisbo de violencia, ahora está a punto de hacer algo –y cree que al menos a los transeúntes así se lo parecerá– que es como subversivo, ilegal. Cuando, en realidad, protestar nunca debiera serlo. Siempre que un régimen autoritario o una tiranía no lo prohíban explícitamente. No es el caso y, sin embargo, Serafín se siente como si estuviese a punto de cometer una muy grave fechoría. El atraco a un banco o la toma del edificio de un Parlamento, por ejemplo. Para combatir tal pensamiento, recurre a otro: eso se debe al sentimiento de vergüenza ajena y de culpa que nos inculcan desde que nacemos.

Dispone de horas, jornadas enteras, para pensar el infinito bochorno que pasará, él, que nunca se metió en lío alguno. Debe luchar contra el sentimiento falso de ese pudor, pues es a ellos a quien debería darles. Ha de aprender a nutrirse de esa aparente vergüenza social por el hecho de llamar la atención colectiva con formas no usuales. Ha de saber revertirla contra el

enemigo.

Mas ahora, si se nos permite, esparzamos con disimulo un poco de magia para que Serafín obtenga suerte en la empresa que está a punto de emprender, porque va a serle necesaria toda esa magia y esa suerte si quiere salir adelante.

Y llega el día previsto. Para él es como la batalla de Berlín por tomar el Búnker de la Cancillería del III Reich: se siente soldado soviético de una de aquellas intrépidas divisiones blindadas del Ejército Rojo que entraron, distrito a distrito, calle a calle, casa a casa, en la capital alemana dejando tras de sí tierra laminada y barbecho humano. Entonces a Serafín se lo comen literalmente los nervios. No ha pegado ojo en toda la noche. Desde la madrugada está ya listo, en la cocina, como un terrorista antes de cometer su atentado. Lleva la bolsa de viaje. Dentro van la cadena y la sábana, doblada para que ocupe lo menos posible. Cuando, después de mirar innumerables veces el reloj de pared que está situado sobre el frigorífico, juzga que ya es una hora prudente, llama a la fotógrafa del *Heraldo del Norte*, tal y como convinieron. La chica, que está aún en su casa, le dice que por ella no hay problema y que no cree que vaya a surgir nada urgente que la impida estar allí a la hora convenida.

Serafín decide ir en su coche. Pesa demasiado esa bolsa y no se ve con ganas de arrastrar mucho rato tal peso. Por otra parte, la estación de Hiseda la tiene a más de un kilómetro. Va en auto, pues, y llega a la capital al cabo de cincuenta minutos. Le cuesta un poco aparcar, pero lo consigue en una callejuela situada, precisamente, en la parte trasera del edificio del Gobierno Regional. A partir de ahí, pese a que se nota muy nervioso, va haciéndolo todo como si realizase lo mismo cada día. No obstante, las manos le tiemblan ligeramente y por momentos casi a sacudidas, pero tiene la convicción de que cualquiera que le viese con su enorme y pesada bolsa, trajinando en el interior de ésta y ya a un par de metros de la verja del edificio, pensaría que se trata de un obrero haciendo algo. Sabe que tiene el tiempo muy limitado para desplegar la pancarta y encadenarse. No puede fallar. Asimismo debe comprobar que cuando lo haga no haya guardias cerca. Respira fuerte para darse fuerzas. Ya está. Ata la pancarta, primero un extremo y luego otro,

procurando hacerlo rápido, pero tampoco delatándose por la precipitación. Observa a los lados. De momento, ni rastro de guardias de seguridad. Algunos transeúntes se ponen a mirar, deteniéndose un poco en su marcha. Empieza a colocar la pancarta. Siente cómo en su interior el corazón se le pone a dar brincos, autónomo. Una vez colocada la sábana, y tras asegurarse de que lo escrito se lee correctamente porque no hay dobleces en la tela, inicia la segunda parte de su acción: consigue encadenarse en poco más de veinte segundos. Da el cerrojo y, ahora sí, temblando de arriba abajo, empieza a elevar la vista.

Y piensa: «¡En qué lío me he metido...!», aún no dando crédito a estar inmerso en una situación tan desagradable. Desea que se lo trague la tierra.

Se halla ante el *penalti* de su vida, o así cree, y no ve a otro portero más que él.

Tampoco es un taumaturgo dominador de los secretos de la magia, por lo que hemos de seguir suspirando para que ésta le acompañe. A ver, calma. Tenemos la escena enfocada. El personaje nos es conocido, sus circunstancias también. Y sí, de acuerdo, o se le quiere como es y se le acepta, o a veces dan ganas de reventarle la cabeza con un bate de béisbol –es un decir a la hisediana–, ya que puede poner de los nervios a cualquiera excepto a él mismo.

Ahora lo único cierto es que se ha encadenado a un sitio público, y eso no tiene retorno. Cuánto lo sabe. Los segundos se petrifican y la gente continúa mirándole como si fuese un pez en el acuario.

Pero hay que confiar en él y su futura buena estrella, aunque ahora parezca a punto de estrellarse. Cuenta con nuestro incondicional apoyo. Pensemos que a la sazón, tras la tempestad que trajeron turbidas mareas sentimentales, le seguimos por el sublime extravío del pleamor. Aún luego, sorbiendo con ansiedad o deleite del entorno mirífico en que se mueve, en verdad admirable, pudo vérselo renacer cual ave fénix de sus despojos. Y ahora, encadenado a ese edificio oficial, entiende que se convierte por instantes en otra persona.

Sigue yendo listo si pensaba que su cupo de hacer el panoli ya alcanzó la cota máxima, pues si bien le vimos vadeando literalmente los archipiélagos

de la idocia, por no decir la cretinez, en algunos episodios de su pasado reciente, lo que le aguarda a partir de este momento no parece cosa fútil, ni mucho menos. Y es que ahí, preso a las rejas como un forajido, lo que de verdad se siente es como un volatinero o un funambulista al que de pronto, en plena actuación, se le olvidan los movimientos que debe realizar. O sea, un irresponsable y un tonto del bote.

Se oyen voces en tono enérgico. Igual que exuda la corteza del tamarindo, así su rostro va salpicándose de ínfimas gotitas transparentes.

Lo mismo da. Nuestro acróbata torpón necesita confianza a fin de ver claro, y pese a tener algo estragada su capacidad receptiva para determinados asuntos, aún posee escondidas en su interior chispas de genialidad que, por desgracia, él mismo desconoce. Necesitará fogonazos para reaccionar.

Siente que va a ser fusilado ya mismo, y detecta una llamada flamígera en su sangre. Levanta los ojos.

Ahí, frente a él, hay bastantes personas congregadas. Más que avergonzado, continúa atónito por lo que acaba de hacer. Alguien le pregunta algo, y otro viandante responde al anterior en tono de guasa. Él mismo es incapaz de responder. Sólo sonríe. Nota la sangre en sus mejillas y suda copiosamente. De nuevo respira varias veces con avidez para serenarse. Piensa que para algo así le habría venido de perillas conocer técnicas de yoga. En una de éstas *Pitita* estaría a sus anchas, tan peleona ella. Siente frío en la nuca. No ve a la fotógrafa, y eso le pone más nervioso todavía, pero espera que esté por ahí. Es en tal instante cuando se da cuenta de que ha cometido un fallo enorme: la llave del grueso cerrojo está en el bolsillo trasero de su pantalón. Moviendo bastante los brazos podría sacarla e intentar lanzarla al jardín, pero igual alguien le ve y se lo dice a los guardias que, en efecto –no han tardado ni un minuto en justificar su sueldo–, ya se aproximan a paso ligero desde las dependencias de la planta baja del edificio. Siempre hay chivatos espontáneos encantados de facilitar las cosas a los preservadores de cualquier tipo de orden que se les imponga.

Se oyen expresiones en voz alta. Alguien le coge del brazo. Tiene lugar el consiguiente forcejeo. No pueden desatarle. Serafín traga saliva y no responde a las preguntas que le hacen. Se deja manosear porque enfrente de

él hay dos policías municipales –no de seguridad privada– con aspecto de pocos amigos, pues la gente sigue aglomerándose frente a la escena. Aquello no les hace gracia alguna. Igual los empluman por su culpa. Así va la cosa en los medios oficiales, piensa Serafín, siempre generoso: a ese par lo mismo les cae una buena reprimenda porque un tipo se les ha encadenado ante sus narices y no supieron impedirlo a tiempo. Le piden en tono enérgico la llave del cerrojo de las cadenas y él, con vocecilla sumisa pero firme, dice que la ha tirado. Uno de los policías, alterado, da sendos manotazos en los bolsillos de su pantalón. Por suerte no se le ocurre mirar detrás. El otro, a través de un aparato que lleva adosado al cinto, se retira un par de metros para hablar con alguien. El gentío, poco a poco, va haciéndose más numeroso. A Serafín la sangre se le ha subido a la cabeza a causa de la excitación. Mientras lo zarandean como un guiñapo, intentando apartarlo de allí pese a comprobar que no van a lograrlo, a él sólo se le ocurre sonreír. Más bien lo que hace es sonreírle al vacío. Y piensa, ahora ya con un indudable prurito de sofocada desesperación, si la fotógrafa estará entre esas personas que, pese a hallarse a escasos metros de distancia, son como sombras inmóviles, murmurantes, cuyos rostros no distingue. Ojalá haya venido.

Al final, y con inmenso alivio, cree verla apostada junto a un árbol de la alameda. Menos mal: está sacando fotos. Pero entonces sucede algo imprevisto. Al ver a la fotógrafa entre la gente Serafín siente una alegría tan grande que sólo se le ocurre dedicarle su mejor sonrisa a uno de los policías, el que en aquellos mismos momentos está tirando de él de aquí para allá, cadenas incluidas, como si fuese una marioneta de tamaño humano. Serafín piensa: «Menuda foto», con lo cual se acentúa su sonrisa al tiempo que crece el grado de nerviosismo del uniformado. Sin duda empieza a sentir que ese mequetrefe de ahí le está mancillando el honor, lo que dado el genotipo nacional al que pertenece, así como que es precisamente policía y no peluquero, no le hace gracia en absoluto. Al detectar una actitud que supone de mofa, parece enfadarse más, y los zarandeos se vuelven casi violentos, tanto que su compañero, el que antes hablaba por radio, debe acudir de prisa para serenarlo. Y lo mejor de todo, tiene tiempo de pensar Serafín, es que aún, por sus propios nervios, no se les ha ocurrido arrancar de cuajo la

pancarta, con lo que todo el rato puede leerse, y con un poco de suerte hasta saldrá en la foto, pues de ello se trata. Si la foto sale, claro.

Como si ambos uniformados tuviesen telepatía, los muy jodíos le dejan un momento en paz y se disponen a quitar con premura la sábana. A tirones, la arrancan de donde se hallaba. De hecho Serafín está seguro de que la leerían según llegaban, prácticamente a la carrera y, por no creer que el lema era ofensivo para nadie, se dedicaron a su persona. Poco después aparece por allí un coche patrulla cuyo conductor, con un pie fuera del auto y otro dentro, realiza varias llamadas por radio, a saber a quién. No, si aún le enviarán los tanques. O los *SWAT*. Se acentúa la flojera de sus rodillas, y en su pecho los latidos siguen por sevillanas. Pero ya no le queda rubor para subirle al rostro, así que permanece pálido y sonriente. Serafín va sintiéndose cada vez más débil, y no porque haga esfuerzos por resistir. Parece un guiñol roto, un maniquí que se deja trajinar sin oponer la menor resistencia. Es la tensión lo que le está destrozando.

De pronto se ve por el extremo de la calle una furgoneta-grúa. La eventualidad de que por allí haga su aparición una dotación móvil de bomberos aún le produce mayor sentimiento de vergüenza. «A ver si se me llevan con verja y todo», piensa asustado. Pero no, del vehículo desciende un operario vestido con un traje de faena azul. Le sonrío y dice, sin mirar a Serafín: «¿Qué, montando un numerito, no?». En un primer momento, y sin duda a causa de los nervios, no sabe si está dirigiéndose realmente a él. Al poco comprende que sí, que la alusión a tan improvisado guateque callejero no puede tener otro destinatario. Casi sin darse cuenta responde: «Lucho por lo que es justo». Y de inmediato piensa: «¡Joperas, me ha salido una frase que ni Espartaco al pie de la cruz!». Pena que no haya prensa escrita por aquí, oyéndolo, pena no dejar constancia.

No sabe Serafín entonces que en tiempos venideros va a repetir muchas veces esa frase referida a la justicia de su lucha, que acabará siendo su estandarte, su talismán. Con la agitación ni se ha dado cuenta de que el operario de azul anda manipulando en el cerrojo con un soplete. Serafín escucha ruidos metálicos y un calor intenso cerca de la mano. «Anda, estáte quieto, o te chamuscas», oye que le dicen. No, aún acabará como Juana de

Arco en Rouen. Tendría huevos. Y sigue oyendo:

–¡Me cago en su padre...!

En ese instante cree desangrarse de ira y frustración. No sabe si la frase va dirigida a la cadena y el cerrojo o a quién. Quiere creer que a lo primero. El tipo intenta abrirlo mediante una especie de ganzúa, como los cacos. Desiste del empeño de romper la gruesa cadena. Finalmente, y luego de trajinar un rato con el cerrojo, ésta emite un sonido característico y cede. Se acabó. El escándalo de la cadena al ser desenroscada de la verja consigue que nuevos transeúntes vayan sumándose a los que ya había antes curioseando. Los policías vuelven a meter la cadena en la bolsa que todo el rato ha estado ahí, a los pies de Serafín. Lo propio hacen con la sábana-pancarta. Entonces, cogiéndolo cada uno por un brazo, se lo llevan adentro. Allí, en un despachito vacío, durante un par de horas le preguntan una y otra vez por la «estupidez de su acto». Es trasladado a una dependencia donde le toman los datos. Se le informa de que la bolsa queda requisada con cuanto lleva en su interior. Lo cierto es que cree percibir que la mitad de los agentes que en un momento u otro le han hecho preguntas se sienten, al menos un poco, solidarios con su gesto. Comprueba que cuando habla de modo recatado, con ademán cauto, humilde y menciona lo del padre, prácticamente todos asienten respetuosos. Porque todos tienen o han tenido padre.

Y una lucecita, otra más, se enciende en su mente.

El resultado de todo aquello, en resumidas cuentas, es que se le informa de que le han «abierto diligencias» y, según parece, habrá de pagar una multa en concepto de algo que traducido al lenguaje común viene a ser «escándalo público». En ese saco cabe todo, naturalmente. Para qué protestar o discutir, si sería inútil o peor. Para qué decirles que el auténtico escándalo lo constituye esa Autovía, o al menos ciertos tramos de su infame trazado, completamente irracional y dañino tanto para personas como para el entorno natural que a su paso va destrozando.

Y al caer en la cuenta de esto último, algo en lo que quizá había pensado pero muy de pasada, tan preocupado estaba con su propio problema, decide hacer dos cosas en cuanto llegue a la Casona. Una, llamar a un abogado del que ya le habían hablado días atrás. Un hombre combativo, de la vieja

escuela, el clásico tocapelotas de los poderes fácticos a quien, al parecer, le atraían este tipo de conflictos. Era de los que cuantos más palos, mejor, aunque cierto que iba a ser él y no su abogado quien se los llevara. La segunda cosa que va a hacer, o al menos intentarlo, es contactar con un grupo ecologista que, según cree, tiene su sede aquí: en la ciudad. Mañana lo hará, sí. Y decide dejar su auto aparcado donde está. El caso es que hasta ya bien entrada la tarde Serafín no queda libre y consigue tomar el tren de vuelta, un cercanías de vía estrecha que le dejará en Hiseda. La estación se encuentra en esa especie de barriada conocida como la Puertuca, porque allá hay un viejísimo portalón de piedra en forma de arco del que está muy orgulloso el pueblo. A veces también ha pensado que cualquier día los de ese barrio también se lo montarán de secesonistas. Como si viese los carteles: «Hiseda la de más Abajo». Son capaces. Desde la Puertuca hasta la entrada propiamente dicha de Hiseda habrá cuatro centenares de metros, más o menos.

Ese camino hoy se le hace especialmente largo. Se cruza con algunos vecinos que van en dirección a la Puertuca. Le saludan como cualquier día, sin mirarlo de modo especial. Como si no acabara de pasarle nada. Nada sabe la gente del pequeño escándalo que Serafín ha montado en la ciudad. Siente que todo eso es como si fuera otro quien lo hubiese hecho. Su percepción es de completa irrealidad. Sin duda lo más valiente y loco que ha hecho en su vida. Bueno, sin contar el episodio de *Geniucu* en el río, algo ante lo que él mismo, en su fuero interno, aún no da crédito. Cuando llega a la Casona lo primero que hace ansioso es llamar a la fotógrafa, al periódico. Le dicen que no está y que hoy va a ser difícil localizarla porque ha tenido que salir afuera. Serafín cuelga comentando que llamará más tarde. Pasan las horas y es ya de noche. Lo cierto es que opta por no molestarla más. Mañana verá la prensa. En cambio, sí ha contactado telefónicamente con el abogado y con unos chavales muy majos que estaban en la sede de la asociación ecologista. Al menos así se siente un poco más apoyado. Queda incluso con uno de ellos, que casualmente tiene familia en uno de los pueblecitos del valle de Rantroño, Pradonizo, situado en lo alto de una loma, para mañana por la tarde en el bar de la plaza principal de Salinas. Allí le explicará cuanto sabe de esa

Autovía y de los conflictos que se han ido produciendo a su paso.

Como sucedió la noche anterior, Serafín apenas consigue dormir a ratos. Y le falta tiempo para, una vez se ha hecho de día, bajar al pueblo en busca del periódico. Resulta una decepción enorme comprobar que no aparece mención alguna de lo que hizo ayer. Ni por supuesto foto. Se siente nuevamente presa de un creciente desvalimiento. Cuando le parece que es una hora prudente, llama a la fotógrafa a su casa. Ésta le confirma que, en efecto, estuvo en los jardines del Gobierno Regional, que sacó sus fotos y que las dejó en Redacción junto a los datos de Serafín, pero, como temía, por cualquier motivo no había tenido cabida. Dice que, por lo que viene viendo últimamente, igual todavía hoy, es decir, en el periódico que aparecerá mañana, podría salir la cosa. Luego intenta animar a Serafín en su particular y solitaria lucha, y le repite que ella insistirá en Redacción, incluso como algo personal. Él se lo agradece, pero muy desanimado.

El día transcurre hueco, gris como ese cielo plomizo que se adivina tras las montañas. Por la mañana vuelve a tomar el tren para recoger su auto. Luego, con la llegada de la tarde, nota como si una manta húmeda se le enredase en el cuerpo. Cuando uno siente que lo pierde todo las horas son interludios mortecinos, así es. Intenta distraerse, pero no lo consigue. El colmo es cuando el muchacho de la asociación le llama para decirle que, lamentándolo enormemente, hoy le es imposible acudir a su cita en Salinas. Si no le importa, comenta después, pueden aplazarlo para mañana a la misma hora. «Bueno», responde Serafín, pero convencido que esa cita no tendrá lugar porque nuevos impedimentos vendrán a posponerla. Está tan hundido – y además ahora con la eventualidad de tener que afrontar esa multa si no consigue evitarla el abogado a quien ya le explicó el asunto, y según el cual existe «alguna esperanza de que no haya que pagar nada»– que apenas prueba bocado en todo el día. Esa noche, no obstante, sin duda debido a la tensión acumulada en las jornadas previas, duerme mejor, pese a que ya de madrugada vuelve a sufrir su pesadilla habitual: es sepultado entre cascotes, vigas, tabiques que se derrumban, y ahí sucumbe, en medio de hierros, alambres, piedras y polvo. El antiguo mundo se viene abajo.

Qué poco sabe Serafín de los insondables avatares del destino, como la

mayor parte de las humanas criaturas. Porque de hecho, y por un azar, algo va a cambiar mientras él se hunde escalonada y plácidamente en su primer sueño. Todo está haciéndolo ya a sus espaldas.

Lo cierto es que en esos precisos instantes de la noche en que Serafín se deja vencer por el cansancio –y, creyéndose derrotado, cierra sus párpados a la benefactora oscuridad y al merecido descanso– en la Redacción del periódico tiene lugar una escena curiosa. La fotógrafa, quien a su manera parece haber hecho una causa suya lo de «ese tipo que se encadenó ayer donde la sede del Gobierno Regional», ha vuelto a pedir por favor que, si es posible, le saquen la foto. Ella misma, cosa que casi nunca hace, se atreve a dejar escrito un posible pie de foto. Nada, apenas ocho o diez renglones. En la foto se ve a un hombre que parece sonriente, y a quien unos policías locales zarandean intentando en vano apartarlo de la verja. Y está lo de la pancarta con esa alusión a la casa de su padre, por lo visto a punto de arrebatarse, algo que siempre conmueve a la gente. En el periódico están acostumbrados a hechos de esa índole, y tampoco le confieren mayor importancia. A pesar de todo la foto, con su correspondiente pie, está preparada para salir en el periódico de mañana, o sea, a los dos días del encadenamiento. Si pueden la sacan. Ella se va. Al poco suena el teléfono de la sección de cierre avisando de que va a llegarles fuera de lo previsto un inserto de publicidad, precisamente institucional. Deben «levantar» con urgencia alguna noticia de la página en la que está previsto que salga la foto de Serafín, y lo más probable es que salte la suya. El redactor de cierre aguarda unos minutos la llegada de esa publicidad, pero por lo visto hay ciertos problemas técnicos. Pasan los minutos. El anuncio se ha recibido, pero sigue habiendo dificultades para reproducirlo. No saldrá correctamente, porque el anagrama de la institución que lo envía, afín al Gobierno Regional, se ve borroso. Deben retocarlo aquí, y eso implica una decisión importante. Dada la hora que es ya no queda tiempo para mucho. El redactor piensa que, por supuesto, tampoco encontrará a nadie en las oficinas de dicha institución. Ya había apartado la foto de Serafín, guardándola en el cajón de material a desechar, porque en cierto sentido dos días después de sucedida toda noticia ya no es noticia, ha caducado. De tal guisa está conformada la estructura

caníbal de la información: de no ser algo muy específico e importante o con secuelas periodísticas, nunca suelen publicarse noticias acaecidas varios días antes.

El redactor, inquieto, mira su reloj. Es tardísimo. Debe decidir: o coloca en ese hueco publicidad propia del periódico, invitando una vez más a los lectores a que se suscriban, o retoma de nuevo la foto del memo sonriente ése que se encadenó. Entonces piensa que ya llevan varios días sacando en la misma sección publicidad destinada a los posibles suscriptores. «Conviene no insistir demasiado, no ser pesados.» Después observa la cara de Serafín y recapacita: «Menudo pelele, igual le curraron un minuto más tarde». Se acuerda de cuando él mismo estuvo en la Universidad y, en cierta ocasión, la policía le curró bien currado. Bueno, un golpecillo de nada con la porra, pero anda que no presumió poco de aquella «paliza», moratón incluido. Además, de pronto se ha acordado de cierto guardia municipal de la zona donde vive, que sistemáticamente le cose a multas por aparcamiento indebido. Un verdadero *doberman* con visera, porra al cinto y seguro que adicto a las películas de *acción*. Un rictus de suave venganza se perfila en su boca justo en el momento en que Serafín, el pelele de la foto, ronca como un bendito. ¡Sí, le cae bien ese menda...! El redactor decide sacar la foto variando muy poco el contenido del texto que ya estaba escrito, aunque le da su toque. Es madrugada. El periódico, escasos minutos después, está imprimiéndose en su edición definitiva. Los dados del destino han sido lanzados ya sobre el tapete de la vida.

Y sí, nuestro pelele duerme con el sueño de los justos, de los limpios de corazón. Qué poco sabe él que su rostro también le ha recordado al redactor de cierre la cara del escritor Stevenson, aunque sin tanto pelo, y por esa misma razón, porque ese rostro le remonta a su juventud, cuando leía *La isla del tesoro* o *La flecha negra* sintiéndose artista de cine, de pronto el redactor lo junta todo: el tipo de la foto le ha caído simpático, lo de las odiosas multas, lo de esa publicidad llegando fuera de horario, o que lleva tiempo echándole los tejos a la fotógrafa, de momento sin resultado. Sabe que sacándole esa foto la tendrá contenta. Y se dice una vez más, porque le cae bien ese hombre delgado, menudito y con bigote que menciona a su padre en la pancarta. Su

propio padre había muerto meses atrás y, aunque era un aragonés recalcitrante y un pesado de consideración, le quería mucho.

Así fluyen por ahora los acontecimientos, en paralelo.

Serafín, con los nervios de organizar sobre la marcha todo este asunto, ni siquiera ha tenido ocasión para abstraerse un poco e imaginar, por qué no, que está en el centro de una gran metáfora que ya no sólo a él le concierne. Del mismo modo en que, casi sin pensar detenidamente, y desde luego no en las posibles consecuencias desfavorables que dicha acción pudiera reportarle, al encadenarse ya ha hecho algo más que un gesto. Sencillamente, ha movido una pieza fundamental del rompecabezas que, eso es en lo único que piensa en momentos de lucidez, igual acaba rompiéndole la cabeza. No olvida el enojo de uno de aquellos policías, ni esa mirada que no era réproba sino de animadversión, por haberle inducido a una situación embarazosa. Seguro que el hombre, sintiéndose violentado él mismo como si la cosa le afectara directamente, le hubiese atizado de lo lindo de haber tenido carta blanca para ello. Y era un armario. Menos mal que había gente y se contuvo, así como le aplacó la mesurada actitud de su compañero. Al final siempre la misma historia del policía bueno y el policía malo, ha pensado Serafín antes de dormirse, pero da igual, porque Alguien ya ha movido los dados.

Lo único cierto es que los acontecimientos, al igual que hizo él en la verja del edificio del Gobierno Regional, van a encadenarse, incluso a su pesar, impidiéndole dar marcha atrás pese a estar vagamente arrepentido, a ratos, de haber montado un espectáculo de tal laya, y para nada. Estos acontecimientos, Serafín se halla a punto de comprobarlo, se encadenarán armoniosamente y a mucha más velocidad de la que él mismo, con su pericia y práctica en las horas previas, pusiera para encadenarse a la verja. Lo harán tan rápida y singularmente que incluso, ello podría creerse, nada de cuanto le ocurra a partir de ahora parecerá guardar relación con lo acaecido hasta el momento.

Por su parte, el ritmo de la vida en Hiseda, de la que Serafín se halla cada vez más impregnado, es, como siempre, lento. Así se ha ido viendo a lo largo de nuestra historia. Quizá nos habíamos acostumbrado a ser testigos del devenir hisediano bajo las pautas de esa cadencia tranquila, en la que cada

personaje tiene su espacio y su tiempo, igual que cada una de las escenas narradas. Pero a partir del preciso instante en el que un simple periodista de un simple periódico de provincias ha decidido publicar una foto en el periódico que saldrá horas después, todo puede cambiar, y ciertamente cambiará.

¿Qué le ha hecho optar a ese periodista, entre bostezos y cafés de máquina, por incluir la foto del encadenado? Ya se ha visto. Pero sobre todo, aparte de la pésima calidad de un escudito inserto en determinada publicidad institucional, fea como ella sola, y aparte también de lo entrañable que de repente le ha caído ese hombrecillo de la foto, al que al periodista gusta de imaginar salvajemente golpeado en dependencias policiales –por aquello de la antigua militancia y secular e instintivo enfrentamiento a todo ser vivo y uniformado que utilice armas, desde porras y esposas, pasando por pistolas–, sobre todo, pues, será un factor muy puntual el que desnivele la balanza: que el otro diario con cierta difusión de la provincia, el *Correo Montañés*, no ha dado esa noticia, ni parece que esté en disposición de hacerlo, ya que la foto de lo ocurrido frente a la sede del Gobierno Regional está sólo en manos del *Heraldo*, y es por lo tanto, aunque anecdótico, un documento único. Así se lo aseguró la fotógrafa, quien en ningún momento vio merodear por allí a la competencia: «Vamos a darle en la jeta a los del *Correo* con un tema tan humano que hace gracia y llama la atención de la gente». Aunque igual lo hizo para darle ánimos.

La vida discurre por derroteros complejos, y a veces es suficiente un movimiento mínimo, más allá de la voluntad de los humanos e incluso apenas perceptible a las pupilas o los sentidos de un agudo observador, para variar sustancialmente determinado estado de cosas. Así es la existencia, así ha sido desde siempre y resulta baldío cuanto se haga para enfrentarte a ella o modificar su curso, que está escrito de antemano en algún lugar inconcreto del espacio y del tiempo. De ese modo, pues, Serafín va a verse encadenado al siguiente eslabón de su futuro inmediato.

Todo empezó con un telefonazo, por la mañana, cuando aún estaba en la cama, pese a que no era tarde. Aturdido, se dispuso a contestar. Era el abogado. Estaba eufórico. Le habían sacado la foto en el *Heraldo del Norte*, y

bastante grande. Al propio Serafín, decía, podía vérselo extrañamente sereno mientras dos policías con aspecto de estar muy enfadados intentaban reducirle. «Extrañamente sereno –pensó Serafín entonces– es la forma elegante de decir mamarracho atontoliao, qué curioso.» El abogado le insiste en el formidable contraste que la imagen posee: violencia a duras penas contenida de un hombre uniformado en contraposición al aspecto de Serafín, como el de «un mártir presto a su inmolación», eso fue exactamente lo que dijo el letrado. Tal detalle, que en dichos momentos podría parecer anecdótico, adquirirá relevancia con el paso de los días: su pasta chicha.

–¿Y la pancarta... se lee? –pregunta Serafín con ansiedad. Es lo único que parece preocuparle.

–Sí, pero no sólo eso, sino que también en la información del pie de foto vuelve a repetirse el tema, que es lo que nos interesa...

El hombre hablaba como si la Casona fuese suya, *ojito* con éste. Rediez con la gente, cómo se pone en cuanto sales en el periódico, aunque sea haciendo el puñetero ridículo, pensó definitivamente angustiado Serafín mientras se despedía del abogado citándose con él para el día siguiente a fin de pormenorizar «un exhaustivo plan de lucha», según palabras literales del aquél, al que le salía con todo ímpetu su vena militante, seguro que aletargada desde hacía años. Y de pronto Serafín tuvo conciencia de lo que en un pueblo como Hiseda significaba salir en el principal periódico de la provincia que prácticamente, por un canal u otro, llega a todos los hogares. Él, un científico e investigador de pro, aunque no ejerciera o hasta la fecha aún no lo hubiese podido demostrar, fotografiado igual que un vulgar delincuente, ¿cómo había podido llegar a eso? Pero bien pensado... no estaba mal del todo. Su corazón latía más deprisa, sintiéndose con renovado vigor. Era incluso estimulante.

Lo cierto es que se ha puesto un chándal encima del pijama y ha bajado en zapatillas, corriendo por atajos de prados y camberas que se tiene muy conocidos, hasta el quiosco a por un ejemplar del periódico. No eran ni las ocho y media de la mañana cuando inició su marcha. Se dijo que debía estar tranquilo, pues aquello quizá únicamente era el primer paso. Sólo que llevaba segregando excesiva adrenalina desde que empezó todo este asunto. Dudaba si en lo sucesivo iba a ser capaz de aguantar situaciones similares, por muy

zen que se sintiese. Según el quiosquero, medio pueblo ya lo ha visto. Eran las nueve.

Cojonudo, como diría *Burro* padre, ahora sí que la hemos *aviao*.

Lo del periódico ha salido así como bastante formalito, ordenado y con su lógica interna. Él sabe a la perfección que no recibió ninguna patada, ni cachiporrazo, ni una inexplicable torcedura de clavícula o casual pérdida de globo ocular, ni un sorprendente y espontáneo derrame de masa encefálica, como a veces, diríase que sin ton ni son y según se infiere de ciertos partes oficiales, sucede en algunas comisarías. Debió sorprenderles no sólo que era científico, algo que se obstinó en recalcar varias veces mientras le interrogaban, aunque la verdad es que pareció importarles un pimiento. Y ni decir que tampoco se planteó comentarles que últimamente se sentía transportado, incluso a un nivel físico, por la *Noche Oscura del Alma*, de san Juan de la Cruz, pues eso hubiese empeorado las cosas.

Sólo parecían interesados por lo de la Casona, que Serafín había empezado a contar con evidente arte declamatorio y apelando a los más bajos, por tiernos, instintos filiales. La verdad es que al despedirle los guardias y un tipo del Gobierno Regional, casi le sacan el polvo de la chaqueta y le abrazan. Pero también es cierto que, a tenor de la fotografía hábilmente tomada desde el ángulo adecuado y en el instante idóneo –dos policías municipales quizá a punto de golpear con inusitada saña a un tipo con aspecto de beatitud y total entrega–, más bien parecía que las instituciones en pleno, simbolizadas en aquel par de simios preservadores del orden establecido, fuesen a masacrarlo allí mismo. Así que los sentimientos de Serafín, cuando se dispone a desayunar mirando una y otra vez su foto, se mezclan entre la más ferviente excitación y, una vez más, un rotundo y absoluto ridículo.

Quiere serenarse, pero no va a poder hacerlo, o no a actuar con tranquilidad como todos los días. Lo intuye. No hay retorno para esto. De ahí la afirmación que tal vez resultase acertada un poco antes respecto a que todo está a punto de cambiar para él, quien de hecho está cambiando. Incluso ha cambiado ya.

Y por ahí va a empezar la locura. Porque la gente no lee, por lo general,

cosas nobles y elevadas, libros o textos varios que cultiven su espíritu y pulan su sensibilidad, llevándoles en volandas a altas cotas del entendimiento, no. La gente, mientras desayuna o toma su segundo café con leche en el bar de cerca del trabajo o su casa, mira por encima el periódico del día, por supuesto para convencerse de que casi todo sigue siendo una porquería y que, pensándolo con ecuanimidad, ellos quizá no están tan mal como a veces creen. En segundo lugar, de nuevo miran por encima el periódico a fin de tener temas y motivos para criticarlo todo. Es así de sencillo. Ahí inhalan el oxígeno que les hará resistir el resto de una anodina jornada, incluidas, y principalmente, las desgracias ajenas. Pero resulta que son bastantes personas las que, aun pese a no conocer de nada a Serafín, por una razón u otra se sienten identificadas con él y su caso concreto. Esos casos gustan a la gente por lo que tienen de lucha aislada, pundonorosa y hasta heroica contra los elementos y los imponderables de la realidad, con tercos fustigadores de molinos de viento como protagonistas. Es la ocasión de sus vidas para, también ellos, en tanto masa gris, realizarse un poco más, aunque sea a través de las cuitas o atrevimientos de otro. A veces pasa. Pocas, pero pasa. Y a Serafín le ha venido, por decirlo claramente, todo de golpe.

La fotografía se tomó esa primera foto del «Encadenado» a la sede del Gobierno Regional como una cruzada personal, no se sabe si contra la Autovía, el propio Gobierno Regional, la redacción del periódico o a saber qué o quién. Lo cierto es que a partir de ese día no deja de estar en contacto con Serafín, lo que éste agradecerá enormemente.

El abogado, otro tanto. Quizá es que en este caso ve un filón para promocionarse, o quizá no haya que pensar en negativo, y tan sólo se vuelca en el asunto con toda su energía, vital y profesional, que amenaza con ser mucha.

Los de la asociación ecologista, igual. Esta vez no sólo va a presentarse el muchacho tan cordial que no pudo venir anteayer a la cita en Salinas, sino que será la plana mayor de dicha asociación, que parece bastante combativa y, como ellos mismos dijeron, estaban ya «muy quemados». Cuatro personas acuden a esa cita matutina con un cohibido Serafín, que en ningún momento dejará de ser elogiado por su valor. Lo que uno consigue saliendo en la

prensa

–Hacemos eso nosotros mentando a la Madre Naturaleza y se pitorrean en nuestros morros, y además nos arrean una buena tunda... –dijo uno de los muchachos, éste con abundante melena atada en una coleta. Otra chica observaba a Serafín entre admirada y absorta–. Pero mira por dónde –sigue el muchacho–, alguien como tú menciona lo de la casa de su padre y la gente se sensibiliza...

–Todo parece válido cuando se trata de obtener unos resultados... –puntualizó quien tenía pinta de manejar el cotarro, otro con coleta, pero éste llena de rizos.

Serafín se encogió de hombros, apocado. Estaba tan confuso por todo cuanto le ocurría que durante un momento, y a saber por qué defectuosa conjunción neuronal, dudó si se hallaban en Salinas o en Jamaica. Demasiadas greñas a su alrededor.

–¿Veis? Es eso lo que emana de la foto que sale en el periódico –interviene de pronto la chica, señalándole con el dedo y una amplia sonrisa –, se nota su timidez, que va de buena persona..., por eso... conecta.

Ahora resulta que «conecta», piensa Serafín, cuando él creía que había hecho poco más que el saltimbanqui. Cada vez entiende menos el mundo. Es decir, una parte de sí mismo lo hace, vaya si lo hace, pero aún otra, la cartesiana y racionalista, lo niega sin más. Siente unas inmensas ganas de olvidarlo todo y retomar su trabajo sobre las proteínas globulares. Por momentos añora cuando estaba en plan ostra, tan tranquilito. Pero le faltaba por decir lo suyo al muchacho con quien, en principio, se había citado hoy. Lo suelta:

–¿Qué podríamos hacer para no dejar que el asunto se enfríe? –expresó meditabundo pero hablando en plural, como si Serafín fuese ya de la familia.

Éste pensó: «Otro que habla alegremente, cuando aquí el payaso soy yo». Cuatro rostros se quedaron mirándolo con una fijeza lacerante. Como si fuese una vaca tudanca con dos cabezas o un burro con tres pares de orejas. Era aquélla una mirada que, si no fuera casi canina, bien podría tildarse de asfixiante. Así que Serafín apostilló lo siguiente, algo a lo que por cierto había estado dándole vueltas en los últimos días, antes incluso de lo del

encadenamiento:

–Bueno, yo había pensado en todo –hubo un silencio lleno de tensión. Los cuatro muchachos casi contenían la respiración–, desde quemar la casa...

–¡No, no..., eso nunca, sería rendirse...! –se oyó en un murmullo de protesta.

–Bajarse los pantalones... –puntualizó la chica de mirada acaramelada, que seguía en lo suyo.

–Hasta dejar la casa a unos cuantos okupas de esos, a ver si ellos montaban allí una nueva Sagunto, o algo por el estilo... –añadió Serafín, quien en realidad nunca había pensado en semejante dislate, pero en aquel entorno de pelos largos y faces litigantes la frase le salió como si nada.

Volvió a oírse la vocecilla femenina surgiendo entre el grupo:

–¿Una nueva Sagunto...? ¡Sublime...! Valdría para los carteles...

Serafín preguntó:

–¿Qué carteles?

–Los que vamos a hacer ya mismo... –dijo el muchacho con los ojos estrábicos y la coleta. Se le había puesto cara de estar en las barricadas bajo el intenso fuego enemigo, aunque por un instante, sólo por un instante, y al oír lo de los *okupas*, Serafín detectó que se le distendían las pupilas, y hasta que estaba a punto de iluminársele el rostro.

–Pero ahí, en este pueblo medio perdido del mundo, por no haber no hay ni... –Serafín no supo cómo seguir. Con lo de la nueva Sagunto se había metido en un buen lío, y sólo se le ocurrió–: ¡Como no hubiese vacas-okupas...!

Quedaron boquiabiertos. Aquello debía sonarles al *Evangelio según san Serafín de Hiseda*. Realmente eran cuatro rostros como encendidos por una luz interior, de cirios invisibles y colocados a la altura del cráneo. Babeaban de gusto.

Empezó a sentirse considerablemente incómodo. La verdad es que había soltado lo de las vacas-okupas –ya se sabe, la Autovía arrasaría también con buena parte del territorio destinado al ganado vacuno–, por decir algo, o más bien por no tener ninguna idea concreta que ofrecer, pero a aquellos chicos, sobre todo a aquella chica que por momentos iba convirtiéndose en la más

devota de entre sus fieles, la alusión al ganado como elemento de resistencia debió sonarle a consigna mesiánica. El embeleso de su mirada creció varios enteros, haciéndose casi empalagoso, cuando Serafín, intentando darle un toque de humor negro a la cosa, añadió:

–Acabarían sacrificándolas, como a los mártires cristianos...

Automáticamente la mandíbula de la muchacha cedió unos milímetros. Logró murmurar, extasiada:

–Vacas..., vacas... mártires... ¿Cómo no se nos había ocurrido nunca...?

Serafín se dijo, ufano y un poco chispilla a causa de las copas ya tomadas, dado que aquella tropa era de tinto mezclado con pacharán o algo por el estilo: «Estoy ligando, vaya por dónde. Todo lo que suelto le hace tilín». Pero alguien parecía querer poner freno a aquel desatino a base de cuernos y martirologio. Era, como no podía ser menos, el que tenía pinta de jefe, el de la coleta con rizos:

–Oye, tampoco sería para tanto –dijo dirigiéndose a su compañera–, piensa que ésta es una tierra de vacas, y que por mucho que tú seas vegetariana, aquí la gente las liquida en un plis-plas y se las jala sin contemplaciones, de entremés.

Serafín pensó: «Puñeta, se jodió el ligue: ¡otra *Pitita!*!». Entonces intervino el muchacho que se citase con él por teléfono:

–Sí, pero piensa en vacas..., no sé..., especiales. Como Serafín dice, las primeras víctimas de un Nuevo Sagunto, todas apelonadas ahí, en la Casona de su padre –y le señaló casi directamente entre los ojos, pero como podía haberse santiguado–. Yo ya me imagino algo así como lo del asalto al rancho de Waco, en Texas, con aquella secta dentro, ¿os acordáis?

Se acordaban. Y Serafín también, más o menos.

–Pero a aquéllos los frieron vivos... –insinuó él de pronto, asustado.

–Un Nuevo Sagunto... –siseó un barbas con cara de no ser en exceso espabilado, y que hasta ese instante había permanecido prácticamente callado. De hecho, era el quinto ecologista, que andaba por ahí de remolón hasta ahora. Habló casi tartamudeando de emoción porque las ideas debían llegarle con retraso.

–Una Nueva Era... –murmuró el barbas sin apartar la vista de los labios

de Serafín, que ya no sabía ni dónde mirar.

–Un Holocausto..., el Treblinka de las vacas... –sentenció la chica, a quien al parecer encantaban las referencias históricas, y cuanto más luctuosas mejor.

–La mecha..., el detonante que... –añadió el de antes, pero fue cortado por el jefe:

–Vale, dejaros de fantasear y manos a la obra...

¿A qué obra?, se preguntó entonces Serafín desconcertado, que se sentía por completo fuera de lugar entre semejante panda de visionarios.

Puede que aquellos muchachos tuviesen buenas intenciones, pensó, pero si no tomaba rápido las riendas del problema, alguien, posiblemente él, iba a resultar lesionado física o mentalmente. O ambas cosas de manera simultánea. Prometió que pensaría en el asunto, sugiriendo que siguiesen en contacto. Ellos, por su parte, insistieron en que iban a ponerse «manos a la obra desde ya mismo», lo cual sonaba inquietante a oídos de Serafín, ya que lo de «obra» seguía recordándole la inminente demolición de su Casona. Era como si estuviesen preparándole la pira para que ardiese mejor. Claro que albergaban buenas intenciones, pero había que guardar una prudente distancia con ellos. Su instinto de *Burro* se lo decía. Que aquí todo el mundo parecía querer hacer la Revolución o alcanzar la fama a su costa. Y por una fotuca de nada en el periódico. *Ojito*.

Se despidieron, pues, pero lo sorprendente iba a ocurrirle nada más llegar a casa. El teléfono estaba sonando. Era de una radio local, que quería una entrevista. Por lo de la foto, claro. Contestó larga y pormenorizadamente. Al poco, para sorpresa suya, le llamaron de otra cadena de radio, ésta mucho más importante y con un nivel de audiencia considerable, casi en competencia directa con las poderosas cadenas estatales en el ámbito de la provincia. Serafín contestaría por igual, con su tono monocorde y adecuado a las circunstancias, sin olvidar nunca hacer hincapié en ese aspecto sentimental –nada le importaba a estas alturas tan absurdas de la cuestión que pudiesen llamarle «sensiblero»– de lo legado por su padre a modo de testimonio y herencia sagrada. La cosa funcionaba. Podía notar a sus interlocutores, sin duda versados en entrevistas con toda clase de personajes,

emocionarse sinceramente.

Hubo más. Era como si estuviesen espiándose unas a otras, cosa que seguramente hacían: una tercera radio llamó al poco. Parecía que, en efecto, unas y otras estuviesen al acecho, a ver qué decían y, si era posible, pisarse la noticia o darla más completa. Si allí había filete local no tocaba eludir el tema, aunque la competencia se les hubiese adelantado en unas horas. Siempre cabía buscar nuevos aspectos del asunto. Por supuesto que entre radio y radio Serafín atendió a la fotógrafa, que le preguntaría ansiosa si pensaba hacer de nuevo «algo especial», y también al abogado, quien quería una cita con urgencia a fin de «planificar una estrategia coherente», cosa que esgrimía con el ardor de cualquier versado militante trotskista antes de un rifirrafe de órdago. Pero lo que desde luego no esperaba, ya a la hora de comer, fue la llamada que recibió.

Crispín no había podido aguantarse, como es natural. Hizo telefonar a la secretaria del Ayuntamiento de Hiseda, Loli, casi jubilada y con aires de marquesa, para decirle: «Señor Burón, no se retire que el alcalde en persona desea hablar con usted», frase que deletreó con la mayor pompa. Ni que fuese una llamada de Presidencia, del famoso despacho oval de la Casa Blanca o desde el Vaticano, con los probostes de turno al otro lado del hilo telefónico. Sería borde ese Crispín, cuando apenas una semana antes, al cruzarse con él frente al *Legañas*, le gritó desde un extremo de la calle: «¡Burrote..., qué tal va lo de liarla por ahí con lo de tu casa...!», pese a que, había que reconocerlo, de Crispín partió la idea. Ahora todo parecía tener visos de oficialidad. El alcalde, voz meliflua y decididamente amistosa al aparato, le mostró su «más viva solidaridad», y, pese a recalcar de nuevo que el Consistorio poco o nada podía hacer en su apoyo tratándose de un caso tan circunscrito y delicado, eso dijo, estaba «con él a muerte».

Cuando colgó, Serafín estuvo a punto de soltar una carcajada. De acuerdo, la idea del encadenamiento había sido cosecha de Crispín, pero esa llamada, aunque tal vez previsible, le pareció fuera de tono y lacayil en extremo. No, si el Crispín de los huevos ya andará por ahí poniéndose las medallas cual fatuo general Montgomery por lo de la refriega del Gobierno Regional. Como si lo viese.

Es ahora, sí, cuando Serafín va tomando plena y definitiva conciencia de que se halla inmerso en una espiral que le desborda, y que no existe posibilidad alguna de retroceso. Tan sólo puede dejarse llevar. Comprende, viendo la relativa pero creciente magnitud que de pronto ha tomado el caso, que sus únicas opciones de vencer en la desigual lucha que ha iniciado pasan por superar y olvidarse definitivamente de conceptos como *hacer el ridículo*, o temor a las presuntas *represalias oficiales* que contra su persona puedan emprenderse. Si fuese así sólo le cabría aguardar la llegada de las excavadoras. Le tranquiliza contar con documentos que acreditan que, en lo concerniente a la indemnización que pensaban ofrecerle por la casa, el asunto frisaba lo vejatorio. Sabe que ahí, si se conocen tales cifras, todo el mundo estará de su parte, y eso le anima. La Casona, aparte de por lo sentimental, vale muchísimo más. Está del todo convencido de que el trazado de la Autovía Norte-Centro, al menos a su paso por el valle de Rantroño, podría ser considerablemente más racional y por esa razón menos lesivo para los intereses tanto de personas como de los montes. En eso no alberga dudas: también estarán con él. Sólo hace falta que siga echándole el mismo valor que cuando, sin pensárselo demasiado, aceptó lo de encadenarse con su pancarta.

Pero ahora está solo en esto, absolutamente solo, y lo sabe. En momentos de extrema debilidad alberga la fantasía de que le llama *Pitita* por teléfono diciéndole: 1—. Que no puede vivir sin él. 2—. Que *Mamen* Noguerales falleció y ella ha heredado un pastón. 3—. Que se vayan juntos a las Seychelles. 4—. Que ya no es vegetariana, y 5—. Que ahora anda más tranquilina en lo del sexo. Y aun así, piensa Serafín, le diría que no. Porque él ya no es quien era. Ha entrado en su noche oscura del alma, en efecto, saliendo de allí iluminado. Al encadenarse luchó por lo que consideraba suyo y justo.

Él fue quien salvó a *Geniucu*.

Durante varios días, demos crédito a ese hecho irrefutable, su teléfono no ha dejado de sonar. Los enardecidos ecologistas son quienes más machacan. Es normal, llevan la savia de la juventud en sus venas y, por lo que parece, disponen de toda la jornada para invertirla en tan altruistas lides que —eso llama poderosamente la atención de Serafín, admirándole— ni siquiera

parecen afectarles a un nivel personal, como a él lo de la Casona. Claro, piensa, serán de Letras, ya se sabe. Gentes con muchos pájaros en la cabeza, no como él, que los tiene de verdad, en el techo. Sí, recapacita de repente encorajinado: a más de uno y una de Letras, tan amantes de la naturaleza y de los bichos, querría verlos un día teniendo que soportar el suplicio de *Birdworld* en el techo de sus casas. Porque hay momentos, siempre a primera hora de la mañana y cuando se inicia el crepúsculo, en los que Serafín, verdaderamente asustado por el follón que arman todos esos pajarracos, tan negros y estridentes, empieza a creer que él es un simple y humilde inquilino de la Casona, y que ellos, generosamente, le permiten estar ahí, aunque sea lo más quietecito posible. Quien manda ahí son ellos y no Serafín, mero huésped de esas bestias aladas que acabarán tirando abajo la casa, y a menudo cree que antes de que lo hagan los de la Autovía.

Pasados esos días de efervescencia de nuevo se ve inmerso en los preparativos de otra acción. Se la han sugerido los ecologistas y, luego de sopesar pros y contras –aunque de entrada le pareció descabellada por completo–, Serafín reconoce que tiene su miga. Puede resultar muy efectiva. Esta vez no se arriesga a que le den un palo, aunque sí encierra bastante riesgo la cosa, en el sentido de que el palo puede dárselo él solito, y además morrocotudo. Se trata de colgarse del puente de Eciza, que tiene una espantosa caída al vacío hasta el río Pábenes, a pocos kilómetros de Hiseda. Allí suele acudir la gente joven para hacer *puenting*: esos aprendices de pájaro, como los llama Serafín.

Lo preparan todo. La verdad es que desde niño ha sufrido vértigo y le asustan las alturas pero, ya puestos, tampoco puede negar que desde que ve a esos saltadores que se tiran al vacío siente una cierta envidia por saber cómo serán sus emociones. «O tienes una foto así –le han repetido al aludir a lo del puente– o nadie se interesará.» Uno de la asociación ecologista ha practicado *puenting* en otro tiempo y conoce a los mejores saltadores de la provincia. Está todo garantizado. Al cien por cien, y Serafín decide creerles. Le pondrán allí, pero manejando ellos el sistema de correas, gomas y tal, que resulta bastante complicado. Él deberá limitarse a saltar y nada más.

O sea, Serafín lo oye todo catatónico y sintiéndose como sin piernas, pero

dice, o más bien inquiere, en una especie de silbido:

–¿Al cien... por cien?

–Serán cinco o seis segundos de viento y miedo, luego la frenada, para arriba, de nuevo para abajo y ya está: colgao –sostiene como si tal ese improvisado y supuesto experto al que por instantes Serafín ve cara de haber contribuido a despeñar a sus buenas docenas de tíos.

–Sí, pero el que va a colgarse soy yo –protesta tímidamente él–, y recordad que lo mío era encadenarme, quiero decir, con los pies en el suelo...

–Nada, hombre, nada. Una removida en el estómago y se acabó.

–Se acabó... ¿qué? –pregunta él súbitamente aterido de angustia.

–El mal trago.

–Nada de mal trago, que esto del *puenting* es una chominada –le dicen desde atrás, mientras ve cómo le visten entre varios simulando lo que vendrá.

–Sí, pero una cosa es *puenting* y otra muy distinta *esmorring*... –contesta él con alarma.

Lo de ese «al cien por cien» no debe de haberlo asumido en puridad, así que está a punto de cagarse en los pantalones sólo de pensarlo.

Y es que Serafín se ve ahorcado o esmorrado, sin más. La idea le produce escalofríos aunque, por otra parte, reconoce que tiene su indudable encanto. Sí, otro subidón de cojones, ya está acostumbrándose. Una vez colgado, desplegará la pancarta y, como la fotografía anda por ahí, ya tendrán una nueva acción de protesta. Discuten entre varios los pormenores del vuelo de Serafín mientras a éste se le va por momentos el color de las mejillas. Le insisten que igual debería practicar antes unos saltos. No le parece apropiado, y ya lo desechó antes. Con una vez de hacer el canelo será suficiente. Si le aseguran que la cosa está controlada, con esa vez que lo haga, «y por la causa» –añade casi sin voz, tan afónico se ha quedado a causa del miedo, ante lo que asienten todos al unísono con un golpe de barbilla–, ya va servido.

–Tranqui, colega, que te pondremos doble y hasta si quieres triple sistema de seguridad...

–¡Sí, quiero! –clama Serafín, que siente como si estuviera casándose con el amor de su vida.

–Pues vale, marchando un triple de seguridad...

Serafín nota un inconfundible helor en sus tobillos, que pronto le sube entrepierna arriba. Hasta ahora no había caído en la cuenta de que, tal y como acaban de hacerle dicho comentario, del mismo se colige que «a veces» el primer sistema de seguridad puede fallar. Si no, ¿a qué las dudas entre ese doble o triple sistema de seguridad? ¿No habrá por casualidad un cuarto o un quinto, para los megamachotes engañados como él?

Se siente vagamente mareado, pero logra sacar su mejor sonrisa. Ésa que al parecer cautiva a muchos: la de mártir a punto del martirio. Porque la chica del grupo de ecologistas suspira, ya ni siquiera con un cierto aire de llamémosle lujuria mal disimulada, sino como si delante tuviera un profeta.

Para desgracia de Serafín, se ponen todos manos a la obra. La fotógrafa ya anda por ahí, y se muestra entusiasmada de verdad. Ella siempre quiso atreverse a hacer *puenting*, pero nunca lo hizo, por supuesto, lo que no contribuye precisamente a apaciguar el ánimo de Serafín. ¿Dispondrá acaso la muchacha de datos respecto a fatales percances a costa de este diabólico ejercicio de masoquismo que algunos gustan de denominar un tanto eufemísticamente deporte de alto riesgo? El abogado dice que él no se atrevería a hacer algo así ni por resucitar a Lenin, aunque sean unos segundos de nada, y luego te suban tirando de los cables como si fueses un pesado paquete, añade el letrado, lo cual casi consigue que Serafín salga de allí huyendo a la carrera. Sólo su flema de científico –ésa sí la tiene– y saber que nada puede la fuerza de gravedad si hay correas y gomas de por medio, le mantiene como una estatua en medio de tan encendido grupo. Está lívido, pero digno. No puede fallarles ahora.

Entre todos intentan convencerle de que aquello es prácticamente como subirse a una montaña rusa o montar en una noria, en los FERIALES. Serafín se recuerda de crío vomitando a mansalva tras aquellas escasas experiencias, pero no lo dice.

–Igualito –añade nuestro héroe al poco, que ya se ve por los aires–, a esos muebles que suben y bajan en las mudanzas...

–Hasta pianos de cola y armarios enormes suben –apostilla alguien entendido.

Eso le tranquiliza un poco. Se siente armario o piano de cola.

–Sí, pero a veces alguno se les ha descalabrado... –insinúa un hábil del grupo: es chistado rápidamente.

La *tecnología* no es la misma, afirman.

Serafín, cada vez más lívido pero más digno, siendo lo segundo consecuencia directa de aquello, aparenta no darse por enterado. Piensa en nobles y revolucionarios franceses dirigiéndose chino chano a la guillotina. Así debe comportarse.

Pese al inimaginable temor que le inspira esa nueva «acción», la prefiere a cualquier otra que suponga de algún modo lo que se entiende por transgredir la ley. ¿Será que en el fondo, como no estudió Letras, es un hombre de ley? No tiene escapatoria, pues hoy todo parece estar planificado minuciosamente. Incluso en el propio *Heraldo del Norte*, sabedores de la repercusión que ha tenido la simple inclusión de la foto del «encadenado», como ya se le conoce aunque sea en la comarca, prometen darle «más y mejor cobertura al hecho». Así denominan a la salvajada que pretenden hacer con él. Y así se lo hacen saber.

–¡Jolín! –exclama Serafín turbado–, eso suena a ataque militar en plan comando... –Pero omite decir que él es la munición o el terrorista abatido de turno, y tal circunstancia no le transmite ninguna serenidad.

–Verás tú... –le apacigua, o lo intenta, la fotógrafa. Claro, como que no es ella la que va a irse derechita al vacío–. Es sólo un momentín...

Y así, prácticamente en un suspiro, entre frenéticos preparatorios y consignas de última hora, llega el momento de la acción. «No te fastidia: Acción de Gracias», piensa Serafín, al que poco falta para solicitar un confesor y la Extremaunción. ¿Por qué toda esta gente que *no va a saltar al vacío* insiste una y otra vez en llamar «acción» a hacer el imbécil arriesgando la propia vida en ello?

Las únicas discusiones habidas, quién iba a suponerlo apenas unos días antes, han sido por culpa de lo que ha de ir escrito en la pancarta, y es que aquí empieza a haber varios intereses creados. Serafín quiere repetir lo mismo que cuando se encadenó, pero los de la asociación le insisten con vehemencia que sea astuto y *globalice* su propio conflicto.

Hay momentos duros, por ejemplo cuando Serafín pretende decir.

–Pero es que lo de mi padre...

–¡Tú te callas y te tiras, coño...! –le espeta otro al que no conocía, y que sin duda ha perdido los estribos ideológicos.

–Bueno, bueno, no te pongas así –le calma el propio Serafín, a quien en realidad nunca abandona la duda de que si no estará planteándose todo esto desde su estricto punto de vista científico, es decir, toda caída en vertical de un cuerpo pesado acaba con ese cuerpo abajo, hecho papilla.

–¡Calma...! –pide el portavoz de la asociación ecologista–, que aquí cada cual cumple su papel y hace lo suyo...

«Sí –piensa Serafín con un mohín de irreprimible contrariedad cincelado en el rostro–, pero yo soy el primo que va a tirarse como un milano, es decir, como un milano gilipollas, porque al menos ellos tienen alas y yo no.» Tampoco esto lo dice.

Tras casi una hora de sucesivos tiras y aflojas, en la pancarta –que por motivos obvios, o sea el hecho de estar suspendido en el aire, no será precisamente fácil de manejar, o no como la anterior– puede leerse:

«Autovía asesina del ecosistema»

Y en el renglón inferior, con letras algo más pequeñas:

«Quieren robarme la casa de mi padre»

Así todos contentos.

Es bastante acertada, se resigna él, pese a que se da cuenta de que eso último, la referencia a la casa de su padre, parece que casi se lo hayan dejado poner como un favor especial, por su voluntarismo a ultranza y su buena disposición para llevar a cabo, aunque sea como un hámster coreano cobaya, determinadas *acciones* con un relativo o hasta considerable grado de peligro físico. ¡Qué espléndidos chicos son!, llegará a pensar, ya completamente aturdido, mientras le atan a gomas y cuerdas como un monigote, pues a veces incluso le hacen daño, apretándole aquí o allá: él se dejará hacer con la benigna pasividad de un crucificado en aras de su fe. Lo cierto es que está en

sus manos. Así que les ama, y cree en ellos más que el Profeta en Alá, o la Magdalena en su Amado.

Debe reconocer que sin esos emprendedores muchachos ecologistas no se le habría ocurrido la idea. Pero menuda la hora en la que decidió aceptar. Lo de encadenarse en una sede oficial era broma en comparación a esto. Aún falta un poco para el salto, si es que en el último momento no le da un telele y decide no hacerlo. No, el desengaño colectivo le acompañaría de por vida. Se siente alteradísimo. Maldita sea, piensa para sus adentros aunque procurando que nadie pueda intuir tal pensamiento, ya le podrían haber sugerido que corriese a la pata coja por un prado, o que bajara en una canoa llena de agujeros por algún tramo tranquilo del Pábenes, o que diese un mitin de cariz ecologista en la plaza de Hiseda o Salinas. Todo supondría un gran palo, de acuerdo, aunque precisamente eso, tirarse por ahí como si tuviera alas, supera con creces cuanto se cree capaz de aguantar. Y, desde luego: si hay palo, va a ser sonado. Pero se ha comprometido, y la palabra buronita vale más que cualquier contrato en acta notarial alguna levantada.

Naturalmente, en todo este tiempo –escasos días, cierto– no ha dejado de tener frecuentes pesadillas en las que ya no se ve siendo sepultado bajo cascotes y vigas, sino despanzurrado sobre los pedruscos del río, allí, en el fondo de ese dichoso puente de Eciza. Qué agobio, sigue pensando, ¿por qué no podrían estar en Guadalajara o Ciudad Real, con todo el terreno tan llano y tranquilizador? Aquí, a la que das dos pasos te encuentras siniestros peñascos y abismos insondables. Nunca ha aborrecido tanto esa espectacular orografía como en tales instantes.

Pero llega el momento, porque todo llega. Tanto los chicos de la asociación ecológica como los que acostumbran a hacer *puenting*, que se han puesto a colaborar hechos una piña, parecen más excitados que él mismo. Es como si en esto les fuese la vida, dando gritos, órdenes y contraórdenes entre el ingente cablerío que tienen montado. Serafín se pregunta para qué todo aquello, si a fin de cuentas quien se puede quedar hecho trizas es él. «Un cablín, un cablín de nada que quede suelto –reflexiona con una sonrisa petrificada en la cara–, y de mí podrán hacer mortadela o carne para hamburguesas.»

La fotografía del *Heraldo del Norte* se mueve por allí como una hiena a la captura de carroña, nunca mejor dicho. Busca la posición idónea para tomar sus instantáneas. Esta vez cuenta con la promesa por parte de sus jefes de «un tratamiento más rápido y vistoso de la información», según se le ha prometido. Igual también algún nuevo intento de magreo. Tiene que hacer las mejores fotos, luego ya se verá. Y a Serafín, que a su vez sigue pensando: «A ver si esta vez acabo saliendo en la sección de necrológicas...», entre unos y otros van vistiéndolo como a un guiñol: que si el jersey sobra, que si no lleva anorak tendrá frío, suspendido ahí.

Suspendido..., barrunta, y está punto de liarse a trompazos con todos, pero se contiene.

Ora medio lo desnudan, ora medio lo visten, zarandeándolo: «¡Leñe, a ver si además de esmorramme esta pandilla me obliga a hacer un *striptease!*!».

Vuelven a explicárselo por enésima vez: no tiene que hacer absolutamente nada, pero nada de nada con su cuerpo mientras note que cae, por mucho que ello le impresione. «La jodimos –piensa él–, eso significa que cuando lo avisan, es que la impresión va a ser tremenda.» El sistema de cables, gomas y cuerdas es lo suficientemente fiable como para que nada anormal pase, aseguran.

Lo ha dicho el que tiene pinta de ingeniero jefe vitriólico para rollos ecologistas, pero de inmediato la fastidia añadiendo que «las garantías del salto en el puente de Eciza son prácticamente totales». ¡Oh, cielos, como los médicos...! La palabra «prácticamente» suena y duele como una bofetada en la cabeza de Serafín. ¿Prácticamente? ¿qué significaba con exactitud eso de «prácticamente»? ¡Por Dios, que alguien se lo explique! Mira medio atontado al que tiene aspecto de ingeniero jefe vitriólico ecologista, lo hace como la oveja que observa a su pastor en espera de nada o de a saber qué –igual una caricia, igual *el garrotazo*– pero es entonces cuando para acabar de arreglarlo el muchacho dice: «Sobre todo, al caer no te muevas ni hagas burradas, porque entonces sí podemos liarla...».

«¿Burradas?» Aún le parte la cara a ese necio resabido. Y en cuanto a «¿liarla?». ¿Qué significa concretamente «liarla»? Serafín sí está hecho un buen lío. No sabe si darle un trompazo al chico por lo de «burradas» –cosa

que ya no puede porque está como un buzo, o así se siente—, salir corriendo, lo que tampoco puede dado su *impedimenta*, o cagarse en los pantalones. Lo primero es imposible, pues carece de fuerza y como queda dicho está con los brazos prisioneros, además de que tal vez el otro lo haya mencionado sin mala intención, así que nada de guantazos. Lo segundo, igual. De correr, se caería a los dos metros, ya que le cuelgan cables por todos lados. Lo tercero, uy, piensa alarmado, lo tercero cree que ya ha empezado a hacerlo un poquito, a tenor del húmedo cosquilleo que siente entre sus nalgas, pero como le han puesto una especie de dodotis de cuero, o arneses, qué más da, tampoco es cuestión de decir ahora:

—Tengo caca.

Sobre él se desparraman los consejos: «Tú cierra los ojos y los abres cuando ya estés quieto», le dice el campeón del *puenting*. Ésa le parece una buena idea. Pero evidentemente han de estropeársela. Pronto se le acerca un ecologista de la asociación y, con mirada de loco, le susurra: «Sobre todo abre los ojos, y así podrás gozar de esa sensación única». Y Serafín va pensando, primero ante el anterior comentario: «*Quieto*, ¿qué quiere decir?: ¿estampado contra el suelo o colgado como un pingo?», pero no lo verbaliza, como tampoco lo que piensa ante el segundo consejo: «Única... ¿o quieres decir última?». Seguro que este chaval es de los que tiene miedo hasta de entrar en la bañera, por si resbala, pero anda por aquí de apoyo logístico y emocional. «Qué fácil es dar consejos, pues sí», va reflexionando mientras siguen manoseándole por todas partes. Le tiemblan considerablemente las rodillas.

Uno de los ecologistas insiste en meter el dedín en la llaga. Casi largándole salivazos le espeta que es una auténtica suerte disfrutar de esa comunión espiritual con el paisaje. Serafín ya no aguanta más:

—Pero ¿tú te has tirado alguna vez de cualquier parte? —pregunta para contener su enojo.

—¿Yo?

—Sí, del trampolín de una piscina, qué se yo...

—No, sólo de la litera de arriba, pues abajo dormía mi hermanita...

—¿Y qué tal? —inquiere Serafín deseando que le tranquilice.

–Bueno, algo de yuyu sí daba –dice el muchacho–. ¡Pero esto es una pasada...! –Y se queda tan ancho.

Serafín traga saliva.

El caso es que ya parece tarde para casi todo.

¡Oh, si pudiera desaparecer literal y fulminantemente! Pero no es así.

Ha decidido no mirar hacia abajo y tirarse «en plancha», como le aconsejan. Haz el «Salto del Ángel», le sugiere uno. Y otro: «Suéltate estilo paracaidista». Él piensa: «¡Pero si yo no soy ni un ángel ni un paracaidista, qué cojones me cuentan!». Sí, contendrá la respiración unos instantes, aunque no tiene ni pajolera idea, como dice a modo de habitual coletilla uno de los ecologistas, de si se acordará o no de abrir los ojos. ¿Qué significa eso? El miedo, ya se sabe. Sobre todo, tiene que llevarlos bien abiertos siempre, aunque le piquen. Por el aire. ¿O era lo contrario? Está por pedir que le pongan una venda negra en los ojos, como a los ejecutados.

El caso es que aún con los pies en tierra, ya casi al filo del abismo, los abre y ve un considerable gentío a su alrededor, todos pendientes de él. Aquello parece el rodaje de una película de cine, con él de diva estelar. En buena se ha metido, ¡qué situación! ¡Si *Burro* padre o *Pitita* le vieran! Hay varios muchachos de la asociación ecologista que realizan hondas aspiraciones, e incluso uno que efectúa ejercicios gimnásticos, flexiones y cosas así, cuando aquí el único gilipito que va a tirarse es él. Hace crujir los cartílagos de sus manos, y lo que oye le recuerda a cómo sonarán sus huesos al resquebrajarse ahí abajo. «Ni cartilaguines van a quedarme», razona presa del espanto.

Quiere huir, pero no puede. De hecho él no es él sino una especie de polarización ectoplasmática de su propio espectro, que sigue en la Casona, debajo de la cama, lugar donde de chico solía atrincherarse cuando llegaba la enfermera con aquellas plateadísimas inyecciones.

De poco le vale. Todo está preparado. La pancarta no debe desplegarla hasta que haya dejado de balancearse. Lo cierto es que intuye que no han querido darle demasiadas explicaciones a eso de «balancearse». Varios autos que pasan por la carretera se detienen allí mismo, a unos dos o tres metros, poniendo los intermitentes y en la propia cuneta, quizá creyendo que ha

habido un accidente, por fisgonear. Como ya se han parado y por lo visto sus ocupantes no tienen nada más práctico que hacer, parecen decididos a quedarse y contemplar el espectáculo. Una familia saca incluso los bocadillos y a sus críos, conminándoles a que miren, pero con mucho cuidado, pues de tanto en tanto pasan coches a gran velocidad. La escena dura apenas medio minuto, que a él se le hace eterno. Un crío vocifera por encima de los otros: «¿Qué pasa?», ante lo que Serafín alcanza a oír la respuesta de su padre:

–Nada hijo, un loco de éstos que está a punto de tirarse...

A lo que, quien debe ser la hermana listilla del crío metijoso, pregunta como si tal:

–¿Se va a suicidar, papá?

Un nudo de angustia y de temor, pero sobre todo una sensación de inverosimilitud –aquello no puede estar sucediéndole realmente– se apodera del pecho de Serafín. Ahora sí, contrae instintivamente la respiración hasta oír lo que responde el papá:

–No, hija, no.

Serafín lanza una bocanada de aire, con alivio. Sólo que la ha dejado ir demasiado deprisa. Faltaba la parte final de esa frase:

–Aunque... vete a saber...

Se queda helado, como si todo en él fuese un inmenso cubito de hielo. Y oye al padre de aquellas agradables criaturas apostillar en tono profesoral:

–Bueno..., si yo de pronto os digo que no miréis, os tapáis los ojos, ¿de acuerdo?

Espléndido, piensa Serafín, igual hasta les hago sacar el pote...

–Puede ser muy desagradable –se oye de pronto una voz femenina y adulta desde el interior del auto.

Ya tienen mala espina, ya. Aunque de nuevo lo empeora todo, si cabe, una nueva intervención del chavalín:

–Eso será que se ha escoñao ahí abajo, ¿no, papi?

–Se dice «hecho puré», so tontainas –corrige pulcramente la repelente y lúgubre hermanita, a la que Serafín ya imagina como telefonista de la Funeraria El Ocaso, dentro de unos años.

Luego llega la consabida regañina por decir palabrotas, pero a esas alturas

—o sea, a «estas alturas», piensa Serafín lanzando una furtiva mirada al vacío que se intuye ahí al lado, pues ni se atreve a mirarlo cara a cara, allende la elevada barandilla metálica del puente—, la cosa apenas tiene importancia. Alguien se puede escoñar. Eso sí llama la atención.

Y aún llueven sobre él consejos durante varios minutos, que se le hacen interminables, trajinando encima suyo como si estuviesen acicalando un maniquí a toda prisa para ponerlo en el escaparate, cuando hay rebajas. Tensos los correajes y sin parar de darle nuevas órdenes o sugerencias que Serafín ya ni siquiera oye. Todo le da vueltas. Si cuando estaba a punto de encadenarse en la verja del Gobierno Regional pudo creer, y de hecho creyó, que le castañeaban los dientes, ahora es peor. Aquello no era nada en comparación a esto. Esto ya no es simple castañeteo, sino percusión de la dura. Todo un grupo llegado del Senegal y en plena verbena. Sí, tiene en la boca una tribu masai en pie de guerra. Por su paladar desciende un sabor como a hierro oxidado. Y los intestinos siguen descompuestos.

Inician la cuenta atrás. Intenta no pensar en nada y de pronto siente que se ha quedado absolutamente en blanco, pero de pánico. ¿Quién es, qué hace aquí con tanta gente alrededor, mirándole? De nuevo quiere decir: «Tengo caca», pero esa súplica se le marchita en la garganta, que nota como embozada y con sabor a metal. Aferrado a su pancarta, que debe llevar apretada al cuerpo todo el rato, pregunta, casi sin salirle la voz:

—¿No me acercaré demasiado al suelo, verdad?

Incauto de él, acercarse demasiado al suelo... si supiera que va a sentir que se estrella brutalmente —con vísceras, miembros, sesos, todo bien esparcido— no una sino varias veces consecutivas contra el suelo, no estaría donde está. Ya, pero esa paradoja no resuelve su canguelo, que es mortuorio.

Ante su última frase todos le observan con una mezcla de pesadumbre, admiración y duda. Esto último es lo que más le intranquiliza. Hay un punto crucial en el que han venido insistiéndole desde el primer momento. Sabe que para quienes practican *puenting* la gracia está tanto en volar como en lo cerca que estén del suelo en «la primera embestida», como ellos la denominan alegremente y en su presencia, sin mostrar el menor recato. «No, tranquilo — le dicen aunque sin excesiva convicción—, las correas y gomas se han

dispuesto para que quedes a algunos metros del suelo.»

Algunos, claro. Cómo iba a ser un montón de metros. Para eso ya ni valdría la pena tirarse. Aunque lo de... embestida, ¿de qué tipo? ¡Por favor, no, que lo detengan todo, que alguien se lo especifique pronto!

Pero ni le da tiempo a pedir auxilio. De modo que allí que lo suben casi con violencia a lo alto de la barandilla, como un condenado. Lo izan prácticamente en un puro forcejeo, igual que a esos desdichados a los que harían brincar, de forma nada voluntaria por cierto, desde la roca de *Saltamorito*. Él está con los ojos empañados a causa del sudor y del miedo, con la saliva molestándole en la comisura de los labios y burbujando en la tráquea, así como el moquillo que también pende ahora de sus dilatadas fosas nasales. La magnitud del pavor le hace resoplar y resoplar con fuerza, pero su garganta parece un cornetín mudo. Habrá que añadir un incipiente asma a la lista de sus eventuales enfermedades, aunque para lo que le queda. ¡Uf! La pancarta va bien asida, eso cree. No mirar, venga. ¿O era mirar? El corazón se le desboca en el pecho y retumba en sus sienes. Apretar los dientes. Gritar. Le han sugerido tantas cosas que apenas recuerda nada. ¡Venga! Por *Burro* padre. ¡Uf, uf! Venga. ¡Yaaaa...!

Y da el paso, sin duda empujado por unas manos que han tocado enérgicamente sus pantorrillas o tal vez su culete con dos palmaditas así como de ánimo, pero que él entiende como de despedida. De hecho, y como ellos dicen de los novatos, han tenido que *arrearle* un poco para que salte. Con una cuchillada de vértigo abriéndole en canal, intenta llevar a cabo correctamente el último consejo que le dieron: inclinar el cuerpo hacia delante. «Como si te tirases a una piscina de agua calentita, en plancha, recuérdalo, verás qué gustazo», le recordaría el campeón del *puenting*, ese tío hijo puta con una cara de demente que se las trae. Y en la infinitésima fracción de un instante recuerda, oh, dioses, que él nunca se ha tirado en plancha en ninguna piscina, y menos de agua calentita. A él, eso de ir de saltador de Acapulco, nada. Él, sentadín en el borde, y luego un pie, por si está fría, y luego el otro. Y muchos, muchos aspavientos para entrar. Y una vez dentro: «Papá, papá..., ¡mira qué hago!». Lo normal. De nuevo esta vez cierra los ojos e intenta tirarse en plancha a la...

«¡La madre que lo parió!», piensa Serafín cuando le morrea el vértigo y como una exhalación en recuerdo del ya borroso rostro del campeón del *puenting*. Ha sido sacudido todo él por una fenomenal descarga de adrenalina que le embota los sentidos, aunque no hasta lograr que se desmaye: pese a

que lo desea fervientemente, no pierde el conocimiento. Lo tienen así desde arriba, de forma que a diferencia de los paracaidistas, a quienes no conviene desmayarse cuando saltan, ahora en cierto sentido hasta puede relajarse. No te jode, como que es un yo-yo. ¡Sí, qué hermoso hubiese sido bajar desmayado! Pero no. El mundo se ha puesto al revés, incluyendo por desgracia el sentido del tiempo, que ahí se eterniza de forma tan dolorosa como inaudita. Serafín baja, a saber, del modo más contraindicado posible:

Cae con los ojos demasiado abiertos, podría decirse que salvajemente abiertos, y moviéndose frenéticamente, como si le hubiesen dado una descarga de dos mil voltios.

Cae desplegando antes de tiempo la pancarta, con lo cual se ha enredado algo en ella, quedando envuelto por la misma igual que si ésta fuera una enorme sábana y él un gusano revolviéndose en su interior. Pero al final logrará desenredarse entre patadas y manotazos al aire.

A lo dicho, un verdadero cuadro.

Cierto que por momentos se creyó incapaz de soportar ese silbido atroz restallándole en los tímpanos, ese mareo de ver todo al revés, ese aire en el rostro clavándosele como agujas, esa sangre que se ha convertido en hielo o en horchata, qué más da. Si esto es palmarla, ¡que sea pronto!

¿Ves, lector –ahora ya sí queremos suponer que entregado–, cómo Serafín iba a acabar ejerciendo de héroe?

Y él vuela y requetevuela aparentemente bien en los primeros metros de su demencial caída libre, pero luego, en un momento determinado, es cuando abre de par en par los ojos, o los abre más, intentando enfocar con la visión, y contempla el río atronador ahí abajo, es decir, ahí al ladito mismo, y se ve casi encima, porque ese río y esas piedras se acercan a velocidad endiablada.

Sin embargo, todos comprueban que Serafín vuela en esos instantes iniciales más o menos correctamente, y nada habría de pasar si no llega a hacer lo que hace de improvisado. En efecto, pueden verlo desde arriba, con el corazón en un puño y anonadados: se ha liado a coces con el aire.

–Me lo temía... un súbito ataque de pánico –menciona con trazas de sabiondo quien le dio el último consejo y el empujoncito al cadalso. Algunos rostros fijan en el aire la mirada, como preguntando: «¿Ahora qué?», aunque

él dice de inmediato:

–No hay nada que hacer..., ya parará...

Se abocan al unísono sobre el canto de la barandilla, sin parpadear. Y el espectáculo merece la pena, pues no por lo grotesco resulta menos conmovedor.

Resulta que Serafín se ha encogido como una pelota, aterido a causa del terror que debe estar atravesando. Tan pronto suelta feroces patadas al vacío como alarga uno de los brazos, ya que el otro, curiosamente, no se olvida de llevar bien asida la pancarta, como si intentase aferrarse a algo que no hay, porque de hecho ya la lleva casi del todo desplegada, a modo de cometa. Entonces es cuando alcanza el teórico punto límite de bajada. Lo de la primera embestida. Este punto se halla a unos cinco o pocos más metros del suelo, pero a él le parece que lo ha peinado con el flequillo o con el casquito que le han colocado encima entre sus protestas –total, casco para qué, si...–, tragándose un montón de pedruscos, aparte de ir ya por completo ensangrentado. Porque, además, no ve realmente nada, aunque todo está ahí, dado la vuelta o de lado, como si uno lo viese desde una noria o una de esas diabólicas atracciones de feria que sólo sirven para remover estómagos y para que los adolescentes den muestras de arrojo chuleando de su valor, pero todo ello multiplicado por cien mil.

El estómago, por cierto, ¿dónde lo tiene? En la garganta. El bizcocho y las galletas que tomó esta mañana, eso cree, estarán saliéndole a borbotones por la boca y por los ojos. Aún, pese a hacerlo confusamente, tiene tiempo de pensar: «No, si encima voy a echar el desayuno aquí mismo...». Todo en él se contrae, desvaneciéndose, pero siente que al estar peligrosamente cerca del suelo lo peor ya pasó, pues cree notar como si frenase lentísimamente, sí. ¿Y el último resquicio por el que se desangra un hilillo de razonamiento? Ése lo tiene situado exactamente en los cataplines.

Se equivoca con lo de que lo peor ya pasó, porque entonces es cuando da el «bote» de rigor en el vacío, se lo advirtieron pero lo olvidó, y se eleva de nuevo a gran velocidad. ¡Cabrona de embestida! Quizá le han tensado demasiado alguna cuerda de goma. Y él erre que erre: nuevas, feroces patadas en todas direcciones. El murmullo de los de arriba se desvanece cuando

comprueban la peligrosa velocidad con la que el cuerpo de Serafín se acerca al puente, arrastrado por la tracción de las cuerdas y sus anárquicos movimientos, en dirección a los pies de la concurrencia. Hasta el campeón y sabelotodo de los saltos frunce instintivamente el entrecejo: ¿será posible que...?

Hay unos segundos de tensa incertidumbre, como siempre, ésa y no otra es la gracia de tan delirante actividad al aire libre. Ahí que sube y sube de nuevo ese espantajo humano disfrazado de fantasma, siamés de su cometa-pancarta, cosido a correas y gomas, enzarzado en una brutal y sincopada pelea consigo mismo, como si acabara de sobrevenirle un ataque de urticaria y no pudiese reprimir el gesto desesperado de rascarse todo el cuerpo. El mismo con el que, de niño, ortigas y avispas se cebaban a porfía.

Se acerca más y más el fardo que es Serafín y, en el denso silencio que se ha hecho en lo alto del puente, y pese a que él cree que está intentando gritarles algo, como que cuándo va a parar esto, o si lo peor de la embestida ya pasó, o se si puede decir que lo de «al cien por cien» de seguridad ha funcionado, en realidad todos pueden oír un nítido:

–¡Ooooooooooooooooooooooooooooooaccaggooooooooooooennnnndddioooooossss! –Lo que viene a decir que no se encuentra precisamente bien.

Luego ese grito agónico se aleja de nuevo, pues el bulto del que provenía vuelve a caer casi en picado.

Sí, parece que la cosa no está haciéndole especialmente feliz, que digamos, piensan los de arriba, cómodamente instalados en sus fantasías de combate social y pisando con sus piececines en el suelo.

Pero él no pone nada de su parte, porque en vez de relajar los músculos y amortiguar así las embestidas, se empeña en pedalear en el aire contrayendo el cuerpo como un epiléptico, o hacer boxeo consigo mismo. Eso le hace rebotar más violentamente en su vuelo de caza inglés alcanzado por su verdugo alado de la *Luftwaffe*.

Algunos, los menos versados en *puenting*, se tranquilizan al comprobar que las correas y cuerdas responden a la perfección. Sí, por eso se entiende que Serafín no se ha estrellado contra el suelo, subiendo triturado, coligen cual académicos. Otros, los expertos, continúan con el ceño fruncido, pues la

increíble vehemencia que pone Serafín por no permanecer quieto en su accidentado vuelo está haciéndole tomar una postura que juzgan alarmante. Ya no para caer y morir allí mismo, pero sí para quedar quién sabe cómo en cuanto la inercia acabe por dejarlo suspendido y quieto de una vez. De momento, y tras su alocada serie de guantazos y patadas al aire, ahora parece que todo el cuerpo de Serafín ha cobrado una pronunciada e indebida inclinación, quedando exactamente como no debería: boca abajo, aunque al poco vuelve a estar hecho una pelota, y por lo tanto desde arriba no se nota demasiado su churrigueresca postura.

¡Cuuuuuaannnddooppaaaarraaarrraaeeeeesstoooo...!

Ahora con más suavidad, pero de nuevo asciende como un angelito en dirección adonde está el grupo, donde acaso más de uno y de una, por ejemplo la fotógrafa, ya lo veía estampado en su primer y brusco acercamiento a la base de cemento, hierro y hormigón del puente. Pues ni siquiera así sería noticia de relieve en el *Heraldo*. Ya asciende, sí, y desde arriba van dándole ánimos. ¡Oh, qué bien puede verlos, y todos tan exultantes de sonrisas! Le vitorean, gritan y aplauden.

Bueno, se van otra vez y el mundo vuelve a ponerse al revés, o de costado. Y sigue a punto de vomitar. Y tiene caca.

¡Qué soberana ridiculez!, alcanza a razonar en mitad de un charco de náusea y vértigo, ¿cómo ha acabado así, cual bandera ondeada por el viento?

Es el hombre de trapo, la marioneta rota, el borde desmadejado, el pelele inarticulado botando sobre una red invisible en el vacío, como un yo-yo de forma vagamente humanoide, aunque tan deshilachado todo él que cuesta saber si eso que bota y rebota en el aire, aunque cada vez con menos fuerza, es realmente una persona o si se trata de una paca de mies de unos setenta y un kilos, con tentáculos retráctiles.

Todos respiran tranquilos cuando ven que por fin el bulto encabritado deja casi de moverse, aunque como de tanto en tanto sigue largando alguna que otra patada a saber a qué imaginario enemigo o balón, y tan pronto permanece inmóvil como sufre algo que les hace pensar en un síncope, igual que si le entrase repentinamente el Baile de San Vito, el cuerpo de Serafín ha iniciado lo que tampoco estaba previsto, un nada aconsejable balanceo hacia

los lados.

Lo corrobora el campeón del *puenting*, sentenciando:

–Ahora es cuando, si no deja de moverse, va a marearse de verdad. Menudo manojo de nervios es este tío...

Serafín, por supuesto, fiel a su estirpe buronita, una vez tomado un respiro no deja de moverse y patalear cada vez con renovado coraje, sobre todo ahora, que ya ha podido comprobar, al menos con ciertos visos de verosimilitud, que no va a descrismarse. O no a resultas de la primera embestida en el vacío. Se encorajina consigo mismo por ser tan estúpido, de tal modo lo piensa literalmente, como para tontear con algo así, con ese miedo que lleva en el cuerpo y del que cree no se podrá librar en la vida. Imagina que después de un ridículo tan enorme, tendrá que irse de este pueblo, de este valle, de esta provincia y, es posible, hasta del país, porque sin duda será señalado con el dedo acusador de la ignominia.

Helo ahí, pues, balanceándose bajo el puente, ahora como un péndulo, aún sacudiendo furiosas coces de tanto en tanto, pero más espaciadas, y procurando que la pancarta quede lo más abierta posible. No puede evitarlo. Suelta patadas con una rabia creciente, y los de arriba no consiguen entender a qué se deben. Le hacen gestos explícitos para que no se mueva, para que desista en esa peculiar batalla consigo mismo, o de lo contrario puede estar balanceándose todo el día igual que un tonto. Pero él no cesa: patada va, coz viene.

Como finalmente, y tras una última pirueta, se ha quedado boca abajo, no se entera de mucho, pues sigue balanceándose. Cree que esos gritos entrecortados que oye a lo lejos y los gestos de los de arriba significan que debe acordarse de abrir la pancarta, porque aún no es consciente de que la lleva sólo a medias desplegada. Total, qué más da que su cuerpo no haya quedado en posición vertical y correcta, que sería lo propio, sino la cabeza para abajo y las patas arriba. Ni corto ni perezoso, deseando que todo aquello concluya pronto y empiecen a izarle hacia la base del puente, forcejea de nuevo con todo lo que tiene a mano, y por fin logra orientarse un poco. Se cansa muchísimo al levantar siquiera un poco la cabeza. Y sigue balanceándose tenuemente, como en una especie de ballet aéreo, algo similar

a lo que hacen los trapeceistas en el circo. Refunfuñando y emitiendo soplidos despliega la pancarta sobre su cabeza, es decir, bajo ella. Entonces, aunque al revés y en un rectángulo horizontal, también observa que arriba, siempre en posición inversa, renuevan sus aspavientos. Oye los gritos, pero amortiguados por el ahora insoportable silbido del viento. Lo que pasa es que la sangre ha empezado a zumbarle en las sienes, y juraría que está aturdiéndose por momentos. De hecho, se da cuenta de ello pese al constante balanceo, ha quedado en una posición un tanto inquietante. Una pierna por aquí, otra para allá, el tronco girado en un bucle casi inverosímil y la cabeza torcida. De ahí salen dos brazos hacia abajo sosteniendo la pancarta y cada vez le cuesta más mantenerla en tal posición. Es incapaz de discernir qué le gritan desde arriba. Allí parecen mover los brazos como aspas de hélice. Parecen desesperados. Porque lo que puede leerse desde la carretera es:

QUIEREN QUITARME LA CASA DE MI PADRE
AUTOVIA ASESIONA DEL ECOSISTEMA

Y claro, excepto los cuatro que saben lo que pone ahí, nadie se entera. Esto de permanecer con la cabeza hacia abajo es bastante chungo, piensa Serafín, a quien está sobreviniéndole una especie de plácido sueñecito, aunque su corazón le sigue golpeando con violencia en el pecho. La verdad es que se siente cada vez más mareado. En condiciones así, ¿cómo puede caer en la cuenta de que ha desplegado la pancarta correctamente, sí, pero al revés? ¡Si el mundo ya está al revés!

Lo está desde que sacó a *Geniucu* del agua, depositándolo en la orilla.

Pero ahora distingue, allí arriba, cabecitas y manos haciendo extraños movimientos, y cuerpos encorvándose inexplicablemente. No entiende nada. ¿Por qué no vuelan y vienen a rescatarle? Cada poco se ve obligado a plegar los brazos, porque no aguanta mucho rato con ellos extendidos. Cuanto más esfuerzos realiza por volver a desplegar la pancarta, más gestos le hacen. Parece incluso que esos de ahí arriba están enfadados, que le dicen que no. ¡Encima! Igual quieren que vuelva a saltar. Al cabo de otro minuto que le

parece eterno, nota que por fin empiezan a tirar de las cuerdas. Están subiéndole, ya era hora. Se siente cada vez más mareado por tener así la cabeza, pese a inclinarla hacia delante un poco haciendo pírricos pectorales en el vacío, para que circule la sangre. En esa maniobra consigue erguir también los hombros, pero entonces nota que se reinicia el balanceo y en el acto le vuelven las náuseas. Se asusta y adopta la posición de antes: como san Pedro. Les hace significativos gestos con una mano para que le suban ya de una vez. Lo hacen, pese al problema que con algunos correajes parece existir por la inesperada posición en la que ha quedado su cuerpo. Cuando está aproximadamente a una decena de metros de la base del puente logra oír una voz que le conmina: «¡La pancarta, la pancarta!», y vuelven a mover los brazos como aspas de molino. «Pero si la llevo cogida y bien cogida, además de abierta de par en par», se lamenta Serafín. O es que quieren que me quede ahí para siempre, como uno de aquellos toros-anuncio de algunas carreteras, refunfuña para sus adentros pero cada vez más atontado por el apelmazamiento de sangre en la cabeza. Entonces consigue oír: «¡Gírala!», y se da cuenta de lo que debe hacer. Le cuesta ubicarse porque todo sigue dándole vueltas. Ha de pensar en cada uno de sus movimientos, y finalmente logra girarla desplegándola correctamente. Cree oír aplausos, porque de hecho se halla muy cerca del puente, pero igual son los sesos, que ya están deshaciéndosele. «Mira por dónde, subo con los cartilaguines íntegros, pero con el cerebro hecho un pudín», piensa consternado.

Ahora, exhausto, dobla de nuevo la pancarta: sólo ha conseguido desplegarla un par de minutos, en el tramo final, mientras metro a metro y con sumo cuidado van subiéndole igual que si se tratase, vaya, de un pesado mueble en plena mudanza. ¿Habrán podido sacar buenas fotos?

Cuando llega al puente y es llevado otra vez en volandas tarda varios minutos en ser consciente de cuanto sucede a su alrededor. Le dan unas pastillas contra el mareo. En buena hora, reflexiona dudando si le echa o no a alguien encima el bizcocho y las galletas del desayuno. Aún tiene algo de tiritera. Tartamudeando ostensiblemente pregunta si todo ha salido bien. Le responden afirmativamente, pese a que tuvo girada la pancarta la mayor parte del tiempo. Además de que su posición no fue la más ortodoxa que

dijéramos. Las miradas de vago reproche que cree intuir aquí y allí se deben a lo de la pancarta puesta al revés, cosa que él aún no ha acabado de entender del todo, porque sigue pensando con los pies. Sólo la fotógrafa del *Heraldo del Norte* parece no querer disimular su estado de ánimo, y está fuera de sí, con un ostensible enfado. La causa es que entre la gente congregada allí, pues fueron muchos los automovilistas que decidieron pararse un rato junto al puente a presenciar el espectáculo de un bobo inexperto colgando en el vacío y moviéndose como un pingajo mientras mostraba una pancarta que no era posible leer de ninguna de las maneras, vio al fotógrafo del *Correo*, la odiada competencia. ¿Cómo era posible que se encontrase en ese enclave, si no estaba enterado de la acción? O bien había habido un soplo desde la redacción del *Heraldo del Norte*, y ya sabían ellos de la existencia de un topo aún no detectado en la propia redacción, o bien acababa de darse la milagrosa circunstancia de que ese fotógrafo pasara por ahí en tal crucial momento. No, esto último cabía descartarlo, sin más. Aunque la provincia era pequeña, ya se le antojaba demasiada mala pata. La fotógrafa había realizado el cálculo mental. Tiempo invertido desde la redacción del *Correo* hasta este enclave, el puente de Eciza: cuarenta minutos aproximadamente, no más. También era posible que ese fotógrafo de la competencia se hallase trabajando por alguna zona cercana. Entonces habría tardado incluso menos. En cualquier caso, se preguntaba una y otra vez enfurecida: ¿quién le dio aviso de que algo así, en principio secreto, iba a tener lugar en el puente de Eciza? ¿Quizá alguno de entre los ecologistas?

Serafín, parcialmente repuesto de su mareo, intenta calmar a la chica. Incluso, poco prudente, dice aunque sin pensarlo dos veces: «Mejor, así saldrá la noticia en los dos periódicos», pero a la fotógrafa parece no complacerle en exceso tal eventualidad. Serafín era «suyo», casi vocífera con síntomas de claro cabreo, y no está dispuesta a dejárselo «arrebatar», tan fácilmente dicho verbo ha empleado, como si él fuese un objeto. De modo simultáneo, esa otra joven ecologista a la que él igual le hace tilín, lanza a aquélla una mirada directamente criminal: *ojito*.

«Bueno –piensa Serafín resignado–, minutos atrás me sentí un saco y ahora soy como un juguete, voy evolucionando.»

De nuevo los dados que el Destino echa aparentemente al azar, o el invisible Alguien que los mueve.

Ésa, ni más ni menos, va a ser la absurda, enloquecida dinámica que en breves horas adquirirá el asunto, con él de perplejo protagonista. ¿Qué es lo que ha pasado para que así puedan ser calificadas las cosas, de absurdas y enloquecidas? Muy sencillo. Dos periódicos de la misma provincia, rivales encarnizados desde algún tiempo atrás, van a utilizar a Serafín como moneda de cambio para sus litigios particulares. Así, al día siguiente de la espectacular y un tanto fallida colgada de Serafín sobre el puente de Eciza, el *Heraldo del Norte* saca una foto del hecho a gran espacio, dándole relieve a la noticia y haciendo hincapié en el tema de la autovía. Se le ve, en la foto, en posición correcta, es decir, derecho. Menos mal. La chica se la sacó cuando estaban aupándole entre varios y ya faltaban pocos metros para que llegase de nuevo al nivel del puente. En la foto se lee la pancarta. Ése era el pacto con la fotógrafa, que se leyese la inscripción.

Y quizá no hubiera trascendido nada más, con lo que Serafín se habría visto obligado a abandonar su particular lucha, de no haber sido por el otro fotógrafo. Ese otro fotógrafo entrometido del periódico rival, el detestado *Correo*, que también saca en su edición del día siguiente una foto de Serafín a bastante tamaño, pero en ésta se le ve colgado al revés, como de hecho permaneció la mayor parte del rato. Ahí, brazos abiertos de par en par, expone su pancarta con un lema que, para ser leído en posición inversa, obliga a girar mucho la cabeza o hacer lo propio con el ejemplar del periódico. Una guasa. Por otra parte, en el breve pie de foto adjunto se le machaca sin piedad, tildándole elípticamente de chalado y de buscar publicidad «mediante métodos espúreos» con la connivencia de «ciertos medios tremendamente complacientes hacia determinadas informaciones de tinte amarillento».

La guerra ya está declarada.

Y él, de cabo mensajero entre trincheras.

Alguien, acaso de nuevo la mano firme del azar, se dispone a mover sus piezas, porque alguien tiene la genial ocurrencia, en la redacción del *Correo*, de mencionar en ese pie de foto que su figura es «la imagen grotesca de un

histriónico vecino del valle de Rantroño. Recuerda, sí, a san Pedro crucificado boca abajo, según lo pintó Ribera», y finalmente, sin dejar de insistir en esa connotación en la que hasta dicho momento realmente nadie había pensado, lo tilda de «patético Cristo al servicio de causas personales que tal vez zahieran al Bien Común», en clara alusión a la Autovía Norte-Centro.

El redactor que lo escribió debía ir morado de vinos, o es que aquí, incluso en las zonas más civilizadas de la provincia, son muy brutos para exponer las cosas, pero aquello fue maná caído del cielo en las aspiraciones de Serafín, y que su caso no se olvidase.

Es ahí, al mentar algo tan sagrado en un contexto de mofa, cuando en apenas unas horas se montará la de Dios es Cristo, como comúnmente se dice. Y esa ola enorme e inesperada va a coger a Serafín como días antes cuando se encadenó, pero ahora a lo bestia: charlando con reporteros de revistas municipales, radios, televisiones –en principio locales– y atendiendo a todo tipo de llamadas que se interesan por su caso.

El desafío entre ambos periódicos ya está lanzado, y menos mal que el *Heraldo del Norte*, que es el que en principio le apoya, tanto a él como a la causa ecologista, vende bastantes más ejemplares que el *Correo*, estancado desde hace años en una suerte de oposición parasitaria de cuanto salga desde la otra rotativa. Si el *Heraldo* dice «blanco», el *Correo* dice «negro», eso nadie lo pone en duda. Y por si fuese poca la dificultad para juzgar con atinado criterio moral e ideológico la actitud aislada y de protesta de Serafín, encima nos topamos con lo otro, lo importante, lo de la polémica Autovía, tan pronto defendida como denostada. Porque tampoco los dos periódicos tienen la misma opinión al respecto. La confrontación está servida.

Serafín es el campo de batalla. Una vez más, el *punching-ball*. Y por si no fuese ya bastante el recochineo que se liará en breve por toda la provincia con lo de tener que girar por completo el periódico para observar correctamente su jeta, ahora esa referencia chistosa e irreverente al *Cristo de Rantroño*.

A los dos días sale en el *Heraldo* una entrevista en exclusiva, casi a página entera, con fotos de Serafín, del encadenamiento y del puente, así como de zonas de la provincia por las que debe atravesar esa Autovía. La

gente escribe a los periódicos solidarizándose con él. Y los otros, los del *Correo*, en plena huida hacia delante por el error cometido, insistiendo con alusiones religiosas. Es de suponer la conmoción que todo ello provoca en un sitio como el valle de Rantroño, y en concreto en Hiseda, pues la susodicha obra les afecta de modo directo, aunque muchos prácticamente no se habían enterado. Además, otro de los milagros que diríase acaecen sobre la marcha es que ahora resulta que todos los vecinos del valle parecen conocer a Serafín. No sólo eso, sino también que son muy amigos suyos. Ver para creer. Cosas de la fama local.

Al día siguiente de la publicación de esa entrevista aparece una pequeña noticia en el *Correo*. Es su respuesta casi militar: ahí se cita, de nuevo en términos despectivos, el «comportamiento deplorable» de ese vecino de Rantroño, cuya actitud linda con lo estúpido y hasta delictivo, pues entre otras cosas perturba el tráfico en la carretera a su paso por el puente de Eciza. Ello encoleriza tanto a los jefes de redacción del *Heraldo del Norte* que llevan, con carácter de urgencia, el asunto al Comité de Dirección. Éste, por unanimidad, da visto bueno para seguir con el tema. Lo que significa: quieren sangre, la tendrán.

El intelectual más prestigioso del *Heraldo*, filósofo y sociólogo con varios libros publicados, recibe un encargo muy concreto: escribir un artículo de opinión extenso y valiente acerca del tema. De sobra sabe qué hay que decir. Algo que implique a las instituciones. Sale publicado al poco en la página tercera con el título «La memoria preservada». El propio Serafín se emociona al leerlo. En algunos momentos ha tenido que hacer serios esfuerzos para no llorar, por ejemplo cuando se menciona el valor incalculable del legado, sea cual sea, que nos dejan nuestros mayores. En esos instantes, muy cierto, tiene la sensación de sentirse un pequeño héroe, pese a que lleva varios días evitándolo, pese a que empiezan a mirarle aquí y allá tal que así, como Viriato volviendo a su poblado tras una refriega victoriosa ante los romanos. Pero, una vez más, su mentalidad racional a ultranza le pone en su sitio, que ahora no es otro que el puro sentimiento de estupefacción por cuanto sucede, ya que al ver su nombre o su foto en los periódicos aún no se lo cree.

El texto del *Heraldo* sensibiliza a muchos lectores, y la respuesta del *Correo* no se hace esperar ni veinticuatro horas. También en esa redacción, que se halla en pie de guerra, han debido recurrir, tras arduas deliberaciones, al plumilla de oro del periódico, un antropólogo e historiador asimismo con ingente obra publicada, encargándole que rebata punto por punto lo escrito en el *Heraldo*. Se ensaña con Serafín en un artículo libelo explícitamente titulado: «¿Hay que creer en semejantes Cristos?», lo que no hará sino convertir la cosa en más visceral, pues esa mención vuelve a dividir a los lectores. Empieza a hacerlo subrepticamente entre los que están a favor y los que están en contra, sobre todo por motivos superficiales como, los unos: «Me cae simpático un tío así de lanzado a defender lo suyo», y los otros: «Pero ¿qué se habrá creído ése, que va de Nuestro Señor por la vida, con esa cara de mártir soplagaitas que tiene, y de poner la otra mejilla?».

Como se ve, ni unos ni otros caminan por la senda de la verdad, pero eso poco importa ya. Son los acontecimientos, más aun, los invisibles hilos que mueven éstos, los que gestan nuestra historia, y no quien los protagoniza a su pesar.

El cruce hostil de artillería no cesa entre ambos periódicos. Con lo que crece y crece el caso de Serafín. Más aún: se recrudece con inusitada saña. Llega de inmediato la respuesta del *Heraldo* con gran despliegue de fotos y documentación hablando también de otros afectados por la Autovía y dándole cancha por fin a la asociación ecologista, que es la que ha elaborado un exhaustivo dossier de agravios. El artículo-reportaje se titula: «Lícita defensa», pero los del *Correo*, como si tuvieran ya en la recámara y listo el contraartículo de rigor, que de hecho lo tenían, publican al día siguiente su versión del tema: «Esperpento en la ruta».

En el *Heraldo* parecen enloquecer. Se comenta que hasta el director ha llamado al alcalde de la capital. Deciden llevar el asunto de Serafín hasta las páginas del dominical, con su cuadernillo en color y con una gran tirada en toda la provincia. El *Correo* no dispone de revista dominical, pero ese mismo lunes vuelve a la carga con una columna firmada por su joven y beligerante nuevo director, titulado: «Bufones al servicio de la prensa».

El pobre Serafín, desconcertado, se ve obligado a decir no a la repetida

solicitud por parte del *Correo* para entrevistarle. En el colmo de la cara dura lo atacan y luego le piden una entrevista: si acepta, sabe que lo dejarán en ridículo, y si se niega, entrarán igualmente a saco contra él. Pero siempre podrán argüir que, en justicia, el encausado «declinó» recibirles, cosa que se apresurarán en publicar, y eso es algo que, también lo sabe, le indispondrá aún más con quien ya le tenía ojeriza incluso sin conocerle, que igual son la gran mayoría. Además, si admite esa entrevista con todo lo que ya hay montado detrás, lo fusilan en el *Heraldo*. Parece coherente. Pero el caso es que el par de periodistas del *Correo* con los que ha hablado por teléfono, y bastante rato por cierto, le dan claras muestras de estar de su parte. A título individual, por supuesto. Como es de formación científica, pero no tonto integral, duda de si no se tratará de una hipócrita añagaza de la canallesca, otra vil trepa para volver a lapidarlo por escrito. Porque en el fondo, lo sabe, son todos como chacales.

Sí, qué raras son las cosas, piensa Serafín. Y suspira –desde hace un par de años que no sentía eso– por poder volver pronto a su mundo de proteínas y aminoácidos, donde ocurre de todo, como en la vida misma, pero no chorradas de esta magnitud y en las que él parece haberse convertido consumado especialista. Aunque bien sabe que aquello ya nunca volverá. No después de haber leído, estudiado, bebido en *Las Moradas* de Teresa de Ávila o la *Subida al Monte Carmelo*, de San Juan de la Cruz.

Ahora, por si era poco, van a llevarlo a la tele, a un programa de entrevistas, largas y serias, de difusión regional. Es el cenit de su fama. O eso cree él, incauto. En todo el valle de Rantroño se habla del asunto durante casi una semana. Primero sale en la televisión autonómica, pero luego le dedican un pequeño espacio en la nacional, aunque en una franja horaria en la que únicamente se abordan temas de interés específico. Después llegan las televisiones locales, hechas, no se sabe cómo, por gente entusiasta y sin medios. Ellos no quieren ser menos, faltaría más. Todos parecen dispuestos a apoyarle, pero todos piden o sugieren más y más. Y algo les caracteriza: todos piden algo original, en exclusiva. El asunto, de eso ya no cabe duda, está por completo desmadrado. Hacía años que en la provincia no se registraba una pugna tan enconada entre medios de comunicación que en

realidad debieran ser colegas y colaborar o fingir que lo hacen. Tanto es así que incluso un diario nacional de enorme tirada publica un artículo en el que se aborda el tema. El texto, medido y muy en la línea del rotativo, en un principio muestra su «sorpresa» por lo que viene ocurriendo, aunque no deja de mencionar dos veces a Serafín, con sus apellidos y todo, por supuesto aunado a los inevitables problemas que está generando ese proyecto del Ministerio de Obras Públicas: «Una polémica Autovía».

Es entonces cuando –era inevitable, con todo este trajín– se produce la llamada de *Pitita*. La primera en más de un año. Lógicamente ya lo sabe todo. La conversación con ella, un tanto cortante pero de agradecer, se caracteriza, A. Porque *Pitita* quiere saber, de entrada, si se ha vuelto loco. Él intenta tranquilizarla al respecto. De hecho, aunque nunca se lo hubiese confesado, siempre fantaseó con hacer *puenting*. B. Porque *Pitita* insiste en saber si ha perdido el sentido del ridículo, que tan agudo tuvo siempre. Vuelve a tranquilizarla, y C. Tras conocer todos los pormenores del asunto, *Pitita* le da muchos ánimos en la lucha. Así es ella.

Lo realmente pertinaz es que, por vez primera en todos estos días, a Serafín Burón se le menciona no como simple vecino del valle de Ranroño, lo cual sería un tanto ambiguo, sino de la localidad de Hiseda. La otra mención que hacen de él alude a cómo le ha denominado repetidas veces, y en sentido denigratorio, uno de los periódicos en conflicto: «el Cristo de Ranroño». Los medios empiezan a señalar a Hiseda en el mapa. La pólvora ya ha prendido en la mecha. Nada puede pararla. Con Cristo hemos topado, y con Ranroño de por medio: ahora igual los de Hiseda se pelean con el resto del valle por aquello de que el Cristo es suyo, y ojito.

La repercusión de esa escasamente objetiva información logra dos cosas que, en principio, pasan prácticamente desapercibidas hasta por los propios protagonistas. Una, que Hiseda acaba de entrar en escena, al menos como concepto. En segundo lugar, y eso será lo más importante, aludiendo al Cristo de Ranroño casi como la cosa más natural del mundo, como si fuese el alias de un boxeador o el apodo de un cantante, acaban por crear escuela. A partir de ahora, Serafín ya no va a ser Serafín salvo para sus íntimos y, dado que carece de éstos, definitivamente no volverá a ser lo que era. Allá donde vaya

y haga lo que haga, durante un tiempo será el Cristo de Rantroño, pese a que en el pueblo a no mucho tardar empiezan a protestar por lo bajo, y con toda su energía, por lo que consideran un ultraje a lo propio: «¡Es nuestro, la leche, es el Cristo de Hiseda!», se oye aquí y allá. Y las beatas se santiguan maquinal y apresuradamente asintiendo, pero también diciendo en un gorgorito: «Si un caso... si un caso...», aseveración esta última sin duda enigmática en sí misma, como todo aquí.

Al final parece que cede un poco la contraofensiva por parte del *Correo*, luego de un par de semanas de refriega, y eso, en vez de ir disuadiéndoles hacia posturas más prudentes y conciliadoras, hace que decidan aparcar de momento el tema para mejor ocasión, diríase que olvidándolo sin más, como a menudo suele ocurrir con sucesos así. Menos mal. El *Heraldo*, por su parte, insiste en su política agresiva y comprometida y se descuelga con otro editorial que consigue revolver aún más el asunto. El título es «Un respeto a los antepasados», y ahí, aunque obviamente se cita a Serafín y su problema con la Autovía –párrafo en el que por cierto hasta el propio rotativo da por bueno el apodo que entre todos parecen haberle puesto, con el siguiente texto: «El así denominado un tanto gratuitamente Cristo de Rantroño»– y luego sigue describiendo las vicisitudes de Serafín y sus intereses vulnerados a costa de la Casona paterna. Lo cierto es que ya casi en todas partes mencionan, a partes iguales, su nombre, su problema y lo del Cristo dichoso. Quién le mandaría quedar colgado de aquel modo tan ridículo, como si estuviera crucificado en posición inversa y con la pancartita de marras, que vista de lejos parecía escrita en chino. Ya era mala suerte la suya. O bien pensado no tanto, porque de otro lado ahí estaba él, bañándose casi en olor de multitudes en cuanto asomaba por el pueblo, donde a los hisedianos ahora les faltaba tiempo para hacerle saber que lo apoyaban en todo cuanto emprendiera, aunque la realidad es que luego esa ayuda se tradujese en nada, entre otras cosas porque poco podían hacer. En cuanto al abogado, solía recordarle a diario que el tema empezaba a estar donde tenía que estar. Vamos, que se estaban moviendo cosas. Había esperanzas, aunque era ya bastante escaso el margen que quedaba.

Una tarde, Serafín se encontró un voluminoso paquete con su

correspondiente nota junto a la portilla de entrada a la Casona. Era de *Colás*, que por lo visto no se resignaba a quedar al margen de toda la historia. ¡Ahí era nada, ese bravo del *Burro Joven* que salvó a su nietecico del alma, saliendo ahora en la tele y los periódicos! En el paquete había unos puerros, dos enormes calabacines, unas judías verdes y media docena de huevos frescos, de lo mejor que encontró entre la huerta y el corral propios. «En agradecimiento por aquello», se leía allí en una nota de papel cuadriculado, y luego: «Atentamente: Nicolás y Emilia». Que era como decirle: «¡Menudos huevos los tuyos!».

Bastantes días estuvo dándole vueltas en la cabeza Serafín a esa presunta ayuda de los hisedianos a su causa. Cuanto menos, curiosa. Durante años le habían dicho «sí» a todo, pero como se hace con algunos retrasados mentales o, como ellos sostenían, «con los de ciudad que son buena gente». Y ahora, cuando su foto y su cara daban que hablar, todavía se le acercaban como con recato, a veces ofreciendo su supuesto apoyo, lo que también era sugerido con recato, y otras veces ni eso. Sencillamente, le vieron en tal o cual diario, o incluso por la tele, y se lo recordaban. Pero de apoyo real, nada. Eso lo llevaba clavado adentro, aunque nunca se había planteado qué tipo concreto de ayuda esperaba de ellos.

Atareado como estaba con todo este asunto –y siempre contando con la colaboración incondicional de la fotógrafa, su abogado, que aún debía resolver lo del encadenamiento frente al Gobierno Regional, y su legión de ecologistas, a los que ya había que sumar los del grupo que practicaba *puenting*, que a su vez contactaron, parece ser, con los que hacían surf en la costa, no demasiado alejada de Hiseda, más allá de la cumbre del pico Najos–, Serafín se hallaba sumido en la estrategia de una nueva acción. Ahora, así podía afirmarse, le llovían las ofertas. Habíalas de toda guisa, y la mayor parte eran perfectas locuras, cuando no necesidades sin parangón. Al final, evaluando las desventajas y los puntos a favor, se decidió que una acción como la del puente, que en ningún caso podía ser tipificada como perturbación del orden público, quedaba o podía quedar demasiado aislada en sí misma. Hasta parecer, en efecto, el acto de un demente que sigue con su pataleta. Cosas como el encadenamiento a un edificio oficial, por el contrario,

tenían ese ligero cariz delictivo, sí, pero también de estímulo para los descontentos, al menos así era para mucha gente, y sus posibles consecuencias jurídicas, ante las que en su momento habría que ver si la acción de marras compensaba o no. Pero de tener instruida ya una causa en los juzgados no le libraba nadie. No obstante, y por la repercusión social que tenía ese último tipo de acciones, parecía necesario volver a hacer una similar. O eso o perder la batalla y la Casona.

Se desechó hacerlo pasear por toda la costa montado en una tabla de windsurf, y con su pancarta al viento, menos mal.

Se desechó hacerlo volar en parapente sobre la plaza de toros de la capital. No, nada de nuevos vuelos ni de cuernos.

Se desechó que interrumpiera un pleno del Gobierno Regional, pues ello induciría a delito, y ya se veía como John Dillinger o, casi peor, Lee Oswald.

Se desecharon variopintas opciones. Cundía el desánimo.

Y fue entre un sinfín de burdas sugerencias como, en una concurrida sesión que tuvo lugar en la cafetería principal de Salinas, los miembros de cierta peña futbolística de Vegamayor, peña creada para seguir en sus desplazamientos al equipo de la capital, que un año estaba en Primera División de la Liga de Fútbol y tres o cuatro no, le dieron otra idea, para ellos tan presuntamente original como sencilla, y cantidad de veces se habían visto cosas así en la tele: saltar en mitad del campo, el estadio lleno y en pleno partido, con la pancarta bien abierta. Darse unas carreras por allí y nada más. Así lo dijeron. Todo el mundo enmudeció, pero Serafín, a quien aquella insensatez no le parecía sino una más de las mamonadas que entre todos ya habían soltado a lo largo de la tarde, sopesó velozmente en su mente científica:

1/ RIDÍCULO VARIABLE DE LA ACCIÓN: Absoluto.

2/ POSIBILIDAD DE CREARSE ANTIPATÍAS: Moderada.

3/ RIESGO DE INCURRIR EN UN DELITO: Inexistentes.

4/ PUBLICIDAD Y REPERCUSIÓN INMEDIATA: Máximos.

Mientras a su alrededor la gente reía o se enfadaban entre ellos, por ser partidarios o no de algo así, Serafín pudo visualizar la escena en su

imaginación. La vio con toda nitidez, y le gustó. Ya no había que preocuparse, pues. No en su caso y no ahora. La certeza de un nuevo y rotundo ridículo pasaba a segundo plano, pues tenía la sensación de que se lo jugaba todo a una carta. Por supuesto que contaba con ello, pero tampoco podía, después de lo ya realizado, efectuar marcha atrás. Mientras hiciese gestos que le parecieran bien a la gente, sin insultar a nadie, siendo respetuoso con todo el mundo cada vez que se le preguntase, nada peor podía sucederle, y sí mejor: que su caso siguiera vivo, provocando cada día más polémica, porque el reloj avanzaba. Así que, en un susurro entre gritos, dijo lacónicamente:

–Lo haré.

Lo lógico ante tal frase hubiese sido que un clamor generalizado naciera allí, como muestra de júbilo y apoyo. Pero como en ningún momento nos hemos movido de esta tierra, casi es obvio decir que los paisanos presentes se enredaron de inmediato en una ardua disputa léxica a costa de los matices que dicha acción debería tener. Serafín vio hisedianos, aunque apenas cuatro o cinco conocidos, a quienes saludó con un escueto movimiento de mentón. En cambio, y pese a estar en Salinas, eran mayoría los de Vegamayor, porque sólo con los de la peña futbolística ya sumaban unos cuantos, y muy vociferantes, como buenos hinchas futboleros. Y el caso es que Serafín, transcurridos varios minutos desde que profiriese su firme aquiescencia para realizar esa acción, aún no lograba entender el por qué de la disputa. Había dos grupos con posturas enfrentadas. Así se lo explicó un entendido, casi chillándole entre el barullo imperante: unos se mostraban partidarios de que saltase al césped y corriera allí con la pancarta, aunque era previsible que vendrían a reducirlo, y seguramente no de buenas maneras. Otros, los más radicales, estaban por el *streaking*. A Serafín se le nubló la vista de repente. Llevaba ya varios tintos, pero aquello le sonaba peor que lo del *puenting*. Y lo cierto es que le sonaba, sí.

– Salir desnudo y correr hasta que te reduzcan.

–¿En pelota picada, quieres decir? –preguntó poco eufemísticamente Serafín, a quien, sin ningún tipo de vacilación, ya se le habían pegado ciertos modos de hablar de aquella gente.

–Picada, picada –sentenció el otro, encogiéndose de hombros–: Así suele ser mucho más efectivo, la verdad.

–Claro –comentó un nuevo contertuliano–, no es lo mismo un payaso-payaso que un tío que sale en bolas y por algo por lo que protestar...

Se hizo un tenso silencio. Serafín se mesó el mentón y luego preguntó:

–Te refieres a un payaso en bolas haciendo reír de lo lindo al personal...

El silencio, si cabe, se tensó aún más a sí mismo, como si alguien lo manipulara desde dentro igual que las cuerdas de una lira. Mientras, Serafín pensó que, puestos a perderlo todo, Casona, patrimonio y los escasísimos ahorros que aún le restaban, además de su imagen pública, que ya debía estar por los suelos, quizá podría comunicárselo a los de las páginas laborales del *Heraldo del Norte*, aunque fuese por aquello de un último favorcillo: «Payaso de animación, se ofrece». No era cuestión de descartarlo.

Se levantó solemnemente de su silla apoyando ambas manos en la mesa. Zozobró un poco, demasiados tintos, y aunque no pegaban tanto como los del *Legañas* su poder era considerable, pero al mismo tiempo pudo entender lo que sentirían oradores como Azaña, Lerroux o Largo Caballero, cuando, en su primera época, arengasen a un reducido grupo de fieles en locales como éste.

–Saltaré al campo, pero de pelota picada nada –sentenció en un hilo de VOZ.

Un murmullo de decepción se fundió casi en el acto con otro de aprobación, al que siguieron aplausos generalizados. Después, viendo que había caras un poco largas en su entorno, añadiría:

–Porque una cosa es que puedan currarme delante de varios miles de personas, y otra muy distinta que me toquen las bolas...

Una sarta de enfervorizados aplausos estalló en la cafetería.

–Que uno aún tiene su decencia...

Eso iba a decir, y de hecho igual hasta lo dijo, pero ni se oyó a sí mismo, sepultado en aquel clamor. Lo cierto es que iba a decir: su «pizca» de decencia. Para qué nuevas trifulcas. El comentario anterior lo había hecho porque los de la peña futbolística de Vegamayor, que incluso tenían pensado el partido idóneo para hacerlo, la visita de un potente equipo al estadio el

domingo próximo, también le habían puesto sobre aviso de que, aparte de la policía habitual que asistía a los partidos, los guardias de seguridad del campo eran unas malas bestias. «Cuidadito con ellos –le advirtieron–. Provócales lo mínimo, que se lo toman todo muy a pecho.» El consejo era innecesario. Después se rogó la natural discreción a los allí presentes y se ultimaron los detalles, como una especie de célula terrorista que se despide antes de perpetrar un atentado.

El asunto, en principio, era más fácil que lo del puente de Eciza, aunque exponencial y multitudinariamente más bochornoso, episodio aquél en el que Serafín no quería ni pensar. Entonces se había sentido un perfecto botarate suspendido en el aire, y era preferible no volver a ello. Además, logró imponer su criterio al afirmar que saltaría al terreno de juego en el descanso del partido, lo que pareció decepcionar enormemente a los más radicales, que deseaban que lo hiciese desnudo y en pleno partido. La razón esgrimida era que, según ellos, con ese encuentro en plena disputa, la cosa tendría mucha más repercusión y envidia. «Es la diferencia entre que salga en el “Telediario” o en el programa ése, “Todos los goles”, y que vete a saber si lo sacan como anécdota.» Por lo visto, ya sólo se pensaba en la televisión estatal, en hora y audiencia punta. Serafín siguió en sus trece. Personalmente, y no se trataba de una cuestión de simple vergüenza, pues iba a hacer eso de idéntica manera ante las mismas decenas de miles de espectadores, creía que interrumpir un partido podía constituir un delito serio, como hacerlo en pelota picada una alteración del orden público. Por el contrario, hacerlo en el descanso le parecía diferente. Más señor. El abogado afirmó que tenía que asesorarse al respecto.

Ni desnudo ni medio desnudo ni nada.

En cuanto a saltar al terreno de juego, eso sería lo de menos: podían conseguirle una entrada de la fila 2, algo esquinada. «Mejor, porque allí no hay polis. Evitan estar junto a los banderines de los córners porque a veces les cae de todo», frase que por cierto no tranquilizó a Serafín. Otro futbolero insistió en que para cuando los policías quisieran reaccionar, los otros, los verdaderos perros de presa, hombres a sueldo del club, por ejemplo el delegado de campo y sus ayudantes, o los temibles guardias de seguridad,

estos últimos ya habrían ido a por él como galgos. Les iba el sueldo en ello. Serafín llevaría una especie de bandera: una sábana de cama pequeña cosida a un palo de poco más de un metro de longitud, fácilmente disimulable entre la cantidad de pancartas que se llevan a un estadio. Habría un lema escrito, como siempre con aerosol negro, en cada lado de la bandera-pancarta. En uno: «No a la Autovía Norte-Centro», y en el otro, la misma inscripción que utilizó en el puente y frente al Gobierno Civil: «Quieren robarme la casa de mi padre». Así los ecologistas, tan majos, se daban por satisfechos.

Entonces se sucederán unas jornadas de preparativos y nervios.

Para Serafín van pasando los días con la absorta cadencia del reloj de pared que yace en la soledad de una gran habitación abandonada. Entonces se siente como un líquen. O más exactamente: como si él estuviese dentro del enorme batiscafo que es la Casona y desde esa invisible jaula submarina pudiese contemplar, asomándose al jardín o a cualquiera de las ventanas, el otro mar que lo rodea, ahí mismo y a la vez tan lejano, tan inasible, la realidad del pueblo. Percibe todo su ser, en tales ocasiones, como si fuese un elemento ortopédico de una estructura mayor en la que su organismo de persona es sólo un apéndice. La inquietud lo corroe. Son momentos difíciles en los que prácticamente ya lo ha probado todo para distraerse, incluso jugar largas partidas de ajedrez consigo mismo, sentado frente a una mesa tapizada de terciopelo rojo Burdeos y en la que cuelgan flecos de hilo dorado. Pero acaba haciéndose trampas. Tanto no puede, o no sabe, o no quiere escindir. Cualquier cosa menos acudir al *Legañas* como un trastornado, a ver qué se cuece por ahí, o peor aún: como un adicto a los opiáceos hisédicos.

Es en esos momentos, sí, en los que debe realizar ímprobos esfuerzos por vencer su prurito verecundo y, una vez superada su consustancial vergüenza, no ir a sumirse en la batahola que a media tarde se formará en el *Legañas*. Se da excusas diversas, como mirar en la huera alacena que ahora apenas tiene botes vacíos pero donde antaño, cuando estaba aquí *Pitita*, hubo mermeladas varias y confituras de vistosos colores, cada una con su correspondiente etiqueta floral. Se pone su viejo tabardo de pana marrón, pues, y baja en dirección a Hiseda buscando alguna cambera nueva por la que hace tiempo no transita. Cierto que siempre suele descubrir algo. La escarcha que deja una

película transparente de minúsculas lentejuelas en la pulpa de algunos frutos caídos y rotos en el suelo, ya tábidos y a punto de la putrefacción. La serpenteante alfombra amarilla formada por las hojas de los alerces. Esos matorrales de ásaros, con sus bohordos rojinegros. El cuclillo que va de rama en rama sacudiendo su plumaje color ceniza. O, a la altura de Pradonuevo, hombres y mujeres desgranando el centeno a golpes de mayal. Aunque cada vez quedan menos. Todo le sirve para distraerse.

Realizado ese breve contacto con los paisanos, y habida cuenta del espíritu vehemente que demuestran para casi todo, vuelve resignado a la Casona. Si es que por estos andurriales son muy suyos, se dice en el camino constatando, como si no lo supiese ya, y sigue siendo incapaz de intercambiar más de cuatro frases de rigor con cualquiera de ellos. Si es que, de decirles que eso sabe a lechuga, se comerían el talud de ortigas que está junto a la ermita, o un valioso pergamino inédito de la época del Siglo de Oro si alguien les insinuase que está hecho con piel de vaca, o hasta un baúl de caoba forrado de fino tafetán, si se les asegurase que tiene un ligero sabor a chuletas de cordero. Resistirá una semana más, aproximadamente, para volver a repetir idéntica operación de rastreo visual hisediano. Es la propia monotonía del ciclo, absurdo pero humanamente inevitable, la que le reconforta.

Pero, volviendo al hilo de nuestra narración, la noche del partido, con el estadio lleno, volverá a pasar algo que nadie prevé, como de hecho ha venido ocurriendo todas y cada una de las veces en que Serafín se decide a protestar por aquello que cree justo. Y la clave, quién lo diría, pues contemplado a priori es un factor que sobre el papel carece de la mayor relevancia, va a estar en el calzado y en la ropa.

Porque, en efecto, ya está dentro del estadio, estrujado en mitad de una masa vociferante y calada por la fina lluvia que cae de modo continuo.

A los pocos minutos de que los jugadores de ambos equipos y el trío arbitral se retiren a los vestuarios el cuarto de hora estipulado como descanso, Serafín, que ya se ha colocado junto al banderín de córner de la fila 1 con su pancarta discretamente plegada en las manos, se desprende de la chaqueta, que entregará a uno de quienes le acompañan. Salta con delicadeza la valla metálica. Ya está en el césped. Con paso tranquilo, observando que por allí

cerca no haya ningún policía ni empleado del club, que no lo hay, acelera la marcha. Por supuesto, tiene las pulsaciones de su corazón a 190 como mínimo, y sus mejillas arreboladas con gotitas que no sólo son de lluvia, sino de un frío sudor.

Actúa, justamente, como si se tratase de un empleado cualquiera del club, quien, con su palito en la mano, va reparando ciertas zonas bacheadas del césped, que por cierto está bastante mojado, ya que llueve de forma cada vez más fuerte. Luego camina más deprisa y llega hasta la frontal del área. Allí, ya con cierta agitación, algo que confirma el torpe movimiento de las manos, despliega su pancarta-bandera empezando a correr al trote contra la dirección del viento. Eso le han recalado que haga a fin de que la pancarta pueda leerse. Sí, llueve cada vez más intensamente y sopla un repentino y fuerte viento, lo que facilita todo. Se ha vestido con un viejo chándal de esos como plastificado para sentirse más cómodo y, ya que el día amaneció lluvioso y frío, se puso sus habituales botas de montaña, con gruesos tacos de goma.

Cuánto va a dar que hablar en las jornadas siguientes al partido ese par de nimios detalles relativos a su vestimenta. Qué de momentos llenos de hilaridad y buen humor no habrá a su costa, y todo ello a pesar de Serafín, que ni lo tuvo en cuenta ni se le pasó siquiera remotamente por la cabeza, como si con su despiste y su inocencia viniese a demostrar que sólo así pueden salir como salen ciertas cosas. Porque en cuanto se ha puesto a correr por mitad del terreno de juego como gonfalonero anunciando el esperado torneo, un murmullo inconfundible ha ido recorriendo todo el campo, tribunas, los fondos de gol tras las porterías, los anfiteatros, las gradas laterales. La gente, que tiene tiempo de leer lo que pone la pancarta, le jalea con fuerza, divertida. He ahí un espectáculo con el que no contaban para matar un poco el tiempo en el tedioso descanso. Quien más quien menos, en la provincia casi todo el mundo ya ha oído hablar de él, y ahí le tienen ahora, dando un nuevo *show*, para ellos y gratuito. Aplauden a rabiar. Eso parece contener unos instantes a dos policías nacionales que, cada uno de ellos desde distintas zonas del campo, hacen un conato de acercársele, aunque sigan caminando en su dirección con normalidad. Es más, el público ha empezado a abuchearlos al darse cuenta de que llevaban intención de ir a por Serafín,

que sigue lejos, tan alegre, dando brincos y moviendo su pancarta-reclamo ya cerca del círculo central del campo: su objetivo. Da saltitos y sonrío en todas direcciones, lo cual le granjea más simpatías. Los policías, confundidos por esa inesperada y colectiva reacción adversa del gentío, recurren a sus radios, aunque sin dejar de caminar hacia él, siempre lentamente, como si pidiesen ayuda urgente para un asalto militar en toda regla.

Es entonces cuando va a desequilibrarse una vez más la balanza de los acontecimientos, y lo que seguramente habría sido una escena normal en estos casos, un tipo «espontáneo» entregándose dócilmente a sendos uniformados, que se lo llevan sin más entre el choteo o los silbidos de la gente, está a punto de convertirse en algo muy distinto:

Una memorable cacería.

Más aún: en una especie de improvisada corrida de toros con la que nadie contaba. Y es que un par de energúmenos con chaquetillas de tono fosforescente, a ciencia cierta empleados del club, y que a diferencia de los dos policías han perdido ya los nervios, corren como posesos en dirección a Serafín. Uno es bajito pero musculoso, de aspecto atolondrado y cara de malas pulgas. El otro, un fornido gigantón pelado al cero y de piel oscura que impone lo suyo. Van hacia él a la carrera. Los socios habituales del estadio los conocen de sobra. *Liliput* es el más bajo, a quien llaman así no sólo por su estatura sino porque se jacta de ser un asiduo a todos los puticlubs de la zona y a numerosas academias de karate. El otro es *Tutú*. Un gorila con cazadora de cuero bajo el chalequillo, sin más.

Serafín, que en ningún momento pensó en ofrecer resistencia y mucho menos escapar corriendo, lo que en su código de valores constituye ya el ridículo del ridículo, al verlos siente un repentino y vivo acceso de pánico que primero le atenaza todo el cuerpo, pero luego parece darle alas. ¡Jo, cómo va a galope! ¡Corre que se las pela! Cuando casi tiene encima al hombre bajito y con cara de cerdo realiza un quiebro instintivo con la cintura y, pese a que el tipo ya prácticamente le echaba las manos encima, lo esquiva con una habilidad que incluso le sorprende a él mismo. El cerdito, tras manotear en el aire buscando un posible asidero, cae igual que un saco de tierra sobre el césped. El batacazo, sin duda al resbalar en la hierba húmeda, ha sido de

impresión. Serafín huye despavorido de allí. Pero mucha gente, puesta en pie, ha proferido un sintomático y primer:

–¡Oléeee...!

Como suele ocurrir en estos casos, la masa, sobre todo cuando toca rechifla, se contagia pronto. Serafín no quería hacerlo, pardiez que no, pero tampoco ahora puede dar marcha atrás o arrepentirse. ¡Menudo momento para eso! A una docena de metros tiene al gigante pelón, que sigue lanzado hacia él y corriendo en diagonal con renovada tenacidad tras ver el penoso papel de su compañero. Y Serafín, de nuevo instintivamente, vuelve a hacer un movimiento equívoco, que hasta a él consigue desconcertarle: una finta apenas insinuada cuando el corpulento sujeto está a punto de echarle la zarpa encima. En lenguaje futbolístico se diría que ha realizado un bonito *dribling*, un regate primoroso propio de los ases del balón, una especie de quiebro de cintura. Lo cierto es que también este empleado resbala, cayendo aparatosamente de costado. Como su compañero, lleva zapatos de suela normal, y así es sumamente difícil mantener el equilibrio sobre el césped mojado tras una carrera. Al caer de bruces el corpachón, la gente, ahora con casi todo el estadio en pie, vuelve a corear:

–¡... Y oooléeee!

Estaba pactado que los ecologistas, quienes se habían dividido en sendos grupos en el estadio, gritarían consignas en este momento. Pero las circunstancias les desbordan. Apenas consigue oírse, en medio de aquel estrépito, un corrillo de voces aflautadas, que claman:

–«¡Eco-siste-ma, a-gre-di-do!» –Y lo hacen de forma tenaz, aunque desgañitándose en vano, como un coro de eunucos.

Mientras, los de la peña futbolística de Vegamayor, que han acudido en tropel, vociferan con todas sus fuerzas:

–¡No-le-quitéis-la-casa-de-su-padre! –procurando, darle la entonación del clásico grito de protesta, y partiendo las palabras como si fuesen golpes de látigo.

Pero Serafín no logra oírles, tal es su excitación de gacelilla despistada en la estepa del Kalahari cuando ya la han visto dos leonas. Ni se acuerda de quién es, vamos, como en el puente. Bastante tiene con huir a otra parte del

campo, pues los dos policías siguen avanzando hacia él con cautela pero a paso vivo, sin duda desconcertados ante aquella generalizada reacción de apoyo popular que recibe el espontáneo.

Y algo increíble va a ocurrir de nuevo, sólo que acrecentado. Los dos empleados del club se comentan algo entre ellos e intentan cercar a Serafín al unísono y por los flancos. Se inicia otra carrera alocada en zigzags por el césped, ahora en dirección a las tribunas. Él está muy bajo de forma, pero los tipos tampoco parecen sobrados de resuello, sobre todo el gordo, por lo que lo siguiente deviene una persecución penosa, rayana en el más puro vodevil, aunque el público sigue partiéndose de risa entre «¡ayes...!» y «¡olés...!» Serafín vuelve a zigzaguear igual como lo hiciera antes y logra que el tipo bajito resbale de nuevo, pegándose otro batacazo que es recibido con exclamaciones de alborozo por el respetable. La gente se mofa de *Liliput*, ahora desde el Gol Sur, llamándole por su nombre.

Empiezan a asomar pañuelos blancos bajo la lluvia. Es un milagro. Serafín, pese a estar muerto de miedo, grita de alegría y entre jadeos, coreando a su vez al público.

También se oyen gritos de: «¡Otra, otra, otra!». Seguramente piden más caídas. Y *Tutú* se le acerca por detrás.

Puesto allí, en mitad del verde césped, parece un burro hopeando su cola para zafarse de los tábanos. Incluso imagina estar oyendo comentarios de los aficionados al fútbol en las gradas: «¡Cómo le ha roto la cintura...!». Igual se convierte en un as sorteando a las vaquillas, en Ferias. Pero no.

Un nuevo *dribling* se le ha quedado algo corto a Serafín, quien corre y corre con el otro monstruo detrás. Sus botas de montaña le facilitan las zancadas que da, mientras que al perseguidor se le ve indeciso porque trastabilla a cada paso. La gente le previene como en un gemido creciente, pues parece que ya lo tiene al alcance de su manaza. El corpachón estira el brazo en mitad de un «¡aaaayyyyy...!» generalizado. *Tutú* ha cogido a Serafín de la cintura. Es entonces cuando el tipo, que al parecer no logra asir bien el chándal, vuelve a resbalar para generalizada carcajada de las gradas. No suelta a su presa, pero un desesperado Serafín intenta seguir corriendo. El resultado es que en su caída de morros sobre el césped, *Tutú* tira del pantalón

del chándal hacia abajo, dejando las nalgas de Serafín al descubierto. Éste, con una mano, procura que el pantalón no baje del todo, hasta las rodillas. Tira y tira, apretando los dientes. Casi parece que lleve a rastras a aquel orangután que está fuera de sí y pataleando sobre la hierba.

Ahora siente de todo menos vergüenza. Tan sólo la necesidad animal de huir ante el peligro.

De nuevo, de forma inexplicable, logra desasirse de esa mano enorme y colérica. Todo el estadio le ha visto un poco el culo, pero ¿y qué? Él se coloca correctamente los pantalones del chándal. No lo sabe, pero a mucha gente de cierta edad, les recuerda un poco a Cantinflas. Por eso se desternillan con gusto. Serafín está tan agitado que no ve a los dos policías, quienes ya están muy cerca, a unos quince metros. La gente ha vuelto a gritar «¡Olé, olé!» un par de veces. El público actúa así porque el empleado de Seguridad bajito, aunque todavía a cierta distancia, ya amenaza con ir de nuevo a por él. Serafín lo encara, diríase con un gesto y empaque de experimentado torero. Tanto es así que incluso *Liliput*, viendo todavía a su descomunal compañero hecho unos zorros entre el barro y haciendo esfuerzos por levantarse del césped mojado, y del que ya ha arrancado una buena parte en su caída, se lo piensa dos veces antes de decidirse a hacer el idiota por tercera vez consecutiva. Pero como le coja...

Algo ocurre en la cabeza de Serafín, sí, algo sin duda de índole torera, y eso es extraño, pues nunca a él le interesaron los toros: de pronto, jadeando aparatosamente, se dirige al centro del campo con andares así como convencidos, casi desafiantes, y clava de un manotazo el palo en la hierba. Con una mano despliega la pancarta. Entonces da una vuelta completa en torno a la misma acompañándola con la otra mano, para que todo el público pueda leer la inscripción. Sabe que le quedan escasos momentos hasta que los otros policías le den alcance. Vienen gritándole algo, seguramente que ceje en su empeño y deje de escurrírseles como una anguila poniendo a todos en evidencia, pues eso será peor. El barullo proveniente de las gradas le impide oír nada. Serafín se entrega no sin antes poner los brazos en cruz e hincándose de rodillas sobre el césped mojado. La ovación es total. *Tutu*, que ya se disponía a lanzarse sobre él, ve cómo se llevan a su presa, pero aún

tiene tiempo de hacerle un gesto al detenido pasándose el envés de la mano por el cuello. «María Santísima –piensa casi insuflado de gloria Serafín–, y total, por un par de regates de nada que le he hecho...» Aun ahora no piensa en su calzado salvador.

En ese instante el estadio, puesto en pie desde hace un rato, rompe en un aplauso cerrado. Por una de las gradas altas empiezan a hacer la ola humana en honor suyo. Y poco a poco, tal que si varias decenas de miles de personas se hubiesen puesto de acuerdo para realizar un mismo ejercicio –como una especie de multitudinario *tai chi* del recochineo– el estadio entero va haciendo la ola, elevando sus brazos al tiempo que se levantan y luego se sientan otra vez, aguardando el nuevo paso por allí de la simbólica marea que volverá a hacerles elevar los brazos. Es la apoteosis.

Cuando se llevan a Serafín, con los policías cogiéndolo cada uno de un lado, comienzan a oírse algunos silbidos de protesta. Pero otro rumor, éste de alarma, brota de un sector del estadio. Desde ahí han visto algo. Y ese algo es el energúmeno corpachón de *Tutú* que se dirige, de nuevo casi a la carrera, en dirección a Serafín y a los agentes que lo custodian. Parece que se dispone a agredirlo, o a encarársele de algún modo. La pitada es tan fenomenal que por momentos no se oye otra cosa que ese agudo y molesto bramido. Pasan los segundos y el ruido sigue siendo ensordecedor. Uno de los policías, viendo tan fuera de sí al de Seguridad, que con buen juicio debe creer su honra mancillada hasta extremos peligrosos, por ejemplo perder el empleo, se ve obligado a forcejear con él. Se le enfrenta y por fin logra aplacarle ante un impertérrito Serafín que, minuto a minuto, gana enteros ante la masa. Otro sector del estadio, sin duda en referencia al empleado calvo de aspecto imponente y a su furioso compañero, inicia un cántico al unísono:

–¡Toros al corral, toros al corral...!

Serafín, al que por un momento han soltado de los brazos, saluda al respetable. Lo hace con un movimiento de la mano que viene a indicar algo así: «Lo siento, ha sido un poco bochornoso, pero no contaba con ese par de bestias pardas. ¡Gracias, gracias!».

Es ése un gesto comedido y firme que gusta a la gente, amantes muchos de ellos del buen toreo, aunque ahora estén en el fútbol. El público le

demuestra su opinión y favor aplaudiendo a rabiar cuando es finalmente introducido por el túnel de vestuarios. Siempre emparedado entre ambos agentes y seguido muy de cerca por el gigantón rapado. Y siguen demostrándole su favor cuando el otro empleado del club, también humillado, recordando que Serafín dejó clavada la pancarta en el centro del terreno de juego, acude allí de prisa para arrancarla con un brusco tirón, que demuestra su enfado y desdén. Entonces el estadio entero vuelve a unirse en un abucheo tan sonoro que el tipo casi huye de allí, cabizbajo y refunfuñando.

–¡No se la quitéis, no se la quitéis...! –aúlla una grada en alusión a la pancarta y de paso a la casa de su padre.

–¡To-re-ro..., to-re-ro...! –clama la otra tribuna entre aplausos.

De lo ocurrido en los siguientes minutos poco se sabe. Sólo lo que explicará después Serafín: que el calvo gigante quería agredirlo todo el rato, y que gracias a la protección policial no lo hizo picadillo allí mismo, junto a los vestuarios. Algunos jugadores preguntaron qué pasaba, extrañados de aquel estruendo que habían oído desde dentro. Según Serafín, la mayor parte de quienes por un motivo u otro se dirigían a él lo hacían con una sonrisa de comprensión. Excepto *Tutú*, *Liliput* y otros tipos que parecían sus compañeros, todos ellos empleados del club. El abogado de Serafín, no sin cierta dificultad, consiguió acceder a la salita donde la Fuerza Pública lo tenía bajo protección de esos empleados del club, curiosa circunstancia, ciertamente paradójica: todos estaban allí para velar por el orden, pero unos hubiesen apaleado a un sujeto y otros lo protegían enérgicamente.

Se le tomaron los datos y, tras varios minutos de charla entre el abogado y un suboficial de la Policía acerca de lo ocurrido, se decidió que no lo llevarían detenido a Comisaría, en previsión de que pudieran darse nuevos problemas. Aquel suboficial, desde el túnel de vestuarios, había visto toda la escena, que pudo durar en su totalidad uno o dos minutos, no más, y también comprobó la reacción del público. Él no quería líos. Eso sí, tanto el abogado como Serafín debían pasar por Comisaría al día siguiente para «cumplimentar ciertas diligencias». Porque, les avisó, y ya podían contar con ello, el club pondría una demanda en la persona de Serafín Burón.

El caso es que algo estaba sucediendo al margen de Serafín, de su

abogado, de los policías y de quienes hubiesen querido partirse la cara allí mismo, incluso cuando todavía se discutía qué hacer con él en el túnel de vestuarios. Y eso era algo inexplicable. De cierta zona alta del estadio empezó a surgir un grito, a modo de himno, poco antes de que los jugadores de ambos equipos saltasen de nuevo al césped. El grito unánime fue extendiéndose como una alfombra que se despliega con soltura:

–¡Que salga el Cristo, que salga el Cristo...!

Pedían que saliese para saludar, pero de forma espontánea –y él creía que sin malicia– también le llamaban de ese modo. El boca a boca había recorrido el estadio en escasos instantes. Serafín ya era un personaje.

Como resulta lógico, al día siguiente se hablaba de ello por todas partes y no había tertulia en la que no se mencionase el caso, a menudo acaloradamente. El *Heraldo del Norte* publicó una gran foto de Serafín en la que podía vérselo en el centro del campo con la pancarta desplegada. Sólo que habían elegido la foto en la que se leía únicamente lo del ecosistema. Eso le dolió. Llamaría aquel mismo día a la fotógrafa –pues sin duda se hallaba en posición de exigir– rogándole que hablase con los de redacción para que reprodujesen cualquier otra foto en la que quedara legible la alusión a la Casona. Lo hicieron en veinticuatro horas, y no sólo eso, sino acompañando la noticia con nuevos datos de tramos asimismo «conflictivos», o por lo menos «susceptibles de un pronto replanteamiento», en la dichosa Autovía.

Y, como también era lógico, el *Correo* publicó al día siguiente del partido una foto en la que Serafín intentaba correr mostrando el culo. No se veía para nada su pancarta. La noticia empezaba así: «Ya tenemos otra nueva fantasmada del chiflado a quien algunos dan en llamar el Cristo de Rantrño, ésta para sonrojo de cualquier ciudadano con un nivel elemental de decencia y, principalmente, sentido del ridículo». En ningún momento se aludía a la lucha de Serafín, ni a la Autovía cuestionada. Aquello sí le molestó de verdad, y mucho. ¿Sentido del ridículo? Bueno, ya había empezado a perderlo desde aquel episodio en el bosque con *Pitita*, cuando un perro no los devoró porque, aunque lo pareciese, no era un oso. El frente del combate seguía abierto, pero él, en una medida opuestamente proporcional al entusiasmo batallador de quienes le habían animado en la última época,

empezaba a estar muy cansado de todo esto.

Tuvo alguna que otra televisión local, más radios, más entrevistas y artículos, más llamadas en el contestador, más gente parándole en plena calle para decirle algo y darle ánimos. Pero las obras de la Autovía estaban cada vez más próximas. El abogado intentaba que mediante el pago de sendas multas fuesen retiradas las denuncias interpuestas respectivamente por el departamento jurídico del Gobierno Regional y la asesoría fiscal del club de fútbol de la ciudad. Éstos se habían puesto tercetos. Por aquello de los precedentes, ya se sabe. Serafín, por su parte, vulnerable a los estragos causados en su psique, cada vez se sentía menos *Burro*. De qué sirve luchar cuando todo está en contra y el enemigo es tan poderoso. De qué sirve la simpatía o solidaridad de la gente, si con eso, a fin de cuentas, no se come, ni se vence al fuerte.

Paralelamente, un cambio profundo, una visceral transformación interna está teniendo lugar dentro de él. Aunque tan adentro y agazapada que ni siquiera llegó a imaginar que disponía de ese preciado rincón, que es como el espacio que ocupa la Casona, pero en su alma. Se siente atraído hacia un páramo hasta entonces desconocido: el de una cierta e intangible espiritualización de las cosas que, por lo menos como un ungüento o poción benefactora, logra apaciguar su afligido ánimo. Mas disculpémosle porque tampoco es de extrañar una reacción así, a tenor de los turbulentos avatares en los que se ha visto envuelto.

Ya no se trata sólo de sus lecturas místicas, sino de lo que éstas han provocado: en verdad él ahora, pese a andar a grescas con los de la Autovía, cree sinceramente que todo puede y debe hacerse con cierta bondad.

Tal vez esto se inició en una nueva visita que hizo a Don Facundo, el antiguo párroco de Salinas, en su casa de Costalada. Fue como atenta respuesta a una carta que, días después del episodio del campo de fútbol, recibiese de tan admirado sabio. En ella podía leerse lo siguiente:

«Estimado amigo:

»Vile a usted, primero colgado como Ícaro en el puente de Eciza, y luego clamando bravíamente por sus inviolables derechos en mitad de esa masa ágrafa que jalea los absurdos movimientos de un objeto esférico de cuero,

haciendo de ello su obtusa religión. Vile con alegría, pero asimismo con cierta preocupación al pensar en lo atormentado que debe andar su espíritu para, dada la proverbial timidez que le es innata, y que creo conocer perfectamente, llevar a cabo actos de tal arrojo y convicción, que no me atrevería nunca a calificar como circenses o admirables, sino simplemente brotados del corazón.

»Le apoyo fervientemente en su valiente lid por conservar lo que suyo es, aunque temo acabe viéndose anegado por la contingencia de que, al ser constantemente motivo de zarandeo de aquí para allá por intereses varios y pasiones acaso muy lejos de ser nobles, el último de los Burones de Hiseda pueda terminar siendo movido por hilos inciertos, e incluso al final, sálgame o no con la suya en lo de la Casona, que para esto es Burón y de Hiseda, no halle felicidad alguna en dicha pugna, sino más bien todo lo opuesto: encuentre desasosiego, vergüenza, rencor y arrepentimiento de sus actos, así como de las consecuencias que provocarán.

»Hijo mío: deséole lo mejor, sinceramente. Y aquí, entre pastos y oración, puede disponer tanto del estéril bagaje de mi cultura como de la supuesta experiencia de mi anciana persona para cuanto guste, pues soy su Seguro Servidor.»

Serafín leyó varias veces la carta. Resumía cuanto era capaz de sentir. Qué prodigio de concisión. Qué preclara lucidez ante el desarrollo del problema en el que estaba inmerso, así como de su probable y gris futuro. Aunque tenía que enterarse si Don Facundo era gallego, porque en realidad, ¿qué sacaba en claro de esa carta? ¡Ah, esa habilidad de los celtas para insinuarlo todo y no afirmar nada! De modo que decidió visitar a quien, desde ya, consideraba para siempre su tutor espiritual, su guía y maestro. Le emocionaba especialmente ese modo de llamarlo «el último de los Burones de Hiseda».

Ni un título nobiliario sonaría mejor.

El último de los Burones de Hiseda.

Imponente. Además, pensó Serafín, de nuevo Don Facundo había demostrado su sutil educación, su *savoir faire* consustancial, no llamándole *Burro*, lo que en la anterior epístola sí hacía, y además con una ambigua

insistencia que llegó a incomodarle bastante. Claro que igual el cabrito del párroco de nuevo se la había intentado colar aludiendo a las consecuencias de sus actos en un tono así como de admonición, o al verter el adjetivo «circense» refiriéndose a lo suyo en el estadio. Daba igual, había que pasárselo. Todo ello concluyó en que Serafín decidiera visitarle en breve, no tanto para seguir pidiéndole consejo –lo que, dárselo, Don Facundo haría altruistamente y de forma adecuada a su venerable persona– sino más bien en pos de hallar determinada paz, cierto grado de serenidad que le convenía urgentemente en tan cruciales momentos.

Porque entre las llamadas que se vio obligado a contestar, a las que Serafín había bautizado «las inevitables», estaba una muy importante: la de un alto cargo del Ministerio de Obras Públicas que, por lo visto, deseaba comunicarse con él a la mayor celeridad posible. Serafín devolvió la llamada, y cuál no sería su sorpresa al comprobar el tono progresivamente agrio que aquel hombre empleaba con él. Era un jefazo. Empezó bronco, aclarando que las obras se habían demorado un tanto, para acto seguido, y finalmente ya sin disimulo, volverse lleno de acritud y amenazador. Le dijo que se pusiera como se pusiese la Autovía no podía modificar su trazado al paso por Hiseda y, evidentemente, por la Casona que con tanta vehemencia defendía. También le comentó que, en última instancia, era posible que, aunque se fallara a favor de Serafín en un posible pleito, la Casona seguiría en su sitio, sí, pero «literalmente sepultada», eso dijo. Y lo mencionó regodeándose: *literalmente sepultada* por la estructura de la Autovía. Serafín, que iba poniéndose furioso conforme aquel tipo hablaba y hablaba con voz autoritaria y relamida, le contestó que a él, ya puestos, igual le daba ocho que ochenta:

–Pásenla por donde les plazca. Mi casa continuará donde está –repuso cortante, a lo que aquel jefazo le contestó en tono desabrido:

–Está usted en el borde mismo del esperpento, jovencito, no sé si se da cuenta...

Serafín, con el teléfono suspendido en su oreja, parpadeó entre perplejo e indignado. ¿Experimento, jovencito? Si ya tenía su edad. ¿Qué era todo aquello? Al fin replicó, atragantándose de cólera:

–¿Experimento..., qué diantres dice usted de experimento...?

Eso es lo que había querido oír, en su buena fe y su cabeza, en la que aún debía germinar alguna idea puramente científica: el hámster cobaya de algo. Eso le abocó a pensar en tal palabra. Pronto iba a recibir un jarro de agua fría:

–¡Esperpento, le he dicho... es-per-pen-to! –repuso tajante aquel jerifalte del Ministerio de Obras Públicas adscrito al sector Norte-Centro.

Fue entonces cuando algo se espesó en la sangre de Serafín, quien automáticamente pensó que dicho individuo sin duda era asiduo lector del *Correo*, pues esa misma expresión, esperpento, era de las que ahí solían poner para referirse a él o a cuanto él hacía.

–Diga usted lo que quiera, haga usted lo que desee, pero yo no pienso moverme de donde estoy –deletreó Serafín, ya inundado de ira.

–¡Pues va a pasarle la Autovía por encima, y...! –se oyó al otro lado del hilo telefónico.

–¡Aquí la espero!

Y colgó de un fuerte golpe, tanto que por unos momentos creyó que había roto el aparato. La vibración duró varios segundos. Un polvillo amarillento cayó del techo a su cabeza. Igual era la carcoma que quería solidarizarse con él, pues para ella el futuro tampoco pintaba bien. Tuvo que respirar hondo varias veces hasta serenarse.

Fue ése, quizá, el punto de inflexión en el que Serafín se dio plena cuenta de la magnitud de su soledad, a pesar de todo cuanto de disparatado estaba sucediéndole en la última época, algo en lo que poco antes ni siquiera se hubiese atrevido a soñar. La voz y el mensaje de aquel hombre eran el mundo real. Fue ése, pues, el momento en el que, con decisión, se volcó en sí mismo, abatido, dejándose llevar por una marcada tendencia a la espiritualidad, algo que al principio le resultase desconocido, pero que a la postre estaba siéndole de tan gran ayuda.

No es de extrañar, en este contexto de los hechos, el desconcierto de alguien como él, apocado de por sí y nada amante del jolgorio –quien primero se deja enredar por un político de tres al cuarto, el alcalde de Hiseda, al recomendarle que montase un numerito en la propia sede del Gobierno Regional, luego por unos ecologistas que casi lo descrisman permitiendo que se tirase por un puente, y después permite igualmente ser embaucado por la

loca idea de unos hinchas futboleros—, no es tan de extrañar, pues, evaluándolo con frialdad analítica, que Serafín, pese a su laicismo militante hasta la fecha, acabara cayendo, y dicho sea esto con todo respeto y como mero símbolo, en las garras de las devotas de Salinas.

Naturalmente, ello no iba a ocurrir de la noche a la mañana. Algo así sólo es posible que se produzca de modo preciso, como la metamorfosis de los insectos o la floración de las plantas. Como quien cae en una tela de araña vacía. Después ya llegará esa tenue vibración, a la vez que terrible, desde un extremo de la transparente prisión de hilos. Aunque aquí todo va a suceder rápido. Y es que Serafín tomó la costumbre de visitar a Don Facundo cada dos o tres días. Allí, al cabo de pocas visitas, comprobó que de pronto, en una de esas apacibles tertulias, había cierta tarde dos señoras muy amables y comprensivas con su caso. Otro día vino una diferente. Todas ellas tan atentas. Incluso le traían galletas caseras de hojaldre o sobaos y variopinta repostería, pues debían verlo con cara de pasar hambre. A diferencia del resto de personas, estas señoras tan educadas y discretas que ni parecían de pueblo se limitaban a escucharle con una beatífica sonrisa en los labios. Sí, eso era: sabían escuchar. En ellas todo se desarrollaba poco a poco.

Y como se destila un fino licor del alambique hasta la correspondiente botella, así Serafín fue destilando a porciones su corazón, y se vació en esas botellas-mujer que a todo asentían y por todo sonreían. Luego, también a diferencia de la panda de seres correosos de la que estaba rodeado, ellas le daban, como Don Facundo, consejos prudentes, pese a saberle ateo aunque no mala persona. Lo de ateo era en el pasado, se apresuró a aclarar él. Que ahora se había convertido en insaciable lector de libros *edificantes*, como a ellas les gustaba decir. Y de forma aún más insinuante, como quien efectúa un gesto maquinal con las manos cuando en realidad se trata de una luminosa contraseña, empezaron a hablarle de la Providencia.

Así es como Serafín, mitad por hartazgo mitad porque todo aquello era novedoso e intelectualmente vivificador para su persona, aun en el sentido de apaciguador, analgésico casi, por no decir vagamente narcótico, fue dejándose influenciar por el beaterío más recalcitrante de Salinas, aunque a él no se lo pareció en tal momento, claro. Simplemente esas señoras hablaban

de *sus cosas*. Y a él, a qué negarlo, le encantaba oírlos, tan inocentes, tan crédulas, con su espíritu siempre en estado bonancible. Tampoco debe llevarnos a sorpresa o decepción esa evidencia, sobre todo después de tanta mención cristófila y tantos dimes y diretes a su costa, todos ellos de vago trasfondo evangélico. ¿O acaso podía olvidar él mismo, cuando estaba en los vestuarios del campo de fútbol, cómo se le erizó el vello de la piel al oír aquel grito ronroneante y repetido: «¡Que salga el Cristo, que salga el Cristo!».

Veamos a Serafín, pues, no sumergiéndose frívolamente y como un caprichoso diletante en el mundo de la fe, pero sí prestando cada vez más atención a ciertas cosas que cree le son inherentes, aunque las haya tenido adormecidas desde siempre. Se acercó a ellas curioseando como el buen científico que aún se considera, pese a todo. Veámosle, sí, como la propia *Pitita* no habría dado crédito a pesar de contemplarlo con sus propios ojos, aunque sus ojos y su mirada eran de artista, y eso distorsiona un tanto determinadas cosas del espíritu. Porque Serafín, llevado de su curiosidad y de las gentiles manos que van a proporcionarle tales materiales, empieza a hallar un raro pero grato alivio en la lectura de ciertos libros ahora ya sí decididamente piadosos. Increíble pero cierto. O más bien convendría decir: unas ciertas lecturas de cariz piadoso en mayor o menor medida, que manos huesudas, blancas y hábiles, las del séquito pío y femenino que rodea a Don Facundo, le prestan e incluso regalan.

Pero él sigue devorando a diario a Fray Luis de León, a san Juan de la Cruz y a sor Juana Inés, la excelsa poetisa mexicana, que a estas damas de Salinas les parece un tanto «subida de tono», pero bueno, para empezar no está mal, insinúan arqueando una única ceja. Al menos le suena. Dichas lecturas le reconfortan como en tiempos pasados lo hizo meditar en su mundo de proteínas y bacterias. Eso otro, cómo no lo supuso y sintió antes, también estaba ahí, en él. Y ahí debió de estar desde siempre.

No nos alteremos ni mostremos reticencias, al albur de determinadas y conflictivas circunstancias espirituales, porque un hombre de Ciencia bucee plácidamente todo él en los arcanos de la gran Poesía mística, chapoteando como niño que descubre el agua en su feliz y sorprendente inmersión. A fin de cuentas, y pudiendo haber dado el salto cualitativo de verdad, no se ha

zambullido en lecturas estilo el *Devocionario* de Luis Gonzaga, las *Vidas de Mártires*, o el mismísimo Kempis, aunque bien poco le ha faltado. La verdad es que el Kempis sí lo hojeó un pelín, para echarle un primer tiento. Tal vez, para acabarlo, le faltó estar algo más decepcionado con cuanto le rodeaba. Ya casi lo está, pese a esa rara plenitud que a menudo lo embarga. Sabe que la traducción de Fray Luis de Granada es más bella y literaria que la del jesuita Nieremberg. Sí, leerá el Kempis en breve.

Una buena mujer, avanzando un eslabón en su estrategia, decide pasarle un ejemplar primorosamente encuadernado de *Jóvenes Santos*, del Padre Oros, y otra, picada con ésta, le va a Serafín con una antigua y valiosa edición de *Tesoro del Sacerdote*, del escritor José Mach, vigorosamente subtitulada *Repertorio de las principales cosas que ha de saber y practicar el Sacerdote, para santificarse a sí mismo y a los demás*. También, entre regalos de dulces y constantes manoseos, intentan endosarle la *Flos sanctorum* y el *Año Cristiano*, de Croisset. Bueno, ya verá, ya verá, denme tiempo, argulle él apurado, pero en el fondo sabe que seguirá a tumba abierta con sus místicos de verdad, los arquitectos de la más hermosa estructura del lenguaje dedicado al amor que imaginarse pueda. Lo hará hasta que literalmente le caiga la casa encima.

Pasan los días y la fotógrafa apenas le llama. A lo sumo contesta con retraso a sus requerimientos. Serafín comprende que su caso, o si se quiere su estrella, pronto pasará al olvido. Y las obras de la Autovía están ya ahí mismo, a pocos pueblos de Salinas, yendo hacia el Norte. A él se le van paulatinamente las ganas de seguir luchando, pese a que cree que puede oír el ruido de las máquinas partiendo en dos el cercano monte, lo que es una alucinación acústica. En las últimas jornadas ha visto pasar a todo un ejército de obreros, ingenieros, señores encorbatados con y sin casco, agrimensores, topógrafos. De todo. Son las Fuerzas del Progreso, los paladines de la prisa y la eficacia, que ellos llaman comodidad. Una paradoja donde la haya: construyen, pero son los Servidores de la Destrucción. Al venir en auto desde Salinas ha visto el rostro sin escrúpulos ni conciencia de alguna de esas máquinas. Máquinas apisonadoras, excavadoras y alquitranadoras. Y camiones gigantes, y cables, y enormes moles de hormigón y hierro.

Paralelamente a todo esto, el mote de *Cristo de Rantrño* sigue circulando por ahí y a las señoras que suelen acudir a la tertulia de Don Facundo, pues en teoría de eso se trata, de un afable y distendido encuentro de fieles, ya les parece muy bien. En absoluto les molesta, cuando quizá podría hacerlo. Al contrario, acostumbran a regañar a Serafín entre zalamerías y halagos porque, teniendo «la bendita e incomparable suerte de ser conocido así», no le saca partido al asunto.

Ahí una bombilla tintilea por primera vez en la recóndita oscuridad de su cerebro. E imagina bichos subterráneos indagando en lo que puede ser una futura madriguera.

Tampoco le sugieren más, pero de algún modo él entiende que están animándole no tanto a que actúe de modo continuo, pues eso lo agotaría de modo concluyente, sino que actúe como lo haría Él. Y al mencionar tan sacro pronombre le miran directamente a los ojos, alargando la palabra: Él. Apelan, y de modo ya no indirecto, al constante foco de sana rebeldía que hubo en Cristo: ahí, en esa idea de la que no era consciente por no haber pensado nunca abiertamente en ella, es donde Serafín va a penetrar con lentitud durante aquellas charlas, sintiéndose progresivamente reconfortado. Y es que de alguna forma Cristo empieza a estar a su lado, como si se tratase de un vecino de Hiseda más. «Cristo aquí, Cristo allá.» Serafín lo detecta en todas partes. ¡Si ya prácticamente puede verlo!

Entonces, al mentarlo, las señoras se santiguan como quien respira, aunque no verbalizan qué es lo que Serafín puede hacer, y el tiempo se le acaba ya. El propio Serafín se siente, en las noches de soledad y angustia, cuando por unas horas no escucha a lo lejos –de momento aún pura hipocondría auditiva– el terrorífico y destructor ruido de las máquinas, como si pasase su propio Calvario. Y es que ¿a quién explicarle esto?: empieza a tener conatos de visiones, tanto dormido, como despierto.

Transcurrirá así una interminable y agónica semana. Tiene ya fecha para que, en un careo ante el juez y con miembros de la empresa constructora de la Autovía que pasa por ese tramo de Hiseda, se decida finalmente si van a tirar abajo su casa, o no. En apenas una semana tendrá lugar la vista. Su abogado carece por completo de elementos para prever si el veredicto será favorable.

Si lo es, se le permitirá mantener la Casona en su sitio, aunque de hecho la Autovía, como ya le amenazara por teléfono aquel arisco hombre del Ministerio de Obras Públicas, va a pasar muy, pero que muy cerca de la casa y su propio techo. Una locura. Si por el contrario pierde la causa, derribarán la Casona, indemnizándole con algo más de lo que se le estipuló tiempo antes. No sabe cuánto más, dice el abogado, pero poco. Y aun parte de eso se irá en pagar las multas derivadas de las denuncias del Gobierno Regional y el club de fútbol, sin contar los honorarios de él mismo y las costas del juicio, aunque ahí ya verán cómo lo arreglan. Tiene menos de una semana.

Es curioso, pero Serafín no piensa casi nunca ya en proteínas ni en aminoácidos, sino en cómo actuamos las personas en determinadas situaciones. También en Cristo, y en por qué esa figura gusta tanto al imaginario de la gente. Y una mañana cualquiera, justo a falta de esa semana escasa que resta para la celebración de la vista, recibe la bocanada de luz que necesitaba.

No, no se trata de un milagro, que cunda la tranquilidad. Recordemos que Serafín se considera hombre de criterio ponderado, racional y, no obstante lo que viene sucediéndole en la época previa, nunca ha creído en milagros. De él, en pocas semanas, ha llegado a decirse que si era curandero, médium, embaucador, visionario, un nuevo Mesías o un caradura integral cuyo interés no parecía otro que constituir una secta de lelos en torno suyo. Todo ello le ha dejado relativamente frío. Pero así como tuvo su momento de iluminación interior en lo del encadenamiento y posteriormente en lo del puente o lo del campo de fútbol, pues las cosas y la gente se pusieron mayoritariamente a su favor, también ahora cree sentir la cercanía de otra iluminación.

Porque esa precisa mañana recibe una llamada especial. Es de una mujer, joven a tenor de su voz, que parece asustada. Habla muy bajo, como desde un lugar en el que teme ser oída, cosa que evidentemente no desea. Pronto se lo aclarará. Le dice escuetamente que está llamándole desde las oficinas centrales en las que se gesta todo lo referente a la Autovía Norte-Centro, y que sabe de muy buena fuente que en las más altas instancias, eso dice, existe una evidente confusión y hasta temor porque su caso, según parece, amenaza con propagarse. Son varios los vecinos de otros pueblos que han empezado a

protestar. Serafín pregunta y la mujer, cortándole, alega que no puede seguir hablando más, y que tampoco va a llamarle de nuevo pese a que ella, como otros compañeros, le apoyan en silencio y con respeto. Ésas son sus palabras. Y, lo dice antes de colgar, cree que, sea cual sea el veredicto, «los de arriba ya no tienen nada claro la decisión de derribar su casa», y que otra cosa muy distinta será «en qué disposición» la dejen. Luego vuelve a repetir que otros tres casos como el suyo o muy parecidos, por lo que sabe, ya han estallado en diversas localidades, aunque de ellos aún no se tenga noticia. Deduce que tales hechos han sido silenciados. Después de desearle suerte, cuelga.

Serafín está a punto de decirle: «Que Dios se lo pague», algo que sería impropio de él, pero se contiene a tiempo. Peor aún, su mano derecha ha iniciado un leve gesto de ascender, medio abierta, quedándose ahí, en zona de nadie, como si fuese a darle la bendición. Incluso por teléfono.

Él no tiene fe, en el sentido católico del término, y sabe que nunca la tendrá. En cuanto a la otra, la que probablemente sea la verdadera, creía que nunca la tuvo, pero ahora sabe que debe tenerla. Al menos para esto. Esa mujer no es ninguna bromista. Esa mujer se la ha puesto ahí el destino para que sepa actuar en consecuencia. Es entonces cuando vuelven a él, y lo hacen en tropel, como legión alegre de angelillos, serafines y toda suerte de criaturas celestes, las palabras a sovoz, susurradas en una mezcla de veneración y temor por aquellas beatas de Salinas que asisten con frecuencia a la tertulia de Don Facundo, quien se mantiene impertérrito en su silente y catecúmeno quehacer en pos del recto transitar del rebaño, pese a estar jubilado.

De modo que allí va él con su idea, y es recibido cual primogénito dilecto. De inmediato, eso bajo la férula de unas damas que saben envolverle en sus redes con singular maestría, pasan a idear la acción. De entrada Don Facundo, al que rodea su particular cabildo, le susurra amorosamente: «Cabe mí, hijo, cabe mí...», rogándole de ese modo que se siente a su vera. El antiguo párroco de Salinas, rostro de daguerrotipo y aspecto magro, de un feble que tira a enfermizo, le cubre de elogios, cacareados por su séquito de creyentes. El anciano varón yace apoltronado en un sillón que antaño fue de tapicería color siena, aunque está ya muy desgastado. A Serafín le obligan a

sentarse en un butacón *rosso pompeyano*, y él, qué otra cosa podría hacer, parece un dogo véneto recibiendo a los embajadores. Le embriaga ese sentimiento de querencia que cree percibir en todos los rostros. Don Facundo suele secarse la frente, haga calor o no, con un pañuelo impregnado en lavándula y espliego. Ese hombre posee el don de hipnotizarle con su pausada cháchara, que a menudo sólo cesa para permitir el escalonado bordoneo de las damas, que al final, aun muy cristianamente, acababan lanzándose puntadas. Hasta que Don Facundo las sosiega, y vuelta a empezar. Entonces el viejo se palpa con delicadeza la levita perfectamente plisada, o desvía su lánguida mirada hacia una ventana por la que apuntan unos brotes de azahar, cuyo aroma siente Serafín inundándole los pulmones y el alma. A un lado, en la mesita que cubre un mantel con grecas colgantes, descansa un cesto de mimbre lleno de grosellas. Y nunca cesa el parloteo de las mujeres, que acaba siendo como un arrullo de zuritas o torcaces. «Me están liando», alcanza a pensar por momentos Serafín, pero debe tener la hipófisis parcialmente obturada. ¡Se siente tan a gusto allí! Llega a un punto en el que lo mismo le da que una se queje de hernia discal y otra de molestas hemorroides, que ella soporta con paciente silencio. Y a Serafín, dados sus problemas en el día a día, todo le suena a música celestial.

Es una hora avanzada de la tarde, mengua suavemente la luz y en lontananza distingue que el cielo, minutos antes cobrizo, adquiere un tono de berilo veteadado de láminas azuladas. Se quedaría a vivir allí por siempre, tal es su paz interior. Ora se le dirige cierta dama con el cabello recogido en una trenza larga y espiral que cierra una peineta de color ónice. Ora toma la palabra otra que habla oraculeando en tono monocorde, pero parece decir verdades como puños. Ésta, si se la observa de perfil, recuerda a un pelícano, todo pico y penacho, que igual es un postizo, pero impone. Él se siente nenúfar meciéndose sobre la superficie de un estanque. Casi beodo de amor, pero de un amor abstracto, inmenso e incontrolable, escucha todo con atención de escolar aplicado.

De pronto Don Facundo toma entre sus pálidas manos una cajita de madera con incrustaciones de ámbar, y Serafín piensa que eso debe ser la famosa píxide, que de ahí sacará una hostia consagrada y que tras pedirle que

se ponga en posición genuflexa, le harán comulgar. Lo cual sería la primera vez que sucede desde que contaba diez años. No se negará, está seguro. Pero lo que extrae Don Facundo de la cajita es un poco de rapé, que acerca a sus fosas nasales y aspira con mansedumbre. «Un vicio inofensivo, del que nunca pude zafarme, ya ves, hijo mío... aún soy de los de antes», se excusa el anciano moviendo la cabeza en gesto que denota turbación. Pero el caso es que se pega unos viajes de rapé espectaculares. Serafín piensa: «Coño, ya puestos podría meter ahí el morro, y así se ahorra preámbulos». Pero el ex párroco prefiere esa otra modalidad del pellizco a pellizco. Del mismo modo van enredándole las beatas, cuyas voces le envuelven el sentido como flámulas y ranúnculos, como algas y sargazos al conseguir su objetivo: amansarle primero, predisponerle después. Cae en una abulia llena de pétalos, y esas mujeres liban del néctar de sus pensamientos. Cree oler a incienso, pero igual es el tufo a estiércol que llega desde el campo próximo, trillado para la esmielga, y que aquí, entre jazmines y palabras pías, huele mejor.

Ya no sólo le conminan a que actúe cristianamente, pues eso significaría que, una vez abofeteado, debería poner la otra mejilla presta a recibir un nuevo golpe cuando el asunto ya no está para perendengues, sino que lo haga como Él lo haría. Y a Serafín, adusto el semblante, aunque la idea pueda antojársele de entrada decididamente peregrina, se le enciende una antorcha en la conciencia. Ellas se lo explican: el plan no puede fallar. En cuanto a él – la bombilla tintileando en su cerebro– también había pensado en algo por el estilo. Y *eso* no es por azar. En efecto, dicha estrategia le parece tan pronto mefistofélica como divina.

Ha sufrido una especie de fulminante abscisión de su personalidad. Se siente atraído por algo de esas mujeres religiosas de Salinas, quizá su boato, pomposo pero sin llegar a ser histriónico, o tal vez su encomiable latría, fanática pero recatada. Siempre envidió a quienes poseen firmes creencias. En este valle hacer o decir algo que no tenga relación directa con aquello de lo que la gente discute o le interesa era como echar pompas de jabón en la oscuridad. Tal asemejaba la rocosa impavidez y el férreo desapego de sus habitantes. Pero estas mujeres, una vez zafado de la idea previa que respecto a su mojigatería se había hecho Serafín, al menos le escuchan. Más aún, se

beben todas y cada una de sus palabras.

Es de ese modo como le convencen: irá, en vez de con una cruz, que esto sería hasta ofensivo, con la pancarta de siempre, secular símbolo de su resistencia, de rodillas por el arcén de la carretera que une Hiseda con la capital. ¡Casi cuarenta kilómetros de Vía Crucis! O hasta donde llegue. Miles de personas lo verán, pues no sólo se cruzará con los conductores de muchos vehículos, sino que al pasar por los pueblos del camino, que ellas han calculado en veintitrés, aproximadamente, es de suponer la que se montará ahí. Serafín piensa de manera automática en los desperfectos que sufrirá su anatomía. Pero ellas están en todo: para no rasgarse las rodillas, que quizá un poco iluminado sí esté pero imbécil perdido aún no es, le sugieren nada disimuladamente que puede ponerse unas gruesas rodilleras, que cambiará cuantas veces se le rompan. Como irá con pantalón largo, tampoco ese detalle podrá verlo la gente. Han calculado incluso la cantidad de pantalones que habrá de usar, tirándolos al cabo de unos cuantos kilómetros a causa del continuado roce con el asfalto. Ellas aportarán el atalaje de esa heroica peregrinación. Pantalones no han de faltar. Qué cucas, míralas, como hormiguitas laboriosas. Por un instante Serafín no se siente burro, sino caballo percherón de carga. Cuando es ya casi hora de cenar, abandona aquel onírico enclave de Costalada completamente transpuesto, con ganas de besar a todas y cada una de las personas con las que se cruce. Así, en el camino hacia su coche, se le escapa al cruzarse con unas mujeres del pueblo: «Hala..., en paz», y aun otro: «Con Dios...».

Al día siguiente la idea será discutida de nuevo junto a Don Facundo y su cohorte de beatas, de las que casi habría que pensar son publicitarias y todas poseen su *máster* en *merchandising*, o como se diga, porque a él esa manía de referirse a casi todo en inglés no le va. El antiguo párroco opina que es «otra locurilla más», pero teniendo presente que se trata de Serafín, y a *Burro* nadie le gana, no le parece mal del todo. Por su parte no la considera en absoluto ofensiva hacia los Santos Valores, además de que es escrupulosa con la ley de los humanos. Cualquiera tiene derecho a caminar de rodillas por una carretera, siempre que no interrumpa el tráfico, porque entonces, dice, sí entraríamos ya de lleno en lo que son devaneos de crápulas y miserias del

libertinaje.

–Eso supondría desorden, y por lo tanto pecado... –apostillan casi al unísono dos señoras, por si quedaba alguna duda al respecto.

–Aquí no se quiere el escándalo gratuito... –afirma una dejando asomar sus dientes de cabra.

–Ni actos frívolos... –replica otra con ojos de ciervo disecado.

Serafín, aunque sus razonamientos han entrado ya en un estrato nefando y torpe, lo tiene claro. El tiempo va en su contra, y aquí ya no hay vergüenzas, ridículos o límites que valgan. La lucha, como en toda cruzada que se preste, piensa imbuido de un renovado arrebatado de fe, es absoluta. «¡Deus lo volt...!», que gritaron los Cruzados mientras escalaban las murallas de enemigos e infieles. Se juega el todo por el todo. Su abogado, al principio de conocer tal idea, se echa las manos a la cabeza de puro susto, y eso que ya ha presenciado todo lo anterior, pero luego evalúa instantáneamente la respuesta popular que puede producirse si, una vez más, Serafín conecta con la gente tal y como hasta la fecha ha venido sucediendo. Así que, como el primo no va a hacerlo él, ni tampoco será él quien se desolle las rodillas y triture los riñones, da su una vez más visto bueno «práctico». Y la fotógrafa del *Heraldo del Norte* también, cómo no. Habrá otros fotógrafos, le comenta ésta resignada, pero todo el mundo en el medio informativo sabe que Serafín es «suyo». De hecho, ejerce como si fuese su agente. Aunque, le dice con toda naturalidad y ya puestos en la peor de las tesituras de que él fuese un payaso, que nadie ponga en duda que es «su» payaso. Que entrañable.

¿Acaso de él no habían escrito que representaba un patético simulacro de Cristo? Pues ahora iban a tenerlo de verdad.

Alea jacta est.

Llega la jornada señalada. Faltando cinco días para la vista en los juzgados por lo del encadenamiento, Serafín sale, de rodillas y en plena madrugada, con su gran pancarta hecha de cartón, en la que se lee:

«DEFIENDO LA CASA DE MI PADRE»

Ha partido de Hiseda, exactamente desde la iglesia de Nuestra Señora de

la Ruta, a una hora tan temprana que sólo se ven bandadas de estorninos en el cielo. Hay pocos vecinos en ese momento, aunque sin duda tardarán minutos en ponerse unos a otros al corriente. Cerca suyo, en un auto, van la fotógrafa, el abogado y uno de los muchachos más fieles de la asociación ecologista, que parece haberse tomado todo aquello como su Gólgota particular, aunque tampoco sea él quien va por ahí haciendo el berzas y como si estuviese paralítico camino de Lourdes. El joven va a asistir, tal vez sintiéndose un poco José de Arimatea, al episodio final de la vida de un mártir del Medio Ambiente, esa nueva religión de los sin esperanza en lo humano.

Al principio Serafín se siente un perfecto payaso, tal y como temía por su carácter discreto y formación científica. De hecho se siente más payaso que el gran Charlie Rivel, o como todos los Hermanos Tonetti reunidos, pero al poco, y estimulado por las palabras cariñosas que le dicen desde el coche, ya empieza a encontrarle el gustillo a la cosa. ¿Serían esas las *golosinas* de las que hablaba la Madre Teresa?

Sí, sí, golosinas que le van a dar a él en breve.

Y allá que va Serafín a rastras por el arcén, lastimosamente, como un gusano, reptando de forma en verdad absurda y patética, igual que un Cristo sin nombre, sí, pero consiguiendo que los vehículos detengan ostensiblemente su marcha, o incluso la detengan del todo, profiriendo frases de ánimo. Alguno que otro también suelta algo desagradable y acelera. Tiene que haber de todo en la viña del Señor, piensa amoroso y resignado mientras va a gatas y se da algún que otro morrazo al perder el equilibrio. El primer kilómetro se le hace eterno, y el segundo la eternidad, pero al tercero ya va ciego perdido. «Estáte preparado para ello, hijo, que Él sufrió mucho más por todos nosotros», le previno una de las beatas de Salinas tras besar su propio escapulario y antes de introducirse en el bolsillo, señora a la que, por cierto, al paso por Salinas verá sacando fotos del evento desde su balcón. En ese momento Serafín no se siente ni el campeón de las *performances* ni payaso de pacotilla, sino vaca tudanca con tres cabezas, seis patas y dos rabos expuesta en una feria. Pero es así de incomprensible: una parte de él se ha acostumbrado a las risas, a los gritos, y se siente como en una nube.

Pasan una hora, avanza arrastrándose. Ni golosinas ni leches: ya tiene las

rodillas desolladas. Como que ha de auparse un par o tres de veces y seguir a pata.

Estas beatas, según lo acordado, debían hallarse apostadas a la entrada y salida del pueblo, dispuestas a apoyarle y también a acompañarlo un rato en su camino, de pie y rezando a unos metros de distancia. Él, cuando quedaron en eso, les rogó que suprimiesen lo de seguirle con rezos. Hubo discrepancia de pareceres. No tiene claro si lo harán o no. «Bastará con que aplaudan –les pidió–, y con su simple presencia es suficiente.» Pero ahora que va llegando a Salinas ve a pocas. Igual se han dormido, de tanto rezar por él la noche previa. Mientras, qué curioso, no deja de oír, fatigado y cayéndole el sudor a borbotones, puntuales frases insultantes que son lanzadas desde autos que pasan a cierta velocidad. Los cobardes siempre se amparan en ese anonimato para lanzar sus certeras pedradas, piensa Serafín mientras no deja de mover sus rodillas, cada vez con más lasitud, cada vez con renovado dolor en prácticamente la totalidad de su cuerpo, que siente todo él magullado, pese a que sólo tenga incipientes moratones en las rodillas, y aun eso llevando las rodillas bajo el pantalón y con sus protecciones.

«Mangante», «Chorizo», «Engañabobos», «Gilipollas» o «Impostor» son alguna de las cosas feas que alcanza a oír, proferidas a veces en tono de rabia pero mayormente de risa, desde esos autos farisaicos. Hay un insulto, pues en ése y no otro tono se lo han lanzado, que le duele especialmente: «¡Sacrílego!». Cuando mira hacia el auto desde el que ha salido tal epíteto, ve a una familia entera observándole tras los cristales, con expresión de enfado. Están lapidándolo. Sí, qué curioso: así debió de sentirse Él, pero infinitamente peor, y Serafín tiene una sonrisa para esa familia, aunque sea una sonrisa débil, de circunstancias. Intenta ampliarla y decirles con ella, en silencio, que nada más lejos de su voluntad que ofender a nadie, que él hace esto tan en apariencia degradante o incluso sacrílego para ciertas personas porque de algún modo es lo único que puede hacer, y que les perdona. Antes de que el auto se aleje, sin embargo, algo le anima: una niña de corta edad, quizá cinco o seis años, le dice adiós agitando su manita y sonriéndole. Como si entendiese, precisamente ella, la más pequeña. Rápidamente es reprimida desde el interior del auto. Ve el manotazo en su rubia coronilla. Pero a

Serafín tan fugaz gesto le sirve para continuar todavía un largo e inacabable kilómetro más, donde se ha fijado realizar un alto en la ruta, erguirse y descansar, entrando luego en Salinas.

En el coche de apoyo se dan relevos, pero a veces, y por motivos varios en los que sus acompañantes deben irse, durante esa primera jornada de caminar de rodillas se queda absolutamente solo en la carretera. Solo con sus jadeos y su ruido, raás, raás, raás, tal que caracol cojo mutilado, por los arcones que a veces casi desaparecen entre hierbas o flores. Entonces se levanta y camina un poco, qué diantres, lo cual es de agradecer por sus piernas y su espalda. Pero, aunque nadie le acompañe a distancia en esos momentos, aunque nadie merodee por allí en auto o nadie haya en los arcones, en cuanto se ve con fuerzas vuelve a avanzar de rodillas, como si temiese traicionarse a sí mismo haciendo trampa. Lo estipulado es lo estipulado.

Por supuesto que yendo así, solo y de rodillas por aquella carretera comarcal semidesierta, se pregunta en alguna ocasión si lo que está haciendo en ese preciso momento no es la cosa más estúpida que se sepa nadie ha hecho jamás.

Las devotas de Salinas cumplen en parte su palabra, y al paso de Serafín por el pueblo anterior, La Terna, hecho que levanta la lógica expectación, con las aceras llenas de gente y una multitud entusiasta que le vitorea desde los balcones y umbrales de las puertas, van siguiéndole durante un trecho, pero sin rezos y sin rosarios. Lo pactado. En lo que no cumplen lo acordado es en que, nada más dejar atrás el cartel de La Terna, oye un inconfundible clamor de oraciones. Pero se van rápido a Salinas. Es como si prefiriesen no ser vistas en este pueblo. Quién sabe. A éstas no hay quien las cambie.

Y de nuevo en la carretera –pues la distancia entre los pueblos se supera en unos centenares de metros, donde él, por cierto, procura ir más deprisa– se siente a solas y relativamente en paz con cuanto está haciendo, aunque a muchas personas inteligentes y ecuanimes pueda parecerles el colmo de esto o de lo otro. Sabe que a partir de ahora ya no será tan sólo el Cristo de Rantroño sino, o al menos así va a serlo para mucha gente, el Loco Oficial de toda esta comarca. Varios años deberán transcurrir para que algo así se olvide

y deje de hablarse completamente de ello. Quizá no tantos, con suerte. Le da igual. Sólo tiene un objetivo, y sabe perfectamente cuál es.

Resulta fácilmente imaginable cuanto pueda acaecer a Serafín, en ese día y medio, casi dos, pues se acerca ya la noche de la segunda jornada de marcha a rastras: que cada vez va más hecho polvo y todo él transido de dolor. Espera con impaciencia que aparezca el auto del abogado, donde dormirá unas horas hasta el amanecer, para reemprender nuevamente su marcha, aunque no sabe cómo, pues es una pura agujeta. Las llagas van a doblegarle, era de esperar. En torno a él se dan todo tipo de comentarios y gestos. Le llevan comida. Le dan bebida. A veces la toma, otras no. Tan exhausto se siente. De un tejado le cae un tomatazo, y no impacta en su cabeza por poco. Oye con frecuencia risas que se pierden entre las sombras. Otras se las imagina. Por lo general la gente o le grita que está con él o le sonrían con expresión absorta. Eso es lo que más agradece. Con frecuencia, y al principio para sorpresa suya, se ve acompañado por chiquillos, bien a pie o en bicicleta, que piden que les cuente por qué hace eso. «No me hagáis hablar, o me canso más», les ruega. Ellos aceptan, y allí que le siguen durante un trecho como menuda y vociferante guardia de Corps.

Sí, después de esto, y si quiere volver a sentirse una persona relativamente normal, o sea como era apenas cuatro meses atrás, quizá deba ir pensando en emigrar a Alaska, Sudáfrica o la Mongolia profunda.

El abogado, a media tarde de ese segundo día que está a punto de cumplirse, le comenta que las fotos que ya se le han hecho, especialmente a su paso por Salinas y aprovechando la mayor afluencia de gente, saldrán mañana en la prensa. A Serafín poco le importa eso ahora. Sigue empecinado en su lento arrastrarse. Va poniéndose metas mentales: hasta ese cartel de *stop*, hasta aquella casa. «Luego me paro un poco y en marcha de nuevo.» Pero cada nuevo trecho es una mortificación que supera a la anterior. Crecen las llagas en las rodillas, pese a las protecciones, y nota su cuerpo lleno de fístulas, aunque eso debe ser sugestión.

Transcurren horas. Van pasando los kilómetros y un par de pueblos más. La gente le jalea. Al caer la noche se detiene a su vera el coche del abogado. Éste, puesto enfrente de él y con los brazos en jarras, le conmina a que

abandone en su empeño.

–Lo siento –dice contrito y sin mirarle–, pero la Guardia de Tráfico me ha dado una hora para que te ponga sobre aviso de que no puedes seguir así...

Serafín se encoge de hombros mientras, a duras penas y estirando los brazos, intenta levantarse. Le tiembla todo el cuerpo. Han de ayudarle.

–Como lo oyes –reafirma el abogado no ocultando su decepción–. Dicen que con esa actitud perturbas la circulación, y que por lo visto les han informado de que casi provocaste un accidente, aunque sea de manera indirecta, ya sabes. Por despistar a los conductores...

–¿Y si me pongo un chaleco reflectante de éstos?

–Nada. Es una orden.

Serafín entiende. Agotado y sucio a causa del polvo del camino, le ruega al abogado que le acompañe a su casa, lo que éste iba a hacer de cualquier modo. Casi siente que ha vencido, pese a cubrir apenas seis kilómetros y medio del total de cuarenta del recorrido. O ha perdido a medias, según se mire. Una vez en la Casona le comunica al abogado que piensa aislarse del mundo: ni televisión, ni radio, ni abrir la puerta, nada. Incluso desconectará el teléfono. Quedan hasta la vista en los juzgados, para la que faltan cuatro días escasos. Él estará puntualmente allí, con la documentación pertinente dispuesta. El abogado se ofrece a venir a buscarlo. Serafín se niega. Irá en tren, como habitualmente suele trasladarse a la capital. Le relaja ese modo de viajar. La vista puede durar varias horas, así que igual hay que perder todo el día. Serafín le contesta: qué más puede perder, si no tiene algo de suerte. El abogado no sabe qué decirle. Le abraza con hondo sentimiento.

Los días siguientes Serafín los pasa tal y como ha dicho. Encerrado en su Casona y con el teléfono desconectado de su enchufe en la pared. Cuando tiene ganas de comer algo, come. Si de beber, bebe. No compra periódicos, pese a saber que sale en ellos. No está para nadie. Transcurren esos días no de manera lenta, sino extraña, como si apurase agónicamente una situación que está a punto de concluir, y tan descabellada, tanto, que dudará en creerla cuando la recuerde en el futuro, no en el inmediato, sino en el de verdad. Deja pasar las horas ensimismado y aún curándose esas heridas en las rodillas, que le hicieron sangrar varias veces, aunque evitó que nadie se diese

cuenta. Procura calmarse al pensar que ha actuado como creyó mejor, sin perjudicar a nadie. Pero le duele igual que herida infectada no haber resuelto un dilema que le persigue desde que su nombre saltó a las páginas de los periódicos.

¿Cómo es posible que estando tan acompañado se haya sentido, simultáneamente, tan solo en esta lucha? No tiene una respuesta coherente que apacigüe su espíritu. Quizá la clave esté en Hiseda, en la actitud pasiva, casi siempre hermética de la gente de este pueblo. Ahí quedan los acontecimientos o sus ideas al respecto. Y sí, algo le apena profundamente: en Hiseda no han estado a la altura de sus vecinos de Vegamayor o de Salinas. Son tan fríos aquí, tanto, piensa con pena Serafín, les cuesta tanto mostrar su afecto hacia algo o alguien, que eso sería pedirles imposibles. Así son y fueron siempre, así debe admitirlos. También sus antepasados, y quién sabe si hasta él mismo no lo será, de darse la coyuntura.

Durante estos días de penitencia sufre lo indecible, pues ya puede oír las excavadoras trabajando a apenas kilómetro y medio de la Casona. Ése es su mayor dolor. La tortura más insoportable que pueda imaginarse, con todo lo que ha pasado. Y ahora lucha por aceptar su destino. Tan pronto cree que lo consigue, pensando que se irá a vivir a otra parte si tiran la casa, ya verá dónde y de qué forma reconstruye su vida, como piensa que está a punto de enloquecer de pena por lo que esto significa. A ello contribuye el ruido de las máquinas como fauces que van acercándose. Las oye incluso de noche, cuando en teoría no funcionan.

¡Y que, en última instancia, todo dependa de un juez!

La misma mañana en que deja atrás la Casona, disponiéndose a ir en tren a la ciudad para la vista oral, ve una máquina excavadora junto a un gran camión que lleva arena en su contenedor. Están a unos doscientos metros de la portilla de su casa, por la parte del monte. De la casa de su padre. Son la avanzadilla, y esperan órdenes, como los generales Manstein, Model o Höth en las llanuras de Rusia. Él, simple partisano frente al ejército invasor, baja afectado por la cambera, para acortar, y se limpia una incipiente lágrima con las mangas de la chaqueta. No quiere que nadie le vea así.

Como le previno el abogado, la vista oral del caso dura casi todo un día.

Concluye a media tarde. No nos detengamos en digresiones vanas explicando su evolución. Al final de ese suplicio, el juez reúne a las partes interesadas y les notifica escuetamente lo siguiente: que no ve motivos de peso suficientes para que la Autovía Norte-Centro, a su paso por Hiseda, deba modificar el trazado previsto inicialmente, pero que también, entendiendo las razones de cariz personal que afectan a Serafín Burón Villegas, así como teniendo en cuenta la repercusión social de su caso, decide que éste puede quedarse con dicha propiedad, pese a la indudable y molesta cercanía de la construcción programada, si él así lo deseara. Recomienda además a los gestores de la Autovía que, en la medida de lo posible, lleven especial cuidado en esa parte del trazado de la zona que afecta al interesado.

Serafín no puede reprimir su grito de alegría, que lanza en ese despacho lleno de rostros graves, para fundirse luego en un abrazo con su abogado. Éste, con cara de funeral, le advierte:

–Te van a dejar encerrado ahí abajo, piénsalo bien...

Pero Serafín lleva ya mucho tiempo haciéndose a esa idea, que es en sí misma insólita pero a la vez la única que puede tener, como el mejor de los supuestos posibles. Qué más da que arriba haya cielo o cemento, si a fin de cuentas en Hiseda casi siempre está nublado y el color gris de ese cielo no difiere en mucho del que tiene el cemento.

La casa no se moverá de donde su padre la vio por última vez, eso dice él con los ojos humedecidos. Es entonces, sí, cuando su abogado le mira fijamente y, también con los ojos empañados, se funde en nuevo y largo abrazo.

–Puede que estés como una regadera y te la traiga al paio la claustrofobia, pero ¡olé tus redaños...! –le dice. De aquí y de allá y le miran con asombro. Eso es lo que más ve en los ojos, asombro.

Un rato más tarde Serafín toma el tren de regreso, despidiéndose del abogado. Éste le acompaña hasta el convoy. Una vez sentado en el vagón le hace una señal de victoria con los dedos. En el andén, según se va, el abogado ya está haciendo llamadas desde su teléfono móvil. La vida sigue.

Una hora de viaje, apenas eso, según esté cerrado o no el paso a nivel de Salinas. En el vagón no va casi nadie. Se siente vagamente reconfortado, pero

sigue habiendo algo opaco, una penumbra que va extendiéndose por el pecho conforme se aproxima a su punto de destino. Sobre las montañas asoman cielos oceánicos, y bajo las nubes se forman figuras resplandecientes, caprichosas, inmóviles. Pronto se ocultará el sol. Dentro de pocas paradas, Hiseda.

Mientras se adormila con la cabeza apoyada contra una de las ventanillas del vagón, piensa una vez más si todo cuanto acaba de ocurrirle sería creíble por alguien que no hubiese seguido atentamente el desarrollo de los hechos. ¿Le creerían si intentase escribirlo en forma de unas memorias, o no digamos ya de una novela? Como si lo viera: si memorias, siempre le acusarían de utilizar fuentes espúreas o de prodigar exageraciones en la descripción de ciertos sucesos. Si lo otro, novela, entonces ya no quería ni imaginarlo, aunque de hecho lo hacía a veces, inducido por el anís o el licor de pera con crema de leche a media tarde: primera tirada, 300.000 ejemplares. *El Cristo de Rantroño*, pertinentemente subtitulada en sus páginas interiores «Desventuras de un botarate». Sí, menudo sofocón. Además, bien pensado, para elegir la forma novela a fin de retratar sus experiencias procurando ceñir éstas a la ficción de un modo adecuado, debería contar con aquello que no tiene, a saber, talento a raudales, paciencia de anacoreta penitente y más capacidad de concentración en sus lucubraciones, de las que no sabe nunca si van a algún sitio o a ninguna parte, como ese tierno y desvalido hombrecillo de una canción de los Beatles.

Más rotundo aún: para hacerlo debería poder escribir con absoluta libertad, incluso dando a veces rienda suelta a su vertiente más fiera y hasta procaz. De modo que fuese posible que a una frase intempestiva como «¡Me cago en su puta madre!», y apenas unos párrafos o renglones después, pudiera seguir otra en la que se pormenorizara el tipo de manjar concreto que conlleva para el espíritu seguir las huellas de Dios, o meditar serena y líricamente acerca de las delicias que abruman a un ser sensible ante cualquier amanecer. Es entonces cuando, a nuestra vez llenos de asombro, entendemos que de nuevo todo empieza, todo sigue, todo es perfecto en su majestuosa continuidad. Hasta las disputas de los hombres, que les dan vida. Porque de eso se trata en última instancia: de que el torrente vital que nos

rodea y empuja, haciendo estallar opuestos o limando afinidades, y viceversa, no halle obstáculos en su camino, que es nuestro destino. En cualquier caso, a él, de contarlo, ¿le creerían? Por supuesto que no, mas así es la vida, sorprendente. A veces grata, a veces no. Pero siempre sorprendente.

Sigue amodorrado con el vaivén del tren. Cae la tarde sobre los valles y todo parece hallarse en calma. Es como si aquí nada, absolutamente nada, se hubiese modificado un ápice desde hace cientos de años. Como si nadie supiera cuánto ha sufrido, ni lo que siente ahora. Casi ha anochecido.

A veces se pregunta –¡ay!, ese agridulce comezón de la ponzoña, que ya germina en uno– si no exagera y ha sido en demasía cáustico y severo al juzgar de algo bestias a sus convecinos, y por ende a las gentes de esta peculiar provincia. Su amarga disyuntiva de siempre: ¿le creerían realmente de contarlo a alguien del «exterior»?; aunque sus titubeos suelen quedar disueltos de inmediato. Por ejemplo, le basta recordar que pocas semanas antes tuvo que coger el tren, como hoy, para acudir a la capital. Las estaciones estaban cerradas a cal y canto, sin nadie siquiera para despachar billetes o atender a las preguntas de los usuarios. Nada, desiertas, aunque los trenes seguían funcionando con normalidad y el viaje podía salirte gratis, pues tampoco es que hubiesen muchos revisores. Hasta que vio el cartelito en una de ellas, en el que podía leerse: «A causa de los actos vandálicos en la estación, ésta permanecerá cerrada excepto en los horarios de taquilla, que...», y así continuaba, en tono de normalidad. Durante una temporada las estaciones de tren serían como una tumba. Pero lo inquietante era ese «a causa de los actos vandálicos» tan fácilmente asumido. Actos ¿*vandálicos*? A ver, ¿eran brutas o no estas gentes, aun ya en pleno nuevo milenio, con toda la modernidad y las malditas tecnologías encima? Lo eran, seguían siéndolo, y Serafín en cierto modo, sólo en cierto modo, podía entenderles. Al menos lo suficiente, *ojito*.

Vuelve a amodorrarse, siempre con su cabeza apoyada en la ventanilla.

Al cabo del rato reacciona. Ahora el vagón se le antoja un gran ataúd iluminado por rectangulares luces de neón. Ahí van parte de sus esfuerzos e ilusiones. Deja atrás una casa en cuya portalada se ven hortensias y geranios y con restos de alpiste en la acera. Dos vacas pastan, apacibles, en el prado

contiguo. Entran en la estación de Hiseda. Distingue excrementos de tórtolas en el alfeizar de una ventana cerrada junto a pintadas de tinte grosero mostrando genitales. Del tojal cercano llegan intermitentes graznidos que lamen el otero situado en la otra parte de las vías. Desde una charca que no debe estar lejos se oye la monótona melodía de sapos y ranas haciendo de contratenores y *mezzosopranos* en la incipiente noche. Cree ver moverse algo tras una celosía recubierta de hiedra y laurel.

Desciende a paso lento del tren. Avanza por el andén, cabizbajo y con la carpeta en la que lleva sus documentos relativos a la Casona. Deja atrás los escalones de la estación. Con el pie aparta un guijarro. Aún siente lastimadas las rodillas. A un lado queda un cañaveral que comba el suave viento del ocaso. De otro, un prado algo hundido, con tres vacas pintas pastando. Algo apartados están un potro ruano y otro más crecido, de crin bermellón. Ni siquiera esos animales parecen interesados en mirarle, pese a que es el único caminante que circula en ese momento. A una treintena de metros está la carretera. Llega hasta allí dejando atrás dos casas de la Puertuca, a ambos flancos de la calzada. En la puerta de la primera ve unas trébedes oxidadas y rastros de carozo, lo que queda de reseca panojas. Esquiva un hueso de melocotón. En la segunda, cuyo dintel adorna el imprevisible muérdago, hay macetas con dalias y zinnias de diversos colores. Un gran algarrobo parece proteger la vivienda, que dispone de huerta con legumbres. Ambas casas tienen en la entrada sendas estatuas representando ánades, canéforas con canastillos de flores y enanitos. Qué apego el de estas gentes, piensa Serafín, por adornar sus umbrales con los pequeños amiguitos de Blancanieves, de quienes no siempre se cuentan leyendas inocentes.

No pasa ni un auto, nadie. Es aún esa hora en la que se apaga la tarde, o irrumpe mansamente la noche, imposible saberlo, hora en la que el sol se niega a hundirse del todo tras las cumbres del pico Najos, y por todas partes se palpa una claridad entre amarillenta y verde, principalmente al pasar junto a las hileras de chopos y castaños. El horizonte, a diferencia de por la mañana, cuando la calígene se posa sobre todo lo vivo, se tiñe ahora de un hálito lechoso. Cruza la carretera y se pone a caminar por la acera. A su derecha ve un muro de piedra y ahí, mudos, yacen el basalto, la pizarra y el

esquisto. Dentro de nada se encenderá el alumbrado de esta zona. Ve un punto de luz en lo alto de la carretera, que es el lugar usual de acceso al pueblo. Se trata de un chaval que viene en bicicleta por la cuesta de la Loma, como se conoce a esta pendiente en la que los cicloturistas, sobre todo en época veraniega, dirimen su estado de forma y sus piques siempre aplazados, por lo visto. El chaval no pedalea apenas, pues la cuesta está lo suficientemente inclinada como para que le lleve la inercia. Serafín mira hacia el fondo. Aún le resta un centenar de metros hasta llegar a la gran casa de Don Melquíades, que está situada cerca de la bodega-bar del *Legañas*. Es ahí, al final de esa pendiente, donde una vez llegado al pueblo deberá callejear por escalones llenos de musgo hasta Pradonuevo. Luego, a otro centenar de metros, bordeando la ermita de San Cosme, pasará lentamente y por la derecha a una carretera mal asfaltada. De ahí, entrando por otra cambera todavía más empinada, y tras superar cien metros más, llegará a la Casona. Por fin. Mira hacia arriba. Ve el pueblo tan vacío. Y piensa: cuánta soledad.

El silbido de los neumáticos de la bici de ese chaval le sacan de su fatigado ensimismamiento. Unas esquirlas de gravilla le han pasado muy cerca. Iba a decirle adiós, pero el crío ni lo ha mirado. Aunque Serafín juraría que llevaba una especie de sonrisa grabada en la boca. Será del aire fresco dándole en pleno rostro. Camina casi arrastrando los pies, un metro, y después otro, y otro. Avanza caedizamente. Ya va ascendiendo por la cuesta de entrada a Hiseda cuando un sexto sentido se enciende en su interior. Ha sido como una punzada en la nuca.

El silencio es absoluto. Nunca en su vida cree haber estado en el pueblo con este silencio sobrecogedor. No a esta hora. Es como si hasta los animales se hubieran puesto de acuerdo para cesar en su movimiento, deteniendo la oscilación de los campanos, como si el propio aire se hubiera puesto a pensar. Serafín, extrañado, camina con cautela. ¿Por qué ni siquiera se oye el ruido del *Legañas*, con la gente discutiendo afuera, o algún motor? Tras caminar unos pocos pasos más, distingue a lo lejos una silueta erguida, como en posición de firmes y parada justo delante la portilla del vetusto caserón de Don Melquíades. Allí cerca brilla la primera farola, que ahora le parece un

inmenso polo de naranja. Serafín hubiese jurado que hasta hace unos momentos estaba todo apagado. Mira con atención.

Están encendiéndose, una a una, todas las farolas del pueblo. «Vaya – piensa–, es como si se hubieran puesto de acuerdo...».

La silueta es Don Melquíades, en efecto. ¿Qué hará ahí parado? Porque se halla absolutamente quieto, frente a su propia casa, pero mirando todo el rato en la dirección por la que él se acerca. Lleva el bastón en la mano. Serafín se aproxima más. Casi se halla a su nivel, pero en la otra acera. Esboza un tímido gesto de saludo. Don Melquíades está sonriéndole, y él no sabe discernir si eso en sí es raro o no, pues el hombre permanece como hierático y tenso todo él. Serafín, procurando no dar muestras de extrañeza, dice:

–Bueeeennnaas...

El señorón del pueblo no responde nada, pero de pronto realiza un gesto con el rostro. Lo ha inclinado hacia abajo, con un seco golpe de mentón, a manera de saludo militar. Entonces, solemnemente, eleva unos centímetros su bastón. Éste queda suspendido ahí unos instantes, quizá a un palmo del suelo. Y lo deja caer contra el suelo.

Se oye el golpe seco sobre la calzada.

Los ojos de Serafín miran instintivamente en dirección a la ventana grande del caserón. Allí está asomada Doña Matilde, la que casi nunca se deja ver, y con sus mejores joyas.

Clas.

¿Qué hacen, qué está pasando?

Otra vez. *Clas.* Ella da un golpe en el alféizar de la ventana con un objeto contundente, quizá un pequeño cofre. Luego da otro golpe, que procura acompañarlo al de su marido, quien no ha dejado de darlos. Serafín desvía de nuevo los ojos hacia Don Melquíades. Éste hace sonar su bastón sobre el asfalto una vez más, y otra, sin decir nada, mudo.

Los golpes parecen sonar con eco. Serafín vuelve a mirar hacia la ventana. Doña Matilde, sincronizando el gesto al de su marido, hace sonar de nuevo ese objeto que lleva en la mano, ahora golpeándolo contra uno de los hierros de la ventana, para que se oiga mejor. Está de un serio que echa para atrás.

Son ya demasiados golpes. Serafín los mira desconcertado. Cada tres segundos aproximadamente Don Melquíades y Doña Matilde hacen lo mismo, y ese sonido resuena en toda la calle. Se han vuelto locos de remate, piensa él.

Clas, clas, clas...

Esos golpes, ¿qué son?

Serafín ha llegado a la entrada de Hiseda, y lo que se ve allí le encoge el corazón como si fuese una esponja estrujada.

¡Es una anúteba, sí, una llamada a la guerra, como en la Antigüedad... y para él!

La calle por donde se supone que debe hacer su recorrido hasta la carretera que va a Pradonuevo está engalanada con banderitas y luces, casi más que en Ferias. Han tenido que montarlo todo a la carrera. ¡Quién los viese!

Traga saliva, incrédulo, porque todavía le queda algo que ver. Allí distingue un verdadero pasillo humano.

En sus oídos sigue sonando ese golpeteo, *clas, clas, clas*, cada vez con más fuerza. Mucha gente lleva puestas las albarcas a la antigua usanza, y él, emocionado, entiende de qué se trata hasta las últimas consecuencias. Golpean en el suelo al unísono, todos observándole sin decir palabra. Y los que no llevan albarcas, lo hacen con sus cachavas. Y quienes no, con cualquier objeto que haga ruido. La punta de un paraguas plegado, una madera, una piedra, un simple zapatazo.

Serafín se vuelve confuso hacia Don Melquíades, que sigue como antes, sin decir palabra, aunque ahora algo sonriente, marcando la pauta general con ese golpe de su bastón cada pocos segundos.

No puede creerlo. Parpadea completamente estupefacto.

Todo eso... por él... Se muerde los labios mientras los ojos se le empañan de lágrimas.

Clas, clas, clas, clas...

Las mujeres que no están en el pasillo humano utilizan los cacharros de cocina desde el portal de sus casas para contribuir con su apoyo a esa humilde pero sentida ofrenda de percusión. Algunas usan dos cacharros. O un

bote metálico, o un cuenco de madera contra la pared.

Un creciente y rítmico estruendo va apoderándose del pueblo. Todo parece envuelto en una atmósfera espectral. Ya ha caído la noche.

Serafín avanza poco a poco, casi con temor, entre siluetas que simplemente le miran, algunos remisos, otros enmarcando una clara sonrisa. Los más, ni eso, permanecen completamente serios, observándole pero sin dejar de golpear rítmicamente.

El ruido va expandiéndose como un formidable eco por todo Hiseda y sube en dirección a los prados, a los montes. Hasta el propio ganado, quizá inmóvil a causa de la extrañeza de aquel ruido, parece enmudecer deteniendo el balanceo de sus esquilas.

En cuanto las personas que forman el pasillo, se han colocado más o menos a un par o tres de metros de distancia entre sí, como con los ciclistas en un mítico puerto de montaña.

Le miran, sólo le miran porque es probable que ni siquiera sepan qué decirle. Por tal razón golpean el suelo: no tienen palabras. Pero hoy, alguien o algo ha dado esa orden varias veces centenaria, aunque, que él sepa, no usada desde hacía mucho, muchísimo tiempo.

Desde que recibieron a su último héroe, qué más da si vencedor o vencido, si vivo o muerto. Era héroe y era suyo.

Y cada vez que todo retumba parece que lo haga con más fuerza, pues diríase que se le suman nuevos golpes desde distintas partes del pueblo. Es lo que está ocurriendo.

—¡No puede ser...! —silabea Serafín para sí, atragantándose.

Es como si llevarsen semanas ensayándolo, pues ese golpe seco se oye doquier al unísono, sin una sola disonancia.

Y por fin empieza a distinguirlos.

Ahí al lado queda *Colás*, en albarcas, golpeando con su pie derecho. Y junto a él, los otros, los *Corvatos* de colores, *Lino*, *Toño* y *Fonso*.

Ahí queda el alcalde, Crispín, tan circunspecto y canijo como siempre, que da con una cachava en el suelo y no evita realizar una ligera pero perceptible reverencia con la cabeza al paso de Serafín. El alcalde nunca cambiará para cosas así. Se ha puesto una banda cruzada sobre el pecho, la de

los días de gala. La de recibir a las autoridades de postín.

Ahí se hallan juntos, pero conservando la distancia correspondiente, la *Bicha* y el *Viborita*, esta vez sin pelearse, golpeando sus cachavas. Hoy algo les une.

Ahí *Nico*, el hijo de *Colás*, muy serio, al que Serafín nota especialmente emocionado: le debe la vida de su hijo. También lleva albarcas y sus golpes son de los más sonoros. Serafín le sonrío pero el otro parece no verlo, pues mira al vacío de absorto que está.

Y ahí, quién lo diría, todas con albarcas, Emilita y sus tres *Furias* como efigies guerreras, *Agripina*, *Popea* y *Livia*. Serafín intenta sonreírles en señal de agradecimiento, pero es incapaz de hacerlo. Tiene un nudo en la garganta.

Inmediatamente después de ellas, según va ascendiendo poco a poco por la callejuela con esa intensa opresión entre los pulmones, ve en un flanco a la *Agujetas* y al *Quejío*, y en el otro flanco a Juana y Pepe, *Misargento* y *Tirolimpio*. Éstos simplemente golpean con sus zapatos en el suelo, sumándose a lo que ya es un puro estrépito que repercute por toda esa parte del pueblo como si fuera un continuo pistoletazo: ¡*Clas, clas, clas!*

Ahí atrás deja a Fermín, el cartero, que golpea con una mano en la mochila de cuero, de color marrón tierra y hebillas plateadas. No hace ruido, seguramente, pero también él quiere sumarse a esto que, quizá, como *Perro* que es no entiende, aunque sí comparte. Pero está aquí, con todos, y a estas horas... ¡por él!

Ahí don Fabián, el médico, con su cachava. Y a su lado *Fina*, la boticaria. Hoy sí. Les saluda con una inclinación de cabeza.

Ahí está el *Logroño*, con albarcas y con cachava. Éste golpea una vez con cada pie, como si desfilase. Seguro que por dentro está diciendo palabrotas de entusiasmo.

Y ahí el *Tiñoso*, que se suma al homenaje mostrándole su boca desdentada.

Y poco más arriba *Tajahierro* y *Tato*, los carniceros de ambas Hisedas... ¡también juntos por él!

¿Eso es lo que ha logrado su obcecación y locura?

Es entonces cuando Serafín cree que se le va a quebrar el corazón. Es

entonces cuando se da cuenta de en que todo el recorrido, mezclados entre las gentes de Hiseda, la dura, la sin entrañas, también hay ciudadanos del *Barrio*, los que no quieren trato con nadie, los de la zona alta que por nada del mundo, lo hubiese jurado hasta hoy, se ofrecerían a colaborar con sus detestados vecinos para absolutamente nada. Son caras que apenas ha visto nunca, pero saber que están ahí le conmueve hasta hacerle trastabillar un par de veces.

«Hacen esto por el valle, por lo que también son y nunca querrán dejar de ser», piensa Serafín, abrumado.

Ha de tomar aire para seguir adelante.

Y ahí quedan *Matalajari* y su vecina, juntas pero no revueltas, golpeando sendas cacerolas de aluminio con un estilo propio de consumadas percusionistas en una gran orquesta.

Ahí varios de los Ceballos, que hoy no andan encebollados sino golpeando en el suelo muy serios.

Ahí *Sito*, sí, cachava en mano y al lado el *Legañas*, que nunca se aparta de los fogones o la barra de su bar. Como andaban embroncados, quizá se reconcilien después de esto, piensa Serafín, al que poco a poco pugnan por saltarle lagrimones mientras camina. Cede y luego, con disimulo, se los seca con el reverso de su mano.

Debe mirar al suelo para no mostrarse tan débil, tan poco *Burro*, justo en una ocasión así.

Pero qué más da. A él qué le importa que puedan verle llorar. Con las lágrimas cayéndole por sus mejillas, pues, eleva el rostro, encarándolo hacia lo que resta de pasillo humano, de medio centenar de metros, sonriendo a veces, sorbiéndose los mocos otras, haciendo movimientos de cabeza para agradecer sin palabras todo aquello que no cree merecer. Porque sinceramente no lo cree.

Clas, clas, clas...

Ahí saluda a Celia, la de la tienda de ultramarinos con su banco para las *Furias*, que ha dejado aparcado el malhumor crónico para venir a golpear con su cachava, mientras lo mira con ternura, como a un hijo que va o vuelve de hacer la guerra.

Y a *Tomasuca*, el *Témpano*, que lleva sólo zapatos con un poco de tacón, pero le da con fuerza y bate palmas, para no ser menos. Parece que hasta sonría.

Ahí está incluso don *Sobao*, el cura que, sonriendo complacido, se limita a golpear con su crucifijo en el pecho. Poco sonará, pero a Serafín le vale. ¡Vaya si le vale! ¡Como que ha estado a punto de santiguarse a su paso!

Y don *Cíclope*, como no podía ser menos, pese a su edad, haciendo sonar un grueso libro que sostiene en la mano, en posición horizontal, mientras golpea allí con la palma abierta de la otra.

Clas, clas, clas, clas.

Serafín no se ha dado cuenta hasta ahora, pero en esa zona encienden el alumbrado conforme va pasando por allí. Así puede ver mejor los rostros, pues la oscuridad empieza a ser muy densa. A muchos no los distingue bien porque su mirada sigue empañada. También cae en la cuenta de que hace un rato que ya ha dejado atrás Pradonuevo y sin embargo, casi en pleno monte, sigue caminando entre el pasillo de gente. Qué locura, sí, como los ciclistas en la tele.

Y por fin lo comprende.

Se mueve entre luces de antorchas. Las van encendiendo para él según asciende.

Por momentos le parece que ese percutir sincronizado va a estallar en sus sienes, en sus labios trémulos, y se cree por completo incapaz de controlar el temblor de su mandíbula inferior, que tiritita.

Todo el pueblo es como un gigantesco corazón que, de hecho, golpea al mismo ritmo que el suyo. Y entiende que cuando el corazón de las gentes late al unísono, también eso, aunque sea a destiempo, por qué no, es amor.

Ahí al lado, en el momento que supera la carretera asfaltada y empieza a entrar por la parte más ancha de la cambera desde la que casi puede verse la Casona, ha dejado a *Pituco*, seguro que más contento que unas pascuas con todo esto, pues hace entrechocar con vehemencia los campanos de buey que lleva en cada una de las manos. Ojalá hubiera más locuras como ésta al cabo del año, pensará el muy bendito.

Cómo no, *Gilda*, su *Gilduca*, que ha subido hasta ahí pese a lo mal que

está de las piernas, y que le mira llena de orgullo, con los ojos humedecidos, haciendo sonar un grueso perolón con un tenedor de madera.

Y ahí la última silueta que Serafín puede percibir...: es el *Dalle*, con su aspecto patibulario, espesas cejas y barba rala. ¡El mismísimo *Dalle* ha bajado de los montes para esto! ¿Cómo se las apañaron para hacer que viniese? Ahora se limita, grave y espectral, a golpear con su instrumento en la hierba que tiene al lado, produciendo un chasquido característico, pues ahí ya no hay asfalto ni piedras.

Da igual, Serafín lo agradece con un gesto de cabeza, y se vuelve un instante con la mirada nublada que le empaña la visión, consiguiendo distinguir hasta Pradonuevo. Todos siguen en su sitio. Nadie se ha movido un palmo de donde estaba.

Siguen tal y como los dejó, pero ahora todos mirando hacia lo alto, donde se encuentra él. Se muerde el labio inferior y luego eleva su mano derecha. Saluda cual adalid triunfante a sus huestes, pese a que está a punto de derrumbarse. Siguen los golpes sincronizados, que es lo más perturbador, pues en el silencio de la noche parece que ese ruido vaya a oírse por toda la provincia. Seguro que lo hará por todo el valle.

Pero aún hay una última figura, y no la han situado ahí en vano, prácticamente en la puerta de su Casona. Es menuda y va ataviada de modo especial. Es *Geniucu*, el chavalín al que rescató de entre los transparentes colmillos del agua, aquella tarde espantosa en el Pábenes.

A *Geniucu* lo han vestido con el típico traje montañés, el mi pobre. ¡Y lo guapo que está! Pañuelo colorado al cuello, como la faja. Pantalón de pana, una boina chiquituca y que sin embargo le cae hacia un lado. Con sus correspondientes albarcas en miniatura. Él cierra el pasillo humano, y eso no es gratuito. Todo, lo han pensado todo.

Serafín se arrodilla ante el chico, a quien se ve asimismo emocionado y a punto de llorar, porque él mismo habrá estado oyendo el estruendo durante varios minutos, con el corazoncito cada vez más encogido. Serafín va a decirle algo, pero tampoco consigue hacerlo. No en ese momento. Y el chavalín, fiel a lo que le han encomendado y a su instinto, sin dejar de mirarle a los ojos ni un instante, continúa golpeando con una de sus albarcas y la

cachava pequeña que le dieron para la ocasión.

Es entonces cuando Serafín, que se había colocado a su altura tras apoyar los papeles en el suelo, le pone las manos en los hombros, atrayéndole hacia sí. Y se funden en un abrazo.

Cree oír un casi imperceptible «Gracias» que le dice el niño al oído. Cuando lo aparta para mirarle, apenas ve una mancha borrosa con boina y pañuelo rojo al cuello, pero que continúa dale que te pego con el golpeteo.

Porque siguen todo el rato esos golpes retumbando por el pueblo, por el valle, huyendo hacia los pinares lejanos.

Clas, clas, clas, clas...

Serafín camina solo hacia la Casona los últimos metros, Ellos siguen ahí, demostrándole su admiración, su cariño o cuando menos su respeto.

Pero sobre todo su orgullo.

No dejan de golpear incluso cuando entra en el jardín de la Casona, que hoy le parece un menhir gigantesco, mágico. Una vez allí, rompe a llorar, aunque de espaldas al gentío y ya sin tapujos. Al introducir la llave en la puerta interior de la entrada a la casa, sigue oyéndose a sus espaldas, por el aire, mezclado con la noche:.

Clas, clas, clas, clas...

Serafín entra precipitadamente y se tira en el sofá, boca abajo, entre hipidos. En ese momento se acuerda de su padre. Hubiera estado feliz y perplejo por esto. A él no le recibieron como a un héroe cuando a su modo también lo fue, siquiera por hacer lo que hizo en su vida profesional o por construir esta casa en aquellos tiempos difíciles. Además, ¿quién, *a su modo*, no se siente un pequeño gran héroe o al menos un valeroso superviviente en esa efímera tragicomedia con final incierto que es la vida?

Poco a poco va apaciguándose el golpeteo, por suerte, aunque durante casi un minuto continuará oyéndose tras las ventanas. Cuando aquél cesa del todo, Serafín lanza un suspiro en la penumbra, pues ni se ha atrevido a encender la luz por temor a perturbar este momento. Cierra los ojos y luego los abre. Procura secarse las lágrimas con el reverso de las manos, aunque un último jadeo le llega en forma de leve espasmo. Es como un fugaz acceso de tos. Aún llora tenuemente, pero al poco nota que está calmándose. Ha hallado

lo que buscaba. Sus pulmones parecen gemir y luego destensarse. Suspira de nuevo.

Aún le sale una especie de amortiguado y fino rebuzno.

Se siente incrédulo al pensar que no le han dicho ni una sola palabra.

A partir de entonces su percepción de las cosas va a cambiar hacia mejor, porque Él permitirá que así sea, igual que ha permitido *esto*, y Serafín lo sabe.

Durante varias jornadas no sale de casa y apenas se mueve del sofá a la cama y a un butacón de cuero desgastado al que tiene especial querencia. El teléfono permanece desconectado. Sencillamente, medita.

Luego los días de lentas mañanas y lentos atardeceres, a menudo traspasados por una fina y constante llovizna, irán superponiéndose como estratos de caliza cuya naturaleza y formas, con sus veteados desiguales y estrías que asemejan un lenguaje cifrado, acaso una ortografía secreta del mundo interior, y que no se perciben más que cuando la mano del hombre ha producido un corte profundo en el alma de la roca, acaso revelan los secretos que anidan en las entrañas de la tierra o, como si dijéramos, un fragmento de ese hermético lamento que es su y nuestra memoria disecada.

Sí, pasaron esos días con sus noches y tanta quietud. Pasaron como los renglones del anterior párrafo por ti digerido mentalmente a vuelapluma, lector, acaso ignorando que no había ni un solo punto en toda su extensión, siquiera para respirar, porque así son las cosas de la vida, van rodando como en un suspiro sin pausa, y así otro párrafo más, y otro, y otro, que a veces la vida duele.

Pasó el tiempo y él siguió sumido en un torbellino emocional de considerable magnitud, amortiguándolo. Permitámosle por ahora retozar en su cansancio y sensación de éxtasis, que nada dura, como también es perfectamete sabido, y, dejando para más tarde los desagradables pormenores referidos a la construcción definitiva de la Autovía sobre su casa, centrémonos en cuál va a ser la evolución de su espíritu luego de tanto sobresalto. Y sólo saliendo al exterior de la Casona logra de verdad que aquél se explaye en plena ebullición.

Serafín, cachava en mano, con el calzado más idóneo y una cantimplora

llena de agua azucarada, tal que si se dispusiera a realizar una excursión por el Himalaya, se acostumbraría a pasear hasta Braigas o el caserío de Sábriga, ya abandonado, o hasta los Prados de la Sierra o a un enclave denominado la Mata Peiluco, donde la sombra de los abedules impone inexorablemente su ley de paz visual e ínfimos, inesperados sonidos, cada uno de los cuáles es en sí mismo siempre todo un misterio. Sobre todo solía acudir a cierto lugar llamado por algunos hisedianos el Bosque del Silencio, donde el pinar de su amigo Angelucu Quevedo, del tipo montañés exacto, aunque ilustrado, con quien tantas, tan largas y entrañables caminatas daría por estos agrestes páramos. Con Angelucu, increíble pero cierto, salió Serafín en bicicleta bastantes veces, siempre con la renovada promesa de reencontrarse en lo alto del monte o en la ruta. Sí, tenía el firme propósito de la enmienda de salir más a menudo, pero lo cierto es que no solía dejarse ver hasta la llegada de los primeros calores del estío. Y eso cuando lo hacía. En el Bosque del Silencio reflexionaba y, arrancándose las con delicadeza a las zarzas, podía comer endrinas y moras a placer, o arándanos si era temporada.

Le gustaba recordar que de pequeño a veces veía a las mujeres del pueblo sentadas en sus huertos desmenuzando panojas de maíz en granos como pepitas de oro del tamaño de un garbanzo ya hervido. Todo ello, a su vez, lo observaban las gallinas con estrábica ansiedad. He ahí la ecuación de la vida, que Serafín aprendió a temprana edad: panoja-gallina-persona. Las gallinas se comen el grano. Las personas se comen el grano y las gallinas. Finalmente los microbios, las vermes o el fuego se lo comen todo, incluidas las personas. A él, de algún modo, seguía pareciéndole sorprendente y maravilloso. Quizá por eso se dedicó a la Biología, aunque su mirada sobre las cosas fuese queda vez más la de un filósofo. También cierto que a veces, sentado bajo un roble y con un libro entre las manos, se le hacía un poco difícil concentrarse en ideas abstractas, por lo común tan caras a su intelecto, pues alrededor suyo revoloteaban alondras y malvises, tordos y gorriones, oropéndolas y petirrojos, abubillas y ruiseñores. Aquélla era la más sublime música concebible que pudiese otorgar la conciencia de existir.

Pero donde prefería estar era en los aledaños del lamedal, tronzando pausadamente ramas secas de avellano, entre el cieno reseco y la hojarasca, a

cobijo de la enorme haya y sentado sobre cualquier montículo de hierba, convirtiendo en una fiesta solitaria el descubrimiento de unos rododendos con flores en corimbo y corolas purpúreas. Alejado por completo del légano inherente a las humanas pasiones. Ahí dejaba vagar la imaginación durante horas en densas cavilaciones, permitiendo que sus ideas deambulasen entre las ramas de los helechos, adormilándose en ocasiones y otras súbitamente alerta al oír el canto del urogallo, animal éste fabuloso, en teoría prácticamente extinguido y que sin embargo él, pese a no ser ducho en ornitología, creía distinguir entre los mil y un ruidos de la espesura, organizados como un pentagrama que para nadie parecen interpretar la maleza y los árboles, o el deslizarse de pequeñas criaturas en zonas umbrías y rincones imposibles que la pupila no distingue, pese a que están. Entonces se sentía invadido por una tenue y abstracta felicidad, sentimiento rayano en la pura plenitud de saberse todo y nada a un tiempo. Es decir, fuera del tiempo y, a la vez, en el epicentro de la conciencia del propio tiempo.

Rebusca varas de fresno o de tejo para cachavas que nunca hará. O juguetea con las agujas de pino que crean una tupida alfombra a sus pies. O finge releer una horita a su venerado Galdós o a cualquiera de sus místicos, y se sabe hasta párrafos de memoria, a la sombra de varios jóvenes y esbeltos sauces. O, para engrasar las bisagras de su conciencia, siempre plasmando en su retina, en su conciencia y en su memoria la lenta y gradual desaparición del viejo mundo, se acerca hasta un molino que ya no muele y que ahora ocultan la hierba y los rastros. O llega hasta el camposanto, permaneciendo un rato ante tumbas y columbarios donde yacen *Burros* ya idos. Ahí está la lápida de granito sobre los restos de su padre. Ahí irá él, algún día, por supuesto, y encantado. Aunque sea en una urna con cenizas. Lo anecdótico es que desde la entrada de la Casona, y con potentes prismáticos, casi puede leerse en un día despejado lo que pone en esa lápida. O, algún domingo, se pone su pantalón de franela y se da un paseo por el pueblo, antes del mediodía, justo a la hora que, preparado el yantar, la gente se dispone a su festiva pitanza. Poco más, o nada menos. Es siempre lo mismo.

Una a una van pasando las estaciones, indistintamente sojuzgadas por el molesto aunque inaudible ulular del Viento Sur, que dicen altera tanto a las

gentes. Será verdad. Todo se muda, pero el Bosque del Silencio sigue allí, aguardándole. Y a ese sitio acudirá cíclicamente, a veces dando un largo rodeo por la Braña del Lomar y otras tomando un camino lleno de marga arcillosa y desiguales pedruscos sobre los que pisa con tiento, como si todas y cada una de esas piedras, infinitas en sus formas y tonalidades, fuesen un delicado tesoro. Lo son.

Así irá creciendo como persona. Preparándose para el buen morir, y con un poco de suerte, gozar de un final rápido, digno y solitario.

Es en realidad lo que le ocurría, ese sarpullido de supina inteligencia que de improviso le embargaba, ese acceso febril de preclara comprensión de las cosas, que veía como si tuviesen el brillo interior de la caoba, a la sazón supuso en él una suerte de catarsis de cuanto hasta el momento era su conocimiento del mundo. Diríase que por instinto todo lo fío Serafín a una absorbente idea de purificación interior, pues sentía que de alguna forma había pagado el precio de todos los hombres: hubo un tiempo en que cedió ante sus propias debilidades, considerando que sus opiniones eran las verdaderas. No lo eran. Eran sólo suyas. Pero también se dio cuenta de que la clave de todo, como siempre, estaba en el tiempo, que poco a poco iba acrisolándole la voluntad y, por ende, propiciando lo que la mismísima *Pitita* de la primera época de su relación no dudaría en calificar de buen rollo con la vida. Algo perfecto e inexplicable.

Sí, aunque esporádicamente a veces Serafín aún creía vadear con una venda en los ojos las simas de la desesperación, y sobre todo de la abulia, sintióse por vez primera en su existencia en armonía con ésta. No es que le pasase por mientes crear una asociación filantrópica en Hiseda, caracterizada por su frenética actividad social y el altruismo de sus componentes, pero tampoco iba por ahí a lo misántropo, como tal vez ocurriera meses antes, cuando a su pesar destilaba una especie de distante desdén que en el fondo no era tanto autosuficiencia frente sus convecinos como un profundo aborrecimiento hacia todo lo humano.

Pero eso quedó atrás, por fortuna, y ahora únicamente atravesaba por espaciados momentos de crisis, aunque para ello echase mano, de tanto en tanto, a las infusiones mágicas de *Pitita*. En efecto, pronto lograba extraviarse

en aquella beatífica somnolencia, en aquella modorra pentecostal –como que solía andar por ahí en ayunas– en aquella especie de lobotonía de luz que le barrenaba dulcemente los sentidos. Entonces podía quedarse tan traspuesto que lo despertaban sus propios ronquidos o el frescor de un hilillo de saliva colgando con flacidez por la comisura de los labios. Al espabilar, y sintiendo un tibio cosquilleo en los tobillos, pensaba: «¿Levitaré?». Y no, no lo hacía, pero ahí estaba en esa otra realidad, presta a mostrarle el fiero esplendor de la quietud de las cosas, el aroma de la luz, la textura del silencio y la mutación lentísima, portentosa e inescrutable de todo lo que es.

Otras veces, reflexionando sobre episodios del pasado reciente, se preguntaba: ¿eran lo suyo algo así como adaptaciones simbólicas de una catástrofe, a las que había ido aferrándose casi de modo involuntario para sobrevivir? Porque debía aceptar y superar hechos bastante duros, como que jamás se dedicaría de verdad a aquello para lo que tanto estudió, como que habría de vivir el resto de sus días con estrecheces económicas, pese a lo muy señorón que en sus caprichos y deseos era él, como la certidumbre de no ser capaz de integrarse en Hiseda tal y como una de sus dos mitades le exigía, o sea, establecer relaciones que la gente entiende por «normales», pues su otra mitad se dejaba tratar con afabilidad lisonjera, a lo que él devolvía la cortesía pertinente. O como haber perdido a *Pitita*, quien empezó llamándole «mi genio», después «mi cerebritito», más tarde «cabezolón», ya sin el «mi», luego «no seas plasta» y, finalmente, «olvídame». ¿Acaso todo ello no constituía una catástrofe de altura?

Serafín se convenció de que la vida estaba llena de perpetuos enigmas que nadie, absolutamente nadie era capaz de responder: ¿por qué las mujeres siempre van con el tiempo justo a todas partes?, ¿por qué los hombres se pasan la vida pensando en lo mismo?, ¿por qué tenemos conciencia?, ¿por qué, como dejó escrito Leibnitz, nunca pasa realmente nada?, ¿por qué, se pregunta él en última instancia, le estaba pasando *esto*, que no era otra cosa sino sentir de un modo distinto? Igual es que vivía en exceso encerrado en su Casona, nómada entre sus recuerdos y sus ensoñaciones. No es que se considerase un ser introspectivo, o no tanto como tímido y ensimismado a la vez que profundamente observador, con lo que su percepción de lo viviente

resultaba intensa y total, sí, pero también cauta y en ocasiones acerada. Debía admitirlo tanto como cualidad o como defecto, igual que debía admitir la certeza de que el amor es, quizá, la única equivocación en la que reincidimos una y otra vez, siempre. Así eran las cosas, y nada las modificaría.

Pensaba que algunas personas te miran a los ojos y parecen estar preguntando en silencio: ¿por qué? *Pitita* lo hacía, desde su juguetona y resplandeciente ingenuidad. De ese modo miraba él ahora y sin parpadear a los ojos del cielo. De acuerdo, había rebasado el medio siglo de existencia, pero a menudo creía ser víctima de un descascarille físico absoluto, y asimismo de un embotamiento integral de los sentidos, como si fuese una especie de limago en forma homínida. Otras, en cambio, casi levitaba. Quizá, aparte de disléxico, era bipolar perdido y nunca se lo diagnosticaron.

Sí, ha pasado ya un cierto tiempo en Hiseda, digamos que el suficiente tiempo como para que los hechos relatados en nuestra historia fueran depositándose en la memoria de quienes los conocieron o de aquellos que simplemente los imaginaron por haberlos oído. Ha transcurrido el tiempo suficiente, también, para que tales sucesos, algunos de ellos tan originales que no se conocía hasta la fecha cosa así en los *Anales Hisedianos*, fuesen convenientemente devaluados o exagerados, según se terciase. Igual dentro de algunos años acaban siendo narrados como si de una fábula hisédica más se tratase, y a saber con qué grado de verosimilitud. Sería injusto, pues sucedieron del modo en que se han explicado. Aunque, por otra parte, las fábulas también tienen derecho a existir. Incluso las distorsionadas.

Habida cuenta que van a pasar los meses, los años, y ni por equivocación da muestras de ir a ponerse nuevamente con sus proteínas globulares, y todavía mucho menos con los aminoácidos o el periplasma procariota, Serafín concibe vagas ideas con las que llenar su tiempo. ¿Y si se dedicara a la numismática o la filatelia? «Qué se yo –se dice dubitativo–, o a leer de manera enfervorizada sobre las últimas investigaciones realizadas en experimentos con embriones de pollo congelados» –pollos transgénicos, piensa: zamparse uno de vez en cuando no le vendría nada mal–, pero rápidamente conviene que si las dos primeras cosas, numismática y filatelia, sólo servirán para su solaz, no redundando en ningún tipo de beneficio

económico, más bien al contrario, lo otro, los embriones de pollo, le recuerda demasiado al mundo de la Ciencia, en el que se siente un desertor, y al que, hay que reconocerlo, le ha cogido ya una irreprimible grima. Pensar en términos de «Ciencia» le supone oír automáticamente ese molesto sonido que a veces provoca la yema de un dedo al frotar un cristal húmedo, o rascar dos objetos de metal con energía, o pasar una uña por la pizarra, en un aula. Precisamente se trata de eso: se le pone la piel de pollo. Bueno, al menos ahora ya tiene claro que no aspirará nunca al Premio Nobel de Biología con el que una vez soñó, más que nada para pasárselo a la madre de *Pitita* por los morros.

Y un buen día se preguntó Serafín: ¿tiene razón de ser el empeño de integrarse en un mundo mayormente poblado de gentes en uno u otro sentido devoradas por la prisa, la envidia o el odio? No.

¿O su propio empeño por comprender la sintaxis y oralidad de estos lares, en los que desde antiguo se utilizaban tropos a mansalva, sinécdoques, metáforas, palíndromos, aliteraciones, pleonasmos, metominias, todo ello mezclado en un potaje lingüístico que no entendía ni su padre? Tampoco, pero sin duda prefería ese empeño al primero. Era más creativo.

El caso es que por fin ha conseguido gran parte de cuanto se proponía. A saber, llevar boina usualmente, pese a que en los días festivos, para bajar al pueblo, prefiera usar esa gorra gris a la que, sin saber la razón, le tiene tanto apego. Y cachava, pues sigue disponiendo de una buena colección de ellas. También ha decidido que cualquier día de éstos, en cuanto tenga un pronto, igual le da por ponerse definitivamente a «ultimar» su monumental trabajo de investigación científica, que lo cierto es que sigue tan esmirriado como siempre, y que a lo mucho, así lo ha decidido, será un bonito opúsculo. Pero ha descubierto que le importa bien poco descubrir nada. O, como decía, *Pitita*, creer en algo. Eso último para las beatas y los creyentes dóciles e innatos, o para los artistas, si tienen talento y ellos a su vez se lo creen.

A Serafín ahora le calma leer, más que nunca. Picotea donde le lleva el instinto, pero siempre vuelve a sus místicos. Como va tirando con sus colaboraciones en revistas de divulgación científica, esto muy poco, y con las correcciones para enciclopedias, esto más, ya tiene resuelta la vida. Aparte

está lo del alquiler de su local en la ciudad. Ajustado va, pero va. Puede permitirse el lujo de ir una vez a la semana a donde *Gilda*: allí se deja cebar a base de conejo con caracoles, lechazo al horno, marmita, cocido montañés o lo que le echen. Lo paga durante varios días con flatulencias, pero al menos durante un rato se siente, más que cuidado, querido. En la Casona sus refectorios en cambio son casi trapenses, y a veces puede decirse que Serafín se alimenta de pequeños y entrañables gestos, como remover las ascuas en la lar o echarle alpiste o migas de pan a los gorriones que se acercan a la parte frontal del jardín. ¡Como si no tuviese ya pocos pájaros ahí encima! Cualquiera día de éstos el gremio de amantes de la ornitología va a pedir su beatificación. Sobre todo se alimenta de la serenidad de este valle. Y bebe de la contemplación de algunos crepúsculos que, dada la vida recoleta que lleva, son una dádiva para su espíritu, cada día más apacible y despreocupado.

Por si fuese de interés o este dato despertara algún tipo de curiosidad, en cuanto a su camino concreto como lector digamos que fue ondulante y variopinto, pero creyó descubrir que, aun por encima de la excelsa prosa de ficción o la gran poesía, el lenguaje metafísico que emana de la misma filosofía es dulcísimo néctar para los espíritus cultivados que anhelan volar alto y no temen la caída.

Así pues, allá que va él con su andar hidalgo, flanqueado por el báculo de la cachava, y como si en vez de hacerlo junto a los linderos de las mieses lo hiciera por los ribazos de la imaginación. Peregrino y cautivo de su propia curiosidad, es el impertérrito paseante bajo un cielo plomizo o un sol de justicia, el veedor ponderado y profundo de cuanta muestra de vida orgánica se despliegue en torno suyo. Y aún la inorgánica puede imaginarla. Aunque salga a pasear al oreo de los vientos, es ya hombre hecho a cierzos, a ábregos y, sobre todo, a esa especie de galerna templada que circula por estos valles, el *Sur*, según se dijo siempre sumamente perjudicial para los humores.

Y es que somos seres sedentarios –nuestros lugares escogidos, nuestros hábitos y manías, cultivadas o inconscientes– aunque algunos lo son más que otros, sin duda. Serafín, desde muy joven, lo era con terca determinación. Una forma como cualquier otra de preservarse contra el a menudo hostil entorno, pues eso es la vida a fin de cuentas para muchas personas: un

extenuante disimular maquillado de rutina e ir tirando como se pueda. Y cierta tarde, repantigado sobre la hierba, pensó para sus adentros, pero entendiéndolo como si se tratase de una consigna pronunciada por los dioses: «En el fondo sólo importa el concepto de repetición».

Como el corazón que late, como el aire que inhalamos, como cada parpadeo efectuado sin pensar, así fluía el espíritu de Serafín a través de la inmaculada orografía de los campos, hasta llegar a esas montañas de ahí enfrente, puestas como colmillos inferiores de un fabuloso dragón que dormitara en el cielo. Ellas nunca le fallarían, como de algún modo una vez se falló a sí mismo o le fallaron las personas. Las montañas estarán siempre, se dijo. Y fue un juramento.

Cierto también que, en parte ayudado por las infusiones mágicas de *Pitita*, había alcanzado un estado de gracia, o si se prefiere de comprensión, que le libró por completo de la costra de sus prejuicios, como cuando nos arrancan una muela. Aquello simplemente desató en su momento la caja de los truenos, pues quería comprenderse. Si miraba hacia atrás se veía un poco a sí mismo como *Baltasar*, el burro de la película de Robert Bresson, que recibe palos de cuantos humanos se va cruzando, incluida Marie, quien lo protege hasta que un buen día le pican demasiado las hormonas. Sí, *Baltasar* siempre fue un héroe para Serafín. Prácticamente su tío de Francia.

Ahora, el tenue crujido de una rama, el canturreo de una acequia, el murmullo del viento deslizándose por las troneras de las casas o el exuberante laberinto de los bosques, todo acompaña a Serafín como la melodía que obsesiona a un compositor, mostrándole la esencia de la vida que está a punto de crear. En momentos así entendía la frase del gran Manuel Llano, ilustre aborigen de estas tierras: «Un anhelo divino arraigado en el alma que es como un recatado deseo de perfección espiritual sin estímulos externos de vanidad o recompensa», y era lo que mejor definía sus propios pensamientos.

Mas debía reconocer que, con ayudita o no de las infusiones mágicas, rara vez llegaba de un largo paseo sin sentirse acosado por alguna idea digna de curiosidad. Tal idea le daba vida interior durante horas, a veces durante días, y a partir de ella, por sorprendente que eso pudiera parecerle al principio, se

desplegaba como una madeja el resto de disquisiciones. Era un inagotable foco de creación mental.

Así, cualquier tarde, de regreso a la Casona tras la caminata anotaba puntualmente en su cuaderno: «¿Vuelan de noche las mariposas blancas?». Hasta llegó a concebir el posible argumento de una novela. Tan desatado estaba. O: «Cada rosal tiene su espino». Quizá esto último fuese simple nostalgia pititácea. Qué moñas. No, preferible desecharlo. Sin duda serían sus estertores finales como narrador.

En otras ocasiones, en cambio, a Serafín le daba por tener «un día Wittgenstein», su admirado filósofo vienés, como él solía denominar a ese estado de efervescencia neuronal incontrolable, pero gozosa en grado sumo. De esta forma, por ejemplo, empezaría el *Tratado Lógico-Filosófico* de su existencia:

Toda idea es sustancial.
Toda percepción es subjetiva.
Toda cosa es distinta.
Toda acción es relevante.
Toda palabra es aleatoria.
Toda estructura es mejorable.

Porque, en efecto, a desarrollar tales certezas es a lo que habrá de dedicarse el resto de sus días, en un sentido u otro. Pero esta vez no cometerá el error de intentar ponerlas por escrito para... ¿qué o quién? ¿Para convencer, para seducir, para qué realmente? Las pensaba, las sentía, y con eso era suficiente.

Puesto que con libre albedrío y ayudado por las circunstancias decidió no participar más de los avatares de un mundo basado en la prisa, en la competencia, en la ansiedad y a la postre en el miedo –a enfermar, a ser rechazados, a sufrir, a fracasar, a morir–, Serafín pronto se convenció que preferiría vivir en un triste tabuco, aquí, que en la mejor vivienda en cualquier parte del mundo. Su mundo estaba aquí, y esa parte elegida la llevaba dentro de sí, es decir, en cuanto le rodeaba, a modo de reflejo de aquello otro que, vacilante como un pábilo, latía en su interior.

La suave ondulación de las lomas de los alcores. Las brañas escarpadas y sólo inhóspitas si se desataba la tormenta. Los saúcos y los bardales inclinándose con monótona delicadeza, como si se susurrasen alegres sortilegios. Bandadas de estorninos y golondrinas, que en realidad bien podrían ser ángeles, piando de excitación mientras los segadores cortaban el heno. Ese lueñe horizonte gris azulado sobre los prados de la sierra, tan alejado y a la vez tan próximo que, diríase, podía tocarlo con estirar un poco las yemas de los dedos, pues sólo mirando fijamente se desparramaba pupila adentro. Era entonces cuando se sentía un centinela sonámbulo puesto en el mismísimo zaguán del cielo.

Para él la felicidad, por ejemplo en invierno, era discernir cómo crepitaban en el lar los leños resecos, la hojarasca, los rozos, la áspera corteza de cagigas centenarias a las que sólo quebrantaban el rayo o el viento, y todo ello antes de convertirse en tizones, esas brasas que parecen contraerse como si tuvieran vida interior, pequeños besos arrancados a la boca de un volcán.

Y era feliz recordando lo que el ojo ya apenas podía ver, pues se lo llevó sin estruendo la ola del tiempo: las mujeres del pueblo arreglando techumbres en sus corraliegas, o liadas con setos y bardas perpetuamente dañadas por la intemperancia del clima. Ellas enjabelgando muros y paredes, ellas limpiando colodras para ordeñar las vacas, antes de volver a coladas y fogones mientras ellos cuidaban del ganado, segaban los campos, cortaban leña, rastrillaban glebas o majaban terrones. Aquel reducto de aridez emocional que antaño fue el valle permitía poco más que reproducir un ciclo diario e inmutable cuya conclusión solía ser que a las hembras se las endilgara un nuevo hijo. Pero gracias a eso se habían mantenido libres de toda contaminación proveniente del exterior. Aunque cada vez menos. En efecto, el viejo mundo acababa, y ¿quién podría recordar todo esto una vez pasado el tiempo?

Echa el freno cuando nota que la bilis o la desazón fluye sigilosamente a través de una fístula por su conciencia. Sí, es tiempo de frenar.

En definitivas cuentas, Serafín optó por aventurarse a pisar un mundo tapizado de árgoma y musgo, de piedras y hierba, de brezo y helechos, de gotas de rocío y babas de caracol. Ésa era su respuesta a lo que llamaban «progreso» y cosas de este jaez. Ésa y la decisión de eludir en lo posible la

humana presencia en el perímetro de lo que pudiera considerarse su intimidad. De hecho, pensó a modo de consuelo, también se puede pasar desapercibido y hasta desaparecer entre la gente con una serie de monosílabos y un poco de práctica, por supuesto sin menoscabo alguno de la más elemental educación. Sí, debía esculpirse un nuevo destino. En soledad.

Era posible lograrlo porque sólo ahora su alma estaba fértil, y la linfa del plasma sanguíneo por fin le había empapado los sentidos, haciéndole olvidar su paso por tierras de Zozobra y dándole la bienvenida al país de Sosiego.

Como sigue teniendo ese carácter retraído y tímido, baja poco al pueblo. También acude a veces al *Barrio*, que por cierto se halla cada día más cerca de Hiseda, ya que están construyendo casas aquí y allá, salpicadas por los prados tal que lienzos impresionistas en mitad de la hierba, pero sin ningún tipo de planteamiento de secesión, como antaño. Para algo serviría lo suyo, con aquel inmenso lío a costa de la Autovía Norte-Centro que, nadie lo dude, llegó ya a su destino previsto. A Serafín también le gusta pasear y mirar por unos prismáticos que suele colgarse en cuanto sale. Entonces saluda a su primo, el burro de Nicanor, ya muy viejo pero que sigue triscando la hierba en el prado de ahí abajo. A veces Serafín piensa que ese burro es inmortal. Porque cuando era casi un niño ese burro ya estaba ahí, o al menos él lo sueña. Será.

Huelga decirlo, en Hiseda la oriundez es un grado de carácter sagrado, pero asimismo cierto que el prestigio en un medio rural a menudo se halla en proporción directa a los emolumentos que uno percibe por cualesquiera tareas o profesión que realice, aunque sea de rentas, pese a que aquí a eso lo llaman vivir del cuento. Al principio se creyó que precisamente de ello vivía Serafín, pero con el transcurso de los años se dieron cuenta de que no era así, y que él sólo heredó una casa tan grande y hermosa como inútil y solitaria, lo cual no vino a constituir desdoro alguno sino todo lo contrario, algo de lo que uno debía ufanarse justo como él hacía, con discreción, con una especie de humildad henchida de sobrio orgullo. Así, acabaron por llamarle el *Paseante*, pues sus caminatas fueron internándole cada vez más allá por el profundo bosque, hasta pozas llenas de hojarasca y veneros cegados por el légamo de color negro vidrioso en los que, a pesar de que cuando lo contó apenas nadie

lo creía, vio reflejadas las nubes. Allí intentaba distinguir el bien del mal, la melancolía de la tristeza, el aburrimiento de la calma, e incluso la paz de la dicha completa, aunque ambas fuesen caras de una idéntica moneda, como bien podría haber escrito la Madre Teresa, quien tanto le había dado sin pedir nada a cambio. También allí distinguió el álveo de los manantiales, y simples arroyos de las torrenteras semisecas que en invierno bajarían caudalosas. Fue en esos lares, bajo elevadas planicies de pasto feraz, donde se encontró como persona que, perteneciendo a una comunidad, alcanza su plenitud en solitario.

Y si en algún momento tuvo temor de perderse en sus caminatas, recordaba entonces el refrán tan mentado por *Burro* padre: «Tranquilo, que ningún perdido se pierde». Cuando él le preguntó la razón de tan hermética frase, su padre le dijo: «Pues porque ya está perdido, so bobo». Distinta fue la versión que al respecto averiguó Serafín, ya mucho después de la muerte de su progenitor. El origen era otro. Al parecer una noche fría de invierno, allá a principio de los años cuarenta, *Pedazo Burro*, su abuelo Manuel, tardaba mucho en llegar a casa. La abuela mandó a uno de sus hijos –Serafín nunca logró saber si ese niño fue su padre o no– a que lo llamara. El chiquillo, fuese el que fuese, entró en la taberna y, al ver a Manuel, dijo: «Madre dice que si te has perdido...». A lo que *Pedazo Burro*, que debía llevar ya una buena serie de tintos encima, se volvió desde la barra y, muy flemático, le contestó al chaval: «Dile a tu madre que ningún perdido se pierde».

Otro clásico de *Burro* padre era el menos elíptico y más sustancioso: «Dos males no hacen un bien».

Allí, pues, sentado durante horas en cualquier pedrusco en forma de solio, se sabía un transhumante de sí mismo. Entonces notaba como migraciones de aves en sus venas, y un cosquilleo equinoccial en las sienes, lo que no sabía bien qué quería decir pero le resultaba muy grato: luz y penumbra se entremezclaban, haciéndole extraviar todo sentido del tiempo y la realidad. Insensible al desaliento, estaba fundiéndose con los abruptos parajes que iba descubriendo, a diferencia de *Pitita*, quien, pese a la vocación pastoril con la que amenazase al principio, siempre se comportó como una alienígena en el valle, sintiéndose extraña y hasta hostigada por los elementos, fuesen éstos el barro, los moscardones, las espinosas hojas del acebo o una vaca desafiante

que se le cruzase en el camino, sin contar a las dependientas o clientas del Súper. Ahora estaba solo. Como vino al mundo. Como se iría de él. Sin protestar. Agradecido. Por fin había aprendido a ser y a estar simultáneamente. En cada momento. Y eso era el inicio de la felicidad.

A ver, y dejando a un lado filisteismos que se amparan en la sintaxis a fin de socavar nuestro discernimiento: probablemente estamos en el Laboratorio, o si se prefiere porque resulta más llevadera esa alternativa, en el Salón de Juegos Recreativos de Dios, tal vez de los dioses, pero en cualquier caso al albur de sus imprevisibles y siempre justas disposiciones, dado que Él es el albur y nosotros lo creado, Él la estructura omnímoda y nosotros la contingencia fungible. Por tanto ¿a qué preocuparse en verdad por nada? Nadie nos dedicará nunca un poema. Ni siquiera Serafín a ésta su querida Montaña, pues carece de traza para ello. Pero cuando de los actos empezamos a hacer versos, entonces Dios o los dioses hablan un poco a través nuestro. E incluso así, nadie nos dedicará nunca un poema. Aunque pensándolo bien, él a *Burro* padre posiblemente ya se lo había dedicado: luchar por la Casona.

¿Dónde, dónde estará el bardo que cante la belleza de esta tierra mostrándola tal cual es?, duda Serafín mientras se deleita admirando el entorno, ¿dónde tañirá esa lira cuyos sonos recuerdan a un suspiro que condensa amaneceres, que aviva la inteligencia, que temple el corazón? ¿Dónde?

Con alguna frecuencia revoloteábanle por la mollera ideas varias acerca de si, llegado el instante, decidiría poner un epitafio sobre la losa que cubriese sus cenizas en el cementerio de Hiseda. Para lo de los epitafios o últimas frases de empaque dichas antes de morir siempre le atrajo el espíritu de los ingleses. Ahí estaba el insuperable «*Hasta aquí hemos llegado*» de Lawrence Sterne, el decoroso «*Todo ha sido de lo más interesante*» de Lady Montagu, o el directamente divino «*Me estoy muriendo pero, por lo demás, muy bien*» de Edith Sitwell. Qué raza tan ingeniosa, cuando se pone.

De otra parte los franceses también le atraían lo suyo a Serafín. Y eso que los franceses, en puridad, siempre parecen ejercer de franceses, como si fuera su papel a interpretar en el gran teatro vital. A saber: son sarcásticos, autosuficientes y, aunque a muchos fastidie reconocerlo, talentosos. Así, del

amplio espectro de lo francés, en el que bien podía caber desde ese luctuoso y mineral «*Todos serán guillotizados*» de Marat, hasta el jugueteón y enigmático «*Nada por arriba, nada por abajo*» del erudito Saint-Beuve, Serafín decidió que las últimas palabras del filósofo francés Gassendi, pese a resonar desde la segunda mitad del siglo XVII, serían las más adecuadas para testimoniar lo que fue su propio paso en esta vida: «*He sabido sin saber por qué, he vivido sin saber cómo y muero sin saber por qué ni cómo*». Un lúcido testimonio de humildad. Además, desde que leyó aquella frase de Nietzsche: «*¿La felicidad? Eso es para las vacas y los ingleses*», Serafín, a su manera, se sentía bastante inglés y decididamente vaca. Sí, no estaría mal: «*Aquí yace Serafín Burón Villegas, vaca e inglés*».

No obstante, el pensamiento acerca de la muerte, que otrora le ocupase tanto, se había simplificado considerablemente en su cerebro. ¿Qué habría justo después del momento en que se extingue nuestro yo físico? Si como aprendiz de científico-místico tuviera que apostar, diría:

Pulsación acústica, fluctuaciones lumínicas, un vértigo implosionado, consunción, luz.

Tal vez.

En cualquier caso, somos esclavos de la esperanza. Incluso, y sobre todo, aquella que no podemos articular racionalmente.

La verdad es que vive un tanto aislado pero muy tranquilo, eso sí. Va superando, no sin apuros, los súbitos ataques de erudición y de trabajo científico que de tanto en tanto aún le asaltan. Entonces juguetea a reiniciar por enésima vez y con pulquérrima letra carolina el prólogo de su trabajo. O, si se ve con ganas, lo hace con letra neogótica. Cuando llega a convencerse de que su monumental estudio –o sea, su *definitivo* inicio– sobre las proteínas globulares está ya «a punto de caramelo», se come unos cuantos caramelos de eucalipto para pasar el rato. Como hacía su padre. También él ha empezado a repartirlos entre la chiquillería de Hiseda. Acabará convirtiéndose en una especie de sucesor de Don Melquíades, aunque sin su finisecular tronío. Esta nueva generación ya no le llama *Burro*, como los mayores, que poco a poco han ido yéndose al otro barrio, más allá, mucho más allá del *Barrio*. Pero mejor dejemos ese tema.

De tanto en tanto le pasan cosas extrañas, como verse literalmente transportado por un grato olor a castañas asadas, cuando en realidad nadie está haciéndolo por allí cerca. Sencillamente, le viene ese aroma como un fogonazo de la infancia. En la época de las magostas, y si estaban en el pueblo, su padre solía bajarle a algún prado para que viese el proceso. Gente cantando mientras, sobre parrillas con rozo y helechos resecos, asaban todo tipo de castañas: miliceras, pilongas, gallinazas, verdejas, jerrinas, vizcaínas o escalentías. Aquello tenía algo de ritual austero que, como tantas y tantas cosas, se ha ido perdiendo con el tiempo.

Deambular lo que se dice medio absorto por la vida –a su juicio poseer un carácter introspectivo, aunque otros lo llamasen *pasming*– consigue que, paseando por el campo y el monte, se cruce con erizos, lagartos, ratones, lechuzas, corzos, zorrines, y lo haga como si tal cosa. O si transita bajo la espesa techumbre de los pinares, donde cenáculos de ardillas alborotean ante la inminencia del crepúsculo, juzgue que tampoco esto es tan anómalo: total, que unas ardillas de más o de menos le pasen saltando muy cerca de su cabeza u hombros, qué más da. Y sí, puede parecer algo casi natural, pero él sabe que es maravilloso.

Esa especie de emergente derrumbamiento espiritual que le sobrevino –y valga la contradicción, pues explica su caso– no consistía tanto en que, como uno de sus amados personajes galdosianos, fuese por ahí, el pie ligero, puesta la mente en Dios y en el cielo los ojos, o, por expresarlo con mayor precisión, el discernimiento claro, serenidad pasmosa y una mansedumbre evangélica ante casi todo, no. De Galdós, que era hombre algo agnóstico en principio, Serafín heredó la convicción de que la Ciencia no resuelve ninguna cuestión de trascendencia en los problemas de nuestro origen y destino, y también la máxima de que los refinamientos en la educación, si en algunos casos corrigen las asperezas nativas del ser, en otros suelen producir hombres artificiales que, por la consecuencia de sus actos, se confunden con los verdaderos, y procuraba aplicárselo a él mismo, pero en cualquier caso Serafín sólo se ve capaz de legar mentalmente éstas sus memorables hazañas a los archivos del cielo. Por cierto, en fecha reciente encontró dos frases de Galdós entre sus papelajos de científico, que estaban ahí como marcapáginas.

Fue una sorpresa, pues apenas las recordaba. En una se leía: «Vivimos sólo un instante. ¿No es lógico despreciar ese instante y querer subir a los siglos que no se acaban?». Y en la otra: «Él no cesaba de repetirlo: era como nacer dos veces; la segunda por milagro de Dios, en edad de hombre, conservando el recuerdo de la primera encarnación para poder comparar y apreciar mejor las ventajas de la segunda». Sí, por lo visto desde largo tiempo atrás todo en él tendía a ese juego de espejos, vaticinando con justo criterio lo que iba a sucederle en el futuro.

Lo de su inesperado salto a la fama en Hiseda dio por completo al traste con sus aspiraciones al cómodo anonimato por el que siempre suspiró, descubriéndole de paso que lo del famoseo era la cosa más insípida de cuantas pudieran concebir los humanos, fértiles en ellas. Al principio le paraban cada dos por tres. Luego, menos, y de hecho siguió haciendo lo que nunca dejó de hacer, caminar pegado a las paredes, al igual que jamás supo mantener la distancia adecuada al charlar con alguna persona por la calle, y no digamos ya a la hora de los saludos, fuesen éstos en forma de besos, abrazos, o apretones de mano. Marca de la casa. Siempre se equivocaba.

De tanto en tanto era interceptado. Cuando obtenía reacciones encomiastas, se conformaba, aunque con muestras de turbación. Cuando, por el contrario, aquéllas conllevaban un cierto y hasta oneroso desgaire, algo sutilísimo, también lo hacía con idéntica sonrisa y turbación. Todo bajo control. En apenas nada se olvidarían de él. O no.

Ahora, ya pasado el tiempo, Serafín Burón Villegas, de vez en cuando llamado *Burro* por algunos hisedianos e hisedianas de considerable edad, cosa que hacen con indudable respeto, lo cual desconcierta aún más a quienes lo oyen no conociendo a su protagonista, sus desventuras y vivencias, vive tranquilamente en la Casona que le legó su padre. Escasamente a quince metros de su portilla se levanta hacia el cielo una enorme columna de cemento. Como está al Norte, no quita demasiada claridad. Y un poco más allá, en la revuelta noroeste de su pequeño y aún coquetón jardín, se yerguen otras dos moles de piedra. De hecho, como se le previno en su día, casi está literalmente sepultado bajo la estructura de la Autovía Norte-Centro, que a su paso por ese enclave se eleva en una especie de puente colgante. Hasta dicen

que modificaron un poco la ruta y todo. Para no pasar por mitad y por encima de la Casona, es evidente, lo que habría sido quizá demasiado y hubieran continuado los problemas. Al principio a Serafín le costó acostumbrarse al ruido, sobre todo el que producían los enormes camiones transportando material pesado, pero cada vez pasan menos. A veces casi ni los oye, o a lo sumo escucha un tenue murmullo de fondo. Como cuando estuvo durmiendo no lejos de *Saltamorito*. Posiblemente vive en mitad de un auténtico estropicio arquitectónico, lo sabe, como también sabe que eso es una rareza y aún más un testimonio, e incluso le consta que han venido estudiantes de arquitectura para verlo con sus propios ojos. Y lo han hecho desde sitios muy lejanos.

Se mentiría a sí mismo si dijera que la Casona luce todo lo que lucía antes de que le construyesen tan cerca ese formidable monolito de hierro y cemento. Vista de lejos parece una descomunal araña petrificada. Y en el abdomen, chiquita, la Casona de Serafín. Cada vez con más frecuencia, pasando o no por el túnel para peatones de la Autovía, sale a pasear a los prados contiguos con su cachava y la boina, que disimula un poco la calvicie ya imparable, pero le protege de los rigores de un frío casi constante en estas latitudes. Entonces se tumba sobre la hierba, con las manos en el cogote, llevando su pipa para quemar algo de tabaco pero sin tragarse el humo, conste, o un libro edificante que hojeará sin conseguir centrarse casi nunca. Lo que le gusta es mirar la Casona desde lejos, aunque sobre ella repose esa enorme y fea estructura que, a ver si aún tenían razón quienes apoyaban este trazado de la Autovía, dicen ha aliviado mucho el tráfico de vehículos de gran tonelaje que circulaban por la antigua. Ahora le pasan a él no muy lejos de la cabeza, pero no importa. Sigue convencido de que, aunque le hayan tapado casi por completo el cielo, como en Hiseda el cielo casi nunca es azul, sino más bien tirando a gris cemento, la cosa queda compensada. Vista así, desde un prado lejano, su casa montañesa aprisionada entre columnas es como una metáfora del viejo y del nuevo mundo. De los valores que creemos eternos o el progreso que a veces nos cuesta tanto admitir, y ahí está.

Pero tampoco nos llevemos a engaño. Serafín no varió un ápice su visión taxidermista de las cosas, y si bien puede decirse que era de natural reposado,

sería injusto creer que no poseía libido. La tenía, y considerablemente revuelta por lo de su soledad de ribetes casi monacales. De otro lado, conociendo su innata proclividad a la especulación es fácil imaginarlo, por ejemplo, relamiéndose con los modelitos que lucen las tenistas, o sumido en turbias ensoñaciones en las que sufre el acoso y derribo de una otorrinolaringóloga japonesa empeñada en dejarle seco. Cómo sería el asunto que, en cierta época de mortificante celibato, tonteó curioseando en las páginas de *contactos* que a diario vienen en la prensa local. Claro que ahí también se asustó al leer uno de los primeros anuncios, pues le hizo recordar en el acto la dureza consustancial a estas gentes. El anuncio en cuestión decía: «*Abuelita. Novedad. Griego. Masajes. Humillación. Huracán. Puños*». Luego se especificaba el teléfono de tan combativa abuelita. Y sí, de acuerdo, la primera parte del anuncio consistía en palabrería al uso, pero ¿qué era lo de «huracán» y, sobre todo, qué era exactamente eso de «puños»? En cualquier caso él imaginaba lo peor, y desde entonces dejó de mirar dichas páginas.

Así prosigue jugándose una partida de ajedrez entre el Serafín que es y el que cree ser, y aún entre éste y ese otro más creativo que desearía ser, aunque todo, por lo general, tienda a implosionar hacia su punto racionalista en la visión de las cosas. Por ejemplo, lee frecuentemente la prensa, pero de improviso un buen día va y se pone a rebuscar con ahínco entre los periódicos atrasados. Ha tenido una iluminación. Finalmente encuentra lo que buscaba. Recorta las noticias en cuestión, que son breves y vienen sin foto. El titular de una: «Los monos gibones cantan impostando la voz». Y de pronto cree verlo todo clarito. La zona séptica de su mente bombea con precisión: ¿acaso los hisedianos no son un poco como los gibones, quienes, amparados en la vegetación de las selvas tropicales asiáticas, poseen un acento distinto en cada una de las zonas en que viven, extendidos a lo largo de una vasta región? Los gibones poseen una voz de gran variabilidad y potencia, que llega incluso a distancias de dos kilómetros, el radio que más o menos ocupa el pueblo. Experimentos realizados con helio demuestran que, igual que los cantantes de ópera, los gibones pueden impostar la voz y reconocerse. ¡Ajá...! A él no se la pegan a estas alturas. Pues así se las han gastado aquí también. Porque Serafín todavía sigue intentando desentrañar tres expresiones que,

más o menos con alguna variación, ha escuchado frecuentemente en Hiseda. Una es: «Veng...acushu». Otra: «Yocs...nojod». Y aún la otra: «Quiá...gnote», todas oídas en tono exclamatorio. Tales onomatopeyas –algo querrán decir, o de lo contrario no las dirían– le apuntalan el pensamiento, impidiéndole avanzar en su comprensión global del problema.

Por no hablar de la otra noticia que captó su interés, y según la cual cada proceso bioquímico que sufrimos implica que dentro nuestro se destruyen moléculas, que a su vez generan residuos. Al parecer, unos científicos han hallado lo que sería el sistema excretor de este proceso. Qué se queda en el cuerpo y qué no, y por qué. El sistema linfático convencional no explicaba el funcionamiento del cerebro. Ahora lo han encontrado: es el sistema así llamado glinfático, que corre paralelo a los vasos sanguíneos y que sirve para depurar y drenar los espacios entre las neuronas a través del fluido cefalorraquídeo. Se dice que el hallazgo de esas «aguas residuales» contribuirá enormemente en las investigaciones sobre el Alzheimer, que deriva, entre otras cosas, de la acumulación de unas proteínas llamadas beta-amiloides, enfermedad ésta, por cierto –y ahí se dirige su meandro mental– de la que Serafín cree tener ya suavísimos avisos en su organismo, faltaría más. Y sí, que le vengan a él con investigaciones, que le vengan con proteínas, que le vengan a él con lo del Alzheimer, cuyos primeros síntomas presiente ya casi acompañados de violentas sacudidas. ¡Todo lo tiene! Y de ese modo se siente, como un gibón glinfático a la espera de no se sabe qué o quién. Pero aunque a menudo anda algo abotargadillo, por lo común se le ve risueño y contento como un niño con su juguete nuevo.

De tanto en tanto Serafín, desde su enclave de vigilancia en la hondonada de uno de los prados contiguos a la Casona, prismáticos en ristre, ve cómo se detienen allí arriba algunos vehículos y, a ciencia cierta extrañados, miran hacia abajo. No deben dar crédito a que alguien pueda vivir en una casa tan bonita pero medio sepultada bajo el vientre de esa inabarcable, voraz serpiente boa de hormigón y hierros que parece la Autovía. Desde donde están ellos aún se ve peor.

Ha visto incluso un par de veces pararse autobuses con turistas, por cierto bastantes de ojos rasgados y cámaras fotográficas que casi les tumban por el

peso de sus poderosos teleobjetivos, lanzando fotos y más fotos a su Casona. Él se siente orgulloso. Que lo hagan. A la postre, piensa, lo que fotografían no es su casa incrustada entre las inmensas columnas de la Autovía, sino una horrible construcción a modo de errónea corona sobre su bella casa, que quizá realza más por ese mismo motivo. Fotografían una incongruencia nacida del imposible entendimiento de aquellos dos mundos que, a su costa, entablaron un feroz combate con el resultado, ciertamente, de tablas. Ahí está el resultado, una cosa rara surgida de la forzada simbiosis de ambos mundos, que no ha conseguido que el mundo se detenga, sino al contrario. Su casa es como una fresa silvestre y milagrosamente intacta bajo una monumental boñiga de vaca. Y eso significa algo.

Otras veces ve a gente o a niños señalándole con el dedo, desde lo alto. Deben decir: «Mira, papá, un señor tumbado a la bartola en la hierba, allá debajo». Él les dice adiós con la mano. Ya se ha acostumbrado. Lo cierto es que en ocasiones, y así durante semanas o meses, ni se acuerda que pasan coches por ahí. Cierta día le comentó a un definitivamente envejecido Crispín, quien sigue de alcalde pese a sus constantes achaques y su lumbalgia crónica, pues tantas elecciones no perdonan, que habría que montar allá arriba, en ese tramo de la Autovía, un mirador de pago. Rumiándose lo quedó el jefe del jurásico consistorio. Igual se pone a ello.

Por el *Barrio* las cosas continuaron como siempre. A épocas de plácida monotonía seguían otras en las que, aunque menos que en el pasado, se respiraba ese cierto airecillo a enfrentamientos pretéritos, como si todos, los unos y los otros, necesitasen la vidilla inherente a tales desencuentros. El último fue a costa de un cartel bastante aparatoso, con letras no escritas sobre metal sino a modo de piezas independientes, plateadas y enormes, de aproximadamente medio metro cada una, con el lema: Hiseda de Arriba, que recordaba en pretensiones, y proporcionalmente, al celeberrimo de la colina que domina Hollywood, y que repateó lo suyo a los de abajo. El caso es que, fuese debido a los vientos y las lluvias o por no haber sido fijado correctamente, al poco empezaron a desprenderse algunas de esas letras, lo que repateó aún más a los de abajo. «Ya que lo ponen, al menos que lo mantengan curioso...», se lamentaban con acritud de sus convecinos. Al final,

de las catorce letras iniciales del antiguo pomposo cartel sólo quedaban ocho, y ahí podía leerse: «Hi e de rri». De modo que en el pueblo cundió la especie de que lo habían hecho a propósito, por consumir la típica tocada de pelotas de cada lustro, llegando a oír Serafín comentarios al estilo de: «Hiederri... ¡Que esto no es un pueblo vascongado, releñe...!»). Como los niños salvajes disputándose un caramelo, cuando el caramelo era, siempre lo fue y lo sería siempre, la propia Hiseda, que era una, no muy grande y tampoco especialmente libre, pero igual de hermosa para todos.

También a veces, aunque cada día menos, cuando le da el brote nostálgico y rebelde, coloca alguna sábana que hace de pancarta en cualquiera de los balcones o ventanas de la Casona. Y las coloca de forma que puedan ser leídas desde todas partes, incluida la Autovía. Sobre todo desde la Autovía. Una que gusta mucho a los más ancianos de Hiseda es la que dice:

¡Padre, aquí estamos!

Un detalle, sentenciaron. Si le ha cogido el gusto a eso de las pancartas, qué va a hacerle. Ahora mismo, por cierto, y puede verse a la perfección con prismáticos desde la Autovía, o de lo contrario no se alcanzaría a leer el lema, tiene colgada una en la que pone tan sólo:

Soy libre

Quienes no le conozcan y pasen por allí deben creer que se trata de la protesta de un chiflado. Y no es así, o no del todo. Ya no tiene nada contra lo que protestar, pues posee lo que le pertenece por derecho moral, por honor. Con ello le basta.

Desde la terraza, y cuando cae la noche, mira hacia el pueblo clavando la vista en esa amalgama de pábilos agonizantes que son las luces de las casitas de Hiseda y que le recuerdan aquellas velas y cirios que pintó Georges La Tour, aunque su miopía las convierte en diminutos asteriscos del color de la

miel. Así están las cosas en su corazón: sin pedir nada a cambio ha aprendido a amar intensa, silenciosamente, todos y cada uno de los rincones de este valle y hasta el último de los días felices y lánguidos que pasó aquí con *Pitita*, e incluso amar *a su modo* a las gentes del lugar, que otrora le parecieron una colección de garrulos boquisucios dedicados a ajenos trasuntos y a dizques, dimes y diretes con un veneno de mediana-alta intensidad expelido sin mengua para mayor gloria de su aburrición suma, ni siquiera con afán en verdad malévolos. Bueno, va controlando sus furores.

Pese a que últimamente suele ir algo ulcerado y artrósico por la vida, prisa u objetivos a corto-medio plazo no existen en su vocabulario, y por tanto le son ajenos por completo, lo que con frecuencia significa amuermarse hasta decir basta. En tales momentos, tras una larga y sedentaria época de casi total encierro, en la que se siente al borde de un colapso de soledad – aunque cada vez le cueste más aguantar a los humanos– de repente vuelve a darle por la aventura. Entonces, mochilita en ristre y pertrechado de sus bártulos esenciales, sea a lomos del jumento de la imaginación o de sus piernas –por cierto, tan raquílicas como siempre, pero ahora ciertamente fibrosas–, sale en busca de nuevos recorridos, y así, ora se impregna de abruptas fragancias junto al erial de brezo, que a su vez flanquean sendas lajas de roca arenisca, ora desciende a la fosca y húmeda umbría de sinuosos y profundos barrancos, ora se le ve trepar por camberas que ascienden a los apriscos donde el ganado expele vaharadas en mitad del silencio. Nada en el mundo parece moverse salvo su corazón.

Y ahí, paralizado por la quietud latente en la mirada de las vacas, piensa lleno de estupefacción: «¡Qué maravilla... esto no es sólo sino también la Vida, así, con mayúsculas!». Nadie le oye. Ésta es su, a veces, penita pena.

Otras veces, oteándolo todo desde el presbiterio de su despacho, husmea tras las ventanas intentando adivinar cuál será la evolución de las nubes o la neblina sobre los prados, para salir disparado como un cohete si hace buen tiempo. Ahí, al lado mismo, a un centenar escaso de metros, puede caminar ya libremente entre pedruscos recubiertos de musgo, insidiosas telarañas salpicadas de rocío o el salto de algún sapo a su paso, yendo luego junto a un talud natural bastante inclinado en el que crecen la encina baja, algunos

enebros y tomilleras salvajes. Por encima de allí, mirando hacia arriba, se ve a modo de pegote el segmento transversal y gris de la Autovía Norte-Centro, y aún más por encima, las praderías vírgenes. Y a meditar. Si esto no era el paraíso, se le parecía. Y, por manifestarlo a la castiza, Serafín no paró barras o mientes en desarrollar una depurada técnica en ese su peculiar camino de perfección por la vía contemplativa.

Entonces, dado que una de las fuerzas que impulsan el mundo es la división que desde siempre existe entre personas «prácticas» y personas «imaginativas», y dado que Serafín no se encuentra entre los primeros, y dado que ahondó mucho en su interior dejándose llevar por esa vía especulativa que tanto le cambió, a menudo se veía a sí mismo –ya olvidadas las proteínas globulares y los aminoácidos– emprendiendo un trabajo que tuviera por título, sin ir más lejos: *Tevlogia Mixtica*. Así, con «v» y con «x», para darles en las narices a las acólitas de Don Facundo. No obstante, su meticulosa formación científica de antaño le llevaba a comprender que desde el momento en que la Teología dio por bueno el concepto de *aseidad*, es decir, el atributo de Dios según el cual éste existe por su propia naturaleza, casi podría decirse que lo demás sobra, con lo que el tránsito por ciertos páramos espirituales es del todo inútil para quienes no buscan de verdad.

Acepta de una vez que relacionarse socialmente fue, es y será siempre su talón de Aquiles, el Examen de Reválida de su vida. Hace lo que puede, aunque ahora surgen más problemas porque durante una temporada se hizo famosillo, y eso se paga. Cuando le sobreviene la picazón, más vándala que visigótica, tiene que dominar cierto prurito cínico que todavía brota espontáneamente en él. Entonces, sobre la marcha, intenta que lo dicho no suene a acibarado, sino más bien ocurrente. Pero inofensivo.

¿Puede decirse que durante el tiempo que iba a venir Serafín estuvo solo, lo que se dice solo? Sí y no. La verdad es que si nunca le apeteció en exceso la compañía de la gente, en esos años aún lo haría menos que antes. Entonces, ¿tuvo amistades? Unas pocas, en efecto, pero bien conservadas. Y es que en el mundo rural, pese a la aparente parsimonia con lo que todo acaece, hay que tener los reflejos prestos ante cualquier eventualidad, entre ellas la de no permitir que se te escapen personas de interés.

A veces se pegaba largas parrafadas con Marian Gándara, responsable de la Biblioteca de Salinas, quien –como él había decidido no integrarse en el mundo de las nuevas tecnologías, con todo lo que ello implicaba en la sedimentación de su propio aislamiento– le resolvía dudas que Serafín iba teniendo sobre diversos temas. Tomaban té, orujo con miel y pastas de hojaldre, lo que en realidad era una perfecta excusa para charlar un rato con alguien como ella, sensata, agradable y culta.

Otras veces paseaba con Roberto Simón, un leonés hisedizado por las circunstancias, que enseñaba en las escuelas de Vegamayor, y que decía haberse sentido siempre el último de la fila –entonces Serafín sería el penúltimo–, dado que la vida le trató con cierta dureza, pero aun en sus constantes quejas sobre absolutamente todo, o quizá por esa misma razón, era poeta a su pesar. Por culpa suya se convirtió Serafín en un adicto a las moras con yogourt.

Incluso otras, cuando de higos a brevas iba a la ciudad, solía verse con Miguel Ángel Espeso, librero, gran observador y así todo él con un toque a lo Médicis, entre lúcido y perverso, como quien dignifica intelectualmente el propio concepto de travesura. Juntos, casi hurtándose las palabras, pegaban un crítico repaso a todo: las mujeres, los políticos, la inigualable estulticia del mundo editorial y literario o el tiempo, siempre tan lluvioso y frío, en el fondo un poco como sus vidas.

Como Serafín nunca fue precisamente un hombre de moral laxa, tardó su tiempo hasta superar la fase de un cierto hastío existencial, para finalmente sentirse mecido por las suaves ondas de ese otro tiempo genesíaco, en aquella Arcadia en la que estaba, tiempo que nacía y moría allí mismo, regenerándose de forma ininterrumpida, igual que todo lo orgánico, incluso lo etéreo que no vemos, pero nos conforma. Y Serafín también supo dos cosas. Aunque sí espiritual, él nunca sería una persona religiosa, y muchísimo menos católica. Lo comprendió al leer una frase de san Pablo en la *Epístola de los Romanos*: «La Muerte es el salario del pecado». Él no estaba para historias lúgubres y coercitivas de ese jaez. Asimismo supo que no escribiría jamás nada sistemático. Carecía de la capacidad casi astral que poseen algunos escritores para contar varias cosas simultáneamente y, a la vez, con una cierta lógica

interna. Carecía de ambición. Y pensaba: «Existo, pero soy nadie. A lo sumo un emboscado de mí mismo». Mas, qué grata esa certeza de saber que iba a serle dado gozar de la vida desde su privilegiada percepción forense, y si ya hasta la fecha consideró que al nacer se había equivocado de siglo, ahora estaba seguro de haberse confundido de milenio. Sí, mejor afrontar la existencia desde un estado contemplativo, siempre en busca del propio *tao*. A pesar de ello, aún cautivo de sus recuerdos, sabe que habrá de batallar con cuantas fuerzas dispone –sobre todo teniendo en cuenta sus costumbres y carácter– para no ser tan negativo a veces, tan mordaz siempre y, en resumen, tan decididamente asocial. De la misma manera que habrá de evitar las tentaciones de una espiritualidad blanda y sin sustancia, que por lo general desemboca en hipocresía, rezos mecánicos, inercia y en un lamentable alejamiento de la virtud.

Está muy bien donde está. Aunque aceptémoslo, sobre todo si se observa con atención su Casona desde la Autovía, enfocando desde lo general a lo particular: no es que pueda decirse que Serafín haya conseguido aquello que otrora se propuso. Por ejemplo: los pájaros del techo siguen allí, colonizando esa parte elevada de la casa, y quizá ahora sintiéndose más amparados por la estructura inferior de la Autovía, que les protege de las ventiscas y al socaire de otras inclemencias. La verdad es que cree que ya ni vivir sabría sin el fenomenal follón que hacen. Ahí no es que haya estorninos, grajos, milanos, lechuzas y ni se sabe qué. Incluso las golondrinas parlotean sin tregua en el desquiciado ágora de la techumbre. Eso debe ser el Amazonas, pero a poca distancia de su testa. Ni más ni menos, como estar en un recóndito paraje de la selva. Dan tales batacazos que hasta llegan a moverse paredes con las trifulcas que montan allá arriba. Cierto que últimamente andan muy farrucos. Otras veces Serafín piensa que un buen día entrará alguien en su Casona para visitarle, lo que en realidad se produce cada mucho tiempo, y le verá a él mismo, sentado en el sillón orejero usado por *Burro* padre, por supuesto, con un enorme buitres o algo similar posado tranquilamente sobre su cabeza, a lo sumo desplegando las alas, que ocuparán casi medio salón, sorprendido por la visita. Entonces Serafín, como es así de recatado, pedirá disculpas: «Perdona, no puedo moverme, ya lo ves. Mira, os presento: éste es el abuelo de las

criaturas...». También imagina que un buen día se encontrará a ese buitre a los pies de su cama como imponente súcubo aguardando poseerle, pero de momento haciendo de dosel. Quizá no llegue a eso, aunque no las tiene todas consigo.

De la carcoma puede decir otro tanto: conforme va apoyándose en partes de la casa hechas de madera, como las escaleras o las sillas, éstas van rompiéndose a pedazos. Ahora casi camina y toca a tientas, como si estuviese ciego. Ha aprendido a respetar los objetos, pues pueden quedársele en la mano a la menor ocasión, o hundirse en ellos hasta la ingle. Debería ir por ahí con una panoplia o armadura para evitar sobresaltos. Pero como de otro lado siempre juzgó que una de sus especialidades es meter la pata en todos los sitios, y tampoco es que se considere manitas, no le importa demasiado. Es el *Estagirita* de sus dominios. Por fin una especie de Aristóteles dedicado a la reflexión de cuanto acaece, nunca sorprendente, o de lo por venir, siempre esperanzado.

He ahí el paradigma del burro pensador: su periplo hisediano hasta este punto bien podría definirse como la hilarante y a menudo un tanto grotesca, si no patética, irrupción de un intelectual pasmao en el epicentro de un nido de escorpiones con boina y cachava, o ganchillo y ojo avizor, que, diríase, jugaron y a veces aún juegan a volverle loco con lo de las distorsiones del lenguaje, a fin de cuentas un sucedáneo del mundo en que vivimos, sí, pero pasado por el *jaulo* en la Poza de *Saltamorito*. Poco más que añadir. Aunque en realidad debe admitir que eso es algo que le entretiene de lo lindo. A veces, en épocas de crisis de identidad, llegó a recelar de una conspiración en su entorno que riámonos de la de Dallas, pero otras, ya más tranquilo, pensó que simplemente se estaba haciendo viejo, y fue agradable ese tránsito en su pensamiento.

En cuanto a lo de más adentro, ahí sí que, ¡fuera caretas!, había que reconocer que la lectura de alguno de los textos de los denominados «místicos» o «piadosos», y de los que entre él se esmeraba con tiento por separar la paja del trigo, y aún de éste las espigas de oro, todo ello le abocó no a fanatizarse en tal o cual credo, en tal o cual religión, sino a aprender a descubrir, primero, y a amar sin condiciones luego todas y cada una de las

infinitas partículas de las que está compuesta la vida, dejándose arrastrar por el vértigo de una plausible luz sabia, benefactora y quieta. Nada cambia en apariencia, pero todo se ha transformado ya en su interior: ése es el estado de gracia que anhela. O su inicio.

Finalmente salió de paseo dispuesto a soportar lo que fuese, incluso un cierzo de hostigo, pero siempre calándose la boina hasta las cejas, ladeada, eso sí, estilo abuelo Manuel *Pedazo Burro*, pues lo cierto es que su padre nunca se la puso, como si de ese modo quisiera mantener una prudencial distancia de seguridad respecto a lo que significaba este pueblo, con su rémora de recuerdos adosados. Serafín optó por dejarse de pamplinas: ni gorra gris de señorito ni nada, aquí hacía frío, así que boina al canto.

Sobre el sentido del humor de *Burro* padre habría bastante que decir, pero Serafín desconoce cómo hacerlo. Puede afirmarse que su padre era muy hisediano en lo relativo a la ironía, aun con un cierto toque tan personal como surrealista y provocador. Sin duda fue muy listo, y muy pícaro. Por ejemplo, a él mismo estuvo llamándole «gorrión» hasta los cuarenta años, bochorno que soportó con impávido estoicismo. Otra de sus habituales salidas cuando Serafín le preguntaba algo, cualquier cosa, era responder instantáneamente y mirándole a los ojos con fijeza: «¿La mujer de quién?». Así desde que era un chiquillo y luego de adolescente: todo un manjar para Freud, Lacan y los demás. Eso lo hizo incluso ante sus amigos de la Universidad y de la mili, lo cual le incomodaba sobremanera, pese a que su padre les parecía muy original, hasta divertido. Y, recordándolo ahora, el caso es que todas y cada una de las veces que Serafín oyó esa siempre inesperada y mordaz respuesta en forma de veloz contrapregunta, que fueron decenas, él, pese a no ser más que un crío, se sentía vagamente culpable de algo, sí, tal vez de algo relacionado con alguna forma de adulterio virtual o con esos actos impuros que tanto le obsesionaban, por lo general ruborizándose desde la raíz del pelo hasta la nuez del cuello.

Cree tener resuelto lo de hacerse mayor en soledad. Se ve dentro de unos años paseando por la casa con babuchas a cuadros y suela de goma, o durmiendo con gorrito de lana, borla colgante incluida. Lo curioso es que está muy a gusto solo. Pero tanto, la verdad es que a veces duele. O por lo menos

escuece. En una época lejana creyó haber alcanzado ya el grado máximo de soledad que uno puede resistir, y que se simbolizaba en el gesto de marcar ese número de teléfono en el que una voz femenina anónima y pregrabada repetía la hora cada diez segundos. Tal era su necesidad ya no de hablar, sino de oír a alguien. Ahora ese servicio ya no existe, como casi nada de antes.

Por si un caso, aunque en su fuero interno se ha resignado a que eso pueda suceder, sigue pensando que quizá un día *Pitita*, que por lo visto ha empezado a darse a conocer como pintora, o al menos come de ello, que ya es, se decida a probar de nuevo junto a él. Pero probar de nuevo ¿para qué?, ¿para ser juntos cada vez más viejos y más chinchorreras? Igual es preferible conservar los hermosos recuerdos. En el fondo, ellos son bastante similares. Y aunque a él la pintura en particular y el arte plástico en general le importan poco, no deja de recordar que en cierta ocasión ella le dijo: «Me gustaría que envejeciéramos juntos», mirándole con sus ojos de color uva moscatel. Eran otros tiempos, claro. Por si ese caso se tercia, Serafín, siempre previsor, tiene dispuestas sus botucas de monte, las que ella siempre usó mientras estuvo aquí, y su corta cachava de tejo. Quién sabe. Que la vida da muchas vueltas. Aunque, bien pensado, vocación de Heidi nunca tuvo *Pitita*, y cogió el tren del pasado.

El vacío dejado por *Pitita* –o lo que es igual, el de un ser humano a su lado– le hizo comprender la amargura del lúpulo. He ahí una certidumbre intensísima y dolorosa: todo es relativo, salvo morir. Ésa fue siempre una de sus máximas. Pero pensaba si a menudo algunas ausencias irremplazables, seres amados que murieron o que nos dejaron, no serían también otros tantos besos de la Muerte, que se nos muestra a través de aquellos que nos arrebató, lo que de hecho ocurre así a fin de acorazar debidamente nuestro corazón, templándolo para cuando llegue el momento de enfrentarnos a ella. Serafín, pues, pese a sentir grandes dudas acerca de cómo gestionar la nostalgia, pasaría su periodo de duelo sobreviviendo al oscuro milagro del desamor.

Algunos atardeceres podía contemplar cielos de fulgor opalino o de tonos ámbar. Sí, pedazo lienzo *Pitita* puesto ahí, en el horizonte, como un deseo consumado. Pero ella no estaba.

Y en tales momentos, si dominaba en él su parte orgullosa, debía realizar

un esfuerzo por no poner el hocico de ofendido y decir con aire de suficiencia: «Ella se lo pierde». Si, por el contrario, lo que dominaba era su parte de burro, entonces sólo hubiese exclamado: «¿Poqué?». Finalmente, y por suerte, solía imponerse su parte más comprensiva y altruista, por lo que llegaba a la siguiente conclusión: «Cada cual decide cómo salvarse». Pero hiciese lo que hiciese y pensara lo que pensara seguía dando igual. Ella no estaba.

Para que *Pitita* se hubiera relajado de verdad aquí, primero habría tenido que sentirse vaca, y no fue de ese modo. En efecto, aún joven, inquieta y con toda una vida por delante, no supo, no quiso o no pudo sacar a la vaca, o a la oveja, o ya puestos a la burra que sin duda llevaba dentro.

Pitita era mucha *Pitita*, siempre lo fue. De imaginación fecunda, agilísima, de respuestas rápidas e ingeniosas –excepto con las hisedianas–, por lo que incluso discutir con ella, al menos al principio, aportaba un deleite intelectual en el que Serafín debía enrocarse o pedir tablas muy a menudo. Nunca iba a olvidar cierta noche en la que, más como alusión cariñosa que por meterse con ella, la llamó fitófaga, dado que sólo ingería vegetales una y otra vez reciclados. Fue en la época de su cenit vegetariano. El caso es que estaban cenando y entonces, al oír lo que la llamaba, ella, sin levantar los ojos del plato, respondió en el acto: «Anafrodita». Bueno, tal alusión a quienes carecen de deseos carnales –y ahí no había vacas de por medio, sino lo otro– dejó literalmente hecho polvo a Serafín por espacio de varios días.

Así se las gastaba la fiera de *Pitita*.

Lo cierto es que desde que la conoció, Serafín ya nunca dejaría de hacerse preguntas que sin duda trascendían a cuantas hasta el momento pudiera haberse hecho, pero fue justo en la época a la que se ciñe nuestra historia cuando la mayor parte de esas preguntas confluyeron en otra mayor y que de algún modo las aglutinaba, que para él iba a ser una de las grandes incógnitas que le acompañará mientras viva, dado que pertenece a esta cultura, a esta civilización, y porque con el citado personaje le compararon, unos para mofarse y otros, u otras, con el corazón encogido:

¿Y Cristo?

Sí, ese Cristo al que tanto invocan algunos. ¿Dónde están sus huellas,

dónde su ejemplo?

Está, pero resulta siempre escaso, y hay que buscarlo como un zahorí entre la mediocridad circundante y la presión para que seas un sometido más al vertiginoso entorno. A día de hoy, y Serafín se atrevería a afirmar esto tanto por su contacto eventual con gente religiosa –apegados cual lapas a sus creencias– como por tener el enorme privilegio de observar las cosas de la vida desde otro ángulo del prisma, el suyo, que hasta dicho y preciso momento era justamente el opuesto: sea lo que sea y signifique lo que signifique ese nombre para cada cual, aun a modo de mero símbolo, resulta inútil buscar a Cristo allende lo que uno ya es, pues aún en nuestra suma pequeñez llevamos buena parte de su idea bimilenaria diluida en la sangre. Y eso, si se quiere una individual y constante búsqueda o batalla por que se impongan la bondad y la cordura, nos saldrá en los gestos, en las intuiciones, en la contención, en el apego por los ideales puros, nobles y exentos de fanatismo, en la natural tendencia a la empatía con los demás, en una no fingida humildad, y, acaso sea esto lo más importante, en la franca, simple y diaria gratitud por el milagro de seguir existiendo.

Íncola de su propio pasado, procuró seguir en guardia para no convertirse en un misántropo empedernido y tampoco en un anacoreta con delirios de santidad, pese a que bien cerquita estuvo de eso tras alguna de aquellas tertulias con Don Facundo y las beatas de Salinas, quienes le inculcaron la adictiva y sabrosísima idea de que no sólo era posible sino deseable un apostolado que se demuestra en las acciones del día a día, las que se ven y las que no. Sí, llevado de su susceptibilidad poco iba a faltar para que cayese en la más pura tontería. Lo comprendió al verse a sí mismo en plena noche y por las estancias de la Casona, con ejemplares de ciertos textos que en el colegio les mandaban para leer: catecismos de diverso nivel, el *Misalito Regina* o *El joven Cristiano*. ¡Y con qué arrobo volvía a sumergirse ahora, medio siglo después de haber leído esas páginas, en su narcotizante y siempre amenazadora lectura...!, pero no. Era un espejismo. La parte oscura de la fe católica, esa faceta intimidatoria que suponía más de dos tercios de su totalidad, le echaba para atrás decididamente. El Mal es todo aquello que impele a la destrucción gozosa, voluntaria y lesiva en variopinto grado de

ilusiones, bienes o personas ajenas a uno mismo, por lo que el Bien representa justo lo contrario. Así de sencillo. Serafín sabe qué senda escoger. Mejor eludir lo primero y practicar lo segundo, ambas cosas en la medida de lo posible.

Siguió con sus ideas de chorlito, o de filósofo en fase de gestación, como se prefiera, ideas obsesivas pero en el fondo aparentemente inofensivas al estilo de: «Los números definen el mundo, la música lo magnifica, la palabra lo detiene», sí, eso lo tuvo cavilando varios días, o: «Nada es lo que parece, sino *casi* su reverso», y ahí que se quedaba horas y horas enredado en los laberintos simbólicos de ese «casi», vamos, como quien se pringa con telarañas al abrir un desván o una alacena olvidada y polvorienta.

Y comprendió que, aparte de la salud, las únicas cosas que hay que mantener a toda costa en la vida son: en primer lugar, la dignidad, en segundo lugar, la dignidad y en tercer lugar la vida, no necesariamente en este orden.

Y después comprendió que la pregunta que casi nunca nos hacemos al estar frente al espejo era: ¿sabes realmente lo que quieres de ti mismo?, porque la respuesta nos podría acobardar o, más grave aún, paralizarnos por completo en nuestro devenir por la vida útil.

Y finalmente comprendió que nunca iba a comprender en verdad nada, y que así estaba bien porque así tenía que ser.

Pero le queda esa otra cuenta siempre pendiente: bajar más a Hiseda, integrarse de verdad en el seno del tejido social que forman estas gentes. Ha aprendido a quererlas, aunque a una cautelosa distancia. Ya se pondrá algún día a ello, quizá, como a lo de su imponente y definitivo trabajo de investigación sobre las proteínas globulares, o quién sabe si sus notas filosóficas poéticas. Pero para llevar nada a cabo antes deberá perderle un poco de miedo a esa cripta definitivamente pajaril en la que se ha convertido su despacho.

En cuanto a sus alados huéspedes, como solución límite y kamikaze había llegado a plantearse la posibilidad de poner en práctica algo que se conoce como oxear a los pájaros, ahuyentándoles mediante alaridos, gritos y el mayor estrépito posible. Pero ya, ya, con ruiditos a éstos, que tenían montada ahí una factoría y hasta un polígono industrial de la estridencia, pues lo que

en verdad le parecía arriesgado era ponerse a oxear pajarracos alegremente. Había riesgo, a saber: A.– Que toda esa fanfarria llegase a oídos de hisedianos, con la esperable cuchufeta a su costa. B.– Que un buen día aparecieran los hermanos mayores de los pájaros, los que van al gimnasio, haciéndolo muy, muy cabreados, y C.– Que sus cuatro greñas capilares, que él procuraba conservar como oro en paño, quedasen, por tanto, más maltrechas que las de Tippi Hedren en la famosa película.

Preferible dejarlos como están, a ver si se despistan. Porque lo que es él, se hace el despistado cuando puede. Lo cual constituye una muestra más de lo que practicó toda su vida: el *ars scaceans* o arte de escaquearse. Al menos así fue hasta que sucedió lo de la Casona y la Autovía. Desde entonces es otro hombre. No le queramos por ello, pero sí comprendamos que Serafín atravesó por lo que podría considerarse una especie de depresión anagónica, concepto este último a través del que los estudios teológicos se refieren al enajenamiento de las facultades del alma en la contemplación de las cosas divinas, o por lo menos las que pertenecen al terreno nunca lo suficientemente abonado del espíritu. Lo que fue su caso. Ni antes de lo de la Autovía era un pelele, ni después se convirtió en el Coloso de Rodas. Sencillamente, todo estaba en él.

De momento, tumbado boca arriba en un prado, observa el egregio perfil de la Casona e intenta no fijarse en el *atrezzo* artificial que ésta lleva adosado en los flancos y encima. Lo hace con el convencimiento de que su padre, quien sin duda está aguardándole en las puertas del cielo, más allá del claro al final del camino, donde el aire se serena y viste de hermosura y de luz no usada, como escribió Fray Luis de León, se sentirá orgulloso de él y del apellido que lleva. O del apodo, que viene a ser lo mismo.

Y sí, lector, disculpa si en algún momento esta narración te hizo sentir preso de un deletreo deletéreo –no es *lapsus linguae*– o incluso si en algunos momentos difíciles llegaste a juzgarla de engendro seminal. A veces pasa. Pero ahora lees esto, y significa algo: compartimos juntos los peligros implícitos de toda historia disparatada en grado sumo –de hecho demencial– sobre la que, desentrañándola, se intente levantar acta de veracidad.

Aun discretamente, se advirtió al principio que ésta iba a ser una historia

moral, e intentamos que lo fuese por encima incluso de reflexiones o acontecimientos, guiados siempre por la idea de moral según su aceptación de ciencia que trata de las acciones humanas en orden a su bondad o maldad. De todo hubo, aceptémoslo.

Y si en lo superficial su aspecto externo se hisedizó día a día, el chambergo de pana marrón, la boina al bies, el gesto cejijunto, la cachava, los modos parcos, presto el punto de suave ironía, siendo todo ello en el fondo una simple coraza ante los demás, de su transformación interna sólo cabe asegurar que, literalmente hambriento su espíritu, Serafín fue siguiendo migajas de pan, y acabó repantigado y ahíto de plenitud bajo un roble, en el prado de las estrellas, y cada migaja que recogía era siempre la misma pregunta, y todas las preguntas eran siempre la misma pregunta:

¿Dónde estás?

No supo exactamente cómo o cuándo sucedió, pero en un momento determinado, sin estridencias, fueron rompiéndose las últimas esclusas en el dique que aún sostenía su sistema de valores, ya muy castigado a resultas de todo lo vivido o de cuanto hasta el presente llegase a forzar su rigurosa moral racionalista, y al fin comprendió: cada cosa que sentimos, cada cosa que hacemos, cada cosa que pensamos, todo guarda un significado, y no está oculto, pero aunque muchos no lo ven permanece ahí inalterable, y a eso, a nuestra conflictiva relación interior con todo aquello que tal vez no se puede demostrar y sin embargo se intuye en tanto es percibido también físicamente, a eso le llamamos fe, que es la fuente de donde manan todas las preguntas, desembocando éstas de continuo en la única y gran pregunta:

¿Quién eres?

Lo supo desde siempre, aunque desde siempre se negara a aceptarlo. Estás donde eres. Eres como estás. Y sí, ahora lo sabía con insólita claridad, desde lo general a lo particular. Lo sabía en mitad de la tormenta, primorosa y cataclísmica, o en el trino de los mirlos. Lo sabía al oír la explosión repentina del tubo de escape de un auto o el erupto de una anciana desdentada y, simultáneamente, el rumor de un manantial cercano esparciendo sus inanimadas albricias de gotas cristalinas sobre la hierba combada, silenciosa y húmeda, o la risa de un niño: cuanto nos rodea y conforma, en todo ello

fluye la música de la vida, accidente fugaz comparado con la eternidad, aunque vida a fin de cuentas, y nuestra, con sus dolores y dichas, con sus realidades aparentes y sus fabulosos misterios, y a eso, para negarlo o para afirmarlo, incluso ignorándolo, lo llamamos Dios, la pura y lógica necesidad de asimilar espiritual e intelectualmente que en todo aquello que ante nuestros ojos es, los cielos, los animales, los mares, las plantas, las cosas, los hombres, y *pese* a la evolución, tuvo que haber forzosamente en su remoto origen un productor, porque todo lo creado así lo requiere, cierto, el impulsor de la perfección de los cuerpos celestes y el que ofrece un panorama de vida prodigiosa y en apariencia invisible a través de la lente de un microscopio, ese nuestro otro yo voluntaria y miserablemente ignorado, donde todo se rige por leyes tan matemáticas como inexplicables, igual que allí, sobre las nubes, donde tal vez entenderíamos mejor que cada pregunta que lleva a otra pregunta lleva su respuesta incorporada, pues la respuesta es la pregunta, su intención:

¿Me escuchas?

Tal vez no se trate de oír, sino de ver oyendo. Y no son ciegos quienes lo niegan, aunque se empeñan en ver con un ojo, pues en realidad sólo ignoran a Dios, entendido tan ambiguo y subjetivo concepto de cualquier forma respetuosa y sincera que se desee, quienes aún no han querido, no han sabido o no han podido llenar esa carencia que para ellos es en sí misma la fe en tanto reto, y que acaso, doblándoles sobre su otra mitad, les completaría como personas al reconciliarlas con lo más proteico y visceral que hay en ellas, con su curiosidad hacia lo mágico, lo inverosímil o el Más Allá, dudas y hasta obsesiones consustanciales al ser humano, pero, y ésa es la maravilla que no todos pueden disfrutar o compartir, Él sigue estando ahí para quien quiera abrirse, y sólo le hallan, como bien sabido es, quienes verdaderamente le buscan. Los que aun en tono de aparente exigencia le lanzan una súplica:

¡Muéstrate!

Y Serafín lo encontró.

Era feliz porque hasta de tanto en tanto podía hablársele, aunque con interferencias. A veces contestaba.

Hoy nuestro héroe está cansado, y espabila un poco de su ensoñación en

el instante en que un cúmulo de cirros desaparece allende los bloques de cemento, permitiéndole ver un resquicio triangular del cielo, hoy azul y extenso. Entonces, con el tallo de un junco entre los labios, nota síntomas de flojera y le entran ganas de suspirar de aquella manera tan suya, que debe venirle de tradición familiar, como en un doble jadeo que más parece un rebuzno. Entorna los párpados y musita con los labios entreabiertos: «Hi-ha...». Suena bien. Qué curioso. Pese al cemento, pese a todo, sigue viendo el azul aunque tenga los ojos cerrados.

Sin embargo, llega mansamente el crepúsculo, porque el tiempo nunca deja de fluir, y Serafín se siente exhausto. Necesita descansar, que bien ganado lo tiene, y, a ser posible, tener sueños bonitos donde no supure la añoranza.

Los fantasmas de la memoria bostezan con plácida lentitud al ritmo de su pecho, conformes con el destino y a resguardo de los azotes de un Progreso que nunca llegará a comprender, ni falta que le hace. En lo que a él concierne, último de los Burones de Hiseda, ha cumplido. Su espíritu descansa en paz.

En los montes cercanos se oye la canción nacida en los cencerros de las vacas, que anticipa el final de ese increíble poema sinfónico de nuestra existencia cada nuevo día hasta la irrupción del sueño, país en el que ya no nos pertenecemos. Duda por lo que le deparará el mañana.

Pero antes de dormirse sonrío ampliamente, pues sabe que ha de vivir y vivirá apegado a esta tierra amada, verde e indómita.

Ahora y para siempre.

Amén.

*Me moriré,
se perderá mi alma,
se perderá mi prole,
pero la casa de mi padre
seguirá
en pie.*

GABRIEL ARESTI

Dedicado a la memoria de mi padre,
Clemente García Ruíz, *Jabato*.
1927-2006.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre 2014

© Javier García Sánchez, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Ilustración de portada: Agustín Riancho. Casa del autor en Rituerta, Valle de Toranzo, 1925. Colección
privada

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 16407-2014
ISBN: 978-84-16072-84-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.